

BURCKHARDT

# HISTORIA de la CULTURA GRIEGA

OBRAS MAESTRAS

JACOB BURCKHARDT

# HISTORIA
## DE LA
# CULTURA GRIEGA

Traducción del alemán por
EUGENIO IMAZ

VOLUMEN I



OBRAS MAESTRAS

Núm. de Registro: 449-47
Depósito Legal, B. 11.680-1663 (I)



IMPRESO EN ESPAÑA



GRAFICAS DIAMANTE - Berlín, 20 - Barcelona

*JACOBO Burckhardt (1818-1897) ha sido uno de los más grandes historiadores que florecieron en el pasado siglo. Cuando su libro* La Cultura del Renacimiento en Italia[1] *apareció, en 1860, produjo un efecto fulminante. En él alboreaba una nueva manera de hacer historia. En vez de hacer consistir ésta en la narración o explicación de los acontecimientos que arrastran al hombre o a que éste es empujado, se los anuncia y describe en cuanto son síntomas de un cierto tipo de vida humana que predomina durante un período y en una colectividad o grupo de ellas. De este modo, los acontecimientos brotan del hombre mismo como la fruta del árbol. La historia se hace así intrínseca y nos permite asistir a la perpetua emanación del destino humano desde el fondo de la humanidad. A la vez, «época» histórica deja de significar un ámbito cronológico acotado sin más entre dos acontecimientos monumentales y se convierte en un período durante el cual ha predominado un estilo vital homogéneo. Una época así entendida tiene carácter sustantivo y puede recibir un nombre propio: Renacimiento, por ejemplo.*

*En 1853 publicó su gran libro sobre* Constantino; *en 1855 el* Cicerone, *donde, bajo el aspecto de una guía de los museos de Italia, reconstruye toda la historia del arte italiano, iniciando caminos cuya estación*

1. Publicado en esta colección.

*más avanzada representa hoy Wölfflin. A estas obras sigue la famosa* Cultura del Renacimiento en Italia, *a que hemos aludido.*

*En 1860, con toda esta labor a su espalda, se apodera de Burckhardt un ambicioso afán: hacer una historia de la cultura griega. El tema era enorme y sumamente peligroso. Burckhardt no era propiamente filólogo, y por aquellos años comenzaba la Filología a sojuzgar la historia antigua. Dentro de Burkhardt se adopta entonces un compromiso: no hará un libro, sino un curso universitario que quedará inédito. Resuelto a ello, se hunde en el estudio de los textos de Grecia. Con la pluma en la mano extracta, subraya, comenta. En 1869 comienza la redacción del curso; en 1872 hace de él su primera lectura académica, que en años sucesivos reitera con incesantes ampliaciones. Entre sus oyentes estaba Nietzsche, joven profesor de Filología en la misma Universidad de Basilea, que había encontrado en él uno de los pocos contemporáneos con quienes podía entenderse sobre un gran tema: el hombre.*

*La ilusión por su obra le incita una y otra vez a publicarla, y llega a redactar en forma de libro los dos primeros volúmenes. Pero su insuficiente preparación como filólogo le preocupa y le lleva siempre de nuevo a renunciar.*

*Después de su muerte, la ingente construcción es dada a la estampa: en 1898 los dos primeros tomos, en 1900 el tercero y en 1902 el cuarto y último.*

*Como era de esperar, los filólogos la recibieron mal. No es, en efecto, de ese orden el valor principal de esta obra única. Pero entre los historiadores suscitó, desde luego, gran entusiasmo. Hoy los mismos filólogos, mejor avisados, han vuelto sobre su primera sentencia, y la importancia de esta creación no ha hecho sino aventajarse con los años.*

## INTRODUCCIÓN

Al pretender convertir la historia de la cultura griega en objeto de un curso académico, confesamos de antemano que este curso es, y seguirá siendo siempre, un ensayo nada más, y que el profesor, en este caso, es al mismo tiempo estudiante y compañero. Quisiera advertir, además, que no se trata de ningún filólogo, y que, por lo mismo, habrá de perdonarle en ocasiones algún desliz en ese terreno.

Nuestro curso guarda estrecho parentesco, a lo que parece, con el que trata de las antigüedades griegas y con la historia griega, y respecto a ellos tendremos que destacar, en primer lugar, nuestro objeto. Las «antigüedades», tal como en nuestra juventud las explicaba Böckh en sus magníficos cursos, comenzaban con ojeadas geográficas e históricas de carácter general; determinaban, en consecuencia, el carácter del pueblo y pasaban a tratar los diversos aspectos de su vida; en primer lugar, el Estado en general, según sus formas principales; luego toda una serie de estados particularmente destacados, con sus instituciones políticas, jurídicas, administrativas, y, finalmente, las uniones entre estados y las hegemonías, la guerra por tierra y por mar, la vida privada (pesas, medidas, comercio, industria, agricultura, economía doméstica, vestidos y habitación, matrimonio, familia, esclavitud, enterramientos, culto de los muertos), la religión, el culto y las fiestas y, en cuanto a

las artes, la gimnasia, la orquéstica y la música; como colofón, se ofrecía una visión de las ciencias cultivadas por los griegos. Todo ello era tratado con rigor arqueológico, esto es, con un cierto grado, sostenido, de exactitud y riqueza objetiva en cada uno de los aspectos de la vida —que serán luego objeto adecuado de futuras ciencias especiales—; este método es y seguirá siendo imprescindible para el filólogo, y sólo el filólogo y el arqueólogo especializados pueden hacernos participar en él, entre otras razones, porque ellos solos pueden disponer del arsenal de materiales indispensable.

Ignoramos la medida en que tal curso continúa siendo un curso académico. En muchos aspectos habrá tenido que ser desplazado por los manuales, entre los que sobresalen los tres volúmenes de antigüedades helénicas de C. F. Hermann y Wachsmuth. Una inspección en el manual citado del índice que se refiere a la vida privada, nos ilustra sobre las materias que deben ocupar las páginas de un manual y apenas si pueden ser objeto de un curso; nos encontramos con materias que han de ser sabidas y cuyo tratamiento en una obra sistemática reviste el mayor valor. En la sistemática de nuestro curso, pocos párrafos de ese porte tienen cabida, y esos pocos en una conexión completamente diferente. De todo este material no necesitamos más que aquello que en un grado muy especial nos ayuda a componer la visión que de la vida poseían los griegos.

Pero ¿por qué no explicar «historia griega» y, especialmente, historia política, a cuyo socaire podrían tratarse someramente las circunstancias y fuerzas de carácter general? Prescindiendo de que, poco a poco, la historia griega va encontrando sus excelentes expositores, el relato de los hechos y, más todavía, su explicación crítica, en una época en la que la investigación particular acerca de la exactitud de unos cuantos hechos

externos requiere para sí un volumen en folio, nos robaría lo mejor del tiempo disponible. Por otra parte, los «sucesos» son lo que mejor se presta a ser aprendido en los libros; a nosotros nos incumbe exponer *puntos de vista* para esos acontecimientos. Por lo tanto, si en poco más de sesenta horas[1] tenemos que comunicar lo que realmente es digno de saberse acerca de la antigüedad helénica, y que ha de estar al alcance de gentes *no* avezadas a la *Filología*, no cabe otro tratamiento de la materia que no sea el históricocultural.

Entendemos que nuestra misión consiste en ofrecer la historia del *modo de pensar y de las concepciones del pueblo griego*, tratando de destacar las fuerzas vivas, constructivas y destructoras que operan en la vida griega. No narrativamente, pero sí históricamente, sobre todo porque su historia es parte de la historia universal, tendremos que ocuparnos de los griegos en sus características esenciales, las que les distinguen del antiguo Oriente y de las naciones modernas, formando, sin embargo, la gran transición entre ambos mundos. Todo nuestro estudio tiene que concentrarse ahí, en la historia del espíritu griego. El detalle, el acontecimiento si se quiere, será traído a cuento como testimonio de aquello general que tratamos de captar, y no por razón de sí mismo; porque las realidades que nosotros buscamos son maneras de pensar, que también son, a su modo, hechos. Pero las *fuentes*, consideradas con esa intención, hablarán de muy distinta forma a como suelen hacerlo en la mera investigación a la busca de material arqueológico.

Los cursos de Historia de las universidades padecen de una crisis que obliga a cada uno a seguir su propio camino. El interés por la Historia suele depender en

1. Más tarde, con cinco horas semanales, fueron noventa.

alto grado de las oscilaciones del espíritu occidental, de la dirección general de nuestra formación cultural; las divisiones y métodos antiguos no satisfacen ni en los libros ni en la cátedra. Se nos ofrece, pues, campo libre. Felizmente, no sólo vacila el *concepto* histórico de la cultura, sino también la práctica universitaria (junto con otras cosas).

La ventaja principal del estudio históricocultural es la certeza que revisten los hechos más salientes de la historia de la cultura, si se compara con la de los hechos históricos en el sentido corriente, es decir, los acontecimientos objeto de la narración. Estos últimos aparecen diversamente inciertos, discutibles, deformados y, en el caso particular de los griegos, con su talento especial para la mentira, recreados completamente por la fantasía o por el interés. La historia de la cultura, por el contrario, posee *primum gradum certitudinis*, pues que se nutre principalmente de lo que las fuentes y los monumentos nos revelan, desinteresadamente, sin intención alguna, hasta sin querer, y, todavía más, a través de puras fantasías, para no hablar de aquellos elementos reales que tratan de comunicar, combatir o ensalzar, con los que enriquecen su aportación a la historia de la cultura.

Ésta se dirige al interior de la humanidad pretérita, y nos dice cómo *era, quería, pensaba, contemplaba* y de qué *era capaz*. Como lo que le interesa es algo constante, al final este algo constante se destaca como más considerable que lo momentáneo, y una cualidad o propiedad como más considerable e instructiva que un hecho; porque los hechos no son más que manifestaciones aisladas de la correspondiente facultad interna, que puede reproducirlos constantemente. Lo querido y propuesto es, por tanto, más importante que lo acaecido; la concepción, tan importante como cualquier

hecho; porque, en determinados momentos, se manifestará en hechos:

Si he estudiado el meollo del hombre,
sé también su voluntad y su acción.

Pero cuando un hecho que se nos relata resulta no ser cierto, o serlo en forma diferente, aquella concepción que lo supuso como acontecido, o verificado en cierta forma, tiene para nosotros un valor por lo *típico* de su representación; toda la tradición griega rebosa testimonios de esta clase.

Acaso la constante que se destaca de todas estas representaciones típicas constituye el «contenido real» más verdadero de la Antigüedad, por encima de las mismas antigüedades. Nos damos cuenta del griego *eterno*, llegamos a conocer una forma, y no un factor aislado. «¡Pero por esta vía se nos escapan los individuos, y no sólo el relato del hecho aislado! De este modo la historia de la cultura sería una historia sin grandes hombres, y ya sabemos el lugar destacado que tales hombres ocupan en la historia griega.»

Tendremos que ocuparnos de ellos a menudo, no haya cuidado. Claro que no de toda su biografía, sino sólo en calidad de ilustración, como testimonio supremo de realidades espirituales. No padecerá su gloria por el hecho de que sean citados cada vez con referencia a un fenómeno determinado; porque serán traídos a cuenta como expresión y nivel máximo de ese fenómeno, como testigos de excepción en la gran audiencia. Naturalmente, habrá que sacrificar el relato de su vida.

Los hechos generales, como son los propios de la historia de la cultura, tienen que ser por término medio más importantes que los especiales; los hechos que se repiten, más importantes que los hechos únicos.

Otra ventaja a favor de la historia de la cultura es que puede funcionar agrupando e intercalando acentos según la importancia *relativa* de los hechos, y no le es preciso abandonar todo sentido de la proporción, como suele acontecer con la manera arqueológica y críticohistórica.

Destaca aquellos hechos capaces de ligar íntimamente con nuestro espíritu, de despertar una participación efectiva, ya sea por afinidad o por todo lo contrario. Lo que deja de lado es la ganga.

Pero no silenciemos tampoco las dificultades esenciales de un estudio históricocultural.

La certeza de los hechos históricoculturales está contrapesada en parte por las grandes *ilusiones* que, por otro lado, amenazan al investigador. ¿De dónde sabe éste qué es lo constante y característico, qué una fuerza y qué no? Sólo una lectura múltiple y extensa podría cerciorarle, y *entre tanto* pasaría por alto cosas de importancia decisiva y otorgaría categoría de esencial y característico a lo meramente accidental. Y dependerá del estado de ánimo, de su fatiga, del grado de madurez en su trabajo de investigación, especialmente, que todo lo que caiga en sus manos se le antoje insignificante o, al revés, interesante en todos sus detalles. Sólo la continuada lectura en todos los géneros y dominios de la literatura griega irá compensando estos vaivenes; pero lo menos indicado para conseguir un resultado es el esfuerzo violento: una atención ligera sobre una aplicación constante, he aquí la manera.

En algunos momentos, la riqueza de elementos disponibles será casi desesperante, y podemos declarar que hasta ahora ha reinado una gran arbitrariedad en la elección de lo que es menester traer a colación.

La exposición históricocultural ofrece, además, dificultades bien otras que el mero relato convencional de

los acontecimientos. Sobre todo, nuestro discurso es siempre sucesivo; es decir, informa poco a poco, mientras que las cosas de que se ocupa aquélla constituyen en su mayor parte una unidad poderosa y simultánea. Se trata de un continuo, de proporciones enormes, y lo más adecuado sería exponerlo como se expone una imagen; un continuo que equivoca constantemente al expositor, porque un mismo objeto único se nos presenta a veces en la periferia, con fácil acceso, a veces muy apartado, a veces en el centro.

Lo mismo al exponer una materia que al estudiarla se pregunta uno con zozobra por *dónde habrá que empezar*. La contestación es la siguiente: *de todas maneras, por alguna parte.*

En primer lugar, como las cosas se entrelazan y cruzan, no hay manera de evitar *repeticiones;* por ejemplo, el mito, que es el verdadero océano espiritual del mundo griego, donde flota todo el pensar, el ver y el sentir griegos, tendrá que ocuparnos aquí y allá, y, además, en tres secciones principales, bajo tres diferentes aspectos: 1) como fuerza permanente de la vida griega, 2) en relación con su concepción del mundo, 3) como imagen decantada de una época determinada de la nación. Habrá que sacrificar en ocasiones toda una serie de detalles sueltos.

Y en muchos casos en los que nuestro estudio y saber resulten insuficientes, en lugar de exponer un resultado, plantearemos una interrogación. Tampoco faltarán las hipótesis; pero, allí donde surja una, lo confesaremos.

Finalmente, no nos será posible evitar un alto grado de subjetivo arbitrio en la elección de los objetos. Somos «acientíficos» y no poseemos método alguno, por lo menos de los trillados. Sirviéndose de los mismos estudios que nos han servido a nosotros para cons-

truir este curso, siguiendo nuestro método subjetivo de la importancia proporcional, otra persona llevaría a cabo otra elección y otra ordenación, y obtendría resultados bien diversos; con estudios más amplios podrá conseguirse una imagen más ajustada y rica; nosotros mismos, con suerte favorable, podríamos llegar a cambiar considerablemente el curso presente. Entre tanto, ofrecemos lo que nos parece hacedero en el reducido número de horas disponibles y con la manera medio occidental de nuestro estudio.

Tendremos que dejar de lado muchas cosas, todas aquellas que no guardan una estrecha relación con maneras de pensar y concepciones; en primer lugar, si bien a disgusto, la investigación crítica de los *orígenes*, que supone una considerable investigación paralela sobre los orígenes de otros pueblos. También renunciamos a tratar de aquello que se refiere exclusivamente a la vida exterior, corriente, propia también de otros pueblos de esa época y de ese clima, y nos limitaremos en lo posible a aquellos rasgos que corresponden al espíritu específicamente griego.

Este curso ofrece todavía otra *perspectiva académica especial* para los no filólogos. Al sustraernos a la masa ingente de las antigüedades, les hacemos posible la colaboración en nuestro estudio.

Toda persona de formación humanista, si posee un sentido cultural elevado, puede convertirse en investigador mediante la *lectura de las fuentes*, que son aquí accesibles como en ningún otro caso.

Para el estudio de las «antigüedades» es necesaria una preparación especial, erudita, coleccionadora, comparativa, que decide sobre el plan de vida de la persona en cuestión, y reclama, por lo menos en algunas especialidades, si es que pretende tener eficacia, un afán totalizador; pero una disciplina históricocultural en el sen-

tido expuesto por nosotros, invita a toda persona de formación humanista a participar en la colaboración directa, y ya sólo por esta razón habría que seguir honrando los estudios clásicos.

La compenetración de una literatura extranjera, que representa un aspecto o acento espiritual, distinto del nuestro, o de cualquier forma pretérita de expresión espiritual, significa un enriquecimiento en el sentido de las *tria corda*, de Ennio, y esto se aplica muy especialmente a la literatura griega.

Así como en otras literaturas la forma es dura, poco practicable, y la expresión simbólica hasta la incomprensión,[2] en los griegos la expresión es transparente; el pensamiento y su formulación, el contenido y la forma se compenetran como en ninguna otra literatura.

Por lo que se refiere al contenido, el docente tiene que subrayar constantemente que todo autor antiguo de primera calidad[3] es una fuente de conocimiento históricocultural. La historia de la cultura griega constituye una sección especialmente clara y abarcable de la historia de la humanidad.

Si nos fijamos en los narradores, veremos que lo que importa, lo vivo, no reside tanto en el suceso narrado cuanto en la *manera* como se relata y en los supuestos espirituales del relato. Poco importa que haya sucedido o no, porque nos damos cuenta de lo que era el griego y cuál su horizonte exterior y su modo interno de pensar.

Pasemos a los poetas y filósofos. Disciplinas especiales muy desarrolladas se ocupan de este campo en razón de su contenido, de su valor literario y de su significación real; nuestro punto de vista históricocultural

2. Por ejemplo, los profetas; aunque también literaturas de épocas y pueblos más próximos son, a veces, difíciles de entender.

3. Los meros compiladores recobran su importancia.

los toma como testimonios de un pueblo incomparablemente dotado, expresión de una fuerza espiritual pretérita de primera potencia, y que pervive todavía.

Hay, pues, que subrayar la importancia de la lectura de los viejos autores en calidad de fuentes, en el sentido más amplio y generoso. Los frutos de la lectura —de una lectura reposada— están al alcance de cualquier lector estudioso. Mediante el hallazgo personal se llega también a mantener una relación personal con el autor.

Claro que para este empeño es menester no estar entregado por completo a la actual literatura (que nos habla mucho más directamente a los *nervios*), y menos que nada a la literatura periodística. Todo lo cotidiano conecta con ágil preferencia con lo material en nosotros, con nuestros intereses; lo pasado no puede echar raíces más que en lo espiritual de nosotros, en nuestro interés supremo.

Poco a poco se agudiza la vista, y aprendemos a sonsacar al pretérito sus secretos, aunque sea sólo hasta cierto grado.

Aunque sea infinito el número de los que nos han precedido en esta tarea, ello no nos ahorra el esfuerzo propio. Se trata de un género de trabajo que nunca puede estar «acabado», nunca terminado de una vez para siempre. Además, a cada época se le aparece el pasado en forma diferente; por ejemplo, Tucídides nos puede dar noticia de algo que sólo dentro de cien años será apreciado en todo su valor.

No pretendemos ganar estudiosos para trabajos que han de servir a otros para investigaciones especiales en el sentido literal corriente, es decir, para el conocimiento o exposición completos de un único objeto o relación sobre el que haya que concentrar todos los esfuerzos, sino que deseamos que los estudiosos colaboren en el todo, en la comprensión de lo helénico. A las necesi-

dades de la erudición da abasto la actual arqueología. Nosotros propugnamos un elemento perdurable de formación espiritual y de delectación.

Este fin es el que decide sobre el arte de la lectura; los monumentos más prestigiosos, lo mismo historiadores que escritores, etc., funcionan como cuadros totales, y no serán, por tanto, leídos a trozos, según las necesidades de ilustración de una cuestión especial, sino que es menester leerlos por entero. Además, será muy recomendable la lectura completa de muchos autores de segundo y tercer orden, y no confiarse en lo que otros hayan leído en ellos. Los monumentos suelen ser visitados totalmente, y las fuentes son también monumentos. A menudo ocurre que lo más importante se encuentra en el lugar más apartado.

Está justificado echar mano, para ayuda, de traducciones y comentarios, de los que hay buena abundancia. No es ningún deshonor tener que acudir a esas ayudas para dominar, por ejemplo, a Tucídides, pues los mismos Dionisio de Halicarnaso y Cicerón confiesan no comprenderlo siempre, y eso a causa de su modo de expresión. Quien intenta leerlo sin ayuda alguna acaba por abandonarlo a mitad de camino.

Nos corrobora en esta necesidad de leer a los autores por entero, el que sólo nosotros mismos podemos encontrar lo que es importante *para nosotros*. Ningún comentarista con sus citas puede reemplazar esa afinidad química que un pasaje encontrado por nosotros mantiene con nuestros atisbos y presunciones, de suerte que se convierte en patrimonio espiritual nuestro.

Fuente es todo lo que se conserva de la antigüedad clásica, y no sólo el mundo literario, sino también, y muy especialmente, la arquitectura y las artes plásticas; y, dentro de la literatura, no sólo el historiador, el poeta o el filósofo, sino también el político, el orador,

el epistológrafo, el recopilador y comentarista posterior que, muy a menudo, recoge testimonios antiquísimos. No hay que ser muy refinado cuando se trata de completar el gran cuadro de la Antigüedad en algún punto particular. También el falsario, en cuanto se trasluce, puede ser muy instructivo, a pesar suyo, por la misma falsificación y el fin perseguido con ella.

De todas maneras, preferiremos siempre recalar en las grandes obras de arte; en los trágicos, por ejemplo, podemos recoger como botín histórico: el mito en su plena madurez, la existencia de grandes individualidades artísticas y la de un estilo, que ya de por sí es un acontecimiento históricocultural de primer orden.

Por esta razón es aconsejable su *repetida* lectura. En la primera impresión se lucha demasiado con las dificultades del idioma y de otra índole; sólo más tarde nos enfrentamos despreocupadamente con la obra, y nos percatamos de su forma y contenido. Hay autores, como Hesíodo, que a cada nueva lectura suscitan nuevas cuestiones y abren perspectivas nuevas: el *Prometeo* de Esquilo nos ofrece a cada lectura rasgos distintos.

¿Qué relación mantiene el presente (y especialmente la educación alemana) con lo helénico?

Desde Winckelman, Lessing y el *Homero* de Voss, se ha ido formando la opinión de que entre el espíritu helénico y el alemán existe un ἱερὸς γάμος (sagrado vínculo nupcial), es decir, que los alemanes están dotados de una simpática comprensión de lo griego, como ningún otro pueblo del Occidente europeo. Goethe y Schiller tendrían un espíritu clásico.

Consecuencia, en parte, de esta creencia ha sido la renovación y profundización de los estudios filológicos en las escuelas y universidades, y el convencimiento de que la Antigüedad constituye la base imprescindible de todos los estudios en general, en un sentido distinto

y más hondo que el que se le ha dado desde el Renacimiento. Pero paralelamente ha tenido lugar la enorme ampliación de la investigación de las antigüedades. Los monumentos de Egipto y Asiria, los restos prehistóricos de Europa, la renovación de toda la etnografía, las investigaciones sobre los orígenes del género humano y del lenguaje, la filología comparada, atraen todo el interés, y lo helénico queda un poco desplazado.

Naturalmente, se produce una especialización del trabajo, y cada rama absorbe la vida entera de varios investigadores, añadiéndose la generosidad del Estado para fundar museos y colecciones.

En los gimnasios, «la instrucción superior de la juventud prepara a los hijos de las clases educadas para profesores de Filología»,[4] y un instrumento educativo de primer orden *es* y *continúa* siendo el griego.

Luego del examen de capacidad, ya sabemos lo que ocurre. Aparte de los filólogos de profesión, los autores clásicos son abandonados casi por entero, y no vamos a señalar el tanto por ciento. En el primer trimestre se olvida la métrica de los coros trágicos, tan penosamente aprendida; luego, las formas verbales, y, por último, el vocabulario. Muchos lo olvidan a gusto, deliberadamente. La vida y los estudios reclaman otras atenciones.

De este modo se ha ido creando un desacuerdo entre el gimnasio y la definitiva formación espiritual, que alguna vez puede abocar a una catástrofe.

Nuestro empeño no es otro que, en la medida de nuestras débiles fuerzas, mantener viva la participación en la antigüedad helénica.

Nuestro *resultado* es el siguiente:

No se trata de ninguna idealización, y no pensamos

4. Mommsen R. G., v, 336.

respetar ninguna apariencia encantadora. «Los helenos eran más desgraciados de lo que cree la mayoría.» (Böckh.)

Pero es menester poner en claro el lugar destacado que corresponde al espíritu griego, colocado entre Oriente y Occidente.

Todo lo que hicieron y padecieron fue *libremente* y de otra manera que los pueblos que les antecedieron.

Son originales, espontáneos y conscientes allí donde los demás están dominados por un *tener que* más o menos sombrío.

Por esto se nos presentan en sus creaciones como el pueblo genial de la tierra, a pesar de sus fallas y sus dolores.

En todo lo espiritual han llegado a aquellos límites que la humanidad nunca podrá perder de vista, por lo menos con su reconocimiento y apropiación, ya que no siempre se puede poner a aquella altura de los griegos.

He aquí la razón por la cual este pueblo se ofrece en estudio a toda la posteridad. Quien quiera sustraerse a él, retrocede.

¡Y su saber, y su ver! Mediante su conocimiento del mundo, ilustran, no sólo su propio ser, sino también el de todos los pueblos antiguos; sin ellos y sin los romanos, filohelénicos, no poseeríamos testimonio alguno de la época primitiva, porque todos los demás pueblos no se fijaron más que en sí mismos, en sus ciudadelas, en sus templos y en sus dioses.

Todo el conocimiento posterior que poseemos del mundo no hace sino seguir tejiendo la tela empezada por los griegos.

Vemos con sus ojos y hablamos con sus expresiones.

Pues bien, el imperativo especial del hombre culto consiste en poseer y completar en todo lo posible el cuadro de la *continuidad del desenvolvimiento uni-*

*versal;* esto le distingue, como ser consciente, del bárbaro, que es un inconsciente, del mismo modo que la posibilidad de mirar al pasado y al futuro distingue al hombre del animal, aunque el pasado le envíe reproches y el futuro le despierte cuidados.

Y así, eternamente, en nuestras creaciones y posibilidades, seremos admiradores de los griegos, y en el conocimiento del mundo, sus discípulos. Aquí los tenemos cerca; allí, lejos, extraños y magníficos.

Y si la historia de la cultura sabe destacar estas relaciones con mayor claridad que la historia de los acontecimientos, tendrá que gozar de nuestra preferencia.

SECCIÓN PRIMERA

# LOS GRIEGOS Y SU MITO

## LOS GRIEGOS Y SU MITO

El pueblo excelsamente dotado que conocemos con el nombre de griego, fue adentrándose en el suelo que había de ser el suyo seguramente muy poco a poco, y en forma de una gran variedad de estirpes, lo mismo que en su tiempo los germanos, eslavos, celtas, celtíberos e ítalos, si bien en un espacio más reducido. El estudio de los monumentos prehistóricos nos podrá ilustrar sobre los primeros habitantes con que tropezaron. Ya Estrabón (VII, 7, 1, pág. 321) y Pausanias (I, 41, 8) indican alguna vez, como de pasada, que la Hélade había estado antes habitada, en todo o en parte, por bárbaros.

Al correr del tiempo, de toda esta diversidad de griegos se destaca dominante el nombre de helenos. Todo el que puede se adscribe a ellos, mientras que estirpes con un parentesco antiguo y estrecho, como la de los leges, cares, dárdanos, dríopes, caucones y pelasgos, se fueron distanciando como semibárbaros, y poco a poco se dispersaron o desaparecieron por completo, pues nadie quería ser contado entre ellos.[1]

Quizá interpretemos este acontecimiento con demasiada solemnidad. ¿Es que los helenos eran la estirpe más antigua, la más aventajada físicamente, y sobre-

1. Pausan., IV, 34, 6, con ocasión de la excepción que constituyen los dríopes. La expresión μεταβολὴ εἰς Ἕλληνας se encuentra en Herodoto, 1, 57.

saliente en la guerra y en la religión? ¿O acaso el señorío del nombre de helenos fue más bien debido a la casualidad? En el siglo XV de nuestra era, los confederados del pie de los Alpes recibieron el nombre de suizos por la mera razón de que éstos figuraron en primer plano en una larga guerra. ¿Es que hubo alguna razón especial para que los helenos no rechazaran a los que se les adscribieron? ¿Se dieron a sí mismos este nombre o lo recibieron de fuera? Parece que existió antes un nombre común, el de grecos, que recogen todavía los romanos; ¿es que no era ya adecuado? ¿Y por qué no? Preguntas son éstas para las que no tenemos respuesta alguna. Lo que se sabe de seguro es que el nombre de Hellas se refería primitivamente a dos regiones del norte, la Ftiótida tesálica y (según Aristóteles) los alrededores de la Dodona en el Epiro, pero después se extiende a toda la Tesalia, más tarde a toda la región al norte del Istmo, luego al Peloponeso y a las islas, hasta que llegó a comprender a todos los pueblos no bárbaros.[2]

También es una cuestión extraordinariamente oscura la posterior ramificación de estos helenos en las cuatro estirpes famosas. De entre los nombres de las mismas, el de eolios ha servido, probablemente, como nombre común de la nación; el de aqueos tiene también esta significación en Homero, mientras que los de dorios y jonios no han pasado de ser nombres parciales[3] que luego, con el transcurso del tiempo, habrían de significar una extremada oposición de costumbres, de

2. Acerca de la extensión del nombre helenos, panhelenos, etc.; de todo lo que se ha llamado, además, Argos y argivos con mayor o menos amplitud, véase Estrabón, VIII, 6.

3. Fuera del mundo griego se usó también el nombre de jonios como total: hebreo *javanim*, persa *jauna*, egipcio *uinin*.

maneras de pensar y de lenguaje. Pero no tiene ningún valor, por ser completamente falso, ese conocido árbol genealógico, según el cual Eolo, Doro y Xuto serían hijos de Helén, Ión y Aqueo hijos de Xuto. Esto nos lleva a examinar algunas dificultades especiales de la etnología griega.

En la tradición, la primera época griega está llena de meras migraciones: una raza desplaza a otra y ocupa su lugar, hasta que a ella le vuelve a pasar lo mismo; sería un proceso de muchos siglos de duración. Con la invasión dórica del siglo XI se habría producido la distribución de las estirpes que perduró después; una serie de desplazamientos sucesivos hizo que los tesalios, beocios, dorios, etolios, aqueos y jonios, entre otros, establecieran sus nuevas patrias a ambos lados del mar Egeo; se fundaron estados nuevos y desaparecieron algunos antiguos. El hecho de que muchas localidades conserven dos o más nombres nos permite inducir que estos desplazamientos llevaban consigo, a menudo, un cambio total de cosas. Se creía que el nombre antiguo procedía del lenguaje de los dioses, pero se da el caso de una isla famosa en la que también el nuevo nombre tiene origen divino: «La isla a la que ahora Zeus ha puesto el nombre de *Eubea*, los dioses inmortales la llamaban antes Abane.»[4] Parece, pues, que las diversas tribus que se suceden imponen un nuevo nombre a las tierras de que toman posesión.

Seguramente, las leyendas que se refieren a la época anterior a las invasiones dóricas contienen toda una serie de hechos históricos, pero apenas si presentan

4. Kinkel, *Epicor. Graecor.*, *fragm.*, p. 83, probablemente de Hesíodo. — Una colección de nombres dobles en Heráclides Póntico, los de ríos en Plutarco, *De fluviis.* Eubea, según Estrabón, conoció en el transcurso del tiempo cinco nombres; Salamina se llamó antes Escira, Cicrea y Pitiusa (de una planta).

apariencias de tales, porque son relatos dispersos cronológicamente aislados, de suerte que no es posible distinguir lo antiguo y lo arcaico, ni seguir la trayectoria de cada estirpe. A lo mejor, expresiones similares sirven para el relato de una conquista rápida y de un desplazamiento lento, de siglos. Parece que las numerosas genealogías de las familias reinantes, que se contienen en esas leyendas, podrían ofrecernos un punto de apoyo para seguir el destino y movimientos de las diferentes estirpes, pero pronto nos damos cuenta de su valor relativo.

Porque se hallan envueltas en la brillante y densa atmósfera del mito, rica en elementos telúricos y cósmicos, en religión y poesía, en visiones del mundo y en experiencias incorporadas. Las imágenes que surgen de ese mundo son consideradas como las auténticas de los tiempos remotos, pero siempre de una manera un poco libre. Las variantes más dispares y las contradicciones más fuertes, inevitables cuando las cosas reconocen un origen tan diverso, no perturban a la nación. A esto se añade su facilidad para la ficción, sobre todo en materia genealógica. Autores primitivos y posteriores, aun aquellos que parecen perseguir un relato fiel, no se limitan a contemplar las cosas a través del mito, sino que siguen fabulando y redondeando en una forma absolutamente extraña al mundo suyo contemporáneo.

Los griegos tuvieron, hasta cierto grado, conciencia de esta realidad. La tradición, primeramente en manos de los rapsodas y de los poetas teogónicos, pasó a manos de los logógrafos, aquellos recopiladores de leyendas locales y tribales, de los que Tucídides (I, 21) nos dice ya que escribieron más para regalo del oído que para honor a la verdad. También Estrabón (VIII, 3, 9): «Los escritores antiguos cuentan

muchas cosas que no han ocurrido, pues se han nutrido de mentiras al describir los mitos.» Lo dice a propósito de uno de los logógrafos más importantes, Hecáteo de Mileto, quien, quinientos años antes de Estrabón, había escrito ya: «Los griegos conservan muchas y risibles noticias.» Éforo, el primero que, en el siglo IV antes de Cristo, intenta una historia general de los griegos en relación con la historia de los bárbaros, habrá tenido sus buenos motivos para comenzar por la invasión dórica.

Tenemos que ocuparnos primeramente de una idea común a todos los griegos. Así como es casi seguro que los griegos llegaron de fuera —del Cáucaso, del Asia Menor o de Europa—, no lo es menos que el pueblo griego perdió por completo el recuerdo de semejante procedencia. Las migraciones de las cuales se creía todavía saber algo eran las ocurridas sobre suelo griego, y las excepciones conocidas —Cadmo, Pélope, Danao, etc. —, se refieren a familias reales y no a los pueblos mismos.[5] Además de que toda la nación se consideraba como autóctona, algunas estirpes se vanagloriaban particularmente de habitar en los mismos lugares donde naciera el género humano. Si es cierto que las palabras αὐτόχθων, γηγενής [6] han servido a veces como expresiones negativas para significar que nada se sabe de un hombre más allá de él mismo, y otras para designar a los sedentarios, que en la época mítica de las mi-

5. Es característica la consabida pretensión de los griegos de que los nombres más famosos del Oriente procedían de sus héroes: los medos de Medea, los persas de Perseo, los aqueménidas de un hijo de Perseo cuyo nombre derivaban de Acaya. Nic. Damasc. *Frag.*, 7, Rindorf, 1, p. 14.

6. O, por entero, γηγενὴς Παλαίχθων, el padre de Pelasgo, Esquilo. *Supli.* 252. Comp. también el fragmento anónimo en la *Anthol. lyr.* de Bergk, p. 546.

graciones, desplazamientos, huidas por homicidio, etc., componían la minoría, no lo es menos que poseemos testimonios numerosos que nos permiten afirmar que, por lo general, fueron entendidas a la letra y consideradas como títulos de honor. Un poeta muy antiguo, Asio, canta al primer hombre y rey de los arcadios: «El divino Pelasgo hizo que se levantara la oscura tierra en boscosas montañas para que existiera una raza de mortales.»[7] A ruegos de Éaco, Zeus hace surgir hombres sobre el suelo desierto de Egina, o hace que las hormigas se transformen en hombres; en Rodas vivió primeramente un pueblo autóctono bajo el señorío de la familia de los Helíadas;[8] los pobladores del Ática estaban muy orgullosos de su autoctonía, y aquí nos damos cuenta del símbolo: Cécrope sale de un cuerpo de serpiente,[9] conforme a la idea de autoctonía, que rechazaba la procedencia egipcia. Los griegos sustentaban diversos pareceres sobre el nacimiento del género humano, pero, en todo caso, éste había nacido en el país. Cuando más tarde se creyó que Prometeo hizo a los hombres con barro, los bloques de ese barro, que ya olían a piel humana, estaban en Panope, en la Fócida;[10] y cuando los hombres proceden de los dioses, los griegos fijan en la propia tierra los lugares donde nacen esos dioses, y donde se desarrollan sus mitos, sus luchas con los gigantes, las grandes catástrofes naturales y, finalmente, el diluvio, llegando a localizaciones concretas.

7. Pausan., VIII, 1, 2. Acaso todas las leyendas referentes a la gran antigüedad del pueblo arcadio no tuvieran otra fuente que su estado muy primitivo, aun en tiempos posteriores, considerando que el arcaísmo era real vetustez (προσέληνοι). Niese, en la revista histórica de Sybel.
8. Conón, c. 47.
9. Κέκροψ αὐτοχθων συμφυὶς ἔχων σῶμα ἀνδρὸς καὶ δράκοντος. Antístenes se burla al decir que los caracoles y las langostas son también autóctonos. Diog. Laerc., VI, 1.
10. Pausan., X, 4, 3.

Y con la leyenda del diluvio queda asegurada la segunda creación del hombre, debida a Deucalión y Pirra, como un acontecimiento ocurrido en el país.

También es en el suelo griego donde el género humano ha recibido aquellos recursos de vida que se suelen considerar como dones especiales de los dioses. El cultivo de la vid procede de Tebas;[11] la poda de los sarmientos se descubrió en Nauplia, al observar que, luego que un asno se hubo comido los vástagos, los sarmientos crecieron más hermosos;[12] el Ática presumió siempre de haber sido la primera poseedora de las plantas más importantes. La llanura de Eleusis, con su era y su altar de Triptolemo, fue el primer sembradío de la tierra; en la Acrópolis de Atenas se conservaba el olivo sagrado, regalo de Palas; en la vía sagrada que conduce a Eleusis se mostraba el lugar en que Deméter, recibida hospitalariamente por Fítalo, hizo crecer, en agradecimiento, la primera higuera; en el demos de Acarne, donde se veneraba a Dionisos Quisos, se dio la primera hiedra, y acaso las judías fuesen autóctonas en la región.[13]

También de las invenciones [14] algunas habían surgido en el suelo griego: Argos fue el primer barco que salió a la mar; en Alesiai, en Esparta, Miles (el molinero), hijo del primer soberano Lélex, poseía el primer molino,[15] y los atenienses se vanagloriaban de haber enseñado a los hombres a encender el fuego.[16] Sin embargo, no les cuesta mucho a los griegos reconocer que aquellas cosas que se deben a un penoso esfuerzo han

11. Pausan., IX, 25, 1.
12. Pausan., II, 38, 3.
13. Pausan., I, 31, 3-37, 2 y s., 38, 6.
14. En Plinio (*H. N.*, VII, 57) vemos uno de los relatos más extensos y abigarrados acerca de invenciones y comienzos.
15. Pausan., III, 20, 2.
16. Plutarco, *Cimón*, 10.

sido traídas de fuera, lo contrario de lo que ocurre actualmente, en que los inventos industriales constituyen el mayor orgullo, y los pueblos se disputan la prioridad.

Así, los griegos reconocen en Tirseno, el lidio, al inventor de la trompeta; en los egipcios, a los descubridores del escudo, el casco[17] los carros de guerra y de la geometría; el ropaje de las imágenes de Palas se debería a los lidios; el alfabeto, a los fenicios, y el reloj de sol y la división duodecimal del día, a los babilonios.[18] ¿Qué más da, si se es el centro del mundo y se puede mostrar el ombligo de la tierra en el lugar sagrado del templo de Delfos?[19]

Por lo que se refiere a las migraciones, ocure, a veces, que las referencias del mito son completamente

17. Según otros, las abrazaderas y blasones de los escudos, y los pompones de los cascos serían de origen cario. Estrabón, XIV, 2, 27, p. 661.

18. Véase, además del conocido fragmento de Heródoto, el de Critias en la *Anthol. lyr.* de Bergk, p. 103. En Atenas, según Lisias (λογ ἐπιτάφ, § 4), se creía que las Amazonas, «hijas de Ares», que en tiempos obscuros vinieron de Termodonte, fueron los primeros humanos que montaron caballos (μόναι μὲν ὡπλισμέναι σιδήρω τῶν περὶ αὐτάς, πρῶται δὲ νῶν πάντων ἐφ ἵππους ἀνάβδασαι); por lo tanto, el arte de montar a caballo se le atribuye también al extranjero, con tal de poder enlazar con este hecho una victoria ateniense. (Con estas Amazonas, a cuya invasión en Laconia, según Pausan., III, 25, 3, sólo puso un límite el mar, y que fueron vencidas entonces —se mostraban todavía sus sepulcros—, alternan en la imaginación griega las Ménades, que habían venido de las islas del archipiélago; pero desaparecieron luego, sin que se volviera a hablar de ellas como una fracción inmigrada del pueblo. Acaso se trate del mismo acontecimiento remoto, reflejado en dos cuadros diferentes.)

19. Pausan., X, 76, 2. Solamente en el mito posthomérico aparece suplementariamente el gran inventor Palamedes, a quien con el tiempo se le atribuiría lo mismo lo útil que lo agradable: tres o cuatro nuevas letras del Alfabeto, la medida, el peso, el juego de damas, el de dados, etc.

transparentes. Así, cuando un hijo de rey, extranjero, que tiene que legitimarse mediante una guerra, como es el caso de Pélope, tiene una heredera, o ésta resulta embarazada por Poseidón, se adivina fácilmente un cambio de dinastía o del pueblo dominante, que ha llegado por mar. El parentesco entre dos pueblos se halla simbolizado por la fluencia de un río a través del mar, para reaparecer como fuente en otras tierras; el conocido templo del peloponésico Alfeo y de la fuente Aretusa en la isla Ortigia de Siracusa no es el único, y Pausanias, que nos cuenta varios semejantes (II, 5, 2), no parece dudar de su posibilidad física. El orgullo de poseer una tierra excelente, la sorna contra los vecinos de peor suerte, tenidos por tontos, se expresa también en leyendas que figuran la adquisición del suelo mediante una triunfante añagaza; en la invasión dórica, los etolios, que vienen con ella, supieron asegurarse el mejor trozo (Élida), y entre los mismos dorios, Cresfonte se hace con las fértiles tierras de Mesenia, engañando a los espartanos en el momento de sacarlas a suerte. También por el desafío de los dos jefes contrarios se decide, según se cree, la posesión de una comarca: «...y entraron en monomaquia, según la vieja costumbre de los helenos.»[20] También es una representación auténticamente nacional figurarse que el arma favorita de un pueblo vence a la de otro. Frente a frente se encuentran Pirecmes el etolio, y Degmeno el epeo, quien, como arquero, piensa vencer fácilmente con su tiro largo al etolio, simple hoplita, pero éste llega con una honda y un saco repleto de piedras; la honda había sido inventada hacía poco por los etolios, y el arma nueva venció al viejo arco; Degmeno cayó, y los etolios se adueñaron del país y

20. Estrabón, VIII, 3, 33, p. 357.

expulsaron a los epeos. La representación más usual del pretendido derecho sobre una tierra consiste en haber obtenido, por regalo o de otra manera, un terrón de esa tierra pretendida. Pero todas estas leyendas apenas nos proporcionan datos al tratar de utilizarlas, en sus detalles, cronológicamente.

Tampoco supone grandes dificultades que las estirpes se personifiquen en héroes, a tenor de la representación ingenua, para la que sólo los individuos son los autores de las acciones. Ni nos sorprende mayormente esa firme convicción de que el pueblo lleva su nombre del héroe, y no al revés,[21] y que cada ciudad ha tenido que ser fundada y lleva su nombre del fundador. Pero examinadas las cosas más al detalle, no parecen tan sencillas, ya que, no sólo las estirpes, sino también los lugares, los ríos, las montañas, toda una comarca, se hallan personificados en las genealogías.[22] Y sube la complicación con los numerosos nombres de héroes con significación de realidades que han tenido alguna importancia en la vida del país, ya se trate de acciones u ocupaciones aisladas o de maneras de vivir. Claro que cuando se nos dice que Apoico (el colonizador) coloniza a Teos, y

21. Claramente, por ejemplo, en *Frixos* de Eurípides, fragmento 2, y en las *Supli.* de Esquilo, 254. A propósito de los nombres de las ciudades de Beocia, dice Pausan., IX, 1, 1, que se llamaban Βοιωτοί, que se refiere a todo el pueblo, por Boiotos: *χαλοῦνται δὲ κατά πόλεις ἀπό τε ἀνδρῶν και τά πλειω γυναικῶν.*

22. Por referencia a dos antiguos reyes de Platea, un río llevaba el nombre de Asope; una montaña, el de Citerón. Esos reyes les habían dado, respectivamente, sus nombres. Pausanias —y aquí comienza el razonamiento a propia cuenta— añade: «Creo que Platea, que ha dado nombre a la ciudad, es hija del rey Asopo, y no del dios Asopo.» Uno de los procesos más sencillos es que se origine una localidad allí donde un arroyo desemboca en el mar: Pausanias, IX, 38, 6; el lugar lleva el nombre de Aspledón, que fue hijo de Poseidón y de la ninfa Mideia.

que Páralo y Egialeo (habitador de las costas) colonizan a Clazomene y las costas de Sicione, pensamos inmediatamente en una representación muy posterior; pero el viejo Herodoto (v, 68) opina ya que el pueblo de los egialeos se llama así por aquel héroe, cuando lo mismo el pueblo que el héroe llevan su nombre de la costa (αἰγιαλός). Ya se sabe qué clase de etimologistas fueron los griegos, y es fácil de explicar el presente caso; otro muy parecido es el que nos cuenta Pausanias (VIII, 26, 1), que la Herea, en Arcadia, deriva su nombre del fundador Hereo, cuando fácilmente se adivina que se trata de la ciudad de los hereos. ¿Y cuántas veces no habrán entendido los griegos, en los nombres primitivos que encontraron, algo que ponían ellos mismos inconscientemente, creyendo, por ejemplo, que curetes quiere decir tanto como «esquilados» y acarnanes lo contrario? [23] Sobre una sola etimología posee, quizá, la Antigüedad una idea justa: el gran Teseo es el «constatador» y han derivado siempre su nombre, de alguna manera, de τιθημι. Las demás interpretaciones podemos descuirdarlas; así, por ejemplo, cuando pretenden que el primer rey del país, que luego se hizo famoso por las luchas olímpicas, hubo de llamarse *Aethlios* (vencedor del concurso), o cuando de *nauplia* (navegación) nos sacan un rey Nauplio, y cuando de la anfictionía délfica surge un héroe imposible, de nombre Anfictión.

Si los numerosos nombres, cualquiera que sea su origen, nos hubieran sido transmitidos en su mayor parte en rigurosa sucesión genealógica, nos servirían como documentos ilustrativos de nuestras composiciones genealógicas y migratorias. Pero junto a personajes conocidos de los tiempos heroicos, caracterizados por

23. Estrabón, x, 3, 6, p. 465, tomado de Arquémaco.

determinados acontecimientos de sus vidas, nos encontramos con toda una serie numerosísima que no nos ofrece más que su nombre, y pronto nos convencemos que nos hallamos frente a la pura arbitrariedad, ante una absoluta indiferencia por lo acaecido, ante una despreocupada ficción. Si aceptamos los árboles genealógicos que nos ofrece Apolodoro en su primer libro como decantaciones efectivas de la poesía épica, nos encontramos con otras series, como (III, 12) la de la familia real de Troya (III, 10), la de los Tindáridas, etc., en las que los nombres, en parte puramente patronímicos (ríos, montañas, regiones),[24] están ordenados caprichosamente, y podían ser variados en cualquiera de sus líneas; lo mismo cabe decir, muchas veces, de Diodoro y de Pausanias, por ejemplo, en lo que respecta a su copiosa genealogía de los arcadios (VIII, 3, 1).[25] En Conón (c. 10) y en Partenio (c. 6) el mito de Palene se cuenta de tal modo, que toda una serie arbitraria de localidades de esta famosa península y de sus alrededores aparecen como personajes.[26] Desde el primer momento se renuncia al intento de entresacar de los grados de parentesco que se nos ofrecen en el mito una sucesión o simultaneidad real de las estirpes, una relación de antigüedad en la fundación de las ciudades personificadas, y ni tan siquiera en los antagonismos del mito buscaremos la huella de un viejo antagonismo real. Muchas veces sorprendemos cómo las lagunas del relato

24. Hasta encontramos, más tarde, una genealogía botánica donde las plantas son tenidas por héroes y heroínas, en Aten., III, 14 (tomado de Frínico). En Pausanias (x, 6, 3), al hablar de Delfos y su supuesto hijo Fitis, se dice, sobre los aficionados a genealogizar: οἱ γενεαλογεῖν τὰ πάντα ἐθέλοντες.

25. En Diodoro hallamos un ejemplo parecido (IV, 72), al hablar de los descendientes de Asopo.

26. Plutarco cree lo contrario (*Quaest. Graec.*, 41): que los personajes míticos dieron su nombre a fuentes y ríos.

son disimuladas con retazos arbitrarios y visibles. Así, por ejemplo, cuando se nos dice que los cretenses, consagrados como primogénitos de los dioses, son enviados a Delfos, de donde se trasladan a Yapigia, dando como única explicación la de que no pudieron prosperar en Delfos.[27] Cuando la mujer de un héroe abandona a éste y se traslada a otro país, donde funda una línea nueva, se nos dice que abandonó al esposo «por incompatibilidad de caracteres». En Pausanias (III, 12, 2) podemos ver cómo, según una leyenda tardía, Danao busca maridos a sus hijas, afamadas de crimen. La ciudad de Quirnos, en el Quersoneso, ha sido fundada por el héroe argivo del mismo nombre, porque, habiendo sido enviado por el rey Ínaco de Argos en busca de su desaparecida hija Io, al no encontrarla no se atrevió a volver a su casa.[28]

Se podía atribuir esta arbitrariedad genealógica a ociosos literatos postalejandrinos, a falsificadores muy posteriores. Pero es el caso que tienen ilustres predecesores. Véase la agilidad con que Esquilino improvisa en *Las suplicantes* (v, 312 y sigs.) el siguiente árbol genealógico:[29] De Zeus e Io desciende Épafo; de éste, Libia; de ésta, Belo, y de éste, Danao y Egipto.[30] Y del mismo modo procede la vieja poesía épica. Como es el caso en muchos héroes de la *Ilíada*, sobre los cuales se nos cuenta una genealogía cuya improcedencia salta a la vista. Se verá ahora por qué no tomamos en serio más arriba la ordenación y el árbol genealógico de

27. Plutarco, *Quaest. Graec.*, 35, 39.
28. Diodoro, v, 60. — Una motivación parecida, con distinta ocasión, vemos en Eudocia Violar., 214.
29. Que Apolodoro aceptaría, crédulo.
30. En Eudoc., § 25, *De Ferécides*: Poseidón-Agenor. 1) Damno, hija de Belo. 2) Argiope, hija del río Nilo. Hijos de Damno: 1) Foinix, 2) Isaie (esposa de Egipto), 3) Melia (esposa de Danao).

Helén y sus hijos. Así como la genealogía en nuestra época supone penoso esfuerzo crítico, para los griegos era un puro placer, que no descuidaba ni a los mismos animales, pues también [31] estaban convencidos de que la cerda cromiónica, matada por Teseo, fue madre del jabalí caledónico.

Pero no se crea que en todos los pueblos antiguos ocurre lo mismo. Las genealogías del capítulo x del *Génesis* —ya sean testimonios hebreos, o fenicios más antiguos, los que contenga— son resultado de un esfuerzo muy serio para agrupar unitariamente todo lo que se sabía acerca del parentesco entre los pueblos. Se nos habla con tal nitidez de Babel como punto de partida de Nínive, de la antigüedad de Sidón respecto a los caseríos del interior, del grado de parentesco entre los descendientes próximos o lejanos, amigos o enemigos, del patriarca Abraham, que la impresión de que se trata de un testimonio escrito resulta inevitable.

No sobra ningún nombre, mientras que para los griegos, independientemente de toda genealogía, el puro improvisar y recitar nombres, una tirada de nombres, tenía un encanto especial. Más adelante volveremos sobre esto. La enumeración, objeto hoy, como la genealogía, de una ciencia escrupulosa, constituye la delicia de los poetas épicos y teogónicos, y quien se haga cargo de esta circunstancia, no sólo se despreocupará de las genealogías que nos ofrece un Apolodoro, sino que titubeará también ante el catálogo de navíos contenido en el segundo canto de la *Ilíada*. Y, sin embargo, no se puede negar que existen series de reyes y genealogías que se corresponden con la realidad.

31. Estrabón, VIII, 6, 22. Ortos, el perro de la isla Hesperia, de Gerión, era hermano del Cancerbero. Eudoc. Viol., § 356.

Es sabido que los griegos posteriores trataron de interpretar cronológicamente su antigüedad mítica, y como había muchos en la creencia de que procedían de dioses y héroes, era siempre admitida con gusto una cronología cualquiera de los tiempos primitivos; los árboles genealógicos se conservaban todavía, y Hecáteo de Mileto creía encontrarse como el miembro número dieciséis en la descendencia de un dios.[32] Pero en Grecia no hubo casta alguna encargada de la cronología; el escribir fue, durante largo tiempo, cosa rara, y el año civil era diferente en cada localidad y calculado a menudo muy inexactamente; y todo lo que con ayuda de las viejas inscripciones de las sacerdotisas de Hera en Argos, de los reyes y arcontes de Atenas, Sicione, Argos, etc., se pudo calcular más allá del comienzo de la cronología de las Olimpíadas (776 a de C.),[33] no ha debido de ofrecer gran seguridad. Se encontró un método auxiliar en el recuento de generaciones, y por esta vía heroica ha debido de llegar Herodoto (II, 145) a sus suposiciones: que Dionisos vivió 1600 años antes que él, 900 Heracles, Pan (como hijo de Hermes y Penélope) 800 (calculaba, aproximadamente, treinta y tres años[34] por generación (II, 142), aunque conocía el caso (I, 7) de una serie de veintidós generaciones que no daba más de veintitrés años por cada una). No tenía el menor reparo para poner en conexión los productos míticos —que muchas veces no son sino el velo que cubre relaciones de tipo causal,

32. Herodoto, II, 143.

33. Tampoco, desde las Olimpíadas, la indicación de los vencedores, que solía servir de referencia cronológica general, era nada segura, y se consideró como establecida posteriormente y de manera bastante arbitraria por el sofista Hipias de Élida. — Plut., núm. 1.

34. Su contemporáneo, de más edad, Heráclito, calculaba las generaciones por treinta años. — Plut., *De defectu orac*, II.

y que, de todas maneras, son siempre algo fuera de todo cálculo— con la duración media de una generación humana. Otro ejemplo, también muy característico, lo encontramos en el discurso *Busiris*, de Isócrates ( § 8, 36 y sig.), donde se rebate al adversario con la demostración cronológica de que Heracles no pudo haber matado a Busiris, ya que Heracles era cuatro generaciones más joven, mientras que Busiris era doscientos años más antiguo que Perseo. Sabemos, sin embargo, que Heracles era un ser divino, mientras que Busiris era sólo un ogro creado por la fantasía griega. Isócrates destroza al adversario con el siguiente apóstrofe: «No te importa la verdad, sino que sigues los vicios de los poetas.» Hay que ponerse constantemente en guardia contra ese error, muy a mano, de que un pueblo tan dotado como el griego tuvo que gozar también de sentido crítico. Los griegos se apasionaban por los detalles y localidades en relación con los tiempos remotos, pero su acción a lo antiguo no les llevó mucho más allá del campo mítico.

Con recursos y métodos parecidos ha debido de fabricarse, hacia mediados del siglo III a. de C., la llamada crónica de mármol de Paros, obra de un erudito particular. Encontramos, empezando por Deucalión, toda una serie de acontecimientos y personajes míticos, con su respectiva indicación de año: Ares y Poseidón ante el Areópago, Cadmo en Tebas, las Danaidas en Grecia, Erictonio, Minos, Deméter y Triptolemo, como maestros de la agricultura, etc. No muchos años depués, calculaba Eratóstenes, en su *Cronografía*, el año de la conquista de Troya, fijándolo en 1184 antes de Cristo, con otras cuantas fechas señaladas anteriores al comienzo de la cronología olímpica. Sin duda no habrá podido prescindir en sus modestos cálculos del método de las generaciones; otros cronólogos contaban los

años desde la caída de Troya en forma bien diferente.[35]

El mito y su voz, la épica, reemplazan a toda clase de testimonios antiguos. La calamidad científica comienza más tarde, cuando se olvida esto y se trata a Homero como un documento que prevalece contra otros testimonios etnográficos más eficaces; testimonios que, claro está, o se conforman o difieren con los de Homero. Estrabón, que homeriza constantemente, y que tan parcamente nos habla de la época posthomérica, que va hasta la guerra persa, pone frente a frente (IX, 5) todo el viejo testimonio etnográfico de la Tesalia con el hecho del mando de Aquiles, tal como nos lo relata Homero. Nos damos cuenta (comp. VII, 3, y VIII, 3) de cuán arraigado estaba el convencimiento de la exactitud de Homero, cómo cada ciudad pretendía encontrarse citada en la *Ilíada* como ἐϋκτίμενον πτολίεθρον (ciudad bien fundada), y cómo se llegaba a corregir al poeta hasta hacerle decir lo que se quería. El que entre los testimonios antiguos se guiaba de Homero ero conocido honrosamente como ὁμηρικώτερος (homérico). Finalmente, toda una serie de acontecimientos que no había manera de emplazar en los tiempos míticos, eran adscritos a su término oficial en la νόστοι, o sea las leyendas referentes a los viajes errabundos de los héroes después de la conquista de Troya. No sólo Ulises y Diómedes, sino Menelao, Calcas y los troyanos Eneas y Antenor habían vagado por el mundo, así que era posible atribuirles la fundación de muchas ciudades. Es innegable la expansión, en tiempos remotos, del pueblo griego por las costas de Italia y de Asia, pero el mito constituía la gran base espiritual de la vida de la nación, y no tener

35. Para no hablar de cronógrafos posteriores que trataron de fijar sincronismos entre los acontecimientos míticos más remotos y algunas series tradicionales de cargos públicos, por ejemplo, con la lista de las sacerdotisas de Hera en Argos.

cabida en él debió de considerarse como una verdadera calamidad. Así, Diómedes es señor del mar Adriático, Aquiles del Ponto (ποντάρχης), y, cuando no había a quien acudir, se echaba mano de Heracles, «el señor del Oeste».[36] Precisamente en estos países lejanos es donde el culto a los héroes fue más cultivado.

Entre los poetas, hasta la Geografía propende a lo mítico, a pesar de que existían abundantes y exactos conocimientos en la materia. Cuando ya el Ponto rebosaba de colonias griegas, y no muy lejos de la época de Herodoto y de la admirable etnografía siciliana de Tucídides (VI, 2 y sig.), Esquilo nos ofrece en el *Prometeo* la geografía fabulosa más sorprendente, un auténtico mundo mítico soñado. Las mismas bellas fábulas que animaban por toda Grecia a las montañas, valles y costas, con sus personajes y sus historias, crearon también la imagen de los pueblos extraños, comenzando con aquellas amazonas que intervienen sorprendentemente, con Antíope, Hipólita y Pentesilea, en la vida de los héroes helénicos. Este mundo de maravilla o de espanto que bordea al suyo es el que más han tardado en abandonar.

Sea lo que quiera del conocimiento que pudieran tener de sus tiempos primitivos, el mito domina la vida griega como una potencia ingente, cerniéndose sobre aquélla como un mundo inmediato y magnífico.[37] Ilu-

36. Arist. *Mirab. auscult.*, 97, πάσης τῆς πρὸς ἑσπέρνα ρχύιον Ἡρακλέα γενέσθαι., con ocasión de sus huellas en Yapigia. El libro contiene otras muchas cosas sobre los helenos de la época mítica en Italia. Compárense, además, las conocidas fuentes: Estrabón, *v*; Justin., XX, 1, 2; Dionisio de Halircanaso, I, etc. En cuanto a la presencia de Heracles en la campiña sembrada de piedras de La Crau, en lucha contra los ligios. *v.* Esquilo, *Fragm. Prom. solutos*, I.

37. En Siracusa existía el magnífico jardín Mitos, donde el rey Hierón solía dar audiencia. V. Aten., XII, 55.

mina toda la contemporaneidad griega, hasta los últimos tiempos, como si se tratara de un pasado no muy lejano, cuando en el fondo no era sino la representación más alta de lo que la nación veía y hacía.

También otras naciones han poseído esta imagen de sí mismas en forma de mitos divinos y heroicos. Decidan los enterados si indios, persas y germanos mantuvieron alguna vez esta íntima relación con sus mitos; acaso las grandes ortodoxias dominantes en Oriente y Egipto, que no son sino consecuencia de desenvolvimientos posteriores, han arrancado la vida de las viejas leyendas de dioses y héroes y han menoscabado esencialmente la fantasía fabulosa de los pueblos; pero no se puede negar que los griegos disfrutaron de ventajas muy especiales. Se hallaban, se puede decir, en el primer estadio de su historia; no se había producido ninguna gran catástrofe que se abatiese sobre una cultura ya avanzada; ninguna invasión de pueblos extraños, pues las migraciones de que tenemos noticia se desarrollan dentro del pueblo mismo; ninguna crisis de religión que hubiera provocado una sistematización de la fe, una ortodoxia; finalmente, ningún sojuzgamiento. A todo esto añadamos la dicha singular de que el mito griego, nacido en tiempos completamente ingenuos, llega en su plenitud a una época que conoce la escritura y hasta a una época muy literaria, pudiendo ser fijado ampliamente.

En el *Timeo* de Platón (pág. 22, *b*), el viejo sacerdote de Sais dice a Solón: «Vosotros, los helenos, sois eternos muchachos, no ha habido ningún anciano entre vosotros, todos sois jóvenes de alma, porque no poseéis ningún testimonio primitivo, ninguna doctrina antigua, ningún saber anciano.» Es completamente exacto que los griegos, en lugar de conocimientos y de ciencia aprendidos, en lo que sobresalían los egipcios, gozaron,

como ningún otro pueblo, de la vida real de sus primeros tiempos. Más adelante, cuando llegaron también a ser una nación con su ciencia, el mito se convirtió en asunto de erudición y de controversia y continuó perviviendo como una segunda historia; se discutía alrededor del parentesco de dos héroes y quién había matado a quién en la lucha, y se comparaban las variantes; todavía escoliastas tardíos como Eustaquio, Tzetzes, etc., distinguen entre autoridades mayores y menores. Y los romanos, que recogen el mito griego como un mundo de regalo, lo rememoraban con el sudor de su frente y ornamentaban con él su poesía; el emperador Tiberio, entre bromas y veras, se entretenía en vejar a sus gramáticos con cuestiones científicas de este tenor:[38] ¿Quién era la madre de Hécuba? ¿Cómo le llamaban a Aquiles las muchachas de Esciros? ¿Qué era lo que cantaban las sirenas? Tiberio pudo haber encontrado un contemporáneo, no mucho más joven que él, a quien no se le hubiera escapado ninguna respuesta; Tolomeo Hefestión afirma que sabe de cinco nombres que Aquiles llevaba en Esciros;[39] además, los nombres de los mentores de Ulises, Aquiles, Patroclo, etc., y otras muchas cosas por el estilo. En tiempos muy posteriores, cuando no se ven ya las figuras del mito sobre la escena y apenas eran pintadas ni esculpidas, en tiempos, en fin, en que el cristianismo impera, se ocupaba del mito la poesía erudita de un Nonos, y las escuelas retóricas nunca abandonaron por completo la materia. Se hacen paralelos de la fama, por ejemplo, entre Odiseo y Néstor; discursos de loa y vituperio, composi-

38. Suetonio, *Tiber.* 70. Para ejemplo clásico de una condenación del mito que entonces se creía científica, v. Diodoro Sículo.

39. V. Westermann, *Mythographi.* De todos modos, el autor ha inventado una buena parte de sus mitos.

ciones jurídicas en favor y en contra de las figuras míticas, declaraciones patéticas para los monumentos decisivos; nos enteramos de lo que Casandra habría dicho en Troya al caballo de madera, o Agamenón en el momento de ser asesinado, Heracles al penetrar en la hoguera, Menelao al conocer la muerte de su hermano, etcétera.[40] Una historia contemporánea que nos cuenta Pausanias (I, 35, 6) nos revela con qué facilidad la *fantasía popular*, aun en la época de los emperadores, abocaba en la corriente mítica con cualquier pretexto. En Temnotirae, en la Lidia superior, se deshizo con las lluvias una colina y quedaron al descubierto unas piernas humanas por su forma, pero de un tamaño superior; en seguida se extendió la versión de que el cadáver era el de Gerión, hijo de Crisaor, y a él pertenecía también el trono, pues se había encontrado allí cerca un trono labrado en la roca de una montaña, y el arroyo que por allí pasaba tenía que ser el Océano; también se dijo que algunos, al labrar la tierra, habían encontrado cuernos de vaca, pues se había que Gerión había criado excelentes ejemplares. Pausanias opone a las gentes que Gerión pertenece a Gadir, y los exégetas de la localidad pretenden que el muerto es Hilo, hijo de Gea, que es de donde lleva su nombre el río que ahora se quería identificar con el Océano, y el mismo Heracles, con motivo de su hospedaje en casa de la lidia Onfala, llamó a su hijo Hilo, a causa del río.

Pero dejemos estas muestras sorprendentes de la

40. Waltz, *Rhetores Graeci*, vol. I. Los ejemplos citados proceden de Nicolao (siglo V después de C.). Igualmente en Nicéforo (siglo XII), por ejemplo, encontramos discursos parecidos, mezclados con los de personajes bíblicos e histórico-profanos. No es éste lugar para hablar de la gran importancia del mito griego en la época moderna, a partir del Renacimiento.

vitalidad del mito; su imperio más absoluto y brillante corresponde a la época de florecimiento de lo helénico, y casi se puede afirmar que el pueblo griego se mantuvo en la cúspide hasta tanto no empezó a desviarse del mito. Con él preservó su juventud.

En estos tiempos primitivos, los griegos gozan, por decirlo así, de un sentido *a priori* del mito; parecen despertar del sueño de su mundo fabuloso. Nosotros solemos buscar en nuestros primeros tiempos lo exacto, pero nada parecido se ofrece entre los griegos; éstos no percibían los objetos como exteriores a ellos, sino que los contemplaban; no eran sino íntima creación en la visión del pueblo; de aquí la libertad de visión, ya que cada cual ve todo lo que sus ojos le permiten.

Este imperio del mito ha debido de ser favorecido en gran manera por la polis, como forma de vida de la nación, y por los aedos. Podemos admitir que en los pueblos germanos, tal como quedaron fijados después de las invasiones, frente a la creencia en los dioses y a la leyenda tribal, dominó sobre los espíritus, en forma de historia fantástica de la nación, una oscura leyenda heroica, cuya figura central sería Dietrich von Bern. Es posible que los rapsodas hayan sido los principales transmisores y que hayan frecuentado los palacios de los nobles. Pero los rústicos, como fueron, casi sin excepción, los germanos, no amplían sus historias, como ocurre con las gentes de la polis, sino que se contentan con la impresión que en su imaginación producen las grandes figuras y acontecimientos. Entre los griegos los oyentes son en su mayoría habitantes de ciudades y, como no puede menos de reconocerse, dotados de unas facultades extraordinarias para la aprehensión y transformación de lo escuchado, y de una fuerza y voluntad firmes para ocuparse constantemente del relato; un público que era el terreno ideal para la

siembra que hacían los aedos. Pero sin éstos tampoco hubiese sido posible la extensión de leyendas tales como las que llegaron a ser las griegas. Los mito que se refieren a determinadas ciudades y que se hallan en relación con viejos cultos, se hubiesen sostenido sin más; pero no así, sin la ayuda de los rapsodas, mitos como el viaje de los Argonautas, la cacería caledónica, relatos que, con un núcleo histórico nulo o insignificante, se convirtieron en acontecimientos históricos para todos los griegos, y en acontecimientos de tal categoría, que despertaron mucho mayor interés y más duradero que todo lo que después realmente aconteció; tampoco sería explicable de otro modo que un recuerdo no muy viejo de la nación, la guerra de Troya, sirviera de base y de epílogo a todo ese mundo fabuloso. Es posible que el hecho de que a los griegos les fueran más indiferentes y menos conocidas las grandes personalidades históricas que Teseo, Meleagro, Pélope, los Atridas, etc., haya sido favorecido por la circunstancia de que cada personalidad histórica pertenecía a una polis odiada de todas las demás. Pero lo mismo se puede decir de la mayoría de los personajes míticos y, sin embargo, fueron conocidos por doquier merced al canto épico.

A través de siglos, durante toda la época de los llamados Cíclicos, lo adquirido fue completándose y transformándose; esto es, que allí donde pudo asomar una historia verdadera, fue desmantelada por la leyenda, que, en continuo crecimiento, cubría todas las hendiduras por donde peligraba la invasión de lo exacto. Y aun lo real que penetró y se sostuvo, fue proseguido y elaborado míticamente; lo histórico mismo fue sometido a las leyes de una prolongada tradición oral y poética. Cuando se transmite una genealogía auténtica, se halla mezclada de genealogías inventadas,

obra generalmente de posteriores arqueólogos locales; lo mismo ocurre con testimonios geográficos fidedignos, que los hallamos mezclados con pueblos fabulosos, como el de los Centauros y los lapitas,[41] por ejemplo, a cuyo propósito se hace todo lo posible para que prevalezcan una etnografía y geografía fabulosas. Pero lo más sorprendente no es que el mito prevalezca sobre la historia, sino también contra sí mismo, porque un mito no siempre deja lugar a otro, sino que cabe una colaboración, y el aedo tiene que ensartar con el principio o el final dejado por su predecesor.

El mito constituye un supuesto general de la existencia griega. Toda la cultura, en su integridad, seguía siendo la misma de los primeros días, sólo que recreada progresivamente. Se conocía todavía el origen mítico o sagrado de numerosas formas de la vida y eran sentidas próximas a él. Toda la humanidad griega se consideró como descendiente y legítima heredera de la época heroica; agravio padecido en los tiempos heroicos, es vengado después;[42] Herodoto comienza su relato de la gigante lucha entre el Oriente y el Occidente con el rapto de Io, y la guerra persa es una continuación de la guerra de Troya. Cuando más tarde (396 a. de C.) Agesilao se levanta en guerra contra los persas, se dirige a Aulis, sin más propósito que ofrecer un solemne sacrificio a Agamenón, en lo que fue impedido por una emboscada de la caballería tebana. Los servicios de los ascendientes en los tiempos remotos se traen a compensación en las negociaciones oficiales; antes de la batalla de Platea, los atenienses,[43] al pretender preceder a los tegeos, hacen valer que fueron protectores de los he-

41. V. Diodoro, IV, 69.
42. Recuérdense las viejas pretensiones de los heraclidas sobre el occidente de Sicilia. Pausan., III, 16, 4.
43. Heródoto, IX, 27.

tíclidas, vencedores de las Amazonas, que dieron sepultura a los siete que combatieron contra Tebas, que lucharon ardorosamente en la guerra de Troya, y, en lugar postrero, que fueron los vencedores de Maratón. Se comprende, pues, que las oraciones fúnebres de los atenienses con ocasión de los enterramientos de los caídos en la guerra, aludieran siempre a estos temas; Pericles ha sido el único que se ha permitido omitir las glorias míticas, apelando únicamente a las fuerzas eficaces de Atenas. Todavía mucho más tarde, en el siglo IV, los pisatas se valen de «pruebas míticas y antiguas» [44] para pretender que a ellos y no a los eliotas corresponde la celebración de los juegos olímpicos; por entonces, bajo el mando de Epaminondas, se rebeló Tebas, «envanecida porque sus antepasados procedían de los tiempos heroicos»,[45] y no mucho después Filomelo demostró el viejo derecho dominical de los focenses sobre Delfos, basándose en dos versos de Homero.[46] En esa misma época, los atenienses, disgustados por la alianza entre Tebas y Argos, enviaron por un día a Arcadia al orador Calístrato, quien apostrofó a ambas ciudades por su Edipo y su Orestes; levantóse Epaminondas y repuso: «Concedido, que entre nosotros ha habido un parricida y en Argos un matricida, pero nosotros expulsamos a los dos, y fueron recogidos por los atenienses.» [47] Todavía en tiempos de Tiberio, y ante su Senado, los templos de Asia Menor defendían su derecho de asilo con los recuerdos más arcaicos,[48] y el de Artemisa de Éfeso hizo constar que en su recinto nacieron los hijos de Zeto; que, más tarde, Apolo se cobijó en él para sus-

44. Diodoro, XV, 78.
45. Ídem, XV, 50.
46. Ídem, XVI, 23.
47. Plutarco, *Regum apophthegm.* s. v. Epaminondas.
48. Tácito, *Ann.*, III, 60-63.

traerse a la cólera de Zeus; allí también el victorioso Dionisos perdonó a las Amazonas y, merced a la victoria de Heracles sobre Lidia, se magnificó el servicio del templo. Cuando los megarenses concedieron a Alejandro el derecho de ciudadanía, Alejandro no pudo menos de sonreírse, pero los megarenses le hicieron observar que, hasta él, a nadie, fuera de Heracles,[49] había sido concedido semejante honor. También los espartanos apelaban a este héroe de su estirpe y a sus hijos, lo mismo en la guerra que en las decisiones públicas.[50] Usos y vestimentas antiguos gozaban de una protección efectiva si podían ser referidos a su origen mítico.[51]

La seriedad con que se tomaban todas estas tradiciones se nos revela en el hecho significativo de que en tiempos ya muy posteriores pesaba todavía sobre una familia la maldición que recayera sobre sus antepasados. La gran familia de los égidas en Esparta, que procedía de la casa real labdaquidiana de Tebas, sufría la desgracia de que se le murieran los hijos, por lo cual, siguiendo las indicaciones de un oráculo, erigieron un santuario a las Erinias de Layo y de Edipo, y sus hijos dejaron de perecer.[52] Cree Píndaro que Terón de Agrigento, cuya familia procedía de la misma casa real maldecida, podía ser consolado con la siguiente consideración: «Lo que ha sucedido, justa o injustamente,

49. Plutarco, *De unius dominatione*, c. 2.

50. Diodoro, XII, 45, 59. En su segunda incursión en el Ática y al fundar a Heraclea Traquinia.

51. Plutarco, *Quaestiones Graecae*, c. 16. Este libro trata, en su mayor parte, de poner en relación con los tiempos primeros las costumbres, trajes, usos sacrales, etc., de la época. Los heraldos espartanos, familia de los taltibíades, procedían del heraldo de Agamenón (v. Heródoto, VII, 134); en Ítaca se creía que los coliadas procedían del divino pastor de puercos Eumeo, y los bucólicos, del pastor de vacas Filoitio.

52. Heródoto, IV, 149. Es conocida la huida de los alcmeónidas y su influencia tardía.

no es posible que el padre Tiempo haga que no haya sucedido, pero una suerte feliz puede acarrear el olvido».[53] No tratándose de familias aisladas, se pensaba de otra manera, y ciudades que habían servido de escenario a los mitos más terribles en manera alguna hubieran querido desprenderse de ellos. Dión Crisóstomo, en el discurso en que mantiene no haber sido conquistada Troya,[54] se dirige a los troyanos en esta forma: «No me puede extrañar que también vosotros, hombres de Ilión, deis más crédito a Homero, que ha mentido tan en contra vuestra, que a mi verdad, y que vuestros hijos aprendan tempranamente esos poemas que no contienen sino imprecaciones contra vuestra ciudad. Si fuera a Argos, tampoco en esta ciudad querrían deshacerse de Atreo y Tiestes, y acabarían por expulsarme de ella. En Tebas las gentes se complacen en que la cólera de Hera les trajera la Esfinge, que devoró a sus hijos, y que Edipo matara a su padre, casara con su madre y errara viejo por los caminos, etc. Porque el ánimo de los hombres se halla tan perturbado por el hombre glorioso, que prefieren ser famosos a costa de la mayor desgracia que oscuros sin ella.» [55]

Especialmente instructiva es la historia primitiva de Atenas, porque nos delata claramente la doble corriente de lo mítico. Por un lado, el mito se adelanta hasta el presente, y por el otro, el desarrollo histórico va penetrando violentamente en el mito. El Ática poseía un gran tesoro de arcaísmo, y así, casi todos los tribunales de Atenas tenían que ver con el mundo legendario,[56] em-

53. Píndaro, *Ol.*, II, 15 ó 29.
54. Dión Cris., *Orat.*, XI.
55. Los habitantes de la Tenea corintia sostenían firmemente que procedían de prisioneros troyanos traídos por Agamenón desde Tenedos. Pausanias, II, 5, 3.
56. Pausanias, I, 28. Atenas creía ser la ciudad más antigua del mundo. Hygin. Fab., 164.

pezando por el Areópago, donde fue juzgado Ares por haber dado muerte a Halirrotio; toda una serie de cargos sacerdotales hereditarios se vanagloriaban de su origen mítico. Además, se mantenía viva la vieja leyenda del país, en parte miticocultural, que hacía relación a los nombres de Cécrope, Anfictión, Erictonio, Pandión, Erecteo, los Metionidas, etc. Todo esto se halla entrecruzado y en parte anulado por la figura de Teseo. Por un lado, Teseo es un auténtico héroe del mundo legendario griego, mas, por el otro, es la personificación de todo el desarrollo político del Ática, cuyos rasgos, muy posteriores, se atribuyen al héroe. En Plutarco encontramos dos biografías que no son sino condensaciones de acontecimientos posteriores de pueblos enteros: la de Licurgo y la de Teseo. Pero, ya mucho antes que Plutarco, Jenofonte nos ofrece una imagen de Licurgo que no es sino la condensación de toda la historia espartana, y Tucídides una imagen de Teseo, mero reflejo del desarrollo del Ática (II, 15). Teseo comienza su itinerario político preparando las condiciones que hacen posible la ciudad que, según las demás leyendas, tuvo que existir ya mucho antes: limpia la tierra de espantosas alimañas y bandidos, reúne a los habitantes esparcidos por el Ática —que hasta entonces nunca se habían reunido en asamblea más que disgregadamente, y hasta se habían hecho la guerra— en una ciudad e instituye como representación solemne de la nueva ciudad las Panateneas y como fiesta de unión las Metequias. Y cuando da muerte al toro maratónico para ganarse el favor del pueblo, viene a ser el primero que se pone del lado de las masas[57]

57. πρῶτος ἀπέκλινε πρὸς τὸν ὄχλον decía ya Aristóteles. V. Isócrates, *Helena*, p. 212-215, y *Panathen.*, p. 259. Anteriormente, Eurípides *(Suplicantes)* había mezclado de la manera más sorprendente la monarquía de Teseo y la democracia.

mientras derroca la monarquía. Durante su prisión en el Hades, un tal Eréctido Menesteo, también un adulador del pueblo, desencadena una revolución; Teseo, al volver del Hades, lo encuentra todo cambiado y al demos completamente desquiciado; pretende mandar de nuevo, es presa de grandes confusiones, lucha en vano contra la demagogia hasta que, renegando del país —todavía se señalaba el «lugar de la maldición»—, pasa a Esciros, donde Licomades lo despeña.

Cuando alguien, más adelante, quiere enterarse del origen de una institución cualquiera, así sea la de los óbolos que las sombras tienen que pagar al barquero, encuentra pronta la respuesta: «Teseo la estableció.»[58] La danza de Geranos, tan enrevesada, era así recuerdo de los recovecos del Laberinto; fue bailada la primera vez por Teseo y Ariadna con los muchachos y muchachas salvados, luego de haber dado muerte al Minotauro. A este tenor, lo cotidiano se ponía en relación de la manera más natural y graciosa con la historia remota.

Los antiguos llegaron a presumir que existía una efectiva conexión ideal que abarcaba toda la vida de una ciudad, de un pueblo. La obra de Plutarco que lleva el título *De la venganza posterior de la divinidad*, es una colección de hechos del tiempo mítico que habían de ser expiados por los descendientes, algunas veces hasta en los días del escritor, y en ese sentido son un ejemplo más de esa frecuente vinculación de lo presente a un pretérito tenebroso. Pero, como de pasada, escribe[59] estas profundas palabras: «Porque una ciudad es una unidad y continuidad», y todos los griegos

58. Aristóf., *Ranae*, 142. — Una gracia parecida vemos en Aten., I, 30, donde el inventor de todo es denominado Palamedes.
59. *De sera numinis vindicta*, c. 15.

sabían que los crímenes de los padres eran perseguidos en sus descendientes.

Sería completamente erróneo suponer que con ese propósito firme de unir el presente con el más remoto pasado debió de prosperar el conocimiento exacto de este último. No hay crítica capaz de desmenuzar y disgregar en sus elementos lo que está visto en unidad por el sentido poderoso y fresco de una nación joven, y ello debe, en el fondo, tranquilizarnos. No solamente acontecimientos míticos, sino también otros muchos posteriores son elaborados en el relato consecuentemente, hasta que reciben el cariz representativo, típico, característico. El conocimiento que de ello tenemos será de apreciar en nuestro discernimiento del fenómeno griego.

Ha existido, pues, una nación que ha defendido con el mayor empeño su mito como base ideal de toda su existencia y lo ha puesto en conexión, costara lo que costara, con los sucesos reales. No es sólo la Historia la que se ve entorpecida, sino que la misma nación tampoco ha podido soportar sobre la escena ningún drama histórico, y la épica histórica, esto es, el tratamiento épico de un pasado relativamente próximo, ha sido poco cultivada.

Esta nación es considerada como «clásica» en oposición a todo lo «romántico». Pero si lo romántico quiere decir tanto como la constante referencia de todas las cosas y visiones a una época primitiva poéticamente transfigurada, los griegos poseían con su mito un romanticismo colosal que actuó de supuesto espiritual absoluto. ¿Se puede decir que la leyenda heroica de los germanos y de los celtas haya dominado con semejante intensidad ni mucho menos el horizonte de la Edad Media?

Pocas regiones de nuestro Occidente existen donde

el recuerdo de nuestra leyenda heroica perdure, y sin el auxilio de eruditos recopiladores poco sabríamos de Untersberg, Hoerselber, Eckartsberg, Wasgenstein. Aparecen fantasmas en muchos lugares, pero las fantasías que se cuentan a ese propósito forman parte de la superstición popular o son muy difíciles de conectar con nuestros antiguos mitos y leyendas heroicos. En Grecia eran innumerables los lugares clásicos y conmemorativos que hacían relación al mito griego general o al mito local.[60]

En cada rincón del país el culto local de los dioses, a menudo tan amplio, tiende a buscarse unos orígenes tan antiguos y venerables como sea posible; añádanse todavía los innumerables cultos de héroes locales, a cuya cabeza figura el héroe fundador de la ciudad (κτιστής). Por todas partes se manifestaba también el polidemonismo de que se anima el campo, y hubiera bastado para ello la leyenda de los amores de un arroyo con una diosa marina. El santuario más apartado pretendía ser recuerdo de los tiempos primeros; en Cardamila, en Mesenia, existió en la playa un recinto sagrado (τέμενος) de las Nereidas; allí surgieron del mar para poder ver a Pirro, el hijo de Aquiles, y nieto de su señora, Tetis, cuando iba camino de Esparta, a las bodas con Hermíona.[61] En las ciudades más famosas, por ejemplo Atenas y Tebas, se mostraba todavía una serie de viviendas de personajes míticos, además de los infinitos sepulcros; hasta podía suceder que se usurpara, para aprovecharlo en el sentido del mito, un enterramiento de gigantes (χῶματα) de un pueblo prehistórico, y así, los que se encuentran en el Peloponeso

60. Σεμνύνοντες, εἴπερ καὶ ἄλλοι τινὲς, τά ἐγχώρια, dice Pausanias, II, 30, 6, de los trecenios; pero pudo decirlo de todas las poblaciones locales.
61. Pausan., III, 26, 5.

se explican como tumbas de los compañeros frigios de Pélope.[62]

De todo acontecimiento mítico se quería saber el presunto lugar exacto donde había ocurrido, a despecho la explanación de noticias de esta índole que le suministraban los eruditos locales.[63] En Atenas, sabe dónde raptó Bóreas a Oreitia, de qué peña dio el salto Egeo, dónde descansó Sileno en su primera visita a Dionisos y así por toda la ciudad; en Salamina conoce la piedra donde se sentó Telamón contemplando a sus hijas camino de Aulis y Troya. Entre Megalópolis y Mesenia había todo un camino lleno de estaciones de orantes; aquí se volvió loco, aquí se desgarró un dedo a mordiscos; aquí fue curado, aquí se cortó el pelo.[64] Pausanias llega a extrañarse expresamente (IX, 2, 3) de que se ignore en Citerón el lugar donde Penteo se puso furioso y donde fue expuesto Edipo. Por todas partes habían estado los Argonautas, Edipo, Ulises, Eneas, y se contaban grandes y pequeñas cosas de su estancia; el mismo Heracles, que había construido en Feneos de Arcadia el Báratro, había desarraigado el cardo en el Gimnasio de Élida. Todo fenómeno natural un poco extraño tenía su explicación mítica: cuando un arroyo olía mal, era que un centauro había limpiado en él sus heridas.[65] También el sabido entusiasmo etimológico de los griegos hizo lo suyo: en un lugar que se llamaba Harma (carro) debía desaparecer Anfiarao con

62. Aten., XIV, 21.

63. El hecho de que Estrabón, no siendo personalmente aficionado a los mitos (X, 3, 23, p. 474 *καίπερ ἥκιστα φιλομυθοῦντες*), dé noticia, en numerosas localidades, de los mitos que en ellas se cuentan, es una buena prueba de cómo lo pedía la gente.

64. Pausan., VIII, 34, I.

65. Una variante más detallada, en Estrabón, VIII, 3, 19, p. 346.

su carro; en Micalesio se pensaba en el mugido de la vaca perseguida por Cadmo y sus compañeros.[66] Testimonios de esta clase abundan también en otros autores; Estrabón conoce en Corinto la fuente donde Belerofonte se adueñó de Pegaso, que bebía en ella, y Eliano (III, 1) recorre minuciosamente el sagrado camino que va desde Delfos hasta el árbol de laurel en el valle Tempe, donde Apolo fue purificado después de haber dado muerte a Pitón. También había recuerdos peligrosos, como aquella roca en la Leucadia desde donde se arrojó al mar el enamorado Céfalo y seguían arrojándose otros desgraciados; los leucadios despeñaban todos los años desde allí a un criminal, que trataban luego de salvar a toda costa; lo hacían para que la condenada magia del lugar[67] no se extendiera epidémicamente por los alrededores, dando satisfacción así al sino del lugar.

Consecuencia natural de esta propensión a fijar locamente los mitos, es que idénticos mitos, especialmente los referentes a nacimiento y crianza de dioses, se localizan a la vez en diferentes lugares, lo que conduce a su vez (y quizás ésta ha sido la razón de esa múltiple localización) al incremento de los recuerdos clásicos. Junto a la isla de Delos, no lejos de la Tegira beocia, existía[68] un templo de Apolo, en cuya proximidad se presumía el nacimiento del dios. Una montaña cercana se llama Delos, y «Palmera» y «Olivo» fueron los nom-

66. Otras muestras de localización del mito pueden verse en Pausanias, Estrabón y otros autores. V. Apéndice I.

67. Así me parece explicarse lo que a este respecto nos cuenta Estrabón, X, 2, 9. Del mismo tenor, cuando el rey Alcomenes ofreció a la laguna Estigia (ante la cual los dioses solían prestar el único juramento seguro) los principales de los arcadios para que prestaran allí juramento. Herodoto, VI, 74.

68. Plut., *Pelop.*, 16.

bres de dos fuentes de aguas magníficas y frías situadas detrás del templo, que antiguamente fue también oráculo. Cerca estaba también Toón, donde se asustó la diosa Latona (ἀναπτοηθῆναι) cuando se le apareció el macho cabrío; también se enlazaban las leyendas de Pitón y Ticio con el nacimiento del dios. En localidades distintas se sabía del nacimiento de Zeus y de Atenea, de la crianza de Hermes, de la lucha de los Gigantes, del rapto de Cora, de la desaparición de Anfiarao, de la recogida de Cerbero, etc.[69] En este particular es donde menos han contribuido los aficionados locales; el mito se hallaba presente en todas partes, todo el pueblo pensaba de esta manera y se veía en esto corroborado desde antiguo por el *epos*.

Muy diferente era lo que ocurría con la Historia. Los recuerdos de grandes hechos históricos, si se exceptúan algunas batallas, cuya memoria se mantuvo viva por los sepulcros de los caídos,[70] apenas si existen; a nadie le preocupaba por dónde habrían andado Solón, Pericles o Demóstenes, mientras que se perseguía el menor rastro en lo que se refiere a los sitios clásicos del tiempo fabuloso. Lo mismo ocurría con las reliquias. Dionisio el Viejo adquirió por un talento, de los herederos del fallecido Eurípides, su lira, su tablilla de escribir y su buril, y depositó estos objetos, con una inscripción, como ofrenda, en un templo de las Musas; recuerdos parecidos han podido llegar en otras ocasiones a los templos como ofrenda de los mismos personajes,

69. V. Apéndice 2.

70. En una colina no lejos de Mantinea se conservaban todavía los restos de la tienda en que se guareció Filipo de Macedonia cuando salió para granjearse a los arcadios; y una fuente próxima se llamaba todavía Filipicón (Pausanias, VIII, 7, 4). — El lugar donde Epaminondas, mortalmente herido, fue retirado de la batalla y desde donde siguió contemplándola, se llamó en lo sucesivo Σκόπή.

pero lo que atraía la atención eran las reliquias de tiempos fabulosos.[71] El capítulo VIII del *Liber memorialis* de Ampelio, tan conocido en nuestros días por su mención del altar de Pérgamo, enumera toda una serie de armas, utensilios, ropajes y otros recuerdos del tiempo mítico que se encontraban, acaso en tiempos de Teodosio, en los templos griegos; Pausanias (III, 3, 6) ha visto la lanza de Aquiles, el puñal de Memnón (VI, 19, 3), la espada de Pélope, el cuerno Amaltea; y una vez que aguza todo su sentido crítico (IX, 40, 41), lo hace para declarar que entre toda una serie de supuestos trabajos de Hefesto, solamente el cetro de Zeus de Queronea procede realmente del dios de la fragua. En la famosa pineda de Poseidón, frente a Corinto, se veía todavía la derruida Argos, incesantemente restaurada. También la Magna Grecia albergaba recuerdos parecidos: la flecha de Heracles en el templo de Apolo de Turios, el martillo que sirvió para construir el caballo de Troya en el templo de Palas, en el Metaponto.[72] De Diomedes, que en esas regiones parecía imperar como un dios, se guardaba en un templo de Palas, del país de los daunos, el hacha y las armas de bronce, y en un templo de Artemisa, en Peucecia, el collar de bronce con que sujetó a una cierva. Pero entre los griegos, estas reliquias, si se exceptúa acaso el Paladión troyánico, no se consideraban como *res fatales* de las que dependía mágicamente la suerte de la ciudad, como era el caso entre los romanos con los conocidos siete objetos, en parte procedentes de Grecia, que se guardaban en el templo de Vesta. Pero, por otra parte, alimentaban la superstición de lás osamentas de los héroes, no sólo porque

71. Pero sólo mencionan armas, por ejemplo, Plut., *Agesilao*, 19, la lanza de Agesilao.

72. Justin., XX, 1, 2; Aristót., *Mirabil., auscult.*, párrafos 106-110.

los oráculos habían recomendado su conservación, sino también por un sentimiento de piedad hacia los muertos. Independientemente de esto, se temía la cólera de los héroes agraviados, y se creía asegurar bendiciones sobre la ciudad conservando sus huesos. Al tratar del culto de los héroes, veremos cómo se esconde aquí una idea religiosa; por el momento nos es suficiente con saber que supuestos restos corporales formaban un vínculo estrecho entre los primeros tiempos y el presente. No revestían carácter sagrado, pues muchas cosas no eran más que recuerdos, como, por ejemplo, las osamentas de los Gigantes y las Amazonas, y la piel del jabalí caledónico, conservada en el templo de Atenea Alea, en Tegea, y cuyos colmillos se encontraban, desdichadamente, en Roma. En Roma se tuvo sospecha, con el tiempo, de que esos supuestos huesos humanos debían de proceder de animales antiquísimos, y con ocasión de la colección paleontológica llevada por Augusto desde Capri, decía Suetonio (cap. 72) claramente: «Miembros enormes de animales monstruosos, que suelen considerarse como huesos de los Gigantes y armas de héroes.»

Más poética era la idea de antiquísimos árboles sagrados;[73] el olivo que Palas hizo surgir en el Erecteón de Atenas; el árbol que la poderosa mano de Heracles dobló en Epidauro; el que surgió de su clava en Trecena; el que cultivó con tanto cariño sobre el suelo del Ática,[74] del que llevó una rama a Olimpia, para su replantación; los restos del árbol platanero en el templo de Aulis, que fue testigo de la marcha de los griegos a Troya; el de Menelao en la Cafies arcádica, etc. Hasta creyeron en animales conservados vivos desde los tiempos míticos. El noveno antepasado de un caudillo de la

73. De árboles de venerable antigüedad nos da cuenta Pausan., VIII, 23, 3 y siguiente.
74. Aristót., *Mirabil. ausc.*, c. 31.

liga aquea, un hombre, por tanto, del siglo v, habría visto en Licosura la vieja cierva consagrada a Despoina, cuyo collar llevaba la inscripción: «Yo era un cervatillo cuando Agapenor acampaba en Ilión.»[75]

Había una clase de proximidad de lo mítico preferida a todas las otras. No sólo estaba muy extendida la creencia de que los dioses y los hombres eran de la misma raza, sino que toda una serie de familias y de personalidades aisladas se enorgullecían de su ascendencia de dioses[76] y héroes, y hasta creían poder enumerar, por lo menos, las generaciones intermedias. Nada parecido sucedía en los otros pueblos, y así, cuando Hecáteo de Mileto se vanaglorió ante los sacerdotes egipcios de Tebas de descender, en décimosexta generación de un dios, recibió la respuesta de que ningún hombre procede de un dios.[77] Entre los griegos, por el contrario, los héroes mismos son, en gran parte, hijos de los dioses: Éaco es hijo de Zeus y padre de Telamón y de Peleo; Aquiles y Ayax son, por tanto, tataranietos de Zeus, y Aquiles, a su vez, hijo de Tetis. A Agamenón le llama la atención que Héctor, siendo una figura tan relevante, no sea hijo amado de un dios o de una diosa.[78] Todo lo que en los tiempos históricos se conserva de las familias reales procedía también de los dioses; no sólo los reyes espartanos eran Heraclidas[79] y descendientes

75. Pausan., VIII, 10, 4. Igualmente Silio., *Ital.*, XIII, 115. Los epirotas siguieron creyendo hasta muy tarde que las serpientes guardadas en su santuario de Apolo descendían de la serpiente délfica Pitón. Eliano, *Hist. anim.*, XI, 2.

76. Podría esclarecer extraordinariamente esta cuestión el supuesto de que, en época relativamente temprana, el himno homérico dedicado a Afrodita se compuso para la corte de un príncipe Ida de la estirpe de Anquises y Eneas.

77. Heródoto, II, 143.

78. *Ilíada*, X, 50.

79. Véase la genealogía de los Proclidas, desde Heracles hasta Licurgo, en Flegon, *Olimp.*, I.

de Zeus, sino también los Temenidas macedónicos, lo que es utilizado ampliamente por Isócrates en su *Filipo* (§ 33 y sig.), como admonición y como gloria.[80] Antepasados reconocidos de la casa real molósica en Epiro fueron los Eáquidas Aquiles y Neoptolemo; el rey Pirro creía descender de Aquiles en vigésimaprimera generación, y como tal creía combatir contra los romanos como descendientes de los troyanos. En las armas que ganó en lucha contra Antígono, y que llevó como ofrenda al templo, se leía: «Los Eáquidas siguen siendo esgrimidores de lanzas como en lejanos tiempos». También el gran Milcíades[81] descendía de Ayax y, a través de Telamón y Éaco, de Zeus, y a la misma familia pertenecía Tucídides. Eran igualmente Eáquidas los Blepsíadas y otras muchas familias de Egina, y también los reyes de Chipre, hasta Evágoras,[82] a través de la línea de los Teucros. Los Iámidas procedían de Iamo, el hijo de Apolo y nieto de Poseidón, y Píndaro, que tiene que ensalzar tantas familias de vencedores en las Olimpíadas, celebra siempre que puede la descendencia divina.[83] En Atenas, los Pisistrátidas y Alcmeónidas eran reconocidos Neleidas y, con ello, descendientes de Poseidón; los Timetadas eran Tesidas. El orador y financiero Licurgo descendía, como todos los

80. Otras veces (entre otros, Eudocia Violar., § 846) se trae a cuento a Dionisio, por razón de su hija Dejanira, aquella esposa de Heracles de la que descienden los Temenidas, a través de Hilo. El árbol genealógico valía también para los Tolomeos, ya que Tolomeo Lagi casó con una Temenida.

81. Marcellin., *Vita Thucyd.*, tomado de Ferecides.

82. Según Pausan., I, 3, 1, también Conón, originariamente de raza chipriota, hacía llegar su línea hasta Tenero y la hija de Ciniras.

83. V. *Ol.*, VI, 46; VIII, 19. Para darse cuenta de cómo Píndaro solía arreglárselas cuando entre los antepasados míticos había ido mal, v. p. 42.

Eteobutadas, de Erecteo, hijo de Gea y de Hefesto.[84] En un diálogo acaso seudoplatónico, pero de todas maneras muy antiguo, el primer Alcibíades (pág. 121, *a*) hace valer su condición de descender de Zeus a través de Eurisaces, a lo que repone Sócrates irónicamente que también él desciende de Zeus a través de Dédalo y Hefesto. El poeta Epicarmo pasaba como descendiente de Aquiles,[85] y el famoso Hipócrates, según su biógrafo Sorane, desciende, en vigésima generación, de Heracles; en decimonona, de Asclepio, y de esto último se hace mención expresa en el decreto ateniense en honor suyo. Aristóteles, según Amnonio, descendía por línea materna y paterna de Asclepio. Se sabía de Epaminondas que pertenecía a una de aquellas familias Espartas, los armados, que habían surgido de los dientes del dragón en la siembra de Cadmo, y esto se podía comprobar porque los descendientes de los Espartas tenían que llevar la marca hereditaria de una lanza, como ocurrió en algunos de ellos hasta tiempos de Plutarco.[86] En la conversación pasaba por una atención extraordinaria poder decir al interloctuor: «A ti te irá bien en el otro mundo, ya que tú eres de familia de dioses».[87] En el siglo IV, cuando gran parte de la aristocracia había sido destruida en las luchas entre las ciudades, los supervivientes ponían mayor empeño en resaltar estas excelencias. Los autores cómicos complacíanse en ridiculizar pretensiones descomunales de ese tenor: En *Los acar-*

84. Plutarco, *Decem. oratt. vit.* El orador Andócides descendía de Odiseo, a través de Telémaco, casado con Nausicaa, y según Helánico (Plut., *Alcib.*, 21) y el mismo Andócides, que participó en la mutilación de los Hermes, descendía, además, como Cerico, de Hermes. Plut., *Decem. oratt. vit.*, 85. Ptolom. Hephaest. en Westermann, *Mythogr.*, p. 183.

85. Ptolom. Hephaest. en Westermann, *Mythogr.*, página 183.

86. Plut., *De sera num. vindicta,* c. 21.

87. (Seudo) Plato Axiocos, p. 371, d.

*nanos,* de Aristófanes, hay un ciudadano Anfiteo (dos veces divino) que desciende de Deméter y de Triptolemo, y cuando se le amenaza con la policía, apela a sus antepasados.

Había quienes no necesitaban de tiempos remotos para figurar una descendencia divina, ya que pasaban como engendrados por los dioses en tiempos históricos. Algunos grandes atletas se llamaban hijos de los dioses de las aguas, o de Heracles, y a su muerte se extendía el rumor natural de que no habían muerto, sino desaparecido misteriosamente.[88] Las circunstancias de Platón son especialmente gloriosas: su familia paterna y materna descendían de Poseidón, pero no hacía falta considerarlo como hijo de Aristón, ya que su bella madre Perictión había sido visitada por Apolo; esta última leyenda fue propalada por sus familiares.[89] También Alejandro pudo prescindir de su descendencia de Heracles si había sido engendrado directamente por Zeus Amnón.[90] A sus sucesores, los diadocos, se les puede celebrar que no hicieron sino un uso moderado y oportuno de la propia divinidad, y casi nulo de la divina procreación. Antígono, cuando Hermódoto, en sus poesías, le llama hijo de Helios, reacciona con una broma pesada.[91] Pero un siglo más tarde, en la misma Grecia, Arato, jefe de la liga aquea, pasa por descendiente directo de Asclepio y, en tiempos del emperador Maximino Trax, el sofista Apsines de Gadara pasa por hijo de Pan.[92]

88. Ejemplos diversos hallamos en Pausanias, entre otros, el de Eutmo, VI, 6, comp. II, 2.

89. Entre otros, Espeusipo. V. Diόg. Laer., *Vita Plat.*, III, 1.

90. En el Oriente, el padre líbico le volvió a ser bastante indiferente, y en Hidaspes ofrendó, no sólo a Himeneo, sino también, despreocupadamente, a Ηρακλεῖ προπάτορι, en calidad de Teneída. Arrian, VI, 3, 2.

91. Plut., *Regnum apophtegmata,* s. v. *Antig.*, 7.

92. Westermann, *Biograph.*, p. 332. (De Suidas.)

La historia del niño Sileno[93] nos ilustra sobre esta mezcla de superstición y de marrullería (alrededor del 400 a. de C.). En el Ponto hubo una mujer que se sintió preñada de Apolo; muchos no la creían, pero otros muchos, sí, y cuando dio a luz, personas distinguidas ayudaron a la educación del niño que, «por ciertas razones», recibió el nombre de Sileno. En este momento interviene Lisandro y amaestra al niño para una de aquellas bribonadas de tipo religioso que le fracasaron todas. Pero esta vez debió de tener más colaboradores que las otras.

Los romanos pensaban en estas materias de muy distinta manera. Cuando César, siendo joven, trató de conectar su ascendencia juliana con la de reyes y dioses, el pueblo se pasmó y admiró, pero la nobleza se indignó y temió. También los Antoninos pretendían descender de Antón, un hijo de Heracles,[94] y Sexto Pompeyo, durante la guerra mediterránea, hizo ofrendas a Talasa y Poseidón como padres suyos.[95]

Un último testimonio de la inmediatez del mito y de la juventud de la conciencia helena lo encontramos en las teofanías de los tiempos históricos. Los dioses que en Homero se presentan a menudo visiblemente, y que en el país de los feacios salen muchas veces al encuentro del caminante solitario o se sientan a comer con las gentes,[96] siguen apareciendo aquí y allí hasta en los últimos tiempos de la Antigüedad.

93. Plut., *Lysand.*, 26.

94. Plut., *Ant.*, 4, 36. Más tarde (ibd., 60), Antonio quiso ser también un nuevo Dionisos. V. Dio. Cass., XLVIII, 39. El pícaro Alejandro de Abonítico pretendía descender, por vía materna, de Perseo.

95. Apiano, *Bell. civ.*, V, 100. V. Dio. Cass., XLVIII, 19 y 48. Sólo éste cree seriamente en la descendencia divina.

96. *Odis.*, VII, 201.

Parece que toda soledad profunda despertaba en los griegos el sentimiento de la proximidad de seres divinos; en cuanto cesaba el mundanal ruido se podía percibir rumor divino o demónico. En los bosques y en los desfiladeros de las montañas no es posible esquivar la proximidad de Pan y de Artemisa. En las cavernas profundas se creía percibir ruido de címbalos, que delataban la proximidad del séquito de Dionisos o de la gran Madre, y Pomponio Mela (I, 13) nos cuenta esto mismo de la caverna en que terminaba el magnífico paso de Coricos, en Cilicia. «Espanta a los que entran en ella con un sonar de címbalos divinos... El lugar es sublime, sagrado, y no sólo se considera como posible, sino que se cree firmemente que está habitado de dioses; todo ofrece aspecto venerable y anuncia la proximidad de algún dios» *(nihil non venerabile et quasi cum aliquo numine se ostentat).*

El profundo temor de una aparición real de Artemisa se revela en las leyendas de la muerte de aquellos que sorprendieron a la diosa en el baño. Sólo de aquellas vírgenes viriles *(viragines)* que en los tiempos remotos se dedicaban por completo a la caza en las montañas, se decía que se habían hecho compañeras de juego de la diosa. Pero tratándose de Dionisos, se cree en la aparición o presencia real en forma muy distinta. «Se cree que en la época de la víctima tritérica (cada dos años), el dios se aparece a los humanos, y entonces se desatan en diversas ciudades los entusiasmos báquicos de las mujeres, y las muchachas llevan tirsos, y se canta la aparición del dios, etc.» [97] En la fiesta de las bacantes, Dionisos mismo llena en el templo de Élida las tres cántaras allí colocadas,[98] y el cán-

97. Diodor., IV, 3.
98. Pausan., VI, 26, 1. Aristót., *Mirabil, ausc.*, 123, 122.

tico de las mujeres élicas[99] que celebra la presencia del dios no dice lo que dice como si se tratara de llevar en procesión una imagen del mismo: «Haced ancha la senda, porque el dios, muy excitado, quiere atravesar por en medio de vosotras».[100]

En oraciones a otros dioses se impetra la presencia del dios en términos que no se conocen en las nuevas religiones. La poesía encuentra tonos incomparables, como Safo en sus cánticos a Afrodita, y también los trágicos y los autores cómicos en más de un cántico coral. Aristófanes tiene, por ejemplo, una canción de este tipo, muy solemne, en honor de Palas y las Potnias,[101] y es bien conocida la impetración de Sófocles a la de «muchos nombres».[102]

Acaso había por entonces dioses condenados a vivir en la tierra, como antes Apolo, cuando tuvo que cuidar de los rebaños de Admeto.[103] Pitágoras pasaba entre sus partidarios como el Apolo del país de los hiperbóreos,[104] aunque él mismo no mencionaba entre sus ascendientes más que personalidades humanas. Empédocles, por el contrario, acepta para sí la metempsícosis más nutrida. Es un dios que por una mala acción ha

99. Bergk., *Anthol. lyr.*, p. 532.

100. En tiempo de Pausanias (IX, 19, 4) se creía, respecto al templo de Micalesos, que todas las noches era cerrado, y abierto luego por aquel Heracles que pasaba como «Daktylo ideico». La misteriosa historia de Iodame (Pausanias, IX, 34, 1) nos testimonia que los dioses solían visitar de noche sus templos.

101. *Thesmoph.*, 1136.

102. *Antígona* 1115. Una alusión oscura sobre la aparición (ἐπιφάνεια) periódica de la Madre divina se encuentra en Engio de Sicilia. Plutarco, *Marcell*, 20.

103. Sobre el particular, muy misteriosamente, Plutarco, *De exilio*, c. 17.

104. Circunstancialmente, Jámblico, *De Pyth. vita*, c. 6. Se le consideró también como el médico de los dioses Peón, por demonio lunar, etc.

sido condenado a treinta mil años de peregrinación, y ha sido ya muchacho, muchacha, planta, pájaro y pez; ahora, saluda a los habitantes de Agrigento, no ya como un mortal, sino como un dios inmortal, que está muy por encima de los caducos mortales.[105] Lo que en él pudo ser todavía auténtico entusiasmo, en casos posteriores será mera caricatura.

Hay otra fuente distinta, la que corresponde a los habitantes, más sencillos, del campo: dos caminantes, uno joven y otro anciano, que hayan producido alguna impresión extraordinaria, son identificados con Zeus y Hermes. Abandonemos, aunque no sea forzoso, a los tiempos míticos la historia de Filemón y Baucis;[106] nos queda la historia, tan instructiva, de Listra en Lictania: a causa de una curación milagrosa son tomados Barnabas y Paulo, el uno por Zeus y el otro —por ser quien lleva la palabra— por Hermes.[107] Frecuentemente, dos jóvenes jinetes han sido tomados por los Dióscuros. El arcadio Euforión, que, en su ignorancia, los trató como extranjeros, empezó a recibir desde entonces a todo el mundo hospitalariamente.[108] En la lucha de los locrios itálicos con los crotoniatas, aparecieron dos jóvenes atletas montados en caballos blancos, con mantos escarlata y armas refulgentes.[109] Se trataba de una ayuda efectiva, pero el prejuicio era lo bastante fuerte como para producir ilusiones; otro

105. Empédoc. *Fragm.*, v, 400 y s., en los *Fragm. philos. Graec.*, de Mullach, I, p. 12.
106. Ovid., *Metam.*, VIII, 620.
107. *Acta apostól.*, XIV, II.
108. Heródoto, VI, 127.
109. Justin., XX, 3. También los locrios creían a su legislador Zaleuco cuando afirmaba que se le solía aparecer Atenea, y le entregaba las leyes. Plut., *De se ips. laudanto*, II. Entre los romanos aparecieron los Dióscuros, en la batalla naval de Regio, y más tarde como mensajeros de dicha en la guerra con Perseo. Cicero, *De nat. deor.*, II, 2; III, 5.

ejemplo vemos en la segunda guerra mesénica, donde dos jóvenes mesenios de Andania, vestidos de Dióscuros y montados, irrumpieron en la fiesta dioscórica del ejército espartano, matando a los absortos orantes.[110] La visita que rindieron los Dióscuros, ataviados como forasteros de Cirene, al espartano Formión, parece, por la forma en que nos es relatada,[111] una burla de pícaros. Todavía el poeta Simónides estaba convencido de que los Dióscuros le advirtieron a tiempo que abandonara el palacio de sus huéspedes tesalios antes de que se derrumbara; los dioses le recompensaban en esa forma el himno que había entonado momentos antes en su honor. Una estratagema del rey Arquidamo nos muestra con qué facilidad, en pleno siglo v, se pudo hacer creer a un ejército espartano en la presencia de los dos divinos hermanos, por sólo la presencia de huellas de caballos y de armas extraordinarias alrededor de un altar.[112] Durante la batalla creían fácilmente en la presencia, no sólo de los héroes de la estirpe, sino de los dioses, como ocurrió en Maratón y en Salamina, donde con su presencia espantaron a los persas, y, más tarde, a los galos en Delfos.[113] Hermes se apareció a los tanagros en su lucha contra una irrupción de eritreos, como dios protector del Gimnasio, armado de la στλεγγις, y conduciéndolos al triunfo.[114] A los apoloniatas, amenazados por los ilirios, los epidauros les enviaron el dios fluvial Aeas, al que en el orden de batalla le asignaron el lugar destinado al caudillo; como vencie-

110. Pausan., IV, 27, I. Variante en Polien., II, 31, 4.
111. Pausanias, III, 16, 3.
112. Palien., I, 41, I. En la batalla de Egospótamos, los Dióscuros acompañaron a los espartanos —Cic., *De divin.*, I, 34—, a no ser que se tratara de una argucia de Lisandro.
113. Pausan., VIII, 10, 4.
114. Pausan., IX, 22, 2. Tanagra fue una de las patrias atribuidas a Hermes.

ron, le ofrecieron sacrificios, y acordaron que en todas las batallas sería su general.[115] ¿Se trataba acaso del locrio Ayax? Se hallaba siempre invisible, entre los de su estirpe, los locrios itálicos o epicefíricos, a la cabeza del ejército, y ocurrió que en una lucha con los crotoniatas (véase página 68), el jefe de estos últimos, Cleónimo, dirigió un golpe desaforado al lugar donde decían que estaba Ayax. Pero recibió una herida grave en el pecho,[116] llegó enfermo a Delfos, y de allí, por indicación del oráculo, fue enviado a la isla póntica de Leuca para que le curara el mismo Ayax, como efectivamente sucedió en circunstancias maravillosas. Recuérdese a este respecto cómo algunas monarquías devotas de la época moderna han encomendado el caudillaje de sus ejércitos a San Antonio de Padua, por ejemplo.[117]

Hay una conocida anécdota de Pisístrato, a cuyo propósito no acaba de asombrarse Herodoto (I, 60) desde las alturas de su ilustrado siglo V, sobre la simpleza de las gentes de cien años antes, ya que los helenos se distinguen de los bárbaros por ilustrados y libres de estúpida simplicidad, y particularmente los atenienses, que gozan fama de ser los más sabios de todos los helenos. Entre la gente rústica de los *demos* o poblados corrió el rumor de que Atenea conducía a Pisístrato a su patria, y las gentes de la ciudad llegaron también a creer que se trataba de la misma diosa, a la que adoraron, mientras acogían a Pisístrato. Seguramente que Pisístrato no pretendió provocar una ilusión cuando hizo montar en su carro a la bella vendedora de coronas, vestida con la magnificencia de la diosa;

115. Valer. Max., I, 5.
116. Pausanias, III, 19, II. El suceso se puede circunscribir cronológicamente, ya que en él aparece Estesícoro, que vivió hacia 630-550.
117. Otros ejemplos de epifanías, v. en Apéndice 3.

lo que pretendió fue facilitar su propia entrada, dándole apariencias de procesión, importándole, sobre todo, llegar a la Acrópolis sin ser molestado. Pero gentes del pueblo, arrebatadas por la belleza y magnificencia de Fíe, la tomaron por la misma diosa. No hubiera sido tan fácil provocar de intento la ilusión, ya que se estaba muy acostumbrado a estas procesiones con gentes que representaban dioses, y en las ofrendas de víctimas el sacerdote o la sacerdotisa solían presentarse caracterizados de la divinidad correspondiente.[118]

Todavía en la época de la liga aquea (hacia 230) ocurrió algo parecido. Los etolios, que habían invadido la Pelene aquea, se consternaron cuando, en un día señalado como dedicado a Atenea, la sacerdotisa de esta diosa les salió al encuentro en los umbrales del templo luciendo el casco y el arnés de la diosa; creyeron encontrarse en presencia de Atenea, y retrocedieron, mientras que los pelenenses sabían que tras los divinos rasgos se escondía una apariencia perfectamente humana.[119]

Algunas divinidades naturales de rango inferior gozaron durante largo tiempo del privilegio de que se las creyera ver y oír. Los marineros, en tiempos de Pausanias, seguían creyendo en la aparición periódica del demonio profético del mar, Glauco.[120] Pero, sobre todo, se creía en la del dios Pan. Apareció entre Citerón y Helicón, y entonó un peán de Píndaro;[121] cuando la batalla de Maratón, se creyó oficialmente a

118. Heródoto, IV, 180: la procesión en el mar tritónico, llevando en un carro a una muchacha vestida de Palas.

119. Junta los detalles de Polien., VIII, 59, y de Plutarco, *Arat.*, 32. Los mantineos afirmaban que en su victorioso combate contra el rey Agis III (244-240 antes de C.) se les apareció Poseidón.

120. Pausan., IX, 22, 6.

121. V. las βίοι de Píndaro y Plut., *Num.*, 4.

un mensajero ateniense su encuentro con Pan, no lejos de Tegea, y en conmemoración se fundó, en la Acrópolis, un santuario de Pan, con víctimas y juegos.[122] Los pastores de Teócrito (I, 16) temen a Pan como a un ser próximo, visible en ocasiones, y saben el aspecto que presenta cuando la cólera le dilata las narices. En tiempos de Tiberio se anunció su muerte,[123] y la investigación moderna ha podido descubrir el extraño equívoco que ocasionó el rumor; todavía un siglo y medio después los habitantes de Ménalos pretendían oír a Pan tocando la siringa.[124]

Nunca cesó la comunicación tranquila de algunos escogidos con las divinidades. El Hipólito de Eurípides vive en los tiempos míticos, pero el poeta describe acaso una manera de sentir contemporánea con las palabras del héroe a Artemisa: «Estoy contigo, y hablo contigo, y oigo tu voz, aunque no vea tu rostro». El caso de Numa y la ninfa Egeria no es único entre los sabios legisladores; Atenea le había enseñado a Zaleuco cada una de las leyes, apareciéndosele personalmente cada vez.[125] ¿Y qué pensar de las relaciones de Sófocles con diversos dioses? No tiene mucho de extraordinario que se le apareciera Heracles en sueños, ni que Dionisos se preocupara de su inhumación en la sepultura familiar mediante sueños que él refería a otras personas; pero Sófocles no se ha contentado con cantar a Asclepio, sino que lo ha hospedado en su casa, por cuya razón más tarde los atenienses le veneraron como héroe, dándole el nombre de Dixión (el receptor) y erigiéndole un santuario con una ofrenda anual.[126]

122. Heród., VI, 105. Pausan., VIII, 54, 5 .
123. Plut., *De defectu orac.*, 17.
124. Pausan., VIII, 36. V. Apéndice 4.
125. Plutarco, *De re ips. laud.*, c. 11.
126. βιος Σοφοκλέους, p. 3. Plut., *Numa* 4. — *Etymol, magn.*

Seguramente que supo cómo conducirse con el dios, ya que existía un ritual para casos semejantes. Así ocurre, por lo menos, con aquellos marineros que reconocieron en Pitágoras a un dios, erigieron inmediatamente un altar y colocaron sobre él los frutos de árboles cercanos y otras ofrendas procedentes de la carga del navío.[127]

Conservamos todavía un ejemplo divertido de la actualidad que seguía teniendo la idea de la teofanía de los hombres. Un grupo de agrigentinos beodos, a los que les daba tales vueltas la casa donde se encontraban que creían hallarse en un barco, en medio de la tormenta, arrojaron toda la basura de la casa a la calle, y cuando los estrategos (es decir, los agentes de policía) llegaron para imponer orden, los tomaron por tritones, y les prometieron honrarles en lo futuro como a las demás divinidades marinas.[128]

Cuando en una reunión se producía un silencio se decía: «Hermes atraviesa la habitación».[129]

* * *

Esta era la orientación espiritual de un pueblo al que en el transcurso del tiempo habían de incumbir las tareas mayores de la historia universal: preso en su mítico mundo remoto, capaz muy poco a poco de una historia rigurosa, sumido por completo en visiones poéticas, y, sin embargo, destinado a ser el primero que habría de comprender a los demás pueblos y transmitir esta comprensión al resto del Universo; el primero en sojuzgar naciones y países poderosos del Oriente, en

127. Jámblico, *De Pythag. vita,* c. 3, acaso de antiguos relatos. Sobre la epifanía de Asclepio, v. Apéndice 5.

128. Aten., II, 5, tomado de Timeo. En Tanagra se solía mostrar un tritón embalsamado. Eliano, *Hist. anim.*, XIII, 21.

129. Plut., *De garrulitate,* 2.

elevar su propia cultura al rango de una cultura universal que cobijará a Roma y al Asia, haciendo del helenismo la levadura del mundo antiguo. Al mismo tiempo, con la supervivencia de esa cultura, aseguró para nosotros la continuidad de la historia del mundo; porque sólo merced a los griegos las épocas y el interés por ellas se entrelazan; sin ellos, careceríamos de todo conocimiento de los tiempos antiguos, y lo que pudiéramos saber independientemente de ellos, no nos interesaría conocerlo.

Junto a este enriquecimiento infinito del pensamiento recibimos por añadidura el resto de su creación: arte y poesía.

Vemos con sus ojos y hablamos con sus expresiones.

Pero de todos los pueblos cultos, el griego es el que más terrible daño se ha hecho a sí mismo.

SECCIÓN SEGUNDA

# ESTADO Y NACIÓN

I

# LA CIUDAD

*Per me si va nella città doliente.*

DANTE, *Inf.*

AUNQUE en este libro no tratemos de explicar orígenes remotos, se nos permitirán algunas indicaciones acerca de los hechos que suelen preceder de lejos a la formación de toda polis, y que se refieren a la vida de la nación y de sus estirpes.

Muy oscura, como todas las cuestiones referentes a los orígenes, es la de saber dónde y cómo comienza un pueblo. Parece ser que los fundamentos sociales de la vida griega, la familia, el matrimonio y el derecho de propiedad, estaban ya asentados en el período prehelénico, o, lo más tarde, cuando helenos y grecoitalos constituían todavía un solo pueblo. Pero no suponen necesariamente la existencia de una gran nación organizada, aunque sí serían manifestación de una *religión primitiva* que otorgaba un lugar central al culto de los antepasados y al hogar. Este culto mantiene unida a la familia, en la que debemos ver más bien una asociación religiosa que natural. El culto de los antepasados es el que condiciona la monogamia, que ya existe desde un principio sobre suelo griego, a juzgar por las solemnidades de los esponsales y el castigo terrible reservado al adulterio. También el derecho sobre el suelo guarda estrecha conexión con el culto del hogar y los sepulcros de los antepasados. Mientras que los tártaros conocen solamente el derecho de pro-

piedad de los rebaños y los germanos reparten todos los años la tierra, desde los primeros tiempos los grecoitalos conocen la propiedad especial de la tierra, bien que para la familia. El hogar enseñó a los hombres, dice Diodoro (v, 68), a construir las casas, que en un principio estaban separadas; no había paredes medianeras. En la finca se encontraba la sepultura familiar, y por esta razón —y no sólo para protección de la casta dominante luego de los repartos hechos por los conquistadores— la tierra era inalienable. También el derecho sucesorio está en relación con obligación de heredar ligada al culto de los muertos. El hijo es quien hereda y no las hijas. Pero, para asegurar las ofrendas de los muertos, se esposan las hijas con parientes cercanos y se permite la adopción, pero esto último cuando el pueblo se halla ya políticamente constituido. El poder paterno debió de ser muy amplio. Lo mismo que el derecho de propiedad y el de sucesión, este poder debió de preceder en mucho a la constitución de la polis, entre otras razones, porque, de existir ésta, hubiese ordenado en otra forma esas instituciones.

En los tiempos históricos el γενος, esto es, la comunidad de las generaciones, no se conoce sino como residuo, y no se conserva en parte alguna en su forma primitiva. Se presenta como reminiscencia, como conciencia de una descendencia común, y también en el culto sepulcral común, en el que el sepulcro individual es propiedad común; pero como habitación en común no ha sido conocida ya por ningún hombre de la época histórica. No sabemos las relaciones que guardan las líneas más jóvenes con las líneas generadoras, ni en qué forma se modificó la comunidad del genos con la intromisión de esclavos y trabajadores (πελάται θῆτες). Tampoco podemos formarnos más que una idea hipotética de la relación entre el genos y la tribu o estirpe.

Y queda sin contestación la pregunta de si los genos formaban fratrías y filas hasta llegar a la tribu, o si por el contrario, la tribu es lo primordial y lo demás subdivisiones posteriores.[1]

Por el contrario, como una roca antigua que destaca entre acarreos posteriores, en el desarrollo histórico del pueblo griego se conserva un trozo de la más oscura antigüedad: las files. El uso posterior, tan diverso, del nombre y de la cosa ha dificultado, como siempre, la inteligencia del original.

La población de las ciudades dóricas se solía componer de tres files o estirpes; *pánfilos, dimanos e hileos.* Pánfilo y Dimante eran hijos del rey Egimio y nietos de Doro; Hilo era hijo de Heracles, que ayudó a Egimio en su lucha con los lapitas; esta última fracción fue la preferida, pues que daba los caudillos, los Heraclidas, bajo cuyo dominio hicieron los dorios sus emigraciones famosas, creando estados.

En el Ática, y probablemente también en otras ciudades jónicas,[2] había cuatro files: geleontos, argadeos, egicoreos y hopletas, cuyos héroes epóminos eran tenidos por hijos de Ión, aunque fuera difícil deducir de la forma plural del nombre de la file el singular del héroe.[3] Ya la misma Antigüedad interpretaba estos nombres como indicadores de diferentes géneros de vida: propietarios, artesanos, pastores y caballeros.[4] En la época histórica, cada file acoge eupatridas y ciudadanos corrientes de toda clase; como que una

1. Sobre las opiniones de Fustel de Coulanges, v. Apéndice 6.
2. Según se deduce indirectamente de Herodoto, v. 69.
3. Se ve claramente en Eurípides, *Ion*, 1580; también en Heródoto, v, 6.
4. Estrabón, VIII, 7, 1, distingue expresamente las files de las clases profesionales. Ión dividió la muchedumbre primeramente εἰς τε 'ττaρας φυγὰς, luego (εἶτα) εἰς τεῖταρας βίους, a saber: ἱγεωργοὺς, δημιουργοὺς ἱεροποτοὺς y φύλακας.

división en castas o profesiones, caso de que pudiera imaginarse en la vida griega, no sería compaginable con la igualdad de derechos en el Estado; las files fueron propiamente cuerpos electorales, y según la constitución de Solón, cada uno mandaba cien miembros al Consejo. Los nombres eran antiquísimos, y sea el que quiera su significado primitivo, acabaron por no tener ninguno, hasta que el pueblo, que los pronunciaba desde tantas generaciones atrás, los transformó en algo que volvía a sonar con alguna significación. Lo mismo ocurre con el nombre de pánfilos entre los dorios, que se cuidará de no traducir por mestizos o alamanes. No sabemos si en los comienzos de la vida de las tribus las files se distinguían por su emplazamiento; lo cierto es que después todos vivían confundidos, y bastaba con saber a qué file se pertenecía. Los nombres de los atenienses caídos en Maratón se hallaban inscritos en el túmulo funerario con indicación de la file, con arreglo a las nuevas files que Clístenes había ordenado en sustitución de las antiguas.

¿Podemos decir ahora que los dorios fueron divididos al principio en tres files y los jonios en cuatro, o al revés, que aquéllos se formaron de la reunión de tres estirpes y éstos de cuatro? Lo mejor será renunciar a ambos modos de expresión y reconocer que nos hallamos en presencia de una *misteriosa* creación de formas primitivas. Un ardiente proceso de fusión que no podemos imaginarnos, da origen a un pueblo, el cual se manifiesta en cada uno de sus estados particulares con esas formas primigenias. Como mejor eludiremos el error es sirviéndonos de una expresión mítica: Cloto fabricó el hilo de la vida de los dorios con tres fibras y el de los jonios con cuatro.

Hay un hecho que nos advierte que las files tuvieron más que ver en sus orígenes con la procedencia

que con la ocupación: el que, en fundaciones posteriores, se formaron files artificiosas. Las diez de Tirea contenían las diferentes procedencias de esta colonia de población abigarrada; en la debelada Cirene, el estadista Demónax, traído de Grecia (antes del 530), formó tres files con las tres partes constitutivas de la población: los tereos, los peloponesos con los cretenses, y las demás gentes de las islas. Los nombres de files de otras ciudades, además de los citados, no nos proporcionan ningún dato seguro, pues esos nombres están tomados de dioses, héroes, lugares, etc.

Las tres tribus primitivas de Roma eran reminiscencia inconsciente de la remotísima vida en común de los italogrecos, aunque nada sepamos del lugar donde transcurrió. Sabemos acerca de los nombres de ramnes, ticios y lúceres que, en la tradición, designaban las centurias de caballería de Rómulo, pero que, primitivamente, fueron nombres de tribus. En Roma predominaba otra versión contraria, según la cual se trataría de tres facciones del pueblo reunidas mucho después de la fundación de la ciudad: latinos, sabinos y etruscos. Dionisio de Halicarnaso, griego de origen, vio con justeza que las tres tribus eran primitivas, y que los arribados con posterioridad, sabinos y demás, fueron distribuidos entre las tribus existentes. La tercera tribu, los lúceres, es tan antigua como las otras dos; en tiempos remotos, mucho antes quizá de su presencia en Italia, los tres pueblos se fundieron en uno, acaso, como entre los dorios, dos iguales con un tercero desigual, por más fuerte o por más débil.

No nos detendremos con las divisiones, muy posteriores, de las files. Es posible que Antístenes, al convertir en diez las cuatro files del Ática, atendiera a una necesidad de distribución equilibrada, porque en el transcurso del tiempo que va desde Solón, que reco-

noce todavía a las cuatro como fundamento, hasta Clístenes, tiempo en verdad movido, las files habían llegado a ser muy desiguales. Ciudades griegas de fundación tardía repiten estas formas políticas, las mismas ciudades de los diadocos y las que estableció el entusiasmo arcaizante de Adriano, Adrianópolis y la Antinoe egipcia. Las formas diversas en que cambia el sentido de la palabra file y cómo sirvió también para designar divisiones de distrito, pertenece a los domínios de las «antigüedades griegas». Semejantes instituciones son verdaderas cabezas de Jano; por un lado, acontecimientos remotos, que servirán de fundamento primero a través de las generaciones; por otro, base de la representación política, que cambia según las necesidades.

Antes de los griegos, los fenicios poseyeron sus polis, esto es, ciudades, como unidades políticas, con sus constituciones; sus monarquías estaban limitadas por consejos, cuyos miembros debieron de ser los jefes de las principales familias. Estas ciudades fundaron colonias como reproducción libre de la ciudad madre. Se trata de algo muy diferente de las ciudades reales del Oriente, que representan para cada nación el punto central de la totalidad; algo muy diferente de esos enormes campamentos de las dinastías asirias en el Tigris, y de esa Babilonia fundada como ciudad común de todos los dioses y todos los bienes, y de las tres residencias cambiantes de los Aqueménidas, los grandes mercados del comercio oriental y las ciudades de los templos del Egipto; se trataba ya de verdaderas ciudadanías.

Ciudades marítimas, muy activas, sin casta guerrera ni de ninguna clase, que los fenicios supieron mantener enérgicamente. ¿Es que habrá de padecer el honor de los griegos si suponemos que este modelo influyó

en ellos? Hoy se reconoce generalmente la invasión temprana de la cultura fenicia en otros aspectos de la vida griega, y acaso la ciudad de Tebas fue una fundación fenicia en el suelo que posteriormente pertenecerá a los beocios. En todo caso, los griegos debieron de tener noticia temprana de las ciudades de la costa fenicia y de sus colonias.

Los griegos vivieron largo tiempo formando tribus mayores o menores bajo cabecillas que llevaban el nombre de reyes. La tribu o su monarquía fundarían en remotos tiempos villas y ciudades o las ocuparían.

Se trataría de aquellas ciudades que, según la opinión de Tucídides (I, 7), se encontraban en tierra firme o en las islas alejadas de la costa, por temor a los piratas. Más tarde, cuando ya conocieron la navegación, levantaron ciudades marítimas, emplazándolas, por ejemplo, en penínsulas y rodeándolas de fuertes murallas. Micenas y Tirinto son las más antiguas de todas las polis.

Pero en esa época, la mayor parte de las tribus vivían ruralmente, en aldeas (*κατά κώμας*).[5] Esto es lo que Tucídides (I, 10) llama «la vieja manera de vivir de la Hélade».[6] Nada sabemos de si estas comunidades estaban organizadas políticamente, ni de su representación por tribus,[7] ni tampoco si poseían santuarios, costumbres u organizaciones de defensa comunes con las localidades vecinas. Si en la región o en lo que abarcaba la tribu existían recintos amurallados, les servirían de for-

5. A veces se decía *κατα θήμους* Pausan., VIII, 45, 2 C. Aristóteles, *Poet.*, III, 6.

6. Respecto a la región de Megara, lo dice Plutarco: *Quast. Graec.*, 17; se componía de cinco comunidades, de las que los megarenses no hacían más que una. Respecto a la comarca de Tanagra, 37.

7. Nada sabemos sobre la posible constitución común a las «cuatro aldeas» (*τεργακωμία*) de Eleón, Harma, Micaleso y Fare en Beocia (Estrabón, IX, 2, 14, p. 405).

taleza común, de asilo contra piratas o bandidos. Los viejos sicanos en Sicilia vivían en alturas amuralladas para defenderse de las incursiones de los bandidos y, sin embargo, se dice de ellos que «vivían en aldeas»,[8] a pesar de que ya eran calificadas aquéllas de polis. En nuestros días, en la Italia central y meridional, el «castello», que semeja una ciudad amurallada, no es otra cosa que un refugio seguro de la gente del campo durante la noche o en tiempos de zozobra. Todavía muy tarde encontramos que en muchas regiones de Grecia se vivía en aldeas, que permanecieron tan ignoradas que casi se ha perdido todo rostro de su vida política, porque la Polis, nacida después, llegó a representar el tipo único.

Hay que suponer que las viejas estirpes griegas debían de disfrutar de un temperamento más inquieto que el resto de los arios; la vehemencia que caracterizará a la nación encuentra ya su prenuncio en las migraciones, colonizaciones y mezclas de las viejas tribus, que han debido de permanecer durante largo tiempo en movimiento. Los testimonios que poseemos son dispersos y confusos, apenas si utilizables para una representación histórica coordinada, pero extraordinariamente numerosos, de tal modo, que apenas si cuenta a su lado todo el material que nos proporcionan Jornandes y Paulo Diácono. Componen una colección de detalles minuciosos. Cada población, por insignificante que sea, posee su leyenda migratoria, mientras que entre los germanos todo reviste grandes proporciones. Nuestros alamanes han perdido ya en el siglo VII todo vestigio de su abigarrada procedencia; no nos ha llegado ninguna de sus ocupaciones del suelo romano, ningún rasgo popular, y apenas si algún rastro histórico; están ahí y se quedan ahí, sin más. En el pueblo griego encontramos la con-

8. Diodoro, v, 6.

ciencia más fuerte, bien que expresada en forma mítica, de su procedencia y de sus colonizaciones. La personificación de las tribus en héroes, sus huidas y nuevas dominaciones, su intrincamiento recíproco en el mito general, sus sepulcros y su culto, constituyen la promesa de la potencia vital de la futura Polis. Pero, ¿quiénes fueron los que, dentro de cada pueblo, perpetuaron estos recuerdos a través de los afanes de cada día? Han debido de ser los rapsodas de la leyenda heroica. Junto a ellos, y en parte reuniendo trozos dispares de su creación, se pudo formar una épica de un carácter genealógico más general, y al mismo tiempo etnográfica, como los *eoes*, el homérico catálogo de navíos y otros *epos* parecidos.

Luego de la invasión de los bárbaros, encontramos entre los germanos la formación de algunas dinastías como los Nibelungos y los Harelungos y todo el resto se vincula a Dietrich von Bern, al que no hay manera de seguir las huellas en suelo alemán. Según el patrón griego, en Alemania debió de surgir toda una selva de dinastías.

A tenor de estas leyendas migratorias, a la estirpe le está permitido todo cuanto se trata de defender su existencia, y los hijos y los nietos, y los nietos de los nietos, siguen contando con sorna altanera cómo sucedió aquello. Entre las más auténticas tenemos, por ejemplo, la leyenda referente a los enianos, pequeña tribu que se estableció después en la Tesalia, leyenda ésta recogida, con toda seguridad, de su propia tradición.[9] Arrojados de la llanura de Doción (al sur del Osa, en la Tesalia) por los lapitas, estuvieron desplazándose de continuo; por todas partes la tierra les era demasiado estrecha y los vecinos demasiado peli-

9. Plut., *Quaest. Graec.*, 13 y 26.

grosos; hasta que, llegados a Cirra en el golfo de Corinto, en tiempos de gran sequía, lapidaron por indicación del oráculo a su rey Oinoclo. Se trasladaron al valle de Ínaco, en la Tesalia, habitado por inaquios y aqueos, y allí se les acabaron las ganas de vagar. Según un oráculo, tendrían acceso a la tierra si se les concedía voluntariamente, y el eniano Temón se disfrazó de mendigo y consiguió que el rey de los inaquios le regalara por burla un terrón, que guardó alegremente en su saco.[10] Los ancianos inaquios cayeron luego en la cuenta de la añagaza y le advirtieron al rey para que lo detuviera; Temón pudo huir mientras hacía voto a Apolo de una hecatombe. Con este motivo se concierta un duelo entre los dos reyes; el eniano pone como condición que el rey inaquio tiene que dejar al perro que le sigue, y, al volverse para hacerlo, el rey eniano le mata de una pedrada (la piedra es el arma más antigua). Luego los enianos arrojan a los inaquios y aqueos,[11] adoran la piedra homicida, ofreciéndole sacrificios y cubriéndola con la grasa del animal sacrificado. En las hecatombes que se fueron ofreciendo a Apolo, los descendientes de Temón recibían cada vez la «carne del mendigo» (πτωχικὸν κρέας).

10. La adquisición mañosa de un trozo de tierra o terrón para fundamentar el derecho a toda una comarca, aparece con grandes variantes en otros pueblos. Un ejemplo que subraya especialmente la violencia del arrepentimiento posterior, se ve en Plutarco, *Quaest. Graec.*, c. 22. La anécdota en Plut., *Proverbia Alexandre*, 48: Aletes (el despistado), expulsado de Corinto, ruega a un pastor que le dé algo que comer, y el pastor, por burla, saca de su zurrón un terrón y se lo ofrece; Aletes lo toma como buen presagio, diciendo δέχεται καὶ βῶλον Ἀλήτης, es de suponer con qué pensamiento secreto.

11. En el siglo III antes de C., los enianos fueron aniquilados por los etolios, aliados a los alamanes y acarnanos. Estrabón, IX, 4, 11, p. 427.

Así piensa y siente la tribu y seguirá pensando cuando se concentra en la Polis.

Esta es la forma política griega definitiva, el pequeño estado independiente, que domina sobre un contorno determinado, donde es raro que se encuentre algún recinto amurallado y de ningún modo otra ciudad independiente. No se figura su origen como gradual, sino de una vez, consecuencia de una decisión firme. La fantasía griega está poblada de fundaciones de ciudades (κτίσεις). y si, desde un principio, nada hay arbitrario, tampoco la idea de la Polis se escapa a los imperativos de la necesidad.

Lo que destaca en primer lugar es el carácter de pequeño estado. Cuando grandes pueblos en masa son desplazados de sus lugares llevan consigo la costumbre antigua de vivir en pequeño estados. Seguramente que los aqueos expulsados del Peloponeso meridional pudieron haber formado un estado unitario en su nueva residencia, Acaya, en el golfo de Corinto, y hasta era lo más obvio, de haber entrado ello en sus costumbres; en su lugar, fundaron doce ciudades en las doce comarcas (μέρεα) donde hasta entonces habían vivido los jonios, repartidos por aldeas, y la comunidad total (κοινόν) no pasó de ser la periódica de sacrificios y fiestas, en Hamarión, el bosque Zeus, no lejos de Egea.[12] Es natural que los jonios, que retrocedieron ante ellos y se trasladaron, bajo la dirección ateniense, a la costa occidental del Asia menor, volvieran a fundar una nueva serie de doce ciudades.

Ya veremos cómo el estado diminuto, con una ciudad amurallada, se daba cuenta de que por interna necesidad había de poseer escaso volumen y resultar abarcable con la vista (εὐσύνοπτος). Para dominar amplios dominios,

12. Herodoto, I, 145. Estrabón, VIII, 7, 3, p. 385.

de modo que sus localidades aisladas no se convirtieran en otros tantos centros de resistencia, hacía falta, o la imposición de una fuerza como la espartana, o una predisposición muy especial, como era el caso en los habitantes del Ática. Los intentos de formar ligas que abarcaban grandes grupos no han podido prosperar más que en tiempos de guerra, y sólo precariamente en tiempos de paz. Las hegemonías de Esparta y Atenas sembraron, a la larga, un odio terrible, y quien llegue a familiarizarse con la Polis se convencerá de lo poco apropiada que era para usar con los aliados más débiles, ni tan siquiera aquel género de equidad que hubiese aconsejado la prudencia política. Toda la infelicidad de la historia de Beocia halla su clave en los continuados intentos para convertirla en un estado federal. En todas las relaciones de confederación entre griegos se revela siempre el propósito de los más capaces de dominar y disfrutar de todas las ventajas. Hay que pasar por alto, en los tiempos en que la Polis es una institución plena, todos los restos de una antigüedad, la de las asociaciones de los templos o anfictionías, por ejemplo, que ni tan siquiera fueron entendidas como luego se ha supuesto.

La forma que aquella febril vitalidad adopta al crear la Polis es, por lo general, el συνοιχισμός, afluencia de diversas aldeas a una ciudad fuerte, a poder ser junto al mar. Lo que en ello haya podido influir esa mixtura de comercio y piratería, y los favores de ensenadas y repechos no es esencial; lo que se quiere, ante todo, es formar un cuerpo político firme, marcando su postura frente a la polis vecina, donde se desarrollaba el mismo proceso. Si no se hubieran perseguido más que finalidades de comercio, de prosperidad, etc., no se hubiera pasado de la polisma o del πτολίεθρον, pero la Polis es algo más.

La circunstancia poderosa que empujó a la fundación de la Polis fue en muchos casos la invasión dórica. Lo mismo el pueblo invasor que el que supo resistirle, se hallaban maduros para una forma que suponía para el ataque, igual que para la defensa, una gran fuerza y encerraba el fin propio de la vida de esos pueblos. Ya hemos visto arriba cómo en los aqueos el tránsito de la vida rural a la ciudadana se encuentra vinculado expresamente a la invasión dórica; ahora bien, este es un acontecimiento que ha debido de repetirse muchas veces.

La época en que se vivió en aldeas (κωμηδόν), en distritos de siete a ocho, debe ser considerada, contando con todo el coraje que caracteriza a las tribus griegas, como la más arcádica; hubo que defenderse contra ladrones y piratas, pero lo fundamental era el cultivo de la tierra; ahora tenemos a una polis frente a otras, en lucha por la existencia y el poder político. Sin duda alguna, la tierra ocupada anteriormente fue mayor, pues al concentrarse en la Polis hubo que abandonar las porciones sustraídas a la unidad del campo. La despoblación de Grecia comienza con el proceso de sinoiquismo.[13] Nada nos dice en contrario, por ser un caso aislado, el de los atenienses, que en tiempos de paz vivían en sus fincas esparcidas por toda el Ática.

Se trata de un proceso normal que se repite a lo largo de la vida griega. Cuando había que crear una fuerza política central se producía esta concentración de un pueblo en unidad ciudadana, con cargas, derechos y obligaciones comunes, dentro de los límites de una localidad generalmente preexistente, pero que ahora se ponía en condiciones de defensa y no raras veces en lugares especialmente escogidos *ad hoc*. Con toda la abun-

13. Estrabón piensa alguna vez que en los tiempos más antiguos Grecia debió de estar mucho más poblada, por ejemplo, al tratar de la *Achaia*, VIII, 7, 5, p. 386.

dancia de una fantasía política muy posterior, se describirá el modelo de fundación ciudadana de los tiempos míticos: el sinoiquismo de la población del Ática en Atenas, bajo la dirección de Teseo.[14] Él fue quien, por razones de seguridad, derrocó a los prítanos y arcontes particulares de cada una de las doce localidades en que habían sido distribuidos por Cécrope los habitantes del Ática, consintiendo un solo buleuterio y un solo pritaneo en Atenas; podían seguir viviendo fuera, en sus fincas, pero ya no tenían más que una sola polis, que él, admitiendo a todos en su gobierno, pudo legar grande y poderosa a la posteridad. Toda la vida griega tendía a adoptar esta forma de polis, y sin ella no es posible pensar en la existencia de una cultura griega elevada.

Los ejemplos de los claros tiempos históricos podrán instruir sobre los sacrificios que costaba este sinoiquismo: desplazamiento violento de los resistentes o, simplemente, su aniquilamiento; se traslucen las lamentaciones de los muchos que, si bien adheridos a la empresa, tienen que abandonar sus aldeas y poblados, o pueden continuar en ellos, pero con menor seguridad y bienestar. El mero alejamiento de los sepulcros de los antepasados ha tenido que representar una calamidad; había que renunciar al culto de los muertos o conservarlo muy penosamente; de todos modos, el sepulcro de sus antepasados no estaba ya al amparo cotidiano de sus ojos. Pocas veces en el resto de la historia griega se produce una tal acumulación de dolor en el recinto de la polis; un profundo apego al solar, veneración por él y toda una masa de desplazados violentamente. Con toda seguridad, la empresa ha tenido que ser llevada a cabo por minorías fuertes. En épocas posteriores, muy

14. Tucídides, II, 15, dice expresamente que los atenienses vivían en el campo más que los demás griegos, desde los primeros tiempos.

agitadas, se formarán polis en forma violenta para hacer frente a una grave necesidad.

Un símbolo expresivo de las luchas que debía de costar la fundación de una ciudad lo poseemos en el mito de la siembra de los dientes del dragón por Cadmo. De los dientes salen los espartas, con armadura; Cadmo les arroja piedras y empiezan a luchar entre sí hasta que no quedan más que cinco. Esta quintaesencia superviviente dará origen a la raza de los Cadmiones de Tebas. También es característico que sea digno de muerte aquel que toma a broma la necesidad de amurallar la localidad. Como si se quisiera poner de relieve que es más fácil reír que ayudar, y que hay que empezar por lo pequeño. Por no comprender esto, mata Eneo de Calidón a su hijo Toxeo al saltar éste sobre la zanja, lo mismo que Rómulo hizo con su hermano.

Conservamos numerosos testimonios de fundaciones de ciudades. En el Peloponeso, Mantinea, ya citada por Homero, se convirtió luego en polis por la unión de cinco comunidades rurales, δῆμοι, como se decía en este caso, en lugar de κῶμαι; Tegea se forma con nueve, y lo mismo Herea; Egión, de siete u ocho; Patre, de siete; Dime, de ocho. Élida se formó por la agrupación de muchas comunidades rurales, luego de la guerra persa.[15] Durante la guerra del Peloponeso, los mitilenos quisieron trasladar por la fuerza a su ciudad a todos los lesbios, lo que fue denunciado por los metimneos en Atenas, y así se hizo fracasar el golpe.[16] Y cuando vemos que, el año 408, lindeos, ialiseos y camirios se asocian voluntariamente para fundar la magnífica Rodas, a la que le estaba reservado el porvenir más brillante, tenemos que pensar en el dolor con que

15. Estrabón, VIII, 3, 2, p. 336 y s.
16. Tucídides, III, 2 y s.

fueron abandonadas aquellas ciudades.[17] En tiempos de la guerra del Peloponeso, Pérdicas II de Macedonia convenció a los habitantes de la península calcídica para que abandonaran sus ciudades playeras con objeto de formar una sola ciudad, Olinto,[18] fundación que llevaba consigo la emancipación de la hegemonía ateniense. El estado de Argos tenía mal renombre, a causa del sinoiquismo violento que llevó a cabo, aunque lo fue para asegurarse una posición más fuerte frente a Esparta. No solamente tuvieron que ceder localidades poco conocidas, como Hisia, Ornea, Midea y otras, sino viejas ciudades famosas, como Micenas y Tirinto, fueron demolidas, y si sus habitantes no se juntaron a los argivos, sino que se trasladaron a países lejanos, se debió, sin duda, a que no hubo cabida para ellos. Frente a un enemigo de la potencia de Esparta, tampoco un Epaminondas supo encontrar otra fórmula que la de convencer a un gran número de pequeñas ciudades de Arcadia a disolverse, trasladándose a una «gran ciudad», Megalópolis. Los trapesuncios que resistieron fueron, en parte, aniquilados y, en parte, huyeron al Trapesonto póntico. Luego de la batalla de Mantinea, muchos quisieron abandonar de nuevo la gran ciudad, pero fueron violentamente obligados por los restantes, con la ayuda ateniense, a permanecer en la patria reciente.[19] Las residencias abandonadas, más tarde continuaron completamente deshabitadas[20] o se convirtieron en aldeas de los megalopolitanos.

¿Por qué razón no se dejaron subsistentes esas ciu-

17. Según Diodoro, XIII, 75, acudieron a Rodas (μτεωκίσδηαν) V. Estrabón, XIV, 2.
18. Diodoro, XII, 34. Jenofonte, *Hellen*, V. 2, 12.
19. Diodoro, XV, 94. V. Pausan., VII, 27, 1-5; IX, 14, 2.
20. Estrabón, VIII, 8, 1, p. 388. Data de entonces el comienzo de la despoblación de Arcadia. V. sobre estos sinoiquismos, Apéndice, 7.

dades como simples localidades rurales,[21] que tendrían representación elegida en el consejo de la Polis? Por la sencilla de que, como ciudades, nunca se hubieran sometido, sino que habrían realizado los esfuerzos más inauditos para independizarse y convertirse a su vez en polis; además, porque, como veremos más tarde, a los griegos nunca les satisfizo una simple delegación representativa, pues al griego le resulta insoportable un tipo de relaciones en las que él no puede intervenir a cada momento desde la asamblea popular.

Acaso fue la gran Mesania la única ciudad fundada con gran entusiasmo y sin resistencia (369 a. de C.). Esta vez, Epaminondas no manejó a los sojuzgados del agro circundante, sino que su misión se redujo a conducir a los procedentes del país de Mesenia, esparcidos hasta entonces por toda la ancha Grecia, a fundar una nueva capital. Gentes que hacía muchos siglos habían perdido su patria, la recobraban de nuevo. Contra este ejemplo único tenemos infinitas fundaciones violentas que llevan a cabo los tiranos y los príncipes poderosos. Los tiranos de Sicilia, aun los mejores, son implacables con respecto a polis preexistentes, pues no creen tener asegurada su obediencia más que cuando han arrojado de ellas a la mitad, por lo menos, de su población, sustituyéndola por otra población forzada o hasta por colonizadores a sueldo. Gelón, por lo demás tan digno de loa, concentró la población escogida de Camarina, Gela, Megara y otras ciudades, en Siracusa, y la masa del pueblo la vendió como deshecho al extranjero, habida cuenta de que el demos constituía el elemento más indeseable; su hermano Herón trasladó los habitantes de Catania a Leontina, llevando

21. Se llamaron más tarde πολιχνια, χῶραι o κῶμαι de la ciudad respectiva. Si tuvieron antes murallas, ahora les habrían sido demolidas.

5.000 siracusanos y otros tantos peloponesos a ocupar los muros abandonados, en parte para disponer en una ciudad[22] tan estratégica de un equipo favorable, en parte para poder ser venerado alguna vez por una polis tan distinguida como su héroe fundador,[23] lo que ocurría ya con Gelón. La ciudad se consideró como fundada de nuevo y recibió nuevo nombre, Aitne; pero luego de la muerte de Herón, en que se deshizo todo, volvió a recobrar su viejo nombre de Catania, que conserva hoy. A propósito de Dionisio y de Agatocles, nos ocuparemos más tarde de otras mezclas y debelaciones terribles que tuvieron lugar en Sicilia. La justificación era siempre la misma y única: «Si no hacemos esto, esas ciudades proclaman sus contratiranos y se alían con los cartagineses.» El mismo Mausolo de Halicarnaso obligó a la población de seis ciudades a concentrarse; estas poblaciones constituían las tres cuartas partes de las ocho ciudades con carácter de campamento,[24] y nada sabemos de que las gentes acogieran la orden como algo beneficioso. En la historia de los diadocos se destacan las nuevas fundaciones en Oriente y en Egipto, pero no hay que olvidar las deportaciones y colonizaciones violentas que se permitieron con las viejas ciudades famosas del Asia Menor. La objeción de que solamente poblaciones bien dispuestas pudieron ser utilizadas en semejantes empresas, no puede ser sostenida; más de una vez los nuevos habitantes abandonaron la patria reciente con la llegada de un nuevo soberano que se lo permitiera.[25]

22. Μυρίανδρος πόλις. Como veremos, el número de 10.000 ciudadanos pleros, con derecho a llevar las armas, pasaba por ser el número ideal de una ciudad.
23. Diodoro, XI, 49.
24. Estrabón, XIII, 1, 59, p. 611.
25. Véase Estrabón, XIII, 1, 52, pág. 607, con ocasión de las σκεψισ. También nos da cuenta de desplazamientos de

Sólo las fundaciones de Casandro de Macedonia parecen asentarse en ventajas positivas de las poblaciones respectivas. Se puede recordar las fundaciones de los zeringos, que desean que poblaciones adictas y que vivían sin defensas se encerraran entre murallas. Podemos recordar también otro paralelo, pero esta vez con el sinoiquismo primitivo, que parte de un acuerdo colectivo: al finalizar el siglo XII, cuando Milán se encuentra a la cabeza del movimiento güelfo contra la mayoría, gibelina, de las dinastías, entre ellas la piamontesa, por iniciativa de la ciudad se agruparon diversas aldeas para la fundación de villas fortificadas. De este modo nacieron Chivaso y Coni; y, sin recurrir a la ayuda de Milán, Savigliano, fundada por labriegos que quisieron sustraerse a la soberanía del marqués de Saluzzo; y con ayuda de aquella Alejandría, que había nacido por fundación de la liga lombarda, se erigieron ciudades de aldeanos como Nizza di Monferrato, Fosano, Montevico; frente a la enemiga ciudad de Asti se hallaba en construcción, entre Tanaro y Estura, la ciudad de Clarasco; muchos habitantes de Alba se trasladaron a ella, y pareció durante cierto tiempo que Alba se designaría a su propia demolición para subsumirse en la nueva ciudad.[26] Esa época ofrece muchos rasgos parecidos con los de la Grecia antigua. Así, por ejemplo, la decisión del emperador Federico I, cuando, en época un poco anterior, dividió la vencida ciudad de Milán, destinada a la destrucción, en cuatro partes, lo que re-

ciudades. Seguramente se debieron al reconocimiento de una posición mejor, o también por la marcha de un grupo de ciudadanos descontentos, διὰ στάσιν, como hicieron los de Cos (XIV, 2, 19, p. 657). Pero tuvieron que ser lo bastante fuertes para quedarse con el nombre de la ciudad.

26. V. Jacob. de Aquis., *Imago mundi, in Historiae patriae monum. scriptt.*, tomo III, col. 1569, 1605, 1614, en parte, cronológicamente, muy desordenado.

cuerda el διοικίσειν de la Antigüedad (distribuir en localidades separadas); frecuentemente, la venganza del enemigo victorioso consistía en disolver la ciudad, obligando a sus habitantes a vivir en aldeas. Así, el rey Agesípolis con la vencida Mantínea, y los vencedores en la Guerra Santa, al allanar todas las ciudades de la Fócida, con excepción de Alba, obligando a los habitantes a vivir en aldeas.[27]

La formación de una polis es el acontecimiento más grande y decisivo de la vida de un pueblo. El género de vida, aun allí donde se continúa cultivando la campiña, se cambia de rural en ciudadano; hasta ahora habían sido «agricultores»; ahora que viven todos juntos serán «políticos». La trascendencia del cambio se refleja en las leyendas sobre la fundación de la ciudad y sobre su salvación de grandes peligros. La ciudad sentía sus orígenes como algo lleno de sacrificios, amparados por signos divinos y revestidos, por tanto, de una justificación absoluta. Ya la condición previa de toda fundación, el agua potable, que acaso habría que recoger de una única fuente lejana, no se podía lograr sino en lucha contra una potencia tenebrosa. Cadmo mata al dragón de Ares, que guardaba la fuente que luego perteneció a Tebas. En muchas ciudades encontramos en el ágora, en el períbolo de un templo o en otro lugar señalado, el sepulcro de un hombre que en tiempos remotos, o en los mismos tiempos míticos, había dado su vida por el nacimiento o la conservación de la ciudad, voluntaria o involuntariamente, casi siempre con intervención del oráculo. Porque todo lo que ha de prosperar enérgicamente sobre la tierra tiene que pagar su tributo a potencias subterráneas. En Tespias[28] se recordaba el

27. Pausanias, IX, 14, 2, y X, 3, 2. Mantinea fue agrupada en una ciudad después de la batalla de Leuctra.
28. Pausan., IX, 26, 5.

tiempo aquel en que cada año había que echar a suertes entre los adolescentes para que fuera entregado uno al dragón que perseguía a la ciudad. Dentro del Cerámico de Atenas, se veía el Leocorión,[29] recinto consagrado a las tres hijas de León, quien tuvo que ofrecerlas como víctimas cuando, por indicación del oráculo de Delfos, no hubo otro medio de salvar a la ciudad. El monumento a Crotón en la ciudad itálica de este nombre se explicaba por la siguiente leyenda:[30] Heracles, cuando conducía sus rebaños de vacas por Italia, había dado muerte a Crotón, tomándole durante la noche por un ladrón cuando, en realidad, venía a prestarle auxilio; pero se dio cuenta de su error e hizo la promesa de edificar alrededor de su sepulcro una ciudad del mismo nombre. Si no había monumento alguno, el recuerdo prendía, por ejemplo, en alguna fuente. En Haliartos de Beocia, el río Lofis[31] nació de la sangre de un muchacho muerto por su padre, al que la pitonisa, para remediar la carencia absoluta de agua, había recomendado que matara al primer ser que le saliera al paso. En Celene de Frigia[32] se abrió un abismo que llevó tras sí casas y hombres; como, según sentencia del oráculo, había que arrojar dentro lo más preciado, y de nada sirvió ni el oro ni la plata, se lanzó a caballo el heredero del rey de Frigia, y tras él se cerró el abismo. A veces, los animales fueron más piadosos que los hombres y los dioses. Los que partieron, por ejemplo, para fundar a Lesbos[33] tuvieron noticias de un oráculo, según el cual, al llegar a la rompiente de Mesogeión, habrían de lanzar al agua un toro en honor de Poseidón y una don-

29. Eliano, v. *H.*, XII, 28. Para Tebas, Pausan., IX, 17, 1, la tumba de la hija de Antipoino.
30. Jámblico, *Vita Pythag.*, c. 9.
31. Pausan., IX, 33, 3.
32. Plutarco, *Parall.*, c. 5.
33. Plut., VII, *Sapient. conviv.*, 20.

cella en honor de Anfítrite y de las Nereidas. La doncella fue sacada a suertes entre las hijas de los siete caudillos y lanzada al mar toda enjoyada; pero su amado se arrojó al mismo tiempo, se hundió en el mar abrazado a ella, y ambos fueron salvados por delfines. Hay casos en que para fundar la ciudad basta con procurarse la osamenta de un personaje de los tiempos míticos, por ejemplo, en la fundación definitiva de Anfípolis por los atenienses bajo la dirección de Hagnón,[34] que mandó secretamente a unos cuantos a la campiña que rodea a Troya para que recogieran del túmulo de Reso sus restos; es posible que los sacrificios de vidas humanas se sustituyeran más tarde por acciones más inocentes, las llamadas τελεσμαι, que consistían en enterrar objetos misteriosos. Ya mucho antes, Atenea[35] había regalado a Cefeo, al fundar a Tegea, cabellos de la Medusa, para seguridad de la ciudad, que resultaría inexpugnable. Pero en siglos posteriores se vuelve a repetir, con ocasión de fundaciones muy solemnes, el viejo horror. Seleuco, acaso el más noble entre los diadocos que sucedieron a Alejandro, comenzó la construcción de sus grandes ciudades sirias con el sacrificio de inocentes muchachas,[36] levantando luego estatuas de bronce en su honor, y las sacrificadas fueron transfiguradas en Tiques de la ciudad y recibieron culto eterno de la misma. En Laodicea, la inocente criatura llevaba por nombre Agaue, y también para Antioquía, en el Orontes, se nos ha transmitido el nombre de aquella que fue eternizada en la famosa Tique de bronce cuya copia en mármol, de menor tamaño, se encuentra ahora en el museo Vaticano; en medio de la ciudad trazada, en día fijado de antemano,

34. Polien., VI, 53.
35. Pausan., VIII, 47, 4.
36. Si hemos de creer a Pausanias Damasceno, en Dindorf, *Historici Graeci minores*, 1, 158, 160.

el gran sacerdote había sacrificado, a la salida del sol, a la bella Aimate. Nada se nos dice de si algún oráculo exigió el cruento sacrificio; había que asegurar para siempre la suerte de la ciudad mágicamente.

En las ágoras, se encuentran también sepulcros de recuerdo menos trágico; en la de Turios estaba enterrado el gran Heródoto,[37] y, más adelante, todo un bosque de estatuas de personajes célebres y un sinnúmero de altares se levantaron en algunos lugares de las ciudades griegas,[38] aunque tampoco debía de faltar el monumento conmemorativo de algún terrible sacrificio. En otros pueblos encontramos a veces leyendas parecidas con ocasión de la construcción de un castillo; y es posible que la conmovedora canción servia de la fundación de Skadar[39] haya recogido una reminiscencia griega.

¿Y qué puede ser este sacrificio humano sino el símbolo de todos los grandes sacrificios que exige el nacimiento de cada ciudad? La desolación en muchas leguas a la redonda. El aniquilamiento o sojuzgamiento de pequeñas localidades en favor de la nueva. No hay, pues, que sorprenderse de la violencia con que se desenvuelve luego la vida de una polis así nacida.

Tendríamos muchos mayores conocimientos de todas estas materias si las fuentes correspondientes no hubieran desaparecido, con excepción de muy raros y esparcidos fragmentos. Había una rama especial del relato, en prosa o en verso, dedicada a la historia o al mito de las fundaciones (κτισεις); encontramos nombres ilustres entre los transcriptores de tales leyendas fundacionales, como los de Mimnermo de Esmirna, Cadmo de Mileto, Xenófanes de Colofón, y al último debemos la des-

37. Suidas s. v. Herodoto.

38. En muchas ciudades, y hasta en las colonias, se encontraba en el ágora el sepulcro o, por lo menos, la estatua de los fundadores (κτιστής).

39. Talvj, *Canciones populares servias*, 1, 78.

cripción de los atrevidos viajes de los focenses huidos para fundar a Elea.[40] En el fondo, en estos relatos tenemos los comienzos de lo que más adelante habría de constituir la historiografía griega.

Negativamente podemos deducir qué es lo que distinguía a una polis lo mismo de una aldea que de las ciudades de otros pueblos. De Pausanias x, 4, 1, que «Pánope es una ciudad de los focenses, si es que se puede hablar de ciudad cuando no existe ningún edificio público, ni gimnasio, ni teatro, ni ágora, ni ningún caudal de agua que sirva de fuente». Los panopeos vivían troglodíticamente en unas gargantas. Entre los edificios públicos había que colocar, ante todo, el local donde se reunían diariamente las autoridades locales, el pritaneo, «que es el símbolo de una ciudad, pues las aldeas no lo poseen». Luego, los tribunales y el local para el gran consejo, caso de existir, el buleuterio. Después hubo gimnasios allí donde alcanzó el estilo de vida helénica; los teatros adquieren preponderancia cuando ya comienza a declinar el poder político de las ciudades.[41] Pero permitían, como ningún otro edificio, contemplar a casi toda la ciudad reunida, y servían de local para la asamblea del pueblo, así que debían de causar asombro a los extranjeros no helenos. Mas el centro de la ciudad lo constituía el ágora, la plaza.

En ciudades pequeñas, antiquísimas, el ágora lo era todo; en ella se hallaban, en efecto, el pritaneo, el buleuterio, los tribunales, los templos; además, servían para las asambleas del pueblo y para los juegos. Pero aun en los casos en que esos centros estuvieran esparcidos, el ágora constituía el auténtico órgano vital de la ciudad. Sería una traducción deficiente la de «plaza del

40. Diόg. Laerc., IX, 20.
41. El θέητρον en Esparta (Herodoto, VI, 67), hay que entenderlo, en general, como escenario.

mercado», y en todas las ciudades existían seguramente estas plazas. Pero ágora proviene de ἀγείρειν, reunir, y significa muy a menudo la asamblea, sin referencia alguna al lugar. Aristóteles nos suministra sobre el particular una distinción importante cuando[42] reclama un ágora de libres, donde no se venda, donde no se encuentre ningún labriego ni artesano, aunque sea por orden de la autoridad; pero pide también otra ágora para las necesidades del comercio. En el campamento de los aqueos ante Troya encontramos el ágora con los altares de los dioses, donde se pronunciaban las sentencias.[43] En las ciudades marítimas, la plaza se halla cerca del puerto, por lo menos ocurre así entre los focenses, cuya vida debió de estar ordenada de modo excelente.[44] A la vista los navíos, rodeados de templos, centros oficiales, monumentos, tiendas, y la banca del cambista, los griegos deambulaban por el ágora, ἀγοράζειν. Los diccionarios traducen este verbo «circular, comprar, conversar, consultar, etc., en el mercado», pero no reproducen con exactitud aquellos paseos en que se negocia, se conversa o se mata el tiempo. La mañana recibió su nombre más conocido de este acontecimiento cotidiano: el tiempo en que el ágora está llena de gente. Donde se goza de la vida que pasa es en la plaza de la propia ciudad, y así, los persas que salen en persecución del huido Demoquedes y le siguen hasta Crotona, le sorprenden allí, ἀγοράζοντα.[45] En los países bárbaros se reconocía a los griegos por lo mismo; el samio Silosón se paseaba con su manto escarlata de Menfis,[46] y también los bárbaros,

42. *Polit*, VII, 10 y s.
43. *Il.*, XI, 807. Se encontraban en la proximidad de las naves de Ulises, que, según el verso 5 y s., se hallaban en medio de todas.
44. *Odis.*, VIII, 5.
45. Heródoto, III, 137.
46. Herodoto, III, 139.

cuando se aficionaban a las costumbres griegas, acudían a gusto al ágora de una ciudad griega. El rey de los escitas Esquiles, cuantas veces llegaba con su ejército delante de la ciudad de los boristénitos (Olbia), dejaba sus tropas en los arrabales, se vestía a usanza griega y marchaba al ágora (ἠγόραζε) sin ninguna clase de séquito,[47] y así hasta que su excesiva helenización acabó por serle funesta.

Cuando en las ciudades se va creando una plebe, se manifestará como tal en la «plebe de plaza» ( ὄχλος ἀγοραῖος ), y el viejo Ciro, refiriéndose a muchos negocios propios de las ágoras griegas, dijo a un mensajero espartano: «No tengo miedo de gentes que se reúnen en la plaza de su ciudad para engañarse mutuamente con juramentos».[48] Un órgano de vida como éste comprende, con confusa mezcolanza, lo grande y lo pequeño, lo bueno y lo malo, pero al historiador le importa destacar que sin «conversación» es más difícil de imaginar el desarrollo del espíritu griego que el de otro pueblo cualquiera, y que el ágora y el banquete eran las dos grandes ocasiones de conversar de que disponía el griego.

Si en alguna parte el hombre es algo más que aquello que pisa, es en Grecia sin duda alguna. La polis viva, los ciudadanos en su ciudadanía, constituyen un producto mucho más potente que todas las murallas, puertas y edificios.[49] Aristóteles dice del hombre que es «un ser político por naturaleza»; en un elocuente pasaje de su *Política* (VII, 6) opone el griego a las dos clases

47. Heródoto, IV, 78.
48. Herodoto, I, 153; pasaje instructivo también por otros extremos.
49. Entre los no raros testimonios que lo confirman, véase el precioso pasaje de Luciano, *Anacars.*, 20, donde habla Solón.

de bárbaros, el hombre primitivo del Norte y el hombre culto del Asia, y le atribuye el valor del uno y la razón del otro, de forma que, no solamente es libre y se halla en posesión de las mejores instituciones políticas, sino que, si llegara a formar un solo estado, dominaría sobre todos los demás pueblos. Luego de este testimonio de capacidad general, examinemos las diversas opiniones de los griegos sobre su polis.

Existe esta opinión antes de que se nos ofrezca razonada. Ulises no encuentra sino pueblos que poseen una polis; así los mismos lestrigones tienen su Teléfilos, y hasta los cimerios la suya, envuelta en vapores y nieblas.[50] Luego, la fundación de ciudades es un acontecimiento constante en la misma Grecia y en mil lugares confinantes con los bárbaros; el deseo más vivo es que cada estirpe posea también *una* ciudad, y Bias pudo *aconsejar a las ciudades jónicas, amenazadas por los* persas, que emigraran a Cerdeña y fundaran allí una ciudad jónica; de haber seguido su consejo, hubiesen sido los más felices entre los griegos, al decir de Herodoto (I, 170). Hasta en la comedia vemos prevalecer esta opinión: lo primero que Pistétero tiene que inculcar a las aves es la necesidad de que no haya más que una sola ciudad.[51]

En la Antigüedad no se conocen los derechos del hombre, y tampoco los conoce Aristóteles; la polis es para él una comunidad de hombres libres;[52] ni el meteco ni la masa de esclavos son ciudadanos, y la cuestión de si, a pesar de ello, siguen siendo hombres, no preocupa a nadie. Las obligaciones impuestas al ciudadano no están, como veremos, al alcance de cualquiera. El que vive fuera de la ciudad puede, caso de que consiga sos-

50. *Odisea*, IX, 14.
51. Aristófanes, *Aves*, 550.
52. Κοινωνία τῶν ἐλευθέρων, *Polít.*, III, 4.

tenerse, vivir como los cíclopes, sin ágora y sin leyes, mandando cada cual en su falimia;[53] pero dentro de la ciudad la cosa varía.

Lo que interesa sobre todo es la calidad; luego, se admiten limitaciones en la cantidad. No se criarán, según Aristóteles,[54] ni deformes ni tullidos, y se comprenderá esta exigencia si se tiene en cuenta qué ser más desgraciado resultaba entre los griegos un tullido cualquiera. Para limitar el número no se aconseja la exposición de niños, sino el aborto, porque lo lícito se separa de lo criminal allí donde empiezan la vida y la conciencia. Pero, constantemente, se expusieron niños, ya porque no se les podía o no se les quería mantener, y se cita a Tebas como una excepción porque tenía prohibida la exposición.[55] Aquí, un padre indigente podía entregar la criatura a las autoridades, quienes a poco precio la vendían como esclavo a algún ciudadano, el cual se comprometía a criarlo y a conservarlo sin daño mediante los servicios de su esclavo. Más tarde tendremos ocasión de ocuparnos del aspecto que en este particular ofrecía Grecia en el siglo II antes de Cristo, en plena decadencia.

El módulo de vida que ha de regular la de la polis se designa con una palabra: αὐταρκεια, bastarse a sí misma, autarquía. Una palabra bastante oscura en nuestro moderno concepto, pero de elemental claridad para los griegos. Una campiña que procurara los medios de vida más necesarios, un comercio y un artesanado que atendieran modestamente a las demás necesidades; finalmente, una tropa de hoplitas tan fuerte por lo menos como la de las ciudades vecinas, casi siempre

53. *Odisea*, IX, 112.
54. *Polit.*, VII, 14. Para saber cómo se cumplió con estas consignas en Esparta, v. Plut., *Licurgo*, 16.
55. Eliano, v. *H.*, II, 7.

enemigas: he aquí las condiciones exigidas por la autarquía. Aristóteles se expresa sobre el particular con toda la claridad deseable.[56] Cuando una polis es demasiado numerosa, apenas si puede vivir con arreglo a las leyes. Lo que hace grande a una ciudad es el número de sus verdaderos ciudadanos y no el de trabajadores, si los hoplitas son poco numerosos. La belleza reside en lo limitado, lo proporcionado. Un navío con las dimensiones de un arco no es un navío, ni tampoco un navío de dos estadios de largo. Una ciudad poco habitada no se basta a sí misma; una ciudad excesivamente poblada se basta en sus necesidades, pero como multitud, no como ciudad, porque no puede poseer ninguna constitución efectiva, ninguna política. ¿Qué estratego acaudillaría semejante masa? ¿Qué heraldo serviría de no ser un Estentor? Para administrar recta justicia y repartir los cargos públicos según los méritos, se tienen que conocer los ciudadanos entre sí y saber de qué pie cojea cada uno. Las dimensiones ideales de una ciudad serán las que le aseguren una autarquía clara y abarcable. Una ciudad de 10.000 ciudadanos mayores[57] (πόλιςμυριανδρος) debió de parecer lo más adecuado; la Heraclia traquinia y Catania, al ser fundadas de nuevo recibieron ese número;[58] recuérdese también la Asamblea de los diez mil (μύριοι), en Arcadia, y por lo mismo que las utopías de los filósofos nos ayudan considerablemente en el estudio del Estado y las costumbres de los griegos, mencionemos el Estado ideal de Hipodamo de Mileto, que exige también ese número.[59]

56. *Polit.*, VII, 4.
57. Estrabón, XIV, 5, 19, p. 676, nombra una ciudad en Cilicia que llevaba el nombre de Miriandro. ¿Acaso fue fundada con la intención de que se alcanzara cuando menos este número de ciudadanos?
58. C. Tucíd., 22, con Estr., 67, y Diod., XII, 59.
59. Aristót., *Polit.*, II, 5.

Del comportamiento histórico de la polis podemos deducir lo que fue, quiso, pudo y debió ser. Todas las ciudades republicanas de la Edad Media en el Occidente europeo, aunque recuerdan en muchos aspectos la polis, son esencialmente cosa distinta, es decir, partes aisladas de estados mayores que luego se han hecho más o menos independientes, y aun entre las mismas repúblicas italianas, solamente Venecia gozó del grado absoluto de autonomía propio de la polis. Además, la Iglesia era algo común a todos, que se cernía sobre ciudades y reinos, y nada parecido ocurría en Grecia. Pero, prescindiendo de todas estas diferencias, la polis, considerada en sí misma, es una creación de tipo muy distinto; una sola vez en la historia del mundo toma cuerpo con toda plenitud y exclusividad una voluntad que parece haber aguardado impacientemente a que llegara su hora.[60]

En los tiempos modernos, si prescindimos de programas filosóficos e idealistas en general, es el individuo quien postula el Estado, tal como él lo necesita. Le pide nada más que seguridad para poder desarrollar libremente sus propias fuerzas; con este objeto le presta gustoso los necesarios sacrificios, y se siente tanto más reconocido a él cuanto menos se inmiscuye en el resto de su actividad. La polis griega, por el contrario, parte del todo, que es anterior a la parte, a la cosa aislada, al hombre individual.[61] Y con arreglo a interna lógica, podemos añadir: el todo sobrevivirá a las partes; no se trata de preferir lo general a lo individual, sino lo permanente a lo momentáneo y pasajero.

60. C. F. Hermann, en su *Staatsaltert*, § 51, expone breve e insuperablemente este aspecto.

61. Τό γὰρ ὅλον πρότερον ἀναγκαῖον εἶναι τοῦ μέρους. Aristóteles, *Polit.*, I, 1. De este capítulo y los siguientes está tomado en parte lo que sigue.

De los individuos se exige la entrega de su vida en todo instante, y no sólo en campaña y por momentos, porque al todo le debe lo que es; hasta la garantía de su existencia, de la que no disfruta sino el ciudadano y solamente dentro de la ciudad o hasta donde llega la influencia de ella. La polis es un producto natural de orden superior; ha nacido para hacer posible la vida, pero, una vez existente, perdura para que se viva una vida más justa, dichosa, noble; a poder ser, perfecta.

Es ciudadano el que participa en el gobernar y en el ser gobernado; lo primero se circunscribe todavía más como participación en tribunales y cargos públicos. Toda la capacidad y virtudes del ciudadano no cobran realidad sino alrededor del Estado; todo el espíritu griego y su cultura guardan la relación más estrecha con la polis, y las aportaciones más brillantes del arte y de la poesía en el Siglo de Oro son manifestaciones públicas del arte.

Los testimonios, a menudo altamente patéticos, corroboradores de lo dicho, los encontramos en los poetas del Siglo de Oro y en los filósofos y oradores del IV, los que no registran ya el sentimiento que entonces efectivamente dominaba, sino el que debería dominar.

La ciudad patria (πατρίς) no es tan sólo el rincón[62] donde el hombre mejor se encuentra y por el que siente nostalgia; tampoco la ciudad de la que, a pesar de todos sus defectos, se halla orgulloso, sino algo superior, divino. Hay que dar la vida por ella en la guerra, y al darla no se hace más que devolver el «dinero nutricio».[63] Ya Homero pone en boca de los troyanos, y

62. También sobre esta idea nos ilustra un precioso ensayo de Luciano, *Patriae encomium*.

63. No todo transcurre voluntariamente; casi todas las legislaciones antiguas castigaban la deserción del servicio militar con pena de muerte. Diodoro, XII, 16.

hasta de Héctor, los más encendidos himnos patrióticos, y los poetas elegíacos, en lo poco que conservamos de ellos, no se quedan atrás. Pero testigo de excepción es Esquilo: su poema «lleno del dios de la guerra», *Los siete contra Tebas,* reúne en los discursos de Eteocles la expresión suprema del deber de sacrificio del ciudadano con el patetismo del rey y de los defensores. En su epitafio,[64] el poeta no habla de su poesía, sino de su valor: «Pueden hablar el bosque de Maratón y el meda de pelo crespo, porque ellos lo saben.»

Pero las hazañas no pertenecen al individuo, sino a la ciudad; ésta y no Milcíades, ni Temístocles, han vencido en Maratón y en Salamina, y Demóstenes considera como un síntoma de decadencia el que muchos digan que Timoteo se ha apoderado de Cercira, y que Cabrias ha derrotado a los enemigos en Naxos. En todo caso, el ciudadano más meritorio debe más a su patria que ésta a él.[65] Y cuando la patria nos hace objeto de una injusticia hay que proceder con ella como se procede con la propia madre. Esta era la doctrina de Pitágoras.

Además de la victoria, que hay que traerla de los campos de batalla, los grandes poetas ofrendan a la patria su entusiasmo. La manera de pensar de los griegos hacía posibles oraciones impetrando el bienestar de una ciudad en unos términos que el cristianismo, como religión universal que abarca a todo el género humano, no podría permitir. En *Las suplicantes,* el

64. Berk, *Anthol. lyr.,* pág. 94. V. lo que Aristófanes pone en boca de Esquilo. *Ranae,* 1004 y s.

65. Recuérdese la juiciosa respuesta de Temístocles a un habitante de Serifos que le dijo que no se había hecho famoso por sí mismo, sino por mediación de Atenas: «Es verdad; pero ni yo me hubiese hecho célebre como serifio ni tú como ateniense».

magnífico himno de las Danaides,[66] impetra para la hospitalaria Argos toda clase de bendiciones; pero lo mejor lo dedica a su propia ciudad en el gran cántico del coro de *Las Euménides* con las intervenciones de Atenea. Una sola figura del mundo antiguo ha podido entonar himnos más sublimes; Esquilo desea y ora; Isaías, en su visión de la Jerusalén futura (cap. 10), profetiza y contempla lo profetizado como ya realizado.

La polis posee, además, una fuerza educadora; no es solamente «la mejor ama que os protegió y cuidó cuando, muchachos, jugabais sobre un suelo mullido, sin ahorrarse ninguna de las molestias de una buena vigilante», sino que sigue educando al ciudadano a lo largo de su vida. No sostiene escuela alguna, aunque favorece la enseñanza tradicional gimnástica y musical, sin detenernos por ahora a considerar toda la influencia educativa que suponían los cánticos corales en las fiestas, el culto magnífico, los edificios artísticos, las obras de arte, los dramas y las recitaciones de los poetas. Lo que se consideraba como una educación prolongada era la vida proseguida dentro de la ciudad, con su mandar y obedecer y, muy especialmente, mediante los honores que concedía a los ciudadanos distinguidos, hasta que se iniciaron los abusos, y los más discretos renunciaron sin pena a las coronas, proclamas del heraldo, etc. Por último, la historia completa de una ciudad se consideraba como la mejor introducción a una vida excelente. «En ninguna parte —nos dice Jenofonte[67]— se pueden mostrar acciones de los antepasados más excelsas y numerosas que en Atenas, y muchos resultan tan edificados con su conocimiento, que se dedican a la virtud y a hacerse fuertes.»

De este modo, resulta la polis, en un estadio de des-

66. Esquilo, *Supl.*, 624 y s.
67. Jenof., *Memorab.*, III, 5, 3.

arrollo bastante más avanzado que la ciudad-república de los fenicios, un producto completamente original en la historia del mundo; representa toda una voluntad colectiva de la máxima actividad y potencia, que se ha destacado de la vida rural de la aldea precisamente por su sentido de la acción, del manejo del Poder, de la pasión. Por esta razón es tan exigente en la definición del ciudadano activo, que tiene una participación en esa fuerza.

Este tipo de polis sabrá también de un tipo de felicidad y desdicha distinto al de las ciudades de otros pueblos y otras épocas, y ni tan siquiera las más agitadas repúblicas medievales llegan, más que en momentos excepcionales, a una tal potencia de pasión y vida.

Así se explican también sus rasgos violentos. Hacia fuera, la polis, a pesar de todas las alianzas, etc., se halla generalmente aislada, y muy a menudo en lucha vital con sus vecinas, y ya sabemos que en la guerra imperaba un derecho implacable.

En el interior, es terrible para el individuo cuando éste no se entrega por entero. Sus medios coercitivos, de los que hace un uso generoso, son la muerte, la atimia y el destierro. Y no existe apelación a una instancia extranjera, si hacemos omisión del caso particular de Atenas, cuyos tribunales conocen de las cuestiones vistas ya en las ciudades sobre las que ejerce su hegemonía; no puede el individuo sustraerse a su jurisdicción, pues ello le supondría la renuncia a toda seguridad de su persona. Pero con el poder omnímodo del Estado fenece frecuentemente toda libertad del individuo. El culto, el calendario, el mito, son peculiares a la ciudad, y ésta es, al mismo tiempo, una iglesia con los más rigurosos atributos; así, que el individuo queda entregado por completo a este poder

concentrado. Por razón del servicio militar, el ciudadano se debe corporalmente a su patria: en Roma, hasta los cuarenta y seis años; en Atenas y Esparta, durante toda su vida; en cuanto a sus bienes, está bajo el poder omnímodo de ella, que puede hasta fijar el valor de algunas categorías de aquéllos. En una palabra, frente a la ciudad y sus intereses, falta toda garantía de la vida y de los bienes. Esta servidumbre política del individuo es común a todas las constituciones, aunque en las democracias, en las que ambiciosos sin escrúpulos pretenden ampararse en los intereses de la polis, interpretando a su favor el *salus rei publicae suprema lex esto*, es donde ha podido funcionar de la manera más opresora. La polis se hacía pagar a un precio muy alto el poco de seguridad que suministraba.[68]

En sus mejores tiempos, lo mejor también y lo más noble en la vida griega, su religión, guarda íntima conexión con la ciudad. El culto de los dioses encontraba su apoyo más fuerte contra religiones extrañas, contra filosofías y otras fuerzas disolventes, en su importancia para la ciudad, la que consideraba como misión suya la conservación perfecta de su religión, siendo los cultos más importantes negocios de estado. La polis es ya en sí una religión, pero recibe todavía la otra, y la comunidad en los sacrificios y las fiestas constituía un vínculo fuerte entre los ciudadanos, aun prescindiendo de leyes, constitución y vida pública en general. «Como la polis ofrece todo esto y sólo ella lo puede ofrecer, se ven con claridad por qué el griego no necesita de iglesia; porque, para ejercitar su de-

68. V. Fustel de Coulanges, *La cité antique*, p. 226 y s., y especialmente 265 y s. [Al autor le parece que también en este capítulo Fustel lo explica todo —especialmente toda clase de exclusividad— por la religión, cuando habría bastado el egoísmo griego (J. Oeri).]

voción, le basta con ser un buen ciudadano; en ella no hay cuestión de preeminencias jerárquicas, y el sumo sacerdote o, mejor, funcionario supremo del culto, es en Atenas el arconte basileo, un funcionario público, y se ve, finalmente, por qué no choca sólo contra el deber ciudadano, sino también contra la fidelidad a su fe, al entregarse a formas de adoración de los dioses distintas de las reconocidas por el Estado.»[69]

Cuando la Polis empezó a declinar no le bastó ya con el culto de los dioses, ni tan siquiera el de aquellos dioses y héroes especialmente «protectores de la ciudad», y se divinizó a sí misma en forma de Tique con la corona mural. Una palabra de Píndaro[70] arroja clara luz sobre este tránsito. El poeta se dirige a Tique, una de las personaficaciones de Moira, el destino como tal, pero le pide favor para una ciudad particular: «¡Yo te imploro, oh hija de Zeus liberador, Tique salvadora! Tú dominas sobre los rápidos navíos en el mar, y sobre las agitadas batallas de tierra, y sobre las ágoras que adoptan consejos.» En el mismo siglo v, debió de comenzar, aquí y allí, el culto de la ciudad idealizada como Tique, con templo propio y estatuas colosales. Esta representación se diferencia de las antiguas, en las que Tique, tal como, por ejemplo, la labró Búpalo para los ciudadanos de Esmirna,[71] aparece con *polos* y el cuerno de la abundancia, porque lleva una corona mural y algún atributo característico de la ciudad. Con esta ocasión se han producido las figuras más nobles, y aun imitaciones tardías encierran un gran encanto, como, por ejemplo, la serie de figuras colocadas delante de las columnas del Olimpión adriánico

69. Acertadas palabras de Neagelsbahs, *Nachhomerische Theologie*, p. 293.
70. El comienzo de *Olyp.*, XII.
71. Pausan., IV, 30, 3 y 6.

en Atenas, y que representan las Tiques de las colonias atenienses.[72] Quizá no fuera el Tiqueón el templo más grande en la ciudad, pero sí de los más delicados, y todavía un retórico muy posterior nos describe el rico proyecto de uno de ellos.[73]

Pero llegó a no bastar tampoco la Tique, ya que la democracia, triunfante en casi todas las ciudades, no podía renunciar a vejar a sus enemigos vencidos, idealizándose ahora como tal demos. E igualmente en proporciones colosales, como, por ejemplo, la estatua en el ágora de Esparta,[74] que no ha podido surgir más que en la época más calamitosa de esta ciudad. Como se solía representar al demos en la forma antes dedicada al «buen demonio», podía ser también objeto de culto. Para tales divinizaciones habría bastado el sentimiento de un porvenir perdurable; nada se nos dice de los ojos con que eran contempladas semejantes estatuas cuando la situación cambiaba por completo.[75]

La polis se contempla a sí misma como un todo todavía en otra forma, el nomos, expresión conjunta de las leyes y la constitución de la ciudad. Representa lo objetivo superior, que se cierne sobre todas las existencias y voluntades individuales, y que pretende, no ya, como en el mundo moderno, proteger al individuo y recibir de él los impuestos y el servicio militar, sino ser el alma colectiva. Se emplean las expresiones más sublimes para loar la ley y la constitución, como invención y regalo de los dioses, como carácter de la ciudad, como protección y garantía de toda virtud. Son los «regentes de la ciudad», y el

72. Pausanias, I, 18, 6.
73. Waltz, *Rhetores Graeci*, I, 408 (Nicolao, del siglo V después de Cristo).
74. Pausan., III, 11, 8.
75. Los rasgos de la Tique los hemos referido arriba, p. 112.

espartano Demarato trata de hacer comprender a Jerjes que sus conciudadanos temen más a la ley imperante (δεσπότης νόμος) que los persas a su gran rey.[76] Especialmente, las voluntades, según expresión de Platón, deben ser esclavas de la ley. El legislador aparece como un ser sobrehumano, y la gloria de un Licurgo, un Solón, un Zaleuco o un Corandas se refleja todavía en figuras muy posteriores, como, por ejemplo (año 400 a. de C.), en la del legislador siracusano Diocles, que recibió honores de héroe después de su muerte, y hasta se le dedicó un templo.[77]

El nomos no ha de atender a intereses pasajeros o a las opiniones particulares o de las mayorías accidentales. En teoría, por lo menos, se celebraba mucho la conservación de viejas leyes, y en los usos y costumbres[78] antiguos, contemporáneos acaso de la fundación de la ciudad, se reconocía la existencia de la fuerza fundacional, de la que la ley no es sino expresión. Y aun leyes defectuosas, caso de ser observadas con rigor, se consideraban como mejores garantías de seguridad que sus modificaciones.[79] Esta fue la opinión expresada por Alcibíades al terminar su gran discurso a los atenienses recomendándoles la expedición a Sicilia.[80] En algunas ciudades los muchachos tenían que aprenderse de memoria las leyes ayudados de una melodía o cadencia,[81] pero, no sólo con el objeto de que las conocieran, sino para asegu-

76. Herodoto, VII, 104.
77. Diodoro, XIII, 35.
78. Con estas ἔθη antiquísimas, no escritas, podrían vivir pueblos más sencillos. Así los licios, Heráclid. Pont.
79. Aristóteles, *Polit.*, IV, 6, 3.
80. Tucídides, VI, 18, 7.
81. Así también Creta, Eliano, v. *H.*, II, 39. Como se sabe, los estados de Creta eran los de peor fama política.

rarse de ese modo la invariabilidad de su texto. Nomos significa, a la vez, ley y melodía.

Por otra parte, poseemos testimonios antiguos, no ya anécdotas tardías,[82] de que Solón cuando, una vez terminada su obra, marchó del país por un período de diez años, quiso que los atenienses se comprometieran, mediante juramento, a que nada cambiarían en la legislación durante su ausencia. Pero poco tiempo después sufrían las más fuertes crisis políticas y cambiaban, por último, su constitución por otra completamente democrática. Lo mismo ocurrió con otras polis, y las mismas colonias, a pesar de su exhaustiva legislación de origen, corrieron una historia agitada y turbulenta. En la democracia total hay un deseo permanente de revisión, y se puede al mismo tiempo honrar y alabar supinamente una constitución por el nombre e irla modificando y descoyuntando con el acarreo incesante de decisiones públicas (sefismas). Es esa situación la que caracteriza Aristóteles[83] cuando dice que ya no rige la ley, sino la multitud (πλῆθος).

La idea griega del Estado, con toda su subordinación absoluta del individuo a la colectividad, mostrará a la par, como veremos, otra característica: la de favorecer en alto grado el desenvolvimiento del individuo. Si estas enormes fuerzas individuales se hubieran desenvuelto, como podríamos figurarnos idealmente, en pleno acuerdo con lo colectivo, hubiesen sido su expresión más viva: la libertad y la subordinación se hubieran acordado en una unidad armónica. De hecho, el sentido de la libertad griega hay que entenderlo partiendo del supuesto de que la polis era algo a lo que no era posible sustraerse; ni tan siquiera en la religión podía el individuo eludirla, pues también ella formaba

82. Herodoto, I, 29.
83. *Polit.*, IV, 4.

parte del Estado y no se estaba seguro de si los dioses, de por sí, eran buenos y misericordiosos. Los mejor dotados, pues que había que permanecer en la ciudad, se fueron apoderando del mando. En nombre de la polis rigieron individuos y partidos. El partido dominante cada vez se comportaba como si fuera toda la ciudad y poseyese el derecho de utilizar todo el patetismo que a ella sola correspondía.

El que en la Antigüedad se cree con derecho a ejercer el Poder, o lo desea meramente, se permite contra el enemigo o concurrente lo más terrible: la aniquilación. Ya veremos después con qué claridad hablan en este sentido los enemigos políticos; pero ahora podemos mostrar cómo la poesía nos habla también en ese tono con la mayor naturalidad en pasajes, al parecer, indiferentes. Examínese, por ejemplo, en el *Ión*, de Eurípides, los discursos del pedagogo que trata de inducir a Creúsa a que dé muerte a Xuto y a Ión,[84] y pregúntese si en una drama moderno un carácter criminal podría expresarse así en nombre de la autoridad.[85] Todos los castigos políticos, independientemente de la culpabilidad del sujeto, poseen en la polis carácter de venganza y propósito de aniquilamiento. Lo podremos juzgar cuando veamos cómo, además de castigar a los hijos menores de los desterrados o muertos, se persiguen también a los antepasados hollando sus sepulcros.[86] Los griegos veían clara la alternativa: o los aniquilamos o ellos nos aniquilarán a nosotros, y obraban en conse-

84. Euríp., *Ión*, 846, 1940 y s. También una palabra amarga en boca de Ión: 1334.

85. Y no sólo en un mero monólogo.

86. Isócrates, *Or.*, XVI, περί τοῦ ζεύγους, § 26. Cuando Foción, con el vaso de cicuta en los labios advierte a su hijo que no se vengue en los atenienses, no es tanto por generosidad de sentimientos cuanto por evitar persecuciones a su hijo.

cuencia sin contemplación alguna. Pero les caracteriza la solemnidad dentro del terrorismo. No suscita cuestión alguna el hecho bien conocido de que se honrara a los tiranicidas, si escapaban con vida, de la manera más extremada, erigiendo monumentos a su nombre y rindiéndoles culto. Pero la consecuencia de esto fue que, algunas veces, asesinos vulgares de un hombre que más tarde fue declarado traidor y miserable, fueron reconocidos como públicos benefactores, honrados con el derecho de ciudadanía, con la coronación pública en las grandes fiestas dionisíacas, etc., como ocurrió con Frínico, en Atenas (411 a. de C.); otros, meros cómplices, eran inscritos en el monumento conmemorativo y recibían otras muestras del agradecimiento público.[87] El partido triunfante no trata con ello de atemorizar al resto superviviente de los enemigos, haciéndoles beber esta copa amarga, sino que trata, sobre todo, de prestanciar su triunfo con el máximo patetismo. Los autores son celebrados solemnemente, sin tener para nada en cuenta sus motivos o su personalidad.

Como la polis es lo supremo, la verdadera religión de los griegos, las luchas en torno suyo cobran todo el horror de las guerras de religión, y toda ruptura con ella arranca al individuo literalmente de sus goznes. Se recrimina la guerra civil como la más terrible e impía de todas, aborrecible a los dioses y a los hombres,[88] pero este cabal rconocimiento no aseguraba mayormente la paz. En muchas ciudades, la constitución vigente era una ortodoxia sostenida con todos los resortes del terror. Nadie se atrevía a declarar que la ficción de la ciudadanía absoluta tenía una tensión excesiva, insoportable a la larga para la naturaleza humana; pero no se pudo

87. Lisias, *Or.*, XIII, *Adv. Agorat*, § 72.
88. Véase Jenof., *Hist. Graec.*, II, 4, 22, en el discurso del heraldo sagrado Cleócrito.

evitar el desvío paulatino de los mejor dotados, ni faltaron, andando el tiempo, quienes se declararon abiertamente en contra. Vino después la ética filosófica, que se desentendió de su anterior involucración con el Estado; se hizo general, humana, y con Epicuro y su escuela, la ciudad, despojada de toda divinización febricitante, no fue más que un contrato de seguridad de todos con todos. Sin embargo, las ciudades, más o menos desquiciadas, proseguían el viejo camino de la violencia; seguía siendo imposible abdicar de la autonomía en otra ciudad, en un Estado plural, en un príncipe; seguía mostrándose el espectáculo de los terribles padecimientos, a cuya costa sólo podía subsistir la ciudad. «Un hombre culpable —dice Isócrates [89]— muere acaso antes que le alcance la expiación, pero la polis, con su imposibilidad de morir (ἀθανασία), está entregada a la venganza de los dioses y de los hombres.»

89. Isócr., *De pace*, p. 183 d.

II

# LA POLIS EN SU DESARROLLO HISTÓRICO

## 1. La Monarquía

Entre los hechos más claramente subrayados por el mito está el de la primitiva variedad de las estirpes griegas. Nunca constituyó Grecia un estado único; así, el rey Pelasgo, hijo de Palectón, el nacido en la tierra de *Las suplicantes* de Esquilo, que domina desde el Peloponeso hasta el Estrimón y tiene su residencia en Argos,[1] es una creación arbitraria del trágico. Apenas si se puede imaginar una violación mayor del mito auténtico; toda la serie continuada de migraciones de que están llenos los tiempos primitivos hacen imposible la existencia de un estado abarcador; por otra parte, el mito nos da noticias de un sin fin de soberanos y ciudadelas, y tiene siempre preparada una dinastía para el rincón o isla más diminutos. Cuando Heracles u otros hacen conquistas, no se quedan en ellas para formar un estado más vasto, sino que entregan lo conquistado a otros, por ejemplo, a los soberanos legítimos expulsados anteriormente. En las guerras el mito se complace en la diversidad de los contingentes armados, como ocurre —prescindiendo del caso de la *Ilíada*— con la descripción de *Los siete*

1. Esquilo, *Supl.*, 250 y s.

*contra Tebas*, donde se nos presenta el ejército acampado ante las siete puertas.

Pero transcurre mucho tiempo antes de que se transparente algo de la constitución propia de cada estirpe; los héroes más antiguos son reyes, pero casi todas sus luchas y aventuras se desenvuelven sin acompañamiento de ejército, y son de tal naturaleza, que de nada servirían en la ocasión tales ejércitos. Por fin, aparecen aquellas monarquías sobre cuyo gobierno los griegos han podido ir enhebrando algunas imágenes: la Atenas de Teseo, la Tebas de los Labdácidas, la Argos lacedemónica de los Atridas.[2] Como no nos interesa ahora la arqueología, sino la idea que los griegos se hacían de su pasado político, dejamos de lado todas las ruinas de una época muy antigua, aun las mismas ciudades de Tirinto, Micenas y Troya, con todos los restos sorprendentes encontrados estos últimos tiempos, y tampoco nos preguntemos si pertenecen a un pueblo doblegado bajo el peso de un derecho sacro o agrupado libremente. No es cosa rara que las dinastías (Pelópidas, etc.) sean, en parte, extranjeras, y que fácilmente en el mito los extranjeros y hasta los fugitivos lleguen a ser reyes de tribus extrañas, como ocurre con los reyes Heraclidas de los dorios que, con su antepasado Heracles, son aqueos; en la invasión de

2. Una luz muy indecisa nos viene de los aparentes estados de los héroes de la expedición contra Troya, tal como parece desprenderse del catálogo de navíos de la *Ilí.*, II. Esos estados son muy pequeños, y las grandes diferencias respecto al dominio de los Atridas no ilustran hasta qué punto hay que tomarlas al pie de la letra. En el fondo, no se enumeran sino séquitos, y cabe preguntar si el mismo Homero los ha considerado como los dominios de los respectivos caudillos. Estrabón nos habla (VIII, 6, 10, p. 372) de una división del territorio argivo en dos reinos, Argos y Micenas, con el Heraión de Micenas como propiedad común. Pero Agamenón era ya dueño de todo, según el mismo.

los bárbaros los burgundiones fueron gobernados por una dinastía extranjera, y los longobardos consintieron en ser regidos por reyes bayováricos. Pero fue supuesto general que la monarquía era la única forma política de los tiempos primeros,[3] y, por lo demás, la única posible mientras nos imaginemos a las tribus en continuos desplazamientos. Una vez que una estirpe se asentaba, la monarquía se sostenía todavía largo tiempo.

La realeza tal como la describe Homero, es una composición original a base de recuerdos ciertamente primitivos, de alta poesía y de rasgos aislados correspondientes a las monarquías de la época postdórica, ya en proceso de liquidación. Pero los griegos se hallan familiarizados con las viejas cualidades, típicas y brillantes de sus reyes épicos; descienden de Zeus, de quien han recibido el cetro y todos los atributos, y son, a la cabeza de su estirpe, sus caudillos, jueces y sacerdotes, rodeados de una corte solemne y de un consejo de ancianos, acompañados de heraldos, conductores de carros y rapsodas; constituyen las figuras más imborrables. Luego, Grecia, organizada políticamente, ha tratado de computar más al detalle las existencias de estos reyes, comenzando por Heródoto (VIII, 139), quien cree que los comienzos fueron pobres: «en el tiempo viejo, no sólo el pueblo, sino también los soberanos, eran pobres de dinero.» Tucídides (I, 13), trata de averiguar cuáles fueron las gavelas e ingresos con que contaban, y Aristóteles[4] ensaya reconstruir el nacimiento de esas monarquías, lo que hace en forma que nos revela que no le es posible precisar el origen de ninguna forma de estado que no sea por vía reflexiva, conjunción de voluntades plurales, fundación momen-

3. Así, todavía, Pausan., IX, 1, 2.
4. *Polit.*, III, 9; V, 8.

tánea (κτίσις): los pueblos eligieron reyes a quienes se mostraron como sus benefactores en el terreno de las necesidades vitales (κατὰ τέχνας), y en la guerra con incorporaciones y ampliaciones de territorio; o, también: la monarquía nació para proteger a los más fuertes o más distinguidos contra el demos; esta monarquía poseía el derecho de vida y muerte sólo en campaña; tampoco se mantenía una monarquía sino el tiempo que era deseada, y en esto se diferenciaba de la tiranía, que rige también sobre los que no la quieren. Se conservó, además,[5] la figura de un gran rey de los mares, Minos, que limpió de piratas cáricos y fenicios la mayoría de las islas, y luego las colonizó, convirtió a sus hijos en reyes y terminó, en la medida de lo posible, con la piratería «para que los ingresos fueran mayores», como añade la malicia fiscal de los atenienses. Se sospechaba, quizá, que Minos fuera un gran pirata, un fenicio. En las demás leyendas, los héroes dan comienzo a su soberanía acabando con monstruos y malvados, mientras que con Minos, junto al rey de Creta y de otras islas, se halla el Minotauro, que cobra el tributo humano, y acaso también el dios lunar asiático, para no hablar del juez subterráneo o infernal, conquistador hasta tierras de Sicilia y celoso patrón de Dédalo. Es muy posible que en el mar reinara la unidad durante cierto tiempo, mientras que en tierra firme sucediera todo lo contrario, y lo es también que Creta, con su «situación preponderante»[6] en todo el mar griego y sus dimensiones y población correspondiente, se adecuara para ejercer el dominio.

Los Heraclidas simbolizan la formación de dinastías en las invasiones dóricas, fruto de caudillajes guerreros. En los siglos póximos, y algunas veces en

5. Entre otros, Tucíd., I, 4.
6. 'Επίχειται, dice Aristóteles, II, 7.

unas cuantas décadas, se van liquidando hasta quedar unas pocas, y una aristocracia, existente ya de antiguo, se va haciendo con el poder, y constituye la forma política primera de la polis.[7] Las invasiones germánicas nos ilustran sobre el hecho de cómo se debilitan las monarquías invasoras luego de haber cesado las invasiones, ya que la mayoría de sus estados particulares cayeron bajo el dominio de un solo pueblo: los francos. Sería un esfuerzo inútil tratar de determinar con precisión el curso de este acontecimiento: sin embargo, Homero, que ha visto declinar viejas realezas heroicas y también postdóricas, nos ofrece algunos rasgos. Cuando un héroe, hijo de reyes, como Aquiles, ha caído en el campo de batalla, puede ocurrir que al padre le vaya mal.[8] Los hombres libres alrededor de Penélope representan el cuadro justo del gobierno plural de una nobleza amiga de los placeres. El pueblo puede decretar la guerra contra la voluntad del rey: «El murmullo amenazador del pueblo le obliga.»[9] El gran campamento de los aqueos delante de Troya, cuando se abronca un poco (τετρήχει), cobra ya el aspecto de una verdadera ágora.[10] «Exalta a los hombres» (κυδιάνειρα), como una batalla, es decir, que el individuo se puede hacer valer entre sus compañeros que le contemplan. Y cuando, con ocasión de los tumultos en el navío, Ulises descarga su cetro sobre los que gritan y prorrumpe en la famosa frase de «la inutilidad del mando de muchos»,[11] quedando de nuevo la asamblea apaciguada, le sigue a poco la figura de Tersites, hablando proféticamente sobre la demagogia de la Grecia futura. Ter-

7. Quedamos bastante a oscuras sobre la relación de la monarquía con el sinoiquismo y la fundación de ciudades.
8. *Odis.*, XI, 494, y varias veces en la *Ilíada*.
9. *Odis.*, XIV, 239, contra Idomeneo.
10. *Ilíad.*, II, 95.
11. *Ilíad.*, II, 204 y s.

sites, el de la burla emponzoñada, siempre está enterado de algo, y no puede contener la lengua, jaleado por las carcajadas de los aqueos. Con una penetración específicamente griega, el poeta nos lo describe como un tipo odioso, bizco, demedrado, medio inválido, de pelo ralo. Su discurso a Agamenón está lleno de las insinuaciones más bajas y termina con aquella odiosa defensa del ultrajado Aquiles, quien sería demasiado flojo para vengarse por sí mismo. Ulises le contesta y golpea hasta hacerle sangre, con gran contento de todos. «Ulises ha hecho grandes cosas en la asamblea y en la guerra, pero la mejor de todas ahora, haciendo callar al cínico charlatán», nos dice el poeta, colocando este juicio en boca de un testigo —ese «alguien» (τις), que asoma tantes veces— y de toda la muchedumbre, aunque en las verdaderas asambleas del tiempo de Homero los Tersites debieron de triunfar muchas veces. Cuando, más tarde, Aquiles da muerte a Tersites por haberle difamado con ocasión de sus amores con Pentesilea, la leyenda nos cuenta que hubo cierta agitación entre los aqueos, pues el sujeto tenía también su partido.[12] Los reyes que quieren conservar su prestigio lo consiguen mejor con «dulzura y tacto» (αἰδοῖ μειλιχίῃ), y el soberano justo, tan espléndidamente descrito por Hesíodo,[13] tiene que conducir sus negocios con «suaves palabras», para lo que le podrá servir de mucho la elocuencia, don de las musas. Algunas veces es posible que los reyes, demasiado agobiados por la aristocracia, pusieran su mira en el pueblo como posible aliado, por lo menos los hombres libres de Penélope temieron una vez que Telémaco convocara a los aqueos, esto es, a todo el pueblo ítaco, a una asamblea para darles noticia del asesinato

12. V. Proclos en *Fragm. epicor.*, p. 33, de Kinkel.
13. *Teogon.*, 81 y s.

planeado por ellos.[14] Caracteres desaforados los hubo aún en el demos feliz de los feacios, como declara Nausicaa a Odiseo.[15]

Por fin, se inició la franca decadencia y el derrumbamiento. Disensión en las familias, incapacidad y engreimiento en los herederos, han podido ser a menudo ocasión del derrumbamiento, a juzgar por lo que nos dice Príamo de los suyos,[16] luego que habían desaparecido los mejores en esas luchas intestinas:

La guerra me llevó los buenos y no me quedaron sino ignominias.
Todos mentirosos, charlatanes, excelentes bailarines en corro,
Ladrones del pueblo, ahitos de grasa de corderillos y cabritos.

Cuando la dignidad real era disputada entre los parientes y decidida por intervención de la nobleza o del pueblo,[17] era imposible evitar el menosprecio y la próxima caída. Pasamos por alto las verdaderas causas que en cada caso han podido contribuir[18] al hecho y destacamos en cambio la idea que se formaban de ello los griegos. Tradición popular y mítica es la de que un pueblo dé muerte a su rey para aplacar la cólera de los dioses. De no haber puesto la mano sobre el resto de la dinastía, hubiese clamado la vieja sentencia: «Es un loco quien mata al padre y deja con vida al hijo.» Arcadia cesó de tener reyes después de los crímenes de los dos Aristócrates, que fueron lapidados, el abuelo

14. *Odis.*, XVI, 376.
15. *Odis.*, VI, 274.
16. *Iliad.*, XXIV, 260.
17. V. Paus., IX, 26, 2, una concepción muy especial de la esfinge de Tebas, no como calamidad general del país, sino como instancia suprema de aquellos que se disputaban el trono.
18. V. los años referentes a los comienzos de una serie de dinastías. V. O. Müller, *Griechische Literaturgeschichte*, I, p. 51, nota.

por violación de una sacerdotisa, el nieto por traición en favor de los mesenios. La decisión fue penosa; es algo terrible —hace decir Homero a Anfínomo— tener que matar lo mejor entre los libres, una familia de reyes.[19] O bien la monarquía termina por disolverse a sí misma por otro acto terrible. Después del suicidio de Aristodemo, los mesenios no proclamaron ningún otro rey, sino únicamente un estratego con plenos poderes en tiempo de guerra.[20] Entre los atenienses asoma el espíritu reflexivo, que cruza todo el campo de su leyenda. La muerte propiciatoria de Codro es aprovechada por los atenienses, de suerte que nadie puede ser el digno sucesor de tal hombre, y los eupatridas degradan a su hijo Medón a la categoría de arconte vitalicio, mientras que los demás hijos y bastardos conducen colonias hacia Jonia. Corría también otra versión: no se habían querido más reyes porque los últimos resultaron demasiado arrogantes y afeminados.[21] Otras veces el cambio de régimen era mera cuestión de gusto. Cuando, mucho tiempo después de la guerra de Troya, el rey labdácida Janto sucumbía en combate singular, les pareció a los tebanos más adecuado que el poder político estuviera en manos de muchos que no depender todos de uno solo.[22] Y en Argos, con ocasión de una disensión en la familia de los Teménidas, se cuenta: los argivos, que, desde los tiempos más antiguos, sintieron siempre inclinación por la autonomía (es decir, por la libertad) y por la igualdad, habían ido restringiendo el poder real en todo lo posible, de suerte

19. *Odis.*, XVI, 401.
20. Pausan., IV, 13, 3.
21. Heráclid. Pónt., I. Fustel, *La cité antique*, p. 287.
22. Pausan., IX, 5, 8. Por lo que el pueblo influye en cambios de soberano dentro de una misma familia: Diodoro, III, 61: Zeus subió al trono de su padre Cronos ὑπό ὄῶτ νγλοιν αἱρεθέντα, διὰ χῖσος τὸ μρὸς τόν πατέρα.

que el tercero de la serie no tenía de rey más que el nombre, y con el quinto se acabó, por decisión popullar, hasta con el nombre. Aristóteles explica la decadencia de la monarquía en general,[23] diciendo que los reyes se hicieron odiosos y llevaron a cabo entonces una ὕβρις, un acto de violencia, para lo cual no alcanza el poder real (limitado), sino el tiránico. «La disolución vino en seguida, porque si los hombres no quieren, cesa instantáneamente de haber reyes, mientras que los tiranos dominan también sobre los que no los quieren.» También la rebelión pudo provocar su caída. La familia real de los Molosos, en el Epiro, se sostuvo por su moderación; la espartana por su dualidad y el influjo moderador de los éforos. La monarquía debió de ser muy poco estable en aquellas colonias primeras que surgieron como consecuencia de la invasión dórica. En Mileto[24] lucharon dos candidatos, ambos de sangre real; luego de desórdenes sin cuento, la «comunidad» acordó que sería rey quien más ventajas aportara al Estado. Había que dirigir dos guerras contra Caristo y contra Melo, y los dos contendientes tuvieron que echar a suertes; como el que dirigió la guerra contra Caristo volvió con un gran triunfo, fue proclamado rey «según lo convenido». Una monarquía nacida en estas condiciones claro que podía tambalearse al más leve soplo.

Las diversas funciones desempeñadas por el rey fueron repartidas entre funcionarios; el encargado de los sacrificios públicos llevó, no sólo en Atenas, el nombre de basileo; también los jueces supremos llevan en diversos lugares ese mismo nombre, y a este grupo debieron de pertenecer aquellos regentes de Ascra en Beocia, a los que acusa Hesíodo de «reyes devora-

23. *Polit.*, v, 8 y 9.
24. Según el asombrado relato en Conón, *Narrat,* 44.

dores de regalos»,[25] porque no hacían sino torcer el derecho.

Pero quien tratara de ver las cosas en su aspecto más favorable, hacía bien en acudir a Atenas. Isócrates, en su *Panatenaico* (págs. 258 y sig.) opina que los viejos reyes atenienses, de excelente carácter y libres de las crueldades familiares propias de otras dinastías, educaron al pueblo en la virtud y la moderación, y por esto se pudo introducir la república (hecho que atribuye a Teseo) en las mejores condiciones. A veces, junto a la extinción de una monarquía, se da el nacimiento de otra. Así, por ejemplo, con la llegada de la familia real de los Teménidas a Macedonia, según el relato tan poético y popular de Herodoto (VIII, 137 y sig.). Nadie podía figurarse entonces lo que esperaba a Grecia en manos de sus preclaros descendientes.

La aristocracia, que es la que sucede en las ciudades griegas a la monarquía, se mostrará como una forma relativamente débil, de transición. Donde mayores probabilidades de sostenerse se le ofrecían era en aquellas regiones en las que, con motivo de las invasiones dóricas, una estirpe victoriosa de firme cohesión interna pudo fundar el dominio de unos cuantos sobre la muchedumbre de diversas tribus, figurando toda ella como nobleza. A continuación nos ocuparemos del estado más importante entre los de este tipo.

## 2. Esparta

¡Ay de vosotros, a todos los mortales odiosos
habitantes de Lacedemonia, llenos de perfidia,
maestros en la mentira, pensando siempre en la mala acción,
sinuosos, hipócritas, monstruos de lengua viperina!

25. Herodoto, *Opera*, 247 y s.

Sin razón os honra el pueblo griego.
Pues ¿de qué estáis limpios? ¿No os manchó crimen sobre crimen
y deshonrosa granjería? ¿No habla la boca de una manera,
mientras que el corazón traidor piensa otra cosa?
¡Condenaos!

Ésta es la imprecación de Andrómaca contra Esparta [26] (Eurípides, 466 y sig.), y los oradores atenienses abundan en el mismo tono. Ha sido el destino inevitable de Esparta, poco aficionada a hablar y nada a escribir, que Atenas, su enemiga mortal, y que es la que preferentemente maneja la pluma en los asuntos helénicos, le fabricara su reputación. Ya al testimonio circunstanciado más antiguo referente a Esparta, el de Herodoto de Halicarnaso, se le pone el reparo de que el escritor cobró desafecto a esa polis en su larga estancia en Atenas; Tucídides, por el contrario, se mantiene en una elevada, casi incomprensible, objetividad, y hubo también atenienses convertidos que no sintieron reparo en alabar a Esparta; el primero Tirteo, en el siglo VII; en el V y VI, Jenofonte, el más apasionado e influyente de todos.[27]

La grandeza de esta admirable formación político-social es doble. Esparta, considerada en sí, venía a ser la encarnación más perfecta de la polis griega, pero al mismo tiempo constituía como el contrapeso de todo el resto de Grecia, en parte de otra índole, en parte con otro tipo de desarrollo, y como en la gran crisis que afectó a toda la vida griega a fines del siglo V fue la que

26. Seguramente que en Esparta se tuvo noticia de semejantes denuestos y se rieron de buena gana. Eran sacrificios al dios Τέλως. Véanse otros memoriales de agravios en Pausanias, IV, 5, 1; IV, 17, 2.

27. El escrito *De re publ. Lacedd.* lo recojo, sin decidir sobre la cuestión, como obra de Jenofonte, según la opinión corriente, o como una preciosa obra de un contemporáneo bien informado.

quedó vencedora, disfrutando de esta preeminencia sin contemplación alguna durante treinta años, el estupor fue grande y general, y perduró en los años de desgracia. A medida que se hundía la Esparta real, se transfiguraba más la Esparta antigua. Porque, en el fondo, Esparta fue más envidiada que odiada, y muchas otras polis hubieran sido lo que ella de no haberse apoderado de estas otras fuerzas: la democracia y el individualismo.

El pueblo dorio, que penetró en el valle de Eurotas durante la invasión, hacia el siglo XI, parece que trató decorosamente a los vencidos aqueos que no emigraron, y a otros pueblos (leleges, minios, etc.).[28] Pero luego, en el siglo IX, habiendo cundido la disensión entre ellos, y amenazados, quizá, por los vencidos, cambian enérgicamente de métodos[29] y logran para ellos una organización enérgica y potente, y para los aqueos una situación de servidumbre. Este movimiento se halla personificado en Licurgo; en su figura, como en la de Teseo en Atenas, se concentra toda una serie de evoluciones de las cuales muchas pertenecen claramente a épocas posteriores, pues no son sino modificaciones de los comienzos. Pero el pensar antiguo no encuentra en esto dificultad alguna: Licurgo es, para él, Esparta misma, con todas sus instituciones y formas de vida; durante cuatro siglos actúa y crea las ocasiones más diversas. Como que ha surgido frecuentemente la pregunta de si no se tratará de un personaje divino y no de un hombre

28. Estrabón, VIII, 5, 4, p. 365, según el cual son los periecos los que al principio participaron de la ciudad y su gobierno.

29. Esta rebelión de los dorios contra una gran mayoría de estirpes distintas con las que habían convivido hasta entonces, es más fácil de decir que de imaginársela, y de todas maneras demuestra una gran fuerza.

real.[30] Pero poseemos el relato circunstanciado de su vida, y los políticos, comenzando por Jenofonte y Platón, se han ocupado con agrado de las experiencias y del pensamiento del legislador. Se le hace viajar hasta Egipto, Libia e India, y se sigue su estudio comparativo; Creta sería su modelo.[31] Es innegable que en Creta encontramos ya algo esencial que reaparece luego en Esparta, pero no tanto en razón de que en ambas partes gobernaban los dorios, sino (pues no hay que olvidar que los dorios tuvieron en otros lugares constituciones bien diferentes) porque en ellas eran igualmente unos pocos los que dominaban sobre muchos.

Ya hemos puesto de relieve lo que costaba, por lo general, el nacimiento de una polis. Pero es posible que en el caso de Esparta haya sido especialmente gravosa para los vencidos. Se hace una selección de entre todos los tipos de servidumbre, aniquilamiento, expulsión. Algunas ciudades aqueas continúan habitadas, pero como plazas abiertas, sin duda, o son ocupadas por los dorios exclusivamente; paseamos entre las ruinas de las restantes, que Homero conoció florecientes, guiados por Pausanias:[32] aquí fue Faris, allí Brisea, y queda todavía en pie el templo de Dionisos; en el mar, Helos, fundada por el hijo menor de Perseo, Heleio; todavía se conserva el culto de Cora y en las inmediaciones un Eleusinión; allí las ruinas de una ciudad aquea, de nombre Ciparisia. Nunca se han desarrollado los hechos suavemente cuando ha surgido una potencia nueva, y Esparta se constituyó como tal en relación con todo lo que le rodeaba; también se impuso a todo el mundo culto, que guardaría su recuerdo para siempre, pues tal

30. V. Gelzer: Licurgo y el sacerdocio délfico, *Rhein, Mus.*, N. F., XXVIII.
31. Herodoto, I, 65.
32. Pausanias, III, 2, 6; 20, 3-6; 22, 5, 7.

es la fuerza sugestiva de una voluntad formidable aun a través de milenios, y aunque no le acompañe la simpatía. El poder puede tener en la tierra una misión excelsa; acaso sólo sobre el suelo afirmado por él puedan prosperar culturas de rango superior; pero el poder de Esparta parece venido al mundo por razón de sí mismo, nada más, como tal afirmación de poder, y el *pathos* que le acompañará siempre será el de la servidumbre de los sometidos y el de la expansión de su dominio.

Tenemos que imaginarnos el acontecimiento como algo que se desarrolla de una vez, repentinamente. El pueblo dorio era lo bastante fuerte para disponer una nueva distribución de la tierra, un reparto general (ἀναδασμοι), quedándose con lo más y mejor,[33] aquellos 9.000 lotes en los que radican todos los derechos y obligaciones y que se mantendrán inalienables.[34] Los vencidos —también helenos— se reparten entre aquellos que reciben tierras para su cultivo (periecos, con 30.00 parcelas, tomadas del resto, de peor calidad) y aquellos que tienen que cultivar la tierra de los dorios ilotas, cada siete familias asentadas en una finca dórica. No

33. Τήν πλείστην γῆγ. Arist., *Polit.*, II, 6.

34. Ciudades con un número de ciudadanos capaces de llevar las armas hasta 10.000, dominaban sobre una región determinada; pudo ocurrir que 9.000 de estos ciudadanos dominaran sobre una cuarta parte del Peloponeso. Hay bastante oscuridad en lo que se refiere a los detalles; así en lo que respecta al reparto llevado a cabo cuando la conquista. Los 9.000 lotes espartanos, en la gran incursión posterior, no tenemos por qué rechazarlos, pues los griegos, desde un principio, están acostumbrados a ἀναδασμοί de toda clase. Nada sabemos de la forma en que se procedió al reparto, de modo que cada uno quedara satisfecho con su parcela; pero lo mismo ocurre con los normandos y sus funículas en el siglo X, y nadie duda de ello. Lo que nos resulta difícil de imaginar es la existencia de una casta constituida por un gran número y con muchas individualidades destacadas, y que, sin embargo, se mantuviera tan unánime.

era una tarea fácil mantener toda esta masa en una dependencia homogénea durante todos aquellos siglos en que el resto de Grecia se halla gobernada por tiranías o democracias. Pero fue llevada a cabo,[35] y la prueba más decisiva del poder de los dorios o espartanos fue que los periecos y los ilotas acudieron en grandes masas con los espartanos a la guerra, los periecos tres veces más numerosos que los propios espartanos y los ilotas como escuderos de armas e intendentes, y en la batalla de Platea (479 a. de C.) hubo siete ilotas por un espartano.[36] Con muchísima facilidad se empleaban estas tropas en destacamentos especialmente peligrosos,[37] y se las exponía sin grandes miramientos. De todos modos, hubiese sido muy peligroso dejarlos en casa cuando los señores iban a la guerra, así que su utilización no es un signo de mayor confianza. Los periecos constituían la clase artesana, de la que la misma Esparta no podía prescindir, y además de la tierra que poseían debieron de disfrutar de una forma mobiliaria.[38] Pero si se imagina que la

35. Ahora, que Esparta no debió reclamar nunca de otras ciudades la libertad de los sometidos, como hizo, por ejemplo, con la ciudad de Élida al pedirle la libertad de los lepreatas y otros periecos sometidos (Paus., III, 8, 2). Los elisotas contestaron que no tenían el menor inconveniente, si Esparta hacía lo mismo con sus periecos.

36. Herodoto, IX, 28.

37. Isócr., *Panathen.*, § 180.

38. Así, la isla Citera, habitada por periecos lacedemonios (Tucíd., IV, 53), era una tierra de «gentes amantes del dinero y del trabajo», que vivían de higos y queso. Heráclides, c. 24. Y los espartanos, a causa de su impericia en el mar, estaban constantemente preocupados con esta gente. Ya Quilón decía: «¡Ojalá no hubiera nacido nunca o fuera tragada por el mar!» Más tarde, Demarato aconseja a Jerjes que ancle allí su flota, y dice Diógenes Laercio (I, 3, 4) que si Jerjes hubiera seguido el consejo habría conquistado la Grecia. Durante la guerra del Peloponeso, Nicias tomó posesión de la isla y dejó allí una guarnición, que causó grandes daños a los lacedemonios.

relación con sus señores era como si les complaciera la protección que recibían de la estirpe guerra,[39] hay que oponer que, según testimonios atenienses, apenas si había diferencia alguna entre ellos y los ilotas, y que sus almas no eran menos serviles que las de los esclavos; sus localidades esparcidas conservaban todavía el nombre de polis, pero nada más.[40] Y cuando la conjuración de Cinadón (357 a. de C.), lo mismo los periecos que los ilotas, y otros grupos menos importantes, coincidían [41] en que «había que comerse crudos» a los espartanos. También en lo que se refiere a los ilotas se ha tratado de paliar algunos rasgos demasiado rudos conservados por la tradición, y puede ser que vivieran suficientemente con el producto de las tierras de los espartanos que ellos cultivaban, luego de deducida una cierta cuota; por lo demás, tampoco les convendría gentes débiles para la guerra. Pero se hallaban en completa esclavitud, aunque no pudieran ser vendidos y sí sólo transmitidos en herencia, siendo su propietario supremo no el señor espartano dueño de la finca, sino el Estado. Podían tener familia, pero para los griegos la más desastrada suerte era nacer en la esclavitud. Los espartanos gozaron de este modo de la gran ventaja económica y moral de evitar la compra de esclavos,[42] y se permitieron de una manera regular en su trato con los ilotas una dureza consecuente y jamás alterada por complacencia alguna; en fin, los trataron con un rigor que los demás helenos no se permitieron usar, por lo menos sistemáticamente, con los escitas y asiáticos comprados para esclavos. A los ilotas se les hacía pa-

39. C. F. Hermann, *Staatsalt.*, § 23, 17.
40. Isóc., *Panathen,* § 178 y s.
41. Jenofonte, *Hist. Graec.*, III, 3, 6.
42. En Esparta, todo es «de la tierra»; también los esclavos hereditarios.

tente su deshonorabilidad, no sólo con el traje distintivo, sino con una metódica paliza anual, sin causa alguna, y emborrachándolos para ponerlos en ridículo. Y si alguno excedía el aspecto de esclavo, era muerto y su amo castigado por no haber sabido mantenerlo en su puesto.[43] Cuando su número les parecía excesivo, organizaban la criptia, o sea el asesinato nocturno de «tantos como fuera conveniente».[44] En un momento crítico de la guerra del Peloponeso (424 a. de C.) se consiguió dar, mediante una añagaza, con los dos mil ilotas más capaces y amigos de la libertad y se les hizo «desaparecer».[45] Es cierto que en los momentos de peligro eran gente de cuidado, y cualquier traidor, por ejemplo, Pausanias, podía embaucarles con promesas de libertad y de participación en la vida del Estado;[46] en cuanto había un enemigo a la vista, grandes masas se pasaban a él y los que quedaban eran presa de la mayor inquietud.

Sobre estas bases edificó el pueblo dorio su nueva existencia, con la asistencia constante del Apolo délfico.[47] Como posteriormente las comunicaciones de Esparta con el oráculo cayeron en descrédito, se formó la leyenda de que ya Licurgo había sobornado con regularidad a la pitonisa para que los oráculos coincidieran con sus propósitos,[48] leyenda de frívola inspiración. Pero podemos preguntar en balde: en Delfos, ¿no se hacía sino confirmar lo acordado en Esparta? ¿O se aceptaron, por el contrario, indicaciones propias del oráculo? ¿No se ocultaba, tras las apariencias piado-

43. Aten., XIV, 74, recogido de Mirón.
44. Heráclid., c. 2.
45. Tucíd., IV, 80, y nada serio hay que objetar a sus manifestaciones.
46. Tucíd., I, 132.
47. Gelzer.
48. Polien., I, 16.

sas, el interés de los que en el momento llevaran el timón del Estado, para ahorrarse explicaciones penosas ante el resto de los espartanos y ante los mismos gerontes? Como quiera que sea, la relación se mantuvo firme; a través de siglos vemos cómo los mensajeros ordinarios de los reyes circulan entre Esparta y Delfos, y adquirimos la convicción de que Esparta es la que en realidad exige, y que Delfos se hace rogar. Pero a ambas partes les tenía sin cuidado lo que alrededor de esta intimidad pudiera entretejer la fantasía de los griegos, y obraban sin reparar en ella.

Todas las polis griegas asignaban a la constitución, al nomos literal o berval, un carácter sagrado. En Esparta toda ley de Licurgo llevaba el calificativo de ῥῆτραι, es decir, estatutos sagrados de los dioses, sentencias del oráculo (y no contratos, como se ha solido decir), y si la tradición nos ha conservado pocas de ellas, se debe al hecho de que Licurgo —quienquiera que haya sido— no nos ha dejado ninguna constitución escrita ni, como indica Plutarco,[49] ningún escrito político o cuadro ideal, como Platón y Zenón, sino un estado en vivo, que lo debe todo a él. Si se prohibió, por lo menos a los jóvenes, examinar las leyes, esto debió de ser necesario en tiempo posterior; por lo demás, se creía que los «educados licúrgicamente» podrían cambiar las leyes en caso de necesidad con un justo sentido espartano. El gran innovador del Estado, no sólo gozó, como otros fundadores y legisladores, del culto dedicado a los héroes, sino del culto divino, con templos y sacrificios, y aun así no se le concedía, según se expresa Aristóteles, todo el honor a que era acreedor.[50]

No podemos discernir qué es lo que en la nueva

49. Plut., *Lic.*, 31.
50. Plut., *Lic.*, 31.

fundación, que, según dijimos, la concebimos como cosa de una vez y no anterior al siglo IX, se conservó de lo antiguo y cuál fue lo innovado. Continuó la doble realeza heraclida, que procedía del tiempo de las invasiones dóricas; políticamente los miembros de esta familia eran débiles por razón de duplicidad, con ceremonias, enterramientos, anales, etc., separados, sin poder emparentar por matrimonio, acaso porque, de permitirse lo contrario, se hubiera establecido como regla y se hubiera abusado de los matrimonios entre parientes, con peligro de degeneración de la raza real.[51] La monarquía mantenía el principio hereditario y hacía imposible a los ambiciosos el perseguir el mismo poder. Se apoyaba en ello la idea de unas dotes guerreras especiales,[52] acerca de la cual se pudo tener, con el tiempo, una experiencia muy variada con los Heraclidas. Sus atribuciones políticas, fuera del caso de guerra, eran muy restringidas, hasta que quedaron reducidas a meras prerrogativas honoríficas, a cierta pompa majestuosa que tenía lugar en ocasión de sus funerales, y a la categoría de héroes con que eran considerados.

Junto a los reyes estaba la Gerusia, consejo de ancianos con veintiocho miembros, que, quizá, constituyeran antes el poder supremo del Estado, pues desde la institución de los éforos (de los que nos ocuparemos más adelante) cuidaban de los asuntos corrientes. No sabemos su modo de elección, y Aristóteles lo encuentra «infantil», reprochando que hubiera que procurarse el cargo. Otros autores, que se imaginan a Licurgo en obra refle-

51. Los primogénitos, destinados a ocupar el trono, no tuvieron participación alguna, según Plutarco (*Agesil.*, I), en la educación espartana, lo que constituía un muy ambiguo privilegio.

52. Tampoco los enemigos se atrevían en plena batalla a poner sus manos sobre el rey lacedemonio, por temeroso respeto ante su dignidad. Plut., *Ages.*, 21.

xiva, escogiendo entre diversos modelos, se entusiasman por el arte con que armoniza la monarquía apasionada con la moderada Gerusia, que le sirve de dique, y que podría funcionar de igual modo frente a una eventual democracia; y se encuentra poco menos que sublime que el número 28 encierre un heptas y un tetras.[53] La periódica asamblea popular, en la que tomaban parte todos los dorios de treinta años para arriba, no hacía sino aprobar o rechazar por aclamaciones lo que el rey o la Gerusia proponían; si el demos dórico escogía la «parte injusta», podían aquéllos oponerse y disolver la asamblea. Se tenía asegurada su obediencia mediante la unanimidad de toda la casta dominante frente a los sometidos.

El pueblo espartano es, antes que nada, un ejército en pie de guerra, que mantiene el Peloponeso subyugado o en estado de sitio y se muestra amenazador hacia fuera en la medida de sus fuerzas. Pero para la explicación de los acontecimientos que siguen habrá que apelar todavía a un hecho fisiológico de importancia; a saber, la extraordinaria fecundidad de la nación griega en el siglo VIII y aun en el VII, sin la cual no podría explicarse la fundación de colonias en masa. Se supone que Esparta, en la época en que fue fundada de nuevo, albergaba 8.000 dorios mayores, de modo que cada uno recibía su porción de tierra, y hasta se tenía noticia de que la ciudad[54] había poseído alguna vez el número ideal de 10.000 (μυρίανδρος). Probablemente creció su número considerablemente, y las familias se debieron de sentir un poco angostas en sus fincas. ¿Por qué no lanzarse contra los vecinos, hermanos de raza, que no poseían una organización tan fuerte y que con su trato más suave para los antiguos habitantes significaban un reproche constante, si no un peligro, para Esparta?

53. Plut., *Lic.*, 5, 7, en parte recogido de Platón.
54. Aristót., *Polit.*, II, 6.

Claro que existían entre los diversos pueblos dorios ciertos compromisos de paz, a los que se hace alusión únicamente para burlarse de ellos,[55] y la misma Creta, que no poseía sino ciudades dóricas, ¿no fue campo de continuas y bárbaras peleas y pillaje? [56] Después que se acabó con los pocos restos independientes en el valle del Eurotas (Amicle, etc.), se preparó el gran golpe: mientras que los demás griegos fundan colonias, Esparta se apodera de Mesenia.

Los vecinos del Oeste, también dorios, que habían sometido a una población más antigua,[57] vivían sobre un suelo mucho más fértil.[58] Cuando, al comienzo de la primera guerra contra Mesenia (743-724 a. de C.), alguien preguntó al rey Polidoro si, efectivamente, quería hacer la guerra a los hermanos, contestó: «Queremos ocupar tierra que no ha sido repartida todavía, esto es, que no se ha convertido todavía en tierra de labor para los nuestros».[59] Esparta ni mandó un heraldo ni declaró la guerra a los mesenios, sino que, secretamente, hizo que todos los espartanos se prestasen mutuo juramento de que, fuese el que fuese el tiempo que durase la guerra, y cualesquiera que fuesen las vicisitudes que en ella se pudiesen presentar, no cejarían hasta haber sometido a Mesenia. En las treguas del cansancio que la matanza de hermanos producía, se recordaba con energía el juramento prestado.[60] Claro que aquí ni se arrasaron los cultivos ni se destruyeron los edificios de Mesenia, como, por lo

55. Pausanias, III, 5, 8, cuando se declaró la guerra a los argivos.
56. Plut., *Quaest. Graec.*, 21.
57. También aquí, a una equiparación de derechos entre los mesenios y los dorios, siguió una supremacía de los últimos. Estrabón, VIII, 4, 7, pág. 361. V. Apéndice 7.
58. Euríp., *Kresphont. fragm.*, I, y Estrabón, VIII, 5, 6.
59. Plutarco, *Apophthegm. Lacon.*, p. 231 e.
60. Pausan., IV, 5, 3; 7, 3.

demás, era costumbre griega, pues los conquistadores consideraban el país como suyo. Se hizo el reparto de tierras al modo espartano, y el resto de los habitantes que no fue muerto, vendido o expulsado, quedó como siervo de la gleba. Lo conquistado no debió de ser bastante para el excedente de población espartana, pues poco tiempo después se tuvo que mandar fuera a una nutrida tropa de dorios empobrecidos, los llamados partenios,[61] quienes se apoderaron de Tarento. El oráculo de Delfos estuvo durante toda la guerra de parte de los conquistadores.

La segunda guerra comenzó con una sublevación de los mesenios (¿685 a. de C.?), y se nota por primera vez el retroceso de la fecundidad espartana, pues los contingentes tuvieron que ser completados con ilotas,[62] quienes no acuden ya como meros escuderos de armas, sino formando parte de las filas espartanas. También en esta guerra se empezaron a usar medios diplomáticos; Esparta sobornó a un aliado arcádico de los mesenios, el rey Aristócrates, «convirtiendo por primera vez la supremacía de las armas en cosa que se compra con dinero».[63] Salió victoriosa Esparta (¿668 a. de C.?), y todos los mesenios que no pudieron abandonar el país fueron reducidos a la condición de ilotas,[64] es decir, que en Mesenia los únicos propietarios fueron los espartanos. Pero en la patria, como antes de la guerra, hubo que completar el número declinante de espartanos

61. Debieron de nacer de las esposas de los dorios, en ausencia de éstos, durante la guerra. El nombre, sin embargo, parece insinuar más bien el estupro de numerosas hijas por los periecos e ilotas. Porque de haber estado convencidos de que los hijos eran de espartanos, el asunto no hubiera dado tanto qué hacer. Véase en Justino, III, 4, la leyenda correspondiente.

62. Pausan., IV, 16, 3.

63. Pausan., IV, 17, 2, 3.

64. Pausan., IV, 24, 2.

y, cosa singular, no con periecos, sino con ilotas, que más tarde fueron declarados ciudadanos.[65]

Con esta realidad, no se podía pensar ya en la ampliación del sistema seguido en otras regiones del Peloponeso, y hubo que contentarse con la mera hegemonía y el tributo militar. Comienza la vida de una Esparta artificiosamente prepotente, mantenida en su prepotencia con los medios más admirables, y de esta Esparta es de la que se ocupan extensamente los autores antiguos. Fue una nueva organización a la que tuvieron que adaptarse forzosamente los espartanos, decrecido su número, para seguir afirmándose contra los sojuzgados, defenderse de los peligros exteriores y provocar en el resto de los helenos un sentimiento de respeto y admiración. Si durante la guerra pérsica existían ocho mil espartanos, según cálculo quizás un poco excesivo de Herodoto (VII, 234), se hallaban repartidos por el valle del Eurotas y por Mesenia, y es posible que Demarato, que es quien da esa cifra en conversación con el rey Jerjes, hubiera tratado de despistar a éste; de todos modos, el número decreció rápidamente a partir de este momento, como veremos más tarde. No creemos equivocarnos mucho si pretendemos poner en relación causal las instituciones adoptadas por imperativos de esta nueva realidad con la rebelión de los éforos.

Los éforos se instituyeron, como es sabido, durante la primera guerra de Mesenia, como representantes del rey ausente, especialmente para la administración de justicia. Pero, a principios del siglo VI, debió de producirse un cambio constitucional,[66] al que se acoplaría todo lo demás. El nombramiento de los cinco éforos

65. Los llamados epeunactes, v. Aten., VI, 101.
66. El sabio Quilón, que, según Diógenes Laercio, I, 68, es el fundador de los eforados, personifica todo este cambio.

es sustraído a los reyes y convertido en materia de elección popular anual. El cargo fue auroleado de un prestigio sacro, tal como no lo poseyó la realeza, y hasta se les permitió observar las estrellas para poder acusar al rey.[67] No se levantaban en presencia de los reyes; la única prerrogativa de éstos respecto al resto de los ciudadanos consistía en que, llamados por los éforos, no necesitaban acudir sino después del tercer aviso, mientras que el resto de los ciudadanos, a la menor indicación de un éforo, estaban obligados a presentarse presurosos y celosos — δρόμῳ καὶ σπουδῇ —, atravesando el ágora. Todos los meses los reyes se prestaban juramento mutuo de respetar la Constitución, y los éforos de fidelidad, en nombre del Estado, a la monarquía, la cual tenía a su vez que permanecer fiel a su juramento.[68] Los años se contaban a partir de los primeros éforos. La primera explicación que surge es la de creer que los cambios constitucionales fueron introducidos con ocasión de veleidades tiránicas de algún rey, sobre todo si tenemos en cuenta que se había determinado expresamente el procedimiento con que una gran comisión constituida en tribunal —y compuesta de los éforos, la Gerusia y el otro rey— tendría que proceder contra algún rey culpable; pero examinadas las cosas con mayor atención, más bien parece que eran el resultado de una situación general. Un terror saludable se imponía a los ambiciosos y especialmente a los ricos, además de a las clases sojuzgadas, y el Eforado constituye —aunque haya surgido a la vida para contener las ambiciones de los más capaces e impacientes y los esfuerzos revolucionarios de los fracasados— una de esas espadas de

67. Plut., *Ages.*, II. A veces bastaba la aparición de un bólido.
68. Jenof., *De re p. Laced.*, XV, 7.

Damocles que una casta dominante deja que se ciernen sobre su propia cabeza; porque la institución del Eforado debió de obedecer principalmente a la envidia del mayor número de los dorios empobrecidos contra los que por herencia habían ido acrecentando su patrimonio. Así se explica el empeño mantenido por una igualdad de vida, y por la imposibilitación o la inutilización de un patrimonio mueble acumulado por herencia.[69] Pero sólo castas capaces pueden lograr semejante propósito en la medida en que su odio contra los sometidos y su voluntad de dominio es más fuerte que todas las disensiones intestinas. A su lado, la institución de los sicofantes en las democracias ofrece un aspecto inocente.

Los éforos no actúan con arreglo a leyes ni estatutos, sino según su entender, sugerido por el momento; no permitían que el funcionario culpable terminara su año de ejercicio, sino que lo suspendían, detenían y mataban.[70] Podían convocar la asamblea popular y dirigirla, y escuchaban a los enviados extranjeros. Durante la guerra asumían todos los poderes esenciales; ordenaban las salidas de tropas, correspondían con los caudillos con la famosa clave

69. El estilo de vida consagrado legalmente por el Eforado obedece más que a nada a la envidia. Por ella nos explicamos de la manera más simple todos los detalles. Nos equivocaríamos si apreciáramos ese estilo de vida como el resultado de un gran acto de renuncia de los más sabios de la casta. No es la primera vez que la envidia se enmascara patéticamente. La mayoría de los dorios, empobrecidos, se daba por lo menos la satisfacción de que los herederos de diversos patrimonios no pudieran disfrutar de sus riquezas. De haber mantenido implacablemente inalterable el número de los 9.000 lotes, no hubiese sido necesaria la Esparta artificiosa de después, ni tampoco se hubiese producido.

70. Jenofonte, *De re p. Laced.*, VIII, 4. V. Tucíd., I, 132, cómo se procuró evitar, sin embargo, un proceder demasiado precipitado.

(σκυτάλη) y limitaban el poder del rey, que por el nombre era jefe del ejército, adjuntándole unos «consejeros», y más tarde acudieron dos éforos con él. El «pueblo», esto es, la casta dominante, permanecía tranquila, ya que ella era quien elegía los éforos todos los años.

La institución más similar en toda la historia la encontramos en el Consejo de los Diez en Venecia, elegido también todos los años por la casta imperante e investida de plenos poderes. Ahora que, en Venecia, no había que precaverse más que contra los intentos de tiranía, contra las conspiraciones de *nobili* arruinados y contra los peligros de fuera, mientras que Esparta, no sólo tenía que precaverse en el interior de los dorios venidos a menos, sino de los periecos y de los ilotas. Venecia había abandonado a sus sometidos el disfrute de su propiedad; Esparta les había arrebatado lo más y mejor. Venecia era amada por sus súbditos de la ciudad y de fuera de ella; Esparta, terriblemente odiada. Venecia no deseaba mayor poder hacia fuera que el necesario para su seguridad; Esparta ejercía una política exterior amenazadora y tenía que desear el sometimiento del resto de los griegos, para que no influyeran sobre los que ella tenía sojuzgados. Por último, en Venecia no había más de un dogo, por elección, que recaía en ancianos que habían pertenecido antes al Consejo de los Diez y estaban curados de ambiciones, mientras que en Esparta la monarquía era doble y hereditaria, e intervenida por los éforos, lo que había de irritar a príncipes jóvenes que se creían fuertes. Lo que era particularmente insultante es el cuidado que ponían los éforos en la sucesión de la familia real,[71] cuidado que podía llegar hasta la amenaza. Toda la fuerza de estas

71. Herodoto, v, 39-42. Platón, *Alcib.*, I, p. 1216. Plutarco, *Agesil.*, 2.

autoridades, toda su popularidad se debe a que ofrecen a la masa de espartanos todas las garantías deseables frente a la ambición y el talento de los especialmente dotados, y a que orientan toda la vida en el sentido querido por esa masa. A ellos se deberá la nueva y depurada Esparta, que representa un punto culminante en la polis griega, con absoluta igualdad de todos los ciudadanos en costumbres y educación, con la anulación, en lo posible, de toda vida individual, de κατ' ἰδίαν ζῆν,[72] con «plenitud de ocio», con desprecio de los oficios, con «exclusiva ocupación en aquello que el Estado le procura libertad».[73] Entre todas las ciudades, sólo Esparta perseguía, por razón de estado, el ideal común a todos los griegos: la καλοκἀγαθία.

Todo esto se había conseguido entregando la vida familiar, los hijos y su educación y la marcha entera de la vida del individuo al Estado, con un rigor mucho mayor que en el resto de Grecia. Se formaron hombres que desentonaban entre los demás griegos, y apenas si podían entenderse con ellos, por mera divergencia espiritual, independientemente del orgullo característico de los espartanos. La forzosidad de la patria, que en otras partes se conseguía por la coacción, aquí se producía por sí sola, ya que el espartano «no se hallaba» en modo alguno fuera de su patria, como no fuera como guerrero victorioso. La divisa no podía ser otra que la de la conocida máxima: *Spartano nactus es, hanc orna!*[74] ¡Has nacido espartano, hazle honor! Tampoco fue muy difícil mantener alejados a los extranjeros, sin prohibición alguna; se marcha-

72. A las mujeres se les prohibió enjoyarse, peinarse con esmero, llevar oro. También los sepulcros eran pobres y todos iguales. Simónides calificaba a Esparta, por su sujeción del individuo, de δαμασίμβροτος (según Plut., *Ages.*, I).

73. Jenofonte, *De re p. Lace.*, VII, 1 y s.

74. Plut., *De exilio*, c. 8.

ban lo antes posible, y el que no precisaba ir no iba.

Por interés de la comunidad se somete el matrimonio a las reglas más sorprendentes,[75] con el propósito sobre todo de asegurarse una raza de primera calidad. Así, la educación física de las muchachas en el el sentido de la máxima fuerza y salud.[76] No parece, sin embargo, que la vida matrimonial transcurriera llena de bendiciones, y se trató de contrarrestar este hecho con toda clase de leyes y de usos. No se explican de otro modo los grandes premios por la procreación de hijos, las penas contra los solteros, contra los tarde o malcasados, ni, sobre todo, el permitir que otros espartanos visitasen a la mujer propia. Se decía que Licurgo había ordenado que la procreación de hijos debía ser cosa común para los «dignos», y acabó de este modo con toda falsa preocupación de celos; se contaba con que así los ciudadanos no serían engendrados por el primer llegado (el accidental marido), sino por los mejores.[77] Pero lo que se deseaba en fin de cuentas es que hubiera ciudadanos, y no faltan en las fuentes indicaciones en este sentido, en cuanto tratamos de explicar los motivos y consecuencias de lo expuesto.

El niño pertenece más a la casta que al individuo, y ya desde muy temprano comienza la instrucción en

75. Jenofonte, *De re p. Lac.*, I, 3, 4, 7, 5. Plutarco *Lic.*, 14 y s. Arist., *Polit*, II, 6. Plut., *Lisand.*, 30.

76. Véase cómo los atenienses caricaturizaban los torneos femeninos de Esparta, Aristóf., *Lisístrata*, 82: γυμνάθθομαι γὰρ καὶ ποτὶ πυγὰν ἅλλομαι. Una indignación moral un poco cómica de los atenienses por los ejercicios en común de muchachos y muchachas en Esparta la vemos en Euríp., *Andróm.*, 597, en boca de Peleo contra Menelao.

77. Claro que esto no se aplicaba a las familias reales; pero después les fue hecho extensivo, por las murmuraciones acerca de Demócrates y Leotíquidas, y la descripción maliciosa y grotesca de esos casos.

común de los espartanos, tantas veces descrita, y que les acompaña a lo largo de toda la vida. Cada edad servía de maestra e inspectora a la anterior, y nunca las gentes se encontraban ἔρημοι ἄρχοντος, sin nadie que les gobernara.[78] El tiempo se ocupaba con ejercicios de endurecimiento, con hurtos en el campo, con luchas, sin que sea posible negar una deliberada ferocidad. Las disciplinas sangrientas ante el altar de Artemisa Ortia, una divinidad que conducía al crimen y a la locura, y que no se había tenido el valor de arrojar a las llamas, constituía una verdadera excepción en todo el mundo griego y una auténtica escuela de ferocidad,[79] y otro tanto se puede decir de las luchas a muerte entre los efebos.[80] La finalidad de la educación era la de dotar al futuro guerrero y vigilante de los sometidos de todas las facultades y renunciaciones necesarias, y, por esa razón, la gimnasia, que en el resto de Grecia se desenvuelve tan ampliamente, en Esparta se cultiva en términos muy comedidos. La emulación no perseguía el virtuosismo en una rama cualquiera, sino la efectividad dentro de lo

78. Cabe preguntar si la extremada compostura impuesta a los μειράκια (Jenof., *De re p. Lac.*, III, 4 y s.) no serviría para formar verdaderos hipócritas.

79. V. en Plutar., *Lic.*, 18, cómo se azotaba hasta matar. También Pausanias, III, 16, 7, y Luciano, *Anacars.*, 38 y s. Nos cuenta éste que el padre y la madre se hallaban presentes y amenazaban a sus hijos si no aguantaban el castigo, y les imprecaban para que lo resistieran. Muchos fallecieron en presencia de los suyos, y sus estatuas fueron colocadas y honradas por voluntad del Estado. Durante los azotes la postura era γυμνὸν ἄων τὰς χεῖρας ἐπαίροντα. Surge la duda de si Luciano tomó estatuas de adorantes por las de los fallecidos por los azotes, o si le engañaron sobre el terreno.

80. Pausan., III, 14, 9, nos da noticia de los sacrificios y ritos más supersticiosos que se celebraban la noche antes de la batalla. Todo esto, y toda la furia combativa, se conservó durante el Imperio romano. Se imitaba a los dorios completamente desaparecidos.

prescrito. Así se explica que Esparta, a pesar de su inspección suprema efectiva en Olimpia, contara con muy pocos ὀλυμπιονίκης, y hasta en tiempos de Herodoto (VI, 70) no nos muestra más que un vencedor en la cuadriga, el rey Demarato;[81] Píndaro no celebra a ningún espartano.[82] No se aprende a leer ni escribir,[83] toda la educación es oral y musical. Caracteriza en alto grado la idea que los espartanos se hacían de su sistema educativo y de su tendencia política, lo que se nos cuenta de los μόθακες. Con la progresiva desigualdad entre los espartanos se fue admitiendo la costumbre de que a los hijos se les dejara acompañar de camaradas ricos (hijos de periecos o de ilotas), quienes hacían en común la educación y los ejercicios gimnásticos. «Licurco», esto es, la ciudad de Esparta, concedió a los tales la plena ciudadanía, gentes que no sólo habían practicado la gimnasia común, sino que habían visto y oído muchas cosas, que era lo más sagaz que se podía hacer. Algunos de los espartanos más célebres, Calicrátidas, Gilipo y Lisandro, fueron tales motacos.[84]

81. En Pausanias, VI, 2, 1, vemos que desde las guerras persas la cría caballar, cosa de ricos, cobró predominio en Esparta, y se obtuvieron triunfos olímpicos. También encontramos ahí noticias sobre la actuación general de los espartanos en Olimpia. Véase con qué ironía el rey Agesilao desaconsejó a unos espartanos fanfarrones la cría de caballos de carrera, Pausan., III, 8, 1 y 15, 1; Plutarco, *Apophtegm.*, s. v. *Arges.*, 49. Hizo que corriera en la carrera su hermana Cinisca.

82. Entre otras razones, porque no podrían o querrían honrarle.

83. Expresamente, Isóc., *Panath.*, § 209. Reflexionando un poco, se pone cada vez más en duda el supuesto apasionamiento de los espartanos por Homero, a pesar de las escenas homéricas que, según Pausan., II, 18, 7 y s., estaban figuradas en el trono del Apolo Amicleico. Licurgo había recibido el poema homérico en Samos, de los descendientes de Creófilo, como si el poema estuviera ya escrito.

84. Eliano, v. *H.*, XII, 43.

El espartano disfrutó a lo largo de su vida de la «plena ociosidad», ideal tan caro a todos los helenos, sólo que éstos se hallaban ocupados con asambleas y tribunales, lo que no era el caso en Esparta. La de Esparta era una vida sin oficio alguno, con una inspección, de vez en cuando, a la finca familiar, y con una gran libertad de disposición de los bienes muebles (animales, granos, ilotas, etc.), del vecino.[85] El oro y la plata estaban fuera del comercio, y las monedas de hierro tenían que bastar; si los periecos pudieron agenciarse oro y plata con la exportación de frutos y utensilios, se habría tenido cuidado para que este tráfico no traspasara los límites convenientes.[86] Para juzgar estas circunstancias, para apartar lo probable de lo inverosímil, se tendrá un criterio seguro si se parte del supuesto de que se gobernaba con arreglo al sentir de la *masa* espartana, la cual había encontrado como muy apropiado aquel comunismo a medias, aquella prohibición de poseer metales preciosos, el género de vida homogéneo, aún por parte de los ricos.[87] Porque hay que suponer que los restantes griegos, sobre todo los admiradores tardíos, exageran las cosas hasta lo pintoresco.

No siendo en tiempo de guerra, los días de los espartanos, al decir de Plutarco,[88] se repartían entre danzas, fiestas, placeres, caza, ejercicios corporales y conversaciones. Pero se olvida una cosa: las necesarias rondas armadas por el propio país, sin las cuales hubiera sido difícil que se mantuvieran tranquilos los periecos y los ilotas de Lacedemonia y de Mesenia.

85. Arist., *Polit.*, II, 2.
86. En los tiempos posteriores, los mismos ilotas podían adquirir un peculio respetable.
87. Eran ἰσοδίαιτοι, dice Tucíd., I, 6.
88. Plut., *Lic.*, 24.

Acaso sólo una fracción determinada de los espartanos se hallaba presente en la ciudad al margen del Eurotas, mientras que los restantes se desplazaban constantemente, y este estado de guerra permanente pudo ser mucho más importante que la guerra propiamente dicha; sobre todo, constituía una preparación para ella como no la tenían los demás griegos. Y los mismos que quedaban en Esparta estaban preparados para una alarma inmediata. Las famosas comidas en común de quince comensales, las συσσιτιας, no tenían, como tampoco las ἀνδρεῖα de Creta, otra finalidad. La sociabilidad, que en otras ciudades recibe sus formas del banquete y del ágora, aquí se reducía a los retenes de guardia, más o menos divertidos, y a una escuela de burlas, a veces amargas, pero que casi siempre se soportarían prudentemente. Además de la sopa negra, comida ruda y fuerte, llegaba la cacería de cada conmilitón, y seguramente que el espartano comía mejor que el ciudadano medio de Atenas. Pero había una limitación sensible, la del vino, cuyo uso estaba muy restringido, por lo mismo que la seguridad del Estado dependía de una sobriedad permanente.[89] Ni siquiera en las fiestas dionisíacas —en las que en Atenas se veían los borrachos llevados en carros, y en Tarento a toda la ciudad embriagada— se hacía excepción, ya que en fiestas de esta índole es cuando mejor podían sorprender las conspiraciones. También una cuadrilla de bandidos tiene que cuidar de la templanza. Como divertido sustitutivo se hacían traer a los sisitias ilotas embriagados, que eran ofrecidos en espectáculo a los jóvenes para que, a la vista del vergonzoso espectáculo, aprendieran a abstenerse de beber.

Este pueblo era un ejército, y su ciudad un campa-

89. Platón, *De leg.*, I, p. 637. Acerca de la mesa espartana, v. Aten., IV, 15 y s.

mento, στρατοπέδου πολιτεία. Los desfiles pomposos, la entrada en el combate, las ceremonias guerreras, su fama de invencibles, todo esto llenaba de tal modo la fantasía de los griegos, que no necesitaban los espartanos de propaganda alguna, pues mil bocas les celebraban por toda Grecia. El número de combatientes constituía uno de los secretos de estado; tampoco era fácil saber el número de los caídos en una batalla,[90] cosa absolutamente imposible tratándose de una derrota, a no ser que hubiese allí un Epaminondas que se las apañara para averiguarlo. Luego de la batalla de Leuctra, este general ordenó, en efecto, que primeramente fueran los aliados de los lacedemonios los que recogieran sus muertos, y después éstos; cuando se puso de manifiesto el corto número de los primeros, se pudo deducir que los restantes mil cadáveres pertenecían a espartanos y periecos.[91] Sin esta prueba material, se hubiera negado la derrota o se hubiera transformado en victoria, como solía negarse el auxilio extranjero recibido cuando a Esparta así le convenía.[92]

Propio del estilo espartano es, como se sabe, cele-

90. Tucíd., v, 68, 74.

91. Pausan., IX, 12, 4. Más de mil lacedemonios sucumbieron, y de los tebanos y demás beocios sólo cuarenta y siete hombres en esta «batalla, la más famosa de todas las que han tenido lugar entre helenos». También en el *Agesilao* de Plutarco, c. 28: «Cayeron mil lacedemonios, y el rey Cleómbrota y con él los principales entre los espartanos». En los *Apophtegm. regum. s. v.* Epaminondas dice solamente «más de mil lacedemonios». Diodoro, xv, 56, hablaba, por el contrario, de cuatro mil muertos. Pero, tratándose de los cálculos numéricos griegos, tenemos que decidirnos generalmente por el menor; es muy posible que las pérdidas totales del ejército lacedemonio, incluidos los periecos (los ilotas no entraban en el número), no pasaran de las mil, de las que los espartanos de verdad constituyeran la parte mínima; en una época en que la pérdida de cien espartanos era algo muy sensible.

92. Heródoto, III, 47.

brar la dicha de las familias de los caídos y las palabras heroicas de las madres, que Plutarco ha coleccionado en un libro especial (*Apophthegmata Lacaenarum*). Además, se creyó necesario recibir a los que «habían temblado», esto es, a los que habían huído, con una deshonra especial (ἀτιμία), que nos es descrita con trazos de cómica terribilidad.[93] No se les sometía a castigo alguno, pero toda la masa de espartanos podía maltratarlos a discreción, azotarlos y llevar a sus parientes a la desesperación. Aristodemo, que «había temblado», el único superviviente de la batalla de las Termópilas, se mostró de los más valientes en Platea, donde sucumbió, pero esta rectificación tardía no forzó la de los críticos rigurosos, que, hablando de su muerte, dijeron que «motivos» tuvo para buscarla.[94] Pero desde Esfacteria (245 a. de C.) se empezó a ser más circunspecto en materia de atimia, hasta que se acabó por preferir las multas pecuniarias.[95]

Esparta ocupa una posición muy singular en el mundo griego de la belleza. Los espartanos, unilateralmente educados, acostumbrados a la igualdad de vida y al sometimiento despótico de las castas inferiores, eran, sin embargo, griegos, y les era menester el arte para su culto en no menor proporción que a los demás griegos. El Estado era lo bastante rico para ornar sus santuarios con toda magnificencia. Se les reconoce algunos artistas plásticos y se cuenta entre los periecos a Gitiadas, Doriclides, Teocles, Menón; no hay que olvidar que entre los demás griegos tampoco los grandes maestros

93. Jenofonte, *De re p. Laced.*, IX, 4 y s. Plutarco, *Ages.*, 30. Algo distinto Tucíd., V, 34.
94. Herodoto, VII, 229, 231; IX, 71. El ejemplo anterior de Otríades, I, 82, pertenece a la pura leyenda.
95. Plutarco, *Pelop.*, 6, 13.

de la plástica eran muy considerados, por la sencilla razón de que no se reconocía dignidad a ningún esfuerzo corporal, aunque supusiera una gran tensión espiritual. Y para el resto, poseemos una serie de testimonios nada difíciles de interpretar.

En el simbolismo espartano hay algo que, de primeras, nos desagrada. Su dios de la guerra era representado aherrojado, para que les permaneciese fiel,[96] mientras que Atenas da expresión al mismo pensamiento de forma mucho más bella, al representar a la diosa de la victoria sin alas (ἄπτερος ). También Afrodita era representada en Esparta atada, como símbolo de la fidelidad conyugal,[97] la que, por lo que hemos dicho antes, mejor hubiera sido no mentarla. Hay unos cuantos mitos odiosos originarios de Esparta,[98] y sólo aquí se veneró la Hera Egófaga. Se solían ofrendar cabritos a diversas divinidades, pero sólo los espartanos se los hacían comer a Hera.

Todo esto podría compensarse con los numerosos testimonios que poseemos sobre la abundancia de poesía y música en Esparta. Claro que eran extranjeros los que aquí hacían el acopio cuando en las demás ciudades la cultura artística tenía raíces indígenas; para lo contrario, hubiera sido necesario otro tipo de Esparta, o esa misma cultura la hubiera creado; de todos modos, las numerosas y muy expresivas alusiones sugieren la idea de una población muy amante de la belleza. Además de que la ciudad conocía el culto de las Musas y les había erigido un santuario, al comenzar una batalla los reyes sacrificaban a las Musas.[99] Se iba al combate, no al clamor de las trompetas, sino al acorde de flautas,

96. Pausan., III, 15, 5.
97. Pausan., III, 15, 8.
98. Pausan., III, 55, 3; VIII, 12, 3.
99. Plutarco, *Licurgo*, 21. V. Plaus., III, 17, 5.

liras y cítaras.[100] Algunos de los viejos poetas y músicos más importantes nos son conocidos por su relación con Esparta, por su residencia en la ciudad, y todo lo que sabemos de ellos se refiere casi exclusivamente a este extremo. Desde los orígenes, es el dios de Delfos el que ordena las invitaciones de los artistas para apaciguar los ánimos agitados, como siempre ha sido ese dios el consejero de todas las decisiones del Estado espartano. El cretense Taletas es adscrito ya a Licurgo; sus cantos conducen, por su melodía y ritmo, a la obediencia y unanimidad, y tienen algo «digno y apacible».[101] En la época de la segunda guerra de Mesenia, tenemos a Terpandro de Lesbos y a Tirteo el ateniense. Terpandro, que cambió la cítara de cuatro cuerdas por la de siete, fue llamado en momentos de grandes revueltas porque el oráculo anunció que se produciría la conciliación cuando el mentineo tocara la cítara, y de hecho resultó que muy poco después se abrazaban los espartanos entre lágrimas.[102] En las pocas palabras suyas que conservamos, loa a Esparta: «Por todas partes reluce la lanza de los efebos, y las Musas de voz cristalina, y el derecho sobre muchas tierras». Con Tirteo, la adquisición no es sólo de un poeta hímnico, sino un apasionado, un parenético, como Esparta no podía producir. Su actividad en Esparta está míticamente fantaseada, pero nos han quedado restos importantes de sus elegías, y podemos saber por ellas cómo el patetismo ateniense podía exaltarse en favor de Esparta y en menosprecio de sus víctimas. No sabemos si las gentes conocían una versión dórica, o si los espartanos domi-

100. Sobre la significación de la flauta como música de marcha, v. Polien., I, 10. Se debió de aprender en general a tocar la flauta. Aten., IV, 84.

101. Plutarco, *Lic.*, 4.

102. Diodoro, *Fragm.*, I, VIII.

naban lo bastante el ático. A fines del siglo VII, el lidio Alcmán, criado en Esparta y luego declarado libre, poetizaba en el dialecto local, y se nos asegura que «el tono no muy agradable de su idioma no menoscababa la gracia de sus cantos».[103] Con relación a estos tres poetas solían decir después los espartanos que habían salvado por tres veces la música griega.[104] Todavía eran tiempos en que Esparta no se había cerrado a los demás griegos, pues los poetas posteriores de fama rehuyeron la visita de Esparta, y músicos posteriores, como Timoteo, no siempre lo pasaron muy bien en sus visitas; pero la música continuó figurando en el primer plano de la vida espartana y ocupó siempre un lugar destacado en las fiestas y en campaña.[105] El uso de las viejas canciones, que se aprendían al detalle,[106] fue conservado cuidadosamente. Todas las modalidades de los viejos cánticos corales estuvieron representadas en Esparta, y en unión con las danzas gimnásticas y guerreras, el canto y la música debieron de formar la atmósfera cotidiana. Se solía representar alegóricamente a Esparta en figura de mujer, con una lira.[107]

Pero todo esto no nos demuestra que los espartanos tuvieran más aptitud o más afición a la música que los demás griegos. La música ejercía tal poder en la vida griega, tenía tal seductor encanto para los individuos, que la polis se daba en toda ocasión a ella; Esparta, que es la polis en su sentido absoluto, cuidó quizá con es-

103. Pausan., III, 15, 2.
104. Aten., XIV, 24.
705. La parte musical en las Jacintias, en Aten., IV, 17.
106. Aten., XIV, 33.
107. Pausan., III, 18, 5. Acerca de la danza de los espartanos, Luciano, *De saltatione*, c. 10, 11, según referencias antiguas. Según mis noticias, se cita por primera vez un teatro en los tiempos de Leuctra. Plut., *Ages.*, 29. Pausanias lo señala como digno de verse; pero el actor es para el espartano un mero ειχηλίκτης.

pecial empeño de este elemento a la par excitante y apaciguador, para que no le excedieran en el terreno los periecos y los ilotas. Además, en los primeros siglos, de vez en cuando, el aire se encendía con la tormenta dionisíaca, que atacaba sobre todo a las mujeres, y así ocurrió una vez —no sabemos hacia qué época— que las lacedemonias padecieron el furor báquico (οἶστρος).[108] La música era un arte sagrado, y un escritor posterior[109] que posee buenos testimonios antiguos, nos explica todo el fenómeno en estas palabras: «Los espartanos no entendían nada de música, pues les interesaban más los ejercicios físicos y las armas. Pero cuando tenían necesidad del auxilio de las Musas contra la enfermedad o perturbación de los espíritus u otra desgracia general, invitaban, por consejo del oráculo de Delfos, a los extranjeros, como médicos o sacerdotes de expiación», entre los que se cuentan los músicos a partir de Terpandro.[110] El lugar que correspondía al arte de la música era, pues, muy importante, y Alcmán se atreve a decir: «Tocar la cítara excelentemente vale más que el manejo de las armas» (ἕρπει γὰρ ἄντα τῶ σιδάρω τὸ καλῶς κιθαρίσδειν), pero, verdaderamente, «los espartanos eran los hombres que menos apreciaban la poesía y la gloria que con ella

108. Heliano, v. *H.*, III, 42. Taigetos debió ser uno de los lugares de algazara de estas mujeres báquicas.
109. Eliano, *Ibídem*, XII, 50.
110. Los espartanos dieron muerte a Epiménides por no haberles pronosticado nada bueno en su guerra con los cnosios. Pausan., II, 21, 4; V. III, 11, 8, y III, 12, 9. Lo mismo que se utilizaron extranjeros para la música; así en otras ramas del saber, por ejemplo, astronomía. Anaximandro de Mileto montó su complicado reloj de sol, que marcaba también las variaciones del día y de la noche. Diógenes Laercio, III, 1, 3, que añade todavía καὶ ὡροσκόπια κατεσκεύασε (y señalaba horóscopos). No es forzoso relacionar esto con aquel reloj de Esparta; pero es posible que además de señalar las horas ordinarias fijase los años de nacimiento.

se conquista».[111] La música hacíanla, primero, inofensiva, y luego, útil.

En lugar de literatura, se cultiva la braquilogía, las pocas palabras, y el nombre de laconismo quedará para siempre. Desde un principio se cultivó con empeño el propósito,[112] y el año 527 a. de C., el orgullo espartano pudo dar una buena lección lacónica a los fugitivos de Samos.[113] Cuando se percataron de que no podrían competir con la fácil elocuencia de los demás griegos, se dedicaron con ahínco al cultivo de la brevedad, con el presentimiento, acaso, de lo fatal que la elocuencia habría de ser para las otras polis. Las referencias que poseemos de los interlocutores espartanos es a través de escritores no lacónicos, y el más destacado de ellos, Tucídides, no nos ilustra mayormente, pues que él mismo persigue la brevedad de estilo y la aplica a oradores de otros países. Nos dice que Brasidas no era un mal orador por tratarse de un lacedemonio, con lo que nos confirma en el juicio de que la oratoria no era lo fuerte de este pueblo. Otros autores caracterizan lacónicamente las palabras que atribuyen a personajes espartanos.[114]

El único monumento literario que conservamos de Esparta es el de los apotegmas repartidos en las *Morales* de Plutarco.[115] Estos apotegmas poseen en el fondo un solo tono y contenido: la manera de pensar espartana aplicada al Estado y a la vida, unas veces

111. Pausan., III, 8, 1. Tampoco la náutica fue cultivada en el país; se hicieron venir yamidas de Élida.

112. Según Dióg. Laerc., I, 3, 5, el sabio Quilón contribuyó muy particularmente.

113. Herodoto, III, 46. V. VII, 226.

114. ¿Procede acaso el discurso de Endio en Diodoro, XIII, 52, de una buena anotación contemporánea?

115. Algunos ejemplos especialmente tardíos en Plut., *De garrulitate*, c. 17.

expresada con un patetismo rudo, y otras con altanera burla, que ya sabemos que «bromear y dejarse embromar» era el complemento indispensable en las maneras de estos hombres sensatos. Algunas expresiones sobre observaciones o hechos son de las más sencillas y certeras, y las hay de gran belleza y de un espíritu específicamente espartano. Tienen interés las colecciones mismas de apotegmas; no han podido formarse sino poco a poco, cuando la expresión feliz era recogida por oídos que se compenetraban con ella, y hay muchas palabras tan arcaicas que hay que suponer una tradición oral. Más tarde, en tiempos de Lisandro o de Agesilao, se debió de contar con la inmediata transcripción escrita. Por entonces tenían lugar aquellas negociaciones de Corinto en las que, a una acusación minuciosa de los espartanos contra los tebanos, Epaminondas pudo responder: «¡Así, que hemos conseguido, por fin, acabar con vuestra braquilogía!»[116]

Apenas si es necesario insistir sobre el matiz particular que recibe en Esparta la religión griega. La autoridad permanente en materias de culto era Delfos; pero las fiestas de las divinidades, en esta ciudad sin oficios, sin ajetreo político, sin simposión ni ágoras, debieron de ser verdadera expresión de la vida como en ningún otro estado. Las más importantes campañas guerreras podían ser aplazadas por fases de la luna, por Ὑακίνθια y Κάρνεια; en la guerra misma se guardaba el culto correspondiente con el mayor cuidado.[117] De la descripción que de la ciudad nos hace Pausanias se desprende que albergaba una gran cantidad de pequeños santuarios y sepulcros de héroes, y

116. Plut., *De re ips. Laud.*, 16.
117. De lo que nos da cuenta Jenofonte hasta el cansancio. V. especialmente *De re publ. Laced.*, 13.

estos últimos debían de operar sobre la superstición espartana como algo inquietante. Podía ocurrir que el fantasma de un héroe tal apareciera como demonio íncubo.[118] El hecho de que se enterrara a la gente en la ciudad y no en los caminos que salían al campo, debió de obedecer[119] al propósito de que los muchachos perdieran el respeto a los muertos; pero, al mismo tiempo, se impedía que las tumbas —de héroes y no héroes— fueran profanadas por el odio de los sometidos. Pero es innegable que en Esparta dominaba una superstición angosta, fruto de la unilateral educación del espartano, como se desprende de la vida de Cleomenes y de Pausanias y, sobre todo, de las precauciones que tiene que tomar Lisandro con las supersticiones de Esparta, cosas que habrían sido imposibles, por entonces, en Atenas, al menos entre las clases directoras; superstición y cínico aprovechamiento de la superstición de los demás se dan aquí la mano. También es notable el culto apasionado de Zeus Ammón; su oráculo, el Ammonio, situado en Libio, fue desde siempre más abudantemente interrogado por los espartanos que por el resto de los griegos.[120] El dios de Delfos no pone reparo alguno a esta competencia. El Ammonio fue el oráculo antiguo de los pueblos del Sur, una especie de Dodona meridional, donde acudían muchos habitantes del Peloponeso y de las islas; por entonces era un santuario marítimo, pues el mar se retiró más tarde; los dorios iniciaron la costumbre délfica, pero sin exclusividad.[121]

118. Herodoto, VI, 69.
119. Plut., *Lic.*, 27.
120. Pausan., III, 18, 2. V. III, 217. El juramento favorito entre los espartanos era νὴ τὼ σιώ ante los Dióscuros.
121. A veces, las autoridades supremas mantuvieron en las puertas de la ciudad un santuario dedicado al sueño de Pasífae en el templo. Cic., *De divinit.*, I, 43.

Nos resta considerar brevemente los resultados de esta textura política y social, tal como se han manifestado en el transcurso del tiempo. Ya señalamos anteriormente que hubo que renunciar a la extensión del sistema de periecos e ilotas al resto del Peloponeso; se conquistó Tegea a los arcadios y Tireatis a los argivos, pero hubo que contenerse con la mera hegemonía sobre el resto del Peloponeso y con el tributo militar. Los estados de extensión, origen y carácter político más diversos se pusieron a las órdenes de Esparta en la guerra y en la política exterior; de Esparta, que no tanto superaba a todos ellos por su potencia guerrera cuanto a cada uno por su fuerza política interna, por su cohesión. La tiranía, una forma política que a los espartanos les es insoportable, es destruida por ellos en diversas ciudades al correr del siglo VI, y no sólo en el Peloponeso (los cipsélidas en Corinto, esquines en Sicione), sino también en las islas, en la Hélade y en la costa de Jonia.[122] Los tiranos formaban entre sí una especie de cadena que tenía que romper el apetito de poder de los espartanos; quizá no les era nada agradable la situación de los pueblos sometidos a los tiranos, menos dura que la de los periecos e ilotas; las oligarquías que sustituían a las tiranías encontraban su único apoyo en Esparta, y cuando no era ésta la que terminaba con los tiranos, seguramente que la democracia le ganaba la partida. Pero con sus intervenciones contra los pisistrátidas en Atenas, los espartanos se metieron en lo que no entendían, y el resultado fue en todo contrario a lo que perseguían, pues Atenas se hizo democrática y aumentó su poderío y grandeza. Se acusaban, dice Herodoto, de una noble equivocación: gentes que habían sido sus huéspedes (Hipias) habían sido despo-

122. Plut., *De malignitate*. Herodoto, c. 21.

seídas y expulsadas por ellos, sin ganarse por contra el agradecimiento de los atenienses; se vio claro ahora que sólo los tiranos podían haber mantenido a Atenas en estado de debilidad y de buena disposición frente a Esparta. Para dar qué hacer a los atenienses en sus proximidades, se hizo entrar intencionadamente a los plateos en su liga, y Atenas cargó de este modo con todo el odio del resto de los beocios.

El comportamiento de Esparta en la guerra contra los persas no fue sino ciego egoísmo y despreocupación absoluta por la suerte que pudiera correr el resto de los griegos, con la intención de asentar su poder en el Peloponeso con la anuencia de los persas. Los espartanos llegaron de propósito demasiado tarde a Maratón; en la guerra con Jerjes se sacrifica intencionadamente el pequeño contingente de Leónidas, para que Esparta continúe disfrutando su prestigio sin necesidad de exponer su prepotencia a los peligros de un descalabro.[123] Herodoto nos ilustra acerca de todo lo que fue necesario para que se diera la batalla de Salamina contra la voluntad de los espartanos. Y al comienzo de la guerra de Mardonio, creyeron oportuno mantenerse ociosos tras las murallas del Istmo, cuando la lucha se desenvolvía en todo su ardor, dejando abandonada a la Hélade, hasta que el prudente Quileo de Tegea les hizo comprender que sería fácil encontrar otras puertas de acceso al Peloponeso si persas y atenienses se ponían de acuerdo. Y, en el último momento, se tomó la decisión más importante de la histo-

123. Diodoro, XI, 4. A alguien que le hizo la observación de que llevaba poca gente para una batalla, respondió: «Pero muchos a sucumbir». Un dogma espartano era, según Paus., I, 13, 4, que Leónidas había sido en realidad el vencedor de las Termópilas; ahora, que sus huestes no bastaron para destrozar completamente a los medos.

ria espartana: el envío de toda su fuerza militar. Con la victoria de Platea se vuelve a recobrar el mando de la política pangriega. Algunas exigencias particularmente obtusas y cínicas, sobre cuya ingenuidad no se podrá decir nunca lo bastante, no tuvieron realización; por ejemplo, que no se reconstruyeran de nuevo las murallas de Atenas, que los griegos del Asia Menor fueran traídos a Europa y que se obligara a los atenienses a que ayudaran en la demolición de las murallas de otras ciudades de fuera del Peloponeso.[124]

Hasta el siglo VI, los espartanos, como los viejos romanos, parecen mantenerse unánimes: una sola idea, un solo derecho el de acrecentar el poderío de Esparta (τὴν Σπάρτην αὔξειν). Pero empiezan a destacarse figuras individuales, poderosas, en secreta rebeldía contra las limitaciones legales y los renunciamientos que imponía la patria, y hasta con un odio visible contra todo.

A pesar de la igualdad prescrita, la codicia por la propiedad privada lo había minado todo. En el resto del mundo griego el dinero era ya medida y supuesto de los placeres y del poder, pero al mismo tiempo era posible una rica y diversa actividad espiritual; el espartano tenía que mantenerse pobre y parco, mientras el soborno llamaba a las puertas de los que disfrutaban del poder. Los éforos inspeccionan cuidadosamente los caudales de los reyes, pero ellos mismos no fueron tan insensibles, pues, por ejemplo, al reconstruirse las murallas de Atenas con la protesta de Esparta, un escritor antiguo se pregunta si fueron sobornados o engañados por Temístocles.[125]

Ya en el siglo VI tropezamos con la terrible figura del rey Cleómenes, al que los éforos no son capaces de oponer resistencia. Una vez rechazó un verdadero so-

124. Tucíd., I, 90.
125. Plut., *Temist.*, 19.

borno, pero parece muy revelador aquel consejo que en otra ocasión le da su hijita de ocho años: «Padre, el extranjero (Aristágoras) te va a sobornar si no le dejas plantado y te marchas».[126] Todas sus acciones son un cúmulo de crímenes contra los dioses y los hombres, todo ello maridado con una repulsiva superstición; en efecto, el mismo hombre que sobornó a la pitonisa contra su correy Demarato, consultaba en cualquier ocasión la cabeza embalsamada de un viejo cómplice suyo asesinado.[127] Su huida, su azuzamiento de los arcadios, su regreso, locura y suicidio cobran en el relato de Herodoto tonos de pesadilla. Una cosa que da mucho que pensar, es que este hombre, y por miedo a sus maquinaciones entre los arcadios (VI, 75), fuera admitido de nuevo, «para que rigiera como antes». Le sigue Pausanias, parecida mezcla de superstición y falta de escrúpulos.[128] Quizá no había manera de sujetar a un antiguo caudillo que había ganado una batalla en Platea; pero este tipo, en su odio contra la Esparta de entonces, promete a los ilotas libertad y ciudadanía si se ponen de su parte y le ayudan a acabar con todo. Lo que antes trató de concertar con los persas, el sometimiento de todos los griegos, sin exclusión de los espartanos, al gran rey, no le valió más que una corta prisión, y, recobrada la libertad, indudablemente por dinero, los éforos no tuvieron más remedio que echarle mano cuando el peligro se hizo inminente; sin embargo, alguno de ellos le puso oportunamente sobre aviso y pudo guarecerse en el templo de Atenea Cal-

126. Herodoto, V, 51 y comp. III, 148.
127. Eliano, XII, 8. Hay que acoger la historia en el sentido de la superstición. Respecto a las luchas desleales entre ambas casas reales y dentro de las mismas, v. Herodoto, VI, 61 y s.
128. Tucíd., I, 128 y s.

cieca. Aquí encontró su fin tan conocido, acaso porque hubiese sido demasiado peligroso salvarle en este momento a la vista de todo el mundo. El vencedor de Micala, Leotíquidas, que en una campaña contra Tesalia se vendió y fue sorprendido sentado sobre un saco de dinero,[129] murió fugitivo en Tegea. En Esparta se siguió sobornando para conseguir algo; ahora, que no había que limitarse a los reyes, demasiado vigilados y, por lo general, con pocas posibilidades, sino que había que cuidar «de todas las personas de prestigio», como hizo más tarde Pericles con los diez talentos que mandaba todos los años a Esparta para ir demorando el estallido de la gran guerra. Pero los espartanos habían caído en la cuenta de la fuerte tentación que suponía para su gente hallarse fuera del país con duraderos e importantes poderes. Seguramente por razones de esta índole renunciaron a su hegemonía sobre Grecia, ya iniciada,[130] y permitieron que los atenienses completaran la suya. Expresa este punto de vista aquella resolución acordada el año 473 a. de C., de que Esparta no era capaz de hacerse valer en el mar,[131] mientras que en Atenas todo el pueblo se hallaba dispuesto a embarcar y preparado para la expedición a Egipto. Hubo también reyes moderados y decentes, como Arquidamo II, que prestó los mejores servicios cuando los grandes terremotos del año 464 y los sucesos que les siguieron. Nos revela la verdadera situación de las cosas el que sucumbieran numerosos espartanos por una sublevación de ilotas de Lacedemonia y de Mesenia, sublevación con razón llamada tercera

129. Más detalles en Paus., III, 7, 8.
130. Pero muy oportunamente. Véase cómo trataron a sus aliados en campaña, Plut., *Arístid.*, 23. Ni tan siquiera la simple prudencia les valió para sujetar su altanera brutalidad.
131. V. Diodoro, XI, 50. Plut., *Arístid.*, 23.

guerra de Mesenia. Con ayuda de sus confederados del Peloponeso, los espartanos volvieron a hacerse dueños de la situación luego de nueve años de lucha. Que el oráculo de Delfos aconsejara entonces, «en cumplimiento de un tratado», que se dejara marchar al enemigo en lugar de aniquilarlo o esclavizarlo, revela también que el poder de Esparta empezaba a declinar, aunque bien está que ella, por sí misma, hiciese la renuncia dolorosa. El mayor peligro se cernió sobre Esparta al comienzo de la guerra, cuando tuvo que pedir auxilio a los ofendidos atenienses. Acudieron éstos con 4.000 hombres, que ayudaron a sitiar a los sublevados; pero esta tropa insolente y brillante, llena de espíritu novelero, aumentó las preocupaciones del gobierno espartano, que acabó por despedirla para que no contagiase a las propias tropas y para evitar que la Polis fuera conocida en su intimidad.

Las campañas que posteriormente emprendió Esparta fuera del Peloponeso fueron cumplimiento de oficios piadosos más bien, pues se trató de ayudar a los dorios y a Delfos contra los focenses; en el asunto de los beocios (hacia 455) con mucho gusto hubieran convertido a Tebas en competidora de Atenas;[132] prestó su ayuda para la victoria de Tanagra y condujo una vez sus peloponesios hacia el Ática, pero sólo ocasionalmente y sin entusiasmo. Al terminar la llamada tregua de treinta años (445) dio a entender Esparta que deseaba conservar el *statu quo* (τὰ ὑπάρχοντα σώζειν) y temía ponerlo en peligro mediante la guerra. Apenas si presta crédito a las quejas de sus aliados sobre abusos de los enemigos; quien confía en su auxilio se llama a engaño, porque Esparta gusta de esperar sentada hasta que el enemigo ha duplicado su poder. Comparado con el

132. Diodoro, XI, 81.

estilo político de Atenas, el de Esparta parece un poco asmático.[133] No cabe duda de que los dineros atenienses hicieron lo suyo para esta actitud parsimoniosa, pero también es cuestión de principios, de los principios espartanos (τὸ δοκοῦν ἡμῖν), como hace decir Tucídides al rey Arquidamo, pues se trataba siempre de enjuiciar objetivamente la situación; nunca menospreciaba al enemigo ni levantaba sus proyectos sobre sus posibles defectos, es decir, que no estaba sujeta a los caprichos de la fantasía o a las sugestiones del momento, como Atenas con su Asamblea popular, sino regida por un gobierno. La época favorecía a Esparta, porque en casi todas las ciudades democráticas de la Hélade existía un partido aristocrático oprimido y Atenas tuvo tan sujetas a sus confederadas que se podía esperar mucho de su descontento. Por eso, cuando estalló, por fin, la guerra del Peloponeso, pudo Esparta anunciar expresamente que venía a liberar a la Hélade; las simpatías de casi todos estaban con ella.[134] «La mayoría odiaba a Atenas: unos, porque querían escapar de su dominio; otros, porque tenían miedo de caer en él.» Los que por entonces, entre la buena sociedad, se distinguían con el calificativo de «laconizantes», no eran, por fuerza, partidarios políticos de Esparta, sino admiradores de su estilo de vida, y aunque Esparta no pasara de ser para ellos sino lo que estaba de moda, siempre era un claro signo de los tiempos.

En la primera mitad de la guerra se retuvo a los espartanos en el Peloponeso y se enviaron tropas aliadas al mando de jefes espartanos; en el año 425, en Esfacteria, 292 hombres, de los que sólo 120 eran espartanos auténticos, se entregaron a los atenienses y éstos tu-

133. Tucíd., I, 68-71. Para lo siguiente, I, 84. V. Paus., III, 7, 9 y s.
134. Tucíd., II, 8.

vieron sus buenas razones para no aceptar el cambio de sus prisioneros por otros tantos de Atenas,[135] pues el acontecimiento pudo revestir las mayores consecuencias. El crédito de Esparta se rehízo bajo el mando de Brasidas, una de las pocas figuras simpáticas entre las de su casta, cuyas gentes principales no le veían con buenos ojos ni le ayudaron lo bastante; de otro modo hubiera llegado más lejos con su «hegemonía del ganar». Durante todo este largo tiempo, Esparta no puede eludir el constante peligro que la deserción continuada de ilotas y de mesenios suponía, y aunque hizo frente a la situación con medidas tan terribles como aquella matanza, en secreto, de 2.000 ilotas, de todos modos fue bien recibida la paz de Nicias (421 a. de C.), ya que, por el momento, se logró dominar la crisis interna.[136] Pero, en los años de esta paz las desventajas fueron para Esparta; creció la influencia ateniense y democrática sobre la península, y sólo la excursión siciliana de los atenienses y los resultados catastróficos de ella dieron un respiro a Esparta. En la segunda mitad de la guerra, el Peloponeso se le mantuvo fiel al principio, y, siguiendo el consejo de Alcibíades,[137] pudieron castigar duramente a Atenas y obtener del rey Darío Noto dinero para su flota, ahora necesaria, además de la ayuda de sus sátrapas, a cambio, naturalmente, de las ciudades griegas del Asia Menor. Con la victoria de Egos Pótamos y la rendición de Atenas bajo las condiciones más lastimo-

135. Diodoro, XII, 63. Los espartanos sostenían que no fue una victoria, sino una χλοπὴ πολέμου. Paus., I, 13, 4.

136. Probablemente Esparta vendió como esclavos los habitantes de Citera, ocupada por los atenienses y luego caída en poder de los espartanos. C. Suidas s. v. Filoxenos en la *Biogr.*, p. 116 de Westermann.

137. La presencia de Alcibíades en Esparta, la crisis formal que provocó, constituiría uno de los episodios más sorprendentes de la historia espartana si conociésemos más detalles.

sas, terminó la guerra, y Esparta gozó durante más de treinta años de la supremacía en Grecia.

El mando en el Estado durante la guerra pertenecía menos al rey Agis, maltratado en alguna ocasión y ofendido en su honra familiar por Alcibíades,[138] que a un grupo de espartanos capaces que tuvieron el Eforado en sus manos. Son los que, seguramente, dieron autoridad a aquellos caudillos que valían por sí solos lo que un ejército entero, ya que sabían utilizar los ejércitos de los aliados y las tropas mercenarias como si se tratara de espartanos, un Calicrátidas, un Gilipo, un Clearco, un Lisandro, etc., todos, con excepción del primero, tipos terribles, tales como acomodaban con la situación de entonces. Cuando Gilipo fue en auxilio de los siceliotas nada más que con cuatro navíos, reconocieron, sin embargo, en su cetro y su manto el símbolo de la grandeza de Esparta,[139] Agesilao, al partir en campaña para el Asia, no pudo llevarse más de treinta espartanos, una especie de Estado Mayor. De seguir las cosas como antes,[140] esta hegemonía de Esparta hubiera tenido la ventaja sobre la anterior de Atenas de no pedir de sus sometidos ni barcos ni dinero, sino sólo sometimiento; pero el caso es que todos los años Esparta reunía mil talentos,[141] en parte de sus castas sojuzgadas, y nada sabemos de si la recogida (στρατολογεῖν) de esas sumas tenía lugar sin el empleo de la fuerza. Luego Esparta procedió bastante ligeramente a la elección de caudillos, y quien necesitara de una seria intervención espartana, no podía darse por satisfecho con el envío de un ejército

138. Las declaraciones contradictorias sobre el origen de Leotíquidas producen, tal como nos lo cuenta Paus., III, 8, 4, el efecto de una desfiguración malévola. Las cosas no pudieron desarrollarse de aquel modo.
139. Plut., *Nicias*, 19.
140. Plut., *Lic.*, 30.
141. Diod., XIV, 10.

de neadamodos al mando de un general incapaz.[142] La supremacía de Esparta estaba asegurada por entonces por los partidarios que, en todas partes, y empleando los medios más extremados, le habían ayudado en la victoria. En boca de estos partidarios y de los que repiten sus lecciones, Esparta era la «educadora» de la Hélade, luego que Pericles había pretendido el mismo honor para Atenas.[143] «Todo el mundo se miraba en el Estado espartano como en un pedagogo o maestro de vida bien ordenada y de constitución firme.»[144]

Pero vistas las cosas más de cerca, el Estado espartano se hallaba amenazado de un mal interno incurable. En primer lugar, Lisandro, el hombre en quien la ciudad reconocía su instrumento, su personificación, era todo un tipo. En él se juntaban el encono concentrado del íntimamente rebelde al orden de cosas de Esparta, con la pericia en todas las maldades, talento frecuente en Grecia durante las feroces guerras del Peloponeso. Hábil en el manejo de una pandilla, como cualquier ateniense, paga charlatanes y poetas para que le alaben, y admite sacrificios como un dios. Como de Alcibíades y de Atenas, se puede decir de él y de Esparta que ésta no hubiese podido sobrellevar dos Lisandros.[145] No obstante, la figura de Alcibíades es más atrayente. Su terrible intervención en las ciudades griegas fue aprobada por los espartanos, y si se prescindió de él durante cierto tiempo, fue para llamarle de nuevo. Entonces desató el des-

142. Jenof., *Hell.*, VI, 1, 14.
143. Tucíd., II, 41: τήν τε πᾶσαν πόλιν τῆς Ἑλλάδος παίδευσιν εἶναι.
144. Plut., *Lic.*, 30. También las frases de halago para Esparta en Lisias (*Or.*, 33), § 7. La actitud de Esparta está descrita en su aspecto desfavorable, entre otros, en Isóc., *Paneg.*, p. 64 y s.; *De pace*, 178 y s. Después de Leuctra, decía Antístenes que los tebanos le hacían el efecto de niños regocijados por haber azotado a sus pedagogos.
145. Eliano, v. *H.*, XI, 7.

orden y el crimen en Esparta para llegar a ser rey, no ya con ayuda de los periecos e ilotas, sino con la de los mismos espartanos. Las groseras sofisticaciones que, con ayuda de los oráculos, se permitió usar, dan una idea bien mezquina de la inteligencia de sus coterráneos. Grandes misiones más allá de los mares, fuera del alcance de los éforos, bastaban para exacerbar el lado malvado de los espartanos; recuérdese el terrible cuadro de Clearco, tal como ha sido trazado por Jenofonte, Diodoro y Polieno.

Lo que va minando la fuerza de la específica vida espartana desde la guerra del Peloponeso es la propiedad privada, que ya no puede ser contenida,[146] y —en íntima relación con ella— la rápida y peligrosa disminución de la casta dominante. La artificiosa crianza de ejemplares esmerados, había de traer consigo los peligros más graves.

La guerra del Peloponeso la llevaron a cabo los espartanos en forma muy diferente a todas sus guerras anteriores, en medio de los demás griegos y envueltos por sus costumbres y opiniones, y sus connivencias con los persas les habían proporcionado caudales enormes. Se deshace toda la apretada condición de antes, y el Estado no vigila ya el enriquecimiento de los ciudadanos. Las lamentaciones de que la degeneración comienza con el benemérito Gilipo, que, sin respetar los sellos de las sacas con fondos públicos, substrajo 300 talentos,[147] son absolutamente injustificadas, pues latrocinios de este tipo los hubo también mucho antes; lo decisivo ahora es la tolerancia para la acumulación de la propiedad privada. Pero también en las viejas posesiones de los es-

146. *'Αφιλοχρηματία Σπάρταν όλεί αλλο δὲ οὐδέν* había dicho ya Tirteo (*Fragm.* 3, en Bergk) o también el oráculo de Delfos. Espartanos ricos tenían a buen recaudo dinero fuera del país.
147. Diod., XIII, 106.

partanos, aquellos lotes primitivos, ocurrieron transformaciones. El lote representaba algo fundamental y debió ser protegido por encima de todo en su condición de base de la casta señorial. Ya era peligrosa la herencia completa del lote de familias extinguidas; a esto se añadió una libertad de testar[148] que permitía desheredar al propio hijo. Los abogados atenienses nos ponen de manifiesto en sus discursos las disensiones, deslealtades y enemistades que corroían a muchas familias griegas; ahora, en Esparta, producía sus enconados efectos la vieja realidad[149] de que la paternidad —y eso contando desde generaciones atrás— en muchos casos era dudosa. Personajes poderosos se hacían instituir herederos, desplazando a los allegados. «Muchos se arruinaban y naufragaban en el descontento y la impotencia de actuar noblemente, en el odio y envidia contra los poseedores.»[150] Entre los espartanos mismos hubo ahora una clase distinguida y otra que lo fue menos, y los que habían prosperado con tan malas artes no podían disfrutar de sus bienes, ni eran capaces de hacerlo con dignidad.

¡Si, por lo menos, la casta dominante hubiese sido numerosa! Inmediatamente después de la guerra del Peloponeso, cuando la conjuración de Cinadón[151] (397 antes de Cristo), se calcula su número, en relación con el resto de la población, en una centésima parte. «Y esos pocos son nuestros enemigos, todos los demás son aliados y, también en el campo, uno sólo es el enemigo, el amo.»

148. Respecto a la época y contenido de la ley de Epitadeo, c. Fr. Hermann, *Staatsaltert.*, § 48, 12.
149. Recuérdese nuevamente la historia de Demarato, Herodoto, VI, 68. Es posible que esos testamentos y otras donaciones fueran a veces ventas encubiertas, pero nada nos obliga a suponerlo así.
150. Plut., *Ages.*, 5.
151. Jenof., *Hellen.*, III, 3, 4 y s. Polien., II, 14, 1.

No sólo entre los periecos y los ilotas, sino también entre las castas mestizas que con el tiempo se habían ido formando[152] era valor entendido que a los espartanos había que «comérselos crudos» (ὠμῶν ἐσθίειν αὐτῶν). Cuando la batalla de Leuctra, Esparta era, con todas sus lacras, el estado más poderoso y renombrado de Grecia, y, sin embargo, el más pobre en ciudadanos.[153] Parece que, dentro de la clase dominante, los matrimonios llegaron en gran parte a ser infecundos, no sabemos si por razones fisiológicas o morales. Contra este hecho escueto, de poco valía el rigor redoblado para conservar las maneras espartanas en los detalles exteriores; por ejemplo, cuando al milesio Timoteo se le arrebataron cuatro cuerdas de su cítara de once, o cuando se amenazaba a un espartano excesivamente adiposo con el destierro, lo que dio a Lisandro la oportunidad para mostrarse especialmente burlón.[154]

Un estado y una sociedad en esa situación pueden derrumbarse de un momento a otro. El peligro inminente consistía en que un tirano se hiciera con el poder y pudiese, acaso, provocar el desarrollo de fuerzas extrañas. El que esto no ocurriera se debió a la entrada en escena de Agesilao.

Agesilao crece sin vigilancia alguna en medio del trono, rodeado de aquellos hombres terribles, sin duda testigo y actor de las luchas del Peloponeso; en el año 398, en su madurez, es promovido al trono por Lisandro, con postergación de su sobrino Leotíquidas. Si éste, según se decía, no fue engendrado por Agis, sino por Alcibíades, hubiera recordado, acaso, siendo rey

152. Neodamodos, bastardos (νόθοι), hipomeiones, etc., son clases cuyo concepto es en parte dudoso.
153. Jenof., *De re p. Laced.*, al comienzo.
154. Aten., XII, 74.

a su progenitor ateniense; Agesilao, aunque desmedrado y cojo,[155] quiere ser un Heraclida. Con penetrante mirada debió de hacerse cargo de su situación y de la de Esparta; y, con su voluntad de hierro, supo renunciar a la codicia y disipación de la Esparta desenfrenada de entonces; estaba dispuesto a renunciar a sus maneras tiránicas si con ello venía a ser de nuevo un rey de Esparta, verdadero y grande, en la medida que lo permitieran las circunstancias. Contando con ellas, comenzó su reinado, y ya en el primer año estalló la conjuración de Cinadón, reveladora de la profunda debilidad del espartanismo de entonces. Agesilao debió de percatarse de que no se trataba ya de regenerar, sino de prolongar la existencia del Estado, lo que podría conseguirse, únicamente, manejando todas las fuerzas disponibles. Osadamente trató de disimular el mal, y Agesilao es, en este sentido, uno de los simuladores más grandes entre todos los regentes habidos. Pero como él no era ningún conspirador ni buscaba salvar su desesperación con ayuda de los ilotas, ni le atraían tampoco los golpes de estado a la manera de Lisandro, sino que quería llegar a ser una figura heroica, pudo resultar que aun los peores entre los poderosos y capaces le encontraran deseable, tal como era, para que siguiera el ofuscamiento general; en pago, él les dejaba ser lo que eran, y hasta daba muestras con frecuencia, frente a ellos, de una peligrosa negligencia. Mostraba el mayor respeto por todas las formas exteriores, por todo el ceremonial del Estado y frente a los éforos hacía ostentación de una humildad casi infantil. A esto se añadía su religiosidad y la fidelidad a la palabra dada, con lo que tenemos un cuadro totalmente

155. A ello se debe, sin duda, que prohibiera cualquier estatua suya.

distinto del que nos ofrecen los estadistas, los caudillos y los procesos de caudillos en Atenas.

Lisandro, que le apoyó en un principio pensando dominarle, le procuró el mando del ejército que combatiría contra los sátrapas en el Asia Menor. Se rompió con aquellas fuerzas a cuyo auxilio se debió el triunfo definitivo en la guerra del Peloponeso, y, durante dos años (396-394 a. de C.), Agesilao condujo un ejército de 2.000 neodamodos (ilotas declarados medio libres) y 8.000 aliados, y contingentes adheridos a la fuerza, y llegó hasta Frigia. Jenofonte, que unos años antes había conducido un ejército por el Asia en circunstancias más peligrosas, estuvo largo tiempo en el campamento de Agesilao, y describió, más tarde, en un escrito que lleva ese nombre, la expedición y el caudillo, lleno de admiración por encontrarse ante un verdadero tipo de espartano. Pero otros, que pudieron contemplar en conjunto la expedición, juzgaron luego que Agesilao y los suyos no cosecharon grandes laureles, y cuando fueron llamados, apenas abandonaron las ciudades griegas de Asia Menor que ellos creían libertadas, cuando los persas volvían a cobrar sus tributos.[156] Nuevamente se volvió a poner de manifiesto la imposibilidad de los asuntos pérsicos, pero añadida esta vez con la de los asuntos griegos, y el rey Artajerjes Menomón pudo comprar aquella guerra contra Esparta que se llama guerra de Corinto.

Se admira uno de que Agesilao prestase obediencia inmediata al aviso que le mandaban los éforos y renunciase a sus planes asiáticos, en el momento en que se disponía a caer sobre Ecbatana y Susa, y es lo cierto que Esparta no estaba acostumbrada a este tipo de obediencia. Ahora, que cabe preguntarse si Agesilao no

156. En semejantes fuentes se nutre Plut., *Cimón.*, 10.

debió de alegrarse al verse libre de una aventura peligrosa. Aunque sus contingentes engrosaran considerablemente con tropas mercenarias del Asia Menor, y con la afluencia de desertores, no representaban un ejército lo bastante compacto y resistente para pretender derribar con él la monarquía persa. Además, podía ocurrir que durante su larga expedición Esparta perdiera en Grecia su artificiosa hegemonía, desapareciendo entre sublevaciones y derrotas. Vuelve, pues, a Grecia, vence en Coroncia con decisiva prestación de su persona, y entra en Esparta con la misma sencillez de siempre, sin una sombra de aquel engreimiento peligroso con que volvían los caudillos de sus expediciones asiáticas. Y si de 1.000 talentos que dejó como ofrenda ante el dios de Delfos, no representaban más que la décima parte de su botín, las otras nueve décimas las entregó a la caja del Estado, y él continuó tan pobre como antes.

Su conducta después, durante la guerra corintia, lo mismo en campaña que en la ciudad, estuvo condicionada en parte por cautelas y contragolpes. Una camarilla malintencionada, que había conseguido que Lisandro se colocara frente a él —Lisandro muere entre tanto—, supo descomponerla secretamente, y los documentos que le pudieran haber servido para obrar contra ella hizo que se «enterraran con Lisandro». Su correy, el noble joven Agesípolis, le estaba entregado por completo. Sabía Agesilao que, dado el pequeño número de espartanos, también las victorias ofrecían un aspecto inquietante; con motivo de la brillante conquista de Corinto ocurrió que unos cientos de lacedemonios, pesadamente armados, fueron destrozados por las tropas mercenarias de Ifícrates, y Agesilao, que tenía que reconducir a los supervivientes a la patria, tuvo que emplear todo su genial disimulo para ocultar a los arcadios socarrones el estado de sus tropas. Y cuando Conón y

Farnabazo, almirantes de la escuadra persa, atacaron las costas de Lacedemonia, y Atenas pudo reconstruir sus murallas con dinero persa, se formó en Esparta una corriente de opinión que pedía a gritos la alianza con Persia. Antálcidas, que negoció la paz y la firmó (387 a. de C.), debía de contar entre los enemigos de Agesilao, pero éste tuvo que acceder a la paz, porque aquél prometía debilitar a Tebas mediante la declaración de la autonomía de todas las ciudades, entre ellas también de las beocias.

En ésta, especialmente, veía el rey de la despoblada Esparta al enemigo mortal, acaso porque se hallaba muy poblada.[157] Hubiese sido mejor dominar o disimular este odio feroz, pero no le fue posible, pues, durante la guerra, no quiso recibir ni escuchar a los enviados tebanos. El golpe de mano de Febidas, quien (en 382) se apoderó de la ciudadela de Tebas, fue aprobado por Agesilao en forma que permite deducir que fue un servicio encomendado. Lo que Esparta consiguió con su imperio sobre Tebas fue exacerbar el descontento, el deseo de libertad de todos los que sufrían bajo su poder, y cuando, tres años después, Tebas es libertada por Pelópidas y Epaminondas (en 379) y se alía con Atenas, la situación de Esparta es mucho más desfavorable que si no hubiera ocupado jamás la Cadmea. Se comprende que al heraldo del cuartel general espartano, Jenofonte, no le vengan a la pluma los nombres de los dos grandes tebanos; como que no los nombra hasta tres años después de Leuctra.[158]

157. μισῶν μὲν ἀεὶ τὴν πόλιν, dice Plutarco. Tebas equipó 6.000 para la batalla de Leuctra; para la expedición contra Alejandro de Feres, 7.000 hoplitas y 700 caballeros, y en la defensa contra Alejandro el Grande sucumbieron 6.000 tebanos y debieron de venderse 30.000; pero en esta cifra están incluidos esclavos, etc. Plut., *Pelop.*, 35; *Alejand.*, II.

158. Jenof., *Hellen.*, VII, 1, 33, 41.

Agesilao, durante este tiempo, renuncia a varias campañas, entre otras razones por larga enfermedad, y las que lleva a cabo no son ya muy brillantes, y consisten más bien en devastaciones.

Hay un acontecimiento de orden subalterno que retrata la situación moral de entonces. Esfodrías, enemigo de Agesilao, tenía el mando de unas tropas espartanas en Beocia; este general no descansaba con el recuerdo de la hazaña de Febidas, que se apoderó de la Calmea. Por entonces había declarado Agesilao que cada cual debía hacer aquello que conviniese a Esparta, aunque no tuviera orden expresa para ello, es decir, que se deseaban los audaces golpes de mano de los espartanos, por sus efectos sobre la fantasía griega; por otro lado, tampoco se podía contener a los caudillos, y había que dejar un escape a su afición por el desafuero. Esfodrías planea caer sobre el Pireo, a pesar de que Atenas se había retirado, precavida, de la alianza tebana, y aunque se sabe que la acción va contra todo derecho, de lo que se trata en última instancia es del valor y del éxito. Pero los que iban sugiriendo la idea eran agentes secretos de los tebanos; se halagaba maliciosamente la fanfarronería espartana y se ponía a uno de sus caudillos en el trance. Como el golpe fracasó de la manera más lamentable, Esparta volvió su cólera contra el responsable, que fue acusado públicamente, pero otra vez intervino Agesilao para proclamar que reprochaba altamente la actuación de Esfodrías, pero siguió reconociéndole como un hombre excelente, y declaró que el Estado necesitaba de guerreros de su cuño, con lo que fue absuelto. Naturalmente que Atenas se les volvió enemiga franca; se pudo poner al frente de una poderosa sinmaquia, e Ifícrates llevó a cabo brillantes hazañas al servicio de los persas.

Luego de una lucha de años, en la que Tebas y sus

aliados acrecentaban su espíritu combativo mientras que los grupos de la hegemonía espartana iban perdiendo su temple, se celebró (en 372) un congreso de paz en Esparta, en el que intervino también Epaminondas, causando la mayor impresión. Jenofonte calla las escenas más importantes, pero de ser cierto el relato de Plutarco, aunque no sea más que en sus principales detalles, Agesilao declaró la guerra de nuevo a los tebanos, expresándose con la mayor rudeza, creyendo mantener a Tebas aislada luego de celebrada la paz con los demás griegos. Él es el responsable de la gran guerra de Leuctra (en 371), aunque fuera el rey Cleómbroto quien condujo el ejército.

Todo se jugó en una carta, como en la guerra de Platea, pero los tiempos y las energías eran otros. La derrota de Leuctra, de la que nunca Esparta se repuso, significó sobre todo una pérdida terrible para la casta dórica, aunque de los 1.000 lacedemonios que sucumbieron [159] sólo una pequeña parte fueron auténticos dorios —porque los 4.000 espartanos de que habla Diodoro hacía tiempo que no había posibilidad de perderlos—. (Recuérdese que cuando, pocas décadas después, Aristóteles escribió su famosa crítica de la constitución espartana,[160] no había arriba de 1.000 espartanos capaces de llevar las armas, y unas cuantas generaciones después [161] apenas si 700, entre los que no se contaban sino cien propietarios.) Y la aislada Tebas, que consiguió la victoria con sus 6.000 guerreros, pudo colocarse a la cabeza de una liga antiespartana, mientras la hegemonía de Esparta vacilaba sobre sus cimientos.

Cuando la terrible nueva llegó a Esparta, se puso en juego aquella «templanza de ánimo» usual cuando

159. Diod., xv, 56. V. nota 91.
160. Arist., *Polit.*, II, 6.
161. Plut., *Ages.*, 5.

se trataba de catástrofes ocurridas lejos de la patria. Se estaban celebrando las fiestas de las Gimnopedias; los éforos no permitieron que se despidiera a los coros, los espectáculos y las luchas prosiguieron hasta el fin señalado, mientras que los allegados de los caídos recibían la noticia en su casa; estos allegados tenían que desearse mutuas albricias, los supervivientes quedarse en casa con sus mujeres, y, si tenían que salir, mantener un porte recatado, etc.

Pero junto a esta patética simulación prescrita, la situación real era la de que todos los supervivientes eran fugitivos o desertores del campo del honor (τρέσαντες ; entre ellos se contaban gentes de influencia y era posible que se decidieran a introducir «innovaciones» si se procedía con ellos, como habitualmente, con la declaración de la atimia, así que Agesilao tuvo que dejarla en suspenso. Durante un día «durmieron las leyes», aquel en que, con una formalidad cualquiera, fueron los supervivientes declarados sin mancha.

Siguieron otras consecuencias de la derrota. La suerte de Esparta estaba decidida si se le escapaba la Arcadia, y si la Mesenia, que se creía aniquilada por completo, se proclamaba independiente. Todo esto ocurrió (369) mientras Pelópidas y Epaminondas, con todos sus aliados, penetraban en el Peloponeso y aparecían en las cercanías de Esparta. Agesilao no se atrevió a hacer frente a esta «corriente» en campo raso; defendió la ciudad y no hizo el menor caso de las desaforadas pretensiones enemigas; pero vivió la amarga experiencia de que los ancianos de Esparta, de cuyo sentido heroico quedaban tantas bellas sentencias, corrieran alborotados entre imprecaciones de dolor, y las madres y esposas espartanas, tan famosas también por su entereza, perdieran, al percibir el clamor del enemigo, toda heroica serenidad, y se comportaran como ver-

daderas enajenadas. Agesilao dominó con su presencia de ánimo una conjuración de 200 hombres, seguramente dorios desesperados, que se habían hecho fuertes en el templo de Artemisa, llevando a cabo por la noche las ejecuciones necesarias, e hizo lo mismo con otra reunión nocturna en una casa particular; todo ello mientras los periecos e ilotas armados se pasaban en masa al enemigo. En el momento de mayor urgencia se declaró libres a mil ilotas,[162] seguramente para que no se pasaran al enemigo.[163] Se volvió a respirar cuando el ejército victorioso abandonó el campo, porque los arcadios comenzaban a desertar; Esparta debió su salvación al rey, de modo innegable, y en los años siguientes deberá a su hijo Arquidamo una nueva victoria contra los arcadios (ἄδακρυς μάχη). El vencedor, esta vez, fue recibido por su padre y por los espartanos con las mayores demostraciones, mientras que en otros tiempos apenas si se inmutaba la ciudad con el desfile de los vencedores y los mensajes de victoria. Algo significaba que los espartanos distinguidos, que todavía quedaban, no hubiesen sido aniquilados en este tiempo y en el que le siguió por sus compañeros de casta menos afortunados y por las castas sojuzgadas. De haber tenido Esparta asamblea popular de tipo democrático, tribunales de guerra, oradores y sicofantes, como Atenas, no se hubieran podido evitar los procesos políticos más sangrientos.

Agesilao tuvo que oír que, bajo su reinado, se perdió la magnífica Mesenia. Todavía hubo lauros para sus últimos años cuando volvió a salvar a Esparta de una nueva cometida de Epaminondas (362), y, esta vez, el rey y la ciudad se defendieron con valor desesperado y

162. Diod., XV, 65.
163. Todavía a mediados del siglo IV la tensión era continua a causa de los ilotas. Isóc., *Pholip.*, 49.

tuvieron lugar algunas acciones aisladas brillantísimas. Al caer Epaminondas en Mantinea, acabó el mayor peligro de Esparta, y, en la confusión general de Grecia que siguió, pudo haberse recuperado. Pero en este momento el viejo Agesilao, amargado, excluye a Esparta de la paz general (361); los demás griegos accedían a que los mesenios juraran la paz; Agesilao sostiene que es inútil su juramento, «pues que no poseen ninguna polis», y se separó Esparta, para poder sostener una guerra de conquista contra Mesenia. Pero como esto era imposible por el momento, la guerra pareció a Agesilao, el insaciable guerreador, y a su séquito, intolerable.

Su viaje a Egipto (que se había sublevado contra el imperio persa) fue un acto de demostración del Estado espartano, una venganza por la declaración del rey de Persia en favor de la independencia de Mesenia. «He sido nombrado —decía Agesilao— por mi patria caudillo de los egipcios.» Sus andanzas por Egipto no deben ocuparnos ahora; cuando la muerte le sorprende, con más de ochenta años, en el puerto de Menelao, volvía a su país con la intención de luchar contra los arcadios.

Con él se va todo el *pathos* espartano y toda la ofuscación de los griegos respecto a Esparta. El interlocutor espartano de *Las leyes*, de Platón, reconoce que están ya ahítos de los himnos de Tirteo.[164] En toda Grecia se nota una gran desviación de los más capaces respecto al Estado, y entre los espartanos, y especialmente sus reyes, toma el aspecto de absentismo (φιλαποδημία); como no podían aguantar más en la ciudad papérrima, marchaban con gente reclutada a servicio del extranjero, conduciéndose a veces bastante

164. Platón, *De legg.*, I, p. 624.

vergonzosamente. El más destacado de la serie, Arquidamo III (hijo de Agesilao), antes de ponerse al servicio de Tarento, había aceptado dinero del soborno del tesoro de Delfos, y lo mismo hizo su esposa Deinica.[165] De un caudillo argivo que él trató de sobornar ofreciéndole dinero y una laconia a elegir, recibió la respuesta «¿Tu eres un Heraclida?»[166] Los espartanos tuvieron que aceptar de muy mala gana el dominio de Filipo de Macedonia sobre toda Grecia y soportar la mayor humillación en su propio terreno después de Queronea. Su consuelo en lo sucesivo consistió en no aparecer en ninguna campaña con el ejército macedónico, no asistir a ningún congreso, ni colaborar en nada.[167] Pero no había manera de sostener la antigua grandeza, y cuando Antípatro (330 a. de C.) derrotó a los peloponesios sublevados contra Macedonia en Megalópolis, Esparta consideró libres de la atimia a los que habían huido del campo de batalla, como en sus días Agesilao con los supervivientes de Leuctra. Sin embargo, según resonando los ecos de la fama; pues en el siglo III, «los pocos que todavía daban importancia a la buena sangre helénica» opinaban que el último de los espartanos merecía más ser caudillo del ejército que el primero de los macedonios,[168] quienes, sin embargo, tenían ya en su haber la conquista de toda el Asia occidental. Hay que celebrar que los espartanos fueran todavía capaces de impedir con su actitud amenazadora que se adhirieran los arcadios al

165. Según Paus., IV, 5, 1, todos los principales, incluidos los éforos y los gerontes, hicieron lo mismo.
166. Plut., *De vitioso pudore*, c. 16. En la guerra santa, debió de librar a los focenses de lo peor: demolición de Delfos y asesinatos. Paus., III, 10, 4.
167. Plut., *Instituta Lacon.*, § 42.
168. Plut., *Arat.*, 38.

ejército griego contra los celtas (280-79 antes de Jesucristo).[169]

Parece algo exótico que en Esparta se dieran entonces lecciones para levantar el espíritu patriótico. Una vez al año, por acuerdo oficial,[170] se leía en el edificio público destinado a los éforos el escrito del siceliota Dicearco «La política de los espartanos», con asistencia obligatoria de los mayores.[171] ¿Qué hubieran dicho ante espectáculo semejante los actores de la guerra de Mesenia? Pero en Tenarón se hallaba el mercado marcial adonde iban los más decididos y descarriados entre los dorios y los periecos, con los que nada tenían que hacer las lecciones patrióticas, junto con griegos de todas las procedencias, y de allí partían para aventuras guerreras por el ancho mundo. Por esa época caen las hazañas del desalmado vástago real, que se cree preterido Cleónimo. Hizo éste que su hijo jurara la destrucción de Esparta; llamó a Pirro contra Esparta; y su salvación por el rey Areo y su hijo Acrotato es uno de los últimos momentos de gloria del decaído Estado.[172] Sucumbieron en luchas sin tregua contra los macedonios y los megalopolitanos, y durante decenios Esparta se ocultó a la mirada de la Historia para reaparecer envuelta en el manto trágico, poco antes de desaparecer definitivamente de escena, con los hechos y destinos de los reyes Agis (240 a. de C.) y Cleomenes (236-222). Ambos han tenido la suerte de haber sido cronicados por simpatizantes, y sus crónicas recogidas luego por Plutarco, y a Cleo-

169. Paus., VIII, 6, 1.
170. Hay motivos para situar el hecho en esta época.
171. Suidas en Westermann, *Biogr.*, p. 145. V. Pauly, *Realenzyklop.*, II, p. 998.
172. Plut., *Pyrrh.*, 27 y s. Polien., VIII, 49. También las mujeres se manifestaron más valerosas que cuando Epaminondas.

menes le queda asegurada su gloria, aunque sigan siendo verdad los rasgos tenebrosos destacados por Polibio[173] y otros.

No se trataba de nada menos que de una revolución desde arriba, mediante la cual el Estado espartano habría de ser resconstruido sobre bases completamente nuevas. Teniendo en cuenta que no había más de 700 espartanos capaces de llevar las armas y de ellos sólo 100 propietarios, que habían ido acumulándolo todo, es sorprendente que luego de tantas derrotas y humillaciones se pudiera mantener el dominio de la casta durante tan largo tiempo. Ahora se trataba de formar, mediante una fuerte mezcla de periecos y acudiendo a nuevos repartos de tierras, una casta regente más fuerte y capaz, la cual, con conquistas y alianzas, se haría respetar fuera, y hasta recobraría la perdida hegemonía griega. Una revolución semejante era, por lo demás, casi inminente en una época en la que en las demás ciudades, invadidas por el virus demagógico, estaban a la orden del día los repartos de tierras, la anulación de deudas y el aniquilamiento de los núcleos resistentes; por lo que se refiere a los peligros del período de transición, nunca les faltó a los griegos fuertes de entonces la maldad necesaria.

Según el proyecto de Agis, los dorios, mezclados con un número superior de periecos y de extranjeros de personalidad destacada entre los que habían tomado parte en la vida espartana, se distribuirían en una región limitada de Lacedemonia 4.500 nuevos lotes; el resto del país se repartiría en 15.000 lotes entre los demás periecos capaces de llevar armas.[174] Los 4.500

173. Polib., II, 45-70. En 55, la conducta seguida con Megalópolis. V. Plutarco, *Cleom.*, 23. Y en Paus., II, 9, 1, predominan los aspectos desfavorables.

174. μερισθῆναι. Plut., *Agis*, 8. ¿Acaso se trataba de las

primeros tendrían todo el poder político; los 15.000 restantes no tendrían mucho que ver con ellos luego que habrían destacado a los que completaban la casta política. El golpe de estado llegó a expulsar a los éforos enemigos y al correy, pero fue traicionado por la perfidia de un tío de Agis, que quería conservar sus grandes extensiones; se volvió a lo de antes, y Agis murió en la prisión. Su viuda se casó con Cleomenes, hijo del correy enemigo, al que ganó secretamente para los proyectos de su primer marido; el resto lo hizo Esferos, uno de esos estoicos que, desde esta época, aparecen con bastante frecuencia como maestros y confidentes de políticos idealistas. Como Cleomenes no era sino una sombra de rey bajo la celosa vigilancia de los éforos, tuvo que inventar una guerra para hacerse con el prestigio necesario, y la declaró a la liga aquea, que reunía polis venidas muy a menos, pero que representaban por entonces, frente a los macedonios, los tiranos y los etolios con sus aficiones al pillaje, a la Grecia oficial; Cleomenes tuvo que dirigir la campaña con tropas mercenarias cretenses y tarentinas, mientras mantenía disgregados por pequeños grupos a los espartanos, y muy alejados, para que no le fueran peligrosos. El golpe de estado comienza (226 antes de Cristo) con su entrada en Esparta al mando de sus mercenarios; se asesina a los éforos, son destruidos sus sitiales, se destierra a 80 notables, y Cleomenes anuncia a la asamblea del pueblo la anulación de las deudas, nuevos repartos de tierra y peculio para las tropas mercenarias. Se elige a unos cuantos de entre estos soldados para declararlos espartanos, «para que la ciudad y su comarca no corrieran peligro, por el pequeño número de sus defensores, de ser víctimas de

parcelas correspondientes hasta ese momento a los periecos en general?

etolios e ilirios». Es difícil pensar en una postura política más equivocada que la tomada por el rey Heraclida en este momento.

Él y sus partidarios y, por último, todos los ciudadanos, cedieron sus propiedades, y la tierra fue repartida de nuevo. La única cifra que se nos ha conservado es la de los «cuatro mil armados pesadamente» de que se pudo disponer de nuevo al completar Cleomenes la serie de ciudadanos (πολίτευμα) con los periecos de más valer, que, como en el proyecto de Agis, superaron en mucho el número de dorios. Como el último rey de la otra familia real había sido asesinado,[175] para no aparecer como único señor adscribió al trono a su hermano Euclidas. Por lo que se refiere al restablecimiento de la vida y costumbres al estilo de Licurgo, que tanto se le celebra, no debió de ser muy fundamental si tenemos en cuenta el reinado breve y turbulento de que pudo gozar todavía; tenía necesidad de una guerra y partió contra los aqueos. Pero sus primeras victorias rápidas provocaron la alianza, hasta entonces considerada imposible, de los aqueos y los macedonios con Antígono Dosón. Cleomenes era, por su parte, aliado de los etolios, y esperaba la ayuda de Tolomeo Evergetes de Egipto; además, debía de gozar de las sospechosas simpatías del demos de muchas ciudades aqueas que, fiadas en el ejemplo espartano, reclamaban nuevos repartos de tierra y extinción de deudas, clave de todas las revoluciones de entonces. Luego de largas operaciones guerreras (224-222), que Polibio describe muy al detalle, Cleomenes fue derrotado por completo en Selasia, y, luego de despedirse de Esparta, partió para Egipto. Su final y el de los suyos en Alejandría, según la descripción de Polibio y de Plutarco, aseguran

175. Según Paus., por el veneno de Cleomenes. En lugar de la Gerusia, Cleomenes estableció «patronomos».

la gloria inmortal de este último puñado de dorios de raza.

En todo lo que después acontece en Esparta hay que preguntar previamente por la estirpe de las gentes que figuran. Cleomenes había declarado libres a mil ilotas, a razón de cinco minas por cabeza, de donde se desprende que, a pesar de la intensidad de su servidumbre, podían ahorrar un peculio importante.[176] Se nos dice también que, en Selasia, de los seis mil lacedemonios, mezcla de dorios y periecos, sucumbieron todos menos doscientos. Así que, entre todo el pueblo libre del valle del Eurotas, los dorios no pudieron representar más que un número insignificante.

Por primera vez, un ejército extranjero penetra en Esparta, y Antígono Dosón, a quien urgía volver a su patria, deja la ciudad como antes. Los historiadores en los que se inspira después Justino (XXVIII, 4) parecen haber descrito el comportamiento de la población al recibir la noticia de la derrota de Selasia, a la bella manera antigua, de modo que podría creerse que esa población era capaz todavía de seguir llevando su destino con la mayor dignidad. Pero, de haber sido efectivamente capaces, los habitantes libres de Esparta pudieron haber reorganizado por entonces su vida política sin perturbación exterior alguna. Los tiempos que corrían, para toda Grecia, eran de decadencia; tampoco la política de Cleomenes significa otra cosa que una de esas revoluciones que sólo pueden ser consolidadas con grandes triunfos en el exterior, mientras que con las derrotas se desmoronan; por úl-

176. Pero subsistió siempre la criptia. El jefe de esta institución (Plutarco, *Cleom.*, 28) hizo traición en Selasia, y una Némesis actuó para que precisamente este dignatario acarreara la desgracia de Esparta. Pero en momentos parecidos siempre se habla de traición, la haya habido o no.

timo, se tenía la tradición íntegra de la vieja Esparta, con todo su orgullo y con toda la criminal historia de sus personajes. Del resto de Grecia podía irrumpir sobre una Esparta impotente la democracia completa, con todas sus concupiscencias y violencias, o la tiranía en su bárbara forma tardía. Alguna vez se declaró la igualdad de todos,[177] y se puede preguntar si también fueron admitidos los ilotas, ya que después no se hace mención de sus servicios. Una estatua gigantesca representando al demos[178] que se levantaba en las proximidades del ágora, debió de ser erigida en estos tristes días. La tradición se nos ofrece con numerosas lagunas y no hay modo de adivinar cuál sería la forma ordinaria de la vida en la ciudad entre los estallidos intermitentes de la violencia. Se habla todavía de Esparta accidentalmente, con ocasión de sus enemigos o aliados, de la liga aquea, de los etolios y de la política macedónica. Los dirigentes son ahora todo menos dorios, y, habiendo asumido la máscara espartana, pretender ser los continuadores de su espíritu.

Los éforos —aqueos con toda seguridad— se crean sus partidos, y mueren asesinados, a menudo, por sus compañeros en el cargo, o por el llamado «pueblo», que vuelve a elegir el substituto. También son asesinados los gerontes, y ni el templo de Atenea Calcieca, ni el altar de la diosa amparan a las víctimas. Un último Heraclida, un niño, es nombrado correy junto a un tal Licurgo, promovido a Heraclida por soborno, y es destronado dos veces y reintegrado de nuevo. Entre tanto, el viejo sentimiento de venganza contra Mesonia[179] y

177. Ἴσον αὐτοῖς κετεῖναι τῆς πολιτείας, según un fragmento de Polibio.
178. Pausan., III, 11, 8.
179. Todavía en la guerra de Actio los mesenios se pusieron de parte de Antonio, porque los lacedemonios estaban de parte contraria. Paus., IV, 31, 2.

los arcadios desata nuevas guerras; vuelve a penetrar en Lacedemonia un rey macedonio, y esta vez azota el país, sin lograr apoderarse de Esparta. Al Licurgo citado (o quizás a su hijo Pélope) le sigue el que es calificado de primer tirano, por ser quien termina con los éforos y ejerce un poder absoluto: Macánidas; su único programa posible era la conquista, primero del Peloponeso, con ayuda de tropas mercenarias, a las que no podía pagar de otro modo sino saqueando a fondo las ciudades, ya arruinadas, de la península; pero la liga aquea tuvo la suerte de poseer un caudillo ilustre, Filopémenes, quien, con su propia mano, dio muerte en lucha abierta al tirano, que cayó envuelto en su manto de púrpura (207 a. de C.). La tiranía, no obstante, continuó; se proclamó tirano el terrible Nabis, que se lleva la palma entre los más feroces tiranos griegos. El centro de gravedad se desplaza ahora, con la intervención de los romanos y su guerra contra el joven Filipo de Macedonia, a alta mar; pero lo que nos interesa a nosotros ahora no son tanto las cambiantes relaciones de Nabis con Roma y con Filipo, cuanto su gestión en el interior, durante catorce años (206-192). En sus campañas —en las que conquistó y afianzó a Argos—, además de las tropas a sueldo pudo disponer acaso de tropas populares; pero en cuanto al ejercicio del poder, se valió de criminales selectos, la hez de todas partes;[180] su séquito principal lo formaban ilotas,[181] a los que entregaba la mujer y las hijas de sus amos asesinados o desterrados; es posible que las últimas mujeres dorias fueran entregadas a los esclavos y a los mercenarios. Nabis hacía negocio común con los piratas de Creta, y todos los salteadores de cami-

180. Polib., XIII, 6-8.
181. Si la versión es εἱλώτων y no ὧν ἄλλων.

nos, asesinos y ladrones de templos del Peloponeso tenían asegurado un refugio en caso de necesidad. En Esparta ejercía sus exacciones por medio de tormentos refinados, aunque su finalidad principal fue acabar con todos los dorios destacados (toda la familia de Cleomenes, por ejemplo) y aqueos sobresalientes. Debió de contar con una información exacta sobre el paradero de los fugitivos, porque también en el extranjero el emigrado podía ser asesinado en medio de la calle o en su propio domicilio por emisarios de Nabis, a veces cretenses; otras, sicarios de la misma ciudad; no se debió de reparar en gastos para alquilar la casa contigua a la del perseguido; a través de una abertura practicada en el muro, la flecha cretense sabía sorprender a la víctima dormida o en vigilia. Las campañas de Nabis forman parte de la historia de la liga aquea y de la política romana, y no es un título de honor que T. Quincio Flaminio, después de haberle vencido muchas veces, le dejara escapar por indicación superior. Al estado espartano le fue substraído su borde sur, es decir, sus ciudades marítimas, que fueron puestas bajo la protección de la liga aquea en calidad de Lacedemonia libre; pero Nabis quiso reconocer lo perdido en cuanto marcharon los romanos. En la guerra que desató contra la liga aquea, encontró apoyo y tropas complementarias en los etolios, también descontentos de los romanos; pero el caudillo de esas tropas auxiliares comenzó su tarea asesinando al tirano, y en la confusión resultante volvieron los aqueos con Filopémenes y obligaron a los espartanos a entrar en la liga aquea y renunciar a las costumbres lacedemonias, tomando, en su lugar, las aqueas.[182] Esta crueldad inútil despertó la más viva resistencia en un pueblo que, siendo aqueo, estimaba muy por

182. Plut., *Philop.*, 16.

encima el espíritu dórico. Lo que resta de la historia de Esparta es bastante lamentable; el demagogo Querón (hacia 180 antes de Cristo) promueve terribles revueltas con reparto de bienes y asesinatos,[183] que provocan la intervención aquea; Esparta se dirige al Senado romano en perpetua queja, y el Senado, intencionadamente, deja las cosas como están; esta situación es la que contribuye a que se desencadene la última guerra de la liga aquea, que pone término a la liga y a otros muchos empeños griegos.

Esparta gozó más tarde, en Atenas, de un favor especial por parte de la helenofilia romana, a la que los retóricos y escritores griegos no se cansaron de encomiar la vida social y política de Esparta.[184] Y cuando los romanos, en tiempos del Imperio, acudían a Esparta, encontraban a los éforos y a la Gerusia deliberando, y los jóvenes cursaban todo el viejo sistema gimnástico, se golpeaban cruelmente en el Platanistas y se dejaban flagelar hasta sangrar ante el altar de Artemisa. Todavía se podía observar su campar al aire libre, su vestimenta miserable, «y tantas otras cosas que a otros parecerán duras y amargas»,[185] lo cual podía ser también una consecuencia de la pobreza. Además, la gran abundancia de servicios religiosos en los numerosos santuarios de toda categoría, podía provocar la impresión de arcaísmo. Un autor, ofuscado en su entusiasmo, nos cuenta en presente lo que en

183. Polib., xxv, 8.

184. No sólo los templos de César y Augusto, sino también la estoa persa en su forma actual, con las estatuas de los persas sobre las columnas (Paus., III, 11, 3), fueron construcciones del tiempo de los emperadores. Una vez al año se hacían discursos sobre Pausanias y Leónidas en conexión con luchas deportivas. Pausanias, III, 14, 1.

185. Dion. Crisóst., *Orat.*, xxv, p. 281. Además, las conocidas manifestaciones de Plutarco y Pausanias.

verdad pertenece a época mucho más antigua: «La señal primera para el combate se da al lacedemonio la flauta», nos cuenta Luciano.[186] Todo el mundo se consuela con la idea de que los actuales habitantes son verdaderos descendientes de los espartanos famosos, casta dórica auténtica, y no sólo en Roma, sino en la misma Grecia, se pretendía saber exactamente lo que había ocurrido en Esparta, descansando mejor en la creencia de que todavía perduraba un fermento activo de la vieja sustancia dórica.

Pero, de hecho, la sangre dórica, sobre todo después de la espantosa sangría de Nabis, se puede considerar como extinguida. Ya entre los personajes que en Tito Livio (XXXVIII, 30-34) figuran en tiempos de Filopémenes, apenas si encontramos ningún dorio auténtico, y tampoco los *exules* pueden ser considerados como tales. En compensación, todos los aqueos, no dorios, que en una forma u otra seguían viviendo en el valle del Eurotas, habían adoptado las maneras espartanas de sus fenecidos señores, por lo menos en lo exterior. Lo dórico había sido lo aristocrático, admirado entre envidia y odio; ahora, nadie impedía a esta masa de gente apropiarse todas las formas, más cuando el extranjero tan fácilmente confundía las especies. El afán de gloria es uno de los misterios de la nación griega que más la distingue de otros pueblos. Cuando el poder y la propiedad se les va de las manos a los dorios, hace tiempo que el prestigio de los lacedemonios ha penetrado profundamente en la vida griega y perdura con infinitos rasgos en amigos y enemigos. Esta tradición que va desde los tiempos heroicos hasta Cleomenes, los dueños posteriores del suelo la considerarán no sólo como propiedad suya, sino también como su obra.

186. Luciano, *De saltatione*, 10.

### 3. Poblaciones sometidas a otras polis

Esparta encontraba su tarea propia en el sojuzgamiento de los no espartanos del valle del Eurotas y de los mesenios. Con este fin fue ordenada toda la existencia en el interior de la polis, y también la política exterior dependió muy considerablemente de ello. La invasión dórica fue estableciendo por doquier relaciones de imperio parecidas; seguramente que muchas polis potentes sometieron a servidumbre a los habitantes circunvecinos —griegos vencidos o semibárbaros—, pero ninguna de ellas logró, como Esparta, orientar toda su vida interna y exterior hacia el sostenimiento de esta situación. Lo que faltó no fue la dureza necesaria con los sometidos, pero sí la consecuencia necesaria en el grupo propio, la unidad férrea de vida y costumbres. En la época a que se refieren nuestros escasos testimonios, estas situaciones están en período de disolución o ya liquidadas y apenas si son comprendidas. Solamente en Creta y en Tesalia se muestra la situación con caracteres permanentes y claros, mientras que respecto a otras regiones no poseemos sino sospechas del grado de su libertad, de su relación con la tierra —posesión parcial, censatarios, siervos con prestación personal—. Sin derechos políticos y sometidos a la polis, no llamaron oportunamente la atención de los escritores. No sabemos circunstancialmente la situación de los orneatas y gimnetas en Argos, de los cinófalos en Corinto, de los catonacóforos (los de la blusa) en Sicione, los conípodos (pies empolvados) en Epidauro. En lo que se refiere a Creta, se cree poder identificar los diversos grados de servidumbre con las diversas denominaciones conservadas; de todos modos, cuando la isla fue invadida por los dorios, cobró formas de vida que mantenían estrecho parecido

con las de Lacedemonia, y aunque se produjo una diversidad política, y las ciudades cretenses se combatían entre sí, ninguna de ellas apeló a la rebelión de los sometidos a otra, si bien la obediencia de los mismos más pareció asegurada por la ausencia de vecinos inmediatos a la isla.[187] En Tesalia, los penestas representan la población primitiva, que cuando la invasión de los tesalios se sometió a servidumbre sólo para poder permanecer sobre el territorio;[188] a cambio de una parte de los productos de la tierra, se les prometió no expulsarlos ni matarlos. Algunos, como ha sido el caso frecuente con los siervos rusos, eran más ricos que sus señores, que llevaban una vida disipada.[189] De todos modos, se puede decir que ni los tesalios ni los cretenses ampliaron su denominación hacia fuera —como Esparta, con el propósito de conseguir tropas auxiliares e instituciones oligárquicas en el mayor ámbito posible, lo cual le permitía mantener sin inquietud alguna la servidumbre en Lacedemonia—, ni tampoco se les antojó ser «educadores de Grecia».

Las colonias nacen a partir del siglo VIII, en parte porque poblaciones griegas sometidas u oprimidas se siente lo bastante fuertes para sacudir el yugo de su polis. Pero llegados a otras tierras, no les costaba mucho imitar los métodos de la polis, ahora que se enfrentaban con bárbaros o semibárbaros, que se convertían en un pueblo sometido sin derecho, aunque no sin tierra. Algunas veces esta situación se resolvía por las buenas; cuando nace la ciudad de Heraclea, en el Ponto, los mariandinos, pobladores de las cercanías, se entregan voluntariamente al regimiento de los heracleotas como

187. Arist., *Polit.*, II, 6, 7. El conocido *Skolion de Hybrias*, en Bergk, *Anthol. lyr.*, p. 531.
188. Aten., VI, 85.
189. Aten., XII, 33. Arist., I, c.

«sensatos» (συνετωτέρων), a cambio de que se les garantice el sustento y el no ser vendidos al extranjero.[190] Bizancio, por el contrario, trató a sus bitinios como Esparta a sus ilotas,[191] y en situación parecida se encuentran los calicirios de Siracusa.

Aristóteles[192] rechaza por completo el sistema, porque no es posible, según él, asentar en suelo firme con súbditos de esa categoría; si se les trata con moderación, se envalentonan y pretenden ser iguales a sus señores; si se les trata con dureza, reconcentran el odio y la alevosía y se muestran dispuestos a negociar con las clases descontentas de dentro de la polis. Así, los calicirios se unieron al demos siracusano para expulsar a los geomoros; pero Gerón ayudó a éstos, sometió a los calicirios y, con este motivo, se proclamó señor de Siracusa;[193] los mismos penestas, que no fueron tratados mal, se rebelaron muchas veces cuando los tesalios estaban ocupados en guerrear con los vecinos. Aristóteles encuentra mejor que semejantes súbditos sean bárbaros[194] y no de raza griega, y nos da a entender claramente cómo se había ido procurando la sustitución: mediante la compra de esclavos, que cada vez se ocupan más del cultivo de la campiña de la ciudad y que son en su inmensa mayoría de procedencia bárbara.

190. Aten., VI, 84.
191. Aten., VI, 101.
192. Aristót., *Polít.*, II, 6; VIII, 5, 8, 9, 13.
193. Herodoto, VII, 155.
194. Según Plut. (*Quaest. Graec.*, 46), los tralianos fueron expulsados antes por los leleges y minios de su ciudad. Al recuperarla de nuevo, los leleges fueron muertos o expulsados; en lo que respecta a los que se quedaron por no tener otro remedio, nada importó su vida, pues la muerte dada a un lelege o minio por un traliano no se consideraba como homicidio; se satisfacía la deuda de sangre regalando a los parientes una fanega de garbanzos.

### 4. La esclavitud

Aquella edad de oro, en la que, según los autores cómicos, no había esclavos de ninguna especie,[195] debió de ser en tiempos remotísimos, porque en lo que alcanza la tradición, aun la poética, siempre ha habido esclavos en tierras de este archipiélago, donde tan fáciles se presentaban el robo y venta de materia humana, y donde los fenicios les habían precedido en el oficio. Dos figuras inmortales personifican la esclavitud en los poemas homéricos: Eumeo, la propiedad que se hace persona y se defiende contra los ladrones, y la magnífica Euriclea.

Pero la referencia homérica nos limita a los esclavos de las casas reales y de los grandes caudillos, y en *Las obras y los días*, de Hesíodo, no aparece muy claro si los trabajadores del campo son verdaderos esclavos,[196] pero sí fuera de toda duda que para él el trabajo del campo, lejos de ser algo humillante, constituye la única salvación. En el siglo IV, si prescindimos de las poblaciones sojuzgadas que acabamos de ver, es muy posible que el campo fuera cultivado por hombres libres.

Pero los braceros libres del campo (θής) debían de sentir su suerte como afortunada. La sombra de Aquiles,[197] que prefiere la suerte más desgraciada en la tierra a reinar sobre los muertos, considera como tal el trabajar a sueldo la tierra.[198] No es forzoso pensar en el

195. Aten., VI, 94 y s.

196. Aunque se supusiera que todas las menciones de δμώς se refieren a esclavos, lo que sería muy discutible (en 429 se dice que el terreno es δμώς de Atenea, y no señala más que al criado), tendríamos todavía, v. 440, el criado rural, y v. 601, el θής ἄοικος, que siguen siendo libres.

197. *Odis.*, XI, 488.

198. También el θητεύειν en el mito: el de Apolo como

jornal, porque es posible que la relación fuera más segura y agradable y, sin embargo, soportada con creciente descontento. Porque en el otro extremo, el de los ricos y nobles, crece el desprecio por el trabajo y los trabajadores, y se considera como única ocupación digna la noble lucha. Esta aristocracia, que se había adueñado de la mayor parte, si no toda, de la tierra correspondiente a la polis, la hace cultivar por hombres libres no propietarios; así el recuerdo podía ser muy vivo, de que la suerte de los padres había sido mejor, cuando se vivía en aldeas y no se había fundado todavía la implacable polis. Cuando comenzó el gran movimiento hacia las colonias, muchos abandonarían su patria para no seguir siendo siervos en el campo ( θῆτες ), y los huecos se llenarían con gente comprada, que las colonias suministraban con facilidad; sabemos que estaban establecidas en las costas, donde existía el tráfico de hombres del interior.[199] Los prisioneros de guerra apenas si tienen importancia en comparación con los esclavos comprados. Una redada como la de Gelón, después de la victoria sobre los cartagineses en Himera, en la que pareció que «toda la Libia había sido hecha prisionera», no sólo es algo raro, sino único[200] y, además, se trataba de bárbaros. Durante la guerra no siempre había tiempo ni oportunidad para mandar a casa a los prisioneros bárbaros o semibárbaros, como esclavos. Cuando los atenienses, en su expedi-

---

pastor de Admeto, y el de Hermes (Hom. *Hymm.*, 19), significan una triste suerte y un grave castigo. Éstos estaban al servicio de dos mortales, pero Cadmo tuvo que servir a Ares durante un año eterno (=ocho años) por haber dado muerte a Esparte.

199. Estrabón, XI, 2, 3, p. 493, sobre Tanais.

200. Se sacó partido de ellos; las ciudades se hicieron edificar por los prisioneros los edificios más suntuosos y las construcciones necesarias, y la comarca de Agrigento se repobló de árboles y viñedos. Hubo agrigentino que se hizo cargo de 500 esclavos. Diodoro, XI, 25.

ción a Sicilia, cayeron sobre la Hicara sicánica y secuestraron a toda la población, prefirieron deshacerse de ella (seguramente en Catania) por 120 talentos;[201] otras veces se pensaba en el rescate de parientes ricos, como por ejemplo, Cimón con los prisioneros lidios y frigios en la guerra de Sestos;[202] quien tiene parientes de calidad, seguramente que hará un mal esclavo. En las guerras entre griegos se mataba a los mayores y se vendían las mujeres y niños, seguramente en el extranjero. Cuando se respeta a los prisioneros no es para dedicarlos a las minas,[203] o para negociar un buen rescate. Como algunas regiones estaban organizadas a base del trabajo exclusivo de esclavos, la guerra representaba una fuente demasiado irregular e insegura, y había que contar con el comercio regular de esclavos. Poseer un esclavo griego era difícil y peligroso, y siempre se nos dice que, por lo menos los esclavos domésticos y los rurales, eran de procedencia bárbara.

En algunas localidades en las que se seguía viviendo rústicamente, el trabajo libre se mantuvo largo tiempo; entre los locrios y los focenses los jóvenes servían a los ancianos y a los primogénitos;[204] sólo poco después de la guerra santa, del siglo IV, fueron aceptados esclavos, y la esposa del jefe de los focenses, Filomelos, no poseía sino dos esclavas.[205] Cuando Mnason, un amigo de Aristóteles, tomó a su servicio cien esclavos, los focenses lo tomaron muy a mal, porque equivalía a quitar el pan a otros tantos ciudadanos. Pero allí donde la polis pudo desarrollar por completo sus premisas, la esclavitud ab-

201. Tucíd., VI, 62. V. VII, 13. Si calculamos dos minas por cabeza, habría unos 3.600 individuos.
202. Polien., I, 34, 2.
203. Polien., II, 1, 26.
204. Aquí se conservaron acaso los γένη, en el sentido pleno de la palabra, durante largo tiempo.
205. Aten., VI, 86.

sorbía todo el trabajo. El que se ve en la necesidad de trabajar a sueldo, en el campo o en la ciudad, no puede encarnar la alta idea del ciudadano; los esclavos y los metecos se encargaban de trabajar. El hombre libre indigente no podía ser utilizado como criado, pues prefería la ganancia suelta que no la permanente, que suponía ya servidumbre (δουλεία) y le hacía a uno sentirse como dependiente (ὑπατίος).[206]

Uno de los primeros trabajos en que los esclavos fueron ocupándose fue, seguramente, la molienda del grano. Hasta entonces molían las mujeres, por la mañana temprano, y toda la aldea resonaba con los golpes,[207] mientras que en las casas reales funcionaban las esclavas hacía mucho tiempo.[208] Se suele señalar una región determinada, la isla de Quío, como la primera donde se comenzó a utilizar habitualmente esclavos bárbaros comprados,[209] y Quío desempeñará más tarde en la historia de la esclavitud un papel destacado.[210] Pero nada sabemos acerca de lo más importante: cuándo y en qué estados el agricultor, el habitante de la ciudad y el artesano, tomaron a su servicio —para labrar, como criados, como trabajadores manuales— esclavos de una manera regular; dónde y cuándo los remeros se reclutaron entre esclavos, sin ocuparnos de las grandes empresas, como las minas, que requerían una masa de esclavos y en las que siempre habían sido utilizados.

Su procedencia es la más variada: escitas, getas, lidios, frigios, paflagonios, carios y sirios[211] llenaban las

206. Jenof., *Memor.*, II, 8.
207. Aten., VI, 83.
208. *Odis.*, XX, 107.
209. Aten., VI, 88.
210. Además de los pasajes detallados en Aten., VI, 88-91, v. Herodoto, VIII, 105; Tucí., VIII, 40 y 45; Polien., III, 9, 23; Plutarco, *De mulierum virtt.*, c. 3 (este último como un ejemplo de fidelidad).
211. El negro es una figura muy rara en Grecia, como

casas y campiñas de Grecia, y compradores cautelosos componían su servicio con individuos de diferentes naciones, lo que no era difícil tratándose de tres o cuatro. No sabemos si los bárbaros, que eran los vendedores, suministraban su propia gente, o prisioneros de guerra, o productos de la caza humana.[212] Pero también un griego educado podía en los tiempos clásicos convertirse en esclavo de otro griego: bastaba con caer en manos de enemigos poderosos o de piratas, pues en ajenas manos ya no valían de nada ni haber nacido libre ni ser ciudadano de donde fuera. Fedón [213] y Platón sufrieron esta suerte: el primero, en su juventud; el segundo, siendo ya famoso filósofo; ambos fueron rescatados. A veces el segundo dueño pretendía especular con el rescate; Diógenes se quedó con su comprador, Xeníades de Corinto, voluntariamente.

El precio corriente de un esclavo, dos minas [214] en el siglo v (la mina igual a cien dracmas) y tres y media en el IV, debió de parecer barato, y la importación regular, asegurada, pues de lo contrario la crianza hubiese competido con la compra, siendo así que no se atribuye a aquélla ningún valor económico;[215] el matrimonio de es-

---

lujo de *snobs*; uno de éstos lleva consigo a sus negros en su peregrinación a Delfos (Teof., *Caract.*, 21). Cosa diferente en Sicilia y la Magna Grecia, donde la cabeza negra es un modelo familiar a los alfareros.

212. Entre estos mercados era famoso en el tiempo de los emperadores el de Delos. Estrabón, XIV, 5, p. 668.

213. Sobre su suerte, véase Suidas en *Biogr.*, p. 445, de Westerm.

214. También era éste el precio corriente en el Peloponeso para la venta de prisioneros de guerra (Herodoto, VI, 79. V. la referencia directa de Jenofonte, *Mem.*, II, 5, 2. Para el siglo IV, Demóst., *In Nicostr.*, al comienzo). Claro que hubo precios especiales para esclavos destacados en algo. Esparta apenas si utilizó esclavos comprados, y evitó con ello un gasto importante.

215. Más tarde, seguramente a consecuencia del empo-

clavos —apenas otra cosa que un concubinato tolerado por el amo— podía tener interés solamente porque los mejores de entre ellos quedarían más afectos, por razón de sus hijos, al bienestar de la casa.[216] Porque los malos, dice Jenofonte, con la ayuda de una compañera se hacen peores. De los hijos de esclavos no se esperaba gran cosa.[217] La pérdida anual se calcula en un 10 por 100, y el esclavo poseído procuraba conservársele como un animal útil. «Tranquilamente se dejaba padecer y morir a los amigos, pero al esclavo enfermo se le trae un médico y se le cuida; si se muere, duele y se considera como un gran daño.»[218] Podemos preguntar qué ocurría cuando una comarca se encontraba tan depauperada que no se podía comprar ningún esclavo más, y también los hombres libres decrecían en número y repudiaban el trabajo más que nunca. Acaso se producía un rápido despoblamiento.

Fue obvio el empleo de esclavos en el servicio ordinario de la casa y del campo;[219] en la panadería fueron preferidos más tarde los capadocios, los frigios y los lidios.[220] En fincas grandes hubo un esclavo jefe, y para las esclavas hubo desde un principio una ama de gobierno, que recibía instrucciones detalladas y debía ser tra-

---

brecimiento progresivo de Grecia, cambiaron las cosas, y se debió llegar a la «cría» de esclavos, pues que no alcanzaba para comprarlos. Durante la última guerra aquea contra los romanos (146 antes de C., v. Polib., XL, 2), pudo el desalmade Dieo ordenar a las ciudades mandadas por sus partidarios que dejaran en libertad a 12.000 esclavos de los nacidos y criados en las casas, y se los enviaran a Corinto; de no alcanzar el número señalado, se completaría la cifra asignada a cada ciudad con esclavos de otro tipo.

216. Jenof., *Econom.*, IX, 5 Arist., *Econom.*, I, 5.

217. Euríp., *fragm. incert.*, 88, 'Ακόλαστα πάντη γίγνεται δούλων τεκνα V. Teogonis, 137.

218. Jenof., *Memor.*, II, 4, 3.

219. Cómo se podían alquilar los esclavos que no se necesitaban de momento, v. Aristóf., *Las ranas*, 196.

220. Aten., III, 77.

tada discreta y humanamente.[221] También los esclavos ocupados de trabajos cualificados (τὰ ἐλευθέρια τῶν ἔργων debían ser tratados, al entender de Aristóteles, más liberal y honrosamente, mientras que los que se dedican a trabajos ordinarios tienen bastante con una alimentación abundante. Economías domésticas amplias podían encomendar a un vigilante que estuviese a lo que entraba y salía, para lo que podía servir un esclavo que no fuese utilizable en otros trabajos.[222]

Acerca de los esclavos menestrales nos ilustra una conversación en las *Memorables*, de Jenofonte;[223] se habla de los dueños de un molino, de una panadería y de varios talleres donde se fabrican diversas ropas (clámides, clánides y exomides): «compran bárbaros y los obligan a trabajar como es debido». No dejaría de tener su interés señalar que muchas obras nobles de las artes industriales atenienses han sido realizadas por estos bárbaros instruidos al efecto. El amo tenía que entender en la materia, lo que no es posible imaginar si no se apeaba alguna vez del encopetado criterio que desprecia al vil trabajo, y se ponía manos a la obra; pero esto se trata de ocultar, en lo posible, respecto a los padres de los personajes famosos. El padre de Sófocles «no tuvo más que esclavos mineros y albañiles», y los del padre de Isócrates «fueron fabricantes de flautas».[224] Algunos talleres llegarían en ocasiones a tener cientos de esclavos, pero en las minas los encontramos por miles, propiedad del Estado o de un patrono particular. La vida mortal de estas masas no daba que pensar a los ciudadanos más que cuando se convertían en un peligro amenazador. En un escrito, que sería de desear no fuera

221. Jenof., *Econom.*, 9, 11.
222. Arist., *Econom.*, I, 5, 6.
223. Jenof., *Memor.*, II, 7.
224. Σοφοκλ, βίος al principio. Plut., *Decem oratt. vitae*, 4.

atribuido a Jenofonte,[225] se describe a los atenienses en forma sugestiva la manera de aumentar con provecho el número de esclavos en las minas de plata; con 10.000, los ingresos ascienden a cien talentos, y si se sigue aumentando, toda la Atenas libre podría vivir de ellos. Como si no hubiese habido ya bastantes esclavos domésticos y rurales en Atenas, opina Jenofonte que el Estado debía procurarse tantos esclavos para las minas cuantos necesarios fueran para que tocaran a tres por ciudadano, esto es, 60.000; entonces Atenas podría desenvolverse «más ordenadamente y ser más guerrera» que nunca. Estos proyectos son tan absurdos como los que les preceden sobre el trato de favor a los habitantes extranjeros o metecos, que tenían que ser atraídos; se les debía dispensar del servicio militar que venían prestando y procurarse buenos ingresos de la capitación de los metecos. ¡Qué caro le hubiese salido a Atenas de atender este consejo para vivir de rentas! Hubiese bastado una sola batalla desgraciada, en la que sucumbieran numerosos ciudadanos, para que los metecos, ya de por sí bastante numerosos, se convirtieran en amos del Estado (socavado en un sentido literal). En su mayor parte se trataba de lidios, frigios, sirios, como la mayoría de los esclavos, y acaso una parte de ellos no eran sino descendientes de libertos. Se añadiría aún la liberación de los esclavos de las minas y de los domésticos. El autor[226] termina aconsejando que se pregunte en Dodona o en Delfos si las medidas propuestas podrían tener éxito y bajo la protección de qué dioses.[227]

225. *De vectigalibus*, περὶ πόρων.

226. ¿Puede ser el mismo Jenofonte que habla acerca de los esclavos rurales con el tono de un educador bienintencionado?

227. Dejamos aparte los esclavos de los templos, y la conocida referencia de Estrabón (VIII, 6, 20, p. 238) acerca de las hieródulas en el templo de Afrodita en Corinto. Se

Resulta un poco difícil representarnos una Grecia que, junto a cuatro o cinco millones de hombres libres, poseía doce millones de esclavos, casi todos de procedencia no griega (Hellwald); el Ática, con cuatro veces más esclavos que libres (Curtius), sin pensar en algunas ciudades industriales, como Corinto, donde los libres no representan más de una décima parte, pues la región de Corinto poseía 460.000 esclavos,[228] y Egina 470.000, aunque estas cifras que nos transmite Ateneo como procedentes de Aristóteles, requieren, acaso, una rectificación fundamental, pues, de lo contrario, no hubiera habido sitio para ellos en la pequeña isla, sin contar con los libres. Podemos preguntar si ese número considerable se obtuvo multiplicando su número, que se creyó simultáneo, pero que sería sucesivo, de trirremes y pentecónteras por el número correspondiente de remeros. En lo que respecta a Corinto, Herodoto autoriza (II, 167) alguna conjetura cuando afirma que allí era donde menos se despreciaba el trabajo manual libre.

Nunca se olvidaron los grandes peligros que la esclavitud traía consigo. Pero téngase presente que las muchedumbres que en ocasiones se adueñaban de las ciudades, no se componían de esclavos, como se podría deducir del nombre (δοῦλοι), sino de viejas poblaciones campesinas sometidas; por ejemplo, los calicirios de Siracusa que hemos citados antes;[229] los periecos de Argos, que tomaron como compañeras a las mujeres de la ciudad, empobrecida de ciudadanos,[230] y lo mismo los supuestos esclavos de la Volsena etrusca;[231]

---

trataría de esclavas compradas y enviadas allí por gente acaudalada. Pero, ¿hubo alguna vez mil de su clase a un tiempo?

228. Aten., VI, 1113.

229. Herodoto, VII, 155.

230. Herodoto, VI, 83, para rectificarlo con Plutarco: *De mul. virt.*, I, c. 4.

231. Valer. Máx., IX, 1.

las grandes guerras de esclavos en Sicilia ocurrieron bajo la dominación romana, cuando el régimen latifundista había provocado un incremento enorme de su número. Al mismo tiempo que la segunda de estas rebeliones de Sicilia (hacia el año 100 a. de C.) tenía lugar en el Ática la rebelión de los esclavos de las minas, que se habían acrecentado hasta «varias miríadas»; asesinaron a sus guardianes, ocuparon la acrópolis de Sunion y devastaron por largo tiempo el país.[232] El número de ellos sería ahora, acaso sobrepasaría, el deseado por Jenofonte, y daba sus frutos. Pero en la misma época de la Grecia libre bastaba un trastorno cualquiera de la situación general para que se produjera una gran agitación entre los esclavos.[233] Cuanto mayor era el número de éstos, más duro el trato y tanto mayores en ellos los deseos de venganza y libertad.[234] En tiempos de guerra se temían sobremanera las deserciones en masa de los esclavos, y el alivio del trato durante ese tiempo[235] no debe sorprendernos demasiado. Los atenienses, cuando su ejército era vencido en Sicilia y el rey Agis se presentaba con sus espartanos en Decelia (413 a. de C.), vieron cómo se les escapaban 20.000 esclavos, la mayoría menestrales (χειροτέχναι).[236] Es muy posible que estos escitas y asiáticos, preparados en el oficio con paciencia y gastos, cayeran en la miseria o en el bandidaje, pero a toda costa querían verse libres de sus amos, aunque no les cupiera esperanza alguna de volver a su patria. Hubiese sido menester

232. Aten., VI, 104.
233. V. en Polien., I, 43, 1, los esclavos siracusanos en el ataque de los atenienses, y la añagaza de Hermócrates para dominarlos.
234. Esta conexión a la vista en Tucíd., VIII, 40.
235. Aristóf., *Pax*, 451; *Nub.*, 6 y s.
236. Tucíd., VII, 27. Cuando Demetrio Poliorcetes se apoderó de Megara y su ejército saqueó la ciudad, desaparecieron casi todos los esclavos. Plut., *Demt.*, 9.

que toda Grecia, y lo mismo cada polis, se mantuviera unida y tranquila para poder explotar sin temor alguno a los esclavos; pero desde un principio la queja es continua porque una ciudad acoge los esclavos fugitivos de otra,[237] sin reparar en el mal ejemplo suministrado a los esclavos propios. En la guerra era un recurso habitual promover la rebelión de los esclavos del enemigo, todo el que podía ponía en seguridad, no sólo la familia, sino también los esclavos.[238] Cuando se ganaba una batalla naval se hacía libres a los esclavos, los remeros de la flota, y se ataba al banco a los libres.[239] En las revueltas, a menudo tan sangrientas, dentro de la polis, el partido que estaba necesitado de muchos auxiliares se dirigía a los esclavos con promesas de libertad,[240] y en Corcira (429 a. de C.), la aristocracia y el demos compitieron en este terreno,[241] con el triunfo definitivo del último. Como el partido que solicitaba el auxilio no podía excluir la libertad de sus propios esclavos, se perdía de golpe un gran capital, pero la pasión partidista pasaba por todo. Cuadrillas de esclavos escapados o libertados por ese procedimiento se mantendrían unidas para vivir en bandidaje. Los terribles peridinos de la Magna Grecia debieron de ser esclavos fugitivos, y Platón se ocupa de ellos a propósito de los peligros que para una ciudad significaba la presencia de demasiados esclavos de idioma común.[242]

Pero también en los tiempos de paz la nación griega paga las consecuencias de que los habitantes libres de las ciudades y comarcas importantes desprecien el tra-

237. Tucíd., I, 139.
238. Herodoto, VIII, 41, 44.
239. Tucíd., VIII, 15.
240. Polien., II, 13.
241. Tucíd., III, 73.
242. Platón, *De legge*, VI, p. 777.

bajo. Como veremos, había algunas pocas excepciones, pero en el Ática se sabía muy bien que los esclavos no albergaban muy buenas intenciones respecto a sus amos.[243] La manera de pensar corriente entre los esclavos de la ciudad la vemos retratada en el diálogo entre Xantias y Éaco en *Las ranas*, de Aristófanes (v, 738 y siguiente); se mete uno en todo, se escucha la conversación de los amos para contarla luego; después de una paliza refunfuña fuera, y no hay mayor placer que maldecir en secreto al amo. Lo que daba tranquilidad al amo era la proximidad de otros dueños de esclavos: «los ciudadanos se sirven mutuamente de escolta voluntaria contra los esclavos».[244] «Los ricos de las ciudades —dice Platón—[245] que poseen muchos esclavos, viven sin temor, porque toda la ciudad está dispuesta a ayudar a cada uno. Pero si un dios trasladara a un propietario de cincuenta esclavos, con toda su familia y patrimonio, a un lugar desierto donde ningún hombre libre pudiera acudir en su socorro, ¡qué miedo el suyo de que los esclavos acabaran con él! Se vería forzado a tratar consideradamente y con promesas a algunos de ellos y a decretar la libertad de otros, sin motivo alguno; se convertiría en adulador de sus siervos o en su víctima.» Los autores cómicos colocarán después en la serie de desgracias habituales la muerte en manos de los esclavos.[246] Un señor cuyos esclavos están enterados de una acción irregular de su amo, se considera como «el más desgraciado de todos los hombres»; los esclavos suyos eran los verdaderos amos, seguros de la impunidad en todo caso, y de la libertad si se la pedían.[247]

243. κακονούστατοι, dice Lisias (*Orat.*, VII, 35) de una manera muy clara y general.
244. Jenof., *Hieron*, IV, 3.
245. Platón, *Polit.*, IX, 5.
246. Aten., III, 62, de Antífones.
247. Lisias, *Orat.*, VII, 16.

El esclavo muy inteligente pasaba como molesto y peligroso, sobre todo si se había apropiado la manera de pensar de los libres;[248] era mucho mejor que los esclavos no pensaran más que en su comida.[249] También en el campo, donde las circunstancias eran, sin embargo, mejores, el amo, al decir de Aristóteles,[250] tenía que levantarse el primero y acostarse el último; la casa tenía que estar vigilada como una ciudad.

El trato que reciben los esclavos está condicionado de antemano por el hecho de que casi todos ellos son bárbaros o semibárbaros. El menosprecio intelectual que vemos en Platón y Aristóteles,[251] deriva seguramente de ese hecho, aunque no se hace referencia expresa a él, y si en la realidad Aristóteles fue bondadoso y humanitario, como nos demuestra su testamento,[252] ello habla tanto más a su favor. No vamos a detenernos con la consabida cuestión de si el esclavo posee alguna virtud (ἀρετή) y cuál sea ella, ni con la opinión que cree que es de calidad inferior y tan por bajo del hombre libre como el cuerpo del alma, o el animal respecto al hombre, y que le falta la decisión reflexiva (τό βουλευτικόν); parece como si el dicho de Eumeo,[253] de que Zeus no recibe de la jornada de un hombre esclavizado sino la mitad de su valor, en tiempos posteriores se juzgó como demasiado suave. Nada hay sano, nos dice Platón, en el alma de un esclavo. Se era completamente insensible para dejarse rodear y

248. Euríp., *Fragm. Alexandr.*, 6; *Fragm. Antiope*, 10.
249. γαστὴρ ἅπαντα, τοὐπίσα δ'οὐδὲν σκοπεῖ.
250. Arist., *Econ.*, I, 6.
251. Arist., *Polit.*, I, 2, 5; III, 5; más suave en *Econ.*, I, 5. Para caracterizar la opinión de Platón, *De legge*, VI, p. 7 y s. Proclama expresamente (*Polit.*, V, p. 469) que sólo los bárbaros tienen que ser esclavos.
252. En Diog. Laert., V, 1, 9. Igualmente el testamento de Teofrasto (*Ibdo*, V, 2, 14) y de Licón (*Ibd.*, V, 4, 9).
253. *Odis.*, XVII, 322.

servir por una masa de hombres cuya vida era peor que la muerte.[254] Jurídicamente, el esclavo se hallaba garantizado contra la muerte arbitraria y la violación (seguramente que no por consideración a él, sino para moderar el desenfreno del dueño); pero, por lo demás, entregado a cualquier castigo y a los malos tratos.[255] Representaba una desgracia para todos los esclavos la existencia de la clase más desgraciada, la de los esclavos de las minas, que durante siglos tuvo que soportar todo lo que se puede imaginar contra la especie humana; no se les toleró más que lo necesario para que subsistieran y conservaran sus fuerzas,[256] y debieron de permanecer sujetos permanentemente, fuera de las horas de trabajo. También entre los esclavos corrientes se dio frecuentemente este sistema, y no como castigo, sino para evitar la huida; un dueño, nos dice Jenofonte, ata a todos sus esclavos y, sin embargo, se le escapan a menudo, y otro no ata a ninguno, y le trabajan y permanecen fieles.[257] Jenofonte, que se ocupa de los esclavos del campo, representa la parte más humanitaria del pensar griego, que trata de premiar a los mejores seclavos, no sólo con mejores vestidos, sino con un trato educador, en el sentido de la justicia y de la afición al honor, presentándoles como fin último la

254. Platón, *Georg.*, p. 483, 6. La Io de Eurípides (V. 1.381) no quisiera conocer a su madre, si es que ha nacido de una esclava.

255. Pa posibilidad de que el esclavo podía reclamar legalmente el ser vendido (πρᾶσιν αἰτεῖσθαι), para encontrar un dueño mejor, no habría servido de gran alivio, ni ha debido de practicarse apenas. El que quería esclavos los encontraba en cualquier otro sitio, y prefería éstos que al que quería sacudirse de su dueño ateniense.

256. Acaso la caverna platónica (*Polít.*, VII) se inspira en impresiones de estas minas. V. Plut., *compar. Niciae c. Craso*, I: ἀπό μετάλλων ἐργασία ἧς τὰ πλεῖστα τόποις ὑπούλοις καὶ νοσεροις. Así durante los emperadores.

257. Jenof., *Econ.*, 3, 4. V. *Menor.*, II, 6, 9.

libertad.[258] La preferencia del esclavo por el campo[259] se explica por su procedencia rural, y tal vez por la consideración de que, con un dueño un poco razonable, su suerte podía ser casi similar a la que le aguardaba de volver a su patria. El esclavo pastor sería tratado como un criado de ahora, pues el cuidado de los animales dependía mucho de su buena voluntad; los pastores sicilianos y suditales de Teócrito, esclavos sin duda alguna,[260] son propietarios (también se da este caso en los esclavos rústicos de Jenofonte), y pueden disponer de corderos y cabritillas y hacer regalos delicados. Cuando se celebran banquetes y francachelas, los esclavos hacen buen acopio,[261] y durante las fiestas y sacrificios participan de la algazara del día; Aristóteles opina que más se deben celebrar teniendo en cuenta a los esclavos que a los libres.[262] En Arcadia se celebraban grandes festejos,[263] a los que se invitaba a los señores con sus esclavos, y se les servía los mismos platos y el vino se escanciaba en la misma crátera. También se celebraban en algunas comarcas fiestas en las que los señores servían a los esclavos, y jugaban con ellos a los dados, y cuando los griegos conocieron las saturnales

258. Jenof., *Econ.*, III, 15; XIII, 9 y s.; XIV, 4 y s. La libertad como meta y recompensa, en Arist., *Econ.*, I, 5. Más adelante podemos recoger la opinión humanitaria de Plutarco, que reprocha a Catón el haber vendido esclavos llegados a viejos: *Cato mayor*, 4, 5.

259. Jenof., *Econ.*, V, 10. Recuérdese que, en el año 413, a los atenienses no se les escaparon los esclavos rústicos, sino los menestrales.

260. Esto dice expresamente *(Idilio*, V, 5 y s.) de uno de los interlocutores, y también el otro es designado como libre irónicamente.

261. Las ὑπολειπόμενα de una comilona pública, Aten, IV, 32, hay que interpretarlas como restos considerables.

262. Arist., *Econ.*, I, 5.

263. Aten., IV, 31, recogido de Teopompo. Acaso el número de esclavos en Arcadia no fuera muy grande.

romanas, en las que ocurría lo mismo, dijeron que se trataba de una «fiesta completamente helénica».[264] La esclava beoda es un tema corriente en la poesía y también en el arte plástico.[265]

Pero, tomadas las cosas en conjunto, en el campo, lo mismo que en la ciudad, lo fundamental fue la desconfianza y el desprecio,[266] sentimientos que señala Platón como los adecuados para con los esclavos; según su opinión, el amo no cometerá con ellos injusticia, pero, en cuanto se hallen en falta, deberá castigarlos inmediatamente, pues las buenas palabras no hacen sino envalentonarlos; no se permitirán bromas con ellos, pues con ello no se hace sino dificultar, respectivamente, el mando y la obediencia; cada palabra debe ser una orden; la propiedad de hombres tiene también sus dificultades.[267] El trato corriente nos lo describe brevemente Jenofonte:[268] los amos sujetan la sensualidad de los esclavos poniéndolos a ración; su propensión al hurto, cerrando todo lo cerrable; sus ganas de evadirse, atándolos, y su pereza la sacuden a palos. También las esclavas pueden ser objeto de semejante trato.[269] Se recomienda no castigar a los esclavos en momentos de cólera, ni por ellos, sino por temor a su venganza.[270] Los ricos de abolengo eran, por lo general, amos más considerados, mientras que los nuevos ricos solían ser crueles y, en verdad, de manera excesiva.[271]

264. Ateneo, XIV, apoyado en Baton.

265. Aristóf., *Pax*, 357; *Eccless.*, 1.118. Compárese la conocida estatua capitolina.

266. Con frecuencia se les reprocha su voracidad. Aristófanes, *Plut.*, 190 y s., en los cómicos diálogos de amo y esclavo.

267. Platón, *De legge*, VI.

268. Jenofonte, *Memor.*, II, 1, 16.

269. V. Lisias, *Orat.*, I, § 18, donde se amenaza a una esclava diciéndole que μαστιγωθεισαν εἰς μυλῶνα ἐμβαλεῖν.

270. Jenof., *Hellen.*, V, 3, 7.

271. Esquilo, *Agam.*, 1.043. Acaso sea el primero Plutar-

En Atenas, desde la guerra del Peloponeso, los esclavos se comportaron con bastante libertad y descaro. Su blusa [272] apenas se distingue de la de los ciudadanos y metecos pobres; [273] a menudo, su situación era mejor, porque podían poseer un peculio, considerable a veces, a juzgar por lo que nos revela el teatro. Frecuentemente se les llevaba a la guerra, pero sólo como mozos de armas, y los caídos recibían honrosa sepultura a expensas del Estado.[274] Los supervivientes, en algunos casos, fueron declarados libres, bien por sus amos o por el Estado,[275] y en Atenas, luego de la batalla de Queronea, el demos tuvo el propósito de libertar a los esclavos, de conceder el derecho de ciudadanía [276] a los metecos y de rehabilitar a los degradados civilmente. «Hoy son muchos los esclavos —dice un autor cómico de entonces [277]— que mañana serán ciudadanos de Sunion y pasado mañana tendrán parte en el ágora» (es decir, que gozarán de la plena ciudadanía ateniense). El idioma no debió de constituir una dificultad mayor,

co —en tiempo del Imperio— quien (*De cohibenda ira*, c. 11) señala que la dureza con el esclavo puede hacer malo al mismo dueño: «Después llegué a preguntarme si no será mejor que los esclavos se hagan peores por la tolerancia que se tiene con ellos, que no que uno mismo, por enmendar a los demás, se corrompa a fuerza de amargura y cólera (διαστρέφειν).

272. χατωνάκῃ, Aristófanes, *Eccle.*, 724.

273. (Pseudo) Jenof., *De re p. Athen.*, I, 10 y s. Cuando más tarde, Ifícrates (Polien, III, 9, 52) hace cambiar sus vestidos a los soldados y esclavos para preparar una emboscada, no quiere esto decir que los esclavos llevaran con exclusividad un traje especial.

274. Pausan., I, 29, 6; 32, 3. No se olvide que algunas veces fueron enterrados magníficamente animales que habían descollado por algo, y honrados con inscripciones funerarias. V. el pasaje arriba citado de Plut., *Cato maj.*, 4, 5.

275. Aristófanes, *Ran.*, 33.

276. Licurgo, *In Leocr.*, 39 y s. La mayoría de los votantes no tendrían acaso ningún esclavo.

277. Anaxandridas en Aten., VI, 83.

ya que los esclavos aprendían rápidamente el griego, aunque los escitas con más dificultad que los asiáticos.[278] Partiendo de este hecho, era imposible que en una ciudad como Atenas, donde nadie ponía límites a sus palabras, los esclavos no comenzaran a expresarse con cierto descaro; en tiempos de Demóstenes se hacen oír más que los ciudadanos en otras ciudades,[279] y parece que visitaron el teatro y participaron algunas veces en los misterios áticos, y en los momentos en que dominaban las facciones se les vio irrumpir en la Asamblea popular.[280] Sería grande su regocijo cuando, por ejemplo, en el *Ión* de Eurípides (v, 854) el pedagogo —un esclavo— empieza a recitar: «Sólo una cosa es vergonzosa en el esclavo: el nombre, porque, por lo demás, si es un hombre digno, en nada es inferior al libre».[281]

Pero el esclavo en Atenas podía percibir de la manera más cruel la inferioridad de su suerte. «Algunos —nos dice Platón[282]— no tienen confianza en sus esclavos, y les aplican a menudo el aguijón y el látigo, con lo que acaban por someter a servidumbre sus almas.» Pero, además, había un tormento judicial de los esclavos, que no hay que pensar fuera aplicado raras veces. En los procesos, aun en los de materia privada, el amo podía ofrecer sus esclavos o pedir los de su contrincante, para propio descargo

278. V. el griego que habla el escita en las *Tesmoforias* de Aristófanes. Es probable que lo primero que los esclavos contaban a los niños fueran fábulas de animales, que divertirían a los mayores por la ingenuidad de la exposición. Con el incremento de la esclavitud coincide la importante figura de Esopo.

279. Demóst., *Phil.*, III, p. 111.

280. En el juicio sobre Foción, Plutarco, *Phok.*, 34.

281. En Eurípides, hasta en los fragmentos, encontramos los lugares comunes de entonces, lo mismo en favor que encontra de los esclavos.

282. Platón, *De legge*, VI, p. 777, a.

o para cargo de su contrario. Los tormentos enumerados por el Xantias de Aristófanes[283] —tensarlos sobre una escalera, colgarlos de los brazos, agarrotarlos, echarles vinagre en las narices, cubrirles con ladrillos—, no agota ni con mucho la serie; su interlocutor Éaco recuerda las heridas graves (πηροῦν), y que el medio más seguro para sonsacar la verdad era la rueda (τροχός) que descoyuntaba el cuerpo. Que se ofrecieran los esclavos propios para someterlos al tormento, esclavos que en el fondo odiaban a su amo y tratarían de declarar contra él, se consideraba como prueba suprema de estar en lo justo, y el contrario que rechazaba el ofrecimiento daba muestras de no tener una conciencia muy limpia,[284] de lo contrario, hubiera pedido que se procediese a esa prueba antes que la ofreciese la parte contraria. El orador Licurgo, cuyo rudo patetismo nos revela tanto sobre las prácticas del siglo IV, al pedir el tormento para los esclavos de su víctima, Leócrates, considera el tormento de los esclavos como el medio más justo y moderado de que dispone el demos para la indagación de un hecho litigioso;[285] Leócrates se niega a la petición, y parece poner en evidencia su «sucia conciencia», como si los sentimientos humanitarios y la afección por los propios esclavos no contaran para nada. Para comprender el motivo verdadero de este trato general, tenemos que retroceder a una generación anterior, la de Iseo,[286] quien declara seca y terminantemente ante el tribunal: «Vosotros, jueces, siempre que tengáis que escoger entre el testimonio de hombres libres y el de los esclavos sometidos al tormento, elegid en justicia (εἰκότως) este

283. Aristóf., *Ran.*, 616 y s.
284. Lisias, *Orat.*, VII, 34 y s. V. Frohberger, *Discursos escogidos de Lisias*, p. 318. Esquines, *de falsa legationes*, párrafo 126.
285. Licurgo, *in Leocr.*, 28-34.
286. Iseo, *Orat.*, VIII, 12.

último, por la razón de que parece que algunos hombres libres han solido deponer testimonio falso, lo que no se ha podido demostrar en el caso de los esclavos sometidos a tormento». El perjurio y el falso testimonio eran en la Atenas de entonces el pan de cada día. De este modo, teniendo que referirse en última instancia al testimonio forzado, no se pudo evitar que con el tiempo también los hombres libres fueran sometidos al tormento.[287] Podemos preguntarnos cómo las grandes inteligencias de la época pensaron sobre el particular. Aristóteles trata del asunto desde el punto de vista práctico,[288] al ocuparse del orador forense en su *Retórica*, pero nos delata su propia opinión: «Si es de interés de nuestra parte que se aplique el tormento, el orador alabará el tormento, ya que los testimonios de los atormentados son los únicos verdaderos, entre todos; pero si el tormento no nos conviene y si favorece a la parte contraria, entonces podrá invalidar la utilidad del tormento, colocando a la verdad por encima de toda clase de tormentos; porque en el potro se dice tanta mentira como verdad; pues ocurre que los sometidos al tormento aguantan sin confesar la verdad, y declaran con mucha facilidad algo falso para verse libres del mismo». La concesión, pues, llega hasta ese extremo. A tenor de todo este capítulo, muchas de las instituciones jurídicas y políticas de los griegos, que tanto quehacer dan a los eruditos, nos pueden dejar bastante impasibles.[289]

287. V. Schäfer, *Demóstenes*, II, p. 346. V. C. F. Hermann, *Staatsaltertum*, § 141, nota 16, donde (*Rhetor. ad. Alex.*, XVII, 1) se confirma también que los atormentados tenían interés en decir la verdad, mientras que los libres su interés lo tenían en mentir. Excepcionalmente encontramos el tormento aplicado a los libres ya en el proceso de los Hermocopidas.

288. Arist., *Rhet.*, I, 15, 26.

289. V. Todavía, sobre el tema, Apéndice 8 y la comparación con Roma.

El esclavo es una cosa, y cualquier trato de favor que se recibe no es sino aparente; por ejemplo, la vigilancia de los niños hasta el fin de la adolescencia, encomendada generalmente a los esclavos como pedagogos.[290] Hay que tener en cuenta que generalmente les incumbía la parte negativa de la educación, guardarlos y preservarlos, mientras que las lecciones se recibían de un profesor libre, y recordar, sobre todo, que hubiese sido posible encontrar hombres libres como pedagogos, pero de momento nada más, porque ningún hombre libre, es decir, ningún conciudadano servía para poder vivir dependiente (ὑπαίτιος) de otro. Además, con los esclavos se tenía mayor seguridad en cuanto a la ausencia de relaciones amorosas con los muchachos;[291] generalmente se trataba de un bárbaro, entrado en años, y al que muchas veces se le confiaba ese cargo porque no servía ya para otra cosa. No debía ser muy difícil, al cabo de años, escoger entre varios esclavos el más apropiado para el oficio,[292] y tampoco debieron de faltar ejemplos de mutua fidelidad y afecto, como lo demuestran algunas estelas funerarias dedicadas a excelentes esclavos pedagogos, y otras dedicadas a las amas, también esclavas.[293]

De los puestos en libertad no se tenía una gran opinión. Era natural que el esclavo ingrato y rencoroso, una vez libre, a quien «más tenía que odiar entre todos los hombres» era a su ex señor, pues que éste

290. C. F. Hermann, *Privataltertum*, § 34.

291. Temístocles escogió eunucos como pedagogos de sus hijos: Polien, I, 30, 3, 4.

292. Plutarco se queja, en *De liberis educ.*, 7, que muchos padres emplean a los esclavos más laboriosos en sus negocios, mientras que abandonan sus hijos a los inútiles, que no saben más que de comer y beber. Luego viene una frase muy expresiva de Aristipo.

293. *Anthol. Graeca*, ἐπιτυμβια, 178, 19, 663, y especialmente el epitafio 458.

le había conocido en la esclavitud.[294] En la comedia ática nueva el liberto es presentado a menudo como acusador (con toda seguridad de su señor), como si «todo el placer del libre discurso consistiera en la acusación»,[295] y lo que la poesía representa típicamente ha tenido que darse con cierta frecuencia en la vida. Por otra parte, se puede suponer que el esclavo que sigue bajo el dominio de su dueño sale un poco favorecido, ya que el autor ha tenido que complacerse un poco con el personaje principal de la obra, el que conduce toda la trama, el pícaro, inventor de todos los recursos; pero también faltan los malos esclavos. El liberto desastroso del *Timón* de Luciano (cap. XXII) corresponde de seguro a los tiempos del Imperio romano no menos que el petrónico Trimalción.[296]

Había casos especiales en que un talento específico rompía con todas las convenciones, cuando una actividad determinada exigía capacidades que sólo excepcionalmente se daban en las familias griegas libres, y no eran hereditarias. En los discursos forenses de Demóstenes en favor de Apolodoro[297] nos damos cuenta de una actividad de esta especie cuyo ejercicio se transmite entre esclavos, como el mando de Egipto entre los mamelucos. Al servicio de un cambista ateniense, Arquéstrato, se distinguió el esclavo Pasión por su aplicación y honradez, en forma tal que su amo le declaró libre y, cuando abandonó el negocio, se lo transmitió a él. Claro que retiró del negocio la mayor parte de su fortuna, pero siguió ayudando a Pasión con su crédito. Éste hizo buen negocio y se convirtió en el primer ban-

294. Demóst., *Adv. Timócrat.*, p. 739.
295. Plut., *De adulatione*, 25.
296. Muy instructivo Demóstenes, en su *In Neaeram*, acerca de la hetera como esclava y como liberta.
297. Schäfer, *Demóstenes*, III, Sección II, p. 130.

quero de Atenas; cumplió con tanta generosidad con sus deberes para con el Estado, que el pueblo le concedió a él y a sus descendientes el derecho de ciudadanía. Ya viejo, cedió su negocio, junto con una fábrica de escudos (a título, seguramente, de alquiler) a Formión, que había sido primero esclavo suyo; luego, libre, su tenedor de libros y cajero, y cuando murió, dejando viuda y dos hijos, dispuso en su testamento que Formión casaría con la viuda y sería tutor de uno de los hijos. Sería interesante saber de qué país y de qué raza procedían Pasión y Formión.

Finalmente, se comprende por sí solo que para toda ocupación especial y regular, por lo tanto no libre, a las que el Estado, y sobre todo el refinado ateniense, no podían renunciar, se emplearan esclavos. Les correspondían regularmente las funciones de último orden, la policía, el secretariado, etc. El esclavo que había obtenido la libertad no pretendía un empleíllo de éstos, sino que se hacía demagogo o pasaba hambre. Solamente aquellos cargos que eran a la par granjería (ἀρχάς) eran solicitados por el demos.[298]

## La aristocracia griega

Pocos detalles conocemos acerca de las formas cobradas por los estados griegos cuando se derrumbó la monarquía;[299] las épocas posteriores apenas si entendían las pocas noticias que les quedaban, y lo que tenían de presente las oligarquías vacilantes de algunos estados del siglo IV, más bien podía desorientarles en el conocimiento de la vieja aristocracia. Tampoco nos intere-

298. Jenof., *De re p. Athen.*, I, 3.
299. Ni siquiera se ha transmitido la figura del βουλή ático en tiempo de los eupatridas.

san ahora las diversas formas políticas que la misma revistió. En este sentido, ya sabemos que su forma más depurada la obtiene allí donde, a consecuencia de la invasión dórica, una estirpe victoriosa se constituye en exclusiva aristocracia terrateniente del país (Esparta). Demos por sabido cómo la aristocracia oligárquica se forma de la corte del rey, o de aquellos que se hicieron con riquezas bastantes como para mantener caballos, o de los especialmente capacitados para la guerra, o de una sola familia real,[300] y cómo esta aristocracia posee las mejores tierras o se las arrebata a los libres, como la casta posee los cargos sacerdotales importantes y la magistratura,[301] abusando de esta última hasta el extremo de vender al deudor, como esclavo al extranjero (Atenas). Esta aristocracia fue poderosa mientras se mantuvo numerosa y la propiedad de la tierra siguió siendo lo único decisivo; los aristócratas ni sabían ni pretendían adquirir bienes muebles en provecho exclusivo, a diferencia de la casta dominante fenicia, que lo entendió perfectamente. Ya indicamos más arriba cómo los hombres libres que habían perdido sus tierras formaban la masa más considerable de los que marchaban a fundar colonias y cómo los esclavos comprados llenaban en lo posible sus huecos.

La forma de estado aristocrático nace espontáneamente, y sólo en las pequeñas ciudades del Asia Menor y de la Magna Grecia, que eran ya colonias, debió de actuar la reflexión al constituir, por una especie de contrato, el imperio de los más ricos o timocracia. La duración de la aristocracia (y, como veremos, de la tiranía

300. Sobre esto, Diodoro, *Fragm.*, I, VIII. Con motivo de sucesiones violentas dentro de la familia real, todos los vástagos de ella, más de doscientos en número, se apoderaron del mando y nombraron un prítano anualmente.

301. V. Apéndice 9.

que alterna con ella) era diferente, según que el desarrollo de las fuerzas que le eran extrañas se diera con un ritmo más o menos rápido; en conjunto, podemos decir que la aristocracia tuvo el poder en sus manos durante tres o cuatro siglos. Esta época, a pesar de diversas guerras a ambos lados del archipiélago, se nos presenta, comparada con la que le sigue, como época de paz y armonía. La aristocracia se siente como la clase superior común de la nación; bajo ella no estuvo a la orden del día, como después, la desconfianza y el aniquilamiento recíprocos, y esto es algo que no hay que olvidar.

La aristocracia no era sólo un poder político, sino también social, y este estado de cosas perduró en la Grecia posterior, cuando no quedaba piedra del viejo Estado aristocrático. El grandioso legado del período aristocrático a toda la nación fue la καλοκαγαθία, con lo que se expresa el concepto unitario procedente de la fusión de una convicción moral, otra estética y otra material, y que no es posible reproducir con fidelidad, por lo que nos contentaremos con circunscribirlo; el acento estéticomoral reside más bien en χαλός, y el material en ἀγαθος, ya que en Homero[302] encontramos los ἀγαθοι, los distinguidos y ricos, en oposición a los insignificantes (χείρονες, χέρηες). Esa fusión que se llevó a cabo en una etapa juvenil de la vida griega, pervivió luego todo el tiempo que hubo helenos sobre la tierra. Los filósofos se empeñaron vanamente en dar un sentido nuevo a la καλοκαγαθία, y tampoco la democratización

302. *Odis.*, xv, 324. Prescindimos de otras numerosas expresiones, palabras de sentido múltiple y variable. En Aristóteles, véase *Polít.*, IV, 6; V, 1: «Aristocracia es riqueza heredada, unida con la excelencia.» En Hesíodo (*Opp, et die*, 312), también la riqueza adquirida trae consigo distinción y gloria. En Píndaro, el importante pasaje *Ol.*, 2, 98, acerca de todo aquello que ὁ πλοῦτος ἀρεταῖσ δεδαιδαλμένος puede.

a *outrance* del Estado consiguió acabar con este concepto vivo. No prenden todos los bellos discursos acerca de una aristocracia innata constituida por la nobleza interior. La fe en la sangre se mantiene siempre.

La vida de los nobles era como una prolongación de la vida heroica.[303] El tiempo no ocupado por actividades políticas, judiciales o sacerdotales se dedicaba a las armas, al deporte y a los festines. Un punto culminante en esa vida eran las competiciones en los estadios famosos, sobre todo las carreras de jinetes y de carros. El hombre noble se acompaña del noble bruto, el caballo, en la guerra y en el deporte, y sus nombres humanos nos revelan que eran lo más preciado del noble. Sostener caballos (ἱπποτροφειν) era distintivo auténtico de una vida noble, y de quien podía llegar al extremo de presentar carros de carreras, se decía que «su esfuerzo era el más bello y soberbio de todos».[304] El tono propio de esta vida podemos recogerlo en el precioso relato de Herodoto acerca de los pretendientes de Agarista,[305] cuyo padre, Clístenes de Sicione, luego de haber vencido en la carrera de cuadrigas en Olimpia, hizo proclamar que la mano de su hija sería para el más excelente entre los griegos; en los trece que acuden podemos conocer la distinción de entonces en sus diversos matices. Un vencedor en estas carreras de cuadrigas era admirado por toda la nación y se podía permitir toda clase de *pathos,* pero sería una desgracia que fuera súbdito de un estado regido por un tirano, pues su victoria podía costarle cara.[306]

303. Cuando un tirano como Clístenes de Sicione vive a la manera de los aristócratas y rodeado de ellos se debe a que no es un tirano como los demás, como veremos después.

304. Jenof., *Hieron,* II.

305. Herodoto, VI, 126.

306. Herodoto, VI, 103, c. 122.

Pocos detalles conocemos de la medida en que la vida espiritual de la nación fue protegida por esta aristocracia, siendo en este punto la tradición más favorable a los tiranos, a cuyas cortes se atribuye el florecimiento de artes y letras. Pero, en compensación, los estados aristocráticos ofrecían un plantel lucido de hombres distinguidos que realizaban en conjunto el ideal de la vida griega, acomodado al sentido del siglo: gobierno del Estado, guerras, luchas deportivas, noble ociosidad. Con ellos comienza la vida agonal en grande, la competición entre iguales, que penetrará en mil formas diversas toda la vida y el pensamiento griegos.

Sobre su manera de hacer la guerra, sabemos lo bastante para determinar su carácter. Los magnesios,[307] en su guerra contra los efesios, llevaban cada uno un perro de caza y un esclavo con jabalinas; en el encuentro soltaban primero los perros, salvajes y terribles, que ponían confusión en las filas ordenadas del enemigo; en este momento, y con tanta mayor eficacia, se adelantaban los esclavos y arrojaban sus jabalinas; en tercer lugar, se presentaban los magnesios. En Eubea, los nobles caballeros (los hipobotas) de Calcis y Eritrea lucharon por la conquista de la fértil vega leléntica.[308] No toleraron una guerra donde todo estuviera permitido, sino que se pusieron de acuerdo en qué había de consistir la lucha (que se llamó característicamente ἀφών). En el templo de Amarintos había una inscripción que lo recordaba todavía en tiempos de Estrabón: «No se quiso emplear ningún tiro a distancia». Lo que quería decir, según una glosa, que estaban excluidos: el arco y las flechas, la honra, el lanzamiento de dardos, así que no se podían usar más

307. Eliano, v. *H.*, XIV, 46.
308. Estrabón, X, 1, 10, p. 448 y s.

que la espada y la lanza corta.[309] En la gran procesión anual en el templo de Artemisa Amarinta, los eritreos hacían desfilar 3.000 hoplitas, 600 caballeros y 60 carros. Representaban toda la aristocracia gobernante, a cuyo gobierno escapaban tantos que acudían a colonias lejanas.

En las ciudades del Asia Menor y de la Magna Grecia, el sistema aristocrático nunca fue [310] realizado en su pureza; cuando, con el tiempo —largo tiempo, ciertamente— se pudo formar una timocracia de los mil ciudadanos más ricos, se comprende que en el cálculo se contara la riqueza mobiliaria, de origen comercial, que excluye una vida aristocrática en el sentido riguroso de los griegos; junto a las ventajas del nacimiento y de las ocupaciones nobles se admitió la riqueza mobiliria y el lucro. También, por ejemplo, la época en que la ciudad de Colofón decidía en todas las batallas con sus mil jinetes, la época en que sus «mil» caballeros acudían montados a la Asamblea, con sus mantos de púrpura,[311] debía ya de ser tiempo pasado. No obstante, la mera diferencia de fortuna no podía ser una base fuerte para la exclusividad del derecho a gobernar.

Así como la mayor parte de lo que sabemos de la monarquía lo aprendemos con ocasión de su derrumbamiento, igual sucede con la aristocracia. Degenera en cuanto es incapaz de disciplina rigurosa consigo misma; se convierte en oligarquía en cuanto se forma dentro de ella una camarilla absorbente, que no sólo asume todo el poder, sino también casi toda la riqueza y casi todos los cargos importantes, y comienza a regir, no sólo con violencia, sino con codicia. Se había descuidado

309. Una negociación parecida entre comunidad en lucha recíproca en Megara, Plut., *Quaest. Graec.*, 17.

310. Por ejemplo, como gobierno de las familias que en la ciudad de origen habían sido aristocráticas, u otra condición cualquiera.

311. Estrabón, XIV, 1, 28, p. 643; Aten., XII, 31.

conservar, como en Esparta, «los antiguos lotes», según prescribían las leyes antiguas;[312] las ramas jóvenes de las viejas familias representaban un elemento inquietante para el Estado, ya sea que se quedaran sin nada o que se repartiera entre ellos el patrimonio primitivo; entre violentas discusiones, se origina dentro de la casta un gran número de desposeídos que, orgullosos de su origen, no disponen de medios para acordar su vida con él; pero la mayor amplitud posible de ese tipo de vida era la primera condición de vida de la casta, pues un privilegio no puede prosperar más que con muchos defensores interesados.

El número de ciudadanos libres, pero excluidos de los derechos políticos, fue incrementando progresivamente, y el mercado y el puerto se nutrieron de ellos. ¿De dónde procedía este pueblo dominado en cuyo nombre se proclamaría luego el tirano? ¿De familias (γένη) incapaces de poder sostenerse a la altura de su rango? ¿De ramas más jóvenes de estas familias? ¿De criados rústicos (θῆτες) libres, que existirían desde un principio? ¿O de gentes que en una conquista o colonización habían llegado demasiado tarde o serían demasiado débiles para participar en el reparto de la tierra? ¿O de gente que habían perdido sus propiedades rústicas? ¿De gentes, en fin, de las cercanías de la ciudad, que pertenecían a la estirpe en cuestión, y que habían asentado fuera del recinto sagrado de la polis? Cualquiera que sea el elemento predominante, el caso es que el dinero y la riqueza mobiliaria, la industria y el comercio, debieron prosperar en manos de los no aristócratas.[313] Los artesanos y marinos han

312. τοὺς παλαιούς κλήρους διασώζειν, Arist., *Polít.*, II, 4.

313. En lo que se refiere a la riqueza mobiliaria, v. los rudos ataques de Creón en la *Antígona* de Sófocles, 295 y s., contra la plata y sus influjos devastadores sobre la vida. También encontramos la convicción que en el empobreci-

dado origen a patronos industriales, navieros y comerciantes. Y cuando estas clases inferiores —junto a los ἱππεύς nobles— empiezan a formar grandes contingentes de hoplitas y a equipar la flota con remeros, tienen que hacerse los dueños de la ciudad. Ningún lazo de piedad les une a la clase gobernante, y todos son capaces de razonar políticamente al modo como se ha hecho para fundar en cientos de colonias otras tantas constituciones, buenas o malas.

A esto se añade el implacable ejercicio de los derechos del acreedor en casos de insolvencia, como sabemos por el caso de los eupatridas del Ática, cuya conducta es tan peligrosa para ellos como cruel y despiadada para los demás.[314] Se habían permitido someter a servidumbre a muchos deudores, y venderlos como esclavos al extranjero; el demos, lleno de deudas, tuvo que vender a menudo sus hijos. Lo que Solón hizo para mejorar esta situación es tan importante como toda su Constitución. Tuvo que apelar al testimonio de la diosa de la tierra[315] para que confirmara que había derribado las columnas que servían de señal de pignoración, había hecho que volvieran muchos que habían sido vendidos, justa o injustamente, y muchos desterrados que ya no conocían el Ática, y había, por último, devuelto la libertad a los que habían sido convertidos en esclavos por sus acreedores.[316] Se puede preguntar en qué relaciones convivían todos estos perseguidos con sus antiguos explotadores.[317]

---

miento desaparece la nobleza. Euríp., *Electra*, 37; λαμπροὶ γὰρ είς γένος γε, χρηωάυον δὲ δὴ πὲνητες. ἔνθεν ηὐγέγεἰ ἀπόλλυται.

314. Plut., *Solón*, 13.

315. Berg., *Anthol. lyr.*, p. 21 y s. V. también ὑποθῆκαι εςὶ Αθηναίους, fragmento 2.

316. V. sobre la σεισάχθεια, Fustel, p. 315, cuya teoría sigue siendo muy dudosa.

317. Acaso tenga razón Fustel, p. 332: «Y porque el

Este implacable derecho contra el deudor y otras violencias por el estilo pudieron provocar el cambio brusco en una tiranía o en una democracia. La instauración de esta última suele ser acompañada por un perdón de deudas, reparto de las tierras de los ricos, acogida en la soberanía de la ciudad de los siervos rústicos, casamientos forzosos de las hijas de los nobles, etc. La desolación y la cólera de los vencidos podemos reconocerla bastante exactamente en Teogonis, que había vivido una experiencia semejante en Megara. Y no siempre las víctimas del movimiento pudieron sobrevivirlo.[318]

Tampoco la fundación de colonias ha servido a muchas aristocracias de salvación, y hasta se puede decir que muchas de ellas han apresurado de ese modo su caída, ya que con las colonias se incrementaba el comercio, esto es, la riqueza mobiliaria y la población de la polis, y, con ello, la oposición rebelde. Mileto, que había fundado setenta y cinco colonias, atravesó terribles crisis.[319] Aristóteles considera como peligrosa la situación de una aristocracia cuando sucumben en una guerra muchos y destacados miembros de la misma;[320] así, Tarento, después de una derrota que le infligieron los yapigios, se convirtió en democracia; y hasta lo mismo aconteció, esta vez a consecuencia de una victoria,[321] a la muy capacitada casta de los geomoros en Samos. La victoria aquí no fue obtenida propia-

---

pueblo seguía viendo eupatridas en el gobierno, deseó un tirano y lo encontró en Pisístrato.»

318. Ya que se respetó la vida, por ejemplo, solamente a aquellos que tenían comprometida para sus deudores su herencia. V. Eliano, v. *H.*, XIV, 24.

319. Aten., XII, 26.

320. Arist., *Polít.*, V, 2. Esparta sabía muy bien por qué ahorraba en todo lo posible la sangre de los suyos y procuraba evitar la guerra.

321. Plut., *Quaest. Graec.*, 57.

mente por ellos, sino por su flota; la tripulación se entendió, en efecto, con los vencidos (megarenses) a los que llevó consigo, aparentemente prisioneros, a Samos, donde cayeron sobre los geomoros reunidos en el Buleuterio y los aniquilaron. Poco después la democracia caía en poder de Polícrates.

Las aristocracias de que es testigo ocular Aristóteles no son viejas aristocracias, sino oligarquías de cuño reciente, que se originan en diversas ciudades como reacción contra la democracia o como puntos estratégicos establecidos por Esparta. No se trata de nobles de prosapia, sino de propietarios (εὔποροι), quienes se apoderan de la polis en defensa propia. «Me parece que casi siempre son los ricos los que desempeñan el papel de nobles.»[322] Este tipo de oligarca es el que hace pesar sobre los demás todas las cargas del Estado, y, además de todas las distinciones políticas, busca también el lucro.[323] Entre ellos, y para su perdición, se da por todas partes el tipo de calavera arruinado —el Catilina— que, o comete tales latrocinios con los fondos públicos que provoca desórdenes contra los gobernantes, o intenta el derrumbamiento del régimen para proclamarse a sí mismo tirano o proclamar a otro.[324] En la segunda *Retórica* de Aristóteles[325] encontramos sanos consejos para asegurar cierta duración a este tipo de oligarquías; no sabemos si fueron escuchados ni tampoco si su aplicación sirvió de mucho para sostener a la oligarquía contra la democracia invasora.

322. Arist., *Polít.*, IV, 6.
323. *Ibídem*, VI, 4.
324. *Polít.*, V, 5. V. en las imprecaciones de Platón, *Polít.*, IX, 3, y VIII, 9, el retrato que nos traza de quien se las inspira: un oligarca desalmado e insaciable, que se enriquece con la ruina de los aristócratas jóvenes.
325. *Rhetor, ad Alexandrum* (reconocida como obra de Anaximenes de Lampsacos).

La aristocracia antigua no representaba únicamente derechos o intereses, sino también una concepción del mundo y una moral. Píndaro, que la celebró cuando ya en la mayoría de las polis había perdido las riendas del poder o estaba a punto de perderlas, representa un documento perenne de su manera de pensar.[326]

## 6. La tiranía

Aristóteles, para quien la tiranía es la forma degenerada (παρεκβασις) de la monarquía, no quiere hablar acerca de ella más que lo estrictamente necesario, pues que no existe motivo alguno para ocuparse de ella por extenso. Sin embargo, no está justificada su sequedad, pues la tiranía es una de las formas absolutamente necesarias de la idea griega del Estado, y en cada griego destacado y ambicioso anidaba un tirano o un demagogo.

No hay que pensar que las tiranías procedan de las monarquías, ni tampoco es esto lo que quiere decir Aristóteles; de entre los pocos ejemplos que se podrían aducir, ni tan siquiera Fidón de Argos y Arcelisao de Cirene pueden subsistir como reales. La tiranía es más bien una enfermedad mortal de la aristocracia. Ésta puede verse amenazada por disensiones intestinas, pero, si sabe y puede destacar de entre sus filas a un distribuidor del derecho (αἰσυμνήτης) provisional, como hizo la nobleza de Lesbos con Pítaco[327] y el patriciado romano con sus dictadores, se puede salvar todavía. El que es peligroso de verdad es aquel tirano procla-

326. Todavía, sobre la historia de la aristocracia griega, Apéndice 10.

327. No podemos ocuparnos de los testimonios divergentes sobre el particular. En general, v. C. F. Hermann, *Staatsalter,* § 63.

mado en nombre de la clase sometida, de las masas. En sus orígenes, esta tiranía viene a ser una democracia anticipada, representada en uno solo; como la polis ejerce un poder omnímodo, lo mismo quien la representa,[328] y el individuo no lo pasa peor. Muy a menudo toda la polis ha sido personificada en un solo hombre, y la gran extensión de esta forma en el mundo helénico en los siglos VII y VI nos indica que se trató de una relativa necesidad. Se comprende muy bien que con el tiempo se produjera una gran discrepancia entre la tiranía, que se habría hecho muy personal, y los deseos de las diferentes clases de la población; como que todo el éxito dependía de las prendas personales del tirano; pero es menester no condenar al conjunto apoyándose en las manifestaciones de tiempos posteriores, cuando imperaba en general la democracia, y sólo florecían aisladamente representaciones torvas de la tiranía, como son Alejandro de Feres, Clearco de Heraclea y ambos Dionisios.

En los tiempos viejos, el primer tirano suele ser generalmente un aristócrata,[329] bastardos postergados, por ejemplo, como Cipselo, o un vencedor olímpico rebosante de orgullo, como Cilón; también podía servir un sacerdote ilustre, como es el caso de la familia de Gelón, o un caudillaje afortunado en la guerra, u otros cargos públicos con prestigiosa plenitud de poderes. De algún modo se tiene que dar a conocer a la masa como su futuro salvador, y ser amado por ella, «porque sólo mediante la multitud o por el soborno se puede obtener la tiranía».[330] Lo último, en proporciones muy

328. Representa la polis aproximadamente como Napoleón representa la revolución.

329. Pisístrato pertenecía a la casa real de los Neleidas. Herodoto, v, 65.

330. Sófocles, *Edip. Tyr.*, 540. Cómo Cipselo se hace querer de todos los Baquíadas, por ser juez atemperado y

relativas. Pisístrato, que ya gozaba de popularidad por sus triunfos en las guerras de Megara, se mostró luego munificente, y franqueó la entrada a sus propiedades y jardines a toda la población; de este modo se puso a la cabeza de los diacrios contra los pedieros. Tampoco se sentía reparo en recurrir a la religión; se procuraba o se simulaba un oráculo délfico,[331] y Pisístrato, en su segunda usurpación, llevó en persona a la diosa de la ciudad en su carro.

El golpe de estado seguía las vías más diversas. El relato más detallado de tal suceso y de la tiranía, del peor tipo, que le sucede, lo tendríamos a propósito de la Cumas itálica, hacia 500 años antes de Cristo, si no fuera porque en este relato de Dionisio de Halicarnaso se ha fabricado, con una escasa tradición referente al desalmado Aristodemo, toda una novela posterior, que lo falsea todo, mezclando rasgos propios de las tiranías posteriores.[332] Los griegos posteriores tenían una afición desmedida a los relatos de golpes de estado, conjuraciones, etc., y se entregaban con facilidad a los excesos de su fantasía. A esto se añade que muchas veces los sucesos son descritos luego de andar ya mucho tiempo en boca del pueblo y haber sufrido la correspondiente transformación. Por lo regular, el acontecimiento ha debido de ser sangriento, ya que no se trata sólo de cambiar un estado de cosas, sino de vengar persecuciones y hacer imposible toda reacción. Cipselo de Corinto (655 a. de C.) hizo matar a los primeros cargos del

---

acreedor considerado, v. Nic. Damasc., fragmento 56, ed. Dindorf, I, p. 43. Salvaciones prodigiosas de los tiranos en su niñez pueden verse, por ejemplo, en Cipselo y en Gelón, Eliano, *Hist. anim.*, XIII, 1.

331. Pero que no había que interpretar mal, como le pasó a Cilón.

332. Dionis. Haliac., VII, 2-11; para completar, Plutar., *De mul. virt.*, 26.

Estado y a otras gentes de su casta (los Baquíadas); puede ser una leyenda de sentido burlesco la que nos cuenta que había mandado con anterioridad a otros miembros de la casta con misión a Delfos, para preguntar al dios «por el bienestar de Corinto», y que luego no los dejó entrar.[333] Fálaris se proclamó (565 a. de C.) señor de Agrigento, apenas fundada hacía veinte años, aprovechándose de su cargo de constructor de las obras del templo de Zeus, emplazado en la Acrópolis, para fortificar ésta, cayendo con sus cuadrillas de trabajadores sobre la población en la fiesta de las Tesmoforias y matando a los varones;[334] pero Fálaris se ha convertido después en arquetipo de lo espantoso, y no se puede prestar crédito a ningún detalle de los transmitidos por la tradición. Dos generaciones después, Terón sometía a la misma ciudad, distribuyendo entre mercenarios el dinero que se le había confiado para la construcción de un templo de Atenea.[335] Polícrates se adueñó de Samos (537 a. de C.) en la fiseta de la diosa local Hera,[336] lanzándose los comprometidos contra la muchedumbre en procesión, mientras él, con el resto de sus partidarios, se apoderaba de los puntos estratégicos de la ciudad. El partido vencido, si es que sobrevivía al golpe, no tenía otra salvación que la huida, y, en el mejor de los casos, la salida en masa. En cambio, volvían los fugitivos, y los degradados volvían a recobrar su honor. Se nos habla también de un desarme general de los ciudadanos, lo que no podía afectar a los ciudadanos, desprovistos hasta entonces de todo derecho, ya que tampoco poseían armas, por lo general; pero la leyenda nos ayuda todavía: Fálaris

333. Polien., v, 31.
334. Polien., v, 1, 1.
445.. Polien., vi, 51.
336. Polien., i, 23.

atrae a los ciudadanos a unos simulacros guerreros, ante las puertas de la ciudad, que luego cierra para que su guardia registre todas las casas y recoja las armas.[337] El tirano tuvo que conceder seguramente a la multitud la anulación de los nobles matados o expulsados por él; lo que ya no se sabe con tanta seguridad es si procedió a un nuevo reparto de tierras;[338] lo inevitable era la confiscación de la propiedad de los nobles, y también se nos dice que algunos tiranos, más suaves, conservaban estas propiedades, y, más tarde, se las vendían a los que antes fueron desterrados por ellos.[339] Este reparto se debió de dar cuando el usurpador era el representante de una estirpe hasta entonces oprimida, como ocurre con los tiranos de Sicione, que ayudaron a los jonios contra los dorios y les aseguraron la posesión exclusiva de los cargos públicos —asambleas, tribunales, otras funciones[340]—, como «pueblo soberano» (ἀρχέλαοι); al recibir todo esto se sobrentiende que también fueron favorecidos patrimonialmente, aunque nada se nos refiera sobre el particular, y aunque no sea posible que los dorios fueran totalmente desposeídos.

337. Polien., v, 1, 2.

338. Se nos cuenta expresamente sólo a propósito de ese Aristodemo de Cumas, tan problemático, la anulación de deudas y el reparto de tierras laborables. Dionis. Ital., VII, 8. Además, la tan discutida σεισάχθεια salónica. La palabra δημεύω, por ejemplo, Nic. Damasceno, *Fragm.* 56. significa sólo: declararlo bien público, y no repartirlo entre los ciudadanos.

339. Seudo Aristóteles, *Oecon.*, II, 3, acerca de Ligdamis de Naxos.

340. Esto supone en Sicione un sistema de gobierno muy distinto que el de los demás tiranos, y, por lo que se refiere a Clístenes, habrá que tomar *cum mica salis* los calificativos que recibe de Nicolás Damasceno (ed. Dindof, I, p. 46, *Fragm.* 59): «terrible, violento, cruel», si no hay que rechazarlos totalmente como caricatura muy posterior. En Herodoto (v, 67) la pitia lo titula verdugo de los sicioneses; pero debe de aludir a los sirios sometidos.

Tampoco Teágenes (625 a. de C.), que se hizo dueño de Megara, no tanto merced a la ayuda de los ciudadanos descontentos cuanto a los antiguos labradores jonios que habían perdido sus propiedades, habría seguramente podido negar a éstos las posesiones de la aristocracia dórica.

Cualesquiera que fueran los beneficios obtenidos por las capas de población oprimidas hasta entonces, se puede decir que el tirano había terminado con su misión a los ojos de las mismas en cuanto esas ventajas quedaban consolidadas; a partir de entonces parecía posible poder vivir libremente sin su asistencia.[341] Y el tirano tiene que pasar por la experiencia de que es más fácil conquistar el poder que conservarlo. La masa de los libres oprimidos, que le ayudaron activamente o dejándole el campo abierto, espera un bienestar general que no se da nunca en parte alguna, y el tirano apenas si puede colmar las esperanzas más ponderadas. No puede sostenerse sino por la fuerza, y el símbolo visible es su cuerpo de guardia, los «lanceros», instituido al principio para precaverse de los atentados de los vencidos, pero luego aplicado para defenderse contra el mismo pueblo. Cipselo rige en Corinto sin guardia alguna, pero su hijo Periandro establece 300 doríforos; también Teágenes tuvo su guardia, y Pisístrato, que en un principio obtuvo de la Asamblea popular sus «maceros», en su tercera usurpación se presentó ya con guardias mercenarios. Ya sabemos que sobre la figura de Aristodemo de Cumas se concentra, en este aspecto, todo[342] lo que haya podido

341. Nunca se nos cuenta con alguna claridad cómo ordenaban los tiranos su gobierno y quiénes eran los ejecutores habituales de su voluntad. Habrá que admitir un procedimiento especial de actuar en los tiranos de Sicione y en Pisístrato; de los viejos tribunales dejó subsistentes este último (según Demócrt., *Adv. Aristocr.*, p. 641) por lo menos el Areópago.

342. Dionis. Hal., VII, 7, 8.

tener su escenario en diversos lugares y centurias, pero, a pesar de todo, la leyenda no puede pasar inadvertida: en su primera noche improvisó su guardia personal con los muchos condenados a muerte que gemían en las prisiones, con sus partidarios, y con los prisioneros de su campaña guerrera (etruscos); después del desarme general formó una guardia triple, con los ciudadanos más canallas, con los esclavos que asesinaron a sus dueños y con 2.000 bárbaros salvajes mercenarios; estos últimos con mucho más espíritu de pelea que los otros, lo que no parece inverosímil.

En Grecia los mercenarios serían seguramente griegos, y acaso nos hallamos en presencia, por primera vez en la historia griega, de una fuerza militar desvinculada de la polis, disponible; estos doríforos son los antecesores de aquellas enormes tropas mercenarias del siglo IV. Pero semejantes milicias, ya en los tiempos antiguos, eran muy costosas y, para tiranías pequeñas y pobres, fuente de opresores impuestos,[343] con lo que empieza a funcionar aquel círculo vicioso según el cual la seguridad personal del tirano pone en peligro la seguridad de su puesto.[344]

Los tiranos que se elevaron con el apoyo de una estirpe contra otra, apenas si necesitarían de ayuda mercenaria; el ejército que utilizó Clístenes de Sicione en sus guerras e intervenciones no pudo ser sino un ejército

343. Así, más tarde, Jenof., *Hierón*, 4.

344. Se destaca muy bien este conflicto de los tiranos entre el «progreso» y la necesidad de dinero en Seudo Arist., *Oeconom.*, II, 5. Hipias vendió a los atenienses el derecho a que el piso superior sobresaliera de la calle y a colocar peldaños ante las casas y la προφράγματα (*praemunita vestibula*, según Camerario), y el derecho de abrir las puertas hacia fuera. Los propietarios compraban ese derecho, es decir, que preferían pagar un censo periódico que renunciar a esas posibilidades, y así se recogió mucho dinero (χρήματα συχνά).

popular. Mientras Esparta no arremetió contra tiranos de este tipo, pudieron mantenerse todo el tiempo que duró la desigual distribución de fuerzas en el pueblo. Otros tiranos más capaces supieron conservar un equilibrio de fuerzas, hasta que surge una generación acostumbrada a los tiranos y que se acomoda a ellos. De todos modos, a la gran masa había que respetarla en lo posible, porque contra ella no había salvación, y muy difícilmente mercenarios con fuerza suficiente. Se destacan, sin embargo, algunos tiranos osados que tratan de abrir una brecha, no sólo en la vida griega aristocrática, sino en la vida griega en general, y buscan, en oposición con la corte nobiliaria de Clístenes, el reinado de lo útil, del trabajo lucrativo, que atraía todas las maldiciones de los griegos.

Destaquemos, en lugar preferente, una singular cabeza de Jano, la del rey de Argos Fidón (muerto hacia 660), de la vieja estirpe de los Temenidas, y que se coloca en la serie de los tiranos acaso por un solo acto de violencia: se había hecho con la dirección de las fiestas olímpicas, lo que debió de proporcionarle mucha popularidad entre sus compatriotas los argivos. Este regente, uno de los pocos que lo seguían siendo por herencia, descendiente de Heracles, protegió el comercio y los transportes, reguló las pesas y medidas y acuñó, quizá, las primeras monedas griegas. Todavía más sorprendentes y mejor conocidas son las medidas del segundo tirano de Corinto, Periandro. Desde antiguo, la ciudad era famosa por su comercio e industria, y los Baquíadas, según nos dice Estrabón,[345] habían explotado el Emporión sin consideración alguna. Lo que ahora dispone Periandro ofrece un aspecto político y sirve para asegu-

345. Como se evitaba a gusto el circundar el Peloponeso, los que eran dueños del poder sobrecargaban el paso de mercancías por el istmo con fuertes derechos.

rar su poder, pero se manifiesta también otro factor, una tendencia económica y educadora.[346] «Salió constantemente de campaña y fue muy guerreador, construyó trirremes y dominó sobre ambos mares», probablemente porque Corinto tenía que extenderse hacia fuera para poder afirmarse, y no sabemos si no empleó sino mercenarios; fundó colonias, pero no con el mero propósito de deshacerse de los descontentos y de dar colocación a los hijos y bastardos, sino para tener establecidos puntos de apoyo de su pequeño imperio. Pero de lo que se preocupó sobre todo fue de someter la capital a un régimen de disciplina que le hacía mucha falta. Es posible que sus noticias del Egipto, abierto por entonces al comercio, y de su régimen de castas, le hubieran incitado a someter a orden la actividad de Corinto, pues en su simple egoísmo de tirano no hubiera alcanzado a ver tan hondo. «No permitía a todos domiciliarse en Corinto; limitó a los ciudadanos la adquisición de esclavos y el ocio; siempre les encontraba alguna tarea; el que era sorprendido sentado en el ágora, sentía su castigo.» Se puede pensar que esta última medida era para precaverse contra las conspiraciones, que se fraguan en la ociosidad, pero tampoco pudo ser esa su intención principal. «Por último, instituyó una autoridad ( βουγή ) destinada a prohibir a los ciudadanos aquellos gastos que sobrepasaran sus ingresos.» Lo que se deduce con claridad es que le interesaba sobre todo evitar un mayor desarrollo de la ya gran ciudad, y que no albergaba la ambición de gobernar a una multitud ingente. Quería despojar a Corinto de su fama de ciudad disoluta, y si, como se dice, prohibió los festines, no fue tanto para terminar con ese foco de conspiraciones —que los conspiradores fácil-

346. Heraclides, 5. Diógr., Laerc., I, 98. Nic. Damas., *Fragm.* 57, ed. Dinford, I, p. 44.

mente se sustituyen por otros— cuanto porque habían degenerado en desenfrenadas orgías.[347] Los corintios debieron de ser gente trabajadora,[348] de fortuna muy repartida, protegidos del ataque exterior por el poder del Estado; de tales gentes nada puede temer el tirano, y hasta quizá reconozca que sus intereses son comunes. La limitación en la adquisición de esclavos puede tener diversas explicaciones: si se trata de esclavos domésticos, para evitar la pompa oriental; si esclavos artesanos, para impedir la formación de talleres o fábricas demasiado grandes y la superpoblación de la ciudad. Periandro no cobraba impuestos directos, sino que le bastaba con los ingresos del mercado y del puerto. Polícrates, que se proclamó tirano mucho más adelante y en forma más cruel, y que propendía a una política violenta y aventurera, creyó seguramente ganarse a la masa de los samios con la conquista de numerosas islas y ciudades continentales, y el despojo de amigos y enemigos,[349] dando luego participación a los samios en el botín y favoreciendo el comercio con Egipto; fue una medida popular la de hacer que los prisioneros lesbios cavaran los fosos alrededor de la murallas. A las madres de los caídos[350] les señalaba un samio rico para que las mantuviera.

347. Lo que se cuenta a Heráclides, 32, de un innominado tirano de Cefalonia: «era duro y no permitía (¿al año?) más que dos fiestas, y permitía (¿a quién?) solamente permanecer diez días al mes en la ciudad», puede ser muy bien una tradición un poco exagerada que en realidad hace referencia a un sistema de gobierno parecido.

348. Que este pronóstico tuvo todavía más tarde sus frutos, lo demuestra la ya citada frase de Herodoto (II, 167), según la cual era en Corinto donde el trabajo libre se hallaba menos despreciado. Que Periandro tuvo propósito de abrir el istmo, Diόg. Laerc., I, 9, 6.

349. Recibió muy amistosamente a los lidios que habían huido con sus bienes del sátrapa Oroites; pero luego mandó asesinarlos para adueñarse de sus tesoros. Diod., *Frag.*, I. X.

350. Plutar., *Proverb. Alexandrin.*, 58.

«Esta te doy como madre». Pisístrato, finalmente, que se hizo dueño de Atenas luego de la gran crisis social y política a la que las reformas de Solón, lejos de contenerla, abrieron ancha vía,[351] parece que concibió sus tareas públicas en un sentido parecido al de Periandro: la protección del Estado ateniense hacia fuera mediante su poder, sus alianzas y plazas fuertes en el exterior, y en el interior, su tranquilidad asegurada por el trabajo y la ocupación.[352] Las gentes, atraídas por la capital, y que no tenían otra ocupación que la de distraer su ociosidad, las remitía a sus tierras de labor: «¿Por qué no trabajas? ¿Has perdido tu yunta? ¡Recíbela de mí, y trabaja! ¿No tienes semilla? ¡Tómala!»[353] A esto se añadía un sentido verdadero del boato, de la distinción, que irradiaba de su persona. Cuando se apodera por tercera vez del poder (541 a. de C.) le apoyan varias ciudades con dinero, formando para ello una formal sociedad por acciones,[354] lo que nos da a entender que la confianza en su éxito y en su significación para Grecia debió de ser muy grande. El impuesto principal fue uno de utilidades de «solamente» el cinco por

351. No es difícil trazar la situación de entonces; las novedades de Solón dejaron tras sí una gran efervescencia, que no podían encontrar escape más que en el imperio de un solo hombre capaz. Pero los testimonios que poseemos no alcanzan para pronunciar un juicio seguro, y sabemos muy poco de la duración de las instituciones de Solón bajo la dominación de Pisístrato. V. Apéndice 11.

352. En esta dirección viene a ser el continuador de Solón. Ya éste (Dióg. Laer., I, 2, 4) había declarado como deshonrrados a los que consumían la herencia paterna y dejado a los desocupados a merced de cualquier acusación; tampoco el hijo tenía que sostener al padre, si éste no le había dado ningún oficio (Plut., *Solón*, 22). También debió de parecer un poco plebeyo que Solón redujera a determinadas sumas los premios del Estado para los vencedores en las grandes competiciones helénicas.

353. Eliano, V. *H.*, IX, 25.

354. Herodoto, I, 61.

ciento,[355] y con él pudo embellecer la ciudad y costear los gastos de guerra y de culto. No se nos dice si el impuesto fue aprobado por el pueblo, pero, de todos modos, no hubiera sido posible cobrarlo sin su buena voluntad.

Los gobiernos tiránicos de este tipo son la antítesis expresa de Esparta con su ociosidad perfecta (*ἀφθονία σχολῆς*) y la *καλοκαγαθία* de los nobles, a pesar de que algunos tiranos también la pretendieron para ellos, y visitaron o mandaron delegaciones a los concursos griegos, o los sometieron a su dirección (Fidón), o fundaron nuevos centros de luchas deportivas —Periandro las istmias, y Clístenes las pitias— si ya no existían de antemano como meros agones. Pero algo inevitable y que no podía escapar a la previsión de hombres tan inteligentes, era que sus súbditos de la clase libre, con la seguridad que sus actividades comerciales e industriales les suministraban, podían desenvolver un espíritu de independencia que habría de dar al traste con la tiranía; acaso se confiaron en la opinión de aquellos que creen que la ganancia y la vida regalada no pueden sino salir perdiendo con la marcha del tirano; pero entre los habitantes libres de la ciudad trabajaba otra idea que la del mero cálculo interesado, el ideal de una polis aristocrática o democrática. El Zeus de oro mandado construir por Cipselo en Olimpia, las magníficas fuentes de Teágenes en Megara, el Olimpión de Pisístrato, sus servicios y los de sus hijos en la recopilación y redacción de los poemas homéricos,[356]

355. Tucídides, VI, 54; εἰκοστῇυ μόνον πρασο μενοσ τῶν γιγνομὲνκ. Para ver cómo se alegraba el pueblo cuando personajes demasiado poderosos, por ejemplo, el viejo Milcíades, marchaban de Atenas, v. Marcellin, *vita Thucydi.*

356. Sobre Hiparco, que, como καλός κἀγαθος, creyó que a nadie se debía de privar de la sabiduría (o formación espiritual superior). Véanse las expresiones idealistas del conocido diálogo seudoplatónico de este nombre.

y acaso del teatro ático, la corte de técnicos que Polícrates agrupó en torno suyo con grandes sueldos, y los animales útiles que hizo traer de fuera,[357] todos estos servicios preclaros no pudieron impedir el desmoronamiento, en parte prematuro, de sus respectivas casas reinantes. Sin embargo, también los grandes poetas de la época visitaron y loaron estas cortes, y así encontramos a Ario con Periandro, a Íbico y Anacreonte con Polícrates, a Simónides y Anacreonte con Hiparco, para no hablar de los tiranos de Sicilia del siglo v, que fueron visitados personalmente o por sus poemas, por Simónides, Píndaro, Esquilo y Baquílides. No es menester suponer que estos poetas fueran aduladores, como nos lo muestra el ejemplo de Píndaro en la sinceridad con que se manifestó frente a Terón e Hierón. En tiempos posteriores se creyó en la necesidad que tienen los tiranos de rodearse de una corte de filósofos,[358] en la forma que se concreta en las numerosas variantes de la historia de dos amigos pitagóricos con respecto a un tirano de la Magna Grecia o sicilano; pero hay que advertir, únicamente, que los tiranos famosos pertenecen a época muy anterior a la de los filósofos famosos. Como Periandro fue contado entre los siete sabios, cuando los conceptos de sabio y de tirano se hicieron abiertamente incompatibles, se encontraron los griegos un poco perplejos, pero supieron zafarse suponiendo la existencia de dos Periandro.[359] ¡Como si no se diera señalada inclinación al despotismo en diversos filósofos!

357. Aten., xii, 57. En cuanto a las ofrendas de los tiranos, a su caída se les quitaba la inscripción y se convertían en honor de la ciudad. Así, el Zeus aurífero de Olimpia se convirtió después en anatema de los corintios. Plut., *De Pythie orac.*, 13.

358. Según palabras que se disputan Sófocles y Eurípides σοφυι τὔραννοι τῆ σοφων ὁμιλία.

359. Eliano, v. *H.*, xii, 35.

Los viejos tiranos jónicos y eolios en Éfeso, Mileto,[360] Cime, etc., no son tan poco conocidos que no podamos permitirnos un juicio de conjunto acerca de la relación de su proclamación y su caída con aristocracias o timocracias, ni sobre su gobierno, altamente odioso según la leyenda. Algunos habían defendido su poder y la ciudad de la arremetida de lidios y persas, pero sin éxito.[361] Los tiranos posteriores, a fines del siglo VI, que conocemos a través de la invasión escita al mando de Darío, y la sorprendente rebelión de los jonios, no fueron otra cosa que vasallos de los persas, que eran los que los sostenían contra la propia ciudad.[362] Lo mismo ocurre cuando los pequeños tiranos de Sicilia empiezan en el siglo V a apoyarse en los cartagineses.

El gran peligro general que se cierne sobre las tiranías reside, como decimos, en el deseo de los habitantes libres o de los aristócratas de ser ellos mismos la ciudad. Nada importa que la vida privada, con todos sus regalos, se desenvuelva libremente, y que el régimen político y pilicíaco sea tan benévolo como se quiera; lo que no se

360. Trasíbulo, en Herodoto, V, 92. Acerca de Mitilene y Pítaco, la breve y oscura noticia de Estrabón, XIII, 2, 3, p. 617. Según cuenta Estrabón (y compárese Dióg. Laerc., L, 4, 1 y s.), se produjeron en Lesbos varias tiranías simultáneamente, ,y éste era el tema del στασιωτικά de Alceo. Entre los tiranos se encuentra el mismo Pítaco. Alceo repudiaba lo mismo a éste que a los demás, Mirsilos, Melancros, los Cleanactidas y algunos otros, pero tampoco él era muy limpio (οὐδ'αὐτος λαθαρεύων τῶν τοιούτων νεωτερισμῶν). Pítaco se sirvió de la monarquía para derrocar esas tiranías, y luego concedió a la ciudad la autonomía. Otras fuentes nos dicen que tuvo que defenderse contra los emigrados como *esymneto*. Según Suidas (en Westermann, *Biogr.*, p. 111) dio muerte por su mano en la Olimp. 42, a Melancro. En Éfeso, los tiranos Atenágoras y Comas fueron los que expulsaron a Hipónax (Suid., en Westermann, p. 107). Se fue a vivir a Clazomene.

361. Eliano, v. *H.*, III, 26, acerca de Píndaro de Éfeso.

362. Sobre su dudosa conciencia, v. Herodoto, IV, 137 y siguiente.

tolera es ser dirigidos desde arriba, e irrita especialmente que el tirano trate de fomentar la utilidad pública. El destino de las ciudades griegas era bien distinto al de llevar una vida de pequeñas Cartagos o caer bajo la dominación persa, suerte inevitable de todo estado que no poseyera un ejército de ciudadanos. Los tiranos, quizá, con la conciencia del peligro común, formaban una liga y deseaban que se erigieran tiranías por todas partes. Se ayudó a tiranos destronados, como hizo Polícrates cuando permitió el reclutamiento de tropas para Arcesilao de Cirene,[363] y el caso de que un tirano de más poder absorba al más pequeño, como Periandro hace con su suegro Procles de Epidauro, se debe a circunstancias muy especiales. Por los motivos arriba indicados, Esparta era para muchas tiranías el enemigo nato, a lo que se añade la falta de arraigo de su poder en el interior. Se enlazan dos cosas: los abusos dentro de la casa real, que se convierte en escuela de todas las arbitrariedades, y el rigor cada vez mayor en el gobierno, con el paralelo aumento de odio en el pueblo.

Los males dentro de la familia reinante podemos actualizarlos acudiendo a las tiranías italianas de los siglos XIV y XV: falta un derecho de sucesión, la herencia es relativamente pequeña para pretensiones excesivas, los miembros de la familia real se entregan fácilmente a una vida de placeres y un heredero incapaz o protervo supone un gran peligro en un régimen que no tolera más que sujetos muy capaces. Los griegos mismos destacan la corta duración de las dinastías[364] como designio de una potencia superior. El oráculo lo

363. Era hijo del rey Batos III, el cual, como veremos después, fue reducido al mero sacerdocio. Para recobrar el poder reclutó gente en Samos con la promesa de repartir entre ellos toda la campiña de Cirene, a la manera de los tiranos posteriores. Más detalles, en Herodoto.
364. Arist., *Polít.*, v, 8.

profetiza,[365] y se dice más tarde: «La divinidad no deja prosperar a las tiranías hasta la tercera generación, sino que les hace rendirse como abetos, o les arrebata los hijos de hecho; sólo los Cipsélidas, los de Hierón y los Leucónidas en el Bósforo cimerio llegaron hasta los nietos.» [366]

Por lo que se refiere a las violencias dentro de la casa real, algunas exageraciones hay que cargarlas a cuenta de los contemporáneos; otras, a la fantasía democrática de después, y también a la literatura cuentística,[367] que escoge como tema preferente la caída de las tiranías; pero no faltaron de hecho, desde las dinastías más antiguas, desafueros e ὕβρις de toda clase, asesinatos de parientes, por odio o por interés. También en la ciudad se permitía el tirano toda clase de violencias, so pretexto de utilidad pública, ya que él personificaba la Polis, que también se lo permitía todo; pero no hay que perder de vista las exageraciones. En lugar de investigar detalles aislados, recordemos el cuadro trágico que Herodoto traza (III, 48, 53) de la vida de Periandro,[368] de su relación con su esposa y con su hijo Licofrón, que quiere seguir siendo un heleno y no quedar absorbido por la mera utilidad. Destaquemos lo más terrible que de él se nos cuenta: el envío de trescientos hijos de los más distinguidos corcíreos a Sardes, con el rey Aliates, para que sean castrados y así asegurarse el dominio de una simple colonia de Corinto como era Corcira, pidiendo de ese rey lidio un favor que en Grecia nadie le podía prestar; las familias corcíreas se extinguían de ese modo; Periandro no había

365. Herodoto, V, 92.
366. Eliano, v. *H.*, VI, 13.
367. Un ejemplo en Pausanias, VIII, 47, 4.
368. III, 48-53. Otros detalles legendarios en Dióg. Laerc., I, 7, 1-3, y (en lo que se refiere a su relación con la madre) *Parthenii narrat. amat.*, 17.

tenido, pues, necesidad de cometer crimen alguno, y todavía podía hacer una piadosa ofrenda de las mutilaciones a algún templo. (Es sabido que los muchachos fueron salvados por los samios.) Pero, ¿qué es lo que hay de verdaderamente histórico en todo el Periandro que nos presenta Herodoto? Primeramente, una larga tradición oral ha aderezado y ensombrecido los colores del cuadro; ¿y de dónde procede éste? En su parte principal, de los corintios, y todo lo que la desenfrenada fantasía de esta mal afamada ciudad podía inventar, se lo atribuía a sus tiranos. No hay crítica que sea capaz de discernir lo verdadero de lo inventado. Lo que se nos cuenta sobre Polícrates ofrece mayor carácter histórico y, sin embargo, hay un detalle inadmisible, el que nos refiere que quiso entregar a los samios sospechosos a Cambises en su lucha contra Samético (¡el hijo de su amigo Amaris!) con la intención de que no volvieran más. De una manera general se puede desconfiar de todas aquellas crueldades que se ofrezcan con cierto carácter de fantásticas o contraproducentes, como, por ejemplo, la de aquel tirano, Trizos, que prohibió sucesivamente a sus súbditos el hablar, gesticular y llorar,[369] o la de aquel otro, Oianto, en el país de los locrios ozólicos, que arrojó sus víctimas a las fieras hambrientas.[370] Además, algunos hechos que pertenecen a los tiranos del siglo IV, cuya actividad no puede calificarse de gobierno, sino de mera afirmación del poder por los medios más extremosos, se trasladan a los primeros de la serie. El hecho de que al final rigieran con mayor dureza se debe a que tam-

369. Eliano, v. *H.*, XIV, 22.
370. Polien., VII, 40, ya su mismo nombre *Fricodemos* (espanto del pueblo) ha sido inventado. A este lugar corresponden también las supuestas crueldades del tirano Pantaleón de Élida. Heráclides, *s. v. Eleo.*

bién los enemigos fueron más osados. Acaso el viejo partido oprimido, cuyos hijos y nietos vivían todavía en Grecia, o alguna familia poderosa entre ellos. Los Alcmeónidas fueron lo bastante ricos en el destierro para sustituir con mármol de Paros el enladrillado del templo de Delfos, y para sobornar a la pitonisa a fin de que se pusiera de su parte contra Hipias, de modo que el oráculo pudo anunciar a los espartanos su caída. La casa de los Periandros terminó con el asesinato del nieto y sucesor inmediato Samético (587 a. de C.), por una conspiración de nobles, que dispuso la demolición del palacio de Periandro, la confiscación de sus bienes y el allanamiento de los sepulcros de la familia. Los relatos posteriores se complacen en explicar la caída de los tiranos por venganza privada, consagrada luego por motivos éticos o políticos. Aristóteles trata este capítulo muy detalladamente[371] y da como motivo principal un crimen terrible, a saber, la ὕβρις violencia mezclada a una profunda injuria; entre los tres impulsos principales que empujan a la acción liberadora, señala el odio, el despecho y el amor a la gloria. Su discípulo Fanias de Eresa, escribió un tratadito especial sobre el tiranicidio por venganza,[372] y seguramente que aportaba diversamente ejemplos antiguos y modernos. Los Pisistrátides perdieron con el atentado contra Hiparco a su hombre más destacado; Hipias, a quien alcanzó el derrumbamiento de la dinastía, pudo escapar con leve daño. También ocurre a veces una abdicación voluntaria de una tiranía heredada y bien asentada, por puro sentimiento de equidad;[373] menos edificante

371. Arist., *Polít.*, v, 8, 9, por desgracia en breve enumeración de varios casos que no conocemos más que de eso. V. la parte correspondiente en Maquiavelo (*Discorsi*, III, 6).
372. Aten., III, 40.
373. Cadmo de Cos, Herodoto, VII, 164.

es el caso de Aristágoras en la sublevación jónica, abdicando su tiranía milesia al tiempo que entrega sus colegas a sus respectivas ciudades; en él aprendemos la verdad de que tiranos en decadencia son malos caudillos en guerras por la libertad. Mardonio, sátrapa de Sardes, erigió en las ciudades jónicas democracias, que para Persia parecían ofrecer mayor seguridad que las dinastías.

Los acontecimientos en Samos, cuando Polícrates cayó en Magnesia (522 a. de C.), son muy sorprendentes. Su secretario, Meandrio, que él dejó en su lugar con plenos poderes, no deseaba el poder, sino salvar su pellejo, muy en peligro, y al intento se invistió con un cargo sacerdotal. No era extraño que el sacerdocio, ligado antes con la monarquía heroica, quedara reservado ahora para la aristocracia, por ejemplo, el arconte basileo de los atenienses; pocos años antes (hacia 530), un príncipe heredero, Batos III de Cirene, había sido reducido al oficio puramente sacerdotal.[374] Pero la ciudad de Samos, al derrumbarse una autoridad como la de Polícrates, se encontraba muy exaltada, y cuando Meandrio erigió un altar a Zeus liberador, señalando el ámbito sagrado, y declinó ante la Asamblea sus poderes, mientras proclamaba la igualdad de derechos y no pedía para sí más que seis talentos y el derecho hereditario al cargo sacerdotal fundado por él, cosechó frenéticas amenazas a cuenta de lo pasado. Pensó entonces que, en su lugar, se

374. Herodoto, IV, 161. Podemos referirnos a los emperadores destronados en los últimos años del Imperio romano: el emperador Avito, depuesto por Ricimero, se convirtió en obispo de Placencia, y el emperador Glicerio, derrotado por Julio Nepote, en obispo de Salona. También el rey Tolomeo de Chipre, que se trata de destronar, será consolado (Plutarco, *Cato minor*, 40) con el cargo de sacerdote de la diosa de Pafos.

proclamaría otro tirano, y decidió hacerse de nuevo con el poder sin contemplación alguna.[375]

A la tiranía puede sucederle otra tiranía, o, como en el caso de Atenas, una democracia ya de largo preparada, pero en el siglo VI aboca, la mayoría de las veces, en algún tipo de aristocracia. Cuando en una de las primeras caídas de tiranías en Mileto, el demos elige un αἰσυμνήτης o dictador, con el poder de matar a quien quisiere,[376] el demos ha tenido que ser aristocrático, porque un demos democrático se hubiese reservado semejante poder para sí. A más de un tirano le habrá perjudicado lo que, en los tiempos modernos, se hubiera reconocido como su aspecto «útil». A este afán ordenancista y activista se habían sustraído los nobles con su derrumbamiento.

Los tiranos de Sicilia forman un grupo especial, pero desgraciadamente pocas noticias poseemos de los anteriores al siglo V; la extensa obra de Diodoro —época de Augusto—, que se ha ocupado con especial detalle, y manejado principalmente fuentes de primera calidad, de la suerte de su bella y desgraciada patria insular, ofrece una laguna entre los libros VI y X, que corresponde justamente a la época que nos interesa. Desde el siglo VIII, los griegos habían ocupado la isla con un gran número de colonias, y podían considerarse como señores frente a los pueblos indígenas (sicanos, siceles, etc.); solamente en tres ciudades del Noroeste se mantenían los fenicios. Casi desde un principio, en algunas polis griegas se erigieron tiranos, como Panecio[377] en Leontina (hacia

375. En el relato de Plutarco acerca de Aristodemo de Cumas (*De mul. virtt.*, 26), su mujer Xenócrita es destinada a sacerdotisa de Deméter, por haber incitado a los habitantes al asesinato de su esposo.

376. Nic. Damasc., *Fragm.* 53, ed. Dindorf, I, p. 39.

377. Polien., V, 47.

608), que se ganó a los infantes del ejército contra los «ricos y caballeros» y, luego de acabar con ellos, se hizo dueño del poder; ya nos hemos ocupado de Fálaris y Agrigento, y la ciudad se convirtió, a lo que parece, en una aristocracia con jefes legales. Pero, a fines del siglo VI, la tiranía empieza a tomar rápido incremento, espontáneamente, antes de que se implante el poder cartaginés en la isla, sin excusas, pues, de defensa contra ese poder. Las revueltas interiores que favorecieron su expansión se deben a la desigualdad entre los habitantes, de los que los descendientes de los primeros colonizadores (dorios, jonios o de otra raza) poseían toda o casi toda la tierra, y acaso la calificación política exclusiva, mientras que los llegados después, y sobre todo, los indígenas, reducidos a servidumbre, no poseían nada, circunstancias que podían mantenerse hasta que un osado se decidiera a utilizar la carga; también el odio mortal de ciudad a ciudad podía servirle.[378] Se pudo derrocar una tiranía, y otra acaso, como, por ejemplo, en Selinonte, donde Pitágoras fue derrocado con la ayuda de un aventurero espartano llamado Eurileón; también éste, cuando se proclamó dictador, fue asesinado ante el altar de Zeus en el ágora,[379] pero las mismas fuerzas volvían a actuar de nuevo. Nos hallamos ante una rebuscada perversidad; el modo como, por ejemplo, fueron tratados los infelices zancleos por su enemigo Anasilao de Regio, y, sobre todo, por su aliado hasta entonces, el tirano Hipócrates de Gela, tiene algo de diabólico. Este Hipócrates, que había sucedido en Gela a su padre y a un hermano muerto violentamente, nos pone de manifiesto

378. Polien., v, 6, véase cómo Hipócrates de Gela entrega los ergetinos a los gelos y camarineos para que acaben con ellos.
379. Herodoto, v, 46.

la razón por la cual lo más extremoso tenía que convertirse en suceso cotidiano; trató de formar un gran estado y sometió a toda una serie de polis,[380] lo que no fue posible sino mediante el aniquilamiento parcial de sus habitantes. Siracusa fue salvada de sus manos por mediación de los corintios y los corcíreos; cuando sucumbió en un combate contra los siceles, ocupó su lugar un capitán de sus tropas, uno de los tiranos más temerarios y capaces habidos; venció primero a los indígenas geloes, protegiendo a los dos hijos de su señor, que luego desplazó; se trata de Gelón, en cuya familia era hereditario el sacerdocio de las divinidades ectónicas. Vino a favorecerle una revolución en Siracusa, en la que el pueblo, en unión de los siervos de los alrededores (los calicirios), arrojó a los propietarios (gamoros), y cuando Gelón restableció a éstos en Siracusa se le sometió también el pueblo (485 a. de C.). Entonces comenzó con aquellas sorprendentes trasplantaciones hacia Siracusa de que nos hemos ocupado. Nada se nos dice del grado a que llegaba el dolor y la rabia de los griegos así tratados; a los megarenses hiblenses debió de obligarles con impuestos abrumadores a participar en la trasplantación.[381] Gelón manejaba ciudades y hombres como meros materiales, y venció al extranjero, como deshecho, al demos sometido. Es cierto que era el único procedimiento para fundar un gran estado en Siracusa como capital, pues no había que contar con que las ciudades se avinieran jamás a ello; habrían continuado siendo repúblicas o tiranías independientes, y ya asomaba el terrible aliado de aquellas que querían mantenerse independientes a cualquier precio: Cartago. Para defenderse del tirano de Agrigento, Terón (desde 488 a. de C.), los tiranos arrojados de Himera, Terilos

380. Herodoto, VII, 154.
381. Polien., I, 27, 3.

y su suegro, el terrible Anasilao de Regio, llamaron a los cammitas, y luego de una lucha victoriosa contra 30.000 mercenarios cartagineses, sobre todo por la formidable victoria del río Himera (480 a. de C.), Gelón adquirió la consideración de salvador del pueblo griego, lo que le hizo posible presentar su abdicación en la Asamblea popular de Siracusa, que se le rechazó con el mayor entusiasmo. Al morir (478 a. de C.) indicó como sucesor a su hermano, Hierón, que prosiguió con el sistema de mezclas y trasplantaciones de poblaciones por los procedimientos más violentos; tampoco Terón de Agrigento, con el que cuidó de mantener la paz, hizo otra cosa en sus dominios, más reducidos. Pero ambas dinastías no parecían sentirse seguras sino con el reclutamiento de numerosos mercenarios, que acuartelaban en Siracusa, Agrigento y ciudades incorporadas, o tenían consideración de ciudadanos. El gobierno de Hierón fue codicioso y duro, y sólo de una manera exterior pudo percatarse acaso de que la vida espiritual podía prestigiar su reinado.[382] Vio que era imposible evitar la guerra con el degenerado hijo de Terón, Trasideo; la hizo y le venció, pero de un lado y otro sucumbieron 6.000 griegos, y no debió de sorprenderle muy agradablemente que los de Agrigento expulsaran a Trasideo e instituyeran una democracia.[383] Le sucedió (466) un hermano, que llevaba fama de cruel, y que al poco tiempo perdió la capital por una sublevación, y marchó a Italia.

Gracias a la sorprendente vitalidad de la población griega, fue posible en parte que en la Sicilia

382. Y, según Eliano, v. *H.*, IV, 15, desde que perdió la salud.

383. Al principio, una timocracia de los mil, hasta que (según la leyenda de Empódocles) se implantó la democracia.

libertada de los tiranos se deshicieron las mezclas de población, se expulsara a los asentados por fuerza, y se comenzara a restaurar muchas polis en forma de democracias. La dificultad mayor eran los mercenarios, a los que Gelón había declarado ciudadanos de Siracusa en número de diez mil. La prosperidad material debió de ser en un principio muy grande;[384] a este período corresponden los relatos sobre la vida fastuosa de Agrigento. Pero hubo una herencia de la tiranía que no pudo desarraigarse: la opinión de los siracusanos de que a ellos les correspondía el señorío sobre la isla. Tampoco la vida política se organizó de una manera segura en las tierras nuevamente repartidas entre los que volvieron cargados de odio y miseria y los que se habían quedado. Las ciudades rebosaban de gente, pero de muy diversa procedencia, y fueron acontecimientos fáciles los cambios de constitución y la adquisición del derecho de ciudadanía, mientras el sentimiento patriótico del terruño era bastante incierto, y el entusiasmo para la defensa con las armas, no muy grande. Sicilia era el escenario más adecuado para prosperar con la elocuencia política, y con ella y con los partidos, el ciudadano sacaba lo que podía del Estado; si fracasaba en una polis, ensayaba en otra.[385] La agitación de la democracia, que en Siracusa adquirió sus formas más extremadas,

384. Sobre el particular, detalladamente, Diodor., XI, 72. También el *pathos* fue al principio muy vivo: se decretó en Siracusa la erección de una estatua colosal de Zeus liberador y eleuterias anuales con agones, en las que se sacrificaban 450 reses «para el bienestar del pueblo», lo que parece como una garantía especial contra cualquier nueva tiranía.

385. Véase Tucíd., VI, 17, en el discurso de Alcibíades. — ἐνόσουν αἱ πόλεις, Diodoro, XI, 86. Acerca de la errabundez de los partidos expulsados, véase el ejemplo de los leontinos en Tucídides, V, 4.

abocó forzosamente en una guerra de ciudades, cuya consecuencia fue la famosa intervención de los atenienses (415-413 a. de C.). La victoria de los siracusanos, si bien conseguida con auxilio espartano, los libró de ser vendidos en esclavitud como tenían pensado los atenienses; pero los sucesos conmovieron a Cartago, que se sintió amenazada por Atenas, y decidió aprovechar su postración para apoderarse de la isla a toda costa. Luego de haber sucumbido de la manera más lamentable las ciudades de Selinonte, Himera y Agrigento, se proclamó tirano en la revuelta de Siracusa Dionisio (405), que representa en su gobierno interior el tipo perfecto del nuevo tirano, nacido de la democracia. La suerte exterior de la isla se desenvolvió así: luego de todo lo ocurrido no era posible una alianza de todas las ciudades libres contra Cartago; Dionisio se presentó como defensor universal del helenismo contra la barbarie cammita, haciendo participar de esta opinión a los habitantes de la Magna Grecia y al resto de los helenos, hasta que se percataron de que no era su propósito aniquilar a los cartagineses, pues procuró no hacerles mayor daño para que tuvieran que acudir a él todos aquellos pueblos espantados ante la perspectiva de una dominación cartaginesa.[386] Entregó a los cartagineses, mediante tratados, grandes y viejas ciudades, otras las declaró tributarias de los mismos, y el resto lo sometió a su poder con los medios más desaforados. Algunas de estas últimas ciudades las entregó a sus mercenarios para el saqueo y para asentamientos en su vega; en otras, los habitantes fueron vendidos como esclavos o trasladados a Siracusa, la única gran ciudad por la fuerza, que, luego de diversos

386. Diodoro, XIV, 10. Aun cuando en campaña consiguió sacar dinero.

cambios de dueño,[387] sumida en sacudidas terroristas, se mantuvo completamente tranquila en el último decenio del reinado de Dionisio (murió en el 367 a. de C.). Por lo menos, dominó sobre una serie de tierras en las que había destruido con anterioridad la polis respectiva, pues no era posible someterlas de otra manera. Su economía se vio favorecida en el momento oportuno con incursiones de pillaje a la Italia Meridional y a Etruria, y con grandes saqueos de templos, especialmente estatuas crisoelefantinas,[388] sin omitir el escarnio; cualquier sublevación de los habitantes de la ciudad fue prevenida mediante una policía bien organizada.[389]

Dionisio creyó que dejaba a su hijo una tiranía firmemente asentada,[390] lo que hubiera sido verdad si bastaran para ese objeto los recursos económicos y militares; la sostenían 400 trirremes, 10.000 mercenarios de a pie y 10.000 de a caballo y algunas cuantas miríadas de hoplitas.[391] Pero las circunstancias familiares de la dinastía eran como para preocupar. Después que su primera mujer sucumbió de la manera más terrible en una sublevación siracusana, celebró en un mismo día doble matrimonio, con Doris, locria, y con Aristómaca, hija del siracusano Hiparino; la primera le dio tres hijos, la segunda cuatro, que fueron casados sin reparar en la comunidad de sangre, de modo que un hijo habido con Doris casó con la hija de Aristómaca, Sofrosina, y su joven cuñado Dión, hermano de Aristómaca, con la hija de su propia hermana. Estas uniones tenían

387. Y a pesar de las maneras fiscales más violentas. Arist., *Oecon.*, II, 20.
388. Eliano, v. *H.*, I, 20. Aten., XV, 48. Polien., V, 2, 18-20.
389. Estas son las προσα ωγεις, de las que nos habla Plutarco, *Dion.*, 28, con ocasión de su aniquilamiento.
390. Plutarco, *Dion.*, 7.
391. *Dion.*, 14: cifras todavía mayores en Nepote, Dion., 5.

que abocar en rivalidades.[392] El heredero era muy joven y, a pesar del extremado cuidado puesto por el padre para evitarle el trato con personas inconvenientes para el futuro tirano,[393] no pudo lucir las cualidades necesarias a un tal jefe de Estado.[394] Junto a él se hallaba la sorprendente figura del doctrinario Dión,[395] en el que se trasluce todavía la fuerza peculiar de lo griego, y que merece por ello especial atención.

Como cuñado del viejo Dionisio y testigo ocular de la suerte fatal de las ciudades sicilianas, lo natural era la resignada desesperación, la huida o el suicidio; porque la situación real era tal, que toda liberación o relajación del vínculo con la tiranía de Siracusa tenía que provocar necesariamente la sublevación simultánea de los sojuzgados. Pero Platón, del que ya tenía anterior noticia, y del que consiguió que se trasladara desde Tarento a Siracusa, donde fue presentado al tirano, costando gran esfuerzo que pudiera escapar con vida, le había llenado con sus ideales políticos y con esperanzas ciegas; pensaba un poco confusamente

392. Hizo matar (Plut., *Dion.*, 3) a la madre de Doris, porque había producido la esterilidad de Aristómaca por arte de encantamiento; ésta era muy querida de los siracusanos, como hija de la tierra; a la muerte del tirano, Dión hizo una nueva tentativa en favor de los hijos de aquélla, que fue impedida por los médicos (*Ibíd.*, 6).

393. Estos son los νοῦν ἔχωντεσ ἄνθρωποι, de los que se habla en *ibíd.*, c. 9; el viejo sabía muy bien quién se creía ser un νοῦν ἔχων y los conocía a fondo cuando los encontraba τυραννειν μᾶλλον βουλομένους ἤ ταραννεισθαι.

394. Comp. la frase que revela característicamente el orgullo del padre οὐχ ἔστσοὶ ἐντύραννος, Plut., *Apophethegm. reg. sub. Dionysio.* Cuando se nos dice que el hijo fue un τεθραμμένος φαύλως (Plut., *Dion.*, 7), se debe observar que luego no le faltaría educación apropiada.

395. Solamente los doctrinarios tuvieron entonces tan bellas biografías, escritas por otros doctrinarios; porque Plutarco poseía unas fuentes muy ricas. Por el contrario, los políticos realistas son odiados por los redactores que se ocupan de ellos, y los escritos a su favor han desaparecido.

en un Estado aristocrático, organizado a la manera cretenseespartana; no sabemos sus intenciones respecto a cada ciudad en particular, pero lo que se desprende claramente de toda su actuación es que creía poder mejorar aún las peores. Con este pensamiento mantuvo en Dión la esperanza de heredar la tiranía para hacerla instrumento de sus planes. Pero en vida de su cuñado no le incumbía a aquél más que cumplir sus órdenes, en las que ninguna moderación ni justicia había, y el casamiento con la hija del tirano representaba una garantía más de su fidelidad. Cuando subió al poder Dionisio *el Joven*, Dión le suministró los consejos más sabios, y se ganó su favor primero, pero pronto se volvió el tirano contra él, por influencia de los cortesanos, que le ponían en guardia contra el aventajamiento de la rama de Aristómaca y de una presunta tutela de Dión, para lo que les ayudó su manera ruda y justiciera, aprendida de Platón. De todos modos, consiguió Dión que fuera invitado Platón con urgencia para una visita a Siracusa; su secreta esperanza debió de ser que Platón influiría para que el tirano abandonara sus maneras despóticas y se dispusiera a ser un regente respetuoso con las leyes; y, caso de que no resultara así, derrocarle y entregar la ciudad a los siracusanos; consideró, sin duda, que la democracia, para él nada simpática, era un mal menor comparada con la tiranía. Llegó Platón, y pareció haberse ganado al tirano y a su corte; pero en este momento empezaba a maniobrar el partido contrario. Consiguió que el historiador Filisto, representante teórico y práctico de la política realista de los tiranos, desterrado por una desavenencia con Dionisio *el Viejo*, volviera del destierro; también hicieron llegar a manos del tirano una carta falsificada de Dión al gobierno de Cartago, prometiéndole una paz ventajosa si acudía a

él. El tirano mandó que le embarcaran camino de Italia, sin dignarse oírle. Oficialmente, se trataría de una ausencia del país y no de un destierro, y se le enviaría su dinero para que pudiera mantener su rango, proceder que, en definitiva, honra a Dionisio.

En Atenas, adonde se dirigió Dión, y adonde poco tiempo después le siguió Platón, distraía sus ocios en la Academia. Platón le recomendó la amistad con su sobrino Espeusipo, con el propósito de transformar su carácter en un sentido más alegre y amable. También se trasladó a otras ciudades y mantuvo siempre relaciones con los «mejores y políticamente más ilustrados», esto es, con los enemigos de los demócratas de entonces; en diversos lugares se le dedicaron honores, y los espartanos le otorgaron el título de ciudadano, a pesar de haber disfrutado de ayuda siracusana en la lucha con Tebas, título que no significaba gran cosa después de la batalla de Leuctra; también fue iniciado en los misterios eléusicos, y su padrino de iniciación fue Calipo, su huésped en Atenas, y más tarde su asesino.

Todo esto aumentaba el recelo de Dionisio, que empezó por suspender los envíos de dinero. Pero Dionisio quería tener de nuevo a su lado a Platón, y trató de utilizar a este fin a los pitagóricos itálicos. Como hizo depender formalmente toda concesión a Dión de la vuelta de Platón, se decidió éste (361 a. de C.) a emprender el tercer viaje. La intervención del filósofo fue estéril; al cabo de un año sus relaciones con el tirano eran tan tirantes, que trabajo le costó volver de nuevo a Atenas sin mayor daño, y se tiene la impresión de que toda la actuación de Dionisio invitando a Platón no persiguió otra cosa que tener un rehén que le garantizara la lealtad de Dión. A partir de este momento a Dión se le confiscan y venden los bienes, su mujer es casada con otro contra su voluntad, su hijo joven

corrompido, de modo que no le quedó otra salida posible que la de derrocar al tirano. Espeusipo y demás amigos de la Academia le animaban a ello, mientras que Platón se mantuvo reservado: también en Sicilia debió de cundir la esperanza de la llegada de Dión. El virtuoso Dión no pudo evitar tampoco el acudir a un ejército de mercenarios,[396] porque de más de mil siracusanos expatriados, sólo veinticinco tuvieron el valor de agregarse a él. El reclutamiento se llevó a cabo secretamente y por terceros en Zacinto, con la ayuda de muchos «políticos y filósofos», que le proporcionó el vate Miltas, de Tesalia, que había participado en los cursos de la Academia. Cuando los alistados tuvieron noticia de la finalidad de la expedición, fueron desagradablemente sorprendidos, pero se les convenció de que iban más bien como caudillos de los siracusanos que como simples soldados, y de paso se hizo una demostración pública de las riquezas de Dión con motivo de un gran sacrificio a Apolo, evitando así que se disgregaran; embarcados, pudieron al fin arribar a Ecnomos, luego de un viaje accidentado. Dionisio se encontraba en ese momento en Italia, y así pudo Dión adherirse los agrigentinos, geloes, camarineos y habitantes de los dominios de Siracusa que habían sido expulsados o trasplantados a la fuerza, y presentarse secretamente en Siracusa con unos miles de hombres, y como la guarnición de Epipola se había retirado a consecuencia de una información falsa, pudo ahorrarse el derramamiento de sangre. Los ciudadanos más distinguidos acudieron a recibirle en procesión, y sus heraldos anunciaron que venía a derribar la tiranía y a libertar

396. Plutarco habla sólo de ξένοι, mientras que los mercenarios de Dionisio se llaman μισθοφοροι; pero de entre éstos ξένοι debieran de ser escogidos aquellos zacintios que acabarían por asesinarle.

a los siracusanos y demás gentes de Sicilia, pero el partido contrario se sostuvo en la fortaleza, y a los ocho días se le unía el mismo tirano. Entonces, aunque se olvida de anotarlo Plutarco, debió de iniciarse la disolución del Estado de Siracusa, en la que y por la que se combatía, en tal forma, que poco a poco se produciría aquella terrible situación que Timoleón había de encontrarse después.

Mientras se ponía sitio a la acrópolis, Dión se vio perturbado en su mando por los demagogos, ocasión en la que se pone de manifiesto la enorme petulancia del corrompido y desgraciado pueblo siracusano, mezcla de diversas procedencias. El cabecilla era un tal Heráclides, siracusano emigrado, que ya en el Peloponeso había intrigado contra Dión. Después de haber sido rechazado con fortuna un ataque de las tropas de Dionisio, en el que Dión tomó parte muy activa y resultó herido, dio lectura pública Heráclides a una carta en la que el tirano trataba de comprometer a Dión entre amenazas y promesas, y decidió acudir con siete trirremes y otros navíos al puerto de Siracusa, donde se hizo cargo de la situación y decidió derrocar a Dionisio por su propia cuenta; consiguió con sus artes de demagogo, y mediante las sospechas con que supo envolver cada paso que daba Dión, que la masa le nombrara navarca contra la voluntad de aquél,[397] cargo que Dión no consideró oportuno arrebatarle cuando el pueblo accedió a retirar el nombramiento como consecuencia de su protesta. Una vez que la flota hubo conseguido grandes ventajas, destrozando delante de la ciudad los refuerzos que Filisto aportaba de Yapigia en favor del tirano, comenzó el pueblo a considerar como ociosas las fuerzas mercenarias de Dión y a poner todas sus esperanzas en

397. Según Nepote, c. 6, Heráclides habría recibido el mando de la flota de los optimates, que estaban a su favor.

Heráclides. Éste no consiguió lo que más hubiera agradado a la masa: coger prisionero al tirano; Dionisio, luego de haberle sido rechazada una capitulación por los siracusanos, que rabiaban por su muerte, pudo salir inadvertido rumbo a Italia, llevando consigo lo mejor de su fortuna y los personajes más comprometidos, dejando en la fortaleza a su hijo Apolócrates. Pero este fracaso movió ahora a Heráclides a complacer a la masa en sus deseos más extremosos, e incitó a otro demagogo, Hipón, para que convenciera al demos de que era necesario el reparto de tierras, ya que la igualdad de las propiedades es origen de todas las libertades, mientras que la pobreza de los desposeídos es el origen de todas las servidumbres. Las protestas de Dión contra estas propuestas fracasaron por manejo de los intrigantes, y Heráclides incitó al pueblo para que negara la paga a los soldados y escogiera nuevos estrategos, contrarios a Dión. Cuando, por último, se llegó a ofrecer a sus mercenarios el derecho de ciudadanía para desvincularlos de Dión, decidió éste abandonar con ellos la ciudad, y trasladarse a Leontina. Pero, al salir, el populacho se le echó encima, y como no pudo contenerle, a pesar de recordarle la presencia del enemigo en la acrópolis, no le fue posible evitar, contra sus deseos de evitar derramamiento de sangre, que las tropas intervinieran enérgicamente.

Los siracusanos se envalentonaron cada vez más; después de su triunfo contra la flota de Dionisio, mandada por Nipsio, celebraron grandes festines hasta muy entrada la noche, sin que los estrategos se atrevieran a imponer el orden a gentes embriagadas. Pero, de pronto, el mismo Nipsio, al frente de mercenarios bárbaros, penetró a sangre y fuego hasta Acradina; entonces se volvieron a poner las esperanzas en Dión y sus mercenarios, y venciendo las

propias resistencias en declararlo así, aliados y caballeros acordaron que había que ir a buscarlo a Leontina. La delegación que le dio cuenta, entre lágrimas, del cambio experimentado en la opinión, fue conducida por él al teatro donde se hallaba reunida la Asamblea popular, y bajo la fuerza de sus palabras fue acordada la marcha sobre Siracusa. Pero, entre tanto, los demagogos, que habían cobrado cierto respiro con la retirada de Nipsio a la acrópolis, consiguieron disponer a la muchedumbre contra él, y no le fue permitida la entrada; hubo necesidad de otra incursión, más sangrienta, de Nipsio, para convencerles de que Dión era imprescindible. Dionisio, que ya debía de desesperar de poder salvar la tiranía, decidió hundir a la ciudad con ella, y ordenó que se la prendiera fuego, así que Heráclides no pudo menos de conjurar a Dión para que apresurara su marcha. Esta vez apareció como «salvador y dios» y sus tropas mercenarias como «hermanos y ciudadanos», y luego de encarnizadas luchas consiguió reducir al enemigo a la acrópolis y extinguir el fuego.

Pero pronto se pondría de manifiesto cuán poco segura era su situación. Mientras que los demás demagogos huyeron ante su victoria, Heráclides pudo conmover con sus palabras el ánimo de Dión y conseguir que le indultara, contra el consejo de sus amigos, que opinaban debía entregar a este tipo envidioso y malvado a los soldados. Heráclidas le propuso, en pago, ante la Asamblea popular, como señor único de tierra y mar, y los «mejores» apoyaron la propuesta; pero la propuesta no prosperó porque la masa más indigente no quería desprenderse de sus complacientes navarcas, y Dión tuvo que contentarse con que se anulara el acuerdo anterior de reparto de las propiedades; Heráclides explotó la impopularidad de esta

medida, alentando en Mesana a sus soldados y marineros contra Dión, como si éste persiguiera la tiranía, mientras que él mismo se entretenía en tratos secretos con el lacedemonio Fárax, un caudillo de mercenarios de Dionisio acampados en la región de Agrigento. Dión se vio precisado a combatir en condiciones desfavorables para deshacer la insinuación malévola de que trataba de prolongar de cualquier manera su caudillaje, y pudo ver cómo Heráclides acudía con la flota a Siracusa para cerrarle el paso. Llegó a tiempo con su caballería, pero no se sintió ya lo bastante fuerte para rechazar una propuesta de conciliación por parte de Heráclides, que negoció el aventurero espartano Gesilo, aparecido por entonces en Siracusa. Heráclides tuvo que jurar solemnemente y su perjurio sería vengado por Gesilo; pero mayor era la garantía que ofrecía el acuerdo de los siracusanos de liquidar la escuadra, costosa e inútil, y fascinadora para cualquier intento de los navarcas, y fue llegado el momento en que Apolócrates se vio forzado por el hambre y el cansancio de sus huestes a huir a Italia con su madre y hermanas, con cinco trirremes, y la acrópolis capituló.

En la ciudad reinaba el júbilo, y Dión pudo unirse con su hermana Arístómaca, con su hijo y con su mujer Areta, quien, a pesar del matrimonio forzado, volvió conmovida a él. Compensó con largueza a sus amigos y colaboradores, pero él mismo se instaló con sencillez. Cuando Platón le escribe que todo el mundo le contempla, él atiende sólo a un lugar de una ciudad: a la Academia, y sólo desea saber si ella aprueba también su actuación reflexiva y ponderada, y no renuncia, a pesar de las advertencias de Platón, a su digna reserva. Había que implantar ahora una constitución, y el ideal que le conmovía era el de una monarquía del tipo de

Lacedemonia,[398] esto es, una mezcla de democracia y monarquía, con una aristocracia que decidiese los asuntos importantes. Parecía imposible lograr semejante propósito teniendo a Heráclides como conciudadano; éste volvió, en efecto, a intrigar, negándose a tomar parte en una reunión so pretexto de que, como particular, compartía su asiento con los demás ciudadanos en la Asamblea popular, y se quejó de que Dión no hubiera demolido la acrópolis ni hollado el sepulcro del viejo Dionisio, proponiendo, finalmente, que hiciera acudir de Corinto a consejeros y corregentes. La opinión manifestada anteriormente por Dión, de que la maldad de un hombre no puede ser tan grande que no pueda ser vencida por una bondad superabundante, no podía sostenerse frente a estos hechos. Por eso ordenó a quien antes hubo de contener para lo mismo, que le diera muerte en su casa; le dispuso unos funerales magníficos, donde declaró, en discurso ante las tropas ciudadanas, que nunca hubieran cesado los tumultos en la ciudad de seguir ambos actuando en ella.

Como el demos se encontraba sin caudillo, surgió uno de las proximidades de Dión, Calipo, que creyó encontrar en Sicilia la recompensa de sus fatigas.[399] Este amigo de cuidado, que recibió de los enemigos (¿cartagineses?) veinte talentos para asesinar a su antiguo huésped, se atrajo algunos de los mercenarios de Dión y fue con el cuento a éste de lo que los soldados decían de él, autorizándole entonces para que hablara un poco descomedidamente acerca de su amigo, y así, dar con los que le querían mal. Pero este fue el modo

398. Plut., *Dion*, 53, y *Comparatio Timodeontis cum Paulo Aemilio*.

399. Calipo es designado por Plutarco como μιαρώτατος; pero no es más que un griego posterior, que no puede resistir a la tentación de hacerse con el poder si se presenta la ocasión.

que tuvo Calipo para reunir los elementos adecuados, y cuando alguien comunicaba a Dión las malas artes de su amigo, Dión creía que no hacía otra cosa que dar cumplimiento a sus órdenes. Cuando a Calipo se le ocurrió insinuar que Dión, que acababa de perder a su hijo Hiparino, pretendía hacer heredero[400] suyo al hijo del ex tirano, Apolócrates, se empezó a sospechar fundadamente de Calipo; pero Dión, cuyo ánimo había sido ensombrecido con la muerte de Heráclides, acontecimiento que consideraba como la mancha de su vida, declaró que estaba dispuesto a morir, y que aguardaría resignadamente al asesino si le era menester vivir temeroso, no ya de los enemigos, sino de los propios amigos, y hasta las mismas mujeres de la familia, que le habían prevenido especialmente, se dejaron convencer y tranquilizar por un terrible juramento de Calipo. Estando Dión con varios amigos de festín en una sala, fue ésta rodeada por los conjurados, que ocuparon puertas y ventanas; penetraron, para darle muerte, los sicarios, zacintios de las tropas mercenarias, y como carecieran de armas, por haber sido registrados a la entrada de la residencia, trataron de estrangularle. Dión se defendió, y la lucha duró largo rato, porque ni los amigos de Dión ni los que esperaban fuera, tuvieron valor para intervenir y prefirieron esperar el curso de los acontecimientos. Por último, un siracusano lanzó un puñal por la ventana y Dión fue inmolado como una víctima. Aristómaca y Areta fueron encarceladas[401] y Calipo se hizo dueño del poder.

400. La expresión διαδοχος nos indica que el cargo de Dión se consideraba como heredable.

401. Con el derrumbamiento de Calipo recobran la libertad, y uno de los amigos de Dión, Hicetas, pareció acogerlas, pero le ganaron para sí los enemigos, y, junto con los hijos de Areta, nacidos en la prisión, los embarcó en un navío, con supuesto rumbo al Peloponeso, y se acabó con ellos.

Consumados los hechos, se pusieron en movimiento los partidarios de Dión. Fueron muertos los presuntos asesinos, y el mismo pueblo que le denigró como tirano, le ensalzó ahora como salvador y libertador; tampoco pudo impedir Calipo que se le confirieran magníficos honores fúnebres y que fuese honrada su memoria con un monumento. Pero el mismo Nepote, que nos informa (c. 10) de esta popularidad póstumo, nos instruye sobre algo que las fuentes predispuestas entusiastamente en favor de Dión callan, a saber, que después de eliminar a Heráclides, repartió entre sus soldados los bienes de sus enemigos, y, aumentando la necesidad, recurrió también a los bienes de sus partidarios, y así, a tiempo que se aseguraba sus mercenarios, se alejaba los ciudadanos distinguidos; aunque no quiso ser un tirano, no pudo prescindir, si quiso conservar el gobierno, de apelar a los medios de los tiranos, y mientras la masa le condenaba por ello, fue también criticado con rigor, para su mayor dolor, por aquellos cuyo juicio le podía importar especialmente.

Calipo comenzó su gobierno con brillantez, pero perdió a Siracusa a los diez meses, en una salida que hizo para conquistar a Catania. En Sicilia no podía sostenerse, y en Regio, que ocupó, le faltó dinero para mantener a sus tropas; allí mismo fue asesinado con el mismo puñal, se dice, que arrebató la vida a Dión. Siracusa cayó en poder de Hiparino, hermano uterino de Dionisio —hijo de Aristómaca—, y luego de su asesinato rápido, en su hermano Niseo, hasta que volvió el mismo Dionisio desde Locres, donde entretanto había sabido proclamarse tirano (346 antes de Cristo). Volvieron a levantarse en diversas ciudades otros tiranos, y lo hicieron otra vez como aliados de la ya próxima Cartago. Volvieron a ser expulsados todos los tiranos, incluido Dionisio, y los car-

tagineses fueron reducidos al rincón occidental de la isla por Timoleón (desde 343 a. de C.) y toda la muchedumbre de griegos y de familias de fugitivos que él acaudillaba; volvieron a restablecerse las poblaciones de las ciudades y a proclamarse las democracias. Luego de la muerte de Timoleón no se produjeron los sangrientos tumultos que hemos conocido después de la caída de las viejas familias de tiranos, y, pasados veinte años, se levantó Agatocles, que pareció reunir el viejo poder de Dionisio con la magnífica osadía del caudillo y aventurero. Esta figura terrible y atrayente al mismo tiempo, parece que personaliza y concentra toda la fuerza moral y espiritual y toda la maldad y perjurio de los helenos de última hora; apenas si existe otro pernosaje en la historia universal que mantenga suspenso el juicio entre la admiración y la reprobación hasta el momento en que, sintiéndose envenenado por instigación de un nieto, se lanza, a los setenta y dos años, a la hoguera (289 a. de C.) para morir como Heracles. Si contemplamos la suerte de Sicilia en esta época, vamos descendiendo de un círculo dantesco en otro; todavía contra Agatocles se defendieron las polis con la mayor energía;[402] su voluntad de vida independiente no se había, pues, extinguido del todo, pero en el siglo III perdieron la cabeza y el ánimo con las sucesivas conmociones de tropas entregadas al pillaje, de tiranos y de cartagineses, y dejaron escapar acaso la ocasión de su salvación con Pirro. No sabemos lo que Hierón II, que fue proclamado (274) por los soldados en Siracusa, hubiera conseguido a la larga; era hora ya de

402. Produce pesadumbre contemplar cómo en sus propios «políticos» recelaban pensamientos titánicos, mientras que esperan recibir en la figura del infame Herotato de Esparta un gobernante benéfico del tipo de Timoleón.

que los romanos, luego de inicial enemistad, se hicieran con el tirano y la isla, si bien su suerte como provincia romana había de ser bastante dura. Lo específicamente griego, la Polis, había sucumbido, pero había sido salvado de los africanos lo helénico, el residuo de la nacionalidad.

También entre los demás griegos del siglo IV hubo numerosos personajes tiránicos y partidos;[403] pero la tiranía propiamente dicha fue producto marginal, propio de tierras fuera del ámbito griego. Hay que tener en cuenta las dinastías hereditarias de Chipre, Halicarnaso, etc.; por ejemplo, Evágoras, señor de Salamina, en Chipre, es una figura estimable, aun teniendo en cuenta otras fuentes que el discurso panegírico de Isócrates; los tiranos de Heracles, llegados al poder por el reparto de tierras, estaban demasiado lejos y tenían poco poder para influir en el destino helénico, así que no quedó como ejemplo terrible más que la casa de Feres en Tesalia, en la que luego del capaz y encomiado Jasón (hasta 370 a. de C.) vino a reinar el terrible Alejandro (hasta 339), valiéndose de una cadena de crímenes dentro de la familia real. La mayoría de las crueldades se explican aquí, lo mismo que con Clearco de Heraclea, por miedo, aunque era también necesario matar o vender hombres para procurarse dinero para los mercenarios, quienes, por su parte, se permitían toda clase de desmanes. La fatalidad de Alejandro fue la proximidad de Tebas, de la que esperaban intervención liberadora los sujetos a la tiranía o los tesalios amenazados por ella. Por su ruego acudió Pelópidas por dos veces a Tesalia para poner orden; pero la vez primera Alejan-

403. Con qué facilidad los generales espartanos acudían a los medios más violentos, nos lo revela el espantoso gobierno de Clearco en Bizancio.

dro no le dejó acabar su discurso, pues le volvió la espalda con sus mercenarios, y la segunda, como no se hallaba al frente de un ejército, fue retenido como prisionero, junto con Ismenias. Esta humillación del poderoso tebano repercutió espantosamente entre los tesalios; se decían que quien así osaba tratar a Pelópidas no respetaría nada y se movería entre hombres y cosas como un desesperado. Y, en realidad, debieron ocurrir los más lastimosos hechos, aunque no podamos precisar la verdad del detalle en los relatos que nos han llegado sobre hombres enterrados vivos o cubiertos con pieles de jabalí o de oso para echarles encima los perros y acabarlos a lanzadas. Ya es bastante lo que hizo con las ciudades de Melibea y Escotusa, que creían disfrutar de su paz, soltando sobre ellas sus mercenarios cuando los ciudadanos se hallaban reunidos en pacífica asamblea. Este mismo hombre que consagró y coronó la lanza que le sirvió para asesinar a su tío Polifrón honrándole como Τυχον (la Certera) con sacrificios, se conmovió tanto en una representación de *Las troyanas*, de Eurípides, que tuvo que abandonar el teatro para ocultar al público su emoción.[404]

Pelópidas, que por sus amenazas y resistencias contra Alejandro fue sometido a un trato bastante más duro del propuesto en un principio,[405] tuvo que ser

404. Otra variante de la misma historia se ve en Eliano, *H.*, XIV, 40. Sobre cuán inconveniente podía ser para estos tiranos una emoción fuerte, v. Eliano, *H.*, XIII, 34: Dionisio (no sabemos cuál de los dos) hizo que la guardia le presentara a su antiguo amigo León, ahora metido a conspirador; las tres veces vaciló, le besó llorando y maldijo la hora en que su amigo acudió a las armas. Sin embargo, el miedo pudo más, y dio orden de que lo mataran, con las palabras: οὐκ ἔστιν ὦ Λέον, σοι ζῆν!

405. Parece que, acostumbrados a hablar mal del tirano, se olvidaba la más elemental prudencia. Un ejemplo nos suministrarían las visitas que le hizo en la prisión Tebe,

libertado por sus compatriotas, y el mismo Epaminondas, puesto que otros no habían tenido ningún éxito, penetró en la Tesalia. Con una prudente política guerrera, pues peligraba, de extremar las cosas, la vida del amigo, consiguió que el tirano firmara un armisticio y entregase los prisioneros; retiradas las tropas tebanas, el tirano acumuló su audacia y se propuso someter a toda la Tesalia, por donde acamparon sus guarniciones. Parece que los atenienses, a pesar de su veneración por los tiranicidas, recibieron subsidios de él y le erigieron una estatua de bronce en calidad de benefactor. Pero la ciudades esálicas conjuraban a Tebas para que acudieran en su socorro, que no pudo ser negado. Pelópidas se presenó por tercera vez en Tesalia, al frente de un cuerpo voluntario de caballería, lleno de orgullo por la certeza de que los tebanos esta vez sólo hacían la guerra para destruir dinastías tiránicas violentas y antilegales; pero en Cinoscéfalos perdió la vida en una batalla victoriosa, y fue menester que entrara en juego todo el ejército tebano para poner en tal aprieto a Alejandro, que tuvo que renunciar a sus conquistas tesálicas e ingresar en la confederación tebana. Poco después moría el tirano, asesinado en la noche por su mujer, desesperada por la confianza y brutalidad del marido; fue ayudada en ello por su hermano, y acabó con él por medio de una muerte «rápida y suave no merecida»; el cadáver fue arrojado a la calle y pisoteado por los fereanos.[406]

Por muy violenta que fuera la tiranía de Alejandro,

---

mujer de Alejandro e hija de Jasón, porque la esposa del tirano, secretamente desviada de él, representa todo un tipo; se puede explicar también así que su hermano más joven se convirtiera en παιδικά de Alejandro.

406. Para la fuente principal de la historia de Alejandro ver *Pelópidas*, 26-35; un relato adornado de su muerte violenta, se ve en Conón, 50.

la que llamaba sobre todo la atención de los griegos era la de los Dionisios; a ellos trató de imitar Clearco de Heraclea,[407] y más tarde, a Apolodoro de Casandra le sucedió un experimentado consejero siciliano, Califón.[408] Sicilia era la patria de la tiranía moderna, de la elocuencia metódica y de la cocina refinada. Jenofonte, en su diálogo *Hierón*, piensa más en el viejo Dionisio que en Hierón, y describe la completa ausencia de alegría en la vida del tirano; Platón estuvo tres veces en la corte de Siracusa, sin conseguir a la larga mejora alguna.[409] Dionisio *el Joven*, en su huida, fue una de las maravillas de Corinto, que poco antes se había visto amenazada por la tiranía de Timófanes; llevaba, seguramente por cálculo, una vida poco altanera, para no despertar sospechas y aparecer como satisfecho con su suerte. Los griegos podían ver de cerca el espectáculo de un tirano, que se había permitido toda clase de crueldades y de magnificencias, pero también había sufrido los más terribles golpes: muerte de hijos mayores, humillación y muerte de los suyos a manos de enemigos victoriosos; y no lejos de él podían fijarse en el gran cínico metido en su tonel, que no necesitaba de nada y se sentía feliz con su lengua mordaz. También pudieron regalarse con el espectáculo de un verdadero rey, a quien largamente habían considerado como un tirano: Alejandro de Macedonia se presentó en Corinto y habló con Diógenes; no se nos dice si tuvo noticia de la presencia de Dionisio en la ciudad.[410] Su gran preceptor, Aristóteles,

407. Diodoro, xv, 81.
408. Diodoro, *Fragm.* 1, xxii.
409. También Esquines, el socrático, y Aristipo se presentaron en la corte de Dionisio *el Joven*, cada uno con su intención especial.
410. Filipo pudo verlo; comp. Eliano, v. *H.*, xii, 60.

se había encarado en su *Política*[411] con el fenómeno general de la tiranía, describiendo primero el camino trillado que las más recorren, y luego el camino mejor, que se acerca a la monarquía auténtica, y que hace algunas cosas buenas y otras parace hacerlas. Maquiavelo ha recogido en su *Príncipe* muchas de las consideraciones de este capítulo. Pero Aristóteles presagia a los soberanos «medio buenos», «medio malos» solamente, que la tiranía y la oligarquía son de todas las formas de gobierno las más breves.

Pero no sólo por motivos morales o políticos, sino también por una razón extrínseca: el tiranicidio no se abandonó al brazo vengador de los oprimidos o temerosos, sino que se convirtió en *pathos* general de todos los demócratas de la nación, y se ensalzó el desprecio de la propia vida en el tiranicida. Desde que los asesinos de Hiparco gozaron de una estatua de bronce en el Cerámico, el afán de la gloria podía incitar a muchos,[412] solamente que los tiranos eran muy raros; pero bastaba que alguien pareciera reunir populacho miserable y repartirle armas, para que le sucediera lo que a Timófanes en Corinto, que fue muerto por su propio hermano. El tirano más apreciable, Jason de

411. Aristót., *Polít.*, v, 9.

412. Jenof., *Hierón*, IV, 5. Las ciudades honraban a los tiranicidas; también en otros lugares hubo estatuas en su honor. Por ejemplo, en Quío, en la que una reacción oligárquica se permitió el detalle de arrancar el puñal de manos de la figura, *Annali dell'Instituto*, XXXIX, p. 321, nota. Aristófanos se ríe mucho de este patetismo tiranicida, *Lisístrata*, 630 y s. El jefe del coro de ancianos opina que las mujeres habían erigido una tiranía; «pero a mí no me van a tiranizar, porque voy a estar sobre aviso; llevaré la espada entre ramas de mirto, y vigilaré armado en el ágora, y tieso, así (imitando la postura de una de las dos figuras) estaré plantado junto a Aristogitón». Todavía muy posteriormente los atenienses decretaban la erección de estatuas

Feres, fue asesinado por siete jóvenes en busca de la «gloria»; éstos fueron honrados en todas partes adonde llegaban,[413] independientemente de que los contemporáneos consideraban la muerte de Jason como castigo divino por su propósito respecto al templo de Delfos;[414] en la misma Atenas, que había mantenido buenas relaciones con Alejandro de Feres encontraron una magnífica acogida los asesinos de Cotis de Tracia, Pitón y Heráclides.[415] También la filosofía tomaba parte: Clearco de Heraclea, que había escuchado a Platón y fundó siendo tirano una gran biblioteca, fue asesinado por dos discípulos de Platón. En vano le advirtieron los sueños que no se fiara de la filosofía.[416] En la misma Atenas, sin embargo, a la que Platón había presagiado tan claramente una tiranía[417] no se produjo ninguna en el siglo IV, entre otras razones, porque había mucha gente capaz y decidida a explotar en provecho propio el interés público, y muchos eran los que medraban, sin peligro, con la política.[418] Hasta la batalla de Leuctra, Esparta se hubiera opuesto enérgicamente

---

de bronce a Bruto y Casio, junto al grupo de Harmodio y Aristogitón (Dión Cas., XLVII, 20). ¿Tuvieron en verdad, tiempo de erigirlas? Insensata glorificación, por parte de atenienses y de griegos en general, por el solo hecho de tratarse de magnicidas. *(Ibíd.)*

413. Jenof., *Hellen.*, VI, 4, 32.

414. Eliano, *Fragm.* 52.

415. Demóstenes, *Adv. Aristócr.*, p. 659. Más adelante, p. 666, dice Demóstenes acerca de los asesinos de un tiránico capitán de mercenarios, Filisco: «*¡Piensan sobre los tiranos igual que nosotros!*»

416. Eliano, *Fragm.* 86.

417. Platón, *Repúbl.*, VIII, 15; IX, 3.

418. Por eso, el *pathos* tiranicida es en toda la Grecia, y especialmente en la Atenas del siglo IV, asunto principalmente de competencia y de botín. Es verdad que a los clamores se mezclaban las voces de muchas criaturas inocentes, pero la razón principal reside en que allí donde rige un

a cualquier tiranía en Grecia, mientras que otras luchas intestinas en las polis le favorecían; cuando Tebas se levanta con la supremacía tampoco le conviene ninguna tiranía. Los tebanos eran tan concienzudamente demócratas, que trataron de condenar a muerte al gran Epaminondas, porque había prorrogado arbitrariamente el tiempo de ejercicio de su beotarquía para salvación de la comunidad; los jueces sacados a la suerte no quisieron pronunciar sentencia,[419] y Epaminondas recibió como cargo el de inspector de cloacas, y durante cierto tiempo sirvió de soldado raso.

Mediante los diadocos de Alejandro, todos los dominios de Oriente de la tierra de los griegos integraron reinos inmensos, pero Grecia quedó bajo el influjo de Macedonia, cuyo gobierno, a su vez, pasó de mano en mano durante medio siglo, hasta que vino a parar en las de los Antigónidas. Durante toda esta época de revueltas, encontramos, por ejemplo, un rey, Casandro, que nos muestra a menudo los rasgos característicos de un tirano helénico, y, en inteligencia con él, pudo prevalecer en Atenas contra Demetrio Poliorcetes (297 a. de C.) un tal Lacares, que «en crueldad contra los hombres y en impiedad contra los dioses superó a todos los tiranos», viviendo en continuo terror; robó el escudo de oro y el tesoro de Palas Partenopea, y pudo huir disfrazado.[420] Como si el nombre de Casandro llevara consigo una maldición especial, ocurrió que, en Potidea, reconstruida por Casandro sobre sus ruinas y convertida en una gran ciudad, Casandria, se levantó en los agitados tiempos

---

tirano, los ambiciosos nada tienen que hacer, y se acabó con «κλὲπτειν το δημοσια» y «χρυσοῦν θὲρος τὸ βημα». Sobre todo, que ¡adiós los efectos mágicos de la elocuencia!

419. Pausan, IX, 14, 4.

420. Sus otras aventuras, en Polieno, III, 7; VI, 7, 2.

macedónicos (280 a. de C.) un hombre,[421] Apolodoro, que reunía todos los rasgos[422] del tipo del tirano tardío. Los comienzos y el fin quedan bastante obscuros, pero sabemos que principió con una soberanía a medias y simuló amparar la libertad, guardando las mayores deferencias con los diadocos poderosos. Acusado en cierta ocasión de aspirar a la tiranía, se presentó con los suyos vestido de luto y con triste semblante ante los jueces, que le absorvieron. Aparentaba repugnar toda guardia personal, pero repartió bienes entre los bárbaros galos de la guarnición, para que siguieran siendo «vigías de la libertad», y luego los fue utilizando a discreción en toda clase de tropelías. Con el fin de aumentar la soldada de sus huestes y granjearse de paso la adhesión de la masa, esclavos y trabajadores agitados por él (τοὺς ἀπο τῶν ἐργαστηρίων τεχνίτας), tuvo que apelar a la confiscación, al tormento y a la aniquilación de los ricos. Valiéndose de una ceremonia abominable, se aseguró partidarios decididos: luego de haber comido, sin saberlo, los intestinos de un asesinado y haber bebido su sangre mezclada con vino, se consideraron mágicamente ligados a él cuando éste les mostró el cadáver; seguramente se trata de una imitación de la tradición siciliana,[423] en la que se inspiraba. Con el tiempo fue presa de pesadillas horribles y de fatal embriaguez, que le hicieron tanto más criminal. Cayó por haberle vencido el rey Antígono Gonatas.

Las últimas tiranías son las de la época tardía de los Antigónidas. Nos limitamos a las de Grecia (Élida Si-

421. Poco más o menos como se sublevó el «castellano» de Mussa cuando las revueltas del ducado de Milán en 1523.
422. En Diodoro, Plutarco, Eliano y Polieno.
423. Según que pongamos o no en relación con Sicilia el nombre de Epicides que aparece en Plutarco, *De sera num vind.*, c. 11.

cione, Argos, Megalópolis, etc.).[424] Mientras las democracias pudieron expoliar libremente a los ciudadanos ricos, decidir a discreción sobre anulación de deudas, repartos de tierra, no necesitaron de tiranía alguna, con la que el resultado de la confiscación no recaía en su mayor parte sobre el pueblo, sino sobre las tropas mercenarias, pero la depravación, el crimen y la impaciencia conjuraron en diversos lugares el acontecimiento. Apenas si se pueden llamar gobiernos semejantes tiranías, porque no repararon en medio alguno con tal de sostenerse. Los Antigónidas las protegen ahora, luego terminan con ellas; Corinto alterna entre la tiranía y la ocupación macedónica. La liga aquea convirtió en misión principal suya barrera estas tiranías; pero en cuanto las circunstancias ayudaban un poco, volvían a erigirse; bastaba un buen demagogo o un aventurero, pues el chispazo de la revuelta era lo más sencillo. En seguida venían el destierro o la muerte y la confiscación de los propietarios, cuyo patrimonio se repartía entre los partidarios y la guardia del tirano; no se confiaba por entonces más que en las tropas formadas por galos, único elemento que garantizaba la victoria en los ejércitos de los diadocos,[425] y si había dinero suficiente, los tiranos se agen-

424. Particularmente, véase Plutarco, *Aratos*. La tiranía tardía de Cirene de que habla Plutarco, *De mulier. virtt.*, 19, comp. Polien., VIII, 38, 70, no es de fecha anterior, y más bien una novela de tipo parecido a la de Aristodemo de Cuma; la figura principal de varias de estas historias parecidas es la mujer (en este caso Aretafila), cuya familia fue aniquilada por el tirano, y con la que éste contrae nupcias y a la que quiere, mientras que ella no piensa más que en la venganza. Podemos pasar por alto también los tiranuelos que surgen aquí y allá al desmoronarse el reino de los diadocos. Un ejemplo puede verse en Polib., XXII, 17 [XXI, 34]. Sorprendente es ver a la pequeña Tetrápolis de Cibira en Pisidia, con un tirano a su frente, hasta en tiempo de los romanos. Estrabón, XIII, al final.

425. Justin., XXV, 3.

ciaban este soldado de calidad, el más caro.[426] Pero los asesinatos y confiscaciones sólo por corto tiempo podían abastecer la tropa; y un proletariado en armas hubiese sido un apoyo endeble. El tirano que había presidido el reparto de tierras, no era ya imprescindible contra los expropiados, y por eso es frecuente el cambio rápido y sangriento de personas. La avidez de la masa complacida era, por naturaleza, insaciable, y tenía que forzar a nuevos cambios. No es de extrañar que tiranos moderados, que no tenían que reprocharse actos sangrientos, o muy pocos, rindieran gracias a los dioses cuando podían entregar su liviano poder en manos de la no menos liviana liga aquea. Los que, por el contrario, se mancharon con toda clase de tropelías, vivían en continuo temor de asesinato, «entre doríforos, armas, puertas y escotillones»,[427] sin que, a la postre, pudieran substraerse a la muerte violenta. Con ocasión de los atentados se mencionan como inductores o actores a filósofos, que ya entonces, al extinguirse otras capacidades, van ocupando el primer plano de la vida pública. El tirano Abantidas de Sicione, que presumía que las salvajes prescripciones ordenadas por él no eran óbice para conversar con los filósofos en el ágora, fue muerto por éstos en tal lugar, como antes lo fuera Clearco de Heraclea.[428] En esta ocasión, como en muchas otras, no se hizo sino cambiar de tirano; pero si una conspiración de demócratas conseguía dar muerte al tirano en su casa o

426. O a los βάρβαροι μιγάδες. Plutarco, *De mulier. virtt.*, 15. Polib., x, 13, nos cuenta, y explica por qué las tropas mercenarias de los tiranos se peleaban mejor que los ciudadanos de las polis libres (que después de cada guerra solían rendir las gracias a sus tropas).

427. Plut., *Arat.*, 26.

428. Sin embargo, no todos los estoicos estaban de esta parte. Antígono Gonatas pudo nombrar a un estoico (Perseo) comandante de Corinto.

en el ágora (o ante el altar de algún dios), se proclamaba la libertad de los ciudadanos, se demolía la fortaleza y se mataba ignominiosamente a la familia, o, en el mejor de los casos,[429] se la invitaba al suicidio, pues había que someter a los familiares a la más terrible venganza para hacer imposible la continuación de la dinastía. Arato pudo libertad, como jefe de la liga aquea, a su patria Sicione, y ya al día siguiente por la mañana temprano «estaba el teatro lleno», hasta que apareció el heraldo y pregonó: «Arato convoca a los ciudadanos para la libertad». Hubo, sin embargo, poblaciones que se mantuvieron en papel de espectadoras, y cuando Arato luchaba en Argos contra el tirano, los argivos permanecieron tranquilos, como si en vez de su libertad se tratara de actuar de jueces de campo en los juegos nemeos; Arato, gravemente herido, se vio forzado a retirarse, y entonces devastó la Argolida, con lo que no salió ganando nada. No podemos ocuparnos ahora en la suerte de la democracia por esta época. Pero antes de que Roma salvara a los griegos de su propio aniquilamiento, Esparta padeció una terrible tiranía, la más terrible si se exceptúa la de Sicilia: la de Nabis (206-192 a. de C.).

En tiempos del Imperio, cuando ya se domina la perspectiva de todos los tiranos griegos, Luciano no reúne en la figura de Megapentes[430] más que aquellos rasgos que, desde los retóricos, componían la figura convencional del tirano, en el sentido exclusivamente peyorativo, el de última hora. Pero en otro lugar[431] nos delata Luciano la veneración que guardaban los griegos por lo conquistado mediante el esfuerzo y el arbitrio propios, sin privilegios de nacimiento. La investigación histórica debe prestar oído atento cuando

429. Plut., *De mul. virtt.*, 15.
430. Luciano, *Kataplus*.
431. Luciano, *Navigium*, 28.

en la literatura de los pueblos desaparecidos se asoma el tipo, divertido, del ambicioso sin freno. Escuchemos, pues, al Samipo de Luciano: «No me apetece ser rey por herencia, como Alejandro o Mitrídates, sino como bandido al frente de treinta camaradas leales, hasta que llegáramos a ser cinco miríadas; entonces sojuzgaríamos a Grecia y conquistaríamos el Oriente».

### 7. La democracia y su forma especial en Atenas

Todo predominio de la reflexión en materias políticas tiende, con mayor o menor urgencia, a la igualdad más amplia de los ciudadanos. Si las formas políticas anteriores, la vieja monarquía y la aristocracia, descansaban sobre la conquista primera y consiguiente autoridad natural, y la tiranía se apoyaba en el mando efectivo, con la pretensión de representar el interés de todos contra unos pocos, ahora tenemos que fijarnos en aquellos estados griegos en cuya fundación la reflexión no sólo interviene, sino que es el factor decisivo.

Se trata de las colonias. Aparece aquí, por primera vez, como dote natural de los helenos, el establecimiento deliberado de ciudades e instituciones tomando en consideración todos los diversos elementos y fuerzas. No transcurren las cosas de un modo elemental y violento, sino que las partes, tan diversas, que constituirán la colonia, reclaman un trato jurídico adecuado. La función de «legislador» cobra un sentido nuevo; Teseo y Licurgo no son sino mitos, es decir, personificaciones de toda una serie de acontecimientos; ahora aparecen individuos a los que la ciudad encomienda la redacción de constituciones y leyes, como, entre los habitantes de la Magna Grecia, Carondas y Zaleuco,[432] o el «endere-

432. Se comprende que estas dos polis pertenecían fundamentalmente al tipo de polis aristocráticas.

zador» (αταρτιστήρ), enviado por el oráculo de Delfos a la colonia demolida, Cirene, el mantineo Demónax. La legislación en cada caso es un acto de libre creación, no mera trasposición de modelos extraños, si bien puede ocurrir que se reconociera libremente como muy bueno un modelo extranjero. Aunque admitiéramos, lo que no es necesario, que las constituciones primeras son mero resultado de la necesidad, y sus modificaciones posteriores invenciones desgraciadas, no por ello dejarían de ser estos intentos otras tantas manifestaciones de una voluntad poderosa y admirable. La religión, que en unas fundaciones representa un papel tan preponderante, en estas otras de carácter laico aparece en segunda fila, aunque el oráculo de Delfos haya señalado antes el lugar de emplazamiento de la colonia. Lo que se proclamaba era «el derecho» (τὸ δίκαιον) y así Puzol se llamó Dicarquea.

En la patria actuaba la misma fuerza, pero en un sentido revolucionario, y se proyectaba indefectiblemente contra la aristocracia y la tiranía. En la arista de dos épocas está la Atenas de Solón; ella pudo asegurar a todo el pueblo (desde 594 a. de C.) el derecho a elegir el Consejo, a los terratenientes (en su mayoría aristócratas) la elegibilidad exclusiva, excluyendo a la propiedad mueble de la igualdad de derechos; en ella la asamble popular decidía las resoluciones supremas.[433] Es gloria de Atenas, no sólo haber producido un hombre semejante, sino haber confiado en él, prestándole obediencia, por lo menos en el período de transición, lo cual fue posible gracias a algo que suele escaparse a la consideración general: a la madurez interior que este pueblo, excepcionalmente dotado, había logrado ya en tiempos

433. Toda una serie ingeniosa de definiciones de la democracia que se ponen en boca de los siete sabios, empezando por Solón, vemos en Plutarco, VII, *Sapient, conviv.*, II.

de los eupatridas, y aun dentro de la misma casta.[434] Viene primero la tiranía de Pisístrato y de sus hijos; pero desde Clístenes, se producen toda una serie de rápidas transformaciones hasta la democracia total.[435] Y será conveniente considerar primeramente la democracia ateniense, para luego dirigir la mirada a las demás.

Nos encontramos con la opinión decidida de que no basta declarar a un pueblo señor del Estado, y que lo que importa es que, realmente, actúe como tal. Es posible que la supuescta ley de Solón, de que nadie debía permanecer sin tomar su partido, en los que se formaran con ocasión de la aplicación de la atimia, fuera un deseo plausible nada más, pero más tarde los estadistas trataron de mantener viva la participación del pueblo.[436] Tenía que elegir todos los años el Consejo de los Quinientos (50 por cada una de las diez files), y el tribunal popular de los cinco mil, que se reunía en una serie de cámaras, y al cual se podía apelar en todos los casos. Del Consejo de los Quinientos, cada cincuenta regían durante treinta y dos días. Se aumentó el número de ciudadanos con los extranjeros y metecos, y con la conquista de Eubea se adquirió un nuevo territorio que pudo ser repartido en 4.000 lotes a los nuevos ciudadanos. No sabemos en qué medida Clístenes y sus sucesores fueron verdaderos iniciadores o meros cumplidores de exigencias que al espíritu despierto de los atenienses no podían serle negadas. Si cada ateniense era un ciudadano en la acepción plena

434. Y todavía la admisión en masa como ciudadanos de destacados políticos de otras ciudades y de artesanos, Plut., *Solón*, 24.

435. En lugar de δῆμος se dice aquí y allá πλῆθος y no en sentido peyorativo, sino como «el pueblo por el cual es noble ponerse en peligro». Andócides, *Adv. Alcibíad.*, I.

436. V. Frohberger, en los discursos escogidos de Lisias (edición de 1875), página 180 y s., donde encontramos una prueba *ex silentio*, pero suficiente, en el discurso 31 contra Filón).

del vocablo, cada uno servía para todos los cargos, y adquirida esta convicción, el sorteo[437] substituyó a la elección para el Consejo de los Quinientos, con lo que se hizo ociosa toda lucha por los puestos y toda tradición de educación política, con las ventajas y desventajas inherentes. Como correctivo, sin embargo, acaso por haberse dado cuenta de que una muchedumbre de ciudadanos, de la que formaban parte gran número de extranjeros, metecos, no ofrecía todas las garantías de seguridad, se introdujo el examen (δοκιμασία) de los favorecidos, y también de los nombrados mediante elección. Todo individuo nombrado por insaculación o por lección para un cargo, tenía que ser interrogado por el mismo Consejo, cuyos miembros todos habían sufrido el examen, acerca de su vida y costumbres, conducta respecto a la propia familia y a los demás, participación en las guerras, falta de antecedentes penales, etc.;[438] pero para nada se examina su saber y aptitudes para el cargo. Si las respuestas no eran satisfactorias o alguien acusaba, entonces el Consejo traslabada el asunto a uno de los tribunales populares, o decidía por sí.

Sería interesante saber cuáles fueron las fuerzas que actuaron en la expatriación de Hipias y en las revueltas que van unidas a los nombres de Cleomenes, Iságoras y Clístenes; pero, de todos modos, esta época posterior, en cuanto la democracia descansa sobre sí misma, se distingue de la época de los Pisistrátidas por un rasgo esencial: entonces la hacienda estaba en manos del

437. Por lo demás, la insaculación es más antigua, y pasaba como manifestación de la voluntad divina; en tiempo de los eupatridas se sacaba a suertes el arcontado, pero no entraban en la urna más que eupatridas. La elección de Solón como arconte constituye una excepción. Fustel, *La cité antique*, p. 213 y s.

438. Véase Lisias, *Orat.*, XVI, 9, en que Mantineo habla ante el Consejo.

Gobierno, mientras que ahora son ambiciosos sin escrúpulos los que se las componen para explotar al Estado.[439] Junto a estos hombres, la figura de un Arístides tenía que destacar con sorprendente pureza.

Y sea la figura de Temístocles tan grande como se quiera, el resultado principal para él fue ver aumentada su fortuna de los tres talentos heredados a 100 u 80. Desde un principio se conocieron las camarillas; Temístocles fue miembro de una sociedad política (ἑταίρεια).[440] Y así continuaron las cosas en Atenas, en cuanto podemos seguir su historia interna. En lo que se refiere a Temístocles, Herodoto se encuentra ya con una tradición aderezada. Atenas se retrata a sí misma, parcialmente, en los rasgos de Temístocles; así, esa magnífica ausencia de consideraciones y escrúpulos, por motivos patrióticos en la guerra de los persas, y esos detalles que nos hacen recordar claramente a Alcibíades.[441] «Levantó al demos contra los distinguidos y lo llenó de insolencia, llegando al poder los navegantes, jefes de los remeros y timoneles», pero personalmente

439. Aprovecharse, νοσφίζεσθαι. En la anécdota que nos relata Plutarco, *Arístides*, 4, habrá que reconocer como cierto, entre otras cosas, que ya los antecesores de las autoridades de entonces, es decir, las que suceden a los Pisistrátidas, habían robado.

440. Plut., *Aristid.*, 2. Fue una sociedad muy temprana la que conspiró en una casa de Platea momentos antes de la batalla. No se trataba de gentes que la guerra había hecho pobres, como afirma Plutarco, sino de gentes que se sentían amenazadas por la democracia con una completa pobreza y falta de valimiento (*Ibíd.*, 13). Comp. lo que ocurrió en tiempos de la batalla de Tanagra. Cuán tirantes eran las relaciones entre los partidos en tiempos de Temístocles, nos lo revela sobre todo una frase de Arístides, que, en su primera época, cuando se oponía en todo a Temístocles, y hasta le deshizo ante la Asamblea popular una propuesta útil, declaró: «¡No hay salvación posible para los asuntos de Atenas si no se nos arroja a los dos al Báratro!». Plut., *Aritid.*, 3.

441. Plut., *Temíst.*, 18: ἴδιος δέ τις ἐν πᾶσι βουλομενος εἶναω.

obtuvo una buena cosecha de oro con las confiscaciones de aquellos que durante la guerra persa habían sido persófilos. Cabe preguntar para qué necesitaba tanto dinero y si no habría meditado algún golpe de estado; porque el ejemplo de Milcíades debió de ponerle sobre aviso de que en la democracia no podía irle siempre muy bien, independientemente de que él mismo había manejado el ostracismo contra otros. También se daría cuenta de que la base de su popularidad habría de vacilar alguna vez. Lo que le conquistó la simpatía de las masas no fue tanto su caudillaje en las batallas decisivas cuanto al haber sabido doblegar a su voluntad a los espartanos, o cuando menos evitado que hicieran daño. Pero el odio contra los espartanos podía relajarse, y hasta podían adquirir aquéllos cierta influencia, y no se le imaginaría medio inusitado para defenderse contra una suerte como la que después le afectó, el apelar al golpe de estado.

Hay algo que parece absolutamente imposible para los atenienses, y es un sistema de gobierno en manos de pocos ligado con la libertad de todos, una oligarquía que supusiera la igualdad previa de todos, la ὀλιγαρχία ἰσόνομος de Tucídides. En ella hubiesen sido, en efecto, inevitables los abusos de poder, y el mismo Tucídides dice: «Hizo falta el régimen democrático para que los pobres tuvieran un refugio y los ricos un freno». Nunca supieron los griegos aunar la igualdad de los ciudadanos con la desigualdad política. El pobre, para precaverse contra decisiones inicuas, tenía que poder ser juez y magistrado. Y dado el enorme poder de la Polis sobre la existencia toda, el más insignificante tenía que reclamar su participación en ella.[442] Así, todo el poder que antes fue propio de

442. Según Fustel, *La cité antique*, p. 387.

reyes, aristócratas o tiranos, pasa ahora a manos del pueblo; éste lo utiliza para una presión mucho mayor sobre el cuerpo y alma de sus individuos, porque el demos es el más desconfiadamente inquieto en el regir y mandar, y hay que destacar, de momento, aquellas medidas con las que se defiende contra el influjo de individuos de señalada inteligencia: el procedimiento en la elección de caudillo militar y el ostracismo.

El mando militar, con el deliberado propósito de no aumentar excesivamente el poder de uno solo, incumbía a diez estrategos escogidos anualmente, a cada uno de los cuales correspondía el mando de los contingentes de su file, y los cuales alternaban diariamente en el mundo supremo.[443] Felizmente, cuando Maratón, Arístides dio el buen ejemplo de reservar el mando exclusivo a Milcíades; tres generaciones después, antes de la derrota de Egos Pótamos. Alcibíades llamaba la atención, inútilmente, sobre que los espartanos constituían un ejército bajo el mando de un solo caudillo.[444] Más adelante se introdujo el procedimiento para evitar la tiranía: el ostracismo; todos los inviernos el Consejo preguntaba al pueblo si existía motivo para desterrar a algún ciudadano;[445] quien se ganara 6.000 votos en contra, tenía que abandonar el país por diez o por cinco años, en una época en que la estancia fuera de la patria no dejaba de tener sus peligros, y en que el

443. Los siracusanos, que solían escoger quince estrategos, en el momento del ataque ateniense no eligieron más de tres, y el demos les prometió bajo juramento: ἐάσειν ἄρχειν αὐτοκράτορας, Plut., *Nic.*, 16. Aquí no se abandonó a la suerte, como en Atenas, el nombramiento de estrategos.

444. στράτευμα μοναρχούμενου, Plut., *Lis.*, 10: «¡Felices los atenienses —decía luego el rey Filipo— que encuentran todos los años diez personas capaces de ser estrategos! En largos años no he encontrado más que uno: Parmenio».

445. Se preguntaba si alguien podía (δύνασχαι) acabar con la democracia, no si quería (βούλεσθάι). Diodoro, XI, 55.

destierro se equiparaba a la pena capital. Todos los atenienses destacados del siglo v recorrían esta vía del exilio, o se vieron amenazados con ella, y también un gran número de gentes obscuras. «Los pensamientos de las gentes influyentes tenían que bajar de tono, por miedo al destierro», precaución que contuvo largo tiempo a Pericles.[446] Aquí se exterioriza el odio eterno —no del pueblo, porque el vulgo se aficiona al ambicioso de gran estilo, si no se le incita artificiosamente contra él— de la vanidad impotente contra lo sobresaliente y escogido; el ostracismo es una invención del vulgo de los ambiciosos. El pueblo ateniense fue lo bastante ligero para cargar con la responsabilidad de sus maquinaciones; sería rendir demasiado honor a esta institución si tratáramos de explicarla enfáticamente por un temor efectivo respecto a la persona señalada y no por la mera envidia;[447] pero desde que el mundo es mundo, nunca la mediocridad pudo disponer de una máquina certera; abusando del sentimiento democrático, el ostracismo cae sobre el primero que parece acumular la confianza del pueblo, y tales gentes quedan sistemáticamente excluidas de la gobernación del Estado, hasta que el pueblo aprende, por fin, a otorgar su confianza ciega a los demagogos. «El demos, orgulloso a causa de la victoria [de Maratón] y poniéndose a sí mismo por encima de todos, odiaba a todo aquel que sobresaliera por su nombre y fama. El ostracismo no era la sanción de maldades cometidas, y, por conveniencia, era calificado de freno y castigo del orgullo y de la influencia excesivos; en realidad, no pasaba de ser una aplacadora satisfacción ofrendada a la envidia», son palabras de Plutarco con ocasión del des-

446. Plut., *Pericles*, 7. Comp. también Diodoro, XI, 55.
447. παραμυθαόμενοι τὸν φθονον μᾶλλον ἤ τὸν φοβον. Plut., *Alc.*, 13.

tierro de Arístides.[448] Luego, cuando se empezó a emplear la atimia en sus diversos grados para cada tipo de persona odiosa, y con los actos de auténtica venganza de la polis contra los individuos, se aplicaron medios más expeditivos para desentenderse de un ciudadano indeseable, pudo renunciar el demos, dentro todavía del soiglo v, a este instrumento demasiado solemne y desproporcionado.[449]

Muy oportunamente, y hasta se puede decir que con un poco de anticipación, se producen las guerras persas. La democracia ateniense pareció haberse puesto a prueba y haber recibido una consagración inmarcesible cuando sus infantes vencieron en Maratón y sus marinos en Salamina, y, sobre todo, cuando estas vic-

448. *Aríst.*, 7.

449. Para el ataque definitivo contra el ostracismo, pero ya en una época en que apenas se maneja, véase en Andóciles, *Adv. Alcibíad.*, § 36: Representa un destierro por diez años, sin juicio ni ley algunos, sin acusación ni defensa, por mero voto secreto; la ventaja es para aquellos que tienen compañeros de círculo y de conspiración; la sanción es demasiado fuerte para delitos privados, y demasiado suave para delitos políticos, ya que se les podía aplicar mejor a estos últimos las penas pecuniarias, la prisión y la muerte; además, un mal ciudadano puede dañar a su patria desde el destierro, mientras que es muy grande la alegría de los enemigos cuando los desterrados son personajes excelentes, a cuyos servicios renuncia el Estado. Lo mismo ocurría en otras ciudades griegas (Argos, Megara, Mileto, Siracusa). Y donde no era éste el caso, las gentes sobresalientes, con servicios extraordinarios a la patria, no corrían mejor suerte. «Timesias se distinguía en su ciudad de Clazomonte; pronto recayó sobre él la envidia que rodea a hombres semejantes; al principio no se preocupó de ello. Una vez que pasaba cerca de una escuela, ante la que jugaban los chicos, oyó que en una disputa sobre una raya decía uno de los muchachos: "¡Así quisiera yo sacar los sesos de Timesias!" Se percató inmediatamente de la envidia sin límites que le tenían sus conciudadanos, y del odio terrible consiguiente, pues ya hasta los niños le odiaban, así que acordó abandonar voluntariamente la ciudad.» (Eliano, v. *H.*, XII, 9).

torias acarrearon su hegemonía sobre otros estados griegos.[450] El poder naval parecía especialmente hermanado con la democracia, y en el Pireo la gente era más democrática que en la ciudad.[451] «Cosa poderosa es la igualdad de los ciudadanos —dice Herodoto— y los atenienses, que no fueron superiores a ninguno de sus vecinos bajo el mando de sus tiranos, cuando se deshicieron de ellos excedieron a todos.»[452]

Pero no fue únicamente el demos quien cobró brillante conciencia de su poder; los tiempos extraordinarios y la raza ricamente dotada explican que, a pesar de todas las instituciones fabricadas por la desconfianza, se destacaran individuos extraordinarios. «La república democrática puede prescindir todavía menos que la oligarquía de tener sus jefes, pero los soporta tan mal como ella.»[453] Milcíades murió en la cárcel; Temístocles, luego de haber jugado con Atenas un juego que todavía al lector moderno le sobrecoge, terminó como huésped del gran rey de los persas. Continuaron la ampliación y consolidación de la hegemonía y las atrevidas expediciones marítimas contra Egipto, aliado de Persia. Todo el peso gravitaba sobre los 20 ó 30.000 ciudadanos, que cada vez se tenían que entregar más a fondo a la vida pública, mientras que

450. Arist., *Polit.*, «, 3: ὁ ναυτικὸς ὄχλοͻ γεμόμενος αιτιτιος τῆς περι Σαλαμινα νίκης καὶ διὰ ταυτης ἡ γεμονίας [και] διὰτὴν κατὰ θάλατταν δυναμιω τὴν δημοκρατίας ἰσχυροτεφαν ἐποιησος.. Plut., *Aríst.*, 22, nos dice que no fue fácil a Arístides impedir que, luego de la batalla de Platea, el demos orgulloso y militarmente fuerte, no asumiera la democracia total. Así, el poder llegó εις ναυτας καὶ κελευστας και χυβερνήτας (Plut., *Temist.*, 19). El seudo Jenf., *De re p. Athen.*, I, 2, observa expresamente, por primera vez, que la marina y las batallas navales han fundado el poderío de Atenas. V. Apéndice 12.

451. Arist., *Polít.*, V, 2.

452. Heródoto, V, 78.

453. Ranke, *Weltgeschichte*, I, p. 242.

el trabajo quedaba abandonado a los metecos y a los esclavos (¿300 ó 400.000?). De aquí la introducción del sueldo de guerra, pues el ejército y la flota no sólo tenían que defender a los estados adscritos a la hegemonía (que pagaban su contingente con dinero), sino representar el poder de Atenas en todo momento y lugar; y del sueldo de juez, pues no se quería tener por jueces a los ricos. Atenas se convirtió casi en tribunal para las cuestiones jurídicas de los estados de la hegemonía, en forma que casi la tercera parte de los ciudadanos tenía asiento en los tribunales; del sueldo de la Asamblea popular, porque todo el gobierno interior y el exterior estaba en manos de una asamblea pública,[454] aunque es verdad que un estadista que gozase de popularidad podía ampararse en secretos de estado, y justificar así ciertas cantidades, diciendo que habían sido empleadas «para fines necesarios» (sobornos en Esparta, etc.).

Pero la retribución más nociva fue la decretada para los espectáculos (θεωρικον), aquella que se distribuía a los ciudadanos para celebrar las fiestas y juegos, para facilitarles la entrada del teatro, para los sacrificios y comidas públicos. No se derrochaban, en la ocasión, cantidades menores que en las cortes más fastuosas, y ocurrió más adelante que se perdieron guerras porque no era posible tocar a esa institución sagrada. «El pueblo ateniense es un tirano, y la caja del teoricón su tesoro privado, que tiene que estar siempre repleta, para dar abasto a sus deseos.»[455] Además, hubo para muchos miles de atenienses (y también para ciudadanos de la hegemonía) nuevas tierras, parecidamente a las primeras de Eubea, en toda una serie de κληρουχίαι, esto es, puntos estratégicos escogidos del poderío ate-

454. Una enumeración de los asuntos de la Asamblea y de los tribunales, en Seudo Jenof., *De re p. Athen.*, III.

455. Böckh, *Staatshaushalt d. Athen.*, I, p. 251.

niense, como ocurrió luego con las colonias militares romanas, en las cuales se seguía siendo ciudadano romano. Añádase que la ciudad de Atenas fue embellecida con los edificios y obras de arte más espléndidos, siendo al mismo tiempo centro de un intensísimo tráfico.[456]

Pericles, que es el responsable de casi todas las instituciones expuestas, en su famosa oración fúnebre con ocasión de las primeras víctimas de la guerra del Peloponeso,[457] describe de tal modo la vida ateniense, que parece que el poder y la belleza se dieron allí de consuno como por encanto, y lo que para el resto de los mortales es fruto de penosos esfuerzos, para los atenienses era lo más natural. Semejante optimismo, visto con la perspectiva de unos milenios, nos aparece tanto más errado cuando que se nos presenta con apariencias discretas e inteligentes.[458] Aquellas breves décadas de plenitud ateniense, pasmo de la posteridad, no sólo dieron con lo más noble, sino que alcanzaron algo más: el nivel máximo del espíritu griego; pero los piadosos deseos posteriores para prolongar los días brillantes fueron totalmente vanos, pues el mundo ateniense se asentaba sobre bases imposibles, y el menor cambio podía acarrear la perdición. Los atenienses, en efecto, no sólo disfrutaban de cualidades excepcionales, sino también de pasiones peligrosas, y Pericles se vio obligado a juntar a su «educación» especial un sistema

456. Esto se subraya, entre otras cosas, en los pasajes más importantes de Plutarco, *Per.*, 12.

457. Tucídides, II, 35 y s.

458. Los contemporáneos sabían muy bien las grandes artes simuladoras de Pericles. Arquidamo de Esparta preguntó a un ateniense: «¿Lucha Pericles mejor que tú?» A lo que contestó el interrogado: «Nadie podría decirlo; porque si yo le venzo, echándole al suelo, dirá que no ha sido echado al suelo, y convencerá a los espectadores.» Plut., *Rei p. ger. praec.*, 5.

de contención, ya que no de aplacamiento, de la avidez del pueblo ateniense. De haber sido rico como Cimón, hubiese de seguro empleado su propia fortuna, pero tuvo que recurrir a los fondos públicos.[459] Por otra parte, la extremada ambición de los atenienses[460] se dirigió contra su mismo educador, y trataba de anticipársele, y el mismo Pericles, combatido en sus últimos tiempos por todos lados, tuvo que reconocer como deseable una guerra general en Grecia,[461] pues ya los tiempos habían pasado en los que él podía «refrenar la altanería de la gente y combatir su vacilación». Además, los ciudadanos se hallaban un poco agitados, nerviosos, con tanta asamblea popular y tanta reunión de tribunales (ἐκκλησιάζειν καὶ δικάζειν), pues a la mayoría le faltaba el contrapeso sosegado del trabajo cotidiano. Precisamente, aquella resolución de la Asamblea popular en favor de los corcíreos y contra los corintios (cuando los representantes de ambas partes se presentaron al demos), que hizo la guerra inevitable, no fue sino el fruto de una ágil listeza en un momento en que la mediación hubiera sido fácil y gloriosa. Un absurdo de esos que se pagan más tarde o más temprano, significa el intento de que una democracia tratara de dominar a otras polis,[462] como Atenas a los estados de su hegemonía; con el tiempo, estos Estados sintieron con la mayor amargura su dependencia y la explotación de que eran objeto, pues Atenas, con el dinero que ellos le suministraban, no sólo se conservaba poderosa,

459. Plutarco, *Per.*, 9, de Aristóteles.
460. Tucídides, I, 70, en el *Discurso de los Corintios*; *Ibídem*, 98 y s., el afán sostenido de intervenir; III, 38, las reveladoras palabras de Cleón.
461. Aristófanos nos revela muy claramente, *La Paz*, 606 y s., que en Atenas era una opinión corriente que Pericles declaró la guerra con miras a su posición personal.
462. Cleón lo dice claramente, Tucídides, III, 37.

sino que se embellecía magníficamente mientras las obligaba al silencio. Basta con escuchar al mismo Pericles en su segundo discurso:[463] «Somos odiados como todos los que se han propuesto dominar a otros, y hay que tener el coraje de arrostrar la envidia para lograr grandes fines; nuestro imperio es realmente una tiranía; pero si parece injusto haberla instaurado, no hay más remedio que continuarla, pues de lo contrario caería sobre nosotros la venganza.» Cuán pesada carga representaba para los sometidos, nos lo da a entender con espantosa claridad el libro acerca del Estado de los atenienses.[464] En la cuestión de la hegemonía, lo mismo que en todas las empresas atenienses, se comenzó con que era *legítimo*; luego se infundió en el pueblo la creencia de que todo se *puede* con fuerza y talento, y por último se llega a que no había *más remedio*. Pero si ésta fue la marcha adecuada para su hegemonía política, no podía prosperar la misma en el proyecto panhelénico de Pericles,[465] que no nos revela su habitual sentido político y realista. Un congreso de todos los Estados griegos de Europa y Asia en Atenas «con el fin de la paz y del comercio comunes» sonaba bien y resultaba agradable proyectarlo al detalle; pero no pasó de ser un piadoso deseo, pues, como era de suponer, Esparta se opuso. Fue menester emplear año tras año el soborno en Esparta para demorar la lucha franca; cuando se desata ésta, las mayores simpatías de los helenos son para Esparta, como se nos dice claramente.[466]

Durante esta guerra, Atenas derrochó tesoros, no

463. Tucídides, II, 60 y s., en la famosa Ἑλλήνων Ἕλληνες πλείστων ἤρξαμεν.
464. V. Apéndice 13.
465. Plut., *Per.*, 17.
466. V. pág. 166.

sólo en dinero, sino en hombres valientes, capaces, con espíritu de sacrificio,[467] pues los ciudadanos combatieron con coraje personal. Pero con esta misma furia y pasión escogió a demagogos, como, por ejemplo, Cleón, que triplicó el sueldo de los jueces, para que el pueblo pobre pudiera sostenerse con eso y estuviera de su parte, y pudo transformar sus grandes deudas en una fortuna de 50 talentos.[468] El buen tono no interviene lo más mínimo en la elección de medios para prosperar.[469] Más adelante, Atenas quedará cautivada por el magnífico Alcibíades; con él y con la expedición a Sicilia se revela toda la fiebre interior de este pueblo privilegiado, en uno de los episodios más sorprendentes de toda la Historia Universal. La guerra terminó con el sometimiento a Esparta y los treinta tiranos.

La agitación que en cada Estado desencadenó esta guerra desembocó en terribles luchas entre los demócratas y los «poderosos» (δυνατοι), ricos o aristócratas, y también en Atenas se dio esa lucha. Desde el tiempo de Temístocles se habían formado círculos o heterías en todos los partidos o entre el séquito de los jefes; en la época de Pericles parecieron haber desaparecido; ahora despertaban de nuevo y no repugnaban medio alguno. En aquellas asociaciones, que luego se presentan como «oligarcas», se reunieron los que se sentían amargados en su pobreza o en su impotencia, en parte gentes de antiguas familias nobles, en parte propietarios que temían por sus bienes; los más capaces se movían acaso por una voluntad racial de llegar a prevalecer en el Estado: el núcleo menor era el de los disolutos arrui-

467. Diodoro recalca que en esta guerra las dos partes dieron lo mejor de su valor; XIII, 36, 51, 65, 72, 78, 97 y s.
468. Eliano, v. *H.*, x, 17; según otros, 100 talentos.
469. Para las cualidades que servían para tener éxito, véase Aristóf., *Eq.*, 198 y s.

nados, y la sofística, a la que también se hace responsable, todo lo más prestaba formas a lo ya existente, pues no hay que olvidar que la conducta de los poderosos en Esparta, que tenía prohibida la entrada a los sofistas, fue tan desalmada como la del peor ateniense. Que estas gentes se encubrieran con la máscara de la democracia, se explica por razones de seguridad, o porque trataban de provocar la mayor confusión posible con las proposiciones más descabelladamente extremistas.[470] Mediante una fusión de todos los círculos antidemocráticos se logró por la violencia (año 411 a. de C.) implantar una constitución oligárquica, que no rigió sino meses. En los años sucesivos veremos a los oligarcas atenienses completamente dispuestos a las resoluciones más extremas.[471] La democracia, que, desde Clístenes, lo había transformado todo en su sentido, descuidó que sus enemigos eran también griegos, esto es, gentes decididas a todo. Algunos hubieran abandonado a gusto la ciudad,[472] pero los fugitivos provocaban una indignación oficial parecida a la de la Revolución Francesa contra los emigrados. Acaso Atenas se dio cuenta por primera vez, con el caso Alcibíades, que había

470. Acerca de los manejos de los diversos círculos, por ejemplo en el proceso de los Hermocópidas, v. W. Vischer, *Kleine Schriften*, I, p. 177 y s. El año de la representación de *Las avispas*, de Aristófanes (422 a. de C.), se temía más la proclamación de un tirano. V. 345, 474, 487.

471. Puede ser que a veces, en medio de todos sus manejos, los oligarcas se sintieran presa del mayor desánimo. Cuando Teramenes abandona una casa que momentos después se hunde y la gente le felicita, exclama: «¿Por qué decisión (καιρός), me reservas, oh Zeus?» Eliano, v. *H.*, IX, 21. En otro tiempo, Simónides consideró como especial favor divino que los Dióscuros le advirtieran a tiempo para que abandonara una casa en esas condiciones.

472. Del discurso de Carmides, Jenof., *Conviv.*, IV, 29 y siguiente, se desprende que los propietarios no podían abandonar la ciudad, mientras que los pobres se podían dirigir adonde quisieran.

educado a los más capaces, también a los del partido democrático, en un sentido de absoluta independencia interna. Pero los oligarcas (extremadamente numerosos), al cooperar en el vencimiento de la última resistencia de Lisandro (405 a. de C.), favorecieron con todas sus fuerzas la derrota de la ciudad natal,[473] pues cualquier victoria de la misma implicaba la del demos; pretendían crear una Atenas ociosa, no arraigada en la propiedad mueble, y despreocupada del mar. Cuando les fue entregada la ciudad, se apoderaron del poder a la manera tradicional, y proclamaron el terrorismo de los treinta tiranos que, junto a 1.500 ejecuciones, llevó a cabo grandes cambios en la propiedad. No era tarea fácil mantener la disciplina entre esos treinta señores; en la época preparatoria se habían conocido demasiado bien para poder actuar ahora al unísono, y Teramenes buscó una salida por la vía de las concesiones; pero tropezó con Critias, que le derribó y mandó le mataran. En los discursos que se cambiaron en tal ocasión,[474] seguimos oyendo a los helenos: el poder es lo supremo; quien quiere el fin debe querer los medios. Sobre estos extremos, Critias posee una idea espantosamente clara. Sus palabras a los hoplitas de los tiranos en otra ocasión [475] constituyen el lema propio de todo partido griego: todos esperan lo mismo y todos deben temer lo mismo. Restaurada la democracia (403), hubo siempre en Atenas gentes de opiniones oligárquicas, pero no algo que pudiera ser calificado de partido oligárquico, y los ataques posteriores se dirigieron contra los propietarios nada más.

La vida en Atenas luego de esta crisis ofrece en casi

473. Atenas, teniendo en cuenta su historia y su orgullo, pudo haber prestado una resistencia más desesperada (ἀπόνοια).
474. Jenofonte, *Hellen*, II, 3, 24 y s.
475. *Ibídem*, II, 4, 9. Salustio, *Catil.*, 20.

todos los dominios el mismo aspecto que antes, de modo que apenas si esa división puede valer al examinar esta materia. Las diferencias grandes afectan a la disposición interior de los atenienses y a su posición exterior. El hecho de que Atenas hubiera sido completamente derrotada parece cosa de poca monta comparado con la realidad de que los vacíos provocados en la masa de ciudadanos se llenaron muy escasamente. El mando real, que sentaba tan bien al demos que imperó sobre una hegemonía de ciudades, era demasiado holgado para su desmedrada figura actual, y acostumbrados los atenienses a juzgar, sin los procesos de los pueblos aliados, y comidos de recelo como todos los vencidos, hubo que juzgar a mayor número de atenienses, y una de las primeras víctimas fue nada menos que Sócrates.

Pasemos por alto las diversas instituciones y autoridades del Estado ateniense. Con el tiempo de que se disponía, fue fácil crear toda clase de cargos, colegios, comisiones, provisionales o permanentes. Pero creo que las instituciones egipcias y fenicias debieron de funcionar mejor. Porque la acumulación de funciones resultante del acaparamiento de todas las decisiones debió de provocar un gran desorden;[476] y, forzosamente, va ganando en influencia, con respecto a los funcionarios amovibles, el único funcionario permanente y práctico, el secretario ( γραμματεύς, ὑπογραμματεύς ), sobre quien pesa efectivamente la marcha de la gestión; este secretario, no hay que olvidarlo, era a menudo un esclavo público. La vieja Venecia nunca cayó en tal grado de dependencia respecto a sus secretarios.[477] No se hizo esperar el acostumbrado correctivo de lo inicialmente

476. Véase la exposición de todas las diversas tareas del demos, en Seudo-Jenofonte, *De re p. Ath.* V. Apéndice 14.
477. Que también escogía entre los no nobles, y vitaliciamene, al secretario del Consejo de los Diez.

desacertado, como tantas otras veces; nunca el mismo individuo podía permanecer de secretario dos años seguidos con las mismas autoridades. Pero no sabemos si se dio también una ley para que se corrigiera el retraso de los asuntos que no fueran movidos por algún personaje influyente, para no hablar de los que eran demorados intencionadamente por algún intrigante. Vale la pena de examinar[478] lo que ocurrió con la codificación de leyes más importantes, que abarcaba las leyes solónicas y gran número de las decretadas después, cuya vigencia era discutida en parte.

No faltaban en Atenas viejas leyes, citadas como famosas;[479] pero la historia de Atenas está llena de violaciones de dos de las más importantes: la que establecía que no se podía decretar una ley contra un solo individuo, sino que había de valer para todos los atenienses; y la de que ninguna resolución, fuera del Consejo, fuera de la Asamblea, debía prevalecer sobre una ley. No importa que fueran sucesivamente anotadas en las estoas[480] o registradas en las estelas; pues hasta materialmente se les mostró poco respeto. Pistétero, en la comedia *Las aves,* de Aristófanes, se permite una acción poco decente frente a un estela semejante, y un editor reciente comenta, sin razón, «que el populacho debió de hacerlo así a menudo», pues Pistétero es un ateniense de calidad. Claro que se siguió hablando a la manera antigua: las leyes proceden de los dioses, y, en realidad, la ley y el derecho fueron, en sus orígenes, inseparables de la religión. Algunos principios jurídicos databan de tiempos antiquísimos, porque coincidían con los intereses de la Polis, por lo demás, tan tiránica o

478. Lisias, *Or.* xxx, *Adv. Nicomachum,* con las explicaciones de Frohberges.
479. Demóst., *Adv. Aristocr.,* p. 649.
480. Andócides, *De myst.,* § 85.

con una equidad de primer plano (derecho de primogenitura, propiedad inmueble inalienable, exclusión de las hijas y de los cognados de la herencia, etc.). También las leyes por su supuesto origen divino, se consideran como invariables. Antifon nos dice todavía:[481] «Entre nosotros, las leyes son muy viejas, las mismas siempre sobre las mismas cosas, lo que es señal de que son excelentes, pues el tiempo y la experiencia nos enseñan de ordinario lo que es inadecuado.» Pero si no se derogaban las leyes, se les iban añadiendo nuevas sin preocuparse por la contradicción.[482] Ante los tribunales se apelaba a leyes completamente contradictorias, y la situación llegó a hacerse tan difícil, que la codificación pareció inevitable. Pero el asunto pasó de comisión en comisión (411 a. de C.), hasta caer en manos de un práctico, Nicómaco, nacido en la esclavitud, quien, por dinero, no sólo retrasó años y años la cosa, sino que suprimió leyes verdaderas y simuló otras nuevas. Antes de que pudiera ser procesado, la desgracia cayó sobre Atenas en Egos Pótamos. Restaurado el Estado, se nombraron un gran *collegium* y una comisión para la codificación y, merced a influyentes protectores,[483] volvió el asunto a manos de Nicómaco, quien tornó a retrasarse cuatro años, y en su especialidad, la materia de cultos, trató de hacerse popular con la invención de leyes que prescribían magníficos sacrificios, de modo que el acusador tuvo que defenderse todavía para que Nicómaco no le acusara a su vez de asebia. El acusador terminó:

481. *Or.*, VI, *De choreuta*, § 2.
482. Las leyes draconianas no se consideraban como abrogadas por las leyes de Solón.
483. Estos son los «amigos y políticos» (τά τῆς πολεως πρᾶττοντες, lo que ahora en Norteamérica se llama *politicians*), que luego en el proceso intervienen en su favor, gentes a las que advierte el acusador que sería mejor salieran responsables de sus propias acciones. Comp. también Andócides, *De myst.*, § 83.

«Todos los que tienen sobre sus espaldas un latrocinio contra el Estado esperan a que termine el proceso; si no castigáis a éste, aquéllos se harán verdaderamente insolentes.» No sabemos cómo terminó el proceso, pero *lo mismo da*; lo relatado basta para hacerse una idea de cómo se llevaban los negocios en Atenas.

Pero con tanto mayor cuidado se llevaban las acciones contra algunos ciudadanos, los ricos o los que pasaban por tales. No habría nada que oponer a la idea de la Polis griega que, como expusimos anteriormente, formaba un todo cerrado, con derecho omnímodo sobre el individuo, si no supusiera una violencia demasiado grande para la naturaleza humana, incluso la griega. El hombre, por lo menos el de nuestra raza, en cuanto sale de la barbarie pide, junto al Estado y a la vida pública, una existencia particular, un hogar respetado y un círculo independiente de ideas y sentimientos. Los espartanos habían logrado, hasta cierto grado, convertir a los que componían la casta imperante en seres exclusivamente políticos: pero en otras polis, y muy especialmente en Atenas, se formentó el mayor desarrollo del individuo y la adquisición de propiedad privada, y la manera de pensar que esa situación condiciona. Pero el demos reclamaba intensamente la participación en esta riqueza, en las más diferentes formas, y hasta fines de la guerra del Peloponeso fue corriente mostrarse liberal con el Estado, ya desinteresadamente, ya por cálculo ambicioso. Cimón se hacía perdonar su riqueza de mil maneras;[484] Clinias,[485] el padre de Alcibíades, combatió en Artemisio sobre barcos propios, que equipó

484. Detalladamente. Aten., XII, 44.
485. Heródoto, VIII, 17. Esta liberalidad se consideró después algo ideal. Isóc., *Areóp.*, 24, 31 y s. Demóst., *Adv. Leptin.*, 459 y s., III, p. 35: Los antiguos no explotaban al Estado por εἰσ περιουσίαν, sino que cada cual creía que su deber era τὸ κοινὸη αὔξειν.

con doscientos hombres. Pero en épocas peores,[486] comenzó la explotación propiamente dicha, sentida como tal, como podemos verlo en toda una serie de referencias, y que sólo fueron posibles porque los propietarios no podían abandonar la ciudad [487] o, de hacerlo, corrían fuera igual o mayor peligro.[488]

Si estas «aportaciones» (liturgias) hubieran servido para satisfacer necesidades del Estado, nada habría que decir, teniendo en cuenta la concepción antigua; pero además de los impuestos propiamente dichos, a veces muy altos,[489] se incluían también las trierarquías (obligación de muy diferente alcance según las épocas, de equipar navíos); todo lo demás entra, o en el capítulo de beneficencia, no siempre voluntaria (equipar ciudadanos pobres para la guerra, o a sus hijos para casarse, costear los gastos de entierro, etc.), o en el de festejos populares, sobre todo las coregias, que consistían en sufragar los gastos de los coros en las comedias y de los coros líricos en las ceremonias religiosas o fiestas, además de los bailarines, flautistas, etc.; las gimnasiarquías y su especie más costosa, las lampadarquías; en general, todos los gastos para los agones de toda clase; envío de embajadores a santuarios lejanos; por

486. «Gobernando Cleón comienza en Atenas la tiranía de la mayoría contra la minoría, que excede en intolerabilidad a la tiranía de uno solo, porque los apetitos de la multitud son insaciables.» W. Vischer, *Kleine Schriften*, I, página 169.

487. Ἀποδημῆσαι δὲ οὐδαμοῦ ἐξῆν, dice Carmides en el pasaje citado antes. Jenof., *Conviv.*, IV, 30. La interesante manifestación de Andóciles acerca de la emigración. V. Apéndice 15.

488. En el mejor de los casos, se vivía en la ciudad de refugio como meteco bajo la protección de un προστάτης. Lisias., *Or.*, XXXI, 9.

489. Acerca de los impuestos a los ricos en Atenas, v. A. Schäfer, *Demóstenes*, I, p. 354, con ocasión del discurso contra Leptines.

último, el hospedaje de muchos compañeros de la file o del demos. No abandonaron estas materias a la generosidad individual, ni tan siquiera a la suerte, sino que las diez files escogían a los ciudadanos, y ellos eran quienes cargaban con los gastos periódicos y los extraordinarios. No era nada aconsejable tratar de eludir la obligación, y durante la guerra del Peloponeso los ricos temblaban de miedo pensando en el odio que contra ellos desataría una resistencia a la explotación. «Cuando Nicias combatió el proyecto de la expedición a Sicilia, no tuvo muchos ni importantes colaboradores, porque los propietarios optaron por callar, siendo opuestos al proyecto, por miedo de que pareciera que querían zafarse de la obligación de las liturgias y trierarquías.»[490] Solamente entraban en consideración gentes con lo menos tres talentos, y como se podía vivir con un talento (igual a 6.000 dracmas), ya que la fortuna rentaba por término medio un 12 por 100, y la coregia no costaba al año arriba de 1.200 dracmas,[491] y considerándose rico al poseedor de 15 talentos, las cargas impuestas a los ricos, de no acumularse con exceso, no eran directamente ruinosas; pero lo eran cuando se repartían caprichosamente. Además, durante largo tiempo subsistió la opinión antigua de que se trataba de un honor, y el favor de los conciudadanos no era algo de que se podía prescindir fácilmente, así que muchos se excedían en sus munificencias; quien, como Platón, carecía de medios para sufragar una coregia, prefería recibir como regalo de sus ricos amigos las cantidades suficientes para substraerse a la entrega de ellas; y el rico que había alcanzado el premio con su coregia, erigía, a cambio del trípode que se le reconocía como premio, un

490. Plut., *Nic.*, 12.
491. Para todo esto: Böckh, *Staatshaushalt*, I, p. 593 y siguiente, 606, 612, 616, 624, etc.

magnífico *sacellum* en la calle de los trípodes. Pero en todas las épocas y en todos los pueblos ha encerrado su tanto de amargura el *tener* que hacer sacrificios para que otros se diviertan.[492]

Se podría objetar que el dinero que los particulares hubieran aplicado a su vida privada confortable, se dio al pueblo entero en forma de elevados espectáculos de arte, y que ello honra altamente a los atenienses; pero el carácter de imposición le substrae todo encanto. El Estado ateniense podía tasar como quisiera la seguridad (siempre muy relativa) que ofrecía a los propietarios y negociantes; [493] pero el caso es que ese Estado había caído en manos de un demos caprichoso y ávido, que llegó con el tiempo a señalar simplemente a los pagadores de los impuestos y consideró como democrático el reparto directo de dinero al pueblo. El Estado siguió prestando la mayor atención a las expensas para las fiestas populares, y en tiempos de Eubolo (desde 353 hasta 339 a. de C.), en los presupuestos, los capítulos de fiestas eran los más nutridos y estaban protegidos mediante amenazas de muerte contra el primero que propusiera que se emplearan en la guerra. Y aun en la misma Atenas, a la masa le

492. Seudo-Jenof., *De re p. Athen.*, I, 13, observa sarcásticamente que el demos les ha quitado (καταλέλυπεν) la plaza a los que se ocupaban en música y gimnasia, y no porque deje de considerar como bellas esas cosas, sino porque reconoce que a él, al demos, le es imposible ejercitarlas. En lo que se refiere a coregias, gimnosiarquías y trierarquías, se encuentra bien que los ricos carguen con ellas y que sea el demos quien se deje representar. También encuentra el demos justo (ἀξιοῖ) recibir dinero por cantar, correr, danzar y navegar, para que él goce y el rico se quede sin nada.

493. La Polis podía decir al propietario: «¡Si no poseerías ni podrías conservar nada si no fuera por mí!» Pero, en cambio, se hallaba en situación de cobrar a un precio enormemente alto el poco de seguridad que suministraba al individuo.

interesaría más la pompa de las fiestas que su rango artístico.[494] Pero volvamos a las aportaciones privadas.

Nos bastaría, para darnos cuenta de la situación de los «pobres ricos» y de cómo se les explotaba, con escuchar la cómica compasión de Sócrates por Critóbulo.[495] Después de enumerar todo lo que tiene que soportar Critóbulo, dice Sócrates: «y cuando parece que no has cumplido en algo suficientemente, te castigan los atenienses como si les hubieses robado algo». El discurso de Carmides en *El banquete*, de Jenofonte, rezuma todo el humorismo del que recobra la libertad y la felicidad por haberse empobrecido (IV, 29 y sig.).[496] Pero los oradores nos instruyen del aspecto grave de la cuestión. Ya explicaremos después qué clase de hombres eran los encargados de llevar a cabo la inspección y de decidir sobre la cuantía de las aportaciones; tras el proceso asoma la confiscación, en parte para el Estado, en parte para los denunciantes y, sin preocuparse de su justicia, era considerada como un apreciable ingreso público. En los únicos diecinueve discursos que conservamos de Lisias,[497] aparecen abundantes figuras, muy instructivas: se ve el patriota fantástico, que ha dilapidado toda su fortuna en gastos públicos, y

494. Seudo-Jenof., *De re p. Athen.*, 9, dice acerca de los placeres de que tiene que cuidar la Polis por razón de estado que han aguzado la inventiva del demos sobre la manera de sacrificar, festejar, recibir fundaciones de templos y de habitar una ciudad grande y bella. En los sacrificios públicos el demos es el que recibe el sacrificio. Además, ha edificado numerosas palestras y casas de baños, de las que disfruta más que los mismos privilegiados.

495. Jenof., *Oeconom.*, 2.

496. Si la vida se hubiera mostrado agradable para los ricos, no hubieran sido tantos —por ejemplo, la mayoría de los filósofos— los que se entregaron a una pobreza voluntaria.

497. Lisias, *Or.*, XIX, *pro nobis Aristophanis*, hacia 388. En lo que se refiere al cúmulo de coregias, véase especialmente *Or.*, XXI.

que es condenado a muerte como causante de una guerra desgraciada; su familia es perseguida por estafa, porque en la confiscación no se ha encontrado todo lo que los expoliadores esperaban; aparece otro tipo, que ha gastado directamente para la Polis, en coregias y trierarquías, e indirectamente por su gloria con victorias de carros en las fiestas ístmias y nemeas, el doble de lo que ahora poseen los suyos; su hijo tiene que demostrar que el padre no fue quien decidió un enlace matrimonial del procesado, y menos que nada por razones de dinero, para lo cual se ponían de manifiesto ante los jueces diversas decisiones familiares de las que se deducía que el procesado pudo haber logrado un mejor partido; y aparecía, por último, toda una serie de atenienses que pasaban por ricos y que murieron en plena pobreza, por ejemplo, las casas de Nicias y de Calias: «Porque nos equivocamos mucho acerca de viejos y nuevos ricos». Se insinúa claramente la inclinación a la confiscación como fuente de ingresos en la «actual escasez de los fondos públicos»;[498] pero con los ruegos más comedidos y con la prevención de lo poco que en el caso discutido se iba a encontrar, se trataba de disuadir a los jueces.

El gobierno de los treinta tiranos fue, en sus comienzos y en su desarrollo, muy terrible; pero las maneras que se usaban en Atenas, antes de ellos, y que se restablecieron inmediatamente después de su derrumbamiento, eran de tal categoría, que se puede apoyar en ellas una apariencia de justificación de esa tiranía. El discurso de Lisias nos ilustra sobre el particular suficientemente. «Esto era (podrían decir los partidarios rezagados de la tiranía) lo que nosotros

498. Es posible que la enorme multa de 50 talentos impuesta por los atenienses a Milcíades y pagada más tarde por Cimón, tuviera ese carácter.

queríamos evitar a todo trance y ahora volvemos a empezar.» Hechos como éstos de la explotación van transcurriendo sin mayor inconveniente, hasta que llega el día en que se cae en la cuenta de haber topado con el fondo desnudo.

A partir, acaso, de la época macedónica, las mismas panateneas empiezan a simplificarse. Más adelante, Atenas es pobre a todas luces y vive del extranjero. No es difícil dar con el motivo que explica esa inclinación del demos. El pueblo, desviado del trabajo honroso y sumido en continuas asambleas y tribunales,[499] semejante al pilluelo, que piensa siempre en su condumio, se hallaba dominado por una codiciosa fantasía. Se imaginaba la fortuna de las víctimas, el presunto botín, a la medida de su codicia. Es muy natural que, por otra parte, los pudientes trataran de zafarse, en lo que pudieran y como pudieran, del pago de impuestos y cargas; no dejaban de ser atenienses, y exponían algo con sus engaños y falsas declaraciones; pero, de una manera general, los culpables son los acusadores, y por esto tenemos que ocuparnos en el tribunal del pueblo (la Heliea, dividido en diez secciones), tan fácil al rigor. Los atenienses le prestaban la mayor atención, sobre todo desde que Cleón subió el sueldo de los jueces al triple, una de las medidas más funestas. «Los grillos cantan uno o dos meses sobre las ramas, pero los atenienses ronronean toda su vida sobre los procesos.»[500]

A todos los testimonios podría reemplazar el Filocleón aristofanesco,[501] que destaca tan regocijadamente

499. *Les hommes passent leur vie à se gouverner*, Fustel, p. 396.
500. Aristóf., *Aves*, 39.
501. Aristóf., *Avispas*, 548 y s. (representada en 423 antes de C.). Acerca de los procesos de los países de la hegemonía bajo Cleón, *Equit.*, 235, 258, 435; su conducta en el proceso contra Laques, *Avispas*, 242 y s.

las ventajas de su cargo de juez. Tenemos la seguridad de que cada rasgo está recogido del natural, y que ese filisteo ejemplar se hallaba reproducido en miles de casos; se siente feliz por saberse temido y hallarse rodeado del temeroso acusado y sus familiares; las sesiones le divierten como un espectáculo, pues los que se sienten amenazados le adulan y le hacen el paripé, complaciéndose en el terror arbitrario que puede provocar. No era lo peor que podía ocurrir que, en lugar del interés, fuera el enojo o la compasión lo que decidiera, o la elocuencia de las partes (que tenían que defenderse a sí mismas) o de quien les había preparado el discurso. A esta costumbre se deben las noticias que poseemos sobre el particular, especialmente a los discursos de Lisias, que, con un talento sorprendente, se coloca en la situación de su cliente y nos muestra los derroches de ingenio que exigía a veces todo ese aparato. El sentido justiciero de los atenienses no era excesivo; la verdad, inocua; la persuasión, prepotente (τὸ πιθανὸν); frecuente al asedio de los jueces por emisarios de la familia del reo[502] o por influyentes padrinos. Al tribunal se le decían cosas a veces que ningún tribunal o jurado moderno hubiera tolerado; Lisias pone en boca de un acusado[503] inexperto las siguientes, al parecer, ingenuas palabras: «Ha ocurrido muchísimas veces que acusadores falsos fueron descubiertos tarde, cuando habían producido víctimas y no había ya manera de ayudar al desgraciado... Cuando son juzgados varios en un mismo asunto, los juzgados en primer lugar suelen salir mal parados, mientras que los últimos son absueltos; porque una vez que la cólera se ha extinguido, atendéis mejor

502. Que esto ocurrió muy a menudo, nos lo dice Platón, *Apolog.*, p. 34 y s.
503. Lisias, *Orat.*, XIX, 4, 6.

a las pruebas.» Podemos reproducir como breve juicio general el de Hermógenes en Jenofonte:[504] «Los jueces atenienses, seducidos por los discursos, han condenado a muerte a muchos que no habían cometido delito alguno, y declarado absueltos a muchos criminales.» En toda la Antigüedad, las fuerzas oratorias más potentes, si no las más elevadas, se pusieron al servicio de los tribunales; el arte oratorio comienza en Sicilia con procesos judiciales, y junto a esta ocupación constante y general, sólo en determinadas ocasiones aparecía como más poderosa la elocuencia política.

El escenario de esta última en Atenas es la Asamblea popular, que, como en las demás democracias, había usurpado las funciones del Consejo (en Atenas, el βουλή de los Quinientos) y se había convertido en el verdadero Gobierno.[505] Tuvo en ocasiones gran visión de la situación y momentos de gran entusiasmo, pero no acompasado a los medios disponibles. Demóstenes pudo decidir a la Asamblea a romper con Filipo y a la guerra de Queronea. Enjuiciar a la Asamblea equivale a enjuiciar la historia de Atenas, que es mejor que la de las demás polis. Fue y siguió siendo después de la restauración democrática el órgano terriblemente heterogéneo, pero permanente y uno, del Estado ateniense; y mientras que en otras ciudades se siguieron repitiendo las crisis más sangrientas, Atenas se mantuvo en la vía de las deliberaciones y acuerdos, cualesquiera que hayan sido éstos. En los últimos tiempos del helenismo, cuando ya van cuajando opiniones comunes acerca del pasado, escribió Pausanias:[506] «No sabemos que la democracia haya sacado adelante a otros

504. Jenof., *Memor.*, IV, 8, 5.
505. Acerca de los trámites y de las costumbres parlamentarias, Fustel de Coulanges, *La cité antique*, p. 391 y s.
506. Pausanias, IV, 35, 3, según la lectura recomendada por C. F. Hermann, *Staatsalt.*, § 12.

que los atenienses; éstos excedían a los demás helenos en inteligencia natural, y fueron los menos rebeldes a las leyes vigentes.» Este demos reunido en asamblea fue considerado como un ser viviente, y se convirtió en una figura ideal en manos de las artes plásticas; los autores cómicos no le guardaron tanto respeto, y Platón[507] nos habla una vez del «gran animal», μέγα θρέμμα, y constituye el objeto de la prudencia política el estudio de sus caprichos y pasiones. Una caracterización vieja, si bien recogida por Plutarco,[508] lo describe como «fácil para encolerizarse, fácil para tornarse compasivo; prefiere sospechar a dejarse instruir sosegadamente; y lo mismo que ayuda a gentes modestas, no afamadas, prefiere los discursos divertidos y risueños; se alegra con los que le alaban, pero no se enfurece con los que se burlan; es terrible con sus gobernantes y humantario hasta con los enemigos».[509]

Abundan los registros solemnes: «El pueblo ateniense que disfruta del derecho eminente sobre todas las cosas en la ciudad y que puede hacer siempre lo que quiere»,[510] y en el edificio destinado a Consejo había una capilla dedicada a Zeus Bulaio y Atenea Bulaia, en la que oraban los miembros al entrar y hasta ofrecían sacrificios por la salud de la democracia.[511] Y en un pueblo que maneja fácilmente el perjurio, se pretende conseguir un efecto intimidante mediante un juramento que todos los atenienses deponen con regu-

507. Platón, *República*, VI, 7. Más adelante, en la *Apología*, p. 30, es un noble y grande bruto, que sólo por su tamaño resulta algo perezoso y necesita las espuelas.

508. Plut., *Rei p. ger. praecepta*, 3.

509. No se habla aquí de la posibilidad de enloquecer al demos. Sobre esto bromea ya el viejo Heródoto, V, 97, a propósito de Aristágoras: A uno solo, a Cleomenes, no podía trastornarle, pero sí a tres mil atenienses.

510. Demóst., *In Neaer.*, p. 1374.

511. Antifon., *Or.*, VI, *De choreuta*, 45.

laridad antes de las fiestas dionisíacas contra los enemigos de la democracia; en él se comprometen a matarlos, especialmente a los que aceptan cargos en un régimen antidemocrático, y a los tiranos y sus secuaces; a declarar inocentes a los ejecutores de tales muertes, a ayudar en la venta de los bienes de las víctimas y en la entrega de su mitad al autor de la muerte, y dotar a sus descendientes, como se hizo en el caso de Harmodio y Aristogitón. Se conjura la felicidad para los que juran honradamente, y para los perjuros, condenación para él y para su posteridad.[512] Y cuando se atentaba contra algún personaje odiado, la ciudad sacaba a relucir todo su *pathos* y coronaba a los autores, fueran quienes fuesen. Los atenienses declararon al asesinado Frínico como traidor y coronaron, no ya al asesino —un esclavo de Hermón—, sino a Hermón y sus cómplices. [513] Pero parece como si el demos no tuviera la conciencia tranquila, pues aunque sabe que la masa está por él, sueña siempre con conjuraciones que él hace cada vez más imposibles con sus implacables sanciones. En el famoso crimen de los hermes (415 a. de C.) se afirmó en seguida —era igual quiénes fueran los culpables— que su finalidad fue destruir el demos ἐπὶ τῃ τοῦ δήμου καταλύσει, y el denunciante, Dioclides, fue coronado sobre un carro como salvador del Estado, conducido al Pritaneo y agasajado allí; más tarde confesó que todo había sido una patraña.[514]

Pero no es menester insistir para hacer ver que la finalidad perseguida por Atenas, la de dominar lo más posible, hubiese sido más fácil de lograr por

512. El correspondiente sefisma, en Andóciles, *De Myst.*, 97. ¿Se trata de un acuerdo anterior o posterior a la restauración de 403?
513. Plut., *Alc.*, 32.
514. Andóc., *De myst.*, 36, 45, 65 y s.

cualquier otra vía que la de la Asamblea popular. Algo grotesco resulta que en Atenas y en otras democráticas polis, la política exterior se llevara a luces descubiertas. Demóstenes[515] se explica ante los atenienses: «Ya sabéis que al Estado no le conviene que ni los tebanos ni los lacedemonios sean poderosos, sino que —se trata de la guerra santa— los primeros tengan por enemigos a los focenses y los segundos otro enemigo cualquiera; siendo ésta la situación, vosotros, que sois los más fuertes, tenéis en vuestras manos vuestra propia seguridad.» Más adelante, su indiscreción le lleva a decir que los atenienses verían con mejores ojos la muerte de Filipo que la de otra persona alguna. Pero la democracia fue la forma de vida adoptada, y por lo mismo que reunía la masa y se formaba una apasionada voluntad total, pudieron germinar en ella aquellos deseos de predominio y cobrar fuerte conciencia en todos. En la época de la guerra del Peloponeso, la democracia era tan antigua, que todos los recuerdos, todavía vivos, estaban relacionados con cosas y hombres de ella; se había convertido en vivaz rutina, y continuó subsistiendo bajo todas las presiones exteriores. Los descalabros no se atribuían a la Constitución, sino a los que abusaban de ella.

Disposición natural, voluntad y destino forman en el caso de Atenas un todo inextricable y, sin embargo, la posteridad seguirá eternamente encarándose y discutiendo con los atenienses. Este Estado, no sólo cometió, cegado por la pasión, los más fatales disparates y las violencias más contraproducentes, sino que consumió rápidamente a sus hombres más capaces o los espantó. Pero la mirada de la posteridad no se ha preocupado por el Estado ateniense, sino por la potencia cultural de

515. Demóst., *adv. Aristocratem*, p. 654.

primer orden que fue Atenas, como fuente de espíritu.

Se podría objetar que, en la guerra del Peeloponeso, por ejemplo, el apasionamiento de la Asamblea y la denodada valentía en la lucha obedecían a un mismo ritmo vital, y que el pueblo tuvo momentos de moderación y prudencia. También habrá que reconocer que los más nobles evitaron muchas atrocidades. Pero después del disparatado proceso a que se sometió al generalísimo luego de la derrota de las Arginusas, la multitud exclama: «Es terrible que al demos no se le deje hacer su voluntad»;[516] en los años siguientes cae sobre Atenas la noche más cerrada de desgracias. El demos había asumido para sí[517] el gobierno efectivo, de todos los días, así como la legislación, en forma de incesantes acuerdos populares (sefismas), y no atendió al consejo previo de los Quinientos más que en la medida de su gusto. El fabricar sefismas se destacó como atributo del hombre «del cual se distinguen las hienas y otros animales, porque no los fabrican».[518] Pero lo perdurable es incompatible con un procedimiento que depende del momento fugaz y del estado de los ánimos.

Hay que explicar ahora bajo qué influjos efectivos se hallaba la Asamblea. Hasta el final de la guerra del Peloponeso se puede hablar del trabajo de zapa de los oligarcas, a quienes lo que interesaba de verdad era la

516. Jenof., *Hellen*, I, 7, 12. Una consecuencia de la ejecución del conductor de la flota fue que en el año 378 antes de Cristo, Cabrias no prosiguió su brillante victoria de Naxos, sino que se dedicó a enterrar los cadáveres. Diodoro, XV, 35. La ejecución de los estrategos agrigentinos en el 404 antes de Cristo, v. Diodoro, XIII, 87 y s.

517. Que hubo también entonces épocas de cansancio, en las que la Asamblea no era más que la dieta que suponía, como para los «cargadores de barro», se ve en Aristóf., *Eccles.*, 290 y s. (del año 392 a. de C.).

518. Aristóf., *Nubes*, 1428.

revolución total que luego había de producirse. Después de la restauración democrática, son siempre demócratas los que tratan de predominar en la Asamblea y en el tribunal del pueblo, ya como oradores políticos —retóricos, demagogos—, ya como sicofantes.[519] Ambos tipos pueden encontrarse en un solo personaje. No es difícil imaginar su secuela de calumnias, adulaciones y falsos testimonios. Seguían cultivándose las frases grandilocuentes, y Andócides[520] se atrevía a decir: «No son los que van tras sus asuntos privados los que engrandecen a la ciudad; los que se ocupan en el interés general son los que la hacen grande y libre.» Pero ya sabemos qué gentes se ocupaban en el interés general y por qué motivos. A pesar de todo su patriotismo, y a pesar de la vigilante desconfianza del demos, capaz de todas las sospechas, los atenienses tuvieron que escuchar desde muy temprano —y no sólo de boca de los autores cómicos— que había muchos que trataban de enriquecerse con excusa de los negocios públicos (κλέπτειν τα δημοσια), y si el desenfadado Temístocles sentía a veces un verdadero terror antes de escalar la tribuna pública (el βημα),[521] no se debió ello a su conocimiento del carácter tornadizo de los atenienses, sino a que alguien le pudiera echar en cara el enorme incremento de su fortuna desde que ejercía cargos públicos. Y si se tiene en cuenta ahora la desocupación de muchos, los gravámenes que los impuestos y liturgias suponían, la desaparición de todo sentimiento de honor merced a la general desconfianza reinante y

519. Tipo y acción de los demagogos. Platón, *De re p.*, VI, 6 y s. En términos parecidos, Siraco en el siglo V. Diodoro, XI, 87. ἐπεπόλαζε γὰρ δημαγωγῶν πλῆθος καὶ συκοφαντῶν καὶ λόγου δεινοτης.
520. Andóc., *Adv. Alcib.*, I.
521. «¡Antes, al infierno!» Eliano, V. *H.*, IX, 18, *Comp.*, X, 17. Es verdad que Arístides hizo luego dejación de sí mismo.

la osadía peculiar de los atenienses, no extrañarán las conocidas palabras: la tribuna pública es una cosecha de oro (χρυσοῦν θέρος τὸ βῆμα). Y lo era tanto por hablar como por callar,[522] aprovechándose de los cargos en el Estado, en la milicia, en embajadas, reservados a los oradores y demagogos, recibiendo regalos de los aliados, mientras tuvo fuerza la hegemonía dejándose sobornar por las partes en los tribunales,[523] y hasta metiendo mano en las arcas del Tesoro,[524] aunque hay que pensar prudentemente que la fantasía de los envidiosos se habría imaginado el botín demasiado magníficamente. También el delito lo pintan con colores demasiado negros:[525] «El que se enriquece con los bienes del Estado, expolia templos, sepulcros y amigos, comete traición y falso testimonio, es un juez prevaricador y un funcionario sobornable», etc. Pero, de todos modos, la corrupción, que se hallaba muy extendida, no dejaba de ser un buen negocio. Nos lo demuestra la fama inusitada de los administradores del Tesoro que no robaron, por ejemplo, de Licurgo, y, si no fuera bastante, la poderosa camarilla vendida durante años a Filipo de Macedonia.

Los procesos entablados con este motivo, especial-

522. Como cosa corriente, la compra de los oradores: Aristóf., *Plut.*, 377 y s.

523. Sobre todo esto el instructivo discurso de Bdelicleón. Aristóf., *Avispas*, 655.

524. Andócides, *De myst.*, 133, describe una parte de aquella «camorra» que explotó a la ciudad de Atenas después de la restauración, en 402 antes de Cristo; se trata de la pandilla que se reunía «bajo el álamo blanco» (algún lugar conocido); esta vez el asunto es el arrendamiento lucrativo de una aduana, la llamada πεντηκοστή; sacaban dinero a otros presuntos contratistas bajo la promesa de que no excederían su oferta, o si se consigue un arrendamiento barato piden parte en las ganancias; y si alguno se mete con ellos está aviado.

525. Plut., *Rei publ. ger. praec.*, 26, seguramente de fuentes antiguas.

mente los incoados contra los generales en el siglo IV, que fueron tanto por desfalcos como por soborno por parte del enemigo, se resolvían a medida de las fuerzas respectivas de acusadores y acusados. Ifícrates rodeó una vez el tribunal con su joven guardia, que no hizo sino mostrar la empuñadura de sus dagas para que los atemorizados jueces le absolvieran.[526] Las acusaciones graves contra gentes de viso pasaban fácilmente ante el pueblo como signos de patriotismo y virtud política; así que la tentación era muy grande, mas si se tiene en cuenta que muy a menudo el acusador trataba de cubrir sus propios desafueros con la indignación provocada contra otros. Nicias rechazó la vuelta oportuna de Sicilia por miedo a las acusaciones de los conciudadanos,[527] pues prefería perecer a manos de los enemigos que de sus compatriotas, y a esta decisión se debió que sucumbiera el núcleo más importante del ejército. ¡Cuán a menudo el temor a la incomprensión y a la malevolencia del demos debió de influir en las decisiones de otros caudillos! Frecuentemente, era manifiesto que, a pesar de ventajosas proposiciones de paz, había gentes que imponían la continuación de la guerra, porque «tenían su granjería en la confusión general»;[528] tendrían que haberse dado cuenta de que generales bien intencionados se verían precisados a ponerse en guardia contra las arbitrariedades del demos mediante alianzas extranjeras; pero la profunda desconfianza que se manifiesta en las incesantes acusaciones, es una verdadera enfermedad, aunque en casos aislados esté justificada; enfermdedad tanto más grave cuanto que es considerada como signo de salud. No era

526. Polien., III, 9, 15. El lugar que ocupan estos caudillos y la imposibilidad de pedirles serias cuentas; v. Curtius, *Griech. Gesch.*, III, p. 476 y s.
527. Plut., *Nic.*, 22.
528. Diodoro, XIII, 53, hacia 407 antes de Cristo.

posible una vigilancia permanente, en lugar de la momentánea impuesta por las intermitentes acusaciones, dada la constante movilidad del personal político; ni fue posible lograr un auténtico tribunal militar, y así sucedía que muchos acusaban y muchos, efectivamente, delinquían, lo que no tiene nada de extraño si se piensa que la probidad no servía de escudo. Hallándose el intachable administrador del Tesoro, Licurgo, en el lecho de muerte, se hizo conducir al Buleuterio para rendir cuentas; nadie le acusaba, fuera de un tal Menesecmos; Licurgo le rebatió, se hizo reconducir a casa y murió; cuando el acusador insistió en su acusación, los hijos del fallecido, a quien el demos había dedicado tantas coronas y estatuas, fueron metidos en la cárcel, y para volverlos a la calle fue menester una advertencia grave de Demóstenes.[529]

Para el funcionamiento de este sistema fue necesario todo el tropel movible de los sicofantes,[530] lo que quiere decir que se reconoció la soplonería como oficio digno. Efectivamente, el Estado ateniense no podía prescindir de semejantes auxiliares; la Polis, como la realeza absoluta, estaba divinizada; se había convertido en religión, que apela a los medios más extremados contra toda desviación. Pronto los sicofantes serán imprescindibles para el gobierno; sin el miedo a los sicofantes muchos habrían huido de la ciudad, o se habrían substraído a los deberes más penosos, o hubiesen explotado el interés público con más desvergüenza todavía. Pero si algo nos puede demostrar que en Atenas la idea del Estado había traspasado los límites soportables por la naturaleza humana normal, es el reconocimiento público

529. Plut., *Decem oratorum vitae*, 7.
530. La fecha cierta: desde la huida de Temístocles (Plut., *Arístid.*, 26) de Crateros, no nos inquieta demasiado. Según Marcelino, *Vita Thucyd.*, ya Milcíades fue molestado por los sicofantes.

de semejante peste social, este terrorismo legal que se mantiene a los cuatrocientos años de la guerra del Peloponeso con la misma fuerza que antes de ella, y persiste en la época de los diadocos hasta los romanos. Cuando un estado admite que una profesión semejante no es en manera alguna vergonzosa ni procura molestia alguna, siempre habrá, en todas las épocas y pueblos, personal dispuesto para ella; pero sólo la democracia griega, y en su forma más perfecta la ateniense, lo ha reconocido patentemente,[531] sometiendo a todos los ciudadanos de alguna significación a una fiscalización semejante. El populacho no sentía repugnancia alguna por cosas que le eran tan simpáticas y naturales.

«Soy un testigo en los procesos de la isla, un sicofante y pesquisidor; no me gusta cavar; mi abuelo vivió ya de la soplonería», nos declara un personaje aristofanesco.[532] Pero no tengamos en cuenta estos testimonios de los autores cómicos,[533] a quienes esta figura del sicofante incitaba tan fácilmente a la caricatura, ya que a los bordes de un tal abismo nos podemos contentar con los testimonios más objetivos. El sicofante presume de patriota, que trata de ayudar a la Polis y a las «leyes vigentes»; su misión más importante es la pesquisa de si los ciudadanos cumplen con sus deberes públicos; de no contar con una quinta parte de los jueces en favor de su acusación, tenía que pagar mil dracmas, y si cesaba en la acción entablada, otras mil. Pero no le era muy difícil encontrar una quinta parte concorde

531. El régimen de espionaje de los Aqueménidas, de los Dionisios, etc., es traído a cuento, para ser comparado, entre otros, por Plutarco, *De curiositate,* 16. En estos casos las denuncias y los procedimientos todos eran secretos, pero su extensión también mucho menor.

532. Aristóf., *Aves,* 1423. Por lo menos, en la escena correspondiente, al final, recibe una mano de azotes.

533. *Pluto,* 898. Los sicofantes justifican ampliamente la licitud de su trabajo.

en un tribunal de heliastas, y si alguna vez le toca pagar efectivamente, queda, por lo general, como deudor. En tiempos de Lisias, un tal Agorato llevaba consigo una deuda judicial de este tipo, de 10.000 dracmas; «pero ocupaba su asiento de juez, su lugar en la Asamblea del pueblo e interponía toda clase de acusaciones».

Ante esta situación, las personas inocentes, sobre todo si, además, poseían algo, se hallaban en un perpetuo estado de sitio. Nicias temió a los sicofantes durante toda su vida,[534] y ya hemos indicado cómo este temor influyó decisivamente sobre su suerte y la de su ejército. El Iscómaco jenofóntico,[535] prototipo de hombre intachable, es denunciado constantemente. Pero el consejo de Sócrates[536] a Critón nos instruye sobremanera: le propone que compre un antisicofante, y se celebra mucho haber encontrado el individuo apropiado para ello, Arquidemo, que supo infundir terror a los sicofantes, y que fue utilizado por todos los amigos de Critón y honrado, lo que quiere decir que las gentes honorables tenían que sentar a su mesa al pícaro de valimiento. Los treinta tiranos acabaron con muchos sicofantes,[537] pero la raza siguió prosperando.

La Inquisición española alcanzó con sus inquisidores el fin propuesto, porque ellos (acaso con rarísimas excepciones de cohecho) se hallaban poseídos del sentido de la institución. El Estado ateniense no tuvo tanta suerte con sus sicofantes; lo que les interesaba no era tanto el proceso como el *chantage* que hacía posible; Teocrines se dejó comprar por los asesinos de su her-

534. Plut., *Nic.*, 2, 4, 5. V. Lisias, *Orat.*, XVI, 17; XXV, 13, como pesaba el miedo de futuras acusaciones desde la juventud, y pensando en ellas se realizaban más hazañas, se buscaba en la guerra el peligro, etc.
535. Jenof., *Oecon.*, XI, 21.
536. Jenof., *Memor.*, II, 9, 1 y s.
537. Jenof., *Hellen*, II, 3, 12.

mano.[538] Los beneficios para la Polis fueron los siguientes: intimidación perpetua de los inocentes, los enjuagues y componendas entre culpables, demagogos y sicofantes, y una atmósfera malsana rodeando toda la vida pública y causa principal de la desgana secreta o visible de muchos de los mejores ciudadanos. La pobreza voluntaria era la mejor garantía, pero no estaba al alcance de todos. En el mismo examen (δοκιμασία) que tenía que sufrir el insaculado para un cargo público, el sicofante podía meter sus narices en la vida privada del examinando, y así a todo lo largo de la vida de aquellos de los que se podía pescar algo; «había que aplacar» (πεῖσαι) incesantemente a los dioses soplones. Cuando el sicofante no actúa por iniciativa propia, lo hace porque se ha vendido a los enemigos de la víctima,[539] con los que se repartirá el botín. El que no «entrega sus bienes» es perseguido,[540] y precisamente de las personas honradas es de las que más se sacaba,[541] pues nada les espantaba tanto como un proceso, que el mismo sicofante evitaba a gusto. Porque, de llegar el proceso, su participación de denunciante en la pena pecuniaria era pequeña, mientras que evitándolo podía conseguir una suma considerable. Si el proceso había sido ya iniciado, las mil dracmas que le costaba la dejación le eran compensadas superabundantemente por la víctima. Que no ocurría esto..., pues se continuaba el proceso, y allí donde el derecho ofendido debiera tener sus auténticos guardianes —«tribunales, ágora, ley y testigos»[542]— era donde el sicofante actuaba con todas sus armas. El que proyectaba alguna malversación se aseguraba por anticipado el silencio del sicofante, repartiéndose con él

538. Demóst., *In Theocrim.*, p. 1331.
539. Lisias, *Orat.*, VII, 39.
540. *Ibídem*, XXV, 32.
541. *Ibídem*, III, 26.
542. Demóst., *In Theocrim.*, p. 1342.

la ganancia prevista que, por lo mismo, tenía que ser mayor.[543] Aristóteles, ya anciano, fue envuelto a la muerte de Alejandro con una acusación de asebia, acaso con el mero propósito de difamarle, pero el viejo maestro se retiró a Calcis bajo la protección macedónica. Con ironía explica en carta a Antípatro que no quiere permanecer en una ciudad donde, como en el jardín de Alcínoo, está una higuera contra otra, σῦκον ἐπὶ συκῳ.

Sería equivocado pensar que los sicofantes, desenmascarados cien veces por oradores decididos y bien conocidos de las gentes, llegaran a perder su influencia. Demóstenes nos habla de Estéfano, el chulo de Meera,[544] que estaba espiando el momento de sorprender un atentado deshonesto contra su mujer o su hija, para poder difamar al autor, es decir, que hacía de sicofante en su propia casa. Hay que destacar que se explica allí la pobreza de Estéfano, porque no gozaba de otros emolumentos que los que le suministraban las acusaciones, silencios y servicios políticos de su oficio de sicofante, y nada ganaba todavía con sus actividades de retórico; lo que quiere decir que se solía pasar, en ocasiones, de uno a otro oficio.[545] Demóstenes dice al juez:[546] «No habéis castigado todavía a ningún sicofante tal como su maldad merece, sino que os complacéis en prestarles oído, como si la salvación del demos dependiera del mayor número de acusaciones y sicofantes». Como víboras, «como escorpiones con el aguijón en ristre», se deslizaban por el ágora, acechando siempre el botín.[547] «Y luego que han subido de la nada, enriqueciéndose con su oficio, lejos de

543. *Ibídem.*
544. Demóst., *In Neaeram*, p. 1359.
545. Se encuentran reunidas ambas ocupaciones en Aristófanes. *Pluto*, 30: ἐπλούτουν ἱερόσυλοι καὶ ῥήτορες καὶ συκοφάνται καὶ πονηροι.
546. Demóst., *In Theocrim.*, p. 1342.
547. Demóst., *In Aristog.*, p. 786.

agradecer, no hacen sino proclamar lo inconstante, ingrato y desagradecido que es el demos.»[548]

Atenas ha podido perdurar como estado democrático a pesar de esta calaña de auxiliares, lo que es una prueba de su vitalidad. Pero si pudiéramos darnos clara cuenta de toda la secreta ruina que este estado de cosas había traído consigo, quedarían espantados.

Esta Atenas, con sus equívocas instituciones judiciales, era aficionada a las condenas enormes y patéticas, como las demás ciudades. Todo sentido de equidad y de objetividad en la medida de la pena, toda justa adecuación entre el delito y su sanción, condiciones que exigimos de todo Derecho penal, cualesquiera que sean los principios que le inspiren, se hallaba perturbada por la idea que la Polis se formaba de sí misma. Cualquier delito, independientemente de su importancia, era considerado como amenaza para el Estado, como merma de su seguridad. Por esto, todos los procesos propendían a degenerar en procesos políticos, y las sanciones, por lo mismo que la Polis era o tenía que ser la religión de los griegos, adquirían el carácter de venganza por la profanación de algo sagrado. Así se explica su extremada dureza, ya que se aplicaba la pena de muerte que, con las pecuniarias y la atimia, desempeñaba el papel principal en el sistema penal, a casos verdaderamente leves.[549] También se prodigaban los otros castigos, especialmente la atimia en todos sus grados, que unas veces era con limitación de tiempo y otras sin ella, unas veces se acompañaba de la confiscación y otras no, y en la cual se autorizaba en ocasiones a

548. Demóst., *In Theocrim.*, p. 1341.
549. El hecho de que la legislación draconiana castigara con la misma pena de muerte al ladrón de pastos que al de templos y al asesino, nos muestra la Polis en sus comienzos con unas concepciones sorprendentemente ingenuas y justicieras. Plut., *Solón*, 17.

que cualquier individuo maltratara al condenado. Como la Polis actuaba muchas veces con ciego apasionamiento, el efecto de esta sanción sobre el condenado y en el pueblo mismo tuvo que modificarse en alto grado. Porque no cabe suponer que se trataba de un juez equitativo cuando se aplica un castigo hasta a los hijos pequeños, lo mismo legítimos que ilegítimos; la Polis creía que después de haber abusado de un individuo tenía que perseguir a sus descendientes, porque éstos llegarían a sentir como derecho la venganza, lo que tuvo la consecuencia marginal de que los acusados presentaran a sus hijos al tribunal para conmoverle.[550] Este Estado, que en el fondo era desleal con sus ciudadanos, y que cultivaba la deslealtad por su connivencia con el terrorismo de los sicofantes,[551] procedía con gran solemnidad cuando el delito podía ser considerado, con razón o sin ella, como delito contra el Estado, para lo que no se reparaba en ocasiones en transformar caprichosamente un hecho en figura de traición (προδοσια). Quien desee gozar del espectáculo de todo el fanatismo de estos procesos de prodosia, lea el discurso de Licurgo contra Leócrates, al cual se le achaca como traición un delito muy dudoso y se trata de condenarle a muerte. También el proceso de asebia cobra los mismos caracteres de violencia desaforada, porque es la Polis, igualmente, la que acusa. Ja-

550. Lisias, *Or.*, xx, *pro Polystrato*, § 34: Si alguien os presenta, a vosotros, jueces, sus hijos y llora y se lamenta, vemos que, si dejáis de imponer la atimia por causa de ellos, es que habéis tenido compasión y por los hijos habéis perdonado el crimen del padre, y, sin embargo, no sabéis si con la edad serán buenos o malos. Un ejemplo de atimia aplicada a las mujeres, Demóst., *In Neaer.*, p. 137 y s. La mujer condenada por adulterio no debía penetrar en ningún ἱερα δημοτελῆ donde tenían entrada libre mujeres extranjeras y las siervas. En caso de contravención, cualquiera(ὁ βουλόμενος, ὁ ἐντυχών) podía, menos matarla, todo.

551. Comp. Plut., *Decem oratt. vitae*, cómo Andócides se convierte en denunciante y convierte también a su padre.

más ha existido una desproporción tan grotesca entre la magnitud de la venganza de los dioses ofendidos y la insignificancia ética y teológica de esos dioses.[552] No podía faltar en los delitos contra el Estado la sanción más terrible, la de permanecer insepulto.[553] Así, el cadáver de Antifón, ejecutado el año 411, cuando terminó la oligarquía de los Cuatrocientos, fue arrojado más allá de la frontera.[554] Pero esto de arrojar el cadáver fuera del hogar ateniense, de demoler la casa, de maldecir a hijos y nietos, y otras ceremonias frecuentes en esa clase de procesos, hubiesen impresionado la fantasía de la posteridad si la justicia ateniense se hubiera distinguido por sus sentencias irreprochables y no se tratara, por el contrario, a menudo, de pronunciamientos coléricos de hombres que accidentalmente manejaban el poder. Y no hay que olvidar que en esos procesos la aplicación del tormento contra los ciudadanos no fue cosa extraordinaria.[555] Constituía el paralelo psicológico del tormento

552. Aristófanes se burla de ello en *Las aves*, 1071: Por todas partes se dice: «Si alguien mata a Diágoras *el Melio*, recibirá en premio un talento, y también recibirá un talento el que mate a uno de los tiranos muertos, y el coro de pájaros quiere verlo aplicado al tratante de pájaros Filócrates». La sátira se refiere a aquellos acuerdos de la Asamblea que fijaron el muy alto precio de un talento por la cabeza de un fugitivo. Diágoras, que había negado los dioses y se había burlado de los misterios, es equiparado con la peor calaña entre los políticos, el tirano (según un escolio, había sido declarado fuera de la ley junto con unos delincuentes políticos). Pero como no había ningún tirano en persona y, sin embargo, se quisiera descargar de algún modo la furia contra ellos, los Pisistrátidas fenecidos servirían para el caso. También Lisias, *Orat.*, VI, *adversus Andociden*, § 18, luego de haber establecido un paralelo entre Diágoras y Andócides, dice que la recompensa para aquel que detenga o mate al fugitivo en una persecución por asebia es de un talento.

553. Con lo que ha debido de padecer en su terribilidad, en la opinión de las gentes discretas.

554. Según Marcelino, *Vit. Tthuc.* La sentencia completa, muy importante, en Plutarco, *Dec. or. vitae.*

555. V. Plut., *Foción*, 35, los discursos que se cambian en la Asamblea cuando la muerte de Foción.

aplicado a los esclavos, por lo demás, consecuencia en el fondo de la idea de la Polis como tal; como le está permitido todo, las declaraciones que le interesan podía arrancarlas por todos los medios.[556]

Así también las maldiciones decretadas en nombre de la Polis, con las que el Estado, laico en sus más profundas raíces, lucía ademanes eclesiásticos en cuanto montaba en cólera. El mito nos instruye del pánico que provocaban las maldiciones, a veces de parte de los padres, y nos informa en igual sentido la manera de pensar sobre el particular en la época histórica. Pronunciada la maldición, se convierte en una potencia objetiva.[557] Lo grotesco reside en que se creyera poder utilizar este sentimiento para las maldiciones de la ciudad y se tratara de conseguir contra un enemigo el mismo efecto objetivo que se veía en el mito; pero no pasaba de ser una mala imitación. A menudo estas maldiciones se proveían de un carácter condicional para que sirvieran en la provocación artificiosa de un terror; el Estado se permitía el lujo de maldecir multitudinariamente a quienes jamás se atreverían a obrar contra un acuerdo en forma.[558] Así, los anfictiones maldecían a quienes osaran cultivar el campo de Quirra; los atenienses, al comenzar las sesiones de la Asamblea o de cualquier tribunal, a quien intentara engañarlos,[559] y al sancionar las leyes a sus vio-

556. Según Eliano, v. *H.*, XIII, 2, también los sacerdotes fueron atormentados en causas criminales. Pero el caso se refiere a Mitilene, y en época incierta. Por lo demás, la vida cotidiana de los εὔπορος y ἐπιεικής en esas ciudades, ¿no era un lento tormento continuado?
557. V. Sóf., *Oed. Col.*, 1375, 1378.
558. V., entre otros, Nägelsbach, *Nachhomer. Theologie*, 346 y s., en las Erinias.
559. Demóst., *In Aristocr.*, p. 653, nos cuenta que en la Asamblea popular καταρᾶται ὁ κῆρυξ, εἴ τις ἐξαπατᾷ βουλὴν ἢ δῆμον ἢ τὴν ἡλιαίαν. Esto mientras los ἐξαπατήσοντες están sentados a montones.

ladores eventuales. El tribunal de los iniciados en los misterios, ante el que habla Andócides,[560] debió de disponer de maldiciones especiales. También se procede muy patéticamente en los juramentos de fidelidad política. Cuando Arístides jura la alianza con los países confederados de Atenas, arroja, luego de prestado el juramento, un hierro candente al mar para dar a entender que las maldiciones perderían su poder sobre los perjuros cuando el hierro volviera a la superficie.[561] Parece más oportuna la maldición cuando únicamente se trata de conjurar un momento de peligro, como hizo el mismo Arístides cuando en la guerra con Mardonio propuso que los sacerdotes maldijeran a todos los que negociaran con los persas o abandonaran la Confederación helénica;[562] pero también en ocasiones semejantes se podía dar en falso. Cuando Lisandro sitiaba a Atenas, los atenienses acordaron solemnemente prohibir toda deliberación sobre si había lugar a discutir las condiciones impuestas por los tebanos,[563] y hubo que pasar luego por lo peor.

Pero aparte estas maldiciones condicionadas, que encontraban su paralelo en las condenaciones condicionales de un sujeto para hacer resaltar su propia inocencia, se trataba de sujetar el futuro mediante amenazadores sefismas que imponían la atimia o la pena de muerte para cualquiera que propusiera lo contrario de lo que luego resultaba ser lo bueno. El más conocido sefisma de este tenor es el de Eubulo, a propósito del dinero para espectáculos; pero también otras instituciones son

560. Andócides, *De myst.*, 31. Votaréis sobre mi caso como gentes que antes han prestado un gran juramento, καὶ ἀρασάμενοι τὰς μεγίστας αρὰς ὑμῖν τε αὐτοις καὶ παισί τοῖσ ὑμετεἤροις αὑτῶν.

561. Plut., *Arístid.*, 25. Comp. además Herodoto, I, 165, donde los focenses arrojan una bola de hierro al mar.

562. Plut., *Arístid.*, 10.

563 Jenofonte, *Hellen*, II, 2, 15.

protegidas de la misma suerte al determinar que cualquiera que pretendiera derogarlas, fuera una autoridad o una persona privada, sería víctima con sus hijos de la atimia,[564] y ya al comienzo de las guerras del Peloponeso los atenienses amenazaron con la pena de muerte a quienquiera que aplicara para un fin distinto los fondos de guerra reservados para casos de extrema necesidad.[565] El ademán grotesco de un partido creyendo asegurarse las generaciones venideras mediante amenazas, lo vemos ejercitado antes de la democracia, a la que, de no saberlo, atribuiríamos la costumbre: los eupatridas amenazaron, en efecto, con pena de muerte a los que propusieron el ataque de Salamina.[566] Acaso se puede afirmar que en la Polis, lo mismo que en la Convención francesa, un acuerdo pretende con tanto más ahínco ser eterno e inatacable cuanto más descabellado es; pero difícilmente podremos los contemporáneos reprochar este sesgo, ya que, con procedimientos más disparatados aún, tratamos de comprometer el futuro cuando creamos deudas en nombre del progreso.

Junto a la maldición condicionada está la que se descarga contra ausentes huidos *in contumaciam*. «Sacerdotes y sacerdotisas vueltos hacia Occidente maldecían, mientras tremolaban mantos de púrpura, según la vieja costumbre.»[567] Así se procedió con Alcibíades, luego de haberle condenado a muerte y a la confiscación; sólo la sacerdotisa Teano de Agraula protestó contra el sofisma diciendo que era sacerdotisa para orar y no para condenar. Cuando un poco después fue recibido el

564. V. Demóstenes, *In Aristocr.*, p. 640.
565. Tucíd., II, 24.
566. Plut., *Solón*, 8. Esto debió de alegrar a los megarenses grandemente. Hay que representarse en concreto el efecto que se produciría cuando una mayoría de ciudades se enteraba de semejantes acuerdos de otras.
567. Lisias, *Orat.*, VI, 51.

mismo Alcibíades como un dios protector, los sacerdotes más distinguidos, los eumólpidas y los cericos tuvieron que retirar las maldiciones (ἀροσιοῦν) por orden del demos; el hierofante Teodoro se explicó diciendo que nunca consideró a Alcibíades como maldito más que para el caso que hiciera daño al Estado.[568] Estas maldiciones encuentran su paralelo en los juramentos por los que uno se trataba de obligar a sí mismo. El juramento político más importante se ha indicado anteriormente: el que los ciudadanos tenían que prestar por orden de files, prometiendo defender la democracia.

En compensación de tantos castigos encontramos los innumerables honores y recompensas de que disponía el Estado, mientras se dejaba explotar inicuamente por ambiciosos de toda laya, sin que se pudiera siquiera proteger a los ciudadanos honestos. Se creía, sin duda, que el sentido[569] liberal y noble que se hacía prerrogativa de Atenas, se corroboraba de este modo. Es verdad que Atenas, lo mismo que otras polis, después de Clístenes, escatimó la concesión en masa del mayor de los bienes, el derecho de ciudadanía, y la recepción como ciudadanos de los esclavos y plateos supervivientes del combate de las Arginusas quizá sea el único caso en que se admitieron nuevos ciudadanos colectivamente. Dionisio de Halicarnaso (II, 17) indica que, si se compara con las costumbres de los romanos, que supieron fundir poblaciones enteras de ciudades con la suya propia y multiplicar el número de ciudadanos con sus colonias, no son de alabar las de los lacedemonios, tebanos y, sobre todo, los de los más engreídos de los griegos, los atenienses; presumían poder conservar así su noble sangre (εὐγενές), no admitiendo apenas ciudadanos nuevos,

568. *Alab.*, 22, 33.
569. φιλανθρωπία καὶ χρηστότης Plut., *Arístid.*, 27, donde se nos muestran varios ejemplos de haber dotado a varios parientes de Arístides.

con lo que no hicieron sino perjudicarse en alto grado, pues la consecuencia fue la pérdida de la potencia espartana luego de haber perdido 1.700 hombres en Leuctra, y de la potencia tebana y ateniense luego de la batalla de Queronea. Para conceder el derecho de ciudadanía individualmente se tomaban todas las precauciones. El recipiendario tenía que haberse mostrado digno de tal honor por su comportamiento en el campo de batalla,[570] y la admisión era válida si en votación secreta obtenía más de 6.000 votos; como había ocurrido varias veces que el demos había sido engañado con discursos, se permitía la revisión judicial del acuerdo y, finalmente, los ciudadanos de este origen no podían ser arcontes ni sacerdotes.[571] Pero frecuentemente oímos lamentarse de que muchas veces son declarados ciudadanos amigos o esclavos, en pago de algún servicio, y luego de Queronea faltó la punta de un alfiler para que fueran declarados ciudadanos todos los metecos. Lo que no se escatimó tanto fueron las coronas y el título de «bienhechor del pueblo» (εὐεργέτης), el derecho a sentarse en los primeros bancos (προεδρια) al ejercer funciones públicas o en las fiestas, y a anteceder a otros en que los tribunales conociesen de su caso (προδικία); se trataba de honores que no costaban mucho, y que, según las simpatías del momento, se llegó a conceder a cantantes, tocadores de cítara, jugadores de pelota y prestidigitadores; también se acordaron erecciones de estatuas, con mayor facilidad al correr de las épocas, y para figuras insignificantes. Un honor especialísimo consistía en comer en el Pritaneo,[572] que a menudo se decretó para

570. Los ciudadanos apenas si eran llevados a la revista, delante de las puertas, según Isócrates.

571. Demóst., *In Nearer.*, 1374.

572. V. acerca de esto Pauly, *Realencykl.*, VI, 1223, donde vemos quiénes comían allí, y las secciones en que se dividía. También se relata de otras polis donde sucedía lo mismo.

toda la vida y podía ser hereditario.[573] El derecho vitalicio lo gozaban los olimpiónicos (con su inmejorable apetito, sin duda alguna), los estadistas de mérito, generales victoriosos, bienhechores como el médico Hipócrates [574] y otras personas meritorias. En el siglo IV, este honor debió de ser concedido pródigamente,[575] y al nieto de Arístides se le reconoció el honor de «una comida tan nutrida como a los olimpiónicos». También los descendientes de Harmodio y Aristogitón y otros tiranicidas formaron parte de esa sociedad abigarrada. Desdeñó tal honor un tal Diceógenes, descendiente de Harmodio, por lo demás un rufián, para su familia, sus amigos y para los templos.[576]

Pero los castigos le llevaban más tiempo a la Polis. Entre los que los manejan encontramos siempre ese tipo de ambicioso que, con verdadera furia unas veces (como todos los humildes que escalan el poder) y con temor otras de que la cordura volviera a recuperar su puesto, extreman deliberadamente el *pathos* popular hasta su dislocación. Pero dentro de la masa ciudadana se había formado desde largo tiempo un verdadero populacho, sin otro pensamiento que el provecho y el goce. La consecuencia era la completa inseguridad de la Justicia, ya que se hacía culpables a las gentes porque su fortuna aconsejaba la confiscación en favor del Erario. Hemos expuesto antes algunos ejemplos, y

573. El título completo en Licurgo, *in Leocr.*, 87: αὐτῷ τε καὶ τέκνοις τροφὴ ἀίθιος.

574. Nada quiere decir que, en atención a los servicios prestados por el gran Hipócrates, a los focenses de su ciudad natal, Cos, se les permitiera tomar parte en los ejercicios de los efebos de Atenas, pues se trata de una época en que todo el mundo se quejaba de la decadencia de la gimnástica ateniense.

575. Esquines, *in Ctesiph.*, 178.

576. Iseo, *Or.*, V, 35 y s.

hay que recordar que el Estado no recibió todos los beneficios en estas acciones esquilmadoras. «Los cabecillas —dice Platón [577]—, luego de haber esquilmado a los ricos, dan una parte al pueblo, pero se quedan con lo mejor». Lisias hace que uno de sus clientes diga a los jueces: «Si bien los confiscados beneficiaran a la ciudad, se podría llevar a cabo la inspección, pero, como vosotros sabéis, desaparecen en *manos de ésos,* y se enajenan cosas de mucho valor para poco provecho.» [578] Hubiese sido más limpio y consecuente que el Estado declarara que tenían que morir este ciudadano y aquel otro porque el Estado necesitaba de sus bienes. Pero lo que se hacía era acusar de malversación a los que se ocupaban en negocios públicos y sospechar, de todos los que tenían algo que perder, que no aportaban lo bastante para el Estado; los individuos más corrompidos ejercían así una influencia decisiva en el destino de aquéllos; las exigencias públicas eran de tal índole, que todo el que no fuera pobre de solemnidad era reo de contravención o se hallaba bajo la amenaza de la acusación correspondiente; [579] inocentes y culpables apelaban en su defensa a los medios a tono. Pero, dice Sócrates [580] a sus jueces: «Quien pretenda impedir la iniquidad públicamente está perdido. ¿Creéis vosotros que hubiera yo llegado a viejo si me hubiese mezclado en asuntos públicos y tratado de defender lo justo? Sería el primer caso.» La consecuencia natural de tal estado de cosas es la desconfianza de

577. Platón, *Repúbl.*, VIII, p. 565 *a*), con referencia clara a Atenas.

578. Lisias, *Orat.*, XVIII, 20. Igualmente *Orat,* XXVII.

579. La mera atimia, cuyos casos, grados y matices nos cuenta Andócides, *De myst.*, 73 y s., era de tal suerte, que muchos salían de ella sin mucha pena; hasta a los mismos desertores se les respetaba la libertad y sus bienes.

580. Platón, *Apolog.*, p. 31 y s.

todos contra todos, y la expresión más sintomática de este estado de ánimo la encontramos en los procesos de generales que inundan el siglo IV. La vida pública ateniense, a pesar del febril amontonamiento de sefismas, es ya un gran edificio bastante destartalado, donde zumban las pedradas y los gritos sarcásticos. Un epigrama[581] compara al demos con la mar tornadiza, que cambia con facilidad sus aguas tranquilas por la agitación de la tormenta, y que a la menor ocasión se traga a los ciudadanos .

En Atenas no se llegó, por lo menos (pero sería únicamente aquí), a la anulación de deudas y al reparto de tierras. Hacia el 400 antes de Cristo existían todavía en la pequeña Ática más de 10.000 terratenientes contra unos 5.000 que nada poseían.[582] Pero junto a los ciudadanos estaban los laboriosos metecos,[583] que pagarían de seguro con la mayor puntualidad posible su capitalización de metecos y demás impuestos; de no pagar el primero, podían ser vendidos como esclavos.[584] Seguramente que deseaban la perduración de la democracia en el pueblo que les dominaba, sobre todo desde que los ricos de entre ellos fueron asesinados cuando los treinta tiranos. Esto debió de ocurrir, no a causa sólo de sus riquezas, sino porque la oligarquía, si quería realizar su ideal de una Atenas ociosa y desentendida del mar, tenía que oprimir a la casta laboriosa de los metecos.[585] Como hemos indicado antes, en los mo-

581. Berg., *Anthol. lyr.*, p. 541.

582. Sobre esto v. Dionis. Halic., *De Lysia*, 32, y Lisias, *Or.*, XXXIV (περὶ πολιτείας), y especialmente el argumento. Que en Atenas las cosas no iban con tanta dureza, Fustel, *La cité antique*, p. 402.

583. En el año 309 antes de C. había más de 10.000 varones, adultos, y los ciudadanos no eran sino 20.000. Comp. pág. 203 y s.

584. Dióg. Laer., IV, 2, 10.

585. Lisias, *Or.*, XII, *adv. Eratosth.*, 5 y s.

mentos críticos de la Polis no era tan difícil que fueran declarados ciudadanos en masa; no hay que olvidar tampoco que, además de las gentes laboriosas, los otros extranjeros destacados que vivían en Atenas formaban parte de ellos.

## 8. La democracia fuera de Atenas

Desde finales del siglo VI, la igualdad de derechos de todos los libres,[586] era la única forma política ya posible, que no podría sobrepasar la Antigüedad si prescindimos de las monarquías. Desde un principio la Polis se investía de un poder absoluto frente a cada individuo, pero unos mandaban y otros obedecían, y precisamente esa idea extremosa del Estado fomentaba más que nada, en los que no gozaban del mando, el deseo de obtener plena participación en él, y así fue invadido el santuario. Ya hemos indicado cómo la degeneración interna de muchas aristocracias y el régimen imposible de las timocracias, con su exclusividad crematística, favorecieron la llegada de este acontecimiento; pero la tiranía era, en cierto sentido, una anticipación de la democracia, ya que habituaba a los hombres a la ruptura violenta con el pasado y al imperio de los hechos desnudos, además de que en algunas ocasiones pretendió representar el derecho de los muchos contra los pocos. También el incremento del número de esclavos tuvo su parte; a medida que se van distanciando los esclavos, crecen las pretensiones de los libres, hasta ahora subordinados, así sean marineros y gentes viles, puesto que la multitud de esclavos tenía que traer como consecuencia el mando de todos los libres. Finalmente, la creación de numerosas constituciones para las colonias había

586. Ἰσονομία, ἰσηγορία equivalen a δημοκρατία.

familiarizado a los griegos con la idea de que podían ordenar radicalmente de nuevo su vida política, o modificarla libremente; idea que se veía reforzada por el sentimiento peculiarísimo de estar creando aquello que había de ser su religión, su divinidad. Antes,[587] cuando se iniciaron las revueltas en las aristocracias y en las timocracias, se había sentido la necesidad de una personalidad, encargada de la misión suprema como «legislador», cual fue el caso de Solón, y hasta se había echado mano de varios «institutores» (καταρτιστῆρες), solicitados a una ciudad amiga de prestigio;[588] la demolida Mileto, a mediados del siglo VI, se dirigió a los parios, cuyas figuras destacadas se presentaron en la ciudad, no para proyectar una Constitución, sino para señalar a aquellos milesios que se habrían de encargar inmediatamente del gobierno y a quienes tendrían que obedecer los restantes.[589] La democracia, por el contrario, se presenta espontáneamente, sin haber sido aconsejada, frecuentemente en forma de revolución sangrienta, ya sea contra la aristocracia, y contra los tiranos, y sus formas no necesitan explicación.[590] Si más adelante utiliza los servicios de supuestos legisladores, no pasaron éstos de ser meros redactores de leyes criminales y civiles, y, si a su muerte son cele-

587. Los legisladores, entre los cuales distingue Aristóteles: οἱ μὲν νόμων ἐγένοντο δημιουργοὶ μόνον, οἱ δὲ καὶ πολιτείας, casi ninguno ejerció su actividad al servicio de las democracias, sino que trabajaron para aristocracias o timocracias en desorden. Su enumeración, en *Polit.*, II, 9.

588. Recuérdense los altos funcionarios reclamados de fuera en las ciudades italianas de la Edad Media.

589. Heródoto, V, 28, 29. Escogieron a los agricultores más diligentes: una buena lección para la ciudad marítima,

590. Por esto eran fácilmente imitables. Estrabón, VIII, 7, 1, p. 384: «Los Estados democráticos de Acaya alcanzaron tal fama con su Constitución, que los italiotas, cuando caen los pitagóreos, recogen la mayoría de sus νόμιμα de aquéllas.»

brados con honores de los dedicados a los héroes y con santuarios,[591] se explica por el deseo, mejor que por la esperanza, de revestir a la legislación en cuestión de cierto respeto sacrosanto.

La revolución no fue sólo política, sino también económica. Aun prescindiendo de los numerosos casos en que se asesinaba a los aristócratas, se entregaban sus hijas a gentes plebeyas, se repartían sus tierras y se anulaban las deudas, y no considerando más que aquellos Estados en los que continuaban subsistiendo como ciudadanos particulares, también en éstos seguirían siendo los pudientes, εὔποροι, perseguidos y humillados de mil maneras, luego de haberles arrebatado todos los privilegios y honores vinculados antes a su gobierno.[592] Poco a poco los ricos, descendientes de nobles o no, serían periódicamente perseguidos como clase sospechosa de mantener ideas e intenciones oligárquicas. La opinión política acabó por no significar nada; en Mileto, por ejemplo, hubo demócratas ricos, y los oligarcas acabaron con 300 de ellos cuando se aproximó Lisandro a la ciudad;[593] en otros lugares, los demócratas acabaron con los propietarios, aunque no existiera la menor sospecha de ideario antidemocrático.

Como principio cardinal de la política, no rige

591. Como hicieron los siracusanos con Diocles, hacia el año 410, Diodoro, XIII, 33, 35. Cuando, en el siglo IV, se reciben en algunas localidades, no sólo leyes, sino constituciones enteras redactadas por filósofos, se trata de una especie de curiosidad; fuerzas realmente operantes nunca se hubieran sentido comprometidas por las decisiones de los filósofos; el mismo Platón, cuando los cirenios le piden una constitución, rechaza la petición con la irónica observación de que les iba ya demasiado bien. Plut., *Ad princ. inerud.*, I.

592. El poeta Teognis, su aflicción por la propiedad perdida y su anhelo de venganza, v, 177, 341 y s., 869 y s., 1197. Sobre *Mesalliances*, 183. Que está permitido todo engaño con los propietarios de ahora, 363 y s.

593. Diodoro, XIII, 104.

ahora la tradición, ni tan siquiera la religión que podía servir para consolidar aquélla, sino el de la utilidad pública, que necesariamente es mudable, o, por lo menos, concebida así; ahora la utilidad pública se identifica con la igualdad de todos.[594] El gran instrumento de gobierno, la fuente, no sólo de las medidas particulares, sino de todo el derecho, el soberano, en fin, es el voto general,[595] que funciona en la realidad con las andaderas de los demagogos *(politicians)*. Y esto es lo que va invadiendo todo lo que antes fue santo: los dioses de la Polis, el suelo consagrado, los sepulcros de los antepasados, toda la vieja sociedad y sus bienes. El alma de cada cual tenía que decidir si reconocía o no el nuevo estado de cosas. El desvío manifiesto se dio en muchos; el encubierto, en los más de los que tenían algo que perder. Los «demócratas», por su parte, «aman» su ciudad en la medida en que es una democracia, y no se preocupan de las antiguallas. En los dos campos se extendería la esperanza de apoderarse del poder con auxilio extranjero. Habrá una conexión visible entre las guerras entre Polis y los cambios políticos de las mismas.

Toda la diferencia entre Roma y las ciudades griegas reside en que allí los propietarios (εὔποροι) supieron desarrollar una resistencia bien distinta. Pero en Grecia, reinando ya la igualdad y no teniendo que

594. De todos modos, también Esparta reconoció siempre públicamente la doctrina de la general utilidad. Todas las crueldades y aniquilamientos contra enemigos exteriores e interiores de después hay que referirlos a la idea de que está permitido hacer todo aquello que sea útil para la propia Polis.

595. Esto se refiere, no sólo a las lecciones, sino también a la legislación, justicia, guerra, paz o política exterior. Claro que no faltaron fórmulas capciosas para oponerse a lo acordado por votación: frente a la γνώμη νικῶσα levanta uno la mano y exclama: ὧδε κρείσσων, y contra «los más» se opone el voto de «los mejores». Plut., *Quaest. Graec.*, 42.

luchar en adelante por principios o derechos, comenzó la guerra entre ricos y pobres,[596] algunas veces coincidiendo con la instauración de la democracia;[597] otras, luego de un plazo más o menos largo de moderación.

En los viejos tiempos en que gobernaban determinadas familias, no se conoció la miseria. Cuando se establece la igualdad de derechos se revela más patente la desigualdad efectiva de la situación de cada cual. Una nivelación merced al trabajo (que hubiera por conveniencia rendido el rico, y el pobre por un jornal) era imposible gracias a la distinguida repulsión del trabajo vil. El pobre cayó en la cuenta de que, siendo dueño de los votos podía serlo de los bienes. En Atenas y en las demás democracias se hizo pagar honorarios por su asistencia a la Asamblea y a los tribunales, luego vendió su voto, especialmente el que le correspondía como juez, abrumó a los ricos con liturgias de toda suerte y decretó confiscaciones y destierros, sin justificación alguna —todavía fuera de Atenas se siguieron la anulación de deudas y el derrumbamiento general—. Porque con las primeras medidas fue creciendo el sentimiento de la miseria, es decir, la avidez. La propiedad perdió todo carácter sagrado, y cada cual cortaba su derecho a la medida de sus antojadas necesidades (es decir, de sus apetitos). Para todo bastaba una fugitiva mayoría de votos. Por todas partes no se veían sino revoluciones y contrarrevoluciones, y

596. Fustel de Coulanges, al que sigue aquí en su mayor parte el autor, observa en la p. 384: *devant la richesse le sentiment le plus ordinaire n'est pas le respect, c'est l'envie.*

597. En Megara, donde la revolución tuvo efecto a primera hora, penetraron los pobres en las casas de los ricos, obligándoles a que se les recibiera y tratara espléndidamente, y caso de negativa cometían toda clase de violencias. Se hicieron devolver los intereses que habían pagado por sus préstamos, y a esto dieron el nombre de παλιντοκια. Plut., *Quaest. Graec.*, 18.

facciones adueñadas del poder. Toda subordinación era obligada, y acechaba el momento oportuno para cambiarlo todo.[598]

Una gran parte de las manifestaciones de Aristóteles hacen referencia a estas luchas de clase. Aristóteles escribía en una época en que las diversas formas políticas habían dado todas las pruebas de que eran capaces, hasta el último matiz, y no tenía una gran opinión de las pocas oligarquías de propietarios que trataban de sostenerse en algunas localidades, pues abusaban de su poder en mayor medida todavía que el demos.[599] Y llega a reconocer que muchos juntos pueden ver y gobernar mejor que uno solo, con tal que la masa (τλῆθος) no sea demasiado servil de inspiración (ἀνδραποδῶδες). Pero el tipo de democracia moderada que él consideraba como lo mejor, tiene que reconocer que apenas si se da en alguna parte; sabe también cómo toda realización de lo justo fracasa, porque aquellos que podrían ejercer el poder no hay modo de moverlos a ello; no es ningún utópico que describe idealidades, ningún soñador que se mece entre esperanzas. Sin embargo, nos ha ofrecido su ideal construcción, *su* Politeia, ya directamente, ya al proponer mejoras con ocasión de las demás formas de gobierno. Ciudadanos no pueden serlo más que los que manejan las armas; su Asamblea se debe reunir solamente para elecciones, para escuchar descargos, para cambios constitucionales y para decidir sobre la paz y la guerra, pero sin discusión, con sólo un sí y un no, y lo que ella rechace tiene que volver de nuevo a las autoridades.

598. Luciano, *Somnium*, c. 21 y s., describe la situación de pobres y ricos, no en la época romana, sino en el viejo Estado griego, según referencias antiguas. Es un pasaje muy utilizable, y recuerda las descripciones en las *Memorables* de Jenofonte.

599. Arist., *Polit.*, IV, 10; V, 6.

El gobierno efectivo es obra de las autoridades elegidas o sorteadas. Estos cargos serán duraderos y con poderes moderados, pues los plenos poderes por breve tiempo corrompen al titular,[600] y exige, sobre todo, que no proporcionen ganancia alguna, pues sólo así se conseguira que los desposeídos renuncien a ellos. De este modo las riendas del gobierno vienen a parar a los pudientes (εὔποροι), a los educados (ἐπιεικεῖς). Y si hubiera que ligar el ejercicio del poder con algún censo (τίμημα), sea de tal suerte fijado que resulten más los que le alcanzan que los contrarios.[601]

Pero los hombres, aunque posean bienes, no son capaces, por lo general, de conservarlos, y la codicia en que se inspira la mayoría no reconoce límites, por su propia naturaleza (II, 4); hay hombres malos, cuya natural inclinación es más fuerte que toda educación,[602] y a éstos es a los que hay que impedir que apelen a la violencia, lo que sólo es posible si ya de por sí son demasiado débiles. La realidad que rodea a Aristóteles, la democracia integral, representa la degeneración de su Politeia, y partiendo de éstas nos damos cuenta de las etapas que nos alejan de lo normal.

Como mejor prospera una democracia plena (VI, 2) es entre campesinos, los cuales son demasiado pobres para entretenerse demasiado con elecciones y revisiones de cuentas, de modo que los ricos pueden ejercer las funciones de gobierno, sin presión ni incorrecciones. Por eso eran tan razonables aquellas viejas leyes que prohibían adquirir por cada uno más de una determinada extensión de terreno, y cada lote familiar era inalienable. Allí donde se da una plebe, nunca se de-

600. No subraya la tradición en los asuntos, que se forma con la permanencia en los cargos.
601. Arist., *Polit.*, III, 1, 6; IV, 5, 6, 10, 11; V, 1.
602. En este punto, Aristóteles (V, 10) confirma expresamente una frase de Platón.

biera reunir la Asamblea sin asistencia de los habitantes del campo. Un pueblo de pastores es preferible, pues tienen mucha resistencia para la guerra. Las otras «clases de multitudes» son mucho peores, y con ellas la soberanía popular toma las formas que dominan en su época.

La libertad e igualdad (ἐλεύθερου καὶ ἴσον, v, 4 y 11; v, 7) consisten en hacer cada uno lo que se le antoje; los tres poderes generales, el que delibera sobre lo general, el que gobierna y el que juzga, están en manos de la multitud, ella es la que domina y no la ley en cuanto ésta es reemplazada por los acuerdos del pueblo; el demos se convierte en un monarca despótico de constitución plural, y se parece a la tiranía en que ambos se prevalen del poder contra los mejores. Las órdenes del tirano en la democracia están representadas por los sefismas, y los aduladores, por los demagogos; éste es el que incita al pueblo a llevar sus acuerdos por encima de la ley y presentándolo todo ante el demos es él quien va prosperando. Lo que caracteriza a una democracia semejante es el nombramiento para los cargos por suerte (vi, 7),[603] considerando que cualquier elección tiene sabor aristocrático; acaso el Estado no puede resistir la agitación electoral, la lucha periódica de las ambiciones, y por eso, como fue el caso de Herea, se refugia en el procedimiento de la insaculación (v, 2). Se pretende (vi, 1) no ser mandado, o mandado en tal forma que le toque también a uno el turno de mandar, y los cargos son ahora cargos retribuidos, y no, como en otros tiempos, cargas temporales que se desea abandonar cuanto antes para volver a los asuntos propios (iii, 4). Así se explica que la duración en los cargos sea la menor posible (vi, 1), y allí donde perduran todavía los cargos

603. V. Aristóteles, *Ret.*, i, 8, 4.

vitalicios se trata de suprimirlos o limitarlos en todo lo posible, y tampoco un mismo cargo puede ser investido dos veces por el mismo ciudadano, a excepción de los cargos militares. Los funcionarios, sin embargo, han perdido toda influencia política a favor de la Asamblea,[604] que es «señora de todo» (IV, 11; VI, 1), en la que todos deliberan sobre todas las materias,[605] y la discusión y las iniciativas ocupan el lugar de un razonable sí o no, mientras que las mismas gentes, sólo que en otra forma, toman asiento constante en los tribunales, decidiendo igualmente sobre todas las cosas. Este pueblo de artesanos, tenderos y jornaleros se halla siempre dispuesto a reunirse en asamblea (IV, 5). Solamente cuando el Estado no es lo bastante rico para retribuir a los asambleístas, el demos deja operar al Consejo; pero en cuanto existen esos medios le arrebata todo el poder, acaparando todas las resoluciones. El círculo vicioso se cierra, en las democracias populosas, maltratando a los ricos y distinguidos (εὔποροι, γνώριμοι) de la siguiente manera: en lugar de pocas reuniones de la Asamblea y de cortas sesiones de los tribunales, lo contrario se hace costumbre; el pueblo congregado a menudo y multitudinariamente reclama sueldo; cuando no alcanza para ello los recursos del Estado, se echa mano de los ricos, bien sea mediante impuestos, bien por confiscaciones decretadas por tribunales depravados a iniciativa de los demagogos. Aristóteles añade (VI, 3): «Por causa de esto muchas democracias han sido derrocadas.» Se da cuenta de

604. Sobre esto, Plutarco, *Dion.*, 40, a propósito de los siracusanos, luego de la primera caída de Dionisio *el Joven*: μεγαλοφρονοῦντες ἔπι τῷ μηδενὸς ἀκούειν, ἀλλὰ χρῆσθαι δουλεύουσι καὶ φοβουμένοις τὸν δῆμον στρατηγοῖς,

605. Porque todos creen entender de todo ἡ πάντων εἰς πάντα σοφίας δόξα. como dice ya Platón (*De Legg.*, III, p. 701) al describir la degeneración general.

lo que supone para un estado la existencia de una clase amparada de propietarios, y por eso advierte: no hay que molestar a los pudientes, ni abrumarlos con coregias, lampadarquías, etc., costosas e inútiles (v, 7); por lo menos, las confiscaciones de sus bienes, de que se valen los demagogos para captarse a las masas, no se deben entregar al pueblo, sino que deben ser administradas como bienes sagrados. No se dispondrá de los fondos públicos para repartir un supuesto sobrante entre los desposeídos de la fortuna, lo que equivale a echar «agua en un cesto», además que los demagogos piensan en sí mismos y recurren siempre a idéntico procedimiento. Por otro lado, y en interés de los mismos propietarios, hay que cuidar de que la multitud no sea «demasiado pobre», procurándole para ello «ocupaciones». Y en este lugar tienen aplicación aquellos recursos sobrantes que había que amontonar hasta que se pudiera ayudar a cada uno de forma que se le proporcionara una parcela de tierra, los instrumentos para su negocio, etc., y a esa caja irían a parar aquellas cantidades que se les arrebataran a los ricos con excusa de inútiles y costosas liturgias. Pero la cuestión sería ahora si la multitud acostumbrada al sueldo habría renunciado a él a cambio del trabajo que se le ofrecía.[606] Finalmente, Aristóteles encuentra repetidos en las democracias extremistas algunos rasgos de las tiranías; la anarquía de los esclavos, de las mujeres y de los niños, y la completa despreocupación de que cada uno viva como mejor le acomode.

606. Otra cosa, en la práctica de los demagogos: VI, 2, su empeño en convertir en ciudadanos a los que no tenían más que un derecho a medias (porque sólo el padre o la madre eran ciudadanos); además, el de disolver toda clase de círculos pequeños para mezclar a los hombres sin distinción ninguna. En lo que se refiere al trato de los ricos, véanse ideas especiales en *Rhetor. ad Alex.*, II, 7, 8.

Junto al teorizante político que se ocupa en fijar las características de las formas de gobierno que estudia, hay que destacar para cada fenómeno particular la tradición histórica, fragmentaria e incompleta cuando los escritores principales de la época de la guerra del Peloponeso no la afianzan dentro del cuadro completo de un relato, pero, de todos modos, suficientemente inteligible.

Por entonces toda Grecia era teatro de las luchas feroces entre los demócratas y los poderosos (δυνατοί), aristócratas y ricos, valiendo aquéllos como el partido ateniense,[607] y éstos como partido lacedemonio. Pero no hay que concluir precipitadamente de la palabra «oligarcas» que esta clase se compusiera de pocos,[608] sino que frecuentemente hay que contar entre ellos a miles de individuos, toda clase de los propietarios. Esto se pone de manifiesto sobre todo con los terribles acontecimientos de Corcira (desde 425 a. de C.). Según las cifras que nos da Tucídides,[609] tendríamos el número de 1.000, y Diodoro[610] calcula en 1.500 el número de las gentes distinguidas que sucumbieron y, a pesar de todo, al demos triunfante le preocupaban todavía, transcurridos catorce años, los supervivientes fugitivos, y como medida de precaución concedía la libertad a los

607. Seudo-Jenofonte, *De re p. Ath.*, II, 10, explica por qué los atenienses apoyaban en las sublevaciones en otras ciudades a los χείρους. Porque los βελτίους no hubieran participado de sus mismas opiniones. Y cuantas veces, sin embargo, prestaron ayuda a éstos, les salió mal, pues en poco tiempo el demos caía en servidumbre en dichas ciudades. Siguen ejemplos: Beocia, Mileto, auxiliares de Esparta en la tercera guerra púnica.

608. οἱ ὀλίγοι, no pocos, sino los menos.

609. Tucíd., III, 70 y s. Un testimonio que contiene por sí solo toda la filosofía de las luchas entre partidos de los griegos. En el cap. 82 comienza el *facit* moral de las guerras del Peloponeso, tan famoso.

610. Diod., XIII, 48.

esclavos y la ciudadanía a los extranjeros. En Argos (416 a. de C.), unos 1.000 jóvenes hijos de familias de buena posición, y prácticos en la guerra, pudieron derrocar la democracia, instituyendo en su lugar una aristocracia, si bien por corto tiempo.[611] En los Estados con gran número de esclavos no hay que pensar que el demos fuera muy numeroso,[612] y si bien sus enemigos serían relativamente muy inferiores en número, podrían aventajarles en el manejo de las armas, de suerte que el demos podía creer, aun después de una victoria, en la inminencia de una «liquidación de la democracia». En caso de ser vencido, podía ocurrir que fuera expulsado en su totalidad y la Polis continuara subsistiendo con sólo propietarios y esclavos. Así se comprende la frase de Gelón, cuando vendió como desecho al extranjero el demos de Sicilia, de que el demos es el conciudadano más indeseable. Cuando Lisandro estableció en muchas ciudades supuestas oligarquías, seguramente que se pusieron a sus órdenes equipos numerosos. No escogió los regentes según nobleza o riqueza,[613] sino entre los más capaces.[614]

Cuando el demos empieza a imponerse se reparte a menudo los bienes de los nobles, y ahora aplica su «igualdad de todos los libres», ἰσονομία e ἰσηγορία entendida como persecución y aniquilamiento, o como el mayor sojuzgamiento posible de la que es víctima la clase superior: la de los ricos. «Cayeron[615] las democracias por la desesperada defensa de los propietarios (οἱ τὰς οὐσίας ἔχοντες), pues los demagogos, que tienen que halagar a los pobres, amenazaban sus propiedades

611. Diod., XII, 75 y s.
612. También hay que contar a los metecos.
613. Plutarco, *Lis.*, 13.
614. Como ocurrió en Mileto, cuando se acercaba a la ciudad.
615. Arist., *Polit.*, V, 4.

con el reparto y sus ingresos con las liturgias, y todavía los abrumaban con la sicofancia y las falsas acusaciones para poderse quedar con sus bienes.» Muchas veces bastaba que el demos fuera vencido en la guerra.[616] como ocurrió antes con las aristocracias. Naturalmente, las oligarquías vencedores de cada polis entraban en relaciones, y bajo la dirección de Esparta se ayudó a los oligarcas de otras polis contra sus demos. Allí donde el demos no había podido ser expulsado, reinaba el más extremado partidismo; los poderes y funciones públicos venían a parar exclusivamente en aquellos que habían peleado contra el demos, y, cuando había habido expulsión previa, en los repatriados (συγκατελθοντες). En Rodas, la oligarquía de Hegesíloco, implantada el año 356 a. de C., se entregó a una desatada vida orgiástica;[617] pero no debió de sostenerse mucho tiempo, porque lo que se imponía en ocasión como esa no era la arbitrariedad de uno, sino fuerza y pasión concertadas. Todavía en tiempo de Aristóteles había oligarquía[618] con el siguiente juramento: «Quiero tener malas intenciones contra el demos y aconsejar contra él todo el mal que pueda», juramento que no es el que los oprimidos rinden secretamente, sino la pública profesión de los que mandan.

Nunca se llegó a la fusión de los partidos, o si se llegó sería por breves momentos. Dice Aristóteles (IV, 9): «Cualquiera que sea el partido vencedor, no surge una πολιτεια común, sino que los vencedores recogen el poder como precio de la victoria e instituyen una oligarquía o una democracia.» Tampoco las amnistías consagradas por juramento tienen eficacia mayor en un pueblo que piensa constantemente en la ani-

616. Arist., *Polit.*, v, 2.
617. Aten., x, 63.
618. Arist., *Polit.*, v, 7.

quilación del contrario y está acostumbrado a realizar sus propósitos en cuanto aquél se debilita. Sabemos de qué modo se violó, por la democracia ateniense, la amnistía del año 403 a. de C., y los oligarcas de Megara no se comportaron de otro modo en el año 424; luego de retirar todas sus promesas, obligaron al demos a condenar a muerte a cien de los suyos,[619] y la sentencia fue ejecutada.

Desde la batalla de Leuctra (371 a. de C.), cuando Esparta, que apenas si podía defenderse a sí misma, mal podia pensar en auxiliar a los oligarcas, la democracia venció o se consolidó en la mayoría de las polis griegas. En Corinto, el año 392 fueron muertos más de cien aristócratas sospechosos de espartanofilia, en una fiesta de teatro —así se encontraba a muchos juntos—, en el ágora, ante el altar de sus dioses, en su sitial de magistrados.[620] Por la época de Leuctra, en Argos la multitud mató a palos ( σκυταλισμος ), a 1.200 ciudadanos y acabó también con los caudillos políticos que trataron de apaciguar los ánimos;[621] a la matanza siguió la situación más espantosa: guerra continua con vecinos más poderosos, devastación anual de la región y una metódica ejecución de los ciudadanos más ricos y distinguidos, «con un regocijo que no se manifiesta ni al matar a los enemigos».[622] Algunos oligarcas desterrados se vengan terriblemente sorprendiendo a su patria por corto tiempo (Figalia); otros (Fliunte) vencen claramente, pero con ayuda de mercenarios, que luego entregan aviesamente a la ciudad, que acaba con unos cientos de ellos; otros (el caso de Corinto) que fracasan en su

619. Tucíd., IV, 74.
620. Jenof., *Hellen.*, IV, 4, 2. Diod., XIV, 86. En Cirene fueron asesinados poco antes los 500 δυνατώτατοι, y muchos pudieron escapar. Ebenda, XIV, 34.
621. Diod., XV, 58.
622. Isócr., *Filip.*, 51 y s.

intento de repatriación y prefieren matarse entre ellos antes que caer en manos de los enemigos.[623] También la sensata Tebas, cuando luego de la muerte de Epaminondas se entrega a luchas descabelladas, se dedica a dar muerte a los patriotas más destacados,[624] no sabemos si porque se hicieron sospechosos o, sencillamente, porque se necesitaba su dinero. Frecuentemente coinciden las guerras entre ciudades y los desórdenes interiores. Con el ejemplo arriba citado de la ciudad de Mileto, hemos visto cuán poco se tenían en cuenta las opiniones políticas de los perseguidos, pues lo que importaba era el dinero.[625]

Muchas ciudades, acaso siguiendo el ejemplo de Atenas, habían conocido el ostracismo: Argos, Megara, Mileto, Siracusa (donde se designaba con el nombre de petalismo).[626] Ya en el siglo v, Éfeso había desterrado a Hermodoro, el «más útil» entre todos sus ciudadanos, al decir de Heráclito; «ninguno de nosotros trate de ser el más útil, y si se empeña, que sea en otra parte, entre otras gentes».[627] ¡Qué bien se podía renunciar ahora a un instrumento tan imperfecto de condenación! Porque era fácil convocar al pueblo para un «nuevo reparto del suelo, pues la igualdad de la propiedad es el principio de la libertad, mientras que la pobreza de los desposeídos es comienzo de la servidumbre».[628]

Al que no conoce en cuestión de constituciones más que las democráticas y las oligárquicas, le pasa lo que en la vida corriente a quienes no distinguen más que

623. Los tres últimos ejemplos, en Diod., xv, 40.
624. Isócr., *Filip.*, 53 y s.
625. Sobre las persecuciones a los propietarios, v. también Apéndice 16.
626. Diod., xi, 86, 87.
627. Diόg. Laerc., ix, 2. Cic., *Tuscul.* En francés: *qu'il aille exceller ailleurs.* V. también Arist., *Polit.*, iii, 8; v, 2.
628. Son las significativas palabras del demagogo siracusano Hipón. Plut., *Dion.*, 37, v, pág. 259.

los dos vientos, el Bóreas y el Noto, y confunde el Euro con éste y el Céfiro con aquél.[629] Ya hemos explicado por qué no pudo prosperar la tiranía en el país propiamente griego. Y aunque a Aristóteles le parece la democracia por lo menos más consistente y duradera que la oligarquía (IV, 9), no por eso deja de ser para él «la situación lamentable de todos los Estados»[630] un hecho general innegable.

Todo se había hecho fugaz y arbitrario con las constantes asambleas populares;[631] sus decisiones no se apoyaban en acuerdos populares anteriores, y la legislación resultaba incongruente. Además del terror y de la soplonería generales,[632] florecía también la petulante osadía de muchos. «Gentes groseras y sin freno, alardeando de su fuerza, se burlan de los jueces de campo en los agones; menosprecian a los coregos en las fiestas dionisíacas, y se burlan de los estrategos y gimnasiarcas».[633] La Polis seguía abusando del patetismo, por ejemplo, con los honores más diversos, prodigados cada vez más a las gentes destacadas en su servicio, un género de reconocimiento del que las aristocracias hacen uso más moderado. Algunos de esos honores no costaban nada: coronas, títulos (εὐεργέτης, bienhechor de

629. Arist., *Polit.*, IV, 3.
630. Arist., *Retor.*, III, 1, 4: ἡ μοχθηρία τῶν πολιτειῶν.
631. Sobre esto, los suspiros de Diodoro (I, 74) al fijarse en el viejo Egipto, tan ordenado y trabajador, y también el pasaje clásico de Cicerón *Pro Flacco* (15, 16).
632. La sicofanía, por ejemplo, en Siracusa, ya en el siglo V, *Diod.*, XI, 87. Muy cómicas, aunque no proceden de testimonios auténticos, sino de figuraciones idealizadas posteriores, las medidas del viejo Carondas contra los sicofantes (Diod., XII, 12): coronados de tamariscos serían paseados por la ciudad; muchos se quitaron la vida para evitar la vergüenza. Corrección de otros delincuentes mediante el empleo de la ironía y del artificioso deshonor, *Ibídem*, 16, 21.
633. Plut., *Rei publ. ger. proaec.*, 21, seguramente no en primordial relación con la época romana.

la ciudad), presidencia temporal en las funciones públicas y en los espectáculos, preferencia para que sus asuntos fueran conocidos por los tribunales, etc. No así con las estatuas honoríficas, que crecen a ojos vistas a partir del siglo IV, y en lo que nos ocuparemos más adelante. Y lo mismo sucede por lo que se refiere a los honores heroicos que implican, por lo menos, un mausoleo —a veces magnífico— y un culto periódico; éstos se concedieron con facilidad progresiva a fundadores de colonias muy posteriores, a un redactor de cuerpos legales (Diocles, en Siracusa, nota 59), a bienhechores de segundo orden,[634] etc. Sería interesante saber qué es lo que ocurrió con la comida vitalicia de los hombres de mérito, y hasta eterna de sus descendientes, en el Pritaneo, a cuyo objeto se promulgaron, por lo menos en Atenas, varios decretos. Acaso los agraciados no hicieron gran uso de su derecho; con los hijos de los hombres célebres no se sería muy escrupuloso, a causa de la frecuencia con que los hijos y los descendientes en general desmerecían de sus antepasados ilustres, y no se podía exigir al prítanos de turno que sentara a su mesa habitualmente a tipos indignos.

Incesantemente se trata de que «los malos retóricos y demagogos que parecen poseer algo, se igualen con los que nada poseen».[635] La Polis podía gritar si alguien dilapidaba su fortuna, como si la ciudad viera sus esperanzas fallidas. Los ciudadanos de Abdera acusaron ante los tribunales a su gran conciudadano Demócrito[636] por haber dilapidado su herencia, pero le absolvieron cuando él, luego de leerles su *Diacosmos*

634. En la época de Augusto pudo recibir honores de héroe Atenodoro de Tarso, porque la ciudad le debía la disminución de sus gastos.
635. Isóc., *De pace*, 185.
636. Aten., IV, 65.

y el pasaje «sobre las cosas en el Hades», les confesó que en eso había gastado su fortuna. Así como en Atenas, aun en tiempos completamente normales, la confiscación fue empleada como simple medio para mejorar la hacienda, es de suponer que en otras ciudades ocurriera otro tanto. Lo que las polis se permitían para salir de apuros económicos,[637] no deja de sorprender, aun habida cuenta de la omnipotencia de la cosa pública sobre el individuo y la ausencia de toda vida bancaria que se extendiera por el mundo helénico.[638] Cuando se espera un cargamento de granos, vinos, aceites, el Gobierno sube arbitrariamente el precio de esos productos y el comerciante recibe la suma correspondiente al precio antiguo, quedándose el Estado con la diferencia. Las deudas privadas hay que pagarlas todas de pronto, pero no a los acreedores, sino al Estado, que paga a éstos los intereses; se venden todos los esclavos, dejando sólo dos en cada casa, por la sencilla razón de que el Estado necesita dinero para la guerra; gentes avecindadas se pueden convertir de pronto en ciudadanos por treinta minas. Todo lo que tiene algún valor depende, dada la situación relativamente aislada de la ciudad, de la arbitrariedad de la Polis, y en la misma Atenas la elevación súbita del precio de una mercancía se contaba entre las buenas artes fiscales. Pero el latrocinio de las democracias se complace con

637. Seudo-Arist., *Oeconom.*, I, 11, una colección de noticias sobre el particular, tan importantes como difíciles, algunas, de reunir. Pasamos por alto los impuestos sobre actividades y propiedades de todo género, que se impusieron a veces de una manera brutal y repentina.

638. La Polis no sólo dispone en absoluto de toda la existencia política del ciudadano, sino también de la económica, y no sólo su patrimonio, sino del valor de todas las cosas; puede tasar cada mercancía, sobre todo los artículos de mayor necesidad. Se trata de arbitristas y tiranuelos de la economía que pueden permitírselo todo porque no existe un sistema de crédito con grandes centros.

los extranjeros, y con los propios ciudadados ricos, pues ya los ciudadanos no prestan el servicio militar, encomendado a mercenarios. En este punto coincide la conducta de la democracia con la de la tiranía nueva de que hemos hablado antes. Se declaran presa buena los barcos extranjeros, con la reserva de que se indemnizará a los perjudicados; los ricos tienen que entregar toda su plata y reciben a cambio unas piezas de hierro, que luego se trata de retirar, y cuando en período revolucionario los ricos llenan las prisiones, son vendidos en rescate y desterrados, y algo significa ya que no se les haya matado, esto es, que no se les aya hecho imposible físicamente el retorno y la venganza.[639]

Pero con todas sus lacras, dolores y revueltas, la democracia se va sosteniendo de hecho como el único régimen posible entonces, y aunque accidentalmente puede desembocar en una tiranía del tipo que conocemos, vuelve a restaurarse de nuevo. Al presentarse Timoleón en Sicilia, los siciliotas se alarman con todo lo que huele a ágoras y tribuna de oradores,[640] pues

639. En lo que se refiere a la especialísima situación y manera de obrar de los bizantinos, además de Seudo-Aristóteles, *Oecon.*, II, 4; Polib., IV, 38 y s., 45 y s., y Eliano, *H.*, III, 14. Una historia de la ciudad de Cuma en Eolia, que nos cuenta Estrabón, XIII, 3, 6, p. 622, y que puede ser verdad, a pesar de que los habitantes de esta ciudad eran famosos por su «bonachona tontera», nos instruye sobre los medios de que echaba mano una polis cuando se encontraba en apuros de dinero: «Estando en situación apurada la ciudad a causa de un empréstito, pignoraron los pórticos (στοαι) del ágora y de las calles principales, de suerte que los días de lluvia no podían guarecerse sino por favor». (Esto último parece inventado, pues hubiese hecho falta demasiada policía para impedir a la gente el pasear bajo los soportales; pero seguramente que las tiendas de mercería estarían repletas de mercancías colocadas por los acreedores.)

640. Cuán grande era el empeño para hacerse oír en la Asamblea popular (la de Siracusa, por ejemplo), se desprende del hecho de que los que tenían pedida la palabra echa-

de ahí les habían venido a ellos todas las tiranías; pero a Timoleón no le fue posible otra cosa que instaurar por doquier democracias. En estas tierras no se dará otro producto hasta que se presenten las grandes monarquías. El hecho de que muchas ciudades griegas y todas las colonias fueran marítimas,[641] con la consiguiente facilidad en el intercambio de ideas políticas, de maneras de pensar y de vivir, explica que se mantuviera siempre vivo el espíritu de novedad. «La mar es maestra de maldad» (θάλασσα πονηροδιδάσκαλος), suspira Platón, y Cicerón desarrolla este pensamiento en una elocuente exposición.[642] El gusto por la agitación y el partidismo nos son revelados en esta advertencia que sale de boca de algunos participantes en una victoria política: «no expulséis a todos los enemigos, no vaya a ocurrir que, libres de ellos, empecemos a reñir los amigos.»[643]

La consecuencia más importante de toda esta agitación política, aunque no se repare de momento en ella, es el apartamiento de la cosa pública de muchas gentes honradas y de valer; es un hecho que estudiaremos al ocuparnos en el desenvolvimiento histórico interno del espíritu griego. Ya en el siglo v encontramos los primeros hitos de esta vía con Heráclito de Éfeso y Timón de Atenas; aquél,[644] lleno de desprecio contra todo lo que le rodea, contra viejos poetas y filósofos contemporáneos, deliberadamente oscuro en su obra principal,

---

ban a suertes su turno. Dionisio *El Viejo* fue una vez, en su juventud, el número 12. Plutarco, *Regum apohth. sub. Dionysio*.

641. Ciudades del interior se convertían en marítimas, al ejemplo de Atenas, por medio de largas murallas: Megara, Argos, Patre, en cuanto se hicieron democráticas. Tucídides, I, 103; V, 52. Plutarco, *Alcib.*, 15. Estrabón, *passim.*

642. Cicerón, *De re publ.*, II, 3, 4.

643. Plut., *De cap. ex inim. ut.*, 10. En la isla de Quío.

644. Dióg. Laerc., IX, 1 y s.

sarcástico con los efesios cuando le van a pedir leyes para su desastrada Polis, taciturno «para que podáis hablar vosotros»; Timón, una figura popular en Atenas, que no puede faltar al trazar la historia cultural de su siglo v. Ya nos dice Eurípides en su abundancia [645] que los «sensatos y prudentes callan y no se interesan por los negocios». En Siracusa este desvío coincide con la aplicación del petalismo, a mediados del siglo v. «Las gentes preparadas (χαριέστατοι) que hubiesen podido engrandecer la vida pública con su actividad, se desviaron del Estado, refugiándose temerosos en la vida privada, mientras la cosa pública caía en manos de los ciudadanos más indignos y desvergonzados.» [646] De nada sirvieron las lamentaciones, y a partir del siglo IV este desvío es casi la regla general entre gentes de cierta formación. Muchos debieron de ser víctimas, en los momentos revolucionarios, de los rescates, destierros y ejecuciones, y su posteridad se hallaba siempre intimidada. Pero, por entonces, los hombres que habían de importar al mundo y a su cultura no eran ya los estadistas o los que pasaban por tales, sino simples gentes de espíritu, en el sentido más amplio de la palabra.

Con gusto se aparta la vista del espectáculo que ofrece la Polis democrática a partir de la batalla de Queronea, aunque todo no es más que una concatenación de causas y efectos hasta llegar a la recíproca aniquilación y a la devastación de toda la Grecia, en cuyo estado la reciben los romanos, y no hay manera de que una exposición objetiva de esta época ofrezca de ella otro cuadro que no sea el del proceso de una enfermedad. Este proceso de destrucción de la Polis, en parte desde dentro y en parte por mutua destrucción,

645. Euríp., *Ion.*, 598 y s.; v, 634 y s.
646. Diod., XI, 87.

es completamente lógico, derivado de su propia naturaleza. Esa potencia vital sin límites había llegado a ser, en su extremada consecuencia, causa interna y externa de su muerte. El morbo mayor consistirá en que la democracia se junta con un sentido envilecedor del esfuerzo, y la igualdad de derechos, con el menosprecio del trabajo, con lo que los ciudadanos sin recursos convierten naturalmente el ejercicio de su voto y su sitial de juez en amenaza perpetua de los que algo poseen. Se trata de un abuso suicida de la democracia en una materia que, a la fuerza, acaba siempre escindiendo a la mayoría; porque, en realidad, no hay oligarcas propiamente dichos, si bien las víctimas de cada turno reciben ese nombre. Todo este estado caótico abocó, como nos instruye Polibio, en catástrofes sin cuento dentro de la ciudad y en guerras interminables entre ellas, y seguramente el empobrecimiento creciente debió de restringir los contingentes de esclavos. Así se explica[647] que, más adelante, Estrabón, Plutarco, Dión Crisóstomo y Pausanias tuvieran que recorrer, en su visita a la Hélade, vastos desiertos animados tan sólo por las ruinas de las ciudades.

## 9. Vitalidad de la población

Las Polis no se extinguían fácilmente. Recordemos de nuevo las palabras de Isócrates:[648] «Un hombre culpable muere acaso antes de que le alcance la expiación, pero la Polis, con su imposibilidad de morir (ἀθανασία), está entregada a la venganza de los hombres y de los dioses». Luego de considerar esta vitalidad singular de las ciudades griegas tenemos el cuadro com-

647. Plut., *De defectu orac.*, 8. Los motivos de la desolacion son αἱ πρότεραι στάσεις καὶ οἱ πόλεμοι.
648. Isócr., *De pace*, p. 183, d.

pleto de las mismas que nos las presenta como algo único en la Historia universal.

Muchos pueblos de la Antigüedad, entre otros los cartagineses, judíos, licios y numantinos, han sabido defenderse hasta el último extremo y sucumbir voluntariamente con los suyos entre llamas y escombros.[649] Pero lo que distingue a los griegos es que continúan siendo una ciudad aunque sean expulsados de sus muros o emigren de ella, de modo que fracciones de esa ciudad, partidos políticos aislados se sienten como un cuerpo político vivo, como es el caso de las colonias.[650] El hombre vale siempre más que sus bienes y los lugares que pisa; la Polis está constituida por hombres y no por edificios, y se renuncia a los templos, recuerdos y sepulcros de los antepasados para ir a vivir a otra parte, pero cargados de cólera y de voluntad de retorno. Se comprende este carácter teniendo en cuenta el origen de la Polis en el sinoiquismo, o conjunción de aldeas y villorrios, para crear una nueva ciudad. Pero, seguramente demolidos y su comarca devastada, es natural que si se lograba conseguir de la mezcla de sus habitantes un cuerpo político que se bastase a sí mismo y con temple guerrero, el sentimiento a que tenía que dar nacimiento en el ánimo de sus habitantes tenía que ser bien distinto del que es propio de un mercado o puerto que ha ido engrosando paulatinamente hasta llegar a ser una gran ciudad. Claro que bajo este sentimiento alentaba también cierta resignación que podía transformarse en la pasión más violenta. Una serie diversa de testimonios que nos proporciona Hero-

649. Para algo semejante estuvieron preparados también los focenses. V. acerca del refrán *ἀπάνοια Φωκική* Pausan., x, 1, 3. Plut., *De mul. virtt.*, 2.

650. 'Αλλ' ἐξέδραμεν καὶ πολις μέν οἴχται:, ψυχὴ δ'ἐσώθη, γεύγομεν δ'ἀλώμενοι ἄλλην ἀπ' ἄλλην ἐξορίζοντες πόλιν. Eur., *Heraclid.*, 14.

doto nos instruye sorprendentemente de lo que eran capaces, por lo menos en sus mejores tiempos, las polis en cuanto a resistencia y movilidad de sus poblaciones. Los focenses, que van huyendo de la dominación persa, constituyen el modelo más alto de esta vitalidad extraordinaria de la Polis griega (I, 163 y sig.); este pueblo navega todos los mares, que han descubierto gentes suyas; ha dado a conocer a los griegos el Adria, la Tirrenia, la Galia, Iberia y Tartessos.[651] Bías pudo muy bien proponerles que navegasen todos en dirección de Cerdeña y fundasen allí una ciudad para todos los jonios, escapando así a la servidumbre persa. Los teoeses (I, 168), en el momento en que el persa Harpago llega con sus terraplenes a la altura de las murallas, abandonan la ciudad y fundan en Tracia la ciudad de Abdera. Más de una vez todos los ciudadanos hábiles con sus esclavos sentados a los remos, navegan al encuentro del enemigo, como es el caso de los 4.000 ciudadanos escogidos de Quío, que llegan en 100 navíos para disputar la batalla de Lade (VI, 15). Un puñado de ciudadanos de polis marítimas son capaces de acciones increíbles, como, por ejemplo, aquellos samios que Polícrates oculta en la flota destinada a Cambises (III, 44, 59), y vemos en la ocasión cuán peligrosos podían ser estos griegos, en desesperada errabundez, para el resto de sus hermanos.[652] El relato (I, 150) de lo que pasó en la Esmirna eólica que había acogido hospitalariamente a los colofonios, quienes se hacen dueños de la ciudad y la convierten en jónica, es ya revelador; los samios, por su parte, rescatan una isla, compran otra

651. En Dionisio se manifiesta claramente de lo que era capaz un focense bien templado, a favor de los jonios primero y luego como aventurero Heród., VI, VI, 11 y s., 17.

652 Cuando a una tropa semejante le iba mal fuera, no siempre era recibida de nuevo por la patria. V. la historia de los eritreos ἀποσφενδόνητοι, Plutarco, *Quaest. Graec.*, c. 11.

y fundan en Creta a Cidonia, donde, a los cinco años, son sometidos por los eginetas. Otros samios, que luego se desperdigan, llevan a cabo, en unión con los milesios (VI, 22) y con ayuda de Anaxilao de Regio, aquella terrible traición en la ciudad de Zancle, que les había invitado amistosamente.

Son tres las características que diferencian las poblaciones urbanas de entonces de todas las modernas: la cohesión firme, cuando menos, de la fracción decisiva del pueblo, la repugnancia por toda sujeción externa y la facilidad de desplazamiento. Ninguna población urbana moderna podría decir lo que dijo la Atenas ocupada por Jerjes, antes de la batalla de Salamina, por boca de Temístocles (VIII, 61); esto es, que poseían una ciudad, y más poderosa que la de sus contrincantes (los corintios), mientras conservaran los doscientos navíos llenos de gente dispuesta, en caso necesario, a navegar rumbo a Siris en la Magna Grecia. Teniendo en cuenta esta facilidad de desplazamiento podemos comprender únicamente aquella proposición de los peloponesios después de la victoria de Micala (IX, 106), a tenor de la cual las poblaciones de las ciudades jónicas habrían de ser trasplantadas a aquellas ciudades de la Hélade cuyos habitantes habían mantenido negociaciones con los persas. O aquella otra propuesta[653] que hizo a la población de una ciudad para su evacuación durante la guerra, dejándola en garantía a otro pueblo, con la condición de volver a ocuparla después. Esos trasplantes de ciudades enteras llevadas a cabo por los tiranos del siglo V en Sicilia, son algo fuera de lo normal y, sin embargo, las ciudades insulares que recobran su libertad y sus medios son capaces de tomar resoluciones parecidas, como nos revelan tan elocuen-

653. Tucíd., II, 72, en el discurso de Arquidamo a los plateos.

temente los acontecimientos de Leontina.[654] Estas poblaciones urbanas de Grecia resisten avatares que para las ciudades modernas significarían su disolución inmediata, por la sencilla razón de que estas últimas no son en realidad más que poblaciones y no cuerpos políticos o ciudadanías en el sentido antiguo. Los mismos ejércitos se resuelven a organizarse en ciudades lejanas cuando no hay otro remedio. Cuando la expedición de los atenienses a Sicilia, Nicias pudo dirigirse a sus huestes, luego del desgraciado encuentro en el puerto, y antes de emprender la marcha hacia el interior decirles: «Pensad que podéis convertiros en una ciudad inmediatamente, en cualquier sitio que acampéis.»[655] También en la anábasis los griegos se sentían como comunidad de campamento a pesar de su abigarrada procedencia, y Jenofonte[656] estuvo a punto de fundar con ellos una ciudad a orillas del Ponto.

Por muy lejos que se encuentre un núcleo de población expulsado en masa, luego de años y años puede volver a la patria, como ocurre con los plateos recogidos en Atenas luego de la paz de Antálcidas,[657] y como los tebanos vuelven a expulsarlos, son reconducidos a su ciudad treinta y seis años después (luego de la batalla de Queronea) por el rey Filipo.

Pero el ejemplo más grande de estas reintegraciones de poblaciones es el que nos ofrece toda una estirpe que parece haber despertado en el destierro el sentimiento político de ciudad. Los masenios,[658] que es el pueblo a que nos referimos, se hallaban esparcidos por el mundo después de la primera guerra de Mesenia; luego de la tercera (456 a. de C.), y por

654. Tucíd., v, 4.
655. Tucíd., vii, 77.
656. Jenof., *Anab.*, v, 6.
657. Pausan., ix, 1, 3 y 7, 1.
658. Pausan., iv, 24-27. Diod., xiv, 34.

indicación del oráculo de Delfos, se deja la retirada abierta a un grupo de ellos, que se mantendrá en el extranjero cerca de cien años, y antes de la guerra había vivido ya no menos de doscientos en forma bastante parecida a la de los ilotas. La fama de Tebas les atrae desde todos los rincones del mundo, y fundan su Estado, cuya capital será Nueva Mesenia. Conservaban todavía sus costumbres y su dialecto, mientras que en la América del Norte ocurre que todos los sujetos de procedencia distinta de la angloirlandesa cambian a la segunda generación su lengua materna por el inglés. Y hay que destacar que no fue ningún santuario lo que les atrajo al viejo hogar, como ocurrió con los judíos luego de la cautividad de Babilonia.

Pero la Hélade estaba repleta de semejantes historias: partidos y fracciones de la población que habían sido expulsados o que habían podido huir, y en el extranjero tratan de mantenerse en lo posible formando grupo,[659] y están acechando el momento de volver a la polis. El fugitivo es uno de los tipos más conocidos del mito griego; ha sido desterrado, o ha huido a causa de homicidio voluntario o involuntario, y en ninguna de las hospitalarias residencias reales de los tiempos heroicos falta nunca un refugiado. Pero lo que los trágicos ponen en boca de estos personajes lo han recogido de la terrible experiencia del siglo v. En Sófocles, Edipo y Polinices se permiten condenaciones contra la patria, como sin duda debió de escuchar el mismo poeta; en cambio, en Esquilo, la repulsa contra el fugitivo que se atreve a atacar a su patria es un sentimiento propio del poeta.[660] La Polis había comenzado su pro-

659. Los samios de fuera de la ciudad residían en Anaya y bloquearon a su patria. Tucíd., IV, 75.

660. Esqu., *Septem.*, 580, en la información que hace el mensajero del discurso de Anfíarao.

ceso quirúrgico, desprendiéndose de partes vivas, y a mediados de este siglo v toda la Grecia central rebosa de fugitivos; en la batalla de Queronea (447 a. de C.) todo un partido de emigrantes —«beocios, eubeos y locrios desterrados, y gente parecida»[661]— ayudaba a derrotar a los atenienses. Lo que sostiene al fugitivo es la esperanza, tantas veces estéril:[662] su falta de alegría pesa sobre él, y Teognis, que le acusa de esto (v, 209), advierte a su Cirno que no se haga amigo de ningún fugitivo, pues, una vez de retorno, cambian mucho. Pero la maldición que pesa sobre él es su amargura y su empeño desesperado — κάθοδοσ !— en volver a toda costa. Por algo se nos dice: «Fugitivos e impíos» (φυγάδες· καὶ ἀσεβεῖς).[663] No sólo se quiere recuperar la patria, sino que se sabe muy bien que no habrá de ser ello posible sino apelando a los medios más violentos, inutilizando a los que ahora gobiernan. Unos griegos tratan de prevalecer radicalmente sobre otros, y con esto está dicho todo. Si es posible, se van extendiendo los fugitivos de diversas ciudades, para ir apoderándose de ellas una tras otra, como ocurrirá luego en la Italia medieval;[664] también se procuraba ganar la ayuda de la ciudad en que se había encontrado refugio. El gran incremento de la milicia mercenaria en el siglo IV guarda relación, sin duda, con el fenómeno social de los emigrados; bajo las armas, el fugitivo se siente más seguro que como extranjero sin amparo en cualquier ciudad, donde a la menor ocasión podía ser convertido en esclavo. Pero se daba también, sobre todo entre guerra y guerra, toda una muchedumbre de grie-

661. Tucíd., I, 113.
662. Αἱ δ'ἐλπίδες βόσκουσι φυγάδας, ὡς λόγος. Euríp., *Phoeniss.*, 396. Plut., *Pelop.*, 8, ἄποροι καὶ φυγαδικαὶ ἐλπίδες.
663. Diodoro, XIII, 96.
664. Jenof., *Hellen.*, IV, 8, 28, consejo de Trasíbulo a los fugitivos de Lesbos.

gos sin patria y sin dinero —πλανώμενοι—, «funestos para cualquiera con quien tropiezan, y que acaso dentro de poco podrían ser terribles para los bárbaros como para los helenos; una masa con la que se podría formar fácilmente un ejército mayor y mejor que el que pudiera constituirse con todos los ciudadanos de las ciudades».[665] Ésta era la situación poco antes de la batalla de Queronea; es posible que las colonias de Alejandro en el Asia hubieran atraído a una gran parte de estos «errabundos». Mejor así que no que volvieran estos desgraciados a sus respectivas patrias. La potencia demoníaca de estos fugitivos en retorno se había puesto crudamente de manifiesto poco antes, en Tebas, al extenderse la noticia de la muerte del rey Filipo.[666] Los fugitivos llegaron durante la noche y pudieron parodiar la liberación de la Cadmea de manos de la guarnición espartana, ocurrida cuarenta años antes, dando muerte a los jefes militares de la ciudadela; pronto todas las voces estuvieron de su parte en la Asamblea popular, al grito de ¡libertad! —vieja y bella palabra, como dice Adriano—; con una desatinada obstinación se rechazó el perdón ofrecido por Alejandro, y se atacó inmediatamente a sus tropas; como entre los fugitivos había elementos que no podían esperar gracia alguna de parte de Alejandro, empujaron al pueblo a la lucha. Luego, en el ataque, Alejandro pudo dejar la ciudad de Tebas a merced de la cólera de sus vecinos, los plateos, focenses y otros. El rey de Macedonia apenas si tuvo que ocuparse en destruirla, que de ello se encargaron los griegos enemigos. Como señor del Asia, Alejandro envió poco antes de su muerte una orden a Grecia, que fue proclamada por el heraldo en Olimpia ante 20.000 fugitivos de todas las ciudades, por la cual se permitía la vuelta a su patria a

665. Isócr., *Filip.*, 96, 120 y s.
666. Arrian., I, 7.

todos los desterrados, excepción hecha de los ladrones de templos y asesinos; la ciudad que se opusiera, sería forzada a recibirlos. Quizás se inspirara esta medida en el sentimiento elevado de la majestad de la realeza, ante la que tienen que ceder todos los partidismos de las ciudades; quizá también pudo pensar Alejandro en la conveniencia de mantener en cada ciudad un partido propio contrario al espíritu novedoso y decadente;[667] tampoco parece imposible que tratara en definitiva de producir la escisión dentro de las ciudades y de este modo debilitarlas en lo posible; pero constituye una de las verdades más amargas de la historia de los pueblos que la rectificación violenta de injusticias inveteradas es siempre funesta. De este modo la reincorporación de fugitivos traía consigo a menudo la restauración de viejas pendencias y la casación de viejas sentencias, y ya Cicerón reconoce en actos de esta naturaleza el principio del fin de la Polis: *Perditae civitates, desperatis omnibus rebus, hos solent exitus exitiales habere, ut damnati in integrum restituantur, victi solvantur, exules reducantur, res judicatae rescindatur. Haec quum accidunt nemo est quid intellegat, ruere illam rem publicam. Haec ubi eveniunt nemo est qui ullam spem salutis reliquiam ese arbitretur.*[668] Pero las polis griegas tenían la muerte difícil, y la misma dureza de los fugitivos no era más que un residuo vivo de aquella vitalidad de la ciudad que había vibrado con tanta intensidad al nacer, dominado luego en su madurez implacablemente y con tal exclusividad, y que ahora se sobrevivía en prolongadas convulsiones, hasta que el ocaso o el poder de Roma impusieron su silencio y su paz.

667. Diodor., XIII, 8.
668. Cic., *In Verrem, actio II*, I, V, C. VI (12).

## III

## CONSIDERACIÓN OBJETIVA DE LAS FORMAS POLÍTICAS

Uno de los resultados de la vida y pasión de la Polis pagado a más alto precio fue la enseñanza que el espíritu griego sacó de ella para considerar y describir objetiva y comparativamente las formas políticas. El oriental se hallaba encerrado, entre el derecho sacro y el despotismo efectivo, dentro del círculo de su propio Estado, y si es verdad que entre los hebreos los profetas ejercían la crítica de la forma política del momento, lo hacían desde un punto de vista teocrático, esto es, planteando siempre la misma cuestión: si era honrado Jehová en la fe y en las obras. Griegos de raza jonia fueron los primeros que animaron la Corte de los Aqueménidas con deliberaciones acerca de la mejor forma de gobierno (cuando la sublevación de Darío),[1] y Herodoto ha puesto de su invención razonamientos políticos y de otro tipo en el estado mayor que acompaña a Jerjes.

El nacimiento repentino de la Polis, como tiene lugar entre los helenos, no se puede imaginar sin deliberación previa. Con la Polis vienen el ágora y todas sus inevitables consecuencias; discusiones sobre la cosa pública y sobre las diversas cuestiones de la vida política diaria.

1. Herodoto, III, 80 y s.

Los poetas primitivos como Hesíodo en sus admoniciones, Tirteo en sus arengas, se acercan a veces por el acento de su *parenesia* a los profetas; sin embargo, en Solón encontramos ya la reflexión libre. Cuando el espíritu y la palabra se manejan con desenvoltura, no son sólo los poetas los que se entretienen en apostrofar, exaltar o ironizar en todos los tonos a la Polis, sino que también los estadistas hablan con ordenada y abundante lucidez sobre la situación; los historiadores impregnan sus relatos de consideraciones de tipo político; los filósofos no se contentan con dedicar su atención al Estado, sino que le convierten en objeto de su libre especulación (tratando de eludir entre tanto la Polis concreta que les envuelve). Pero no se redujeron al estudio de las formas griegas, pues de ellos procede todo lo que, hasta los descubrimientos del siglo XIX, sabíamos acerca de las instituciones políticas de los demás pueblos, desde Egipto a Persia y Cartago, y Polibio, un griego tardío, ha sido[2] el que ha dicho lo más concluyente acerca del Estado romano de la mejor época. Sólo los griegos lo contemplan y lo comparan todo.

Acaso pertenezca al mismo año en que Aristófanes presentaba *Las nubes* (424 a. de C.) la memoria política más vieja del mundo, atribuida equivocadamente a Jenofonte: *Acerca del Estado de los atenienses*. Un oligarca ático —Critias u otro cualquiera— se ha cargado de la imparcialidad suficiente para mostrarnos al detalle que la democracia, aunque es un régimen político repudiable, obra, sin embargo, con arreglo a su interés en la forma que lo hace. Consigue convencer al lector, delante de los hechos, aunque se permite, de vez en cuando, la burla franca. Los discursos y debates políticos de Tucídides logran una perfecta y segura maestría en la descripción

2. Polib., VI, 53-57.

de las situaciones políticas, en la fundamentación de las propuestas, etc., siendo igual que sean obra del autor o que correspondan en alguna manera al personaje, y en la *Helénica* de Jenofonte encontramos aquel incomparable duelo oratorio entre Critias y Teramenes. Después, conoceremos ya los discursos políticos y forenses del Ática.

Entre tanto, la filosofía no se reducía a escribir y hablar sobre el Estado en general y en particular, de tal suerte que con el tiempo ningún filósofo de prestigio dejó de tener su περι πολιτειας (acerca del Estado), sino que trazó cuadros ideales, utópicos, del Estado tal como debía ser, una empresa para la que no podía estar mejor preparada la fantasía griega. Se creía, en efecto, que los legisladores primitivos, y hasta los míticos, habían inventado libremente su Estado, que luego habían llevado a la práctica. ¿Por qué no se podría repetir la experiencia?[3] Jenofonte nos describe en su *Ciropedia* un rey modelo educado en la ética socrática, y nos ofrece de contera una crítica indirecta de la democracia griega en su desmoronamiento; si no su ideal, por lo menos lo más deseable existía concretamente en su admirada Esparta. Platón no pudo sustraerse a la preocupación de la propia eficiencia política; creía que sólo la filosofía puede dar a conocer lo justo en el Estado y en la vida privada, y, por tanto, la humanidad no podrá escapar de sus penas hasta tanto que los verdaderos filósofos ocupen los cargos decisivos, a no ser que los que ocupan el poder se conviertan en filósofos.[4] Esta esperanza no po-

3. A los griegos posteriores no les producía perplejidad alguna citar a un tiempo a Licurgo y a Platón, Aten., VI, 23.

4. Así en la discutida epístola séptima (p. 326 a), la que, no sólo consideramos como auténtica por el contenido, sino como obra propia de Platón, porque es muy difícil que un discípulo acertara con este tono. Las dudas sugeridas alrededor de los viajes segundo y tercero a Sicilia proceden únicamente de su falta de sentido.

día cifrarse, sin duda, en los gobernantes atenienses de entonces, pero se podía intentar la experiencia con algún tirano. Y tenemos el espectáculo de este hombre, que, sin meterse para nada con Atenas, aparece por tres veces como consejero de los tiranos de Sicilia, logrando escapar cada vez con vida. No es fácil creer en estos viajes, porque suponen un grado de ofuscación fuera de lo normal, sobre todo el primer viaje reinando Dionisio *el Viejo*, un político realista de mano dura. Pues bien, de este viaje precisamente es del que nadie duda. Todo un círculo de personas, que harán que vuelva Platón a Sicilia, le informa respecto al joven Dionisio en términos tan equivocados, que le hacen creer, no sólo que sea posible llevar al tirano al buen camino, sino que éste es lo bastante fuerte para reorganizar toda la Sicilia con arreglo al ideario de Platón. Como si no fuera inminente el peligro de que al menor cambio (el que suponía la transformación del Estado siracusano es un federación aristocrática de ciudades) se produjera el derrumbamiento general, nuevas convulsiones y, por último, una nueva tiranía.[5] Pero Platón creía posible la realización de sus utopías. Además de la descripción idealizante de una proto-Atenas, de inspiración egipcia anterior en nueve mil años a la que tenía ante sus ojos,[6] desarrolló en dos obras extensas el cuadro de un Estado absolutamente perfecto y el de un Estado moderadamente ideal.

El primer libro, la *República*, junto a su espléndida forma posee un valor histórico imperecedero por las numerosas conclusiones que nos permite sobre la situa-

5. Sobre los viajes sicilianos de Platón, v. p. 254 y Apéndice 17.

6. Este es aquel Ἀτλαντικὸς λόγος, que, según la ficción de Platón, escuchó Solón de los sacerdotes de Heliópolis y Sais, y que luego el mismo Platón quiso edificar magníficamente. No pasó de los preparativos (en el *Timeo* y en *Critias*), y abandonó el conjunto como ἔργον ἀτελές, como la ciudad de Atenas hizo con el templo de Zeus. Plut., *Solón*, 16, 32.

ción real de entonces en Grecia.[7] Ningún otro libro nos instruye tanto en el conocimiento de los deseos más recónditos y las intenciones más radicales de la Polis, y nos damos cuenta de las consecuencias que debieran, en realidad, haberse desprendido. La abdicación total del individuo y su reintegración absoluta al seno de lo colectivo, se expresan aquí con la ausencia de la propiedad privada y con la comunidad de mujeres y niños en las dos clases superiores, la de los gobernantes y la de los vigilantes o auxiliares; éstas viven y comen en común, y los niños que no conocen a sus padres son educados desde su nacimiento públicamente. Se nos revela con toda evidencia hasta qué extremos de dureza podía llevar el ideal de la Polis aun a un espíritu superior. En cuanto a la clase productora —labradores y artesanos—, es decir, la masa, se halla excluida de la vida activa del Estado y sujeta a la condición de servidores. Pero resulta que la masa era por entonces en Grecia la que tenía la sartén por el mango y era menester tener una condición extremadamente optimista para creer que la volvería a dejar. La comunidad de los bienes constituye el elemento imprescindible de toda utopía, y poco antes de Platón había sido predicada por Praxágoras;[8] pero hubiese sido imposible instaurarla, por dos razones muy especiales: la propiedad privada y el disfrute particular eran dos impulsos capitales en casi todos los griegos de entonces, y hasta en la misma Esparta habían echado profundas raíces. Esparta, que, como sabemos, está mucho más cerca de la República de Platón que el resto de los Estados griegos, y a la que ha prestado bastantes más

7. El año en que Platón coloca las conversaciones que forman su *República* es, según Böchk, 411 antes de C., cuando no tenía sino dieciocho años. Pero la redacción efectiva corresponde a su plena madurez.

8. Aristóf., *Eccles.*, 590 y s.

rasgos que ninguno de ellos; además, con el tiempo se había aprendido a resolver en cierto modo las grandes diferencias de fortuna con la periódica confiscación de los propietarios. Y esos inefables «vigilantes» concentrados en un campamento y de lealtad sobrentendida constituyen un contraste demasiado fuerte con las soldadescas mercenarias que explotaban por entonces a las polis. Toda la *República* o *Politeia* de Platón con sus castas, sus tareas prescriptas y su enemistad contra toda innovación, contradice en lo más vivo el individualismo vigoroso y hasta desenfrenado de la Grecia de su época. Pero lo más arbitrario se halla en la cúspide. Según Platón, mediante una selección muy a tiempo y una educación cuidadosísima, se formaría una clase superior de «gobernantes» (ἄρχοντες), que es difícil imaginárnosla de criterio unánime, pues no se olvide que son griegos, y, por si esto no fuera bastante, filósofos.

En sus últimos años, Platón trazó la figura de una utopía condicionada en su libro *De las leyes*, reconocido como obra platónica por Aristóteles, y que por sus trozos principales a ningún otro se puede atribuir. Este ideal moderado, que se expone con la esperanza de una realización más hacedera, resulta en el fondo tan imposible como el otro, porque va, lo mismo que éste, contra la naturaleza de los griegos en particular y de los hombres en general.[9] Se renuncia esta vez a la comunidad de mujeres y de bienes; se trata de una ciudad agraria con 5.400 lotes que hay que conservar intactos, y alejada todo lo posible del mar (cuando es el mar lo que ansían los griegos). En cada una de las instituciones, que aquí se nos describen hasta en el menor detalle, se delata de nuevo la Polis con su deseo insobornable de poner a su servicio absoluto toda la vida interior y exte-

9. «Platón no escribió sus leyes para hombres reales, sino para los por él soñados», Aten., XI, 117.

rior de los hombres; no sólo habrá que apartarla de la mar, maestra de costumbres pintorescas y malsanas, sino de la propia fantasía, y la población «cantará y recitará» una y la misma cosa a lo largo de su vida; aun la poesía (que tiene un papel tan preferente en la educación del pueblo griego) es encerrada en límites muy estrechos, como hizo antes en su *República*, y el arte y la religión recobran definitivas formas hieráticas. Pero la dirección suprema no compete aquí a una selección de soberanos-filósofos, sino a un solo «legislador», vigilante, sancionador, censor, moralista, inspector de fortunas, gastos y negocios de por vida, que, naturalmente, no puede prescindir de toda una tropa de funcionarios. La clave de todo el edificio la constituye un optimismo forzado: con la justificada sospecha de que pudiera despertar el descontento, se prohíbe toda clase de viajes, y aquellos que por algún motivo han estado fuera tendrán que decir que fuera les iba peor. Por último, se recomienda que se interpele constantemente al oráculo de Delfos, ¡en una época en la cual la pitonisa empezaba ya a «filipizar»!

No es menester acudir a la crítica que hace Aristóteles[10] de ambos libros para darse cuenta de la inverosimilitud de esas composiciones de la fantasía y de su contradicción abierta con la índole del hombre griego. En Platón se oculta una meta de violencia, que corre luego por algunos de sus discípulos; allí donde alcanzan influencia sobre algún Estado se les encuentra un poco tiranizantes y soplones.[11] Pero el reproche principal que la posteridad puede levantar contra sus dos libros alude a su programa para frenar hieráticamente la cultura

10. Aristót., *Polít.*, II, 1-3, V. V, 10.
11. τυραννικοὶ καὶ διάβολοι, Aten., XI, 118, 119, donde se leerán cada uno de los ejemplos. No sabemos si la envidia de otros filósofos ha ensombrecido a trozos la imagen de los platónicos.

griega; hay que reconocer que el desarrollo incondicionado de esa cultura se hallaba en relación con la decadencia de la Polis; pero ese desarrollo interesaba infinitamente a todas las épocas posteriores y la Historia universal le tenía reservadas todavía grandes cosas. Y otro reproche se le puede hacer: en ninguna de sus dos utopías ha adivinado en lo más mínimo el porvenir o lo ha conjurado;[12] lo que en él nos habla es la intención primera y más vieja de la Polis, y lo que nos propone, en cuanto se refiere a alguna realidad, son meras formas del pasado, y que son en su tiempo del pasado por sus buenas razones. ¡Cuán superior le es el gran Tomás Moro, cuya *Utopía* contiene barruntos que luego en Inglaterra y en Norteamérica se han convertido en realidad o en opinión dominante! El libro de Moro ha surgido bajo la influencia de *De las leyes*,[13] de Platón, pero la impresión es de juventud vigorosa que reemplaza a la caduca senectud. ¡Y qué papel desempeña Platón con su religión obligatoria, en la que ni él mismo es menester que crea, pensada toda ella con razones de utilidad política, junto a la profunda religiosidad de Moro, basada en la más esperada libertad!

Mientras que Platón trata de realizar en un rincón cualquiera su ideal, ya desde antiguo imposible, esperando que, de este modo, irradie una influencia ejemplar, y mientras va componiendo un rasgo despótico tras otro, hasta conseguir esa ciudad agraria de los 5.400 lotes, sin parar mientes en el conjunto de la nación, se van incubando los mayores acontecimientos de la Historia universal; muy pronto, toda Grecia había de lanzarse en masa sobre Oriente, para iniciar

12. De modo paradójico se ha pretendido ver en los claustros cristianos una realización del ideal platónico del Estado.

13. También debió de conocer Moro *el Iámbulo*, de Diodoro, II, 55-56.

allí la segunda etapa de su espíritu, etapa ésta desligada ya de la Polis y en la que todo el mundo podría participar. El helenismo y su arte, que Platón quiso cancelar a cambio de un estilo hierático y definitivo, se convertirá en el arte de toda la Antigüedad.

Los contemporáneos de Platón y aun filósofos posteriores, proyectaron luego de su muerte toda una serie de utopías, de las que Aristóteles[14] nos enumera unas cuantas; vienen luego las de los estoicos Zenón y Crisipo, pero entre tanto se había convertido en moda poner en boca de algunas figuras míticas relatos referentes a una tierra ignota, como hace Teopompo con Sileno en la conversación que éste mantiene con Midas.[15] Y, sobre todo, abundaban fantásticas memorias de viajes que describían lejanas y maravillosas tierras en las que encontraban aplicación los ideales políticos y sociales de entonces. La obra de Hecáteo de Abdera (de la época de Alejandro *el Grande*) acerca de los hiperbóreos podría ser, todavía, un ideal realizado;[16] lo que Evémero nos cuenta de la dichosa isla Pancaya[17] apenas si excede los límites abundosos de una Jauja cualquiera, y tampoco despiertan mayor interés las islas en el mar de Etiopía, que nos dice haber visitado Iámbulo.[18]

De todo este arsenal destacaríamos solamente las utopías de los estoicos, no porque fueran más practicables que las platónicas, sino porque con ellas poseeríamos el capítulo final, que hoy nos falta, para com-

14. Arist., *Polít.*, II, 4, 5, 9, v. IV, 1. Sobre Hipodamo de Mileto v. p. 105.
15. Eliano, v. *H.*, III, 18.
16. Eliano (*Hist. anim.*, XI, 1), que llegó a conocer el libro, no nos cuenta de él sino lo fabuloso.
17. Diodoro, v, 45 y s. Sólo conocemos el título de la *Uranópolis* de Alexarco.
18. Diodoro, II, 55-60.

pletar el pensamiento estoico.[19] Parece que en los últimos tiempos de la Antigüedad se llevó a cabo un intento inspirado en el Estado ideal de Platón; en efecto, el año 263 después de Cristo, Plotino, jefe de la escuela neoplatónica, pretendió fundar una Platonópolis, al pie de la letra, en una yerma localidad de la Campania, adonde se retiraría con sus amigos; el plan no le pareció mal al emperador Galiano, pero la mala voluntad de algunos cortesanos impidió la realización del propósito. (Acaso la razón verdadera fuera la penuria de los fondos imperiales.)

Aunque Platón sea quizás el único personaje que creía en la realización inmediata de sus utopías, en los demás utopistas tenemos que suponer, cuando menos, un deseo profundo de influir efectivamente en sus contemporáneos y de proporcionarles una orientación politicosocial. Frente a todos ellos, Aristóteles se nos presenta a una altura inconmensurable. Por de pronto, sabe más que ninguno sobre el Estado real, y su gran obra *Politien*, de la que no conservamos más que exiguos fragmentos,[20] comprendía un examen de más de 158 (otros dicen que 250) constituciones diferentes. Pero conservamos su *Política* o doctrina del Estado, cuyo valor no reside solamente en las definiciones generales o en las opiniones griegas dominantes acerca de la naturaleza y del fin del Estado, que nos va comunicando, ni en el gran cúmulo de noticias que nos suministra sobre la realidad política circundante, sino, sobre todo, en el conocimiento de que están justificadas las diversas formas o tipos fundamentales de Estados, cuyas degeneraciones va desarrollando paralelamente.

19. Según las indicaciones de Plut., *De fort. Alex.*, I, 6, por una especie de Estado universal. V. Schwegler, *Geschichte der griechischen Philosophie*, p. 308.

20. [Escrito en 1880 (G. Oeri).]

La trascendencia de este libro es tal, que el mundo ha venido contemplando lo político a través de los ojos de Aristóteles y sirviéndose de sus expresiones, a lo que habrá contribuido la propaganda de su escuela y la de otros filósofos posteriores, de cuyos numerosos escritos «acerca del Estado» no conocemos sino el título.

Los cínicos, a partir ya de Antístenes, se colocan con su pobreza al margen de la Polis, a la que no rinden otro homenaje que el de su sarcasmo; su patria está en todas partes y en ninguna, y constituyen la crítica viviente del Estado libre, despótico y en decadencia, como en el Oriente medieval los sofíes con el postrado sultanato. Finalmente llega Epicuro y libera a los intelectuales por lo menos en pensamiento, rebajando la Polis al nivel razonable de un contrato recíproco de seguridad; ya no es el hombre el instrumento de la ley, sino ésta la que se halla al servicio del hombre. Pero ningún sistema podía impedir que el proceso de disolución continuara su vía en los Estados griegos de entonces, con su enarbolada libertad, y con sus persecuciones y sus crisis internas continuas.

Son viejas leyes del mundo que las fuerzas no se desarrollan por completo ni adquieren conciencia de sí mismas más que en recíproca lucha, y que una fuerza política enérgicamente desarrollada es la condición fundamental de todo desenvolvimiento exterior y espiritual, la base irremisible de la cultura, que no nace sino sobre su suelo. En este sentido, las polis griegas han prestado largo tiempo servicios enormes. Además, quizá los griegos en su época de esplendor decidieron el destino exterior de la humanidad al contener el avance del poderío persa hacia Occidente; pero la conquista de Persia luego no fue ya obra de las ciudades, sino de Alejandro, que las tenía enfrente. Nos queda ahora el juicio sobre los avatares de su vida, y no podemos menos de es-

tampar la afirmación de que la Polis, tal como se desenvuelve hacia dentro y hacia fuera, más ha causado la desgracia de sus hombres que otra cosa. No solamente favoreció la formación de la personalidad individual, sino que extremó su desarrollo, pidiéndole, sin embargo, una completa renuncia; el lugar de la Polis lo ocupa cada vez más la masa, que no sigue las inspiraciones de un interés colectivo superior, sino el vaivén de sus apetitos, de su deseo insaciable, que, por lo mismo, es irrefrenable. Ya la amenaza que se cernía siempre sobre la propia existencia, debía producir la más terrible amargura; además, como desde un principio la Polis lo era todo, la verdadera religión de los griegos, las luchas por el poder revisten toda la ferocidad de las guerras de religión. Podemos sacar la conclusión de que no hay en toda la Historia universal ninguna otra potencia que haya pagado a tan alto precio su vivir y afanar como la ciudad griega. Porque hay que pensar que, a la par que asciende el desarrollo espiritual del griego, tenía también que crecer su sensibilidad para el dolor que se infligían unos a otros. Y también la posteridad padece enormemente de las consecuencias de este acontecimiento, aunque el espíritu griego haya seguido floreciendo maravillosamente, hasta en las partes plásticas. El apóstrofe se escaparía de nuestra boca si pudiéramos representarnos todo lo que se ha debido de perder con el aniquilamiento de hombres originales, con el fracaso y el silencio de muchos refugiados en su vida privada, con la extinción de familias de raza y la desaparición de las maneras nobles, y mediante el predominio y el abuso de la oratoria política. ¿Cuántas cosas, que sólo los griegos habrían sido capaces de producir, hubieran florecido todavía a no haber sido por la disparatada y terrible vida de la Polis?

IV

# LA UNIDAD DE LA NACIÓN GRIEGA

## 1. Las luchas intestinas y las fuerzas de la unificación nacional

El hecho de que los griegos pudieran desenvolver una cultura unitaria tan poderosa constituye una demostración fuerte de su originaria unidad nacional, más aún si se tiene en cuenta que, políticamente, fueron siempre algo vario y en esta variedad perduraron todo el tiempo que les fue posible. Es sabido que, en la Antigüedad, las relaciones entre Estado y Estado, cualquiera que fuese su extensión, transcurrían bajo el signo de la enemistad. En un gran Continente como Asia, un pueblo especialmente fuerte sojuzga a los demás, y nacen así monarquías universales que duran hasta que uno de los pueblos sometidos se levanta y se arroga el principado. Una concepción eudemonística de la Historia celebrará acaso la nivelación cultural que la formación de semejantes monarquías lleva consigo, mientras que habrá quienes consideren como un precio excesivo de ese resultado el envilecimiento de muchas naciones fruto natural de la dominación extranjera. Entre tanto, un dios ordena a un pueblo conquistador el aniquilamiento de lo que encuentre a su paso, y manifiesta su cólera tan pronto como se relaja la inexorable obediencia. Navegantes decididos

como los fenicios se lo permiten todo con tal de ser los únicos señores de lejanas colonias y exclusivos conocedores de apartados pasos marítimos, y los cartagineses se revelan maestros en la paralización de los vencidos y en la destrucción cuidadosa de lo que pudiera atraer a otras fuerzas.[1] Los griegos, por el contrario, nos ofrecen el espectáculo inimitado de una vieja y permanente enemistad entre pequeñas porciones de una misma nación, de modo que tal espectáculo muestra, de contera, el aspecto unitario de caracterización de un grupo.

En los tiempos heroicos, el héroe es conquistador de las fortalezas reales, donde da muerte al soberano y deja en libertad a su hija o la lleva como esclava; pero en los primeros tiempos de verdad, el griego es naturalmente pirata, y muchas figuras nos dan al pirata y al héroe en una pieza. No había necesidad alguna de desprestigiar a los fenicios con el calificativo de «ladrones».[2] La época es juvenilmente salvaje; impensadamente, surge la espada en manos del hombre y le señala su camino.[3] Encontramos tempranamente simbolizada la disensión entre parientes: Eteocles y Polinices riñen dentro del seno materno; el mito rebosa de homicidios voluntarios e involuntarios, y el aburrimiento de esa época se nutre esencialmente de que no hay otra razón de vida. Los héroes y su acompañamiento no pueden vivir sino del robo; ahora bien, se exceden en su práctica. Antes de que la guerra de Troya concentre todas las fuerzas, los poderosos como Aquiles, Reso, etcétera, llenan su vida con devastaciones de ciudades y ataques por sorpresa. En la *Odisea*, la piratería, es decir, el desembarco rápido y saqueo consiguiente

1. Su actuación característica en Cerdeña. Arist., *Mirab. auscult.*, 100.
2. τρώκτης. *Odis.*, XIV, 289.
3. *Odis.*, XVI, 294: αὐτὸς γὰρ ἐφέλκεται ἄνδρα σίδηρος.

constituye condición general aun de los héroes más honorables. Confiesa Menelao (IV, 82, 90) con bastante franqueza haber robado los tesoros que posee, y Néstor le cuenta a Telémaco (III, 72), con la misma ingenuidad, negocios tan limpios como aquéllos, y cuando los pretendientes llegan al Infierno, la sombra de Agamenón no es la única en sospechar que han debido de perder la vida en algún robo de vacas, como se sospechó de él (XI, 401) en igual ocasión. Pero entre todos los piratas destaca Ulises; destruye (IX, 39 y sig.) la ciudad de los cícones tracios, Ismaro; mata a los hombres, roba las mujeres, y todo lo que encuentra lo reparte equitativamente entre sus compañeros, sin perderse en consideraciones de si los cícones le habían hecho algún daño con anterioridad; lo que él pierde por causa de los pretendientes lo sustituye pronto mediante el robo (XXIII, 356); también en el relato de su vida se atribuye muertes y robos sin la menor preocupación (XII, 259; XIV, 262; XVII, 425). Toda la historia de los cíclopes (IX) no es sino el reflejo de viejas historias desagradables entre avisados piratas y salvajes pastores; Polifemo, que se da cuenta desde un principio con quién se las tiene que haber, es la representación, extremada hasta lo grotesco, del pastor terrible, tal como lo conoce el pueblo marinero, adornado todavía con un resto, quizás histórico, de canibalismo, que se ha dado, por ejemplo, entre los lestrigones (X, 116, 124). Otros héroes se dedican a robar ganado con la esperanza de cautivar con esos dones a una princesa;[4] un cuento de piratas especialmente sazonado[5] nos relata las hazañas del equipo de Butes, el boréada, que se dedica a robar mujeres en las costas y a llevarlas a Naxos;

4. Partenio, c. 20.
5. Desdichadamente, sólo poseemos de él un extracto escasísimo en Diodoro, V, 50 y s.

dos de sus cabecillas luchan entre sí por la bella Pancracia hasta matarse, con lo que corresponderá a otro. Algo bueno tiene esta época heroica: en ella no se conoce, en efecto, todavía la devastación sistemática de la comarca y el esquilmo de todas las plantaciones, lo cual queda reservado para la época de esplendor. La piratería se mantiene en muchos de estos pueblos griegos hasta muy adentrada la época histórica, como es el caso entre los focenses, en los que guarda estrecha relación con todas sus otras habilidades;[6] ya nos hemos ocupado en la piratería de un Polícrates; también un hermano de éste llevaba por esperanzado nombre de pirata el de Silosón. Asimismo el robo en tierra firme perdura hasta el siglo v en algunas poblaciones retardadas como los ozoles, acarnianos, etolios; y se consideró que ésta era la manera de vivir antigua.[7]

La exclusividad, la mala voluntad contra las demás Polis, especialmente las vecinas, no sólo era un sentimiento dominante, sino casi una virtud cívica. Ninguna antipatía entre ciudades modernas (que generalmente se debe a porfías de negocio) puede darnos una idea aproximada del encono, unas veces secreto y otras manifiesto, con que se regalaban recíprocamente las ciudades griegas. Lo de menos son las chanzas y las injurias con que, a lo largo, del tiempo, se va adornando el historial de cada una;[8] a menudo, la Polis se ponía en pie para aniquilar a su vecina; de este modo terminó Argos para siempre con Micenas.

6. Justin., XLIII, 3, 5. *Plerumque etiam latrocinio maris, quod tum gloriae habebatur, vitam tolerabant.*

7. Tucíd., I, 5.

8. Se decía de los naxios jónicos, seguramente en Atenas, que eran descendientes de aquellos atenienses que Neleo abandonó porque habían cometido crímenes. Eliano, V. *H.*, VIII, 5. Se podría formar una bonita colección de historietas semejantes. Los de Abdera pasaban por tontos, y también los eolios de Cuma, etc.

El mérito principal de la época aristocrática fue que supo mantener, por lo general, la paz, encontrando el desahogo de su ambición en las victorias agonales. Pero, a partir del siglo v, comienzan las explosiones terribles del odio entre ciudades.[9]

Es verdad que la conciencia de una comunidad entre los dorios o entre los jonios decidió en parte a qué grupo habría de adscribirse una Polis cuando se desencadenan los grandes vendavales, como, por ejemplo, la guerra persa y la guerra del Peloponeso; pero entre vecinos y entre parientes no se conoció nunca la piedad. Los dorios de Lacedemonia aniquilaron en la medida de sus fuerzas a los dorios de Mesenia por la sola razón de que la tierra habitada por éstos les parecía codiciable. A veces se rendía cortesía a los dioses y héroes de la ciudad que se iba a atacar, impetrando su consenso para que fueran castigados los que habían cometido injusticia y los atacantes recibieran su satisfacción.[10]

Sin embargo, la Polis halló su tiempo para desenvolver todas sus características vitales. No pretendemos ocuparnos en el desamparo total del individuo en la ciudad en que es extranjero, porque es éste un fenómeno corriente, y no es cosa de perder el tiempo con pequeñeces cuando tenemos delante ese fenómeno tremendo de la conducta de un Estado frente a otros.

Quien conozca la vida interna de la Polis, su dureza con los partidos vencidos y con las viejas poblaciones indígenas sometidas, no podrá menos de reconocer en su conducta hacia fuera sino la continuación de la misma lógica implacable. Cuanto más febril-

9. V. Diod., XI: cómo también Pericles aparece en el Peloponeso con δηοῦν.

10. Así el rey Arquidamo antes de atacar a Platea. Tucídides, II, 74.

mente se agita la vida en el interior de la polis, durante el siglo v, tanto más incrementan sus luchas exteriores, tanto más breves son las treguas de paz y tanto más inseguros los tratados; cada vez cobra mayor conciencia cada Estado de que todos los demás no son sino sus competidores en la lucha por la vida,[11] y atempera su conducta a este conocimiento, de modo que la época de máximo esplendor cultural coincide con la de las ejecuciones más odiosas.

Si escuchamos a los griegos, se habrían dado sacras leyes de piedad con los vencidos:[12] no destruir las ciudades por completo, no matar a los que se entregan con las manos abiertas, conceder libertad a los prisioneros a cambio de un rescate, entregar los cadáveres de los caídos, respetar a las doncellas prisioneras, etc. La nación se figuraba que los términos «heleno» y «humanitario» significaban lo mismo,[13] y, cuando la conquista de Troya, los vencedores pudieron proclamar al estilo helénico (πάνυ 'Ελληνιχῶς) que cada cual podía llevarse lo que más quisiera, y de este modo Eneas pudo recoger a su padre y a los dioses domésticos.[14] El mito coloca el asesinato de extranjeros en países muy lejanos, en la costa táurica de Artemisa, en la Corte de aquel rey de Tracia que arrojaba hombres a sus caballos; en Libia con el rey Lico, que ofrecía los extranjeros

11. Platón, *De legg*, I, p. 625. Locura es no ver ὅτι πόλεμος ἀεὶ πᾶσι διὰ βίου συνεχής ἐστι πρὸς ἁπάσας τὰς πόλεις. Porque lo que la mayoría de hombres llaman paz no es sino un puro nombre, τῷ δ' ἔρνῳ πάσαις πρὸς πάσας τὰς πόλεις ἀεὶ πόνεμον ἀκήρυκτον κατὰ φύσιν εἶναι...Obsérvese la acumulación de las expresiones.

12. Éstos son aquellos γόμοι, νομιμα, νοωιζομενς τοῖς "Ελλησι, οἵ τῶν 'Ελλήνων ἐθισμοί, con cuya reconstrucción se ha procurado tantas fatigas Nägelsbach, *Nachhomerische Theologie*, p. 300 y siguientes.

13. Plut., *Lis.*, 27, con ocasión de un acuerdo moderado de los tebanos.

14. Eliano, v. *H.*, III, 22.

como víctimas a su padre Ares, o en las arenas de Egipto con Busiris; pero ocurre que tampoco es rara la matanza entre griegos. Esas pretendidas prácticas de piedad con el enemigo, cuando son observadas, se deben a razones de orden práctico, miedo a la venganza, la codicia del rescate, y el ejército que pretende que se le entreguen sus cadáveres lo que hace con ello es reconocer su derrota; pero, más a menudo todavía, son mentados estos usos precisamente en los momentos en que van a ser frenéticamente violados. El respeto a los templos parece ya un crimen más cuando vemos que coincide con el aniquilamiento total de una población. Todos los sucesos terribles en que vamos a ocuparnos son contemporáneos, en parte, de Fidias, Ictino, Zeuxis y Parrasio y de todas las exquisiteces de la métrica coral y de la conversación, y si los grandes trágicos confunden a Micenas y Argos, nada menoscaba esto la verdad de que los argivos, el año 468 antes de Cristo, vendieron como esclavos a una parte de los micenos, mientras expulsaban a la otra del territorio y arrasaban la ciudad, al igual que hicieron con Tirinto.[15]

Una ley marcial eterna en todos los pueblos antiguos es que el hombre y lo que tiene, σώματα καὶ χρήματα pertenecen al vencedor.[16] Pero entre los griegos se añade que, viviendo los pequeños Estados unos junto a otros, cada cual está poseído de un egoísmo absoluto, del propósito incondicionado de hacer, no ya lo necesario para su propia conservación, sino todo aquello que se le antoje ventajoso. Esparta nos

15. Sobre esto, detalladamente, Diodoro, XI, 65. V. también Pausan., II, 16, 4; II, 25, 7. Se debió al viejo orgullo de Micenas y su nueva gloria derivada de la guerra pérsica; esto exasperó a los argivos (παροξῦναν).

16. Jenof., *Cirop.*, VII, 5, 73.

lo confiesa abiertamente por boca de su terrible rey Cleomenes, cuando éste se dispone a atacar, sin motivo alguno, la ciudad de Argos:[17] «Todo el daño que se puede hacer al enemigo prevalece, ante los dioses y los hombres, a todo derecho». Las ciudades realizan los actos más espantosos, no presas de una pasión terrible, sino por su cuenta y razón, por una supuesta necesidad, y no ya contra enemigos propiamente dichos, sino contra gentes cuyo sacrificio parece útil, y no por inexorables razones estratégicas que la guerra impone, sino por odios políticos. Siempre el poder se permitió sobre la Tierra todas las cosas terribles que le inspiraba su interés; pero en los grandes Estados ocurre que ese poder se encuentra un poco sujeto por las diversas fuerzas aisladas y, de modo general, vistas las cosas a largo plazo, le anima un deseo de paz exterior. Las Polis griegas son Estados pequeños cuya agitación interior les empuja constantemente, desde el siglo V sobre todo, en busca de la emoción de fuera, y en cuanto se desata la guerra consideran que les está permitido todo; les cuesta mucho reconocer una hegemonía o acoplarse militarmente a otra Polis y el sometimiento es sencillamente imposible. Si, por la razón que sea, se trata de apoderarse de una ciudad, no hay más remedio que acabar con todos sus ciudadanos; la consecuencia natural es la defensa desesperada y, si es vencido, el aniquilamiento.[18] Pero este aniquilamiento es pequeño

17. Plut., *Apophthegm. Lacon.*, «. Herodoto, VI, 76.

18. Los reyes griegos obran luego de distinta manera, pues eran lo bastante fuertes para conservar las ciudades conquistadas y, por lo mismo, se evitan crueldades inútiles. Filipo *el Joven* fue en esto una excepción lamentable. Sobre esto se acusó en las negociaciones con T. Quinto Flaminio. Entre los romanos no encontramos, a diferencia de lo que ocurre con los griegos, ningún asesinato ni ninguna venta, sino la intención de convertir las ciudades sometidas en reflejos de Roma y de multiplicarse de este modo. Un paralelo

y en las cercanías produce una impresión verdaderamente espantosa. Se mata como si el capital griego en hombres fuera inagotable, y como si no existieran los persas y el mundo amenazador de los bárbaros. Como testimonios irrefragables conservamos la suerte corrida por Platea y Melos.[19] Luego de un sitio famoso, el puñado de héroes plateos supervivientes capitula (427 antes de Cristo) ante los espartanos con la condición de que los jueces de Esparta decidirán de su suerte, y nos encontramos con cinco jueces que, con la misión secreta de dar gusto a los tebanos (los cuales podrán ser todavía ventajosos para Esparta en esta guerra), pronuncian la sentencia de muerte. Este propósito se delata claramente en esa fría y estúpida interrogación de tipo jacobino de que es objeto cada plateo al preguntársele si en aquella guerra había hecho méritos por los lacedemonios y sus aliados. Y como nadie pudo responder con la afirmativa, fueron ejecutados todos, sus mujeres convertidas en esclavas, la ciudad cedida, primero, en habitáculo a megarenses emigrados, y luego, destruida de arriba abajo por los tebanos y arrendada toda su vega. Ya en tiempos de Jerjes estos mismos tebanos habían llevado a cabo la destrucción de Platea, que vuelven a destruir cuando, después de la paz de Antálcidas (387 a. de C.), los fugitivos recobran la ciudad.[20] Los macedonios podrán, por fin, instalarlos definitivamente. Pero donde se llega al cenit de esta filosofía de la prepotencia es con los tratos habidos entre atenienses y ciudadanos de Melos (416 antes de Cristo), a los cuales, en medio de la paz y de la neutralidad, se les propone el sometimiento, sabiendo

---

admirable en Dionis. de Halic., II, 16. V. también especialmente XIV, *Fragm.* 6.

19. Tucíd., III, 52 y s., V, 84 y s.
20. V. Apéndice 18.

de seguro los atenienses que se habrían de aprestar a la defensa y que no habría más remedio que acabar con ellos; efectivamente, cuando los melios tuvieron que entregarse empujados por el hambre, fueron asesinados, sus mujeres e hijos vendidos como esclavos y la isla entregada a colonizadores atenienses.[21] Al lector le parece percibir cierta simpatía por Tucídides por los vencidos, pero acaso se debe a que el estremecimiento que experimenta al leer el objetivo relato lo transfiere inconscientemente al historiador; porque Tucídides en persona, el hijo de Oloro, si por entonces no hubiera estado sometido a pena de destierro por su fracaso de estratego y hubiese podido participar en la acción, acaso habría contribuido al aniquilamiento de los melios.[22] Pero, ¡ay de una ciudad grande, como Atenas, si una vez cae en desgracia para recordar aterrada el trato que ella diera a las pequeñas![23]

La táctica corriente entre los vencedores se dirige a la destrucción total (*καταρκάπτειν*) de la ciudad vencida, sin consideración alguna para los templos ni para los sepulcros; a veces, el vencedor se lleva consigo las estatuas de los dioses.[24] Suele también suceder que todos

21. A raíz de este acontecimiento debió de hacerse ateo el melio Diágoras.

22. Como hizo Alcibíades; tuvo un hijo de una prisionera melia, del que esperaba un orador ateniense (Andócides, *Adv. Alcib.*, 22) en su día una primorosa opinión sobre Atenas. Y nos percatamos de la frialdad de Aristófanes cuando con motivos fútiles (*Aves.*) hace alusión al hambre de los melios.

23. Ἀδικεῖν ἀνθρώπους μικροπολίτας. Jenof., *Hellen*, II, 2, 10.

24. V. Pausan., VII, 46, 2, donde se nos hace la relación de una serie de famosas estatuas robadas de los templos. Seguramente que el colosal arsenal de estatuas en la Termón etólica (Polib., V, 9) debió su origen principal al robo. Los romanos procedieron con mayor piedad, pues los dioses de las ciudades conquistadas los llevaron solemnemente con ellos y les dedicaron en Roma los mismos honores si no mayores. Plinio, H. N., 28, 4. V. Dionisio de Halic., XIII, *Fragm.* 3.

o algunos de los templos sean respetados, como ocurrió en Tebas luego de su conquista por Alejandro. Con los materiales aprovechables de la escombrera de Platea, los tebanos edificaron un nuevo templo de Hera y un enorme caravanserrallo de 200 pies, y cedieron en censo la campiña. Otras veces, ésta y las ruinas de la ciudad se consagran a un templo allí existente,[25] con lo que se hace imposible la reedificación de la misma, lo que había que impedir a toda costa cuando el emplazamiento de la ciudad demolida era ventajoso y, por tanto, muy fácil su restauración con una población sedienta de venganza. También se solía emplear la maldición solemne, uso antiquísimo al decir de Estrabón,[26] pues ya Agamenón maldijo los lugares de la desmantelada Troya, y la maldición recaía sobre todos los que más tarde insistieran en la reedificación de la ciudad. También Creso amagó con maldiciones a todos los que intentaran levantar de nuevo la demolida Sidene.

Si se deja subsistente la ciudad, la población será, sin embargo, completamente nueva, y cuando aquélla es destruida, tampoco deben seguir existiendo los habitantes, para que no vuelvan a reconstruirla. Es menester matarlos o venderlos. La regla solía ser: matar a todos los varones adultos y vender como esclavos a las mujeres y los niños;[27] los esclavos, a su vez, vuelven a ser vendidos o adscritos a la ciudad vencedora. A veces se mata también a mujeres y niños, como, por ejemplo, hicieron los bizantinos y los calcedonios cuando asolaron a Bitinia, en el año 415 a. de

25. Así procedió Brásidas en Leicitos. Tucíd., IV, 116.
26. Estrabón, XIII, 1, 42, seguramente no sin alguna relación con el conocido propósito de Augusto.
27. Lo que esto quiere decir a menudo nos lo muestra la conducta de los sicinios luego de la conquista de Pelene: entregaron las mujeres e hijas de los vencidos a la prostitución de los burdeles. Eliano, *v, H.*, VI, 1.

Jesucristo,[28] porque no tenían perspectivas de venderlos lucrativamente, mientras se disponía de suficientes esclavos en la propia ciudad. Ya nos hemos ocupado en Platea y Melos; por acuerdo del demos ateniense se mató a todos los adultos varones en la toma de Escione (en la Palene),[29] y la ciudad y la comarca fueron entregadas a los plateos refugiados en Atenas. Cuando la conquista de Mitilene, en Lesbos, el demos se contentó con la matanza de los mil «más culpables», enviados al efecto a Atenas, y con el reparto de casi toda la isla a las cleruquias áticas; además, se allanaron los muros y se embargaron los navíos. Otras veces no se dio muerte a los varones, sino que fueron vendidos como esclavos[30] o retenidos en dura prisión, que a la larga acarreaba la muerte, pensando seguramente en el precio del rescate o en cambiarlos contra prisioneros del propio bando. Una excepción gloriosa la constituye la conquista de Metinma por Calicrátidas, quien contestó a la petición de sus conciudadanos de que debían ser vendidos los prisioneros, que allí donde él mandara no sería vendido ningún heleno; los dejó marchar en libertad y vendió nada más los mercenarios atenienses recuperados y los esclavos. De ordinario, a los ciudadanos prisioneros les iba bastante peor que a los mercenarios, a quienes se podía dejar marchar o contratar de nuevo, pues que no pertenecían a bando alguno, mientras que el procedimiento más

28. Diodoro, XII, 82.
29. Diodoro, XII, 72. Tucíd., V, 32.
30. Había empresarios (λαφυροπῶλαι) que los compraban (junto con otro botín) al mando y los subastaban o volvían a vender. Plut., *Agesil.*, 9. Todavía en la época de Polibio (II, 58) la venta de hombres, mujeres y niños, aunque el vencido pueblo no hubiera cometido ningún crimen especial, es decir, que no había motivo mayor para la exacerbación del vencedor, solía ser la suerte corriente «según leyes de la guerra».

seguro para inutilizar al contrincante eran la muerte o la venta. Cuando el rey Filipo se apoderó de Olinto, destruyéndola, un traidor actuó de tasador en la venta de sus conciudadanos, y hubo griegos que admitieron del rey como regalo esclavos olintios.[31] Los prisioneros atenienses de la expedición a Sicilia perecieron de consunción en las canteras de Siracusa, donde se había pensado conservarlos para su venta, pero luego que el favor había dejado escapar a unos cuantos.[32] Esta hecatombe estuvo a punto de ser expiada más tarde por los prisioneros siracusanos de la flota del Peloponeso, que fueron llevados a las canteras del Pireo, pero pudieron horadar la roca y huir.[33] Bastaba cualquier entorpecimiento para matar a los prisioneros y evitarse así el tener que transportarlos y alimentarlos; un almirante peloponésico, Alciras, procedió de esta manera con aliados, a la fuerza, de los atenienses, sorprendidos indefensos y que nada habían hecho contra él,[34] y, al principio de la guerra, los espartanos daban muerte a quienes sorprendían en el mar, ya fueran pacíficos comerciantes de Estados neutrales o aliados de Atenas.[35] ¿Y quién va a esperar de los griegos algo mejor? ¿Acaso de Esparta, que envía a la guerra, para que sean deshechos, a mil de sus ilotas más dispuestos,[36] y mientras organiza la conocida matanza de dos mil ilotas por pura conveniencia?[37] ¿O acaso de esos otros Estados que, avezados en el aniquilamiento con las luchas políticas internas, están a punto de perder todo dominio? ¿Cómo les hubiese sido posible obrar contra los

31. Schäfer, *Demóst.*, II, p. 143.
32. Diodoro, XIII, 33.
33. Jenof., *Hellen*, I, 2, 14.
34. Tucídides, III, 32.
35. Tucíd., II, 67.
36. Diodoro, XII, 17.
37. *Ibídem*, V, Tucíd., IV, 80.

enemigos exteriores con sensatez, por lo menos, ya que no con humanidad? Se podrá alegar a veces que la mudez absoluta en la guerra, que se consideraba todavía como una de las «estratagemas», podía exacerbar en tal forma al enemigo que lo empujaba a la más espantosa venganza; pero es el caso que las crueldades tienen efecto muchas veces por sorpresa, contra gentes indefensas. En el curso de la guerra del Peloponeso, los atenienses, escasos de dinero, envían 1.300 mercenarios tracios con la misión de dañar a los enemigos de Atenas;[38] sorprenden a la Micalesos beocia completamente indefensa, entran a saco en los templos y en las viviendas y asesinan a viejos y jóvenes, mujeres y niños, toda una escuela de chicos, y hasta los animales domésticos, es decir, todo bicho viviente; claro que se trataba de tracios sanguinarios, pero a su cabeza iba el ateniense Diitrefes, que debía de saber muy bien adónde llevaba su gente.

La venganza viene con Egos Pótamos; los atenienses habían acordado, para caso de victoria,[39] cortar la mano derecha a todos los prisioneros. Hacía poco habían lanzado al mar al equipo completo de dos trirremes; Lisandro, que presidía el tribunal de los confederados victoriosos, mató con sus propias manos al estratego ateniense responsable de la última medida, y a seguida fueron muertos los 3.000 prisioneros atenienses. Si no arrasó a Atenas, como era deseo de corintios, tebanos y otros,[40] no se debió a la enfática razón, enarbolada por los espartanos (que no se podía someter a servidumbre una ciudad de helenos que había

38. Tucíd., VI, 29.
39. Jenof., *Hellen.*, II, 31 y s. Así declaraba el enemigo en su acusación; de no considerar Jenofonte que se trataba de una verdad, lo hubiese advertido.
40. Jenof., *Hellen.*, II, 2, 20.

prestado tan señalados servicios en los momentos de peligro de la nación), sino a que éstos consideraron en sus cálculos como mejor no desatar una última lucha desesperada ni engrandecer a Tebas indirectamente.

Hay acuerdos de la asamblea ateniense por los que se decreta cortar el dedo pulgar a los vencidos, y no ya la mano derecha, porque así podrán manejar el remo y no la lanza; esto supone que los vencidos, ya sean eginetas[41] o aliados de los espartanos,[42] serán utilizados como remeros esclavos. Cuando el escudo o los emblemas de una ciudad vencedora[43] se marcan con hierro candente en la cara de los prisioneros, se busca en parte poder comprobar el número de prisio neros o dificultar la huida, pero también se persigue marcar el oprobio para toda la vida a los que recobren la libertad.[44] Asimismo se efectuaban diversas degradaciones; los mitilenos castigaron a unos confederados vencidos después de su deserción, prohibiendo que se enseñara a los jóvenes a leer, a escribir y la música.[45] Parecerá una conducta muy suave cuando el castigo se reduce a expulsar a los habitantes, como hicieron los atenienses en el año 427 antes de Cristo con los eginetas, tributarios desde hacía treinta años, «porque parecía más seguro colocar colonizadores atenienses en

41. Eliano, v, *H.*, II, 9.
42. Plut., *Lis.*, 9.
43. Así Plut., *Nic.*, 24, y Eliano, v. *H.*, II, 9, mientras que según Plutarco, *Per.*, 26, se trata del escudo de la ciudad vencida.
44. La perfección del sistema de la marca de fuego se dará más tarde en Bizancio. Hubo monjes tozudos que llevaban marcados en la frente, con caracteres legibles, hasta doce yambos. (Theophan., *Contin.*, p. 105); Teodora, viuda del emperador Teófilo, fija su mirada durante una espera en la frente del obispo de Nicea, con objeto de descifrar su inscripción, y recibe una respuesta desvergonzada. Glicas, páginas 224.)
45. Eliano, v. *H.*, VII, 15.

la isla». Pero son muy reveladoras las consecuencias que se siguieron después: cuando los atenienses se apoderaron más tarde de la Tirea peloponésica, donde se hallaban refugiados eginetas fugitivos, se llevaron a éstos a Atenas y allí les dieron muerte por «enemistad inveterada», es decir, que pusieron de manifiesto que la época de la expulsión no tuvieron fuerza bastante para terminar con todos; cuando sucumbió Atenas, Lisandro devolvió el resto de los fugitivos a la isla de Egina, y no hay que admirarse si después no permitieron en ella la entrada de ningún ateniense. Egina había combatido, sin embargo, gloriosamente contra los persas, especialmente en Salamina, y había sido un centro artístico de primordial importancia, como Atenas; pero el resentimiento de la gran vecina reclamó primero la opresión y luego la expulsión. También la fama de los micenos, ganada en la guerra persa, y la consiguiente envidia de los argivos, acarreó su perdición.

Como los griegos se conocían entre sí y sabían que al vencido, no sólo le esperaba el sometimiento a una potencia política y militar más fuerte, sino el total aniquilamiento, ya que el vencedor se apropiaba de todos los bienes, se quedaba con la tierra, mataba o vendía a los habitantes, de suerte que al sucumbir la polis sucumbían con ella los ciudadanos, la defensa revestía siempre los caracteres de una pugna por la existencia colectiva y personal; y, a medida que los tiempos se hacían más agitados, más frecuentes eran estas pruebas definitivas y con tanta mayor seguridad contaba la polis con un guerrero en cada ciudadano y tanto más obstinada era la defensa. El derroche de desesperado valor tuvo que ser en estas ocasiones mucho mayor que en las batallas. Todos los sentimientos de tantos hombres diversos desembocaban y

concentraban en el sentimiento único de resistencia.[46] Así se explican esas defensas frenéticas todavía en épocas tardías, por ejemplo, la de los abidenos frente al joven Filipo de Macedonia, en el año 200 antes de Cristo. El atacante tenía que prever esto, y de aquí que se desistiera a veces de sitiar una ciudad. También ocurría que un caudillo renunciaba a una batalla porque se daba cuenta de que el enemigo estaba dispuesto a todo ( ἀπόνοια ).[47] De los atenienses sabemos que, a pesar de que el año 515 pretendieron, en caso de victoria, vender a los siracusanos, y en 405 cortar la mano derecha a los vencidos de Egos Pótamos, cuando Lisandro puso sitio a la ciudad, su defensa no fue tan desesperada.

Uno de los medios de coacción corrientes en la guerra consistía en no entregar los cadáveres del enemigo más que si la petición suponía un reconocimiento de la derrota, y en batallas de resultado indeciso, la entrega dependió del grado mayor o menor de piedad.[48] Por lo general se abandonaban insepultos los cadáveres enemigos, a pesar de que ello representaba una abominación contra los dioses y una de las acciones más espantosas que se podían realizar.[49] Mucho suponen aquellas palabras del ateniense Cineas, cuyo hermano había caído: «Preferible que quede insepulto, a que confesemos nuestra derrota al enemigo».[50]

46. *«Toutes les énergies, toutes les tendreses, toutes les cupidités, toutes les craintes, se trans‘ormèrent en courage.» Revue des Deux Mondes*, 1885, 15 juillet. (Duc d'Amaule.)

47. Ejemplos en Polieno.

48. O por temor a una acusación de impiedad. Muy instructivo sobre este particular Plut., *Nic.*, 6.

49. Sófoc., *Antíg.*, 1.072, donde no se trata sólo de que quede insepulto Polinices, sino todas las víctimas de su ejército. V. 108.

50. Polien., II, 32. Sobre la conducta con respecto a los cadáveres enemigos y a la piedad funeraria, v. Apéndice 19.

Merecen atención especial las devastaciones metódicas en territorio enemigo. Se presentan en todos los pueblos y en todas las épocas como un ardid ordinario de guerra para ocasionar daños al enemigo; en la Edad Media se arrasan aldeas enteras para empobrecer a sus señores, forzándoles así a ceder; con esta finalidad se queman las casas, se mata o se ahuyenta a los campesinos, se roba el ganado —si no se ha tenido la precaución de matarlo antes— y todo lo que se encuentra a mano. Por esto las devastaciones y los incendios δῃοῦν y πυρπολεῖν no ofrecen nada de particular. Pero otro es el caso con la tala de árboles τέμνειν, δενδροτομεῖν cuya finalidad traspasa las necesidades de la guerra que se está haciendo, y se debe a un odio inveterado e irreductible. En las luchas alemanas, como, por ejemplo, las de Nuremberga con Alberto Achilles, la tala persigue la utilización de la madera en otras construcciones, y lo mismo todo el maderamen que se lleva de las casas demolidas.[51] Los griegos persiguen únicamente exacerbar el rencor de varias generaciones con la tala de árboles de crecimiento secular como el olivo. Sabían los perspicaces que la mocha de árboles, el arrasar algo más que las cosechas del año, no servía para intimidar al enemigo, sino para que arraigara en su alma un odio inextinguible,[52] y por eso el rey Arquidamo advirtió cuando la ocupación del Ática, aunque inútilmente, que se tratara la tierra como si fuera arrendada, pues se hallaba cultivada con esmero, y con la asolación se provocaría la desesperación de los atenienses, haciéndoles así invencibles.[53] La costumbre podía más; un rey espartano podía atraerse las más graves sospechas si omitía la devastación regular, como le ocurrió a Cleóm-

51. V. en la crónica de Nuremberga la de Schürstab., pág. 93.
52. Polib., XXV, 3 a [XXIII, 15, Hultsch].
53. Tucíd., I, 82. 54. Jenof., *Hellen.*, VI, 4, 5.

broto en Beocia;[54] Agesilao, por el contrario, como los aliados no prestaron obediencia a su orden de arrasar la comarca —también esta vez Beocia—, retiró la orden, pero hizo mudar varias veces de campamento en un día, de modo que con sólo la provisión de maderas para los barracones, produjo daños considerables.[55] Resulta una cifra imponente si se suman todas las devastaciones llevadas a cabo por Agesilao en suelo griego. Y tampoco los atenienses, por ejemplo, los fugitivos que lucharon contra los treinta tiranos, se contentaron con arrasar las mieses e incendiar diversamente el propio suelo, sino que, además, estropearon las plantaciones,[56] probablemente porque no se sabía ya sino que era una de las muestras más vivas de enemistad.[57]

Pero, ¿es que no hubo pensadores y patriotas, colocados por encima de los acontecimientos inmediatos, que reprobaran abiertamente esta manera de hacer la guerra? Los hubo, efectivamente, y nunca faltaron las admoniciones para quienes quisieran escucharlas. No nos referimos a esos oradores en las fiestas, que se dejan oír a partir de Gorgias, y que aconsejan con buena intención, aunque un poco inocentemente, la unanimidad de los helenos y su preparación para la guerra contra los bárbaros; tampoco nos referimos a los anhelos de paz, bellamente expresados, como, por ejemplo, las palabras del coro a la diosa de la paz en Aristófanes,[58] sino a las llamadas en favor de una mayor humanidad. En el gran consejo de guerra del rey Jerjes, Herodoto[59]

55. Polien., II, 1, 21. Una variedad sorprendente en la manera de devastar, en Cleomenes, joven. Plut., *Cleom.*, 26.
56. καὶ νὴν γῆν ἐτέμνετε Is··c , περὶ ζεύγους. § 13.
57. Una sentencia penal especial para todo un pueblo, el focense, después de la Guerra Santa, v. en *Diod.*, XVI, 60.
58. Aristót., *Pax.*, 995 y s.; especialmente sinceras: μῖξον δ' ἡμᾶς τοὺς "Ελληνας πάλιν ἐξ ἀρχῆς φιλίας χυλῷ, καὶ συγγνώμῃ τινὶ πραοτεαα πέρασον τὸν νοῦν.
59. Heródoto, VII, 9, 2.

coloca estas palabras en boca de Mardonio: «En las luchas de los griegos entre sí, los vencidos son aniquilados y, sin embargo, los griegos, sólo por el hecho de que hablan una misma lengua, deberían solventar esas luchas mediante heraldos y mensajeros, y de cualquier otra manera que por medio de batallas.» También Aristófanes hace que Lisístrata se dirija en estos términos a los atenienses y a los lacedemonios:[60] «Con la misma agua lustral ungís, como hermanos de raza, los altares de Olimpia, [Termo] Pilas y Delfos, y tantos otros que yo podría citar si hiciera falta los detalles y, entre tanto, destruís hombres y ciudades helenos, mientras que los bárbaros enemigos están a la vista.» Pero es Platón, para su gloria inmortal, el que con más claridad habla de ello en su *República*.[61] «¿Es que deben los helenos —se pregunta— convertir en esclavas a las poblaciones griegas y no más bien impedir que los demás hagan esto? ¿No debieran convertir en costumbre el respeto a la sangre helena, τοῦ Ἑλληνικοῦ γένους φείδεσθαι, de miedo a caer bajo bárbara servidumbre[62] ¿Es que no sería mejor no poseer a ningún heleno como esclavo? Tampoco habría que despojar a los caídos, sino permitir al enemigo retirar sus cadáveres; en ningún templo debieran pender las armas de vencidos griegos; se arrasarían, nada más, las cosechas del año y se abandonarían las talas y los incendios; no es guerra la lucha entre helenos, pues son amigos por naturaleza, sino enfermedad, sublevación; el nombre de guerra corresponde, en verdad, a la lucha entre helenos y bárbaros, porque aquí es donde una raza

60. Aristóf., *Lis.*, II, 29 y s.

61. Platón, *Repub.*, V, 15 y s. Con este motivo, sus opiniones generales sobre el ahorro de vidas humanas aun en caso de crimen. *De legg.*, IX, p. 854 y s.; X, p. 908 s. Posteriormente, Dionisio de Halic., XIV, *Fragm.* 8 y s.

62. El rey Agesilao, después de una victoria en la guerra de Corinto, se duele de que la Hélade pierda tantas fuerzas, que bastarían para someter a todos los bárbaros.

es extraña y contraria a la otra; contra los bárbaros no importa conducirse como ahora nos conducimos entre nosotros.»

Puesto que había personalidades que pensaban, hablaban y escribían así, la posteridad no podrá menos de condenar con tanta mayor severidad al pueblo que con esa pertinacia obró de modo contrario, tanto más si tenemos en cuenta que hubo también excepciones; Pelópidas y Epaminondas, nos dice Plutarco,[63] no organizaron matanzas después de sus victorias, ni sumieron en la esclavitud la población de las polis. En medio de la guerra, Cabrias[64] dice a sus soldados: «Al ir al combate tenemos que pensar que no vamos a pelear contra enemigos, sino contra hombres que tienen la misma sangre y huesos que nosotros y son de nuestra misma naturaleza». Seguramente, y acaso por esta razón evitaba lo peor para sus enemigos, o por lo mismo que éstos eran mercenarios, como los suyos, no contaba con el odio de los ciudadanos entre sí. Los historiadores,[65] cuando presentan a sus héroes en el uso de la palabra, uno será partidario de la venganza templada; otro, implacable. La práctica entre los griegos se inclinaba por la segunda manera, sólo que con el tiempo la impotencia fue tan grande, que las polis no se sentían con fuerzas bastantes para asestarse el golpe definitivo, al paso que los trastornos internos seguían su curso. Plutarco[66] nos dice, refiriéndose a los comienzos del siglo II antes de Cristo: «Así como con las fuerzas decadentes del cuerpo las enfermedades suelen ser también más débiles, con la desaparición de la potencia coincide la de las luchas entre

63. Plut., *comparatio Pelopidae cum Marcello.*
64. Polieno, III, 11, 1.
65. Así Diodoro, XIII, 20 y s., en los discursos de Nicolao y Gilipo, que no han sido inventados por Diodoro, sino que proceden de una antigua fuente.
66. Plut., *Filop.*, 18.

las ciudades griegas». Sin embargo, hasta que llega la dominación romana sigue ocurriendo que una ciudad cae sobre otra, por necesidad, para arrebatarle lo último.

Pero más allá todavía de esta época, bajo los emperadores romanos, se mantiene vivo el recuerdo de estas victorias de unos griegos sobre otros. En tiempos de Pausanias, los tegeatas[67] celebran sus ἁλώτιαι en conmemoración de una batalla en la que cogieron prisioneros a muchos espartanos, y de este tenor se debieron de celebrar en toda Grecia numerosas fiestas. Más penosa de conllevar que semejante triunfo de un momento era la masa de trofeos que magnificaban la guerra entre ciudades. Se contaba una leyenda,[68] según la cual los «antepasados de todos los helenos» no erigieron más que trofeos de madera para que no duraran sino breve tiempo; pero el caso es que Grecia rebosaba de sólidos monumentos y ofrendas que debían su origen a las guerras intestinas. Se sabía muy bien que semejantes conmemoraciones no hacían sino atizar una enemistad irreductible, y el aficionado a ellas debería haber acudido a la escuela de los reyes macedónicos que prohibieron todo τρόπαιον,[69] porque esperaban atraerse al vencido con otras maneras que no fueran el recuerdo perpetuo de las palizas recibidas; pero los griegos no podían renunciar a los trofeos por lo mismo que eran el monumento representativo de una victoria sobre gentes que no se había podido someter o aniquilar para siempre, y que, por lo mismo, se deseaba irritar de continuo. Especialmente, los lugares en que se celebraban las fiestas religiosas y deportivas comunes se hallaban inundados con recuerdos de tales victorias. En Olimpia, en medio del Altis, bajo los plátanos, se levantaba un trofeo de los

67. Pausanias., VIII, 47, 3.
68. Diod., XIII, 24.
69. Sobre esto, detalles en Pausanias, IX, 40, 4.

elios en recuerdo de haber rechazado un ataque de los espartanos.[70] En el templo de Zeus, debajo de la Nike de Palonios, pendía el escudo de oro de la Confederación lacedemonia en honor de la victoria de Tanagra contra argivos, atenienses y jonios;[71] el mismo templo, con la estatua de Zeus, había sido sufragado con el botín de la victoria de los elios contra los pisatas. En la Victoria erigida por los mesenios conmemorando su intervención en Esfacteria, por precaución no se había inscrito el nombre de los vencidos,[72] pues se trataba de los espartanos. Pero, sobre todo, Delfos seguía siendo, en tiempo de los emperadores, monumental museo del odio entre griegos, eternizando con un arte inigualado el dolor que se habían infligido unos hermanos a otros. Y el museo rebosaba espléndidas conmemoraciones, mientras el país no era sino desolación y ruina, no por obra de los macedonios ni de los romanos, sino de griegos. Ocurrió que, quedando a veces la batalla indecisa, los dos contrincantes enviaban de ofrenda armas a Delfos, como es el caso de los mantineos y tegeatas en el año 423 antes de Cristo;[73] casi todos los tesoros del santuario[74] habían sido edificados y nutridos con ocasión de victorias sobre helenos; el grupo de bronce más colosal y rico en figuras fue el que los espartanos erigieron por su victoria sobre los atenienses;[75] la estoa de los atenienses no fue sino un monumento de sus posteriores victorias en el Peloponeso, etc. Demasiado tarde se lamenta el buen Plutarco[76] sobre tales anatemas cuando enumera una

70. Pausan., v, 27, 7.
71. Pausan., v, 10, 2.
72. Pausan., v, 26, 1.
73. Tucíd., iv, 134.
74. Pausan., x, 11, 4. Plut., *Lis.*, 1.
75. Pausan., x, 9, 4.
76. Plut., *De Pyth. orac.*, 14-16.

serie de ellos colocándolos en el mismo plano de las ofrendas y bustos de las heteras. La única ciudad cuyos templos no están adornados con despojos de helenos y con anatemas de los hermanos muertos, sino con armas de los bárbaros[77] era Corinto; estas últimas llevaban la siguiente inscripción: «Los corintios y el estratego Timoleón salvaron de manos de los cartagineses a los helenos habitantes de Sicilia y ofrendaron estos dones a los dioses.»

Hubo entre las ciudades treguas de paz más o menos largas, a menudo basadas en tratados, y en ese tiempo existía un intercambio animado; lo que suponía que, en tiempos de paz, el no ciudadano gozaba de cierta seguridad. Estas visitas mutuas, ya fuera el comercio, las fiestas o la visita de santuarios lo que sirviera de ocasión, dieron origen a este tipo de hospitalidad que ha hecho siempre célebre a la nación griega. Abandonamos este tema a la arqueología[78] para limitarnos a algunas observaciones imprescindibles. La hospitalidad de los tiempos heroicos se nos muestra como algo bello y sacro, como la necesidad de una naturaleza humana sencilla que busca un descanso en las luchas; parece como si la gente heroica anhelara un reino de la bondad,[79] ya sea con los extranjeros de ignotas tierras ya con los fugitivos. En Homero percibimos una ternura inequívoca; el derecho de hospitalidad de los abuelos pone término a la lucha de Diómedes y Glauco, que quieren evitarse en el combate y se cambian sus ar-

77. Plut., *Timoleón*, 29. Es verdad que hacía tiempo que Corinto no tenía ocasión de celebrar una victoria.

78. V C. F. Hermann, *Privataltert*, § 51. *Staataltert.*, 10. Gentes de buena posición sostuvieron una hospedería (ξενών). V. Flegon, *De mirabilius.*, 1. Fustel de Coulanges, p. 134, nota, trata de buscar una base religiosa.

79. Para esto, especialmente, *Odis.*, VIII, 546.

mas;[80] hasta se aconseja no entrar en porfía deportiva con un huésped.[81] También el pobre está protegido; Nausicaa y Eumeos[82] nos dicen que todos los extranjeros e indigentes son de Zeus. En los primeros tiempos de la Polis, Hesíodo[83] pronostica prosperidad a aquellas ciudades que sepan pronunciar recta sentencia lo mismo para los extranjeros que para los de casa; más tarde, la cosa no será tan natural, y el griego que se halla fuera de su ciudad necesita ante los tribunales y para su seguridad general una representación muy especial de un ciudadano del lugar, institución en la que no nos vamos a ocupar aquí, como tampoco en todas esas «antigüedades» comprendidas en el nombre de προξενια.[84] No se trata sino de instituciones auxiliares que, por ejemplo, no han debido de ser conocidas en el Imperio de los persas, pues todo el mundo podía viajar y negociar con toda seguridad bajo el despotismo de sus reyes. Solamente entre los griegos, en los que el desenvolvimiento de cada polis podía originar la antipatía irrefrenable contra todas las demás, el griego, fuera de su patria, necesitó una protección especial, pronto adornada de ingenio y costumbres graciosas. Si de aquí se pasa a pensar que los griegos fueron particularmente hospitalarios, la ilusión es parecida a la que tiene efecto a propósito de la afición de los espartanos a la música; se habla mucho sobre una cosa que en otros sitios es completamente natural.

80. *Ilíada*, VI, 119-236.
81. *Odis.*, VIII, 207.
82. *Odis.*, VI, 207; XIV, 57.
83. Hesíodo, *Opp.*, 225.
84. En tiempos de la dominación romana se convirtió en un pasaporte ordinario, en el que una ciudad recomendaba sus ciudadanos a todas las autoridades extranjeras. V. *Antigoni histori. mirab.*, c. 15, con la noticia sobre el sello heráldico de Cranon.

Si no reconocemos la unidad de la nación griega en la conducta de las ciudades entre sí, habrá que buscarla en la religión común. No cabe duda que, en su calidad de elemento cultural de primer orden, correspondió a la religión una fuerza unificadora; era portadora de un mundo de visiones poderosas de las que participaba todo el pueblo. A esto se añaden los grandes santuarios,[85] las fiestas y los oráculos comunes, donde se daban algunas veces cita los helenos de la Hélade y de las colonias en las grandes fiestas religiosas y cobraban conciencia de «cuán grande era la nación»; esos lugares aparecían como una Grecia excelsa. Además, a las grandes fiestas se unía una tregua de Dios y, algunas veces, con ocasión semejante, se dejaba en suspenso una batalla.[86] Las treguas de Olimpia, la neutralidad sagrada de Elis, tienen su historia propia. Pero las verdaderas guerras no fueron impedidas por esas fiestas y apenas si interrumpidas; desde tiempos inmemoriales no se quiere prescindir de la comunidad de los sacrificios, las luchas deportivas y los mercados, y sin las fiestas olímpicas no hubiese habido orden en la cronología, porque perduraban las cronologías locales, con sus años y meses propios. El Apolo de Delfos aconsejó a veces la guerra entre griegos, y el lugar del oráculo se hallaba bien surtido de testimonios del odio recíproco. Como que la religión griega, por su misma naturaleza, no podía en modo alguno constituir el nexo propio de la nación; en su punto más vital, como religión de cada polis, de sus templos y de sus sepulcros, aumentaba más bien la potencia del odio entre ciudades; sus dioses luchan entre sí refle-

85. En Naupactos hubo, a principios del siglo II antes de C., un ἱερὸν κοινὸν τῶν Ἑλλ᾽νων. Flegon, *Mirab.*, 3. Prescindimos del Ζεὺς Ἑλλάνιος (Herodoto, IX, 7).

86. Un pasaje elocuente sobre el sentimiento fraternal que reinaba en las grandes fiestas, lo vemos en Isócrates, *Panegyr*, § 43.

jando el desasosiego de la vida griega; por otra parte, los politeísmos tienden fácilmente a la fusión y no separan sus pueblos de los demás. En cuanto la creencia griega se asoma fuera, siéntese emparentada con todas las demás religiones politeístas y establece, por ejemplo, una estrecha relación con el mundo, tan extraño, de los dioses egipcios.

Mucho más que la religión, el mito heroico, a través de su espléndido órgano, la poesía épica, entrelaza al pueblo entero porque constituye su patrimonio común. Las floraciones más diversas concurren en este bosque maravilloso de la leyenda, pero poco importa desde el momento en que el mito épico se convierte en el gran espejo de la nación, de sus sentimientos, pensamientos y empresas. Es posible que los rasgos principales de la leyenda de Edipo, Agamenón, etc., se encuentren también en otros pueblos; pero todo este elemento legendario común aparece aquí ricamente elaborado en una versión enteramente griega. Pero el mito encontraba también una aplicación inmediata sobre la unidad misma del pueblo griego, porque sus héroes contaban, de entre el cúmulo de sus hazañas, con empresas comunes que representan ya una Grecia unitaria ideal. En los Argonautas, en la cacería caledónica, los héroes que nos presenta la leyenda pertenecen a determinadas regiones, pero en las elaboraciones posteriores los héroes proceden de todas las estirpes, hasta que, finalmente, surge la empresa común de estirpes y de héroes: la marcha contra Troya. Tucídides[87] la considera, con toda seriedad, como la primera gran empresa panhelénica, hazaña de toda la nación. Y del mismo modo que los héroes son las primeras celebridades, Homero, su heraldo, es el primer valor espiritual de aceptación general y se con-

87. Tucídides, I, 3, 10, 11.

vierte, reconocidamente, en el medio principal de educación de la juventud. Con él el mundo griego cobra verdadera unidad; se es griego en la medida en que vive en uno el recuerdo de los héroes; el enlace con los bordes geográficos (el Asia Menor meridional, la Magna Grecia, etcétera) se establece principalmente a través de las navegaciones errabundas de los que regresan de Troya (νόστοι); Diómedes llega a ser señor del mar Adriático: Aquiles, del Ponto; a Heracles le pertenecen, desde hace tiempo, todas las costas del Mediterráneo, sin perjuicio de apropiarse un dios solar de los fenicios como hijo de Zeus y Alcmene. También los viejos parientes de Occidente, los ítalos, fueron asumidos por la belleza de la leyenda heroica griega y hasta los romos etruscos vibraron intensamente con el roce alado del arte griego y acaso también de su poesía.

La unidad del mito proporciona al mundo griego un alto grado de unidad de educación, y esta unidad se va reforzando progresivamente con una cultura completa que distingue a los griegos, con toda una serie, variadísima, de formas comunes de vida, sin las cuales la existencia hubiera sido una desdicha, y que conducía a los helenos, a través de todos los odios, hacia los helenos. Todo esto era de una potencia suficiente para asimilar o expeler a los elementos retardados —lo que se designaba como restos pelásgicos, etc.—, y para engendrar en los bordes extranjeros y en las colonias poblaciones semigriegas, que, cuando menos, estaban poseídas de un vivo deseo para comprender todo lo griego. Sobre todo, la lengua griega gozaba de admirables propiedades nacionales; de diversos dialectos primitivos había surgido un lenguaje épico comprendido en todas partes y en todas partes bienquisto, el vaso más precioso para las leyendas y visiones de los dioses, del mundo y de los héroes; con sólo saber griego, se era otro hombre, dis-

tinto del resto del mundo, y el que hablaba *bien* el griego era ya un heleno, porque era capaz de serlo. Toda la vida griega estaba poseída por ese espíritu que llegaremos a conocer como el espíritu agonal en el sentido más hondo del vocablo. Sobre todo esto se fue edificando con el tiempo una educación consciente, παίδευσις, y cuando, por fin, la gramática, la cítara y la gimnástica constituyeron la ocupación de la juventud de todas las ciudades, cada cual comprendió en qué consistía la vida griega.

## 2. Griegos y bárbaros

Lo no griego, aquello frente a lo cual va madurando la conciencia griega, es lo bárbaro. Este concepto extraño, diverso, merece la más detenida atención. No debemos partir de supuestos propios de los griegos posteriores, tanto poetas como retóricos, quienes atribuyen a los bárbaros, junto con otras cualidades, una especial crueldad, deslealtad y perjurio, sin parar mientes que ellos mismos, en estas materias, estaban a su altura. También tenemos que prescindir de un hecho que desde siglos ira tiñendo el juicio de los griegos: que para ellos, el bárbaro, y eso en grandes masas, se presentaba preferentemente en forma de esclavo; Aristóteles no quiere establecer diferencia alguna entre ambos, para no desviarse así de su opinión fija acerca de la esclavitud.[88] Tampoco el concepto habrá de ser influido por la aversión, que era recíproca. Todos los pueblos con un derecho sacro desprecian a los demás, y dentro de cada uno las castas superiores, allí donde las hay, evitan el

88. Sus opiniones, especialmente *Polí.*, I, 1-3; III, 9, hasta llegar a reconocer el derecho de guerra de conquista de los helenos contra los bárbaros.

roce con las inferiores. Los egipcios consideraban a los griegos como impuros y no únicamente, como cree Herodoto (II, 41), por su hábito de comer carne de vaca; los griegos, por su parte, presumen de ser bebedores de vino y no de cerveza, como los egipcios.[89] La ventaja del griego era que no sentía repugnancia física alguna ni ninguna ley de incontaminación le ataba en su relación con los bárbaros, y por eso se sentía libre en el estudio de los pueblos extranjeros.[90]

Una vez eliminados esos prejuicios, nos percatamos de que la diferencia no es cuestión de sangre, sino, en el fondo, de cultura, y que esta diferencia se daba ya dentro de la misma nación griega. No sólo los residuos pelásgicos eran considerados como bárbaros,[91] sino también pueblos indiscutiblemente griegos, sólo que rezagados, en cuanto no disfrutaban, o muy rudimentariamente, de una vida ciudadana, de un ágora, de una vida gimnástica, de participación en los agones, y proseguían, sin ningún sello individual, su primitiva vida de bandidaje. Se creía que lo helénico había surgido del fondo bárbaro por una especie de sublimación. «Muchas cosas demuestran que la vieja manera de vivir helénica era parecida a la bárbara», nos dice Tucídides[92] al tratar del pillaje, que sería la manera antigua conservada todavía entre los ozoles, acarnanios y etolios. Los apirotas pasaban por bárbaros a pesar de ser los que albergaban la Dodona y «la más vieja

89. Esquilo, *Suppl.*, 952.

90. Otras opiniones halagadoras sobre los griegos, Estrabón, IX, 2, 2, p. 401: heleno es el influible por la razón, mientras que al bárbaro sólo se le dirige por la fuerza. Los bárbaros lo estiman todo por dinero y creen que todo se puede comprar. Plut., *Arist.*, 10.

91. Tucídides, IV, 109, con ocasión de la población de la ladera macedónica de Acte. Los dolopos de Esquiro, Plut., *Cimón*, 8, «malos agricultores y perpetuos piratas».

92. Tucid., I, 5, 6.

Hélade»; a los euritanos de Etolia se les atribuía comer carne cruda, y su idioma, aunque era griego, parecía totalmente incomprensible,[93] para no ocuparnos en los macedonios y, sobre todo, en el reino tracio de los odrisos. Las opiniones sobre los troyanos nos ilustran mejor que nada cómo se fue concretando poco a poco el concepto de lo helénico. En Homero no encontramos la más leve diferencia de religión y costumbres entre ellos y los aqueos; pero los vasos antiguos los representan con ropaje asiático, y en el grupo de los eginetas se puede distinguir a Paris por ese detalle; Tucídides los considera como bárbaros;[94] Eurípides los apostrofa en ocasiones como tales; Estrabón no se atreve a insinuar ninguna etimología griega en la toponimia troyana, y en Luciano,[95] Paris se presenta a sí mismo como bárbaro y extranjero, en una época en que su forma artística no se podía distinguir ya de la del frigio Atis y de Mitra.

Pero con respecto a las gentes de fuera se encuentran los griegos frente, o según el conocido pasaje de Aristóteles,[96] en medio de dos clases de bárbaros: los del Norte, valientes y libres, pero incapaces de reflexión, de artes, política y mando, y los pueblos del Asia, reflexivos y cultos, pero enervados y, por eso, en servidumbre.

El libro cuarto de Herodoto[97] nos pone en relación con los primeros, sobre todo con el mundo amenazador de los escitas, transcribiendo en trazos claros, con

93. Tucíd., III, 94.
94. V. Tucíd., VI, 2, a propósito de sus descendientes huidos a Sicilia que, mezclados con los sicarios ibéricos, formaron el pueblo de los elimes y, consecuentemente, se hicieron aliados de los cartagineses.
95. Luciano, *Deor. diol.*, XX, 15.
96. Arist., *Polit.*, VII, 6.
97. Una repetición en Estrabón, VII.

las más finas dotes de observador, las costumbres de los escitas y de otros pueblos semicultos. Los escitas tomaban muy a mal (IV, 128) que se hablara de su servidumbre, y pueblos de ímpetu guerrero como éste, sobre todo si podían acoplar a otros en su séquito, fueron, sin duda, orgullosos y de una vida fuerte. Pero su servidumbre era de naturaleza interna, es decir, un sometimiento racial. Porque por muy libre que cada uno se sintiera sobre la silla de su caballo, todos ellos no tenían sino una voluntad común, algo parecido a lo que ocurre en los estados zoológicos; en toda su actividad, en sus costumbres y en su religión, se les impone, a veces, a la fuerza, un nivel homogéneo, porque en cuanto toda la nación no obra y siente con unanimidad, se debilita y acaso se deshace; presiente eficazmente que sólo como fuerza colectiva puede subsistir. Por esta razón, cuando Anacarsis (IV, 76) honra en el país de los escitas a la madre de los dioses, al estilo griego, muere a manos de su hermano, un rey escita, y todavía en la época de Herodoto (IV, 78), una inclinación semejante por la religión y costumbres griegas le depara la misma suerte al rey Esciles. Y si el geta Zamolxis pudo fundar entre su gente aquella sorprendente religión del más allá (IV, 94) no se debería, como fantasearon los griegos del Ponto, a que antes fuera esclavo y discípulo de Pitágoras; más bien parece que su nombre corresponde al de una divinidad indígena, y esa creencia acaso sea remotísima entre los getas. También en otras materias se nos revela la actuación homogénea de estos bárbaros; mientras que entre los griegos el desarrollo del individuo está fomentado por competiciones de todo género, en estos pueblos falta por completo lo agonal; sus fiestas hípicas, etc., son más bien exhibiciones de conjunto de la potencia del pueblo, y si se dan simulacros de luchas, suelen ser muy sangrientos, como, por ejemplo, las

orgías armadas de los galos. Mientras que la nación griega comienza a vivir y a mudar con ritmo siempre creciente, entre estos bárbaros un siglo equivale a otro, y poco les preocupa el pasado ni el futuro, pues se hallan prendidos por el momento y sus exigencias. El destino de los bárbaros es la guerra, que casi nunca lleva finalidad alguna y obedece nada más que a un impulso interno; la cifra demográfica de los escitas nos la transmite Herodoto contando «puntas de flecha» (IV, 81); los que han matado enemigos celebran por distritos una gran reunión anual (IV, 66); y entre los saurómatas, la doncella se casa después de haber matado a un enemigo (IV, 117); por todas partes se ven santuarios del dios de la guerra, en los que se ofrecen todos los años verdaderas hecatombes, y también son presentados los prisioneros de guerra, que no son todos muertos, como ocurre a menudo entre los griegos, sino sólo uno de cada cien (IV, 62). Con la guerra guarda estrecha relación la monarquía particular de estos pueblos; se complacen en la figura de su rey como personificación visible de la nación en armas, y los reyes bárbaros conservaban el sentimiento vivo de esta circunstancia. El rey Teres de Tracia, padre de Sitalcos, solía decir: «En la ociosidad y en la paz me parece que no me diferencio de mi mozo de caballos».[98] Pero también en la paz el rey y el pueblo se hallan mágicamente ligados; los reyes escitas se ponen enfermos cuando uno del pueblo jura en falso el más alto juramento —ante el hogar del rey—, y Herodoto describe con todo detalle (IV, 68 y siguientes) el sorprendente procedimiento que se aplicaba en tal ocasión para encontrar la verdad. Una creencia fuerte e ingenua en el más allá resplandece

98. V. Plut., *Regum apophthegm.*, que contiene todavía otros rasgos característicos. Parecidamente se expresaba el escita Ateas, Plut., *a nseni etc.*, 16.

en la muerte voluntaria de la servidumbre, de todo un séquito famoso, que servirá al rey de magnífico acompañamiento en el otro mundo (IV, 81);[99] y el túmulo real se rodea de toda una *equitatio* de hombres a caballo disecados. No se nos refieren rasgos verdaderamente bárbaros, en el sentido usual del vocablo, acerca de los escitas en general, sino sólo de algunos pueblos de entre ellos, y la superstición más espantosa se refiere a los neúres, que una vez al año se convierten en lobos por corto tiempo (IV, 105). Al considerar la abundancia y la penetración de las observaciones de Herodoto, que dejan siempre apenado al lector pensando en todo lo que ese hombre no pudo ver ni contar, lamentamos, sobre todo, que no pudiera conocer a los celtas y germanos de entonces.

El otro tipo de bárbaro, de los que también se saben distintos los griegos, son los asiáticos supercivilizados, cuya cultura es mucho más vieja que la griega y mucho más completos su técnica y su saber antiguo. También aquí reside la diferencia más profunda en que el griego se desenvuelve individualmente, mientras que el asiático se encuentra ligado, pero no por la vida común de la raza, sino artificiosamente, merced al régimen de castas y al despotismo absoluto. El carácter de los egipcios no lo conocemos más que a través de la opinión que de ellos tenían los griegos, pero tampoco esta opinión es absolutamente injustificada. A pesar de las aportaciones enormes que a este pueblo debe la cultura universal, parece que, sin perjuicio de un enorme orgullo nacional, el individuo fue moralmente aniquilado por el servilismo. Ya las prácticas y los símbolos, frutos de un terror

99. Lo mismo entre árabes y celtas; entre los gálatas, la muerte de 600 hombres. Nic. Damasc., *Fragm.* 87, en Aten., VI, 54.

religioso primitivo, convertían la existencia del egipcio en un duro servicio, y a esto se añadía que todo el resto de las ocupaciones, lo mismo los oficios que la política, no eran sino escuetos forzamientos. De los relatos de Herodoto se desprende como sentimiento general el del esclavo amargado que se alivia espiritualmente hablando mal de los poderosos;[100] el ideal de la vida es la marrullería, que resulta tan encomiada, por ejemplo, en la leyenda de Rampsinit. La ley de pignoración de los cadáveres que se hizo necesaria en tiempos del rey Asychis (II, 136) nos permite pensar en las trampas de estas gentes que, sin este último recurso terrible, nunca hubieran pagado una deuda. Porque el egipcio estaba tan endurecido y era tan resistente al tormento, que antes moría que confesaba.[101]

Los griegos tuvieron muy escasas noticias de Babilonia y Asiria, siendo así que recibieron, sin notarlo, tanto de su cultura. El estado bárbaro más próximo a ellos era el de los lidios, que les era muy conocido y, merced a un parentesco antiguo[102] o una adopción parcial de las maneras y de la religión griegas, más bien simpático. Por el contrario, el reino de los persas no podía despertar en ellos más que recelo y oposición; se trataba, en efecto, de un Estado de formación muy tardía, que sometía a toda una serie de pueblos que primero vivieron independientes y luego, sucesivamente, fueron sometidos por Asiria y por los medos; estaba regido, además, por una dinastía que, fuera de Ciro y Darío Histapes, no contó con rey alguno destacado, sino con bárbaros sultanes y con un peligroso traidor (Ciro *el Joven*); y, entre conquista y conquista,

100. Herodoto, II, 121, 126, 131, etc.
101. Eliano, V. *H.*, VII, 18.
102. Si no era de origen semita, como se sostiene actualmente (1880).

ocupado constantemente en recuperar dominios marginales independizados, cuya riqueza y santuarios había violado. En lucha abierta y gloriosa con estos persas, los griegos cobran conciencia, por primera vez, de su oposición con los bárbaros; y tanto más penetrante será la ignominia cuando, a partir de la guerra del Peloponeso, el rey de los persas, aquel Artajerjes Mnemón, en cuya Corte ocurrían tan terribles atrocidades,[103] intervenga en los asuntos griegos. Pero muchos griegos pudieron darse cuenta de la profunda debilidad de aquel Imperio colosal y del mismo pueblo imperante; Jenofonte, en el importante capítulo final de su *Ciropedia*, nos muestra cómo se contradicen la apariencia y la realidad y cómo las viejas formas de vida se conservan exteriormente, pero por dentro se hallan carcomidas. Todo el patetismo y el ceremonial con que se rodea el gran rey, el amado de Ormuz, no podía disimular entre otras cosas el hecho de que su seguridad dependía de mercenarios griegos. Cuando apareció Alejandro, ellos fueron, en efecto, los enemigos verdaderamente peligrosos, pues la defensa general fue apática y la dirección sin tino; de otro modo no se hubiese incurrido en el profundo error de dejar tiempo suficiente al macedonio para, después de Isos, poder sitiar a Tiro y hacer la expedición a Egipto; allí donde las ciudades ofrecen resistencia desesperada no se trata del ejército real, sino de resistencias locales. Después de Arbela desaparece toda resistencia; pero cuando Alejandro tiene que habérselas con la Turania, se encuentra con bárbaros decididos, supuestos escitas, que le arrojan sus flechas por encima del Iaxartes y le advierten que no atraviese el río si no quiere sentir en su propio pellejo la diferencia que hay entre ellos y los

103. Plut., Artajerjes.

asiáticos.[104] Tampoco cuando las satrapías orientales le ofrecen resistencia se trata ya del reino persa, sino de pueblos orgullosos como, por ejemplo, los bactrios, que se habían adherido a los persas voluntariamente.

Frente a los escitas y a los asiáticos el griego tiene un carácter individual, desvinculado de toda acción colectiva de raza o de casta, en perpetua porfía o agon con sus iguales, desde las competiciones en las fiestas hasta el triunfo en la Polis, y desde los estadios de Olimpia hasta las ágoras y los pórticos de su ciudad y los concursos de canto y de arte. Y cuando esta porfía no va en serio, se desliza en la broma y la ironía de todos los días, en la crítica incesante del prójimo; el humor griego busca incansablemente el contraste entre las cosas tal como son y tal como debieran o pudieran ser. El Oriente no es agonal porque el régimen de castas no permite competencia alguna, y los griegos, por su parte, nunca toleraron a un bárbaro en sus juegos, de modo que ni tan siquiera el rey Alejandro de Macedonia, *el Viejo,* tan «amigo de los griegos», pudo tomar parte en Olimpia sino haciéndose pasar por teménida y con ello de origen griego.[105] Por otra parte, el oriental es serio como el animal y no se ríe más que con los payasos; su reacción irónica ante el mundo se manifiesta sólo alegóricamente en las fábulas de animales.[106] Y, en lugar de la conversación en el banquete, le place, según la versión griega, la francachela desatada, de suerte, que se hablará de influencia bárbara cuando, más tarde, prevalezca esta costumbre entre los griegos.[107] Finalmente se creía que sólo con los griegos

104. Arriano, IV, 4, 2. 105. Herodoto, V, 22.
106. ¿Qué edad tiene el humor judío? Antes de la diáspora, no se conoce de los judíos más que su patetismo.
107. *Aten.,* XI, 4.

se podía andar con razones, pues con los bárbaros era necesario el empleo de la fuerza.[108]

También la religión, aunque entre los griegos no represente un vínculo nacional y propenda por naturaleza a fusiones más amplias, les separó del Oriente politeísta y dualístico.[109] El Olimpo griego nos ofrece aquellas riñas entre los dioses, que son el primer punto de apoyo y, al mismo tiempo, la decantación de las luchas entre griegos; también en la Tierra las cosas ofrecen dos caras, mientras que, para los orientales, una sola: la prescrita. Los dioses griegos son más bellos que los de los bárbaros, porque éstos lo divino, lejos de ser la humanidad sublimada, se expresa alegórica y servilmente con mezclas de formas animales, multiplicación de miembros, ademanes y veladuras rituales, pues una teocracia poderosa y un espíritu popular romo habían coincidido sobre el particular desde muy atrás y para siempre. Asimismo los dioses griegos son más inteligentes que los de los bárbaros,[110] por lo mismo que los hombres griegos lo son más que los bárbaros, y hasta a los mismos bárbaros les parece así. También en los santuarios del Oriente se daba la adivinación del porvenir con todos los auxilios, además, de la malhadada astrología; pero oráculos, en el pleno sentido de la palabra, sólo los dioses griegos los pronunciaban, y especialmente el de Delfos fue interrogado por los lidios, frigios e ítalos, y hasta por los

108. Isócrates, *Philip.*, § 6: ἔστι δὲ τὸ μὲυ πείθει νπρὸς τεὺ; "Ελληνας συμφέρον, τὸ δὲ βιάξεσθαι πρὸς τοὺς βαρβάρους χρήσιρον.

109. Véase para la oposición de costumbres y religión en varios pueblos, Aten., VII, 55, recogido de los autores cómicos Antífanes y Anaxándrides.

110. Conocido es el estúpido dios de los tribalos en *Las aves*, de Aristófanes, lo que no impide que en la lucha entre los dioses griegos sea él quien decida, como tres años después de la representación, el gran rey en su alianza con Esparta.

cartagineses.[111] Tal vez Creso de Lidia reconoció en el Apolo de Delfos, a quien hizo regalos tan considerables, lo mismo que en el Apolo de Mileto y el de Alba, al dios nacional Sandón; pero es el caso que interrogó también en Dodona a Anfiarao y a Trofonio, y en el Ammonio, y más adelante, el general persa Mardonio se dirigió a toda una serie de oráculos griegos.[112] Aun sin esta indagación del futuro, pueblos extranjeros ofrecieron regalos y víctimas en los templos griegos, por pura devoción. Esa víctima misteriosa del país de los hiperbóreos que llega periódicamente a Delos,[113] continúa siendo un enigma; pero se sabía muy bien que entre los anatemas que se conservaban en Olimpia, el trono de un rey itálico, Arimnesto, fue la ofrenda más antigua de un bárbaro.[114] Entre los habitantes no helenos de la isla de Sicilia se hallaban representados los piadosos siceles por una remotísima estatua de Zeus,[115] y si es verdad que los escitas Anacarsis y Esciles fueron víctimas de su fervor por las ceremonias religiosas helénicas,[116] también lo es que hubo otros bárbaros educados que adaptaron para ellos el ceremonial religioso de los griegos; así Cartago, amenazada de un gran peligro, instituyó el servicio de Deméter y de Cora, en desagravio a que su ejército había arrasado el templo de las diosas en Siracusa, provocando su cólera,[117] para

111. Diodoro, XIX, 2. Se dice del Ammonio (Eudoc. Violar., 75): sus oráculos tienen lugar διὰ συμβόλων... ἤτοι διὰ σχημάτων τινῶν καὶ κατανεύσεων καὶ ἀνανεὐσέων, es decir, sin palabras Acerca de los oráculos en Egipto, muy brevemente e inseguro, Herodoto, II, 83.
112. Herodoto, VIII, 134-136.
113. Herodoto, IV, 33-35. Según Pausanias, I, 31, 2, se trataba de primicias, así que la ofrenda era anual.
114. Pausan., V, 12, 3.
115. Pausan., V, 23, 5.
116. Los budinos toleraban, por lo menos, el culto griego en su ciudad de Gelenos: Herodoto, IV, 108 y s.
117. Diod., XIV, 77; V, 61 y 70.

no hablar ya de los cultos griegos, tolerados al parecer por Cartago, y de las estatuas de dioses griegos que fue robando por todas partes.[118] Consecuencia de todo esto fue que los griegos se consideraban como especialmente devotos, sobre todo los atenienses;[119] un pueblo laico, en el mejor sentido de la palabra, se siente frente a los demás como sacerdotal, porque entiende más que todos ellos de la manera de tratar a los dioses. Esta idea se manifiesta en aquella sorprendente orden del oráculo de Delfos, con ocasión de una gran hambre, según la cual los atenienses tenían que hacer votos a cargo de los helenos y de los bárbaros.[120]

Pero no es sólo el dios griego, sino también el hombre el que produce un efecto muy particular sobre los bárbaros, y en este terreno hay que admitir por entero el testimonio griego. La deliciosa leyenda de aquella hija de un principal celtíbero que escoge como esposo al griego «Euxenos», lo que se enlaza con la fundación de Masalia, resulta en sus diversas versiones[121] un símbolo expresivo de lo que decimos; es posible que la unión del garbo intelectual y de la belleza física hayan decidido frecuentemente el éxito a favor del candidato griego de manera parecida. Cuando las riberas próximas y lejanas del Mediterráneo y del Ponto se van nutriendo de colonias griegas, ocurre con frecuencia el sometimiento de los bárbaros vecinos; pero mucho más frecuente fue el comercio libre de estos últimos con las colonias enclavadas en su dominio y la adopción de los acontecimientos, gustos y nobles artes

118. Apiano, *Pun.*, VIII, 135. Un Apolo colosal, procedente de Cartago, se vio luego en Roma, en el Circo Máximo. Plut., *Flam.*, I.
119. Pausanias, I, 24, 3.
120. Harpocration, s. v. Abaris.
121. Por ejemplo, Aten., XIII, 36. Justin., XLIII, 3.

de los griegos; basta con destacar un solo hecho: la vigencia del alfabeto griego entre los galos. Cuando el Egipto hermético, luego del derrumbamiento de la dinastía etiópica (671 a. de C.), y gracias a la helenofilia de Psammético, resulta un país completamente franco para los griegos, basta esto para que se produzca una revolución económica y un incremento repentino de la industria y de la población. La casta guerrera había abandonado el país, camino de Etiopía; se trataba de 200.000 hombres que, como es fácil figurarse, pudieron haber arrojado al mar a los advenedizos, y que, a lo que parece, quedaron pasmados con su presencia; porque no es de pensar que por despecho (por haberles postergado el rey en una expedición contra Filistea) entregaran su milenario hogar, aunque sus privilegios hubieran sido reducidos. Que no promovieran una revolución contra Psammético, se explica acaso porque respetaban en él, el innovador extranjerizante, toda la santidad de la realeza, pero no accedieron a sus ruegos; quizá les alegrará saberle indefenso y protegido únicamente por extranjeros. Con ellos desapareció calladamente aquel viejo Egipto, absolutamente incompatible con los inquietos griegos, mientras que la masa del pueblo, por lo menos en el Bajo Egipto, se acomodó al nuevo orden de cosas tan completamente que dio origen a una raza mestiza, los llamados trujamanes. Es innegable que con la helenización y la prosperidad de los negocios y de las riquezas, comenzó también la enervación de la vieja fuerza nacional egipcia; pero, ¿tenía salvación posible un pueblo cuya casta guerrera en una ocasión semejante despeja el campo, abrumada de dolor?

Algunos hechos significativos nos instruyen sobre el efecto que los griegos producían en los persas. Persia, establecida en monarquía universal y con su estrella en rumbo ascendente, no vacila mucho para

someter también a los griegos, junto con los otros pueblos, y en mantenerlos en vasallaje perpetuo; el intento de emancipación provocará las grandes campañas de Datis, Jerjes y Mardonio, con el resultado conocido. Mientras tanto, en la Corte de los Aqueménidas las personalidades más destacadas son, sin disputa, griegas; Atosa, la hija de Ciro, preferirá esclavas lacomas, argivas, áticas y corintias,[122] y su esposo, Darío, habrá oído hablar mucho del famoso atleta Milón de Crotona;[123] poco a poco irán apareciendo en la Corte o en la proximidad de los reyes: el médico Democedes, que es considerado como medio prisionero, pero con especialísimo trato de favor; Histieo, el rey de Esparta Demaratos, Artemisa, los Pisistrátidas y su Onomácrito; todos ellos tienen voz cuando las resoluciones son importantes, y su influencia excede en ocasiones a la de los sátrapas y familiares del rey; así Histieo era ejecutado bárbaramente por orden de éstos para que —a pesar de todo lo que había emprendido contra Darío— «no llegara a cobrar de nuevo ascendiente ante el rey».[124] Más tarde, con Jerjes y Artajerjes, aparece aquel hombre que en otro tiempo había mandado matar al heraldo persa por haber expresado en el idioma helénico las pretensiones de los bárbaros sobre tierra y mar,[125] pero que durante la guerra misma había sabido mantener una salida abierta hacia los persas, Temístocles, el más sagaz de todos los fugitivos. Su carta al rey[126] es la verdadera carta del heleno al bárbaro, quien seguramente no recibió en el curso del año una misiva semejante proce-

122. Herodoto, III, 134.
123. Herodoto, III, 137.
124. Herodoto, VI, 30.
125. Plut., *Temístocles*, 6.
126. Tucídides, I, 137 y s.

dente del reino; luego de estudiar el persa durante un año, se presenta personalmente al rey y «pone de manifiesto, de la manera más potente, la fuerza de las dotes naturales. Porque por natural entendimiento, sin auxilio previo o posterior de conocimientos especiales, en cualquier asunto que se presentara, emitía, luego de breve reflexión, el juicio más certero, y era el mejor consejero para acontecimientos futuros. Todo lo que trae entre manos puede también exponerlo en un discurso, y ante lo desconocido prevé certeramente lo mejor y lo peor. Por la fuerza de su natural, ayudada de breve reflexión, era capaz en alto grado de improvisar lo justo», que es lo que no podían los familiares del rey con todo su cortejo de sátrapas y magos.[127]

Quién sabe el poder que estos griegos hubiesen podido desarrollar en la Corte del gran rey si, de verdad, hubiesen intentado subyugarla, en vez de buscar únicamente, como buscaron, en su poder el retorno triunfante a la patria. Cabe imaginar que en Persia los cargos públicos más importantes pudieron haber dado en manos de griegos, como ocurrió con los mercenarios de su raza, que acabaron por ser la potencia militar más segura del Imperio; pero les faltó la intención de quedarse. Mas no son sólo estos fugitivos de relieve los que no acaban por hallarse en Persia. Este continente asiático, sin límites, con sus viajes de meses, tenía para ellos algo de espantoso, mientras que se sentían como en su casa en las colonias más apartadas, con el mar ante los ojos o en las proximidades, y agrupados con otros griegos en polis. ¡Cuántos esfuerzos y qué estratagemas no emplearon Histieo y Democedes para

127. Seguimos exclusivamente a Tucídides y no a Plutarco, que en su *Vida de Temístocles* (27 y s.) se inspira en fuentes posteriores: Fanias, Eratóstenes, etc.

escapar de la dorada prisión de Darío![128] De nada valieron el par de argollas de oro que el rey regaló, alegóricamente, al gran médico, ni tampoco todas las demás riquezas y la mesa real; el prisionero desapareció. El rey Darío consideró al tirano Escites de Zancle (Mesana) como el más cabal de todos los que le habían venido de Grecia, porque, luego de haber utilizado el permiso que se le concedió para un viaje a Sicilia, volvió, haciendo honor a su palabra, para morir al fin en Persia, rico y entrado en años. Viajeros posteriores podrán conmoverse más adelante con las profundas expresiones de nostalgia de las estelas funerarias de aquellos eretrios prisioneros de los persas en la guerra de Maratón y que habían sido asentados no lejos de Susa; «los que antes navegaron las ondas procelosas del mar Egeo, descansan en medio de la llanura del Oriente; ¡salud, mi gloriosa patria Eretria; salud, Atenas, vecina de Eubea; salud, tú, mar querido!»[129] Los desgraciados habían construido, como pudieron, templo y ágora a la manera griega, aunque también habían erigido altares a Darío y a Jerjes. Durante mucho tiempo se consideró como algo completamente quimérico pretender pasear tropas helénicas por este lejano Oriente. «Abandona Esparta antes de la puesta del sol —decía Cleomenes a Aristágoras, que trataba de explicarle el proyecto de una expedición contra Susa—, pues te cansarás de hablar en balde a los lacedemonios si tratas de llevarles por un camino a tres meses del mar.»[130] Y cuando, después de un siglo, se efectúa, sin embargo, una expedición de este calibre, ¿quién no ha sido arrebatado por el grito de θάλασσα,

128. Herodoto, v, 35. Comp. III, 125, 129-137.
129. Bergk, *Anthl. lyr.*, p. 108. Filóstr., *Vita Apollon*, I, 23 y s., 36.
130. Herodoto, v, 50.

θάλασσα!, en que prorrumpen, a la vista del Ponto, los griegos de la anábasis?

La oposición entre griegos y bárbaros se mide muy alta en la época de esplendor. La importancia de Herodoto, que reconoce personalmente tantas cosas grandes entre los bárbaros y que las cuenta imparcialmente, es tanto mayor en el extremo que nos ocupa cuanto que
tanto mayor en el extremo que nos ocupa cuanto que
escribía en una época en que las cosas no se solían aderezar todavía con fines retóricos. Eurípides, por el contrario, abusa de los prejuicios de los espectadores atenienses de una manera verdaderamente reprobable. Su Ulises[131] reprocha a los bárbaros no honrar a los amigos ni guardar admiración alguna para los caídos en el combate; y en su tragedia *Orestes* da rienda suelta a un orgullo patriótico de baratillo, con una caracterización de los bárbaros[132] a base de cobardía, servilismo y miedo a la muerte, que nos ofrece como retrato especial de los frigios. Por eso es tanto mayor el gusto con que se oye a un conocedor sosegado, que ha luchado contra los bárbaros y nos describe su manera de guerrear: Brasidas,[133] en el momento en que arenga a su gente contra los ilirios. Pocas veces encontraremos, como en ese discurso, tan certera y concisamente descritas la fortaleza y la debilidad de esos bárbaros. En conjunto, el arte militar griego se considera, de antemano, superior al de los no griegos, siempre que éstos no se presenten en contingentes formidables.

Para una polis, la mayor desgracia imaginable consistía en hacerse bárbara, ἐκβαρβαρωθῆναι, ya sea por conquista ya por infiltración extranjera. En este último caso podían verse las ciudades vasallas del Imperio

131. Eurípides, *Hécuba*, 328.
132. Eurip., *Orestes*, 484 y s., 495 y s., 1111, 1369 y s., 1483 y s., 1527.
133. Tucíd., IV, 126.

persa, como le ocurrió, por ejemplo, hacia 408 antes de Cristo, a la ciudad de Éfeso, a causa de las inmigraciones de Lidia y de la presencia frecuente de una guarnición persa, hasta que llegó Lisandro,[134] que restauró la vida griega en su primer rango, mediante la construcción de astilleros, etc. Ciudades griegas en país bárbaro, que se sentían amenazadas, como ocurría, por ejemplo, con los euesperitas en Libia, hacían circular proclamas invitando a «todos los helenos»,[135] y en esta ocasión llegaron muchos de aquellos mesenios que en el transcurso de la guerra del Peloponeso habían perdido también su último refugio, Naupactos. Muchas colonias fueron sometidas, y el destino de las poblaciones griegas se halla señalado por un constante afluir y hundirse. Cuando toda una serie de espléndidas ciudades de la Magna Grecia caen definitivamente en manos de samnios, lucanos y brutios, los habitantes de Poseidonia, la que luego se llamará Pestum, son también sometidos. «Han mudado su idioma y su vida toda, pero siguen celebrando una de las fiestas helénicas, con cuyo motivo se reúnen todos y piensan en el viejo nombre y en las viejas instituciones; entonces prorrumpen en quejas y llanto y se despiden así.»[136]

El Imperio persa tuvo de su lado a muchos griegos en su gran lucha contra la nación, y, más tarde, intervino poderosamente en las disensiones griegas, con toda la amargura que la antecámara de los magnates persas suponía para los mejores griegos;[137] pero los persas, cuando menos, eran bárbaros cultos del Asia.

134. Plut., *Lis.*, 3.
135. Pausanias, IV, 26, 2.
136. Aten., XIV, 31, tomado de Aristoxeno, que escribía en el siglo IV; considera —seguramente se equivoca— que los conquistadores de la ciudad eran etruscos. La conquista cae por los 348-424 antes de Cristo.
137. Plut., *Lis.*, 6.

En las luchas entre helenos, debiera haberles repugnado en extremo toda alianza con salvajes bárbaros del interior, y, sin embargo, la guerra del Peloponeso pasa, desde un principio, por encima de estos reparos.[138] El sentimiento de los vencidos en esas circunstancias nos lo revela la conducta de los ampraciotas de Idomene frente a los atenienses y sus aliados, los bárbaros anfiloquios: huyeron hacia el mar cercano, y al avistar las naves atenienses se lanzaron a nado hacia ellas, «prefiriendo morir a manos de su tripulación que a las de los odiosos y bárbaros anfiloquios».

A partir del siglo IV, ya no es tanto cuestión de la oposición entre helenos y bárbaros, quizá porque, entre tanto, los griegos se han infligido demasiado daño unos a otros y porque el antiguo orgullo nacional se ha quebrado. Entre los filósofos, el fundador de la escuela cínica, aquel implacable despreciador de la Polis, Antístenes —griego a medias, pues su madre era tracia—, es quien, característicamente, se desentiende de las viejas concepciones. Al tratar de demostrar[139] que el esfuerzo no es ningún mal (πονος) escoge como ejemplo griego a Heracles, y a Ciro como bárbaro, el mismo que Jenofonte escoge también como modelo de un rey bien educado. No quiere decir poco que en cuestiones éticas un bárbaro figure como ilustración ejemplar, como arquetipo. Para Platón, Egipto es manantial primitivo de espíritu y un ideal en más de un aspecto. A partir de Alejandro, cambia por completo, en este particular, el horizonte visible, porque grandes países del Oriente asumieron en parte o totalmente las maneras griegas. Es posible que se exagere mucho cuando se nos cuenta que los hijos de los persas, bactrios y gedrosios, reci-

138. Tucíd., I, 24, 26, 47; comp. 82 — 111, 112.
139. Diόg. Laerc., V, 1, 3.

taban las tragedias de Sófocles y Eurípides,[140] pero el Oriente, helenizado hasta más allá del Éufrates, representó una ampliación efectiva, si no de la nación griega, del ámbito de su cultura. No importa que los «adscritos al helenismo»[141] siguieran usando, aun después de siglos, muchas «locuciones bárbaras inadmisibles»; porque dentro del mundo espiritual griego operaba ahora mucha sangre y mucha inteligencia bárbaras, que no sólo se pondrían de manifiesto en la visión a lo griego de lo oriental, sino también en el íntimo acoplamiento al pensamiento y al verbo griegos en sus formas áticas más delicadas.

La filosofía, como explicaremos en otra ocasión, sufrió una invasión especial. Ya en sus comienzos atrajó al escita Anacarsis, y entre los admiradoraes de Platón se contó un noble persa, Mitrídates, hijo de Rodobates. Pero ahora la sabiduría griega rompe los muros de la nacionalidad, como antes los del sexo (con las itagóricas) y los de la clase (iniciando a los esclavos en la filosofía). Según la doctrina estoica, helenos y bárbaros son iguales, igualmente hijos de Dios. Cien años después de Alejandro, Eratóstenes podía decir:[142] «No tenían razón los que dividieron la casta humana en helenos y bárbaros, mucho mejor que se distinga según la bondad y maldad, porque hay muchos helenos corrompidos y muchos bárbaros dignos (ἀστεῖοι), como los indios y los arianos, y los romanos y los cartagineses, con sus admirables instituciones políticas.»

De aquí a la admiración de los bárbaros no había más que un paso. Se juntaba ese anhelo de primitivismo que prende de tiempo en tiempo en toda cultura

140. Plut., *De fortuna Alex*, I, 5.
141. Estrabón, XIV, 2, 28, p. 662: οἱ βάρβαροι οἱ ἐσαγόμενοι ἐς τὸν Ἑλληνισμόν.
142. En Estrabón, I, al final.

ya desviada y tardía, anhelo que se dispara preferentemente hacia la lejanía. Se rumiaban los epítetos con que Homero y Esquilo habían caracterizado a algunos pueblos: los magníficos hipemolgos, los escitas, amantes de las leyes, y los abios, los más justos entre los hombres,[143] pues ya los viejos habían buscado la bondad y la dicha en los límites del mundo, porque su centro les era demasiado bien conocido.[144] Poco a poco estas visiones se irían deshilando en razonamientos; así, mientras la filosofía se veía invadida de ideas orientales, se concedía importancia especial en la vida de los sabios antiguos, a partir de Pitágoras, a sus andanzas y su aprendizaje en tierras de Oriente, hasta que cuajó la convicción[145] de que la filosofía había tenido su origen entre los bárbaros, y se citaba a los gimnosofistas indios, a los druidas, a los caldeos, a los sacerdotes egipcios, a los magos persas, etc. También en los dominios de la religión compete a los bárbaros una visión superior, y un sidonio le sostiene a Pausanias, en el templo de Asclepio en Egion, que los fenicios saben más de cosas divinas que los griegos;[146] comienza a celebrarse enfáticamente la piedad de los bárbaros,[147] en contraste con el creciente descreimiento de los griegos, mientras que antes no se ponderó sino la ma-

143. Véase la loa de los etíopes, en Herodoto, III, 20 y s. Los más justos de entre ellos son considerados los mejores. Pausan., I, 33, 4. Acerca de los justos galactófagos, que son los mismos abios, vemos una referencia sorprendente en Estobeo, *Floril*, I, p. 130, ed. Meineke.

144. Acerca de esa residencia de la virtud y la felicidad en regiones marginales cada vez más apartadas, v. Rohde. *Der griech. Roman*, p. 201 y s. Recoge de Herodoto (IV, 23) los suaves y santos argimpeos; de Ctesias, los indios justicieros; de Pinio y Mela, los seros. También Éforo sabe de los dichosos y justicieros escitas.

145. Diog., Laerc., I, 6.

146. Pausan., VII, 23, 6.

147. Eliano, v. *H.*, II, 31.

ravillosa piedad de los hiperbóreos.[148] Y para que no falte nada, los bárbaros son también moralmente mejores; el griego de entonces piensa sobre los suyos de manera parecida a como pensará Maquiavelo de los italianos, y la conclusión es obvia: cuando los bárbaros son malos es que han sido corrompidos por los griegos. Toda esta teoría de opiniones, empezando por las alabanzas homéricas, las encontramos en una movida declamación de Estrabón,[149] que empieza con aquellas palabras: «No es de extrañar que Homero califique de justos y magníficos a quienes viven sin deudas ni afanes pecuniarios, libres, por tanto, de las injusticias que estas cosas acarrean.» Luego expone que los bárbaros son, en parte, mejores, han sido contaminados por ellos de ansia de placeres, de codicia y de bellaquería.

Entretanto, también los dioses bárbaros iban ganando prestigio ante griegos y romanos; aparecían poderosos y providentes frente a la notoria impotencia del Olimpo ante el destino. La nación, hundida, parecía pensar para sus adentros que los dioses debieron protegerla mejor.[150]

148. La obra de Hecáteo de Abdera, un contemporáneo de Alejandro *el Grande*, acerca de unos supersticiosos habitantes de una apartada isla del Norte, no debió de contener sobre los mismos más que los lugares comunes de los poetas anteriores, a juzgar por los fragmentos conservados. Comp. Baumstark, en Pauly, III, p. 1652. El rasgo principal era la piedad religiosa. Con la *Atlántida* y otras viejas leyendas occidentales se compusieron más tarde las *Insulae beatorum*.

149. Estrabón, VII, 3, 7 y s. En el *Diálogo de los muertos*, de Luciano (XII, 3), encontramos el panegírico moral y militar que hace Aníbal de sí mismo como bárbaro.

150. «Varios dioses han cuidado poco de nosotros», dice ya Carion a Hermes. Plut., *Aristóf.*, 1117.

## 3. El «pathos» helénico

Después de todo lo dicho, podemos quizá fijar el valor del *pathos* panhelénico, que se deja oír de tiempo en tiempo, como algo muy diverso según los momentos y los hombres. En la época de la guerra persa, los atenienses hablan sin ambages y en tono mayor, y con razón. Su respuesta a los enviados espartanos, luego de haber rechazado la oferta de Mardonio,[151] el discurso del mensajero ateniense ante los éforos,[152] el juramento del ejército griego antes de la batalla de Platea,[153] son verdaderos monumentos: la sangre y la lengua, los santuarios y las ceremonias religiosas, y el modo de vivir, son comunes a todos los griegos; y el mismo exaltado diapasón en la veneración por Zeus Heleno, en el horror por toda traición a la Hélade, en anteponer la libertad a la vida, y en la promesa de no destruir ninguna ciudad de las que luchan ahora en hermandad. Ni tan siquiera los votos que hicieron en la ocasión las heteras corintias por la salud de los helenos,[154] han de entenderse como una broma inventada después, sino como una voz más a tono con la solemnidad sublime del momento; su Afrodita era, con Poseidón, la gran divinidad de Corinto, y la ciudad hacía entrar desde antiguo el cortejo de cortesanas en los votos solemnes. Después de la victoria de Platea, el mismo dios délfico se asocia al *pathos* general y manda que se erija un altar a Zeus liberador, pero que no se le ofrezcan víctimas hasta tanto no se apaguen todos los fuegos en el país, contaminados por los bárbaros,

151. Herodoto, VIII, 144.
152. *Ibídem.* IX, 7.
153. Diodoro, XI, 29.
154. Diodoro, XIII, 32.

y se enciendan de nuevo con una chispa del hogar délfico.[155]

Siguen los tiempos en que los intereses divergen y Grecia se distribuye entre las hegemonías de Atenas y Esparta. Demasiado tarde, Pericles pretende despertar los viejos sentimientos e invita a todas las ciudades griegas a que acudan a un Congreso en Atenas para tratar de «la paz y de la acción común de los helenos», para restaurar los templos destruidos por los persas y para practicar los sacrificios ofrecidos en común; el Congreso fracasó ya a la primera contraindicación de Esparta. Y como los atenienses habían aderezado de tal suerte toda su historia que desde un principio se presentan como bienhechores de la Hélade, poetas y oradores insisten siempre en este tono, y ni tan siquiera el descalabro de la guerra del Peloponeso modera las pretensiones en este sentido. También la tragedia ática resuena aquí y allí con un sentimiento patriótico a nombre de todos los helenos; Heracles dice de sí:[156] «¿Argivo o tebano? No me enorgullezco de una ciudad, porque toda ciudadela de griegos es mi patria.» En el siglo IV el sentimiento panhelénico gana por breve tiempo el primer plano de los asuntos griegos con la figura de Epaminondas; como veremos, no es el único que siente así, pero las perspectivas de futuro de estos hombres no podían ser muy largas ni les era posible crear un sentimiento general dominante. Había muchos panhelénicos de palabra, y hasta el terrible Dionisio *el Viejo* pretende pasar como salvador del helenismo, pero habrá que examinar en cada caso si no se trata más bien de una mera cantilena con cuyo motivo irritar o perder al enemigo. En aquella justificada su-

155. Plut., *Aristóf.*, 20.
156. V. la cita de Plutarco, *De exilio*, 5, seguramente de Eurípides.

blevación de los griegos a la muerte de Alejandro, que se conoce como guerra lámica, el demos ateniense se atreve a dirigirse en su proclama a las demás ciudades[157] con las siguientes palabras: «Atenas ha cuidado siempre de que la Hélade sea la patria común de todos los helenos, y ahora es menester prestar la sangre y los bienes para la salvación de todos.» Pero esta guerra tenía en la misma Atenas muchos enemigos; faltó el coraje necesario y el resultado fue lo más lamentable; ocupación y cambios de constitución a cargo de los macedonios. Con la entrada del helenismo en la Historia universal, el concepto de lo helénico pierde su significación eticopolítica para pasar a representar un interés universal de la cultura: en la patria, sin embargo, Aratos y Filopemen pasaron, todavía, como bienhechores de todos los helenos.[158]

157. Diodoro, XVIII, 10.
158. Pausan., VIII, 52, 1, 2, se esfuerza en agrupar a aquellos griegos que más servicios han prestado a toda la nación, y nos proporciona, por lo menos, las opiniones de los literatos posteriores.

# APÉNDICE

1. EN LO QUE SE REFIERE AL CULTO DE LOS LUGARES CLÁSICOS (pág. 55), añadimos la siguiente ilustración: aunque *Estrabón* no es muy amante de los mitos (ἥκιστα φιλομυθεῖ), se cree obligado a conservar para cada lugar la tradición mítica. En VIII, 3, 23, a propósito de la mención de Corifasión, Pilos, Prote, etc., declara: «No trataríamos de investigar el pasado, sino que nos contentaríamos con la noticia del estado actual, si no fuera porque desde niños se nos ha transmitido un testimonio (φήμη) sobre el caso. Ahora bien, como diversos dicen cosas diversas, hay que optar. A los que se otorga mayor crédito es a los más famosos y antiguos, primeros en experiencia, y como Homero excede a todos en este aspecto, hay que destacar lo que él nos dice y compararlo con el estado actual.» Por eso, al hacer referencias geográficas, ofrece también recuerdos históricos; así, por ejemplo, al ocuparse en Egos Pótamos nos habla de un aerolito allí caído, y a propósito de Abidos, nos recuerda la expedición de Jerjes (VII, *Fragm.* 50, 52), etc.; pero lo primero que le viene a las mientes es el mito. Al citar a Abdera nos cuenta ante todo los mitos referentes a Abdero, que fue comido por los caballos de Diómedes. El lago del lugar se originó mediante un canal por el que Heracles hizo pasar el mar para perseguir a los caballos de Diómedes, y en las proximidades

está la aldea Cartera, en la que se nos muestra el palacio de Diómedes (VII, *Frag.* 44). El texto completo debió de citar también a los grandes hombres de Abdera. El río Neda nació en Arcadia de una fuente, la Rea, que, luego de dar nacimiento a Zeus, hace que la montaña se abra en manantial para bañar al niño (VIII, 3, 22). En Pirene de Corinto, Beleforonte apresa a Pegaso mientras bebe, y al pie de Pirene se veía el Sisífeo, restos considerables de un templo o de un palacio real de mármol blanco (VIII, 6, 21). En Cromion, una aldea corintia antes megárica, se contaba lo de la cerda cromiónica; en Tenea crió Polibo a Edipo (VIII, 6, 22). La mayoría, si no todos, de los poblados del Ática conservan sus numerosas tradiciones míticas (μυθοποιίας συγνὰς καὶ ἱστορίας); Estrabón nos va contando a su propósito recuerdos míticos e históricos muy claros, hasta que le parece que ya es un poco demasiado (IX, 1, 19). En la Hiria beocia se contaba de Hireo y el nacimiento de Orión, que Píndaro nos relata en sus ditirambos, y en Antedon se cuenta de Glauco (IX, 2, 12 y s.). En la aldea de Escolos, situada inverosímilmente al pie del Citerón, había sido destrozado por las Ménades Penteo, arrojado del monte, y en la cercana Potnia, Glauco había sido destrozado por los caballos potniádicos (IX, 2, 23 y s.). En la aldea téspica de Eutresis, vivieron Anción y Zeto, antes de llegar a ser reyes de Tebas (*ibídem*, 28). En la Daulis focense, se realizaba la leyenda de Teseo, Filomele y Procne, y a Panopeos, patria de Epeyo, correspondía la leyenda de Ticio; se mostraba la cueva Elarión, que llevaba este nombre del de su madre Elara, y su Heroon, donde gozó de culto (IX, 3, 13 y s.). En la Cinos lócrica vivió Deucalión; aquí está el sepulcro de Pirra, mientras que el suyo está en Atenas; Patroclo era de Opus, de donde huyó por causa de homicidio. El muerto se llamó Aianis, y se mostraba el barrio a él con-

sagrado (τέμενος Αἰάνειον) y una fuente, Aianis (IX, 4, 2). En Calcis, no lejos de Calidón, estaba la colina Tafiasos, donde estaban los sepulcros de Nesos y de los demás centauros; por eso, al pie de la montaña salta un arroyo de aguas malolientes y sanguinolentas, que debió de dar su nombre a los locrios ozólicos (*ibídem*, 8. Véase Antígono, c. 117). El río Diras, en el Oeta, había osado apagar la pira de Heracles (*ibídem*, 14). En el ágora de la Melitaia tesálica se mostraba el sepulcro de Helena (IV, 5, 6). En la costa tesálica, cerca de Antión, había dos islas cuyos nombres era Deucalión y Pirra (*ibídem*, 14). De las muchas islas que prolongan la península de Magnesia, la más conocida es Esciros (μάλιστά ἐστιν ὀνόματι), por haber hospedado Licomedes a Aquiles y por la crianza de Neptolemo; pero si estas razones la recomiendan a la arqueología, la excelencia de sus cabras la hacen también digna de mención (*ibíd.*, 16). Con ocasión de las Peneostales tesálicas, nos cuenta que se busca allí y en Eubea y Arcadia la Ocalia, castillo de Eurito, y se pregunta especialmente cuál de las ciudades conquistadas por Heracles puede ser la que trata el poeta de la conquista de Ocalia (οἰλαλίας ἅλωσις). Sólo existía de la Ocalia eubeica un resto de aldea (x, 1, 10); como había, pues, pocos habitantes que trataran de reivindicar que sus antepasados fueron conquistados por Heracles, se trata solamente de las pretensiones de los arqueólogos en sus incursiones entre ruinas (IX, 5, 17). En la Eretria eubeica (o mejor, tesálica) había un templo de Apolo fundado por Admeto; el dios había estado al servicio de Admeto (x, 1, 10). En el río Eveno se desarrolla la historia de Heracles, Dejanira y Neso (x, 2, 5). En la isla de Miconos estaban los últimos gigantes aherrojados por Heracles (¿era el suelo volcánico y se creía percibir su furor [ μυκᾶσθαι ]?), y en Serifos se contaba de Dictis que con sus redes (δίκτυα)

recogió las cajas de Danae y Perseo; también debió de criarse aquí éste. Más tarde convirtió en piedra, con la piel de la Gorgona, a todos los serificios, porque quisieron obligar a su madre a que se casara con el rey Polidectes. La isla es tan rocosa, que los bromistas dicen que también es obra de la piel de la Gorgona (x, 5 y s.). Nisiros es un trozo disgregado de Cos. Poseidón, que perseguía a un gigante, la escindió con su tridente y la lanzó allí donde está ahora (*ibíd.*, 16). En la montaña, entre los desfiladeros de Cícico y Príapo, está la localidad Harpagia, donde fue arrebatado Ganímedes; según otra leyenda, lo fue en la montaña Dardanion, cerca de Dardanos (XIII, 1, 11); pero en Antandros estaba la montaña Alexandría, donde Paris emitió su juicio (*ibíd.*, 51). En los alrededores de Troya, cuya situación era muy disputada por entonces, Estrabón tiene las mayores dificultades para fijar, en el libro XIII, cada uno de los lugares homéricos. Habían sido fijados ya mucho antes sin sentido crítico alguno, y ahora no había manera de que correspondieran. Opina que por una desviación del río (προχώματα), la comarca debió de variar mucho (XIII, 1, 35 y s.).

Pausanias nos instruye que en las ruinas de Cifanta, en Laconia, había una fuente que habría hecho surgir Atalanta, cuando, sedienta de una cacería, dio con la lanza contra la peña (III, 24, 2). En Filos se encontraba la casa de Néstor (IV, 36, 2). Tales casas de personajes míticos, que existían en gran número, tenían una gran fuerza convincente y de actualización. Y en la ciudad se mostraba una cueva adonde fueron llevadas de noche las vacas de Neleo y Néstor, en lo que apoya Pausanias unas suposiciones sobre su raza y sobre los rebaños como propiedad principal en los primeros tiempos (*ibíd.*, 3). En Tebas, cuando en tiempos del autor sólo seguía habitada la Cadmea, toda la parte baja de la

ciudad se componía de lugares y monumentos clásicos (IX, 7, 4). En el templo de Zeus, en Ancira, se veía todavía el ancla encontrada por Midas y la fuente de su nombre, el agua de la cual mezcló él con vino cuando estuvo acechando a Sileno (I, 4, 5). En la techumbre del santuriario de los Leucípidas, en Esparta, se mecía, envuelto en cintas, el huevo de Leda (III, 16, 2; las variantes que sobre este huevo nos da Apolodoro, III, 10, 7, ofrecen una muestra suficiente de la credulidad de los griegos).

Antígono (*Paradoxographi*, ed. Keller) cuenta que en Regio las cigarras no cantan porque, una vez que dormía por allí Heracles, le molestaron y rogó que enmudecieran para siempre (c. 2). Las ranas no cantan en Serifos, porque Perseo hizo lo mismo (c. 4). En Antisa, donde se muestra el lugar de enterramiento de la cabeza de Orfeo, los ruiseñores cantan como en ninguna parte (c. 5). En Creta no se encuentra ninguna hierva venenosa, ningún lobo ni lechuza, porque allí nació Zeus (c. 10 b). En Atenas ningún cuervo vuela sobre la acrópolis, porque una vez un cuervo transmitió a Atenea una terrible noticia (que Erictonio había sido descubierto por los Cecrópidas). Que Atenea había lanzado una montaña, la actual Licabetos, al lugar en que ahora se halla enclavada (c. 12). Las mujeres de Lemnos huelen mal algunas temporadas, de suerte que no hay manera de acercarse a ellas, y los días suelen ser los mismos en que llegó a la isla Medea con Jasón, lanzando sobre la región sortilegios (φάρμακα) (c. 118). Según Teofrasto, la Estigia rezuma, a través de una roca, en Peneos de Arcadia; el que quiere coger de esa agua lo hace con esponjas atadas en palos; rompe todas las vasijas con excepción de las de cuerno (alias, casco de caballo); el que la prueba, muere (c. 158). En Creta hay un pequeño arroyo (ὑδάτιον) que conserva secos a

los que se meten en él en caso de lluvia. Entre los cretenses se creía que Europa, luego de haber dormido con Zeus, se lavó en esas aguas (c. 163). Las garzas de la isla Díomedea son, según cuentan los naturales, los compañeros transformados de Diómedes (c. 172).

Recogemos todavía lo siguiente: Flegón, en sus *Olimpíadas (ibíd.)*, coloca el origen de Olimpia en el mito, como Pausanias, con más fantasía: después de Peiso, Pélope y Heracles, que habían introducido la fiesta de Zeus y los agones en Olimpia, los peloponesios cesaron durante un tiempo de celebrar Oficios divinos, tiempo que se calcula en 28 olimpíadas desde Ifito hasta Coroibo el elio. Como el Peloponeso fue presa de los mayores trastornos, Licurgo el lacedemonio, el Heraclita Ifito, Coroibo el elio y Cleóstenes el pisata, acordaron, para instaurar la paz, restaurar la fiesta olímpica en su antigua forma (εἰς τὰ ἀρχαῖα νόμιμα) y celebrar un agon gimnástico, para lo que demandarían consejo al oráculo. Según Herodoto, IX, 73, los espartanos respetaron en sus correrías en el Ática a Decelia, porque antiguamente sus habitantes habían revelado a los Dióscuros el cobijo de Helena en Afidne; también respetaron la Academia, porque, según otra leyenda más reciente, Academo les había proporcionado a los Dióscuros noticias del paradero de su hermana. Según Teofrasto, h. pl. IX, 10, 2, y Livio, XXXVI, 30, el lugar donde acabó sus días Heracles, en el Oeta, se llama desde entonces sencillamente Pira, o también Frigia y Preston, que quiere decir lo mismo: pira (Calím. Dian, 159, Schol.; v. Preller, *Mythol.* 11). Según Ptolomeo Chennos, hijo de Hefeston (IV), una fuente en Lacedemonia se llama Sandalión, porque allí se le cayó a Helena una sandalia cuando huía de Paris. Arístides Rector cuenta en *Rhodiacos*, esto es, en el discurso que finge pronunciar a los rodios después de un terre-

moto (ed. Dindorf., I, pág. 797), que Rodas había sido hasta el momento dispensada de terremotos, mientras que «las demás» hacía tiempo que eran puras ruinas, de todo lo cual no se tenía noticia por los ojos, sino por referencias de archiveros.[1] Ver en Partenio, narrac. 25, todas las codicias y desgracias que ocasionó el collar de Erifile (en el templo de Atenea Pronoya en Delfos), en tiempo de la Guerra Santa. Un lugareño de Troya le mostró a Alejandro *el Grande* la lira de Paris, y el rey comentó que hubiera preferido la de Aquiles (Eliano, v. *H.*, IX, 38). Los *mistagogi*, que, al decir de Cicerón (*Verr.*, IV, 59, 132), mostraban a los forasteros las cosas dignas de verse de Siracusa y otros lugares, debieron seguramente su nombre a que de paso contaban las leyendas y mitos locales.

2. Localización del mito en diversos lugares (véase pág. 56). — Pausanias, luego de haber hecho nacer a Atenea en Arcadia, nos da noticias en VIII, 26, 4, de que en Alífera existía un templo de Atenea, como diosa principal del lugar, pues había nacido y se había criado en Antera, y también existía un altar del dios Leceates, que había nacido de Atenea, y una fuente llevaba el nombre de Tritonis porque la involucran con la leyenda del río (no mar) Tritón. La estatua de bronce de Hipatodoro era digna de verse por su tamaño y arte (¿de qué período, en el devenir de Zeus, procede este mito extraño?). Sin duda alguna, es de tipo meteoricoelemental. Pero si lo localizamos en las lejanas tierras fabulosas de Libia, es decir, lo convertimos en un fenómeno cósmico, las interpretaciones son más libres que si lo vinculamos a determinadas localidades de Grecia. Es verdad que las localizaciones pueden ser de origen

1. Παρὰ μὲν τοῖς ἄλλοις λόγους ἔστιν ἀκοῦσαι καὶ τρδπαίου τι λοιπὸν ἰδεῖν καὶ μνῆμα καὶ δείκνυσιν ὁ περιάγων ἐν ἀμυδροῖς γνωρίσμασιν, οὑτοσὶ μὲν Σεμέλης θάλαμος; οὑτοσί δέ ʽΑρμονίας ἢ Λήδας ἢ τι τῶν τοιούτων.

relativamente posterior, por ejemplo, con ocasión del drama sagrado que se representaba en la fiesta anual de una divinidad; podía formarse poco a poco una idea confusa o creencia de que lo que ahora se desarrollaba espectacularmente ante los ojos en la localidad había tenido que ocurrir antes en ella; quizás el pueblo no podía discernir ambas cosas. De todos modos, las honras fúnebres que anualmente se dispersaban a dioses jóvenes prematuramente fallecidos (Linos, Adonis, etc.), acostumbraba a la gente a este tipo de sucesos anualmente conmemorados. Además de en Creta, Zeus había nacido en la Gortis arcádica, y fue lavado en el río de la localidad, Lusios de nombre y también Gortinios, que era el más frío de todos los ríos griegos (Paus., VIII, 28, 2). También había nacido en el Metidrión arcádico: allí había llegado Rea, embarazada; en prevención de que Cronos la atacara, se aprestaron a la defensa Hopladamo y los gigantes que le acompañaban; el nacimiento ocurrió en realidad, como lo admitían las gentes, en un lugar del Liceo, pero el engaño con la piedra, en Metidrión. Asimismo se halla aquí la gruta de Rea, que no habían de visitar sino las mujeres consagradas a la diosa (*ibíd.*, 36, 2). La montaña Liceo se llama también Olimpo y cueva sagrada (ἱερὰ κορυφή). Aquí se crió Zeus (τραφῆναι, y se entiende equivocadamente el nacimiento). Un lugar determinado de la montaña se llama Cretea y, según los arcadios, éste sería el lugar de nacimiento de Zeus y no la isla (*ibídem*, 38, 2). Hermes fue criado en la Acacesión arcádica por Acaco, según una leyenda arcádica. Pero ya los tebanos varían esta versión, y la de ellos es, a su vez, variada por los tanagros (*ibíd.*, 36, 6. Acerca de las pretensiones de los tanagros, v. IX, 20, 3, y 22, 2). La sima abierta para Anfiarao se localiza (además de en Oropos) muy cerca de Tebas, conmemorándolo un pe-

queño períbolo con pilastras (*ibíd.*, IX, 8, 22). No lejos de los escombros de la Trapeso arcádica había un manantial intermitente y un fuego volcánico. Aquí colocan los arcadios (y no en la Pelene tracia) la lucha entre dioses y gigantes, y ofrecen sacrificios al rayo, al huracán y al trueno (VIII, 29, 1 y s.).

Dión Cassio nos cuenta de Comana, en Capadocia (XXXV, 11), que se creía que la estatua táurica de Artemisa y la descendencia de Agamenón, se había encontrado siempre allí. No puede decir nada fijo sobre cómo vinieron y permanecieron allí, pues hay diversísimas versiones: pero lo que sabe de cierto lo quiere contar: había en Capadocia dos localidades, no muy distantes entre sí, que se llamaban con este nombre, y ambas contaban los mismos mitos para sí, y las dos mostraban, además, la espada de Ifigenia. Sobre esto, dice todavía que Esquilo no se refiere al Cáucaso como región donde Prometeo es atormentado. V. variante sobre βίος I en la Biogr. 22, de Westermann: Hay que saber que (al poeta no lo fija encadenado en el Cáucaso, según la opinión corriente, sino en una de las costas europeas del océano, como se desprende de lo que dice a Io.

3. ACERCA DE LA EPIFANÍA (página 68). — Sorprendente es lo que se nos cuenta con ocasión del segundo ataque tebano a Esparta (362 a. de C.); según él, en efecto, el joven Isadas, que combate bellamente desnudo, sin más que el escudo y la lanza, no puede ser herido, ya sea por la protección que los dioses prestan a los valientes, ya porque se les aparece a los enemigos como algo más imponente y magnífico que un hombre (εἴτε μεῖζόν τι καὶ κρεῖττον ἀνθρώπου φ ανεὶς τοῖς ἐναντίοις Agesil., 34). Que M. Antonio el triunviro, fuera denominado por los efesios, que le recibieron con un carnaval báquico, Dionisos Caridotes y Dionisos Mili-

quio, no era otra cosa que lo que ya habían escuchado algunos diadocos, y que los emperadores en seguida empezaron a reclamar para sí. Tampoco la presencia de Cleopatra en Alejandría con los atributos de Isis, significaba allí nada nuevo (Plut., *Ant.*, 54). Algo más significa (*ibíd.*, 2) lo que se dijo con ocasión de la recepción de Cleopatra en Tarsos. Se corrió el rumor de que Afrodita corría, enamorada, en busca de Dionisos, para salvación del Asia. Nos recuerda esto la divinización de Paulo y Barnabas en Listra. La mujer argiva cuya pedrada mató a Pirro, sería Deméter en persona. Así nos lo dice el épico argivo Liceas. Y por orden del oráculo se estableció un santuario en el lugar donde cayó Pirro, dedicado a Deméter, y en él se halla enterrado Pirro (Paus., I, 13, 7). Luciano (*Demonax*, c. 1) conoció personalmente al beocio Sostrato, a quien los griegos dieron el nombre de Heracles, y lo consideraron como tal (καὶ ᾤοντο εἶναι Él (Luciano) trató en otra obra del asunto (no conocemos la obra) y contó sobre su fuerza extraordinaria, su vida al aire libre en el monte Parnaso, y el cobijo y alimentación penosos que le ofreció la montaña, y sus hazañas, que hacen honor a su nombre (el de Heracles) y todo lo que consiguió venciendo bandidos, abriendo caminos y cubriendo abismos. Se trataba, como se ve, de una especie de ermitaño a lo San Cristóbal, que el pueblo tomó como el verdadero Heracles. Un ejemplo de inmediata divinización de un hombre por cuya mediación se ha hecho uno rico repentinamente lo vemos en Plutarco, *Quaest. Graec.*, 34. Un navegante, Pirrias de Itaca, salvó de un barco pirata a un anciano que llevaba unos pucheros llenos de resina; luego se vio que, mezclada con la resina, había gran cantidad de oro y mucha plata; Pirrias, enriquecido de pronto, muestra su reconocimiento al anciano; pero, además, le presenta un be-

cerro para sacrificarlo en su honor; sacrificio que suele hacerse a las grandes divinidades. Por eso dice el refrán: «Nadie ha sacrificado a su bienhechor un toro, fuera de Pirrias.»

4. ACERCA DE LA APARICIÓN DE SERES MÍTICOS DE RANGO INFERIOR (pág. 71). — Dice Cicerón, *Saepe Faunorum voces exauditae.* Respecto a los sátiros, Plutarco (*Sila,* 27, 2), nos cuenta cómo una vez fue llevado a presencia de Sila un sátiro que había sido sorprendido dormido en Apolonia, y cómo le interrogaron en todos los idiomas inútilmente, Sila, indignado, hizo que lo dejaran libre, por imposible. Sobre aquellos cuyo cadáver fue llevado a Antioquía, donde el emperador Constancio, v. San Jerónimo, *Vita S. Pauli Thebaei,* c. 7 y s. En lo que se refiere a los demás seres fabulosos, ya en tiempo de Homero se veía Grecia libre de los centauros. Según la *Ilíada,* II, 743, donde se apoya Estrabón (IX, p. 439). Pirítoo de Pelión los había expulsado hacia el país de los etices epirotas: ἐκ Πηλίου ὦσε καὶ Αἰθίκεσσι πέλασσε. Pero, según Apolodoro, se dispersaron por diversas regiones; los restantes los acoge Poseidón y los oculta en Eleusis, cubriéndolos con una montaña.

5. ACERCA DE LA EPIFANÍA DE ASCLEPIO (pág. 72). — La aparición de Asclepio en su templo en el *Pluto,* de Aristófanes (v. 657 y s.), se convierte en la referencia de Carion en una especie de *posse,* y se puede pensar en un engaño habitual. El sacristán (πρόπολος) apaga las lámparas y recomienda el silencio caso de que se perciba un rumor. En ese momento (en la oscuridad, pero percibiéndolo Carion) llega el sacerdote (ἱερεύς) y recoge los pasteles y los higos de la santa mesa (αφάρπάζει) y «consagra» todo esto en un saco. Se produce una larga pausa. Por fin llega el dios, acompañado de Jason y Panacea, da vueltas y examina las enfermedades; un criado (παῖς) coloca a su lado instru-

mental. Carion se halla oculto (pero, ¿cómo?, ¿despierto?, ¿dormido?), pero ve a través de agujeros (ὀπαί) lo que sucede. La actitud del dios con Neoclides es pura farsa; se burla de él hasta verbalmente. Empieza a curar a Pluto con ayuda de Panacea; a un chasquido de su lengua aparecen dos serpientes enormes que lamen los ojos de Pluto; luego de ocurrido esto desaparecen Asclepio y las serpientes por donde habían venido. El resto de la noche la pasan todos en vela alrededor de Pluto. Para juzgar del verdadero grado de credulidad de los enfermos atenienses, todo el relato tiene un valor muy relativo. Lo que se desprende claramente es que el propio Aristófanes tiene personalmente poca consideración para tales sanatorios sagrados. Su Carion se expresa en presencia del dios bastante descocadamente, sin que el dios dé señales de enojarse. Según Livio (*Epit. lib.*, XI), con ocasión de una fiesta, los romanos, hacia 290 antes de Cristo, mandaron una embajada para recoger un *signum* de Esculapio en Epidauro. Una serpiente se desliza en el barco, *quo* [*angue*] *ipsum numen esse constabat* y lo abandona en la isla de Tíber, donde había de edificarse el templo. (Hasta tiempos muy posteriores se guardaron serpientes en los templos; la serpiente de la Acrópolis de Atenas se conservaba todavía en tiempos de Filóstrato; *v. Imag.*, II, 17.) En el siglo VI, la mujer que, según Herodoto, VI, 61, aparece en el templo de Helena en Terapna y embellece a la hijita deforme, debe de ser Helena en persona, aunque no se dice claramente.

6. Para la pág. 79.

El precioso libro de Fustel de Coulanges, *La cité antique*, fue conocido por Jacobo Burckhardt relativamente tarde, luego de que hacía tiempo que estaba escrita la sección que se ocupa en la Polis. Pero lo leyó

con muya pasión y fue dialogando con él en hojas que añadía al texto. El asenso y disenso de esta discusión el autor de esta nota los ha podido intercalar en las dos primeras páginas de la sección de la Polis. La opinión de Fustel según la cual las fratrías habían nacido porque varias generaciones (γένη) formaron una asociación, reconociendo en ese momento una divinidad superior a sus dioses domésticos, con culto y ágape comunes, y que, según este módulo, luego, con el incremento «natural» de la *association*, varias fratrías se habrían agrupado en files con un mismo dios protector y un héroe epónimo, y que mediante una asociación más o menos voluntaria de files que en un principio formaron sociedades independientes, nació la Polis, fue puesto muy en duda por Burckhardt. Le parecía inexplicable el número constante de files en el origen de las polis. Pero aun concediendo que existieron de verdad organismos como las generaciones y que aquí y allí se asocian para formar fratrías, le parece que hay que tener en cuenta, sin embargo, cómo con las migraciones todo se desplaza violentamente, y cómo, especialmente en suelo griego, el gusto vagabundo de algunas estirpes, las ramas más jóvenes desheredadas y la piratería han debido de amenazar de continuo la vida de familia. ¿Cuánto tiempo podía permanecer una generación agrupada? Es decir, los hijos más jóvenes como criados del hogar o como familias vecinas sin propiedad, para no hablar de los esclavos y los clientes. En cuanto tales elementos se agrupan y determinan apoderarse de la propiedad, perturban todo el orden establecido en las proximidades, donde, no sólo se encuentran arios, sino compañeros de estirpe. Así que si pensamos que la generación, según opina Fustel, es una asociación genitiva que vive en común, no se le puede suponer una existencia secular, sino provisional

nada más. La causa propia del nacimiento de la Polis, Fustel la ignora como nosotros. Le parece de un modo general que esa causa es la religión, cuando no es sino su apoyo más fuerte. Así queda en él un salto que dar desde la pluralidad de generaciones al pueblo con una monarquía del tipo heroico. Es verdad que esta monarquía fue al mismo tiempo sacerdocio, y que luego perduró a menudo sólo en esta forma, porque que el caudillaje en la guerra y la atribución de juez fueran mera consecuencia del sacerdocio, es lo que no concede Burckhardt; Fustel olvida, según él, que nos las habemos *a priori* con pueblos nómadas y conquistadores, y por eso no cree que la monarquía se haya instaurado en todas las ciudades (págs. 206 y 208) sin imposición de arriba y sin oposición de abajo, sin conflictos ni revoluciones. (J. Oeri.)

7. ACERCA DEL SINOIQUISMO (pág. 88). — En el fondo, una de las escenas más tristes de la historia griega está representada por el hecho de que poblaciones antiquísimas, no hábiles en el mar y en los desplazamientos, sino arraigadas en sus viejas patrias, que, como vemos en la enumeración que hace Pausanias (VIII, 27, 3), con excepción de Tegea, constituida por nueve poblados, habían formado una especie de cantón para el que lo más preciado era el santuario local,[2] los sepulcros y las leyendas locales (una de ellas sobre la participación en la expedición contra Troya), y cuya prosperidad debió de consistir en el cultivo de su campiña, tuvieran que consentir en la pérdida de todo esto, por causa de la terrible Esparta. Seguramente, según el ejemplo de los argivos, que de este modo se aseguraron contra Esparta y se fortalecieron frente a sus propios

2. Gortis abandonó a medio hacer el templo de Asclepio, de mármol pentílico, con estatuas de Escopas. Pausanias, VIII, 28, 1.

periecos. Durante la Guerra Santa los megalopolitanos fueron vencidos por los espartanos, y, por orden de Esparta, no habían de tomar parte en Queronea ni en la guerra lámica contra Macedonia. Un ataque posterior de los espartanos, al mando de Acrotato, hijo del rey, terminó con su derrota y postración; la ciudad ingresó en la liga aquea, y en una nueva invasión espartana, más considerable esta vez, al mando de Agis, hijo de Eudamidas, fue salvada por Bóreas; pero cayó finalmente en poder de Cleomenes, y ahora viene la cuenta final y vemos para qué han servido tantos sacrificios de la ciudad: Κλεομένης τούς τε ἐγκαταληφθέντας ἐφόνευε καὶ κατέσκαπτέ τε καὶ ἔκαιε τὴν πόλιν (Cleomenes mandó matar a los que se encontrara, y demoler e incendiar la ciudad). Y esto, poco antes de que Esparta corriera la misma suerte con la batalla de Selesía. Hay que recoger la disculpa de Pausanias de que el demos de Lacedemonia no fue culpable, pues que Cleomenes había transformado su monarquía en tiranía (Paus., VIII, 27). En Egión, Patras y Dimes sorprende que, según Estrabón (VIII, 3, 2, pág. 337), se hicieron polis más tarde, luego de haber formado distrito (χῶραι) con agrupaciones de «demos» o poblados (συστήματα δήμων), mientras que, según el mismo autor (VIII, 7, 4, pág. 386), los aqueos establecieron polis en lugar de las aldeas jónicas anteriores. Acaso se había acordado llevar a cabo el sinoiquismo, pero no se tuvo fuerza para realizarlo. En Mesenia, los dorios conquistadores, bajo Cresfonte (según Éforo, en Estrabón, VIII, 4, 7, pág. 361) fundaron su ciudad en tal forma que tuvieron que cambiarla pronto: Cresfonte repartió la comarca en cinco Polis, y estableció la Corte en la ciudad Esteníclaros, situada en el centro con respecto a las otras, y en las otras Polis, Pilos, Rión, Mesola, Hiamitis, emplazó altos funcionarios (βασιλεῖς); equiparó en derechos a los mesenios

con los dorios. Pero como protestaran los dorios, cambió el sentido de su organización, declarando a Estenfclaros como polis única, y reuniendo dentro a todos los dorios.

8. RESPECTO AL TORMENTO DE LOS ESCLAVOS (pág. 213). — En casi todos los discursos de Antifón se trata del valor psicológico del tormento de los esclavos, que se ofrece a la parte contraria o que pide ésta. V. I, 8, 10; II, β, 7; II, Γ, 4; II, Δ, 8; VI *(De choreuta)*, 23, 25; V *(De cuede Herodis)*, 31-34. Nos enteramos de que el sometido a tormento, cuando se daba cuenta de que se le quería matar, solía confesar la verdad. V. *ibíd.*, 40 y s. (acerca del τροχός), 46-50. Nótese en VI, 25, la indicación de que a los libres se les fuerce por juramento ὅρκοις καὶ πίστεσι, que es lo más imponente para un libre (¡en una época llena de perjurios!), pero a los esclavos de otro modo, aun en los casos en que la declaración de la verdad supusiese la muerte del esclavo declarante, eran sometidos al tormento; ἡ γὰρ παροῦσα ἀνάγνη ἑκάστω ἰσχυροτέρα ἐσπὶ τῆς μελλούσης ἔσεσθαι (porque la necesidad del momento actúa en cada uno más fuerte que la idea del futuro). (¿Es que los romanos se han desatado teóricamente hasta tal extremo alguna vez? ¿Se da, por ejemplo, en Cicerón, alguna justificación de la tortura de esclavos?) Sobre la tortura de esclavos nos proporciona detalladas y escandalosas referencias Demóstenes en su final de *In Neaeram* (I, 386 y s.). El que habla, Apolodoro, reclama la aplicación del tormento a las cuatro esclavas de Neera, Trata, Cocalina, Xenis y Drosis, para que digan que los hijos de Neera son sólo de ella y no de Estéfano. Estéfano se coloca en situación desfavorable al no entregar las esclavas; Apolodoro había ofrecido que si las esclavas se mantenían en que los hijos de Estéfano eran fruto del matrimonio de éste con una ciudadana, desistiría del proceso, y si las personas (αἱ ἄνθρωποι) eran dañadas por la tortura

estaba dispuesto a indemnizar daños. Leyendo esta defensa se siente uno ganado a favor del cliente, hasta que llegamos a la alabanza de la tortura: aquí se rompe toda participación. Igualmente escandaloso es lo que Lisias (*Orat.*, IV, περὶ τραύματος) nos refiere. Dos atenienses han comprado juntos una esclacva, pero uno de ellos se ha quedado con ella, y además se niega a entregar cantidad alguna. Aquél se cobra con una paliza, y es llevado por el otro ante los tribunales; de su defensa se deduce que ambos usaron de la esclava amorosamente, y que ella, para ser amada por ambos, había ido prefiriendo alternativamente a los dos. Y, sin embargo, constantemente es cuestión de tormento de ella; el que habla, que lo que quiere ahora es su dinero, observa al acusador que de ese modo aclarará los hechos a su favor, si en realidad así han sucedido. Éste trata de eludir la propuesta haciendo pasar a la esclava por libre.

Durante la República, en Roma, las cosas estaban mejor. El tormento de esclavos era sólo *lícito* (testimonio de esclavos sin tormento, no se conoció en la antigüedad). Además, los esclavos serían atormentados en interés de su amo, nunca en contra; no se escuchaba a los esclavos que pretendieran declarar algo contra su señor. Tampoco eran interrogados, ni por tanto atormentados, más que los acusados, con lo que se eliminaba la mitad del procedimiento griego, en el que se ofrecían o se pedían los esclavos del acusador. Solamente al final de la República ocurrió esto en casos importantes, y en caso de asesinato del amo se aplicó también el tormento a los esclavos sospechosos. Durante el Imperio se atormentó también a los esclavos para que declararan contra sus señores, en casos graves, y el tormento de los esclavos ajenos fue más corriente; de todas maneras, se pedía permiso a su amo, y se le indemnizaba en caso de daño; pero también los libres

se fueron sometiendo al tormento. (No obstante, todavía hay un gran paso que dar hasta las maneras atenienses, apelando las dos partes al tormento de los esclavos, como el procedimiento mejor, a la menor ocasión. V. sobre este punto Rein, en la *Realenzyklopädie* de Pauly, *s. v. Tormento.*)

9. ACERCA DE LOS SACERDOCIOS HEREDITARIOS (página 219). — Se sabe que también fuera del Ática, donde el culto fue desde un principio más importante y rico que en otra parte, hubo sacerdocios hereditarios, y aumentaba el prestigio de aquellas familias como los áticas de los Eumolpidas, Butadas, etc., que tenían en sus manos la gestión de los servicios divinos. Pero Fustel exagera este punto, cuando dice (pág. 296) que el título principal y autoritario de la aristocracia era *la religión héréditaire.* ¿Y en qué medida dependió el privilegio de la magistratura judicial del sacerdotal? No bastan aquí los testimonios de unas pocas familias sacerdotales conocidas; porque el privilegio jurisdiccional pertenece a toda la casta. (*N. B.* Tampoco el desconocimiento de las leyes puede explicar el sometimiento del resto de la población; las leyes no eran, aunque no escritas, leyes secretas.)

10. ACERCA DEL MANDO DE LA ARISTOCRACIA (pág. 237). — Plutarco, en sus *Quaestiones Graecae,* nos ofrece otros cuadros del régimen aristocrático. Según el capítulo I, en Epidauro la casta gobernante (πολίτευμα) la componían 180 hombres; de entre ellos se elegían los consejeros, llamados artinos. La mayor parte del demos vivía en el campo; eran llamados conípodos, pies empolvados (κονίποδες), seguramente por el espectáculo de sus pies al entrar en la ciudad. En el c. II, en Cime, hubo un cargo de filacta que de ordinario vivía en la prisión. Al reunirse el Consejo en sesión nocturna, aparecía en él y sacaba a los funcionarios (los δωροφάγοι

βασιλεῖς de Hesíodo) de las manos y los retenía presos hasta que el Consejo decidía por votación secreta si habían cometido o no injusticia; era una espada de Damocles que la casta se suspendía sobre sí misma. Un tipo de autoridades sólo posible en un régimen aristocrático son igualmente los amnémones de Cnido (c. IV), dieciséis escogidos entre los nobles, que eran nombrados de por vida como inspectores (ἐπίσκοποι) y consejeros previos de los asuntos más importantes. Cuando en Mileto cayó el partido de los tiranos Toas y Damasenor, la ciudad estuvo dominada por dos círculos: uno se llamaba Plutis, y el otro Quirómaca. «Cuando la nobleza triunfó y trasladó el poder a las heterías,[3] mantuvieron consejo sobre los asuntos más importantes, embarcando en los navíos y saliendo a alta mar, para volver cuando tenían los acuerdos tomados, y por eso se llamaron los eternos navegantes (ἀει ναῦται).» La finalidad debió de ser el asegurarse una asamblea tranquila y secreta. No sabemos si ambos partidos acudían a la vez al mar; probablemente que sí, y el motivo principal sería, precisamente, que de ese modo se evitaba el mutuo espionaje. Según Dióg. Laerc., I, 4, 1, cuando la guerra de los atenienses contra Mitilene (¿en el siglo VII?), aquéllos pusieron al frente a un pancraciasta, vencedor en Olimpia, quizás el más fornido de entre los eupatridas.

11. SOBRE PISÍSTRATO (pág. 238). — Todo el parangón entre Solón (que tan fácilmente pudo haber recurrido a la tiranía) y Pisístrato está artificiosamente aderezado en Plutarco. Una supuesta carta del tirano a Solón, inventada después, contiene, sin embargo, algunos importantes testimonios antiguos, y nos es transmitida por Dióg. Laerc., I, 2, 6; «No soy el

3. Περιστήσαντες τὰ πράγματα εἰς τὰς ἑταιρείας en lugar de εἰς τὴν ἑταιρείαν? (c. 32).

único heleno que ha buscado la tiranía, y, además, como descendiente de Codro, me corresponde el mando... Por lo demás, en nada falto a los dioses ni a los hombres, sino que procuro que los atenienses vivan en el Estado a tenor de las instituciones que tú les has dado. Y ahora viven con más justicia que bajo la democracia, porque yo no permito ninguna osadía ni violencia (ἐῶ γὰρ οὐδένα ὑβρίζειν). No pretendo para mí ningún exceso de valimiento y dignidad, sino que disfruto de las ventajas seguras (ῥητὰ γέρα) de que disfrutaron los reyes antiguos. Cada ateniense paga el diezmo de sus tierras, pero no a mí, sino directamente allí donde se le da aplicación, para los sacrificios públicos, para los asuntos públicos y para la guerra, si tenemos precisión de ella». Ya en la legislación de Solón los ataques a la libertad privada, como se desprende del mismo *Solón* de Plutarco, apenas si debieron de ser menores que con Pisístrato.

12. PARA EL FOMENTO DEL PODERÍO MEDIANTE LA MARINA (pág. 286). — El Seudo-Jenofonte insiste al principio (I, 2) que es el demos el que navega, y así le da al Estado su poderío; éste es el mérito de los patrones de barco, oficiales marinos de diversas categorías, y constructores de navíos, más que de los nobles (I, 19 y s.). En I, 19 y s., nos cuenta cómo los atenienses, mediante la posesión y el mando en tierras apartadas, se hicieron prácticos en el remo; porque el que navega tiene que echar mano del remo, como su esclavo, y aprender las expresiones náuticas adecuadas. Esta práctica, que luego les vendrá tan bien sobre los trirremes, la adquieren sobre buques mercantes (πλοῖα) de diversas clases. En cuanto se embarcan en los buques de guerra, todos son duchos en su manejo, pues toda su vida no hicieron sino navegar (II, 11 y s.). Nos habla de las ventajas comerciales que Atenas, mediante su

poderío naval, puede lograr como único comprador posible de toda clase de productos de los súbditos, por ejemplo, maderas, hierro, bronce, cuerdas, cera, etc. Sólo falta una cosa: que estuviese emplazada Atenas en una isla, porque entonces podría dañar a los demás a placer; mientras dominara sobre los mares, no correría peligro alguno. La actual devastación del Ática (la de Arquidamo) no alcanza sino a los labradores y a los ricos; el demos, por el contrario, que no puede ser quemado ni demolido, vive al amparo de pérdidas materiales. Si la ciudad estuviera emplazada en una isla, no podría ser traicionada por los menos; ni habría posibilidad alguna de que éstos abrieran las puertas a los enemigos exteriores o que se sublevaran (στάσις) en la esperanza de recibir auxilio de fuera. Se reconoce, sin embargo, el lado flaco de esta Atenas fuerte en el mar, su ejército de hoplitas; sin embargo, es más fuerte que la potencia militar de los confederados que pagan el tributo.

13. Acerca del trato dado a los confederados, según el Seudo-Jenofonte en su *De republica Atheniensium* (pág. 289). — Aunque el libro está escrito hacia 424, con una clara referencia a la guerra del Peloponeso (ii, 14-16), también refleja, sin embargo, la situación en tiempo de Pericles, muerto hacía cinco años, y nos instruye en qué condiciones rigió a Atenas y lo que es menester borrar del cuadro sublime que nos ofrece Tucídides. Muchas han sido las cosas que él no pudo tocar, y en muchas otras es responsable directo. Se separó de la casta a que pertenecía, y a ella y al resto de los que sufrían, sobre todo los confederados, no pudo ni quiso proteger; pretendía, fiado en sus dotes y falta de escrúpulos, dirigir al demos y cobrar ante él apariencias imponentes, pero llevó las cosas a punto para que el poder cayera en manos de los demagogos, o cuando

menos no pudo contener este desarrollo. En lo que se refiere al trato dado a las ciudades de la hegemonía, dejó que los abusos subieran hasta el punto que se nos muestra en el escrito sobre la Constitución, y en su segundo discurso, en Tucídides, dice claramente que el imperio de Atenas es una tiranía. Pero no se decidió jamás a decir al demos cuán peligroso era este juego, que bajo su mando había cobrado primeramente toda su potencia, y acerca de lo cual nos cuenta el escrito que comentamos lo siguiente (I, 14-18): Los que marchan de Atenas como caudillos o funcionarios hacen de denunciantes en las ciudades de la hegemonía y odian a las clases altas (χρηστοί),[4] en la idea de que el que manda es odiado por los sometidos; porque en cuanto los «fuertes» (ἰσχυροί) lleguen al poder, el señorío del demos de Atenas ha de ser muy breve. Por esto persiguen a los nobles con la atimia, les confiscan los bienes, los expulsan y matan (su suerte hubiera sido mejor bajo los persas), y favorecen lo que pueden al pueblo en general. A cualquiera le parecería que supondría una gran fuerza para Atenas que los confederados pudieran enviar con regularidad dinero a Atenas ( χρήματα εισφέρειν); pero al demos le parece mejor que el patrimonio de esas ciudades pase a manos de cada ateniense mientras las ciudades tienen lo preciso para vivir y afanarse, no ya la fuerza necesaria para emanciparse (¿quiere decirse que se ejerció la expoliación directa y personal?). En lo que se refiere a su obligación de en-

4. Los contrastes son: οἱ χρηστοί, γενναῖοι, πλούτοῖ, εὐδαίμοες, ἰσχυ ροί, οἱ ὀλίγοι, το βέλτιστον y οἱ πονηροί, πένητες, δῆμος δημοτικοῖ, χείρους. También se dice, directamente: ἐν δέ τῶ δημω ἀμαθία τε πλείστη καὶ ἀταξία καὶ πονηρία ἔνι. Como que es lo peor, según el sentido democrático. Lo que otras veces se llama también κακονομια nutre y fortalece al demos. Si hubiera εὐνομια serían los χρηστοι los que gobernaran (και οὐυ ἐάσουσι μαινομένους ἀνθεώπους βουλεύειν οὐδε λέγειν οὐδέ ἐκκλησιάζειν).

viar sus procesos a Atenas, se nos dice que el demos, que es el que sale ganancioso, recibe su sueldo de juez de los dineros aportados para el proceso (ἀπὸ τῶν πρυτανείων τὸν μισθὸν δι ἐνιαυτοῦ λαμβάνειν), administra desde casa las ciudades de la hegemonía, y pronuncia sentencias partidistas (σώζειν) a favor del demos correspondiente, y decide en la Heliea contra sus enemigos. Si las ciudades confederadas hubiesen conocido de sus propios procesos, hubieran condenado, en su odio a Atenas, a aquellos de sus ciudadanos amigos especiales del demos ateniense (Atenas, por consiguiente, mantuvo su señorío con sentencias partidistas, esto es, mediante un terrorismo judicial). También el Estado cobra una fuerte aduana (ἑκατοστή) en el Pireo. Quien posee una casa de alquiler, un tronco de caballos, un esclavo para alquilar, aumenta sus ingresos con la presencia de los confederados en la ciudad, y lo mismo los heraldos. (También Pericles debió de conocer y tolerar la frecuente explotación de los forasteros, con lo que se saturaba la cólera de muchos). Finalmente, sin el traslado de los procesos, no hubiese habido necesidad de rendir honores más que a los atenienses que se encontraran en la ciudad, estrategos, trierarcas y embajadores, mientras que de este modo cada ciudadano tenía que cuidar de estar bien con el demos de Atenas (κολακεύειν), porque el día menos pensado podría verse obligado a trasladarse a la ciudad como acusado o como acusador δίκην δοῦναι καὶ λαβεῖν, y ante el demos mismo). Tenía que implorar, y cuando se presentaba un ateniense, darle la mano. Los confederados eran, pues, más bien esclavos (δοῦλοι) del demos de Atenas.[5]

5. Acerca de la dependencia comercial de las pequeñas ciudades de la hegemonía, en la importación y exportación, v. II, 3.

14. De que los atenienses estaban muy atareados (pág. 294), *De rep. Ath.*, III, 1-8. — Nos enteramos de que se puede esperar un año a que resuelva el Consejo o el demos, porque los atenienses tienen que celebrar más fiestas (luego se dirá «doble») que cualquier otra ciudad griega, y tienen que ver procesos de toda clase más que todos los demás hombres juntos; el Consejo tiene que ocuparse en la guerra, en procurarse los fondos públicos, en los asuntos ordinarios de cada día en la ciudad y en las confederadas, en cobrar el tributo de los helenos, en cuidar de los arsenales y templos. Claro que se dice que quien se presente con abundante dinero ante el Consejo o ante el pueblo, recibe despachados sus asuntos. A los que esto afirman les concede el autor que en Atenas mucho se consigue por dinero y que se conseguiría todavía más si más dinero se empleara; pero no es posible que el Estado satisfaga a todos los deseos despachando los asuntos de cada cual, por mucho oro y plata que se le diera. Hay que resolver (διαδικάζειν) si un ciudadano deja su navío sin armar o si lo hace a costa del Estado; hay que nombrar coregos para las fiestas dionisíacas, targalias, panateneas, prometeas, hefestias, y 400 trierarcas, y decidir en caso de oposición sobre la cuantía de las liturgias; hay que examinar a los funcionarios, disponer sobre huérfanos, nombrar guardianes de los reclusos y prisioneros, y todo esto anualmente; hay que juzgar de la denegación del servicio militar, sobre abusos, crímenes y casos de asebia, y fijar cada cinco años de nuevo los tributos helénicos. Si las numerosas salas de justicia estuvieran compuestas de pocos jueces, el soborno sería más fácil. Así que no hay que modificar mucho en este estado de cosas, si no se quiere debilitar la democracia.

15. Para evitar la emigración (pág. 297). — Andócides, en su famoso proceso (*De myst.*, § 4 y s.), se

enorgullece de no haber eludido ese trato, sino que se quedó en Atenas. Sus enemigos predijeron lo contrario, que encontraría fuera manera de vivir y en Chipre hasta buenas tierras, ¿por qué permanecer con la actual situación de las cosas (399 a. de C.) en Atenas? «Mi opinión es totalmente contraria; no quisiera vivir bien fuera y tener que prescindir de mi patria; que la ciudad siga la marcha que anuncian mis enemigos, con todo, prefiero ser ciudadano de Atenas que de otras ciudades, que, a lo mejor —añade con ironía—, se encuentran en la misma excelente situación que Atenas.» Y más lejos (144) declara de sí que es uno de los que saben lo que quiere decir ser ciudadano de una tal ciudad, o forastero o meteco en otra ciudad vecina. Suplica (148) que se le deje permanecer en Atenas (para lo cual tenía también otros motivos muy especiales).[6]

16. RESPECTO A LA PERSECUCIÓN DE LOS PROPIETARIOS (pág. 343. — Resulta casi cómica la declaración de Éforo (Estrabón, x, 4, 16, pág. 480), según la cual sólo la libertad procura que la propiedad corresponda a los productores, mientras que sin la servidumbre política pertenece a los que mandan; y lo resalta, sobre todo, en tiempos de Éforo, cuando en las ciudades «libres» las tierras de los propietarios estaban a merced de los que mandaban, es decir, de la democracia. No se puede suponer que quisiera aludir veladamente a esta realidad; parece, más bien, que cuando se habla se hace en el sentido democrático. De una fuente cualquiera del siglo IV antes de Cristo, Eliano recoge lo siguiente:[7] En Corinto se distinguieron Teocles y Trasónidas, y en Mitilene Praxis, porque, siendo ricos, despreciaron sus

6. Comp. su discurso anterior (410 antes de C.), *De reditu*, §§ 10 y 16.

7. *V. H.*, XIV, 24. La noticia se refiere acaso a los acontecimientos alrededor de 392.

bienes en atención a la pobreza de sus conciudadanos, mostrando la mayor generosidad y aconsejando a otros el alivio de la pobreza. No pudieron convencer a los demás, pero renunciaron a cobrar sus préstamos (χρέα) y, de este modo, si perdieron su dinero, salvaron la pelleja. Porque aquellos a quienes no se les perdonaron sus deudas, cayeron sobre sus acreedores armados con los atributos de la cólera y con la convincente pretensión (εὐλογωτάτη χρεια) de sus necesidades imprescindibles, y mataron a sus acreedores. ¡Cuántas veces no se habrá producido una generosidad forzada! El autor que nos cuenta esto, no se inmuta mucho. Dándose perfecta cuenta del fondo del asunto, Demócrito escribió una vez:[8] «En la democracia habrá que preferir la pobreza al bienestar (εὐδαιμονιη) de los privilegiados (δυνατοί), en la misma medida que la libertad a la servidumbre.»

17. Acerca del viaje de Platón a Sicilia (pág. 362). — De la primera visita nos dice la fuente principal, Plutarco, *Dion,* c. 4, que Platón llegó a Sicilia por disposición divina, no por placer alguno de los hombres; una divinidad, a lo que parece, procuraría a los siracusanos un comienzo de libertad y emancipación de la tiranía llevando a Platón desde Italia. Todavía entre los romanos era posible desvariar de este modo. Y en el capítulo siguiente nos cuenta Plutarco con toda tranquilidad cuán lastimosamente pudo escapar de Sicilia. Dión, que, según la suposición de Zeller, acaso lo atrajo a Siracusa, pudo conseguir penosamente que fuera recibido por Dionisio, y nada se nos dice —como tampoco en los viajes posteriores— de alguna proposición política que Platón explayase. Pero, en cambio, se nos dice que, en presencia de Dionisio, negó valor

8. En Mullach, *Fragm.* 211.

(ἀνδρεία) y fortuna a la tiranía, lo que exasperó tanto más a Dionisio cuanto que todos los presentes (que se despepitaban por la elegancia ateniense) se hallaban encantados (es decir, que Platón no había podido resistir la inclinación de los filósofos a entrar en tratos con los tiranos e iba buscando el martirio como fanático propugnador de la virtud). Los amigos de Dión lo embarcaron a toda prisa en un trirreme, que conducía al espartano Polis a Grecia; pero Dionisio había podido dar instrucciones a Polis para que lo matase o vendiese en el camino, que, como hombre justo, no sufriría, sino que sería feliz como esclavo; así llegó a Egina, que se encontraba en guerra con Atenas, y acababa de decretar una ley en la que se disponía que todo ateniense que tocase en Egina sería vendido como esclavo. (De este modo Dionisio quería evitar la llegada de cualquier otro filósofo; no parece que soportó más que a Aristipo.)

Dión despierta la curiosidad de Dionisio *el Joven* por Platón, y éste es abrumado con cartas de invitación de los dos y de los pitagóricos itálicos. De su primera visita tenía que saber cómo andaban las cosas en Sicilia; pero más tarde manifestó que se hubiera avergonzado de no haberse ocupado sino en palabras (λόγος εἶναι μόνον) y no haber emprendido ninguna acción (ἔργον) y que tuvo la esperanza de conseguir la salud de Sicilia curando a un solo hombre. Se decide, pues, a volver;[9] los enemigos hacen que vuelva del destierro el viejo práctico Filisto, que también tenía su preparación científica (πεπαιδευμένος περὶ λόγους), pero, además, cono-

9. A ese tiempo corresponde acaso el encuentro con Diógenes de que nos da cuenta Eliano, v. *H.*, XIV, 33. Cuando Platón le grita: «¡Escucha mis palabras, perro!», Diógenes contesta con toda tranquilidad: «¡Pero, por lo menos, no he vuelto al lugar donde me vendieron, como hacen los perros!»

cía el paño de los tiranos. Arribado Platón, es recogido del barco por un coche real; el tirano ofrece un sacrificio a la amistad, la vida en la Corte es extremadamente correcta, todo el mundo se entusiasma por la filosofía y la ciencia, y por todo el palacio se ven porciones de arena extendida donde trabajan los que estudian geometría.

Se decía entonces que si una vez el ejército y la flota de Atenas sucumbieron ante Siracusa, ahora los atenienses, con un solo sofista, pretendían acabar con la tiranía, ya que se trataba de convencer al tirano para que abandonara el poder y buscase en la Academia la callada felicidad (τό σιωπώμενον ἀγαθόν), esto es, hacerse feliz por medio de la geometría. En este momento parece que Dionisio debió de enamorarse de su equidad y portento. (Dionisio se nos muestra unas veces como acabado comediante, otras como verdaderamente interesado por Platón para hacerle servir de reclamo; y éste, tomándolo todo como moneda buena.) Por último, hay una guerra, y Dionisio despide a Platón con la promesa de hacer venir a Dión dentro del año.

Como no cumplió con su palabra, era natural que a Platón, que entre tanto pudo tratar largamente a Dión en la Academia, le pareciera altamente sospechoso el empeño del tirano para que volviese a visitarle, y qué duda cabe que sin mediar una ofuscación especial no hubiera llevado a cabo su tercer viaje. Dionisio echó mano de los discípulos pitagóricos de Arquitas; prometió que sólo en caso de que Platón viniera otorgaría todo su favor a Dión, y la mujer y hermana de éste le escribieron instándole. (¿Es que buscaba Dionisio una prenda de la conducta futura de Dión?) Nuevamente es recibido con todos los honores, y toda Sicilia, se dice, desea que triunfe sobre

Filisto, la filosofía sobre la tiranía. Pero en cuanto rompe lanzas por Dión, hay discusiones, y Aristipo, presenté, prevé la ruptura que se avecina. Pronto se ponen a la venta los bienes de Dión, y Platón es ocultado a los mercenarios, que le odian porque creen que está aconsejando al tirano que prescinda de ellos y viva sin guardias. Sólo la enérgica intervención de Arquitas y los suyos salva a Platón, que se despide de Dionisio con una insolencia. No tomará parte en la expedición de Dión, porque ha sido huésped de Dionisio y es ya muy viejo.

18. Acerca de la suerte de poblaciones expulsadas (pág. 379). — Muy característica es la acusación, no sabemos si inventada o elevada realmente ante la Asamblea ateniense, que Isócrates coloca (en πλαταϊκός λόγος, 46 y s.) en boca de los plateos, después que fueron expulsados, en el año 374, de su ciudad por Tebas, que acaba de recobrar su libertad y que inmediatamente había de encontrarse en lucha con el resto de los beocios. Describiendo el caso más suave de una mera expulsión, dicen: «Quiénes serán más desgraciados que nosotros, que hemos perdido en un día la ciudad, los bienes y la patria, despojados de todo lo necesario, vagabundos y mendigos, sin saber a quiénes dirigirnos, si a los que les va igual que a nosotros o a otros que les vaya bien. Ningún día se desliza sin lágrimas; todo nuestro tiempo transcurre entre el dolor por la patria perdida y las imprecaciones sobre la mudanza de las cosas. ¿Os figuráis vosotros el dolor de aquellos que ven a sus padres atendidos indignamente y sus hijos educados por tan bajo de lo que tenían pensado para ellos, a muchos en la esclavitud (δουλεύοντες) por pequeñas deudas, otros rebajándose a la condición de jornaleros, o procurándose el pan de cada día como les es posible, tan disconforme todo a los hechos de nuestros

antepasados, a su edad y a nuestros planes de vida (φρονήματα)? Pero lo más doloroso es ser separados unos de otros, no sólo los ciudadanos, sino marido y mujer, madre e hija, toda la familia dispersa, como les ha ocurrido a muchos de nosotros por penuria; la desaparición de la vida en común nos obliga a cada uno de nosotros a llevar una suerte propia. Vosotros sabéis también, creo yo, todas las demás renunciaciones (αισχῦναι) que van ligadas a la pobreza y a la huida, y por dentro padecemos de esto más que de todo lo demás, pero al hablar lo pasamos por alto, porque nos da vergüenza describir nuestra miseria demasiado a lo vivo».

19. Respecto a la obligación de enterrar en la guerra (pág. 387). — También debían ser enterrados los cadáveres del enemigo (Paus., I, 42, 4): «Se dice que los atenienses enterraron a los medos caídos en Maratón, porque siempre se debe cubrir con tierra un cadáver humano.» (Sin duda porque a los dioses les repugnaba la visión de los cadáveres.) Pero habría que saber si ocurrió así con todos los enemigos. El odio radical contra una polis vencida podía traer consigo el abandonar los cadáveres insepultos; Pausanias, a pesar de todos sus esfuerzos, no ha podido encontrar ninguna especie de enterramiento de persas. La época mítica debió de ser más generosa; Pausan., II, 20, 3, nos dice que en Argos se contaba que había un enterramiento común de las Ménades de las islas del archipiélago que invadieron el país y que fueron vencidas por Perseo; y su caudillo, Coria, disfrutaría de un monumento especial.

La piedad con los cadáveres era un gran impedimento para los jefes militares. Impresiona que Pausanias (I, 29, 4-9) encuentre exactamente los diversos enterramientos de guerra (poliandrias) del Ática; también las tropas vencidas podían estar enterradas jun-

tas, y, por ejemplo, las que hicieron frente al tirano Lacares, y las que se sublevaron contra la guarnición macedónica en el Pireo; a los muertos cuyos cadáveres no fueron habidos, por ejemplo, los de la expedición a Sicilia, se les erigían estelas con inscripciones. Habría que saber si, con respecto a los enterrados de verdad, no le fue necesario a Atenas confesar cada derrota. No es menester recordar más al detalle la suerte que cupo a los jefes militares que descuidaron estas obligaciones de piedad aun por verdaderas necesidades militares; todo el mundo sabe lo que ocurrió después de la batalla de las Arginusas. También en esta materia habían de ser los atenienses los que nunca se pusieron en razón. Pocos años antes de esta batalla (417 a. de C.) Eurípides obligaba, por meros motivos de compasión, a que Atenas salvara los cadáveres de los siete contra Tebas, en sus *Hicetidas*.

# ÍNDICE

Págs.

Págs.

Págs.

Págs.

Págs.

Págs.

Págs.

Págs.